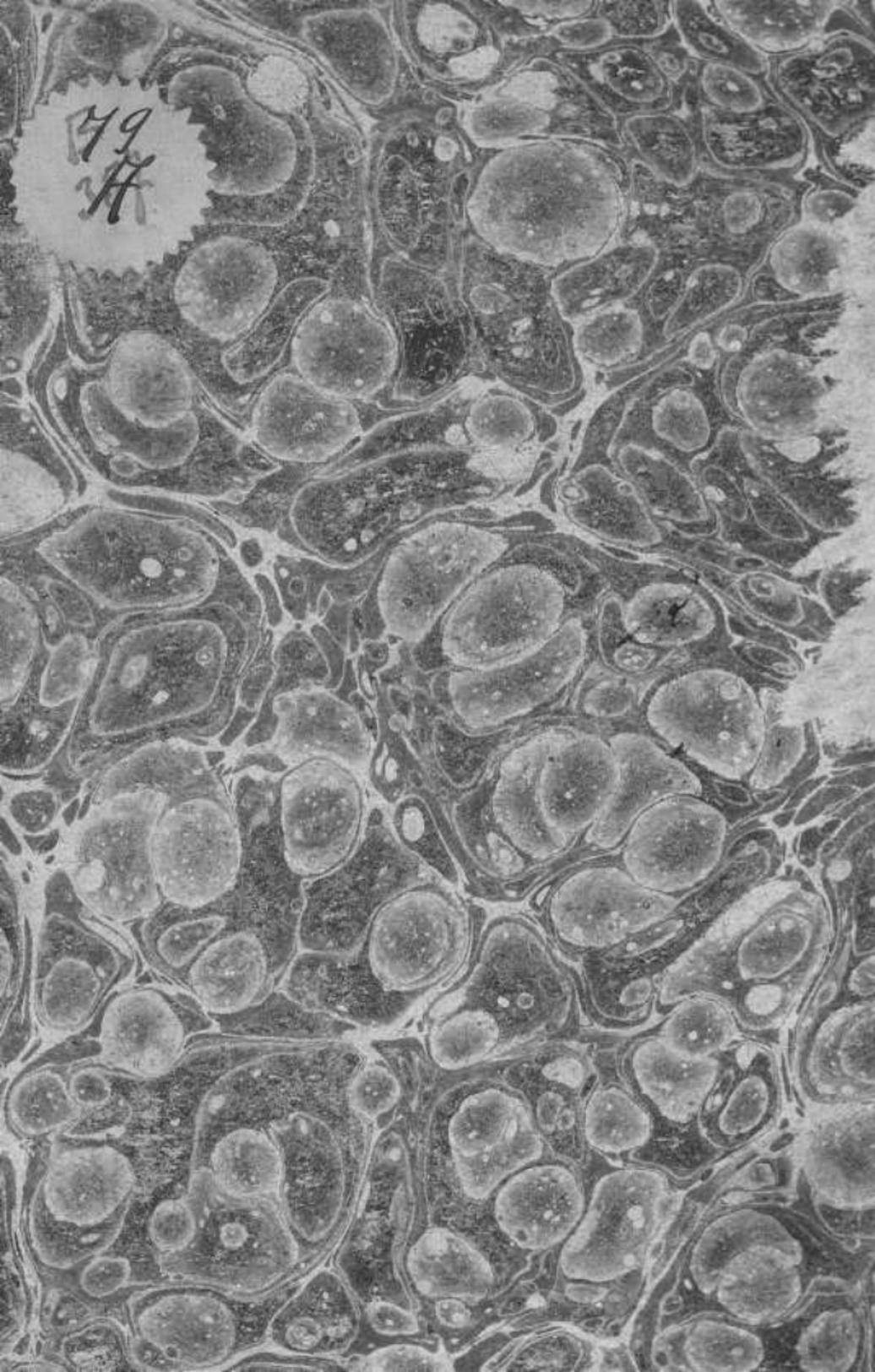




49
H



6 23405
DECL
A

EDUCACION CRISTIANA DE LOS HIJOS.

TRATADO ESCRITO EN ITALIANO,

A INSTANCIAS

DE S. CARLOS BORROMEO,

POR

EL CARDENAL SILVIO ANTONIANO,

Y TRADUCIDO SOBRE LA ÚLTIMA EDICION FRANCESA

por el Dr. D. Miguel de San Roman,

Catedrático de Derecho en la Universidad de Valladolid.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



VALLADOLID, 1860.

Imprenta de D. Juan de la Cuesta, donde se hallará.

R. 81342

C. 1128298
t. 103722

Censura que acompañó á la licencia concedida por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis.

En cumplimiento de lo que se me previene en el decreto de V. E. Ilma. he leído con detenimiento la obrita del Excmo. Cardenal Silvio Antoniano, traducida por el Dr. D. Miguel S. Roman EDUCACION CRISTIANA DE LOS HIJOS y no solo no he encontrado en ella cosa alguna que desdiga de la Fé y de las buenas costumbres, sinó que la excelente doctrina y preciosos documentos morales que contiene la hacen muy digna de que sea publicada, á fin de que los padres de familia puedan aprovecharse de ella en la educacion de sus hijos... *Dr. Remigio Garcia.*

Palacio ArzobispaldeValladolid Setiembre 21 de 1860.

Damos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse... y concedemos ochenta dias de indulgencia á los fieles de uno y otro sexo por cada capítulo de este libro que leyeren ú oyeren leer devotamente.

Luis, Arzobispo de Valladolid.

Por mandado de su E. I. el Arzobispo mi Sr., *Gaspar de Villarroel*, Secretario.

VIDA

DEL CARDENAL SILVIO ANTONIANO.

En 1536, Marco Antoniano, fabricante de paños en el Abruzzo ulterior, que habia venido á Roma con el objeto de visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, y las reliquias de los Confesores y Mártires, fijó su residencia en la ciudad eterna, cuyos atractivos le habian embelesado.

Algunos años despues, Marsilia Pappanti, dejando á Genazzano despues de la muerte de su marido Antonio Colello, se restituyó á Roma, su pais natal, con sus dos hijas Tarquinia y Pacífica.

La rectitud de su vida, su economía y carácter apacible, la conciliaron presto el general aprecio. Casada primero Tarquinia, y siguiendo los consejos de su confesor, la piadosa viuda dió la mano de Pacífica al comerciante Mateo, al hombre honrado y temeroso de Dios, que no habia podido resistir los religiosos encantos de Roma.

Pacífica contaba solos catorce años; pero debia á los desvelos maternales el hallarse adornada de las cualidades que son el ornato mas precioso de una mujer.

No tardó Dios en bendecir una union celebrada bajo tan favorables auspicios, y la jóven esposa mereció, como tantas otras madres, el que se la predijera durante su sueño que daría á luz un hijo, tan notable por su talento como por su piedad.

El niño prometido nació en Roma (1) el dia último de diciembre de 1540, y recibió en el bautismo el nombre de Silvio.

(1) Algunos autores, por ejemplo, Toppi en su *Biblioteca Neapolitana*; Apostolo Zeno en las notas á la *Bibliotheca dell'*

Desde que se halló éste en edad competente para principiar los estudios, sus padres no descuidaron medio de darle una educacion que correspondiese á sus esperanzas. La liberalidad del Cardenal de Augsbourg, Otton Truchses, vino en su ayuda, y gracias á su generosa solicitud, el jóven Silvio comenzó á dedicarse á las bellas letras, bajo la direccion del docto y piadoso Timoteo Fábio. Avido de conocer las lenguas sabias, á la vez cultivaba las bellas disposiciones que para la poesía habia recibido de la naturaleza. Uno de los mas brillantes talentos del siglo diez y seis, Annibal Caro, no se desdeñaba de darle sus preciosas instrucciones. Asi que, ejercitado en la música, desde la edad de diez años, hábil improvisador, y con una magnífica voz, se atraía las atenciones de la grandeza de Roma, cantando á la lira sus propias composiciones, y se abría ya el camino á los honores, que debían recompensar mas tarde su mérito y sus virtudes.

Un lance singular, conservado por sus biógrafos, demuestra quanto le valió la poesía para proporcionarse poderosos protectores.

El Cardenal Pisani celebraba, segun su costumbre, el aniversario de su nacimiento, y encargó á Silvio que cantára las alabanzas de los convidados. Sorprendido del modo feliz con que lo ejecutó, el Cardenal Alejandro Farnesio le ordenó que ofreciese un ramo de flores al Cardenal que de los presentes debiera obtener un dia el Pontificado. Silvio, estudiando todas aquellas fisonomías fijadas en él, se dirigió á Juan de Médicis, y le presentó las flores, improvisando algunos versos.

Elocuencia italiana, y Monseñor de Attichy, en sus *Flores hist. sac. coll. S. R. E. cardinal*, le hacen nacer en Castelli, confundiendo al hijo con el padre. El Cardenal Bentivoglio se manifiesta indeciso acerca del lugar en que nació Silvio; pero Castiglione prueba con datos auténticos que se verificó en Roma.

Este Cardenal quedó un poco abochornado, y se quejó amistosamente de que se hubiera dispuesto aquella escena para alegrar la fiesta. Y no pudiendo Alejandro Farnesio convencerle de que no habia mediado preparacion alguna, le dijo por fin: Poned vos mismo á prueba el talento de ese jóven; dadle un objeto de que deba incontinenti ocuparse, y si le llena cumplidamente, ya no dudareis de mi inocencia.

La prueba se hizo en efecto, con general aplauso de la concurrencia (1). Lleno de admiracion el Cardenal de Trento puso á Silvio una cadena de oro sobre sus hombros, y Juan de Médicis se dió por satisfecho.

Cuando éste llegó á ser Papa, con el nombre de Pio IV, no se olvidó del profeta de once años, á quien habia visto despues en Ferrara, oyéndole cantar con una nueva entonacion una poesia latina en loor del Emperador Carlos V.

Victor de Rossi, en el artículo que consagró en su Pinacotheca á Silvio Antoniano, hace notar que no hay punto que ofrezca mas ventajas al que se dedica á la virtud y á las letras, desde la época del bajo Imperio, que Roma. La vida del Cardenal Antoniano, que á pesar de su oscuro nacimiento llegó al colmo de los honores, le parece una de las pruebas mas irrefragables (2). En efecto, sus precoces conocimientos, que

(1) El objeto dado para la improvisacion fué un reloj colocado en la sala del festin; Silvio compuso y recitó en seguida veinte versos latinos, de los que citaremos como muestra los dos siguientes, tomados de Strada, que refiere la escena en sus *Prousiones academicæ*, Col. Agripp. 1617.

*Dividit hic index vitam, totamque minutim
Concidit, solidum dilaceratque diem.*

(2) Ian. Nic. Erithræi, *Pinacoth.* Col. Agripp. 1615, pág. 36.

se miraban como un prodigio (1), llamaron la atención del Papa Julio III, que le alojó en el Vaticano, en donde tuvo por maestro á Francisco Tonani de Cremona, y fué iniciado en el conocimiento de las antigüedades y de la numismática por Annibal Caro.

Allí fué donde le conoció el Duque de Ferrara, Hércules II, cuando pasó á felicitar al Papa Marcelo II, por su advenimiento al Pontificado, á la muerte de Julio III. Estimulado de las grandes esperanzas que Silvio hacia concebir, le llevó consigo á Ferrara, haciendo le siguieran, algun tiempo despues, su madre y su hermana, que habian quedado solas por la partida de Mateo Antoniano á Jerusalem. El piadoso comerciante cumplía su voto de visitar la Tierra Santa, de la que no pudo volver á Italia sinó al cabo de seis años, y despues de mil aventuras y peligros (2).

El Duque trató liberalmente á su jóven protegido, y le rodeó de los profesores mas hábiles, entre los que se contaba el maestro del Tasso Sperone Speroni; y Silvio á la vez pagaba tan generosa acogida, atrayéndose la admiracion general en Venecia delante de la Reina de Polonia, Bonna Sforza, mujer de Sigismundo, y en Florencia á presencia de Cosme de Médicis, que le colmó de presentes. Bien pronto la Universidad de Ferrara le confirió las honrosas insignias del doctorado en derecho, y á los diez y seis años se halló encargado de explicar un curso extraordinario de elocuencia y bellas letras.

La muerte del Duque detuvo aquella continuada sé-

(1) *Testimonianze illustri*, &c. en la memoria de Carlo Barbiellini.

(2) La prolongada ausencia de Mateo Antoniano fué sin duda lo que motivó el error del Cardenal Bentivoglio, que supone que Silvio quedó muy jóven sin Padre, y debió por consecuencia exclusivamente su cristiana educacion á los cuidados de su piadosa Madre.

rie de favores, y Antoniano volvió á Roma, con su madre y su hermana, en los primeros años del Pontificado de Pio IV.

El Papa no habia olvidado al que tan niño le predijo su elevacion; le llamó á su lado, le aposentó en el Vaticano, y le dió una Cátedra de bellas letras en la ya célebre Universidad de la *Sapience* de la que tambien le nombró vice-rector. Los hombres doctos acudian como la juventud á sus lecciones, y cuando explicó la oracion de Ciceron *pro Milone*, se contaban entre su auditorio veinticinco Cardenales.

Pio IV quiso que su sobrino, el Santo Arzobispo de Milán Carlos Borromeo, utilizase los servicios de una persona tan instruida, y Silvio fué nombrado su secretario.

S. Carlos le amó con ternura; prendado de su dulzura, modestia y piedad, se complacía con su trato cotidiano, y aprovechaba los momentos de recreo para pasarlos en su compañía, oyéndole discutir sobre la filosofia y las letras. Abrumado de negocios durante todo el dia, S. Carlos dejaba el reposo para concurrir á las reuniones de la Academia que habia establecido en el Vaticano; Antoniano fué secretario, y alguna vez, presidente de aquellas instructivas *noches vaticanas*. Viósele tambien entre los eminentes teólogos y canonistas de que se rodeó S. Carlos, cuando celebró en Milan, el año de 1563, el primero de esos concilios Provinciales tan célebres hasta hoy en la Iglesia, cabiéndole el honor de redactar sus actas.

La muerte de Pio IV impidió á S. Carlos el hacer á Silvio todo el bien que se habia propuesto. Retirándose á Milan, despues de la eleccion de Pio V, para consagrarse absolutamente al cuidado de su Iglesia, hubo de convenir, aunque con pena, en separarse de su secretario, que permaneció en Roma al cuidado de sus ancianos padres y jóven hermana.

Restituido á una vida mas libre de cuidados, Antoniano se dió enteramente y con nuevo ardor al estudio de las bellas letras, de la filosofia, de la teología y de los Santos Padres; y aspirando á una mayor perfeccion, se sujetó sin reserva á la direccion de san Felipe Neri. Este gran maestro de la vida espiritual le habia guiado ya desde los primeros años, y le habia invitado á que concurriese á sus conferencias espirituales, cuna de la piadosa Congregacion del Oratorio, que se tenian en el aposento del Santo, y á que solo asistian siete ú ocho de sus penitentes. Cuando Silvio fué presbítero en 1567, veia diariamente á celebrar la misa no lejos de la pobre celda de san Felipe, en *san Girolamo della Carità*, nuevo punto de reunion para las conferencias, cada dia mas nutridas por una multitud ávida de la verdadera ciencia.

Poco tiempo despues de su ordenacion acompañó en la visita de su diócesis á Monseñor Ormanetti, Obispo de Padua, antiguo amigo y vicario general de san Carlos Borromeo.

Al regresar á Roma, el Sagrado Colegio de Cardenales nombró á Silvio Antoniano su Secretario. San Pio V deseaba se le confiriera este cargo, ambicionado por hombres de valer, que aquel desempeñó durante veinticinco años con laboriosidad é inteligencia.

El Cardenal Morone fué enviado por Gregorio XIII en calidad de legado á la Dieta de Ratisbona, para velar por los intereses de la Iglesia. Antoniano le acompañó, como secretario, siendo durante la expedicion un modelo de piedad y modestia.

Gregorio XIII murió antes de que pudiera darle testimonios públicos de su complacencia; pero el sucesor Sixto V, conociendo desde luego cuánto valia, le nombró Secretario de la Congregacion de Obispos y Regulares. Antoniano renunció á pocos meses este

cargo, temiendo que le distrajera de los grandes trabajos que le habia encomendado el Soberano Pontífice.

Nadie ignora la magnificencia con que Sixto V enriqueció de nuevos edificios á Roma; mas parecia, dice Ciaconi, que deseaba renovarla que embellecerla. La soberbia capilla del Pesebre en Sta. María la mayor, la Biblioteca vaticana, el palacio de Letran, y la Santa Escalera, demuestran, además de otros tantos monumentos, sus vastos designios. El Papa comprendió que Antoniano era capaz de secundarlos, encargándole la direccion de las pinturas que debian ornar las edificaciones, y la composicion de las inscripciones históricas que debian eternizar la memoria de los hechos, y que aun son miradas hoy como una obra llevada á la perfeccion (1). Sixto V le ocupaba á la vez en la revision y correccion de los textos de los Sagrados Libros, de los Santos Padres y de las liturgias que salian de la imprenta vaticana, y cuyas ediciones deseaba estuvieran purgadas de los yerros que hubiera podido introducir el transcurso de los años. Todo lo cual no impedia que exigiera de su ejercitada pluma la extension de muchas bulas y otros actos pontificios.

Despues de la muerte de Sixto V y del efimero pontificado de Urbano VII, el Cardenal de Cremona, Nicolás Sfondrate, fué erigido Papa con el nombre de Gregorio XIV; y mostró cuánto aprecio hacia de Antoniano nombrándole prelado doméstico y secretario de Breves. Por recomendacion de su amigo el Cardenal Cusano, el Pontífice le ofreció el obispado de Pavia; pero Silvio no accedió á tomar sobre sí un peso que le parecia superior á sus fuerzas. Algua tiempo despues renunció tambien las mitras de Narni y Capua.

(1) M. Gerbet, *Esquisse de Rome chret.* tomo 1. p. 74 — Véase tambien á Roca en su *Thes. pontificiarum sacrarumque antiquit Rom.* 1748, tom. II, pág. 159.

A los breves pontificados de Gregorio XIV é Inocencio IX sucedieron los prolongados y felices dias de Clemente VIII. El nuevo Papa, que profesaba un singular aprecio á san Felipe Neri, habia conocido, mucho antes de ser Cardenal, á Silvio Antoniano, como una de las personas elegidas que se reunian al lado del piadoso fundador de la Congregacion del Oratorio, y le trajo á sí, nombrándole Maestro de Cámara; el Sacro Colegio, perdiendo con pesar sus servicios, hubo de tener gran dificultad en reemplazarle.

Colocado cerca del Soberano Pontífice, y siempre dispuesto á recibir á todos cuantos se le presentaban, acogia con benevolencia á las personas que tenian que solicitar de Su Santidad algun favor, ó darle alguna queja; y llenó tan cumplidamente sus deberes, que Clemente VIII le nombró secretario de breves secretos.

No podia darse mas acertada eleccion. Antoniano manejaba la lengua latina con bien conocida facilidad, y sabiase cuán capaz era de hacer olvidar á los célebres secretarios de Leon X Sadolet y Bembo. El Cardenal Bentivoglio habla de la pureza de su erudicion, de la claridad y de la sencillez que le distinguía en un género, dice, en que tenia pocos rivales, y no se conocía quien le aventajase.

Tenia un talento particular para ingerir en los breves las palabras de la Escritura, con que formaba su mas bello ornato. Algunos humanistas se lo reprobaron, diciendo: que los escritos pontificios, salidos de su pluma, mas parecian proceder de un cláustro que de la curia pontificia.

Poco movido de tales críticas, respondia que jamás se citarian con demasia los textos sagrados en cartas apostólicas dirigidas por el Supremo Pastor de la Iglesia, y aunque admirando los talentos de Bembo y Sadolet, hacia notar con santa libertad que, singu-

larménte el primero, por una imitacion excesiva de la forma antigua, habian dado á sus composiciones una apariencia enteramente pagana (1).

Clemente VIII añadió nuevos favores á los hasta allí prodigados á Silvio Antoniano. No satisfecho con haberle dado asiento entre los canónigos de san Pedro (2), quiso que tambien ingresara en el Sacro Colegio, y le ereó Cardenal en el Consistorio de 3 de Marzo de 1598, despues de hacer públicamente su elogio.

El nuevo príncipe de la Iglesia hizo ver con viveza, el mismo dia de su promocion, á su madre y á su hermana que no debian engreirse por una elevacion que no era en realidad sinó una pesada carga, empeñándolas á que, siguiendo su ejemplo, se mostráran mas humildes y modestas en todo. Pedid á Dios, contestaba Silvio al piadoso padre del Oratorio R. P. Ancina que le felicitaba, pedid á Dios que no sea cáusa de mi condenacion este ropaje de púrpura.

Tales ejemplos no eran raros en la córte de Roma: habíase ya visto en ella con antelacion al ilustre analista de la Iglesia, Baronio, con el semblante pálido y los ojos arrasados en lágrimas, no aceptar el capelo, sinó despues de haber sido amenazado con el anatema, si persistia en su renuncia.

Vistiendo á su Maestre de cámara la púrpura, Clemente VIII se privaba de las conferencias diarias que se complacia en tener con él; quejándose á Baronio de la soledad en que le dejaba el alejamiento de un hom-

(1) *Memoria del Cardenal Bentivoglio, Amst. 1648, c. VII.*

(2) A pesar de sus muchas ocupaciones rara vez dejaba de concurrir al coro, y euando faltaba rehusaba el admitir su parte en las distribuciones cuotidianas. Los pobres llevaban casi exclusivamente la renta de su canongía, de la que tambien consagró una gran parte al embellecimiento de la basilica de S. Pedro.

bre que tanto se distinguía por los recursos de su talento, por la rectitud de sus juicios y la sabiduría de sus consejos. Pero, por otra parte, no hallaba el Soberano Pontífice sinó motivos de congratularse con su acertada eleccion.

Mirando Antoniano su dignidad como un cargo público, se propuso que la entrada de su palacio estubiese tan franca para las personas oscuras como para las de alta categoría.

Nada indicaba en él al cortesano; por el contrario, todo respiraba á su alrededor la mas ingénuu humildad. Sus costumbres eran muy sencillas, y cuando comia solo no consentia que se le pusiera mas de un plato. El cuerpo, decia, debe ser mantenido con un alimento sóbrio, y no sufocado por la multitud de manjares: la gula roba á los pobres lo supérfluo que les pertenece. Gastaba muy poco en vestirse, y huía la ostentacion y el fausto. Esto no impedía que supiera presentarse cuál correspondia cuando se trataba de sostener en público, ó ante grandes personajes, el decoro de la dignidad cardenalicia.

Peseido de afecto para con sus parientes y de respeto hácia su madre, á quien asistió hasta el momento de su muerte (1); sus amigos y enemigos le hallaban siempre dispuesto á interesarse en su favor.

No consentía que se juzgase á los hombres por sus hechos ó palabras, añadiendo que solo Dios poseía el secreto de los corazones. Si hablaban en su presencia con poca caridad, reprendía al murmurador, ó procuraba cambiar la conversacion; jamás toleró la detraccion.

Cuando habia de tratar con alguna persona de ca-

1) Cuando el padre regresó de su larga peregrinacion, el Cardenal Antoniano le prodigó los mas tiernos cuidados hasta su fallecimiento, acaecido el 23 de Marzo de 1574.

rácter pesado, se decía á sí mismo: es preciso tener paciencia, por él y por mí.

El virtuoso Cardenal soportaba con increíble paciencia las torpezas y defectos de sus familiares, reprendíales con paternal caridad, y evitaba humillarles con recriminaciones amargas ó fuertes. Jamás despedía á un criado, antes bien procuraba corregir sus faltas, dándoles á todos consejos adecuados, tomados de las vidas de los Santos, que todos los días hacía le leyesen durante la comida, á ejemplo de Baronio. «Si no sufro ciertas imperfecciones, contestó á ciertas gentes poco pacientes que le acriminaban, ¿á quién llamaré para que me sirva? La providencia me ha confiado estas personas, que acaso, si yo las abandonase, se entregarían á toda clase de vicios.» Sin embargo de todo, era inflexible cuando se trataba de faltas contra las buenas costumbres.

Siguiendo las huellas de san Carlos Borromeo, de Baronio y Belarmino (1), el Cardenal Antoniano no excusaba ningun cuidado cuando alguno de los suyos enfermaba. Velaba porque nada les faltase, les asistía en el lecho del dolor, pedia por ellos y les exhortaba con todas sus fuerzas á que recurriesen á Dios, encomendándose á la Sma. Virgen y á los Santos.

Sus ayunos iban acompañados de abundantes limosnas (2); jamás los prisioneros y clérigos pobres, italianos ó extranjeros, imploraron en vano su socorro. Contribuía gustoso á dotar doncellas pobres, esa obra

1) Vida de san Carlos Borromeo por Godeau, París 1663, pág. 382.—Vida del Card. Baronio por H. Barnabeo, Roma 1651, lib. II, cap. 6.—Vida del Cardenal. Belarmino de Silvio Petra Sancta Antuerp. 1631, pág. 241.

(2) Habiendo sobrevenido gran miseria en fines del año 1598, á consecuencia de una inundación del Tiber, Antoniano distribuyó entre los pobres casi todas sus rentas.

tan grata á la piedad italiana, á redimir los cautivos y á reparar y adornar las iglesias.

Extendíase su caridad á las almas de los fieles difuntos, cuyas penas se esforzaba en aliviar, ofreciendo frecuentemente por su eterno descanso el Santo Sacrificio de la Misa.

Todas las órdenes religiosas encontraban en él un decidido protector, cuyo bolsillo hallaban abierto los monasterios pobres, y singularmente aquellos en que se padecía alguna enfermedad.

Profesaba una particular veneracion al glorioso san Benito; su primer cuidado, despues de la elevacion al cardenalato, fué visitar el desierto de Subiaco, y la gruta santificada por la estancia del gran Patriarca de los monjes en Occidente.

Pero la Congregacion del Oratorio, fundada por san Felipe Neri, era la que miraba con singular predileccion el Cardenal Antoniano; y si la Providencia no le hubiera colocado entre los príncipes de la Iglesia, su deseo era concluir sus dias en el seno de aquella. Háblala visto nacer en *san Girolamo della Carità*, la siguió en su crecimiento en san Juan de los Florentinos, y era uno de los concurrentes á su feliz desarrollo en *Sta. María in Vallicella*; complaciase asociándose á los eclesiásticos de la Congregacion, á los que llamaba sus padres, y les ayudaba en sus funciones, explicando el Evangelio al numeroso auditorio que de todas partes atraía la fama de san Felipe.

No juzgamos que moleste á nuestros cristianos lectores el que nos detengamos á referir algunos rasgos de una tan virtuosa vida, dando así á conocer mejor á uno de los miembros de la corte romana, tan fecunda en personajes ilustres por su ciencia y su piedad.

Al despertar el Cardenal Antoniano, é interin se vestía, recitaba varias preces; arrodillándose luego besaba tres veces la tierra, dando gracias á Dios por

haberle dejado llegar á aquel dia, y le pedia gracia para no hacer sinó su divina voluntad en todas las cosas. En seguida se preparaba para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa; reconciliándose con lágrimas todos los dias. Parecianle graves aun las mas pequeñas faltas, y juzgaba, como san Bernardo, que hasta las palabras vanas eran una blasfemia en boca de un Sacerdote.

Cuando sus ocupaciones lo permitian se entregaba á su ocupacion favorita, la lectura. Jamás estaba ocioso, ni permitia que ninguno lo estuviera en su casa. Interrumpia su estudio para rezar el Rosario á Nuestra Señora, que decia paseándose en el invierno, y mantuvo fielmente durante toda su vida esta devocion tan saludable como sencilla (1). Cuando tenia necesidad de algun descanso, buscaba su recreo visitando las Iglesias, sin que le vieran en los jardines y sitios de que abunda Roma.

No me detendré hablando de su modestia, que no le dejaba hablar á una mujer sin ruborizarse, ni de la moderacion con que hizo uso de su prosperidad, no sirviéndose de su elevada posicion sinó para mejor consolar á los afligidos, defender á los desvalidos y esforzar á los hombres de bien.

Tal era el Cardenal Antoniano, instruido en la escuela de san Carlos Borromeo, y formado desde su infancia por las lecciones de san Felipe de Neri, á quien el Sacro Colegio debía tantos hombres célebres, que ilustraron á Roma despues del Concilio de Trento. Unido con los lazos de la amistad á Sirleto, Paleotto, Tarugi, Cusano, Belarmino, Baronio, y al gran Prelado de Verona, Agustin Valerio, Antoniano

(1) El Cardenal Antoniano tomó desde jóven la costumbre de rezar todos los dias el oficio Parvo de Nuestra Señora, al que añadía casi siempre el de Difuntos.

participaba de su noble emulacion en la piedad y el estudio. Ha podido concebirse ya una elevada idea de su mérito, por los importantes cargos que le fueron sucesivamente confiados.

Elocuente por naturaleza, sus discursos, llenos siempre de claridad y coreccion, podian compararse á un magestuoso rio. Su voz, de un timbre sonoro, estaba llena de dulzura, y su accion era completamente oratoria. Jamás empleaba en sus composiciones expresiones extrañas al lenguaje de la Iglesia.

Los hombres mas doctos rindieron homenaje á la seguridad de su buen gusto, sometiéndole sus producciones. El Tasso le habia elegido para que formara parte de la comision encargada de revisar su poema (1), y Baronio acostumbraba consultarle acerca de todos sus escritos (2).

Rara vez consintió Antoniano que sus laboriosas vigili-
as vieran la luz pública; Baronio casi le reprochaba su modestia (3). ¿Cómo no echar de menos, por ejemplo, su *Tratado del estilo eclesiástico*, que poseía en tan alto grado?

Antoniano tuvo el honor de tomar parte en la redaccion del *Catecismo del Concilio de Trento*, y explicó el Símbolo, ó al menos una parte de él, en este precioso libro que aprobaron los Papas, que recibie-

(1) «Antoniano rechazaba en un poema cristiano las mágicas voluptuosidades de Armida.» Fontani, *Bibliot. dell' eloquenza ital.* 1753. t. I, p. 335.— Véase tambien *Rome chrestiane*, por E. de la Gournerie. t. II, p. 392.

(2) *Martyrol. Roman. C. Baronii notationibus illust.* en el dia 22 de Febrero.

(3) He aquí como se expresa en el lugar citado: «Expectamus si aliquando.... poterimus.... é latebris christianæ modestiæ ipsius (Antoniani) cætera feracissimi ingenii monumenta in publicum vindicare. *Ibid.*

ron con aclamacion gran número de Concilios provinciales de los siglos dieciscis y diecisiete, y que Clemente XIII miraba como la regla de la fé católica y de la disciplina cristiana (1).

Gavanto refiere haber emprendido sus doctos comentarios á las rúbricas del Misal y Breviario á excitacion de muchos Cardenales de mérito, y entre otros de Antoniano. Su nombre figura tambien entre los miembros de la comision nombrada por Clemente VIII para examinar la edicion del Breviario Romano mandada publicar por san Pio V; y cuando mas tarde se previno por Urbano VIII la revision del Breviario, fué adoptado, para las vísperas del comun de Santas mártires, el bello himno de su composicion *Fortem virili pectore, etc.*

El *Tratado de la educacion cristiana de los hijos* es la mas considerable de las obras del Cardenal Antoniano que han visto la luz pública (2).

San Cárlos Borromeo, cuyo celo se extendía á quanto pudiera interesar á la Iglesia; que propagaba en todas las escuelas la doctrina cristiana; que fundaba colegios y seminarios, y procuraba la eleccion de buenos maes-

(1) En el breve dirigido á todos los Prelados de la Iglesia católica en 14 de Julio de 1761.

(2) Castiglione publicó, con la vida de Antoniano, trece de sus discursos pronunciados en Roma y en Ferrara; y muchas de sus composiciones poéticas se hallan esparcidas en diversos libros. Dejó manuscritos varios tratados sobre la sucesion Apostólica, sobre el estilo eclesiástico, y sobre la primacia de san Pedro; trabajos sobre la retórica de Aristóteles, sobre los discursos de Ciceron etc. A todo lo cual deberá añadirse sus numerosas cartas, los documentos por él redactados á nombre del Sacro Colegio y las Letras Apostólicas escritas por él, y cuya coleccion ofreceria los mas bellos modelos de latinidad cristiana.

tros para la juventud, no encontrando un tratado de educacion cristiana que correspondiese á la idea que de ella se habia formado, encargó la composicion de uno á Silvio Antoniano. Lleno este de respeto á la voluntad del Santo Arzobispo, emprendió su trabajo, que terminó el año de 1581; y no permitiéndole su modestia fiarse de sus propias fuerzas, quiso que fuera examinado por el gran Cardenal de Verona Agustin Valerio, el amigo de san Carlos, á quiea tambien él estaba ligado por los vínculos del afecto.

El Cardenal de Verona hizo que revisaran la obra muchas personas entendidas, y todas formaron un juicio igualmente favorable del mérito de la obra.

Apareció esta por primera vez en Verona el año 1584, y fué recibida con general aplauso (1). Es este un libro, dice Mazzuchelli (2), de los mejores que se han publicado de su género en nuestro idioma: anualmente se leía en las escuelas públicas de la Doctrina cristiana. Reimpreso en Cremona y Nápoles, se ha hecho una nueva edicion en Milán, año de 1821, y últimamente otra en Parma, en la imprenta de Pedro Fiaccadori, año 1851, en dos volúmenes en octavo.

Aunque Antoniano se aprovechára de algunos trabajos anteriores ó contemporáneos acerca del objeto de que se ocupaba, por ejemplo los seis libros de la educion de Maffeo Vegio (3), no por eso deja de tener el

(1) La obra se publicó de orden del Cardenal de Verona por Fr. Alejo Figliucci, dominicano, con una dedicatoria de aquel á san Carlos Borromeo. El Dr. Pedro Giusano y Godeau dan algunos detalles poco exactos acerca de esto en las vidas que escribieron del expresado Santo.

(2) *Gli Scrittor. ital.*

(3) *Maphei Vegii Laudensis de liberorum educatione lib. VI.* En la gran Biblioteca de los Padres, Lugd. tom. XXVI. Se ha anunciado una reimpression en un tomo en dozavo por Gaume, en París.

mérito de haber dado una obra original, completa, y cuyo conjunto trae á la memoria el buen órden y la gravedad del Catecismo del Concilio de Trento. Bien pudiéramos señalar, detallándole, la influencia que tuvieron en este libro las ideas de san Felipe de Neri, pero tememos hacernos molestos á los lectores.

Mas juzgamos que mirarán estos con interés el retrato que de Antoniano nos han dejado sus contemporáneos.

Era bien configurado, de corta estatura y un tanto grueso; sus cabellos y barba, que llevaba corta, propendian á rubios, sin que se le advirtiesen canas hasta su fallecimiento. Sus ojos, negros y brillantes en su juventud, indicaban un talento vivo y penetrante; cansada en la vejez la vista hubo de servirse de anteojos. Tenia la nariz aguileña, las orejas pequeñas, la frente ancha, y conservó siempre blanca y firme la dentadura. Su mirada era tranquila y sosegada.

De una salud robusta (1), podía prometerse los dias prolongados de la vejez; pero al entrar en los sesenta y tres años, un interior presentimiento le advirtió su cercano fin. Asi lo anunciaba con frecuencia á sus amigos, y tanto le esperaba, que todos los dias preguntaba á los suyos si estaba adornada su esposa, si la casa estaba preparada; refiriéndose al sepulcro y la capilla que habia mandado construir en la nueva Iglesia de Santa Maria in Vallicella.

Tres años antes de ser nombrado Cardenal, escribía al virtuoso eclesiástico de la Congregacion del Oratorio R. P. Ancina, despues Obispo de Saluces, dicién-

(1) Solo estuvo enfermo en dos ocasiones: la primera en Ferrara, siendo aun jóven, y la segunda en Roma, el año 1591. Los Cardenales de mas nota y el mismo Papa Gregorio XIV manifestaron en la última, con sus reiteradas visitas, cuánto aprecio le profesaban.

dole : Está dispuesta mi casa en Santa María *in Vallicella* ; pedid vos á Dios , á fin de que vuestro hermano no continúe sumergido en el lodazal del siglo.

Antoniano quiso hacer una confesion general , pero cayó enfermo en el mes de Julio del año 1605 , á consecuencia de las grandes fatigas y prolongado trabajo que le produjo la redaccion de breves apostólicos , en que se trataba de asuntos de gravísimo interés. Los médicos pronosticaron en seguida que la enfermedad era mortal : al sarampion se habia juntado una de esas perniciosas fiebres tan frecuentes en Roma , y cuyas consecuencias son de ordinario tan funestas.

Clemente VIII pasó á visitarle , le abrazó con ternura , le estimuló á no perder la esperanza de recobrar la salud , y le prometió que , si Dios era servido de llamarle á sí , cuidaria de que fueran cumplidas sus últimas disposiciones.

Antoniano conservaba una paciencia admirable en medio de sus padecimientos. Ocupábase únicamente en alabar á Dios , y en invocar la proteccion de la Santísima Vírgen , de sus Santos patronos y del Angel de su guarda. Atormentado de agudos dolores , por espacio de veintisiete dias , sentia mas las molestias y fatigas de los asistentes que los sufrimientos propios.

El dia de la Asuncion de Nuestra Señora recibió el Santo Viático , la Extremauncion y la Bendicion Papal , y á la mañana siguiente , al salir el sol , entró en el dia sin ocaso de la eternidad.

Clemente VIII testificó con sus lágrimas , y con el sentimiento que manifestó , en pleno consistorio , por la muerte de Antoniano , cuán irreparable juzgaba su pérdida ; y dispuso que sus exequias se celebráran con gran pompa. El cadáver de Silvio Antoniano fué sepultado en la Iglesia de Santa María *in Vallicella* , en la capilla de la Natividad.

El Cardenal de Verona no pudo contener el impulsa

de su dolor al tener noticia de aquella muerte. La república de las letras, escribía, ha perdido una de sus glorias, el Sacro Colegio su ornamento, y yo un antiguo y tierno amigo, que lo ha sido por mas de cuarenta años.

El difunto Cardenal había otorgado su testamento el 27 de Julio, estando ya enfermo. En él dividía sus bienes en tres partes: una en reverencia de Nuestro Señor Jesucristo, para doce monasterios ú hospicios de niños, pobres; otra para su hermana; y la tercera para sus familiares y criados. Legó su biblioteca á los Padres de la Congregacion del Oratorio (1), y encargó á los Cardenales Baronio y Aldobrandini que distribuyeran, segun mejor les pareciese, su capilla cardenalicia entre las basílicas patriarcales y las iglesias que había administrado (2).

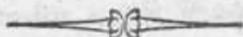
(1) Mabillon, *Mus. ital. Lut. Par.* 1687, tom. I, pág. 67.

(2) El traductor al francés *del Tratado de la educacion cristiana de los hijos* del Cardenal Antoniano, P. H. Guignard, autor de la precedente vida, se sirvió para escribirla, siguiendo las preciosas indicaciones de M. Devouceux, Vicario general de Autun, de la que publicó Castaglione con el título: *Silv. Antoniani, S. R. E. Cardinalis vita, à Josepho Castalione I. V. D. conscripta ejusdem Silvis orationes XIII ad Illustriss. et Reverendiss. DD. Petrum Card. Aldobrandinum S. R. E. Camerarium Romæ, apud Jacobum Mascardum. MDCX.* Tambien consultó, dice, con fruto la noticia histórica de la vida de Antoniano colocada al frente de la edicion italiana del *Tratado de la educacion* publicada en Milan el año 1821 por Carlos A. Barbiellini, y las dos obras siguientes — Alph. Ciaconii vite et res gestæ Pont. Rom. et S. R. E. Cardinal. cum notis Oldoini, tom. IV, Romæ, 1677, col. 327 et seq. — Flores historiæ Sac. Collegii S. R. E. Cardinalium.... auct. Illustriss. ac Reverendiss. in Christo Patre ac Domino Ludovico Donio d' Attichy, Episcopo Aesduenensi. Tom. III, Lutet. Paris, 1660, pág. 650 et sequent.

SILVIO ANTONIANO

Á LOS PADRES DE FAMILIAS,

SALUD EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.



El precepto y autoridad de Monseñor el Ilustrísimo Carlos Borromeo, Cardenal de Santa Práxedes, y Arzobispo de Milan, me han obligado á escribir este *Tratado de la educacion cristiana de los hijos*, que muchas veces he deseado ver compuesto por cualquiera otro mas capaz que yo.

Al evacuar mi cometido, he procurado, midiendo mis débiles fuerzas, mostrar la manera de dar á los niños una cristiana educacion, basada en el santo temor de Dios y en la observancia de su preciosa ley. Objeto mas nuevo y menos tratado de lo que á primera vista se juzgará, atendido el fin que me he propuesto y el modo con que vá desenvuelto; mas objeto necesario en nuestros dias, porque, si no estoy en un error, mis consejos seguidos procurarán gran consuelo á los padres de familias, que deseen sinceramente dar buena educacion á sus hijos.

Habiendo pues concluido, con los auxilios de la divina gracia, este tratado, y obligándome la orden que presidió á su formacion á consentir el que se publique; cual en si es, yo le ofrezco á vosotros,

respetables Padres de familia, no como una cosa mia, sinó mas bien como un don del vigilantísimo Pastor de las almas, y antorecha resplandeciente de la Iglesia, á cuyo precepto se debe. El juicio competente de tan gran Cardenal os debe hacer conocer que la educacion cristiana no es un negocio de poca consideracion, sinó mas bien de aquellos á que se hallan ligados los mas preciosos intereses, pues cooperando vosotros por su medio á la accion de Dios, se forman el corazon y el espíritu de los niños, preparándoles á que sean, un dia hombres honrados y virtuosos, lo cual es sin duda la cosa mas excelente y útil del mundo que puede imaginarse.

La tabla de los capitulos, colocada al final de la obra, os demostrará el completo detalle del presente tratado; pero sin embargo, voy á dar aquí una sucinta idea de las tres partes principales ó libros en que todo se encierra.

En el primero demuestro cuánto importa educar cristianamente á los niños. Hablo de la santidad y dignidad del matrimonio, que podemos comparar á una planta bendita de Dios, de la que son los hijos legitimos frutos llenos de dulzura. En fin, me ocupo de las disposiciones que deben preceder y preparar la buena educacion.

Como la base de la educacion cristiana está en el conocimiento y observancia de la divina ley, ha sido preciso que trate, en el libro segundo, de los principales puntos de nuestra santa Religion. He procurado hacerlo con brevedad, y contrayendo siempre las doctrinas á la práctica, para que los padres de familias no pierdan jamas de vista el blanco, á que deben dirigir constantemente sus esfuerzos.

En el tercero y último libro, subiendo desde la infancia á los años que la siguen, muestro los caracteres propios de cada edad y sus peligros, indicando cuáles son los deberes paternos en las diversas épocas. Termino, por fin, hablando de los diversos estados y ocupaciones honrosas de la vida comun, para que no pasando los niños dias inútiles, y viviendo virtuosamente entre sus conciudadanos, puedan dichosamente, despues de la corta peregrinacion en la tierra, vivir con Dios y sus Santos en la verdadera celestial pátria.

He compuesto este tratado en lengua vulgar, deseando fuese útil á un número mayor de personas, y esta consideracion me impulsó á entrar alguna vez en ciertos detalles, y á procurar en otras no solo enseñar, sinó tambien mover. De aqui parecerá resultar cierta proligidad, que acaso desagrade á génios demasiado delicados; pero la he procurado compensar con la division en capítulos, que son de ordinario muy cortos. Asi no será molesto á los padres de familias el dedicar los ratos que sus ocupaciones les permitan en la lectura de uno, dos ó mas, segun la oportunidad; podrán conservar en la memoria la enseñanza que contienen, y les será fácil servirse de ella con juicio y discernimiento, cuando sea llegado el caso de su aplicacion. En la práctica misma encontrarán una porcion de detalles, que necesariamente hay que dejar á la prudencia del encargado de la educacion de un niño. El que abraza con verdadero celo tan santa y cristiana empresa no hallará, de seguro, dificultades que no pueda vencer, porque, ademas de la divina gracia, nece-

saria para el buen éxito, que Dios no le negará, encontrará en la práctica el mejor maestro.

Os ruego, respetables padres de familias, que considereis á vuestros hijos, pues asi es, como la mas preciosa é interesante riqueza que Dios os ha otorgado. Su providencia les ha puesto á vuestro cuidado, para que vosotros, como siervos fieles, se los devolvais un dia llenos de frutos espirituales, mostrando que hicisteis productivo el talento que vuestro Señor os confió. Bien sé que, á pesar de los mas asiduos cuidados, puede un niño descarriarse con la edad, y llegar á ser un malvado; pero esto es en verdad muy raro, y cuando tal desgracia os sucediera, no seria imputable á vosotros. El pecado recaeria sobre su cabeza; su daño no impediria la salvacion de vuestra alma; y no perderiais delante del Supremo Juez la recompensa que merecerian vuestros desvelos.

Padres de familias, velad sobre vosotros, velad sobre vuestros hijos; poned en su cristiana educacion vuestra diligencia, para que sean en esta vida vuestro consuelo y no vuestro martirio, vuestra gloria y no vuestra deshonra; y para que despues hagan un adorno precioso de vuestra corona en el Cielo, en vez de agravar vuestros suplicios y eternos sufrimientos en el infierno.



SAN CASIANO, OBISPO,

PROTECTOR DE LAS ESCUELAS DE PRIMERA EDUCACION.

DE LA EDUCACION CRISTIANA DE LOS HIJOS.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

En la Santa Iglesia hay varios estados.

Inspirado por el Espíritu Santo el Profeta David, canta en el salmo cuarenta y cuatro los desposorios del celestial Esposo, Jesucristo Señor nuestro, con la Iglesia; y despues de haber celebrado la belleza, la fortaleza y el poderio del Esposo, pasa luego á ocuparse de las alabanzas de la Esposa, mostrándola cual una Reina que se asienta á su diestra. Píntala ornada del mas majestuoso traje, y cubierta de una vestidura de oro, rodeada de variedad de adornos, joyas y galas; representando en ellas los diversos estados que se advierten en la Iglesia militante: esto es, de virginidad, de continencia y de matrimonio.

Renunciando unos á todos los placeres del siglo, y ofreciéndose á Dios en perfecto holocausto, viven en la carne cual si estuvieran separados de ella, siendo mas semejantes á los Ángeles que á los hombres. Otros, ligados por el vinculo del matri-

monio, y en medio de los cuidados domésticos y de las ocupaciones de la vida civil, navegan en un mar proceloso, esforzándose por llegar al puerto del verdadero reposo. Pero aunque los diversos estados que se conocen en la Iglesia sean de diferente dignidad y grado, todos son sin embargo buenos y santos, todos adornan á la noble Esposa, y todos por consiguiente son gratos á los ojos del divino Esposo. Complácese, sí, éste en mirar á esas almas que dentro de los claustros y en los desiertos y soledades contemplan á Dios, parecidas á la bella Raquel, estéril, mas hermosa; pero tambien vé con agrado á su amada ornada de esa multitud solícita y laboriosa que, semejante á Lia, con menos belleza pero fecunda, se dedica á los ejercicios de la vida activa. Como de muchas voces de diferente timbre, que cantan en calculada discordancia, se produce un concierto de grata y dulce armonia; como de diferentes y variados miembros, destinados por la naturaleza á diversas y distintas funciones, resulta un solo cuerpo, bello en el conjunto, adecuado por su conservacion y el mas apropiado para obrar; así tambien, de los diversos estados que se notan en la santa Iglesia, proviene su maravillosa union. Ella forma ese cuerpo espiritual cuya cabeza es Jesucristo, tan bien ordenado y fuerte que intimida al infierno; tan agradable y bello que los Angeles y aún el mismo Dios le miran con singular afecto.

CAPITULO II.

Dios no ha impuesto á ninguno la obligacion de elegir el estado mas perfecto.

Grande es en verdad la misericordia de Dios, que no ha obligado á sus siervos á elegir precisamente un estado el mas perfecto, y que, compadecido de la flaqueza y debilidad de los mas, ha dejado á cada uno la libertad de tomar el que mas le agrade. Cuando nuestro divino Redentor y maestro dijo : « Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres » no ha impuesto un precepto, sinó solamente un consejo de perfeccion evangélica. El Apóstol S. Pablo, hablando del estado de virginidad, afirma que no tiene mandamiento del Señor, bien que, como siervo fiel, aconseje á los demas á vivir, siguiendo su ejemplo, separados de los cuidados del siglo y de las tribulaciones de la carne. A nadie dice no tomes mujer; no des en matrimonio tu hija; pero á todos exhorta á elegir un estado el mas perfecto. El que casa á su virgen, dice, hace bien : y el que no la casa, hace mejor ; toda vez, ya se comprende, que la hija prefiera voluntariamente el estado de continencia.

Debemos dar reiteradas gracias á ese Dios lleno de bondad, á ese misericordioso Padre que á nadie ha cerrado ni hecho difícil el camino de la salvacion, dejándole abierto y expedito á todos los estados y condiciones. No solo el pobre vo-

luntario, el religioso, el sacerdote, la virgen, los que viven en continencia pueden hallar un puesto en el reino de Dios; los ricos, los legos, los seglares, los padres de familias, conservando sus bienes, disfrutando de la compañía de sus consortes, de sus hijos y familia, podran tambien aspirar á la eterna bienaventuranza.

CAPITULO III.

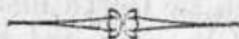
El temor de Dios y la observancia de sus mandamientos son precisos en todos los estados.

Los diversos estados, segun queda dicho, aunque de mayor ó menor perfeccion, todos son buenos y gratos á los ojos de Dios, y cada uno de ellos un camino que conduce á la Gloria, ya con mas felicidad, ya con mas dificultades y trabajo. Pero que ninguno se forme la ilusion de imaginar que todo está hecho con solo elegir un estado de su naturaleza bueno y loable. Si los actos no corresponden á la vocación, sinó se cumplen las obligaciones que impone, nada nos aprovechará su bondad; y seremos castigados con rigor, como siervos malos y desobedientes que, conociendo la voluntad de su Señor, no cuidan de cumplirla. No crean los casados que su estado no les impone ningun deber por no estar ligados con los votos religiosos, por no haber cedido sus bienes y el uso legitimo de sus cuerpos, ni renunciado á su propia voluntad; al contrario, sus deberes son numerosos, y mucho mas estre-

chos de lo que muchos piensan , sobre todo en lo concerniente á la fidelidad y castidad de los Esposos.

No se diga : Yo no soy monge ó religioso ; yo no he votado castidad , pobreza ni obediencia ; sinó dígase : yo soy cristiano ; en mi bautismo he prometido solemnemente militar bajo la bandera de Jesus crucificado , y cumplir fielmente sus leyes ayudado de la divina gracia ; yo he renunciado públicamente á la tiranía del demonio y del mundo , encorbande mi cabeza bajo el yugo lleno de dulzura del servicio de Dios.

Si , despues de un maduro exámen , elegis el estado del matrimonio , celebrad enhorabuena vuestras bodas ; pero , á imitacion del esposo de Caná en Galilea , convidad á ellas á Nuestro Señor , para que este soberano y todo poderoso huesped convierta tambien en vuestra casa el agua en vino . Poseed todos vuestros bienes , pero con Jesucristo ; sed libres , no con la libertad de la carne , sinó con la libertad del espiritu que os alcanzó el Redentor ; procurad la generacion de los hijos , pero que sea para mayor honra y gloria de Dios . En una palabra , atended con una perseverante aplicacion al cumplimiento de vuestras obligaciones , y vivid santamente en vuestro santo estado , recordando que el supremo Legislador ha dicho á todos : Si quieres entrar en la vida , guarda los Mandamientos .



CAPITULO IV.

Obligacion que los padres tienen de educar cristianamente á sus hijos.

Muchos y graves son los deberes del padre de familias respecto al gobierno y cuidado de su casa. Es entre los suyos como un rey, encargado de conservar la paz y tranquilidad doméstica, de administrar justicia y de proveer al mantenimiento y necesidades de sus súbditos. Estas funciones las ejerce de diversa manera, segun las personas á quienes conciernen, y varian en el modo de aplicarse á la esposa, á los hijos ó á los criados. Pero por mas numerosas é importantes que sean las obligaciones impuestas á los padres de familias, todas ceden el paso á una, como la mas grave y de mayor trascendencia: la buena y cristiana educacion de los hijos. Formar tan solamente su cuerpo, y desarrollar en ellos la vida material, esto nos es comun con los animales; darles una educacion moral, solo conforme á las luces de la razon, nos es tambien comun con los gentiles, sumergidos en las tinieblas de la infidelidad, y que no conocen el verdadero camino de la salvacion. Pero lo propio y peculiar del cristiano es educar sus hijos conforme á la ley de Jesucristo, para que, interin el curso de una piadosa vida, sean en la tierra instrumentos de Dios, para bienestar de la sociedad humana, y despues de una buena muerte, sean en el Cielo herederos

de su reino, disfrutando en él de una eterna felicidad.

En grave y lastimoso error estaria el que creyera cometer solo una falta ligera, descuidando el atender con todo su poder á la buena educacion de sus hijos; á ese deber, cuya omision le haria en alto grado criminal para consigo mismo, para con los hijos, la familia, la pátria, el género humano, y para con Dios y sus Santos.

Primeramente, para consigo mismo: porque siendo en cierto modo los hijos su obra y como sus miembros, si por su falta quedan sin la debida perfeccion, sus defectos y fealdad recaeran sobre si; viniendo á ser por lo tanto un cuerpo desfigurado por miembros contrahechos, áridos y sin vigor.

Para con sus hijos: á los cuales debia dar, como instrumento de Dios, no solo el ser y la vida, mas tambien lo que les es de la mayor importancia, la buena direccion de la vida.

Para con la familia: porque de los hijos mal educados nacerán probablemente descendientes todavia peores. Asi se pierde la nobleza que con sus virtudes consiguieron los antepasados; asi se cierra el camino de la virtud, el camino por donde con mas seguridad puede adquirirse; asi corren precipitadas á su ruina las familias.

Para con la pátria: pues en lugar de procurar la buenos ciudadanos, útiles, que deseen y sepan contribuir á su bienestar, se la lega una generacion inútil y despreciable; ó tal vez lo que aún es peor, hombres culpables y peligrosos, verdaderas teas de la discordia, que solo se ocupan en

turbar la paz y la tranquilidad pública con sus perniciosos ejemplos, y acaso con sus criminales acciones.

Pero no se detienen aquí los deplorables frutos de la negligencia paterna; el mal producido por ella tiene aún mayor extension: el género humano sufre hasta en su generalidad las consecuencias de la mala educacion de los hijos. Es él un todo que se resiente del desarreglo de la mas pequeña de sus partes, y el padre de familias negligente trabaja sin pensarlo en la destruccion de la sociedad humana, y en transformar el mundo en una guarida de béstias feroces; porque, segun la justa expresion de un sabio, el hombre inicuo es peor que el mas feróz de los animales.

Si de la tierra pasamos al Cielo, fácil será concebir cuán culpable ha de aparecer ante los Ángeles y Santos el padre que, por su desidia, les ha privado del gozo tan vivo que hubieran sentido recibiendo en su compañía las almas de sus hijos, que tan ardentemente deseaban.

Y ¿quién podrá significar la magnitud y gravedad de la injuria que hace á Dios, para con quien estamos mas obligados que para con todas las criaturas juntas? Desgraciado el padre que haya conservado mal un depósito tan precioso, y que le fué confiado por Dios mismo, bajo la pena de una eterna condenacion! Un depósito estimado por Dios en tan alto precio, que tomó nuestra naturaleza para sacarle de manos del demonio, en las que le habia puesto el pecado del hombre; y que no creyó compraba caro dando por él su sangre preciosa, derramada con una caridad infinita entre terribles dolores, muriendo en el árbol de la Cruz!

CAPITULO V.

Cuán grata es á Dios la buena educacion de los hijos.

Por todas las precedentes consideraciones , fácil es comprender las alabanzas debidas á un padre que, fiel á sus apremiantes obligaciones , y mas amante de sus hijos segun el espíritu que segun la carne, vela con solicitud sobre ellos , y se aplica con celo á educarlos bien. Él se proporciona , con esto, un precioso tesoro de consuelos y merecimientos para la vida presente y futura. Él recogerá los frutos de su trabajo , y la posteridad bendecirá su memoria: Él acrecienta la verdadera nobleza y el honor de su casa , y dejará á la pátria las prendas mas preciosas de su amor ; pues no raras veces el mérito y el valor de un solo ciudadano , han sido la salvacion y el sostén del estado. En fin , él recibirá las alabanzas de los hombres, y la recompensa de manos de Dios. La Sagrada Escritura manifiesta en la persona de Abraham cuán grata es á los ojos de Dios la buena educacion de los hijos, por estas palabras que pronunció al determinar la destruccion de Sodomá y Gomorrha: Pues qué , ¿ podré encubrir á Abraam , lo que voy á hacer : habiendo de ser caudillo de gente grande y muy fuerte ; y debiendo ser benditas en él todas las Naciones de la tierra? Porque sé , que mandará á sus hijos y á su casa despues de sí , que guarden el camino del Señor , y hagan juicio y justicia: para que el Señor cumpla por amor de Abraham todo lo que le ha hablado.

Las mismas Santas Escrituras nos refieren tambien la paternal solicitud y cuidados de Job, temeroso siempre de que sus hijos ofendieran á Dios. Cuyos ejemplos, y los demás que se registran en las Sagradas letras, demuestran cuán grata es al Señor la buena educacion de los hijos, y cuán abominable es á sus divinos ojos la negligencia en el cumplimiento de tan grave obligacion.

CAPITULO VI.

Indiferencia general respecto á educar cristianamente á los hijos.

El derecho natural, las leyes civiles y los divinos preceptos imponen á los padres la obligacion de trabajar con empeño porque sus hijos sean buenos y virtuosos; y á pesar de todo, vemos con dolor que frecuentemente se descuida el deber capital de darles una educacion cristiana, cuya sola significacion apenas es conocida en nuestros dias.

Gracias á la divina misericordia, todavia se hallan en todos los paises, y entre todas las condiciones, padres celosos del honor de Dios, que procuran educar á los hijos en su santo temor. Su prudente vigilancia merece sin duda las alabanzas de todos; pero deseáramos que su conducta fuese imitada por los demas, con particularidad en el seno del cristianismo: en esos pueblos á los cuales Dios, segun la expresion del Profeta, ha manifestado sus juicios y su voluntad.

Pero lejos de tomarse pena por esto, ciertos padres, enteramente dados á los placeres mundanos, dejan que sus desventurados hijos corran tambien en su séquito, y parece se regocijan en verlos tan disipados como ellos.

Otros, mas prudentes en verdad, se dedican á desarrollar los talentos de sus hijos; les dan la conveniente instruccion para la conservacion ó aumento de sus fortunas; les inician en los diversos conocimientos humanos, y les enseñan á parecer en la sociedad con los hábitos de la cortesania que distinguen al hombre de buena casa y familia. Pero imaginando que con esto han llenado el gran deber de la educacion, descuidan de lo demas, y prescinden de impregnar en sus almas los verdaderos y únicamente sólidos fundamentos de las virtudes cristianas. Sin detenerse á considerar su importancia y necesidad, piensan que los hijos podrán adquirirlas luego con la edad y de cualquiera manera, sin que sea preciso formar de ello el objeto de una particular atencion. Ya veremos despues cuánto se engañan.

CAPITULO VII.

La mayor parte de los hombres cuida mas de los animales y las fincas que de los hijos.

Tendriamos menos derecho para quejarnos, si los hijos recibieran siempre una buena educacion puramente humana, porque si bien la sola recta razon no puede dar una enseñanza enteramente perfecta, por lo menos enseña cosas útiles y

buenas, que pueden encaminar á un fin honesto; pero desgraciadamente la mayor parte de los padres ni aún esto hacen. Y no es dable atribuir este defecto á la ignorancia ó poca inteligencia de aquellos, en un siglo tan ilustrado y prudente segun la carne como el nuestro.

Enmedio de lo cual, es tristemente cierto que gran número de padres de familias aprecian más cualquiera otra cosa que sus hijos; y cuando digo sus hijos, quiero significar principalmente su alma, la mejor y más esencial parte de su ser, cuyo fin último y verdadero es Dios.

Un sábio autor pagano se affige y extraña á la vez de que los animales sean cuidados con más solicitud que los hombres; y S. Juan Crisóstomo, abrasado de caridad, y comprendiendo mejor todo el valor de las almas, se queja con demostraciones más enérgicas.

Después de lamentar la funesta é insensata conducta de esos padres que se ocupan más de sus posesiones y labranzas que de sus hijos, para los cuales adquieren y conservan á costa de muchas penalidades las riquezas: Quién ignora, escribe, la vigilancia con que se atiende á la conservación de una buena raza de caballos; y las fatigas con que se doma y adiestra un potro, ya para la guerra, ya para los placeres de la paz?

No es posible dejar de admirarse al considerar el trabajo y la paciencia que un hombre interpone, para conseguir hacer dócil al más ligero movimiento de la mano ó de la espuela á un animal casi feróz. Y ¿qué diremos de los que, por disfrutar del placer de la caza, á fuerza de atención

y destreza llegan á domesticar los perros y las aves, imprimiéndoles yo no sé que instinto, y despojándoles de su fiereza y rapacidad natural? El trabajo y la perseverancia llegan por fin á vencer todos los obstáculos.

Creo innecesario hablar del cultivo de los campos, del desarrollo del comercio y de las varias industrias, para todo lo cual no se perdonan dispendios ni penalidades, se arrostran todos los peligros, se arriesga tal vez la vida, y quiera Dios que no se comprometa la salvacion eterna.

Si parte de tantas reflexiones, de tantas vigiliass y fatigas se dedicasen á la buena educacion de los hijos; de qué maravillas no seriamos testigos, y cuánto no cambiaria la faz del mundo? Pero; ah! con frecuencia ciertos padres corren á exponerse á los rigores del frio y al calor sofocante del sol, para que sus posesiones se cultiven bien, y entretanto abandonan un campo mucho mas precioso, capaz de frutos mas estimables y de mayor valor: el alma de sus hijos. Asi constantemente descuidada esta tierra, se cubre de matorrales y espinas, en que buscan y encuentran su albergue los pecados y vicios mas abominables.

Surcan otros padres imprudentes los mas lejanos mares, deseosos de aumentar la fortuna de sus hijos, é interin dejan á estos desgraciados sin direccion ni guia, expuestos á las peligrosas borrascas de sus inclinaciones desarregladas. No debemos, pues, extrañar el que cada dia se vea á la juventud sufrir tan lamentables naufragios, llevando la turbacion al seno de sus familias, á la Iglesia y á la sociedad.

CAPITULO VIII.

Las calamidades de nuestros dias, con especialidad en lo concerniente á la Religion, proceden en gran parte de la mala educacion.

Lo que voy á decir parecerá exagerado á ciertas personas ; pero la gravedad é importancia del objeto me impulsan á manifestar libremente mi pensamiento. Me parece, digo, que las numerosas calamidades que, segun hemos visto, se han desparramado por el mundo en estos últimos tiempos, en esta decrepitud del siglo, si puedo expresarme asi, deben en gran parte su origen á la mala educacion de los hijos. Porque no siendo posible al hombre llegar á formarse sin pasar por la infancia y la juventud, tampoco lo es de ordinario que se forme un hombre honrado ó perverso sinó segun que sus primeros años hayan sido buenos ó malos.

El hijo indisciplinado, criado sin temor de Dios, habituado desde la primera edad á desobedecer á sus padres, á seguir sus caprichos, á no hacer sinó su voluntad; este niño, sin freno contra sus apetitos, contra el inmoderado deseo de riquezas y contra las tentaciones de la ambicion, al crecer con los años ha de sentir fortificadas y robustecidas sus malas inclinaciones. Con el desarrollo de su fisico, los vicios se afirmarán en su corazon; bien pronto [perderá todo temor de Dios y de los hombres; y el pecado, al que jamas supo resistir,

vendrá en él á formar como una segunda naturaleza, una necesidad, precipitándose sin descanso de abominacion en abominacion y de maldad en maldad.

Verdadero instrumento preparado por el demonio para la iniquidad, será, segun las circunstancias, un sedicioso, un revolucionario, un perturbador del reposo público, un heresiarca, ó uno de esos impios que, con el nécio de quien habla el Real Profeta, dicen en su corazon: No hay Dios. Facil seria demostrar, con reiterados ejemplos, la parte que tales hombres han tenido en el nacimiento y propagacion de las herejías, y en todas las divisiones que han desgarrado el seno de la Iglesia.

Soberbios y ambiciosos, no pudiendo soportar el verse privados de los honores que condecoran á otros, incapaces de avenirse con la obscuridad de la vida privada, deseosos de dominar y de adquirir un renombre, haciendo para ello prosélitos; viéndose privados de conseguirlo por medio de las virtudes, de que carecen, levantan el estandarte de una nueva herejía, ó resucitan las cenizas amortiguadas de algun antiguo error, á cuyo alrededor se agrupan gentes de iguales disposiciones, y tan mal inclinadas como ellos.

Estos ministros del averno son tanto mas perniciosos, cuanto que no pocas veces juntan á costumbres depravadas el talento, la elocuencia y esa ciencia destituida de caridad que, segun el Apóstol, no edifica, y llena de soberbia y orgullo. Sus palabras son por lo tanto unas verdaderas teas, que llevan por todas partes el fuego de la sedicion y de la discordia.

Pero no se adquiere de repente un tal grado de malicia, que lleve al hombre á separarse del gremio de la Iglesia. No, á tanta depravacion no se llega sinó poco á poco, y por un hábito del pecado que se remonta á los primeros años. Lejos de haber sido extirpado al aparecer y en sus primeros tallos, el imperio del vicio no enfrenado se arraiga cada dia mas y mas, la fuerza no dominada de las pasiones obscurece la razon, y el hombre llega á tal estado de sequedad que, no satisfecho con obrar mal, pretende que sus desórdenes sean erigidos en virtudes.

Las mas detestables pasiones, los actos mas criminales son preconizados como acciones lícitas y tal vez piadosas; preténdese hacerlas penetrar hasta el templo del Señor; y asentados estos nuevos doctores en su pestilencial cátedra, enseñan acerca del dogma y la moral monstruosos errores, condenados á la vez por las Sagradas Escrituras, por los Santos Padres y la Iglesia, y contra los cuales claman hasta los sentimientos de la simple razon natural.

CAPITULO IX.

De la misma causa proceden muchos desórdenes y turbulencias en los Estados.

Si estudiamos la vida de aquellos que sublevaron los pueblos, excitaron á la revelion y han trastornado las provincias y los pueblos, hallaremos tambien que desde su juventud han vivido entregados al juego, á la disipacion y la lujuria,

consumiendo sus fortunas en locas prodigalidades, para satisfacer sus desarreglados apetitos.

Aumentándose así con los años el fuego de la concupiscencia y los immoderados apetitos, y disminuyéndose por necesidad de día en día los medios de satisfacerlos, viene luego el deseo de cambios y trastornos, á cuya sombra puedan adquirirlos.

No habiendo sabido conservar sus bienes, y sin valor para recobrarlos por medios honestos; sin los conocimientos y práctica de un arte útil; rehusando la sujecion y el trabajo, como nutridos en la pereza y los placeres, la paz comun es para ellos una calamidad. Y no sabiendo entónces como pagar sus deudas, y como subvenir á sus profusiones, son arrastrados á tomar en su desesperacion alguna resolucion criminal.

Unos hurtan primero, y luego se convierten en facinerosos y asesinos; otros conspiran oculta-mente contra los principes, y trabajan por trastornar los gobiernos. Se vé con especialidad entre los últimos á personas de buen nacimiento, que se habitúan á vivir en medio de las agitaciones, y que mantienen á su alrededor una enjambre de clientes licenciosos y aduladores. Enemigos de la pobreza tales hombres, descontentos con una mediana posicion, llenos de avaricia, envidiando el bienestar de los demás, y aguijoneados por el estímulo poderoso de su ambicion, no dudan ni temen clavar el puñal en el seno mismo de la patria en que nacieron: ellos esperan hallar entre los sufrimientos y la ruina de los demás su fortuna y provecho.

Si fracasan sus criminales proyectos, entónces procuran cubrirse con el pretexto del bien público, y aún se ocultan bajo el nombre de religion, engañando al pueblo sencillo con palabras especiosas. Ellos favorecen las herejias, y se hacen herejes; aunque realmente solo son ambiciosos y reveldes, cuyo objeto no es el que prevalezcan éstas ó las otras creencias, sinó el dominar y no estar sujeto á ninguna de las legítimas potestades.

CAPITULO X.

Acertada y prudente conducta de las autoridades que ponen un especial cuidado en la educacion de la juventud.

Creo haber demostrado suficientemente que los grandes males, que de tantos modos afligen en nuestros dias á la cristiandad, han tenido y tienen en mucha parte su origen en la negligencia con que se ha mirado pública y privadamente la buena educacion de la juventud.

Deben por lo tanto ser alabadas la piedad y prudencia de los principes que vigilan acerca de esta materia, que tienen un particular cuidado de la juventud, y que llaman para que les auxilien en un punto tan capital á personas de reconocida virtud.

Los que de otro modo se conducen debieran desde luego persuadirse, por lo que dictan la razon y la experiencia, que, si un espíritu altanero no es contenido por el temor de Dios, jamas lo

será por el temor á las leyes humanas; que, quien quebranta la fidelidad que juró á Dios y á la Iglesia en el santo bautismo, con mayor facilidad ha de faltar á la que debe al Príncipe. Nótese bien: al cambio de las creencias, siguen necesariamente los trastornos en las leyes y en los Estados; cuando los hombres llevan una vida enteramente carnal, desobedeciendo la ley divina, y entregándose á la ambicion y los demas vicios, están bien cerca de abandonar sus creencias á la primera ocasion.

Si no se quieren, pues, recojer bien amargos frutos, es preciso extirpar la raiz que se oculta en la mala educacion de la primera edad; de lo contrario necesariamente han de brotar mas tarde todos los desórdenes, trastornos y desgracias.

CAPITULO XI.

Conveniencia y utilidad de la presente obra.

Una vez meditado cuanto dejamos escrito, no pensamos que nadie pueda negar la importancia de la buena educacion, tanto con relacion á los intereses públicos como á los privados. Pero acaso algunos juzgarán inútil mi trabajo, puesto que los libros de los antiguos escritores griegos y latinos están llenos de preceptos, suficientes á dirigir la conducta de los hombres en todas sus edades, y no faltan autores que se han ocupado especialmente de la educacion. Hace pocos años que Monseñor Giovanni della Casa, Florentino de gran

talento y sana doctrina, escribió con aceptación acerca del particular en lengua vulgar. Confieso la bondad de su libro; pero creo, sin embargo, que aún queda vasto campo para disertar con utilidad acerca de la materia, y que su gran importancia me autoriza para consagrar á ella mis esfuerzos, máxime habiéndome propuesto un objeto enteramente particular.

Yo no pretendo hablar solamente de la educación civil, en cuanto concierne al bienestar humano, á lo cual se ciñen los filósofos; yo quiero esencialmente ocuparme de la educación cristiana, que encamina al hombre á la suprema felicidad del Cielo.

Yo considero al niño menos como un ser formado para la sociedad, que como un cristiano; menos como ciudadano de un imperio terreno, respecto al cual tiene deberes que cumplir, que como miembro de la ciudad de Dios.

Los antiguos no pudieron encaminar á este fin sus preceptos, al tratar de la educación, y un gran número de nuestros autores modernos les han seguido paso á paso.

Los Padres de la Iglesia, cuya instrucción y santidad son bien conocidas, nos han dejado interesantes observaciones acerca del particular; pero esparcidas y como ahogadas en sus obras, no forman un todo completo, y no producen por lo tanto todo el fruto que debiera esperarse. Y aun acaso yo me acomodaré mejor que aquellos ilustres doctores á la inteligencia de un mayor número de personas, toda vez que me propongo escribir principalmente para el pueblo, y para las

clases que mas necesidad tienen de instruccion.

Espero por lo mismo que se me dispensará si para ser mas útil á mis lectores, desciendo á las veces á detalles minuciosos: los actos humanos se componen de una série de diferentes hechos, para cuya direccion son de mas provecho las instrucciones particulares que las reglas generales. Estas hacen resaltar mas, sin duda, el mérito del autor, pero el que trata de la buena educacion debe abrazar los mas pequeños detalles, si pueden ayudar á que mejor se consiga el fin apetecido.

Si el autor Florentino, de quien hablé arriba, pudo, sin merecer un reproche, llenar su libro de minuciosos consejos para inculcar en los jóvenes las maneras de urbanidad y trato civil de sociedad; ¿no tendré yo la libertad de seguir su ejemplo, al encaminarme á procurar á la juventud no solo la perfeccion exterior, que se circunscribe á las relaciones mundanas, sinó mas bien la perfeccion interior de una sólida virtud?

CAPITULO XII.

Razones que me mueven á tratar con antelacion de la dignidad y santidad del matrimonio.

Al emprender, con los auxilios de la divina gracia, la demostracion de los medios que contribuyen á la cristiana educacion de los hijos, mi primer pensamiento fué ver en ellos, segun la expresion de S. Agustin, los frutos del matrimonio, del

que hasta el nombre lleva la idea de la maternidad. Y como los buenos frutos proceden de los buenos árboles, conforme nos lo enseña el mismo Jesucristo, de las uniones virtuosas es de las que se pueden esperar, en el orden regular de las cosas, buenas generaciones. Por eso he creído conveniente tomar la educación de los hijos en su origen, tratando primeramente de la excelencia y santidad del estado conyugal, y trazando los principales caracteres del matrimonio cristiano, base sólida sobre que descansan la buena educación de los hijos y el porvenir de la sociedad.

Hubiera podido dividir esta importante materia, ocupándome de ella en cada uno de los libros del presente tratado: en el primero, como fundamento de la educación: en el segundo, como sacramento; en el tercero, como estado de vida. Pero, en vez de ceñirme sucesivamente á estos tres diversos puntos de vista, he creído mas conveniente reunir aquí cuanto pienso decir acerca de este asunto; porque acaso por este medio conseguiré fijar mejor la consideracion de mis lectores, llamando particularmente su atención acerca de la santidad del estado del matrimonio, sobre lo cual, confesémoslo con sinceridad, no se para mucho á pensar el pueblo fiel.

Procuraré expresarme con sencillez, conforme al plan que me he propuesto, hablando mas como moralista que como doctor; y seré breve, remitiendo al que quiera mas instruccion á las obras especiales que tratan con extension de la naturaleza del matrimonio, de sus obligaciones y de sus efectos.

CAPITULO XIII.

Origen é institucion del matrimonio como contrato natural.

El matrimonio es la union conyugal y legitima del varon y la mujer, que les obliga á permanecer toda su vida en una sola é indisoluble sociedad. No es este un estado introducido en el mundo por las leyes humanas, ó inventado por los hombres, sino una institucion que procede del mismo Dios, autor de la naturaleza, establecida por él en el estado de la inocencia y antes del pecado de nuestros primeros padres.

La Sagrada Escritura nos enseña que, habiendo criado Dios al primer hombre, quiso darle una compañera y ayuda que fuera semejante á él. Durante un profundo sueño, en que le hizo caer, tomó una de sus costillas, de la cual, con su infinito poder, formó la primera mujer, que fué nuestra primera madre, Eva; llevóla luego á la presencia de Adam, y dándosela por compañera, bendijo á los dos diciéndoles: «Creced, y multiplicáos.» Obedeciendo Adam el precepto del Señor, aceptó á su recién formada esposa, y exclamó con vehemente afecto: Esto ahora, hueso de mis huesos, y carne de mi carne: ésta será llamada varona, porque del varon fué tomada. Por lo cual dejará el hombre á su padre, y á su madre, y se unirá á su mujer: y serán dos en una carne.

De aqui se deducirá cuán grandes son la excelen-

cia y dignidad del matrimonio, que debe su origen al mismo Dios desde el principio del mundo, y fué instituido en el feliz estado de la inocencia y justicia original, en el que todos hubiéramos sido justos y santos si nuestros primeros padres no hubieran prevaricado. Y no solo estableció Dios el matrimonio, sinó que le ligó tambien con lazos indisolubles, como lo manifestó claramente nuestro divino Salvador, diciendo en el Evangelio : « Lo que Dios juntó, el hombre no lo separe. »

CAPITULO XIV.

El matrimonio cristiano, á la vez que un contrato natural, es tambien un Sacramento de la nueva ley.

Aunque la sociedad conyugal, instituida por Dios para la propagacion del género humano, parezca llamar hácia sí á los hombres por una inclinacion puramente natural, no por eso ha dejado de ser mirado siempre el matrimonio como una cosa santa, digna de veneracion y respeto. Asi fué considerado antes que Dios diera su ley á Moisés y despues de su intimacion; no solo entre los judios mas tambien entre los gentiles: bien que los matrimonios fuesen, sin duda, entre los últimos menos santos, y se celebrasen menos religiosamente que entre los antiguos patriarcas y el pueblo Hebreo.

Pero es necesario advertir que, si aun en el dia el matrimonio es como antes un contrato natural, es además un Sacramento de la ley de gracia, instituido por Jesuerisio, nuestro Salvador y maestro; uno de

los siete Sacramentos de la ley evangélica , una de las siete fuentes y canales de oro, por las cuales se comunican á las almas, que no ponen obstáculos á la gracia, el valor y la eficacia de la pasion y de los méritos de Jesueristo. No creo preciso detenerme á justificar con las numerosas pruebas que pudiera la verdad de esta doctrina, general y sólidamente asentada por los teólogos, por los Concilios, y sobre todo por el Santo Concilio de Trento. Basta recordar la autoridad de S. Pablo, el cual, escribiendo á los fieles de Éfeso , llama al matrimonio un Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia ; porque significa la union de Jesueristo con la Santa Iglesia, su esposa , y confiere una gracia y virtud especial para ejercer santamente los deberes de la vida conyugal. Tal es , y ha sido siempre , la doctrina de la Santa Iglesia Católica Romana , columna y apoyo de la verdad. No es preciso decir mas á verdaderos cristianos, para quienes exclusivamente compongo este tratado.

CAPITULO XV.

Dignidad del matrimonio como Sacramento.

La gracia , como enseñan los doctores , no destruye la naturaleza, antes bien la da un nuevo ser y perfeccion. Asi el matrimonio , como sacramento, no pierde los bienes y prerogativas de que goza en concepto de contrato natural; por el contrario , adquiere nuevas ventajas, y el ornato que ya tenia recibe un nuevo esplendor.

Sabemos, por ejemplo, que en el contrato natural la union es tan estrecha que solo la muerte puede disolverla; que en esta union de los esposos, la casa, los medios de subsistencia, el alimento, la casa, la generacion legitima de los hijos, su educacion, los gozes y penalidades de la vida, el afecto y auxilio mútuo, todo es comun. Pues bien, todas estas ventajas se encuentran en un grado mas elevado en el matrimonio, como sacramento de la nueva ley. No solo significa, sinó que contiene en si mismo y comunica á las almas bien dispuestas una gracia particular, que santifica al marido y la mujer, que purifica su amor natural, que hace mas indisoluble su union, y que, segun S. Buenaventura, les coloca fuera de la corrupcion de los deseos desarreglados de la concupiscencia. De la gracia del Sacramento nacen los lazos de una dulce caridad, que suavemente unen los corazones de los esposos, les impiden disgustarse el uno del otro, buscar amores estraños é ilícitos, y manchar la pureza del lecho conyugal, que recomienda con tanta eficacia el Apóstol, por estas graves palabras de su carta á los Hebreos. « Sea honesto en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla. »

Tales son los dones otorgados al Sacramento del matrimonio, instituido por nuestro Redentor Jesucristo, el cual se los alcanzó con el precio infinito de su sacratissima pasion y muerte, segun nos enseña el Santo Concilio de Trento.

CAPITULO XVI.

De los tres principales bienes del matrimonio, y particularmente del primero, que son los hijos.

Para que pueda comprenderse mejor la dignidad del matrimonio cristiano, expondremos con brevedad las tres clases de principales bienes de que se halla dotado, conforme á la doctrina de los teólogos, á saber: los hijos, la fé y el sacramento.

Siempre han sido mirados como uno de los principales bienes del matrimonio los hijos que nacen de una mujer legitima, y en todas partes han sido en gran manera favorecidos por las leyes. Pero este bien es tanto mas precioso en las uniones cristianas, cuanto que vá encaminado á un fin mas noble y elevado.

El matrimonio, como contrato natural, tiene por objeto la propagacion y multiplicacion del género humano. El hombre anhela la generacion de sus semejantes, impulsado por el deseo natural á todos los séres de conservarse y perpetuarse; deseo que no puede conseguir en el individuo, y que satisface en cierto modo contribuyendo á la conservacion de la especie. Este deseo es comun al hombre con los animales irracionales; pero, creado aquel para la sociedad, se propone un fin mas perfecto, cual es la perpetuidad de su familia, de su pátria y de los demas intereses naturales y civiles.

En la ley de gracia, el matrimonio ha sido ele-

vado á tanta dignidad, que tiende principalmente á criar y multiplicar la raza de los elegidos, la nacion santa, el pueblo de Dios, redimido con el precio infinito de la preciosa sangre de su Hijo. Lavados y purificados los hijos en las aguas del santo Bautismo, forman ya parte del cuerpo de la Iglesia, haciéndose miembros vivos de Jesucristo; para que, perseverando en la fé, en el culto del verdadero Dios y en la observancia de sus mandamientos, no solo llenen la tierra, en la que nos hallamos como viajeros y extraños, mas tambien y principalmente sean pobladores del Cielo, nuestra verdadera pátria, término y puerto de la corta y penosa peregrinacion en el mundo.

Los Patriarcas y justos del antiguo Testamento se proponian tambien principalmente que sus hijos fuesen los adoradores del verdadero Dios, y conserváran aquel pueblo escogido, de que debía salir la semilla en la cual serian benditas todas las naciones. Sin embargo, el matrimonio no era entre ellos un verdadero sacramento; y todos los bienes que le acompañaban están entre nosotros en un grado tanto mas perfecto, quanto la gracia y la verdad exceden á la Ley y á las figuras, y la santa Iglesia, esparcida por todas las naciones, supera en perfeccion á la respetable y antigua Sinagoga.

CAPITULO XVII.

Del segundo bien del matrimonio, que es la fé.

El segundo bien del matrimonio es la fé, esto es, la fidelidad que se guardan mutuamente los cónyuges, despues del poder que ha dado el uno al otro sobre su cuerpo; pues segun la expresion del Apóstol, el marido no es ya señor de su cuerpo, sinó que lo es la mujer, como no lo es esta del suyo, mas sí el marido.

Este bien del matrimonio es tan necesario, que sin él se alterarian y destruirian en gran manera los demas. ¡Qué no pudiera yo decir aqui contra los esposos que, faltando á la fé jurada, y á las mas estrechas obligaciones del vínculo conyugal, no se detienen ante el cúmulo del deshonor! Contra los que, con desprecio de los hijos, de la pátria y de su propia salvacion, violan la prometida fidelidad, cometiendo un crimen tan horrible á los ojos de Dios, y tan odioso ante las leyes divinas y humanas, que no hay palabras con que expresarlo!

En nuestros desventurados dias este pecado se ha hecho, por desgracia, tan comun, que no solo se mira con indiferencia, sinó que suele ser á las veces un objeto de vanidad, sin considerar los tesoros de cólera y de venganza que, con la dureza de su corazon y su impenitencia, acumulan, segun S. Pablo, para el dia terrible del juicio de Dios. Ni debe admirarnos el encontrar en casas, en que la

santidad del matrimonio ha sido tan feamente ultrajada, tantas desavenencias y miserias como presentamos todos los dias. Dios permite tambien justamente que tales deshonradas uniones sean desgraciadas en los hijos que de ellas nacen. Adonde la fé conyugal ha sido violada, no puede haber amor, ni caridad, ni paz, ni Dios, y por consiguiente ninguna felicidad.

CAPITULO XVIII.

Del tercer bien del matrimonio, que es el sacramento.

Que los esposos hayan de profesarse mutuamente un cariño vivo y afectuoso, y que su amor deba ser casto, santo, puro, y mas bien divino que humano, nos lo indica suficientemente el bien del sacramento, tercero de los que principalmente corresponden al matrimonio.

Este, como tal sacramento, es un signo y veneranda representacion, que figura la union íntima y santísima de nuestro Señor Jesucristo con su castísima y muy amada esposa la Santa Iglesia. Jamas el Señor se ha separado de ella; perpétuamente la está unido con el fortísimo lazo del amor. Por eso, y por la virtud del sacramento, nada puedè desatar ni disolver el vinculo conyugal interin viven los esposos; aunque por justas y graves causas, y mediante un juicio ante el competente tribunal eclesiástico, puedan ser dispensados de la mútua cohabitacion.

Si el gran misterio que representa el matrimo-

nio fuera considerado atenta y frecuentemente por las personas casadas, ó las que desean abrazar este estado, desde luego comprenderian á fondo la naturaleza del matrimonio cristiano, las obligaciones que impone, la fuerza y eficacia de sus lazos, y el amor que los esposos deben profesarse.

No he dudado el entrar en algunos detalles relativamente á estos puntos, porque una de las mejores disposiciones para la buena educacion de los hijos es, como dejo manifestado, una union santa, que no ponga un obstáculo á las gracias de que Dios ha querido colmarle.

CAPITULO XIX.

Cuán útiles son las consideraciones que se toman de la union de Jesucristo con la Iglesia, representada en el matrimonio.

Entre las muchas consideraciones que pueden ofrecerse acerca de este punto, me ceñiré á un solo pensamiento, que los casados deberán meditar detenidamente. Al contraer su matrimonio, no han celebrado uno de esos actos frecuentes y ordinarios, que diariamente se presentan en las relaciones que median entre los hombres, sinó un acto santo, venerando, y lleno de profundos misterios, toda vez que nuestro divino Redentor ha querido que, la union legitima del hombre y la mujer, represente la union divina y estrecha y el inefable amor que le ligan á la Iglesia. Por eso escribía con razon el Após-

tol : «Este sacramento es grande; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia.»

De modo que aqui el hombre es asimilado á Jesucristo, y la mujer á la Iglesia; y como Jesucristo es la cabeza de la Iglesia, así es el hombre la cabeza de la mujer; y como la Iglesia es el cuerpo y la carne de Jesucristo, así la esposa es el cuerpo y la carne del esposo; y es preciso entender de Jesucristo y la Iglesia, como del marido y la mujer, aquellas palabras del Génesis: «Y serán dos en una carne.»

Ahora bien, si consideramos el amor que tiene Jesucristo á su Iglesia, y la ternura con que la Iglesia le corresponde; si nos fijamos en el tierno y respetuoso temor con que ésta le reverencia; si miramos como solo se ocupa en agradar á su esposo, huyendo todo otro amor, y evitando hasta el oír una voz estraña; si notamos el cuidado que interpone en la buena educacion de los hijos espirituales que su fecundidad produce, y la perfecta union de su voluntad con la de su esposo; si meditamos, digo, todo esto, desde luego y sin trabajo comprenderemos las mútuas obligaciones de marido y mujer.

El Apóstol S. Pablo nos lo manifiesta en un notable capítulo de su carta á los fieles de Efeso, basando sus exhortaciones y consejos en las celestiales bodas de Jesucristo con la Iglesia, para indicar á los casados los medios de vivir dichosos y llenar los deberes de su estado. Queriendo mostrar el amor sincero y casto con que los esposos deben amar á sus consortes, les dice: «Vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres como Cristo amó tambien á

la Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella. Con lo cual el Apóstol quiere recordarnos el inapreciable amor con que el Salvador se entregó á la cruel y afrentosa muerte de la cruz, para purificar y santificar á la Iglesia, colmándola de honor y gloria.

S. Pablo, continuando el mismo pensamiento, añade luego: «Asi tambien deben amar los maridos á sus mujeres, como á sus propios cuerpos. El que ama á su mujer á sí mismo ama. Porque nadie aborreció jamás su carne: antes la mantiene y abriga, asi como tambien Cristo á la Iglesia: por que somos miembros de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos.»

De la misma similitud se vale el Apóstol para significar los deberes de la esposa. Las mujeres, dice, estén sujetas á sus maridos, como al Señor: porque el marido es cabeza de la mujer; como Cristo es cabeza de la Iglesia, de la que él mismo es Salvador, como de su cuerpo. Y asi como la Iglesia está sometida á Cristo; asi lo estan las mujeres á sus maridos en todo.

El Apóstol concluye, por fin, con estas palabras, antes ya citadas: «Este Sacramento es grande; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia. Empero tambien vosotros cada uno de por si ame á su mujer como á sí mismo: y la mujer reverencie á su marido.»

CAPITULO XX.

Siguen otras varias consideraciones útiles acerca de la misma materia.

Por lo que dejo expuesto se podrá formar una idea de cuán santo y puro debe ser el amor mútuo de los esposos, representando, como representa, el de Jesucristo y su Iglesia. Este divino modelo nos hará tambien comprender suficientemente el respeto que la mujer debe á su marido; la fidelidad que han de guardarse el uno al otro; el cuidado que deben poner en preservar el lecho nupcial de la mas ligera mancha. Él nos enseñará la castidad, la paz y la concordia que deben reinar entre los cónyuges; la comunicacion sincera y franca de todos los secretos domésticos; la participacion igual de los bienes, olvidándose el tuyo y mio, tan odiosos en esta íntima sociedad; la presteza y caridad con que deben socorrerse en sus necesidades y aflicciones; que no debe haber tristezas ni alegrías que no les sean comunes; en una palabra, la union de Jesucristo con la Iglesia les mostrará todos los bienes, todos los frutos y todos los deberes de su estado. Los casados no deberian jamás perderla de vista, ya para conocer mejor sus obligaciones, ya para obtener de Dios, por tan santo pensamiento, nuevas gracias y fuerza para mejor cumplirlas.

Este misterioso bien del sacramento nos enseña particularmente dos cosas, que mas de cerca cor-

responden á mi objeto. La primera es, que deben desearse principalmente los hijos para que sean fieles adoradores y siervos de Dios ; pues la fecundidad de las madres será verdaderamente dichosa pareciéndose á la de la Iglesia, que se propone aquel fin al engendrar todos los dias numerosos hijos espirituales, por medio del santo bautismo. La segunda es, que los desposorios de Jesucristo con la Iglesia deben ser el modelo de los que pretenden abrazar el estado del matrimonio, en el que aprendan el modo de santificarle, las disposiciones con que ha de contraerse, y la pureza que reclama como sacramento, imágen de las divinas bodas.

CAPITULO XXI.

Sérias reflexiones que deben preceder al matrimonio.

Cuando se trata de tomar resolucion en un punto importante, el cristiano prudente, que no se paga de las ventajas temporales y efimeros goces de la tierra, como suelen los mundanos, fija su atencion ante todo en que sea para mayor gloria de Dios y salvacion de su alma ; fines que propiamente hablando se confunden formando uno solo, pues debemos amar y buscar nuestra salvacion solamente en Dios y para su gloria. Pues cuando el cristiano virtuoso advierte que la realizacion de su deseo no ha de ser para honor de Dios, y puede ser obstáculo para su eterna salud, luego le abandona ; y recordando aquellas palabras de la eterna verdad : « Qué cambio dará el hombre por su al-

ma? encuentra que ninguna cosa del mundo es suficiente á compensar su pérdida.

Esta recta intencion, estas detenidas reflexiones, necesarias para emprender un asunto cualquiera, aún de poca duracion é importancia, fácilmente se concibe cuán necesarias sean antes de pasar á ligarse con el vinculo del matrimonio. Este estado, ya lo hemos dicho, es de su naturaleza loable y grato á los ojos de Dios; pero puede suceder que una cosa, en si buena, no lo sea para cierta y determinada persona; así el vino es nocivo á los febricitantes. Un acto de suyo virtuoso puede viciarse por las circunstancias que le acompañan, ó por la intencion del que le ejecuta; tal acontece con la limosna dada por vanagloria.

Cuando un cristiano prudente piensa en casarse, debe ante todas cosas recurrir á Dios, por conducto de la oracion propia y de personas virtuosas, pues por este medio, el mas adecuado y seguro para llegar á un buen fin, conseguirá que la determinacion que adopte sea guiada por la infinita sabiduria y misericordia de aquel que solo desea nuestra verdadera felicidad.

Pero si Dios le llamase á un estado mas perfecto, por ejemplo al monacato, será preciso tenga gran cuidado de no resistir á las inspiraciones divinas por los vanos pretextos de no disgustar á los parientes, de transmitir á sus descendientes el nombre y las riquezas, ú otros. Lo mismo deberá decirse de los viudos á quienes se ofrece el pensamiento de pasar á segundas nupcias, si son llamados por Dios á permanecer en el estado de viudez.

Imposible sería el entrar en la enumeración de las muchas y diferentes circunstancias que pueden determinar la voluntad, y reducirlas á reglas precisas. Creo suficiente advertir en general á las personas que piensan en el matrimonio que no se precipiten ciegamente, que se tomen espacio suficiente para deliberar, y que junten á prudentes reflexiones la oración. Si su corazón es humilde y sincero, y su intencion recta, el tiempo y principalmente los consejos de un prudente director espiritual, guía y custodia de su alma, les haran conocer seguramente la voluntad de Dios.

CAPITULO XXII.

Recta intencion y fin que deben guiar al matrimonio.

Una vez decidida cualquiera persona por el estado del matrimonio, es preciso abrazar esta vocacion con una intencion recta y pura, proponiéndose por fin principal la mayor gloria del Señor. «Hacedlo todo á gloria de Dios,» decía S. Pablo á los Corinthios. «Cualquier cosa que hagais, escribía á los Colosenses, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios y Padre.»

El que se casa debe proponerse la salvacion de su alma en este estado que, aunque inferior á la virginidad, es de suyo santo, ha sido establecido por Dios, y dá hijos á la Iglesia y ciudadanos al Cielo. Al desear posteridad sea para alistarla en la milicia de Jesucristo, para que contribu-

yan á la propagacion de la verdadera fé católica, y para ofrecerla á Dios en cualquiera tiempo y edad en que fuese servido disponer de su existencia. Como, revelada por el pecado la carne, no todos tienen valor para sustentar una perpetua lucha contra ella, bien puede buscarse en el matrimonio un remedio contra los continuos ataques de la concupiscencia.

A estos principales motivos, que un cristiano debe proponerse ante todo, pueden juntarse tambien otros, que aunque no tan recomendables, conducen á un fin laudable y honesto. Tales serán: el desear una compañera que nos ayude á sobrellevar las penalidades y aflicciones, que nos rodean durante la vida; el procurarse una descendencia que conserve con los bienes la nobleza y esplendor de la familia; contribuir con sus hijos al sosten y prosperidad de la pátria.

CAPITULO XXIII.

Malas disposiciones que llevan algunos al matrimonio.

Cuando, propuestas las rectas intenciones de que acabo de hablar, es llegado el caso de elegir persona, de ordinario no repugnan á la santidad del matrimonio las consideraciones de familia, nobleza, bienes ó belleza. Pero ¡cuán de llorar es la desventura de nuestros tiempos, al ver como se forman la mayor parte de los enlaces! Con frecuencia no se atiende sinó á la cuantía de la dote; no se busca mas que la esperanza

de una gran fortuna, ó no se piensa en otra cosa que satisfacer una pasion arrebatada de la juventud. Vemos algunos que, no solo se olvidan de que son cristianos, mas casi aun de que son hombres, para correr precipitados al abismo á que les conducen sus desenfrenados deseos.

Si estas almas ciegas por la pasion meditasen por un solo momento las palabras del Arcángel San Rafael á Tobias, sin duda se avergonzarian de sí mismas, y se harian mas temerosas del castigo del Cielo.

Refiere la Sagrada Escritura que, habiendo propuesto á Tobias el Arcangel S. Rafael que tomase á Sara por esposa, aquel jóven, que solo veia en su compañero un hombre, temiendo el enlace que se le indicaba, contestó: He oido que la han dado á siete maridos, y que han muerto: y aun he oido tambien, que un demonio los mató. Temo pues, no sea caso que me acaezca á mi tambien lo mismo..... Oyeme, le repuso el Santo Ángel tranquilizándole, y te mostraré quien son aquellos contra los que puede prevalecer el demonio. Pues aquellos que abrazan el matrimonio de manera que echan á Dios de sí y de su mente, y se entregan á su pasion, como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento: sobre los tales tiene potestad el demonio.

El Arcángel instruyó en seguida al jóven Tobias de la conducta que debia observar, haciéndole ver que con una recta intencion, acudiendo por medio de la oracion á Dios, y acercándose á Sara con un corazon casto, viviria con ella en una union feliz.

Y puesto que hablé de Tobias, añadiré que na-

da mas útil á los padres y madres de familias que la lectura de su historia. Este libro es precioso para la educacion de los hijos, y está lleno de la mas provechosa instruccion. Aconsejo á los casados que les repasen frecuentemente, con el respeto y atencion que se debe á una obra dictada, no por un hombre, sinó por el Espiritu Santo.

CAPITULO XXIV.

Rara vez son felices los matrimonios celebrados por miras terrenas y carnales.

Aunque no está prohibido, al contraer matrimonio, el atender á la nobleza, la fortuna ó las prendas físicas de la persona con quien ha de celebrarse, la sola luz natural nos dicta que no deben ceñirse á esto los deseos, y que la determinacion que se adopta teniendo á la vista semejantes motivos, debe hallarse basada en consideraciones mas elevadas, y mas dignas de un cristiano.

La razon y la experiencia nos dicen, de comun acuerdo, que rara vez son felices los enlaces para los que solo se han consultado la sangre y la carne.

Es muy comun, en la humana inestabilidad, el llegar á perder la estimacion de aquello que apreciábamos antes en mucho, y á mirar hasta con astio lo mismo que habíamos ardientemente deseado. Con frecuencia sucede que, satisfechos los

deseos de la concupiscencia, un jóven esposo vuela tras nuevos amores. Rodeado de ajenos alicientes, no solo se resfría el cariño á su esposa, sino que suele convertirse no pocas veces en tedio y enojo; y semejante á un caballo indómito á quien sujetan las maneas, se inquieta y enfurece al verse ligado con el vínculo conyugal. En tal estado, qué de males no deben esperarse para toda la vida!

Se busca la nobleza, para cubrir con la grandeza ajena la humildad de la propia cuna, ó acrecentar la condicion social; y en lugar de traer á nuestro lado un amigo, un compañero fiel, nos hallamos subyugados á un señor lleno de dureza. Por un efecto de nuestras corrompidas costumbres, la nobleza hereditaria produce con frecuencia cierto grado de altivez y el desprecio de los inferiores. ¿Es la mujer de mas ilustre nacimiento que su marido? En seguida solicitará ser la dueña y señora de la casa; en lugar de dejarse conducir, querrá dominar á su esposo, y regir á su antojo todos los asuntos domésticos. Y ¿cómo es posible que con tales pretensiones reine allí la debida armonia? Si la nobleza está en el marido, de temer es que olvide con facilidad que la mujer ha sido dada por Dios al hombre para compañera, no para esclava. De modo que, abusando de su autoridad, absorberá todo el poder, con perjuicio del buen gobierno doméstico, y del afecto que debe reinar entre personas, tan estrechamente unidas, que forman una sola carne.

Qué pensar, en fin, de aquellos que, buscando solo el oro, no titubean en vender por una dote cuantiosa la paz y la tranquilidad de toda la vida?

Dice un antiguo proverbio, «que cuanto mas vasta es la mar, tanto mayor es la tempestad. Asi vemos que la mujer rica lleva con sus bienes la necesidad de mayores gastos, las exigencias del lujo, y esas excesivas prodigalidades que arruinan las fortunas.» Pues tratad de moderarlas aunque poco, y en seguida se producirán interminables quejas. Tales son los frutos de los desordenados deseos de una riqueza, que por lo comun solo produce vanidad é infinitos dispendios, que llevan á la decadencia

CAPITULO XXV.

Deben buscarse para el matrimonio la virtud y la igualdad de condicion.

Desde luego confieso que puede suceder, y sucede, que matrimonios contraidos principalmente por miras carnales y terrenas, no son seguidos de los males que dejamos enumerados. Dios, por su infinita bondad, repara no pocas veces lo que los hombres han viciado; la prudencia de un cónyuge puede ganar el corazon del otro, y atraerle á buen camino; la gracia en fin del Sacramento, encontrando cierto germen de santas disposiciones, puede desarrollarlas, produciendo maravillosos efectos. Pero en las cosas humanas y morales no se pueden pedir, como dice un sábio, demostraciones matemáticas, de una certidumbre absoluta é invariable; sinó que se razona por lo que de ordinario sucede; y cualquiera comprende

que se puede afirmar, con una gran probabilidad, que de malos principios no es dable que se sigan buenos fines.

Segun esto, cuando alguno piensa en contraer matrimonio, es de gran conveniencia el buscar, en cuanto sea posible, una persona igual en condicion, fortuna y edad; no alejarse del pais natal, y cerciorarse sobre todo, de la conformidad de inclinaciones, que tanto conduce á mantener y fomentar la amistad. Cuanto mas conformes sean los caractéres de los esposos, tanto más se estrecharán los vinculos con que deben estar unidos. Me parece que, en todo caso, será prudente el evitar con cuidado, como un escollo, todo aquello que pueda producir desigualdades notables y chocantes.

El cristiano debe ademas, en una eleccion tan importante, fijar mas principalmente su atencion en la virtud, la santidad de vida y las costumbres dulces y puras de la esposa, que en su belleza, su dote ú otras tantas cosas que buscan con ansia los mundanos, olvidando la injuria que á este venerando sacramento hacen, pues mas parece que tratan de llevar á su casa una concubina, ó de hacer una especulacion mercantil, que en contraer un honesto y legítimo matrimonio.

La mujer aporta consigo la mas apreciable y bella dote cuando es humilde, casta, modesta, tímida, discreta, entendida en el cuidado de la casa, cristianamente amante de su esposo, y sobre todo poseida del santo temor de Dios, con el que y por el que vienen todos los bienes.

Si decía un gentil que mejor quería hombre que necesitara vestido, que vestido que necesitase hombre, ¿qué deberá decir un cristiano? No que deban absolutamente despreciarse los bienes percisos para sufragar á las necesidades de los esposos; pero si, que no deben colocarse en primer término, como lo hacen tantos por no decir casi todos.

Pudiera mostrar las ventajas de una mediocre belleza, junta á mucha honestidad, pero advierto haberme detenido demasiado. Creo suficiente lo dicho para estimular á los cristianos á que se conduzcan, en un acto de tanta importancia para la salvacion de su alma, mas por lo que dictan la Religion y las luces de la razon, que los instintos de la carne; y á que sigan los buenos ejemplos de los pocos, y no el torcido camino de la muchedumbre.

CAPITULO XXVI.

De los abusos de dotes cuantiosas y lujo inmoderado.

Permitaseme manifestar aqui cuánto seria de desear que la autoridad pública pudiera poner un dique al progresivo aumento de las dotes en todas las clases, que tantos y tan graves inconvenientes acarrean. El pobre padre de familias cargado de hijos, se vé condenado á favorecer á unos á expensas de los otros, ó verles tristemente envejecer en su casa. Muchas jóvenes honradas no encuentran por esta causa colocaciones adecuadas, y como el enemigo de las almas procura sacar partido de

todo, hace que con sus sugerencias la pobreza les conduzca frecuentemente a lamentables caídas.

Reflexionando acerca de estos males, me inclino á creer que las personas acomodadas y caritativas, que consagran sus fortunas al socorro de los pobres enfermos de los hospitales y otros fines piadosos, harian una obra tal vez mas grata á los ojos de Dios, si, con la cooperacion de la autoridad pública, destinaran parte de los bienes á dotar jóvenes pobres y de honrado nacimiento, que por su triste posicion jamas llegarán á encontrar esposo. ¡ Cuando un joven rico y piadoso dará el saludable ejemplo de casarse con una joven virtuosa, de condicion igual á la suya, pero pobre!

Juzgo que si algunas personas, de buena posicion social y temerosas de Dios, se dedicasen en nuestras ciudades á esta recomendable obra, habiamos de presenciar que se realizaban acertados enlaces, santos y gloriosos para los que les promovieron, y para los que apreciaron en mas las buenas cualidades que las fortunas.

Y como el excesivo aumento de las dotes se cubre con el pretexto especioso de los numerosos gastos y cargas impuestas al marido, me parece absolutamente necesario poner orden en los exorbitantes dispendios que se hacen con ocasion de las bodas, y á ese constante lujo de las mujeres, que ha llegado á su colmo en nuestros dias. A tal grado ha subido en los trajes, en el mueblaje de las casas, en la continuada concurrencia á costosos espectáculos, en el número de criados, en los adornos y en tantas invenciones de la moda,

que no es dable pueda sostenerse sin la ruina de las familias. El lujo ha destruido toda distincion entre las clases; la simple artesana se presenta en público como la señora de mas distincion; y de temer es que, como lo anuncian las Ságradas Escrituras, tales desórdenes atraigan sobre nosotros el enojo de Dios.

Las frecuentes calamidades con que la divina misericordia nos visita, á fin de sacarnos del letargo del pecado, son acaso excitadas en gran parte por el desórden de que me quejo. Porque á la par del lujo y del exceso en el traje caminan el orgullo, la vanidad, la molicie, los placeres immoderados é ilícitos, la lujuria, los amorios prohibidos, las libertades impúdicas, y tantas otras culpas que de alli proceden. Aún los hombres en quienes parece mas natural la gravedad, disputan á las mujeres el cuidado exquisito y prolijo de sus vestidos y adornos!

El temor de Dios, el amor al bien público, el celo por la salvacion de las almas, obligan á las personas sensatas á desear ardientemente que se ponga término á tanto abuso, y que los medios que se adopten sean severamente cumplidos. No faltan en la mayor parte de los Estados acertadas leyes sobre la materia, pero el mal está en que no se observan. De lo cual resulta que los hijos, criados entre los vicios de sus padres, transmiten luego, imitándoles, á sus descendientes tan perniciosa herencia; que cada dia se acrecienta el mal, y son mas dificiles de aplicar los remedios.

CAPITULO XXVII.

Celebracion del matrimonio ante la Iglesia, y cristiana preparacion que debe preceder á ella.

Entre un gran número de decretos, inspirados por el Espiritu Santo, el Santo Concilio de Trento dió muchos relativos al matrimonio.

Ante todo prohibió absolutamente los enlaces furtivos, declarando nulos y de ningun valor y efecto los matrimonios clandestinos, de modo que, si por error ó malicia, se llegase á contraer alguno, los que asi se enlazáran vivirían en pecado y en una union reprobada y culpable.

Para que sea el matrimonio verdadero, cierto, legitimo y santo, es preciso que se celebre á la faz de la Iglesia, delante de dos testigos por lo menos, y con la intervencion del párroco, padre espiritual y ministro de Dios en este sacramento. Asi lo ha determinado el Santo Concilio, con otras disposiciones que omito por no hacerme difuso.

Si los que van á casarse desean recibir por la virtud del Sacramento la divina gracia y un especial socorro del cielo, para vivir unidos en santo amor y cristiana paz, deben prepararse á los dones de Dios de la manera conveniente; para lo cual, el Santo Concilio les exhorta á que antes de celebrar el matrimonio confiesen diligentemente sus pecados, y reciban con devocion el Santisimo Sacramento de la Eucaristía.

Deben tambien los desposados, antes de pasar á vivir juntos si no hay obstáculo, recibir las bendi-

ciones de la Iglesia (conocidas entre nosotros con el nombre de velaciones) de mano del propio párroco ó su delegado. Esta costumbre es antiquísima en la Iglesia, la cual, imbuida del espíritu de su celestial Esposo, ha llenado el acto de piadosas oraciones, tan tiernas, de tanta unción, que los casados deberían procurar participar de su espíritu, y modelar sus deseos á los que nuestra madre la Iglesia expresa, por boca del Sacerdote, diciendo sobre la cabeza de la esposa: «Haced, Señor, que sea amable á su esposo como Rachel; sábia como Rebeca; que goce de larga vida y sea fiel como Sara; que su modestia inspire respeto; que su pudor la haga ser mirada con veneración; y que posea la instrucción de una celestial doctrina.» Y despues de haber deseado á los esposos una numerosa posteridad, una vida santa y los gozos eternos, el sacerdote concluye con estas palabras: «Que vean ambos los hijos de sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación, y que lleguen á una dichosa ancianidad.»

Todas estas misteriosas ceremonias, que la Iglesia emplea en la solemnidad del matrimonio, dan á conocer á los fieles la santidad de aquel acto, con qué respeto debe ser celebrado, y el esmerado cuidado con que deben prepararse á él, para que los votos, oraciones y súplicas de aquella solícita madre, eficaces siempre por sí mismas en la presencia de Dios, no sean inútiles por falta de aquellos que deben recibir sus frutos.

El Santo Concilio exhorta tambien á los que pretenden ser desposados á no habitar bajo el mismo techo, hasta que se hayan completado el acto y las

circunstancias determinadas para quedar unidos con el vínculo indisoluble del matrimonio. Esta prohibición tiene por objeto impedir, en lo posible, el que cuanto concierne á el sacramento sea dirigido por los impulsos de la pasión, y no por las reglas de la razón y la moral.

En fin, después de haber marcado los tiempos en que se prohíbe la celebración de las velaciones, el Santo Concilio encarga á los preladados que cuiden de que las fiestas nupciales se celebren con la modestia y gravedad que convienen á los cristianos. Y habiendo tratado largamente acerca del matrimonio, concluye con estas breves pero significativas palabras, que debieran gravar en su memoria todos los casados, como un recuerdo inspirado por el mismo Dios: *Sancta enim res est matrimonium, et sancte tractandum*: El matrimonio es una cosa santa, que debe tratarse santamente.

CAPITULO XXVIII.

Ejemplo de Tobías y Sara, que nos enseña cual debe ser la honestidad de la union conyugal.

El deseo de ser útil á mis lectores me mueve á referir aquí algunos pasajes del admirable libro de Tobías, inserto en las Sagradas Escrituras, y de que ya hice antes alguna indicacion. El ejemplo de aquel varon justo del antiguo testamento, que vivía en los tiempos de la ley del temor y de las figuras, harán comprender á los cristianos como deberán proceder bajo la ley de gracia y del amor, en que la verdad ha' reemplazado á las sombras.

Refiere aquel libro que ocupándose el Arcángel San Rafael, guía del jóven Tobias, del matrimonio que debia celebrar este con Sara, le habló de esta manera: «Cuando la hubieses tomado por mujer, entrando en el aposento, no llegues á ella en tres dias, y en ninguna otra cosa te ocuparás, sinó en hacer oracion con ella. Y aquella misma noche, queriendo el higado del pez, será auyentado el demonio. Y la segunda noche serás admitido en el ayuntamiento de los santos Patriarcas. Y la tercera noche conseguirás bendicion, para que de vosotros nazcan hijos sanos. Y pasada la tercera noche, recibirás la doncella en temor del Señor, ¡llevado mas bien del amor de tener hijos, que de la pasion, para que consigas en los hijos la bendicion reservada al linaje de Abraham.»

Tobias ejecutó con puntualidad y religiosamente cuanto el Angel le habia prevenido, y al ser introducido, llegada la noche del dia en que se realizó el matrimonio, en el aposento de su jóven esposa, la exhortó de esta manera: «Sara, levántate y hagamos oracion á Dios hoy, y mañana, y despues de mañana: porque estas tres noches nos juntamos con Dios: y pasada la tercera noche, haremos vida maridable. Porque somos hijos de santos, y no podemos juntarnos á manera de los gentiles, que no conocen á Dios.»

Sara dejó el lecho á la invitacion de su esposo, y puestos ambos en oracion, rogaban con fervor al Todopoderoso por su salud, exclamando Tobias: «Señor Dios de nuestros padres, bendigante los cielos y la tierra, y el mar, y las fuentes, y los rios, y todas tus criaturas, que hay en ellos. Tu hiciste á Adam

del barro de la tierra , y le diste en ayuda á Eva. Y ahora, Señor, tu sabes, que tomo á esta mi hermana por mujer no por causa de lujuria , sinó por solo el amor de los hijos, en los que sea bendito tu nombre por los siglos de los siglos. » Sara tambien prorumpió en estas palabras: « Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros, y los dos juntos envejecemos con salud. »

He creido que debia citar textualmente este memorable ejemplo, que propone á los esposos el Espíritu Santo para su direccion y enseñanza. En él aprenderán á imponer á la concupiscencia el freno de la razon y del temor de Dios ; pues nada mas brutal, segun S. Gerónimo, que amarse marido y mujer de la manera que pudieran hacerlo un adúltero y una cortesana.

CAPITULO XXIX.

Los matrimonios santamente contraidos son prósperos y favorecidos por Dios.

Cuando una union conyugal se forma bajo los auspicios de la ley de Dios , y con las rectas y santas intenciones que convienen entre cristianos, debemos esperar que , con los auxilios de la divina gracia , tendrá un éxito dichoso y un buen fin. De matrimonios así celebrados es de los que mejor puede conjeturarse que los esposos, mutuamente estimulados, se aplicarán á vivir piadosamente, pidiendo incesantemente al Señor, fuente de todo bien espiritual y temporal ; y se ocupa-

rán, [huyendo] la pereza y ociosidad, en trabajos útiles y honestos, conforme á su condicion, para sufragar á las necesidades de su familia. Dios derramará sus bendiciones sobre tales esposos, sobre sus hijos y sobre sus bienes; y si la mayor gloria suya y el verdadero provecho de aquellos lo exige, les concederá una numerosa posteridad, llena de los dones del espíritu y del cuerpo.

Bien sé que no es esto una regla inflexible y absoluta, y que la divina providencia dispone á veces las cosas de una distinta manera, conforme á sus eternos decretos que debemos siempre adorar: sin embargo, sucede con frecuencia que la esterilidad es el castigo de los pecados de los padres, y que por ellos permite Dios que los hijos nazcan imbéciles y contrahechos, ó que mueran prematuramente. Y si á las veces les conserva la vida, su conducta les hace un tormento para sus padres, que recojen en ellos los amargos frutos de sus culpas, y del poco cuidado que pusieron en la buena educacion de aquellos.

El padre y la madre de familias virtuosos, por el contrario, vivirán en santa paz y alegría, (y conociendo que su dicha pende de solo Dios, procurarán vivir en su amistad y gracia, huirán el pecado, frecuentarán los sacramentos, cuidarán con esmero de su casa y familia, y no comerán su pan sumidos en la ociosidad.

Los que así obran pueden apropiarse las siguientes palabras, dictadas por el Espíritu Santo al Real Profeta: «Bienaventurados todos los que temen al Señor, los que andan en sus caminos. Porque comerás de lo que trabajaron tus manos: bienaventurado eres

y te irá bien. Tu mujer como vid abundante, á los lados de tu casa. Tus hijos como renuevos de oliva, al rededor de tu mesa. Tales son las bendiciones reservadas á los cónyuges virtuosos.»

Padres y madres de familias, si deseais veros rodeados de hijos, verdaderamente sábios, bellos y robustos como los vástagos de la oliva, comenzad por ser buenos cristianos, temed al Señor y hacéos dignos de los favores que aún en esta vida prodiga su divina majestad á sus verdaderos y humildes siervos.

CAPITULO XXX.

Es preciso dirigirse á Dios por medio de la oracion, á fin de obtener hijos.

Toda gracia, todo don perfecto vienen del cielo, como dice el Apóstol Santiago, y los hijos son un presente de la mano de Dios. No basta esperarlos de su bondad, antes bien es preciso pedirlos con instancia por medio de una ferviente y humilde oracion en que nuestros deseos vayan sometidos á lo que la sabiduría y misericordia de Dios dispusiere para su mayor honra y gloria. Si por uno de sus impenetrables designios, encaminados siempre para nuestro bien, pareciese que no escucha nuestras plegarias, no por eso debemos abandonar la oracion, que siempre nos será eficaz, alcanzándonos, cuando no lo que pedimos, otras gracias de que más necesitamos.

Descúbrese en esto la grandeza de la misericordia de Dios, pues quiere que sus dones nos

sean en cierto modo meritorios, y como el precio de la confianza, de la humildad, de la perseverancia y de las demas virtudes que acompañan á una oracion ferviente. De suerte que, su divina bondad, no se ciñe á concedernos lo que le pedimos, con una generosidad y largueza que no conocíamos ni podíamos por lo tanto desear, sinó que lleva su ternura hasta querer que sus favores nos sirvan de un merecimiento para coronarnos en el Cielo, como si hubieran sido alcanzados por nuestros exclusivos esfuerzos.

Los esposos cristianos deben pedir hijos á Dios con una gran fé, para solo su mayor gloria, y recurriendo humildemente á la Intercesion de los Santos, singularmente á la de nuestra piadosa Madre, la siempre Virgen Maria; y si pareciese que su demanda no es atendida, entréguense con paciencia y tranquilidad de espíritu en manos de la Providencia, dejando á su sabiduria el cuidado de fijar el momento mas conveniente para la otorgacion de sus gracias. Perseverando en la oracion, que nunca es infructuosa, por mas que parezca no ser escuchada, pueden prometerse que, viendo el Señor su confianza y humildad, les diga un dia como á la Cananea; « grande es tu fé; hágase contigo como quieres. »



CAPITULO XXXI.

Los hijos obtenidos por medio de la oracion son de ordinario de un excelente natural.

Es tan grande la eficacia de una ferviente y humilde oracion, que no solo alcanza de Dios los hijos, sinó que obtiene tambien la gracia de que nazcan con las mejores disposiciones. Las Sagradas Escrituras nos hablan de hombres esclarecidos por su valor y sus virtudes, que fueron el fruto de las oraciones de sus padres. Tal fué el gran Profeta y juez del pueblo de Israel, á quien su madre Ana llamó Samuel, porque le habia pedido al Señor: *eo quod á Dómino postulasset eum*. Tal el santo patriarca Isaac, que Dios prometió á Abraham, cuando se hallaba condolido de no tener mas heredero que un esclavo nacido en su casa.

El Nuevo Testamento nos presenta el ejemplo de S. Juan Bautista, á quien el Señor llamó el mas grande entre los nacidos. Las palabras del Angel al santo anciano Zacarías, cuando le apareció en el Templo, muestran claramente que Dios, habia otorgado aquel ilustre hijo á las súplicas de sus padres. No temas, le dijo, Zacarías, porque tu oracion ha sido oída: y tu mujer Isabel te parirá un hijo y llamarás su nombre Juan: y tendrás gozo y alegría, y se gozarán muchos en su nacimiento: porque será grande delante del Señor.

Las vidas de los santos nos ofrecen tambien un gran número de hombres virtuosos y de vida ejem-

plar, como S. Nicolás y otros muchos que no puedo detenerme á detallar, cuyos padres les obtuvieron del Cielo por medio de sus piadosas y reiteradas súplicas. Así que, aun cuando los esposos sean jóvenes, no por eso deben dejar de pedir á Dios que les conceda hijos dotados de los dones de alma y cuerpo, cuyo nacimiento sea, como dice S. Ambrosio, un motivo de alegría para su familia, y un bien para su pátria.

CAPITULO XXXII.

Perseverancia en la oracion durante la época del embarazo.

Cuando una mujer virtuosa percibe que Dios ha escuchado sus ruegos, otorgándola que conciba el hijo que deseaba, le rinde humildemente gracias, y redobra su oracion; le pide que la pequeña criatura que lleva en su seno nazca con felicidad, y con nuevo fervor la ofrece frecuentemente á su servicio, en cualquiera estado á que se sirva llamarle, ya en el claustro ya en el siglo. Yo me representó así, orando y ofreciendo á Dios sus hijos, á esas venerables madres que merecieron el que les fueran revelados, durante su embarazo, los destinos que la Providencia tenia reservados al fruto de sus entrañas. Tal aconteció á la ilustre Santa Juana de Aza, á quien se representó en un sueño que llevaba en su seno un cachorro, el cual tenia en la boca una antorcha con que incendiaba todo el mundo. Verdadera imágen de Santo Domingo, que abrasó el uni-

verso con los rayos de su doctrina y virtudes, y mantiene hasta nuestros días tan fructuoso incendio, por medio de tantos hombres célebres en santidad y letras como han florecido y florecen en su orden.

Las mujeres embarazadas están obligadas á evitar todo ejercicio corporal violento, y cuanto puede dañar á la salud y desarrollo del feto, ó producir el aborto; pero estos consejos son mas de la competencia del médico que de la mia.

CAPITULO XXXIII.

Debe procurarse bautizar cuanto antes sea posible á los niños.

Si los padres deben encomendar y ofrecer á Dios con frecuencia sus hijos, estando aun encerrados en el seno materno, justo será que, cuando han nacido, y entrado como nuevos peregrinos en este valle de lágrimas, les presenten cuanto antes sea dable en el templo del Señor y en la sagrada fuente del bautismo. Si, justo es que cuanto antes renazcan, con mas afortunado nacimiento, por medio del agua y del Espíritu Santo; que se hagan miembros inocentes y puros de Jesucristo; que sean afiliados á ese pueblo fiel que, bajo el estandarte de la Cruz, pelea contra los espíritus infernales, contra el mundo, sus pompas y vanidades, y contra la carne, nuestros crueles y perpétuos enemigos. Los padres y madres deben ser muy diligentes en hacer que sin tardanza sean bautizados sus hijos, recordando estas terminantes

palabras de nuestro divino Salvador: «No puede entrar en el reino de Dios, sinó aquel que fuere renacido de agua y de Espiritu Santo.»

Asi pues, como no hay otro medio de salvacion para los niños que el del bautismo, se comete una gravisima culpa privando á las tiernas criaturas de los auxilios de la divina gracia, y de la justificacion que reciben por Jesucristo en la pila bautismal. Por lo mismo es una imprudencia, ó mejor dicho una terrible crueldad, el exponer á un hijo querido y ardientemente deseado al irreparable peligro de morir súbitamente, y quedar excluido del reino de los Cielos por toda la eternidad, por motivos ligeros y frecuentemente vanos, como el esperar á personas que deben acudir de lejos, el preparar festines y reuniones, y otros de la misma naturaleza. El Catecismo romano, tan acertadamente escrito, al ocuparse de este punto, hace prudentemente observar que, en una criatura tan delicada y tierna, pueden sobrevenir súbitamente mil accidentes que la priven de la vida.

Esceptuado el caso de necesidad, los niños no han de recibir el bautismo en las casas particulares, sinó que deben ser llevados para el efecto á la Iglesia. Esta es la casa de Dios, el lugar especialmente destinado á la oracion y á la administracion de los Sacramentos; allí está real y verdaderamente presente nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar; allí habitan y velan los Ángeles; allí son veneradas las reliquias y las imágenes de los Santos; allí, en el templo consagrado al Señor, es donde su divina majestad dispensa mas frecuente y abundantemente sus favores y gracias.

Reflexión en lo ciertos grandes del mundo que, animados de bien diferente espíritu que el Centurion de que habla el Evangelio, parece desdennan acudir á la casa del Señor, y quisieran que fuera éste el que viniese á la suya.

CAPITULO XXXIV.

Eleccion de padrinos, y nombre que ha de imponerse al niño.

Creo conveniente advertir á los padres de una falta que frecuentemente cometen en la eleccion de padrinos; atendiendo en ella mas á la utilidad temporal del cuerpo que al provecho espiritual del alma. Es preciso que atiendan mas á la virtud que á las riquezas de los padrinos; para que los niños encuentren en ellos otro padre y otra madre que les instruyan cristianamente, si por muerte ú otro accidente de los padres, y tal vez por su negligencia, se viesen privados de la educacion paterna. Es preciso buscar padrinos que recuerden haber de responder en la presencia del Señor del alma de sus ahijados, que tomen interés en lo concerniente á su salvacion, y que cooperen á que sean instruidos en la fé, en el santo temor de Dios y en las buenas costumbres.

Y no dejaré de hablar aquí de una cosa que tal vez parecerá poco importante á muchos, pero que yo creo no es inútil y estraña á mi objeto. Me refiero á la moda ridícula de imponer á los niños en el bautismo nombres paganos, ó por lo menos raros y

novelescos, que solo traen á la memoria el recuerdo de los vicios y debilidades de los que en otro tiempo les llevaron. Los párrocos que administran el bautismo deben procurar extirpar este abuso, manifestando á los padres la conveniencia de dar á sus hijos nombres de Santos, cuya vida y virtudes les sean conocidos. En efecto, la Iglesia quiere que se den á los bautizados los nombres de los siervos fieles del Señor, que con él reinan en el Cielo, para que les sean allí sus medianeros y abogados; para que los padres puedan encomendarles con frecuencia á su proteccion, y habituar á los hijos á que pidan su intercesion: para que mostrándoles los ejemplos que dieron durante su vida, se alienten en el camino de las virtudes; y para que por su interposicion consigan indecibles gracias de alma y cuerpo, de que tantos ejemplos nos ofrecen las vidas de los Santos. En fin, aunque no hubiera otra razon para dar á los niños los nombres de aquellos, un padre virtuoso debe conformarse con esta costumbre, siquiera para manifestar por esta protestacion exterior que desea que su hijo sea cristiano en la realidad, como lo es en el nombre.

CAPITULO XXXV.

Los padres han de cuidar del desarrollo corporal de sus hijos.

En los primeros dias de la vida no parece que sea posible ocuparse de otra cosa que del cuidado de la buena conformacion del cuerpo de los niños.

Este cuidado pertenece tambien , como una disposicion remota , á la buena educacion moral; porque siendo los cuerpos el instrumento de las almas , cuanto mas perfecta sea la disposicion de aquellos, tanto mejor servicio prestarán á estas.

Es de suma importancia en los primeros meses cuidar de que al vestir, llevar ó acostar á los niños no se lastimen ó violenten sus tiernos miembros, de modo que puedan adquirir alguna deformidad; y si se advirtiese que la tienen, procúrese su remedio, pues en esa edad en que son como una blanda cera , no será difícil que una persona inteligente pueda corregir ciertos defectos , que despues son irremediables, é influyen toda la vida en la salud y funciones del individuo. Respecto á ciertos padres , que han llevado su crueldad y barbarie hasta el punto de lisiar los miembros de sus propios hijos , ya para excitar la compasion pública , ya para darles en espectáculo, ejecutando posturas y ejercicios violentos y contranaturales , confieso que no encuentro bastante castigo que imponerles.

Advierto á las madres y nodrizas que no se habituen á tener consigo en un mismo lecho á los niños , pues con facilidad pueden ahogarles dormidas; y que procuren no dejarles solos de modo que puedan caerse , quemarse , asfixiarse ó ser lastimados por los animales. Refiérense no pocos casos de gatos que han arañado en los ojos á los niños , hasta el punto de quedar ciegos; y de otros animales que han devorado sus miembros , dejándoles lisiados ó muertos.

Los cuidados por la buena conformacion de los

niños no deben abandonarse hasta que sus miembros se hallen bien formados y robustecidos. Dice un gran filósofo que conviene dejarles gritar, porque los esfuerzos que hacen dilatan sus vísceras y les robustecen.

El mismo filósofo enseña la necesidad de habituarlos al frío; lo cual, sin embargo, no debe hacerse sinó con gran prudencia, y nunca en los primeros meses. No es posible aprobar la costumbre de abrigar demasiado á los niños, singularmente la cabeza, porque les hace menos capaces de soportar mas tarde las variaciones atmosféricas. Mucho menos puede tolerarse la moda de poner á los niños trajes ajustados y estrechos; pues lo que les conviene son vestidos anchos y holgados, que no pongan en prensa sus tiernos miembros, y les produzcan menos incomodidad y fatiga las muchas veces que durante la primera edad es preciso vestirlos y desnudarlos.

No es posible que me detenga en detallar el modo con que ha de atenderse al desarrollo corporal de los niños en las diversas posiciones sociales, pues cualquiera conoce que de diversa manera deben criar á sus hijos los jornaleros y artesanos que los grandes y personas acomodadas. Pero desde luego puedo decir que deben evitarse los extremos.

No imitemos á esos pueblos salvajes que, luego que nace un niño, le ponen en un baño de agua casi congelada, y que continuando una marcha conforme á estos principios, mas parece que se ocupan de criar un caballo ú otro animal que una persona racional. Pero tampoco sigamos el ejemplo de aquellos que, por un mal entendido cariño á sus hijos,

les crian con una delicadeza tal, que los hacen incapaces de soportar el mas pequeño sufrimiento; de modo que una ligera lluvia, una ráfaga de aire, ó la mas insignificante variacion de temperatura pueden causarles una grave indisposicion; y les hace de una salud tan delicada y débil, que llegan á ser poco menos que inútiles á su familia, á sus amigos y á su pátria.

Como el hombre no nace solo para sí, sinó tambien para los demas, y como cada cual, por noble y rico que sea, ha de encontrar en su peregrinacion por este valle de miserias muchas incomodidades y penalidades que sufrir, es bien ventajoso para él que se acostumbre á la fatiga desde la infancia, aunque siempre con la prudencia y moderacion convenientes.

Advierto para concluir, que si no fuera posible el evitar uno ú otro extremo, vale mas pecar por dureza que por blandura, no solo por las razones alegadas, mas tambien porque no encuentra el alma, en el camino de la virtud, obstáculo mas poderoso que un cuerpo acostumbrado á los regalos y la molicie.

CAPITULO XXXVI.

De la lactancia, y de la eleccion de la nodriza.

La buena educacion se encamina mas bien á formar el alma que el cuerpo; pero la union de las dos partes de que se compone el hombre es tan estrecha, que no puede prescindirse de una y otra.

Personas de gran saber han creído, y no sin razón si se atiende al curso regular de las cosas, que las inclinaciones del alma siguen el temperamento del cuerpo. No han pretendido ciertamente, al expresarse así, que la complexion haga violencia á la razón ni fuerce al libre alvedrío, sinó solamente manifestar que la diversidad de temperamentos pueda ofrecer mayor ó menor propension hácia ciertas pasiones.

Pues como no debe despreciarse nada que pueda contribuir á la buena educacion de los hijos, aunque sea de lejos, nadie deberá estrañar que me ocupe de la lactancia de los niños, porque creo que no carece de importancia esta materia.

No me detendré á reprender á las madres que, contra las leyes de la naturaleza no crien por sí mismas á sus hijos: abuso tan general, singularmente entre las clases elevadas de la sociedad, que casi produce asombro el ver á una madre dar el pecho á la tierna criatura formada de su carne y de su sangre. Pero no dejaré de recordar, que santos y graves Doctores condenan severamente esta conducta, mirándola como un testimonio de poco cariño á los hijos, y demasiado amor propio. Mas como pueden ocurrir legítimas causas que impidan el cumplimiento de aquel deber, voy á llamar la atencion de los padres acerca de la eleccion de nodriza.

Buscad en ella las cualidades precisas para que pueda dar á vuestros hijos un alimento sano, pero buscad tambien buenas costumbres; con frecuencia los niños maman con la leche la cólera, la pereza, la glotoneria y los vicios y defectos de la que les

cria. Si los padres transmiten sus facciones y hasta su temperamento á los hijos que de ellos se engendran, nada tiene de extraño que la lactancia, segunda generacion en cierto modo, tenga gran influencia en una edad tan tierna y sobre seres que principian á desarrollarse. Téngase, pues, gran cuidado de no elegir nodriza como á la ventura y sin un conocimiento exácto de su buena vida y moralidad; porque, ya por el alimento que ha de dar al niño, ya por el continuo roce que ha de tener con él, podrá infundir en su alma una perniciosísima semilla que, creciendo con la edad, no será dable arrancar despues sinó con gran dificultad y á costa de muchas y penosas fatigas.

CAPITULO XXXVII.

Edad á que debe principiari la educacion moral.

Acaso se pregunte la edad en que conviene dar principio á la educacion propiamente dicha: esto es, á emplear esos cuidados especiales encaminados á inocular poco á poco en el alma de los niños el gérmen de las virtudes, y hacer que arraigen y se fortalezcan las que en ella ha plantado la naturaleza; á desarraigar los vicios tan pronto como principien á manifestarse; á corregir las malas inclinaciones naturales; á procurar que los sentidos obedezcan á la razon, que debe ser su guia, y á impedir que lleguen á erigirse en sus dominadores y tiranos.

No faltará quien crea que para emprender tan árdua tarea es preciso que los niños tengan un

tanto desarrollada la razon, y que diferenciándose poco en sus primeros años de los animales, son, como ellos, incapaces del bien y del mal. Sin embargo, tengo la conviccion de que jamás será demasiado pronto para principiar tan importante obra, y de que no es preciso esperar al uso de la razon. En efecto, no es necesario que los niños hagan esto y se abstengan de aquello comprendiendo los motivos de uno y otro; basta que se acostumbren á obedecer. Prescribiéndoles reglas sencillas á que deban conformar sus actos, insensiblemente y desde la primera edad irán adquiriendo buenos hábitos y disposiciones.

No vemos todos los dias á los artistas preparar con anticipacion la materia, para que, haciéndose mas fácil de trabajar, reciba luego mejor la forma que quiere dársela?

Confieso que no es posible fijar una época determinada, una edad precisa, para todos los niños, porque segun la diferencia de temperamentos, la diversidad de los climas, el distinto método y demas circunstancias, la aurora de la razon se manifiesta en unos mas pronto que en otros; sin embargo, voy á entrar en algunos detalles provechosos en todo caso.

Desde que el niño, como despertando de un profundo sueño, principia en cierto modo á expresar los sentimientos de su alma por sus gritos inarticulados y los movimientos de sus manos y cuerpos, una madre ó nodriza prudente y entendida puede ya comenzar á inocular poco á poco la semilla del bien, que debe hacer crezca luego y se arraigue allí; S. Agustin refiere á este pro-

pósito una cosa bien digna de atención, en el libro de sus Confesiones: « He visto, dice, y experimentado á un niño de pecho, que aún no sabia hablar, y tenia tales celos y envidia de otro hermanito suyo de leche, que le miraba con un rostro ceñudo y con semblante pálido y turbado.» Si desde que aparece el mal es preciso aplicar el remedio, lejos de despreciar los primeros vislumbres de un vicio tan trascendental como la envidia, deberá procurarse el extinguirle, siquiera evitando con euanto cuidado sea dable las ocasiones y motivos que puedan producirle. Pero desde luego repruebo el que se quiera obrar sobre los niños por medio del terror, presentándoles fantasmas ú objetos que les intimiden, pues con esto solo se consigue poner en estado de excitacion sus nervios, aumentar el miedo natural y hacerles para toda su vida excesivamente tímidos y pusilánimes.

Por regla general hácia los dos años principian los niños á ser capaces de ciertas acciones buenas, que con facilidad imitan cuando las ven ejecutar y se les inculcan. Así, por ejemplo, escuchan con respeto el santo nombre de Dios, y le pronuncian balbucientes aún con cierta reverencia; se inclinan y arrodillan ante las Sagradas imágenes; saludan cortésmente á los padres, los Sacerdotes etc. y aceptan con apariencia de modestia los objetos que se les ofrecen. Creo que doy un consejo útil, recomendando el que se comience la buena educacion cuanto antes sea dable. Al principio deberá ceñirse á cosas fáciles y sencillas, pero luego se redoblarán el cuidado y vi-

gilancia, á medida que crezca la capacidad con los años, teniendo siempre presente que, hacer de un hijo un hombre de bien y un perfecto cristiano, es una empresa tan importante como llena de fatigas y dificultades.

CAPITULO XXXVIII.

Error en que algunos padres están, pensando que puede retrasarse la educacion.

No parece que la ceguedad de un padre pueda llegar hasta el punto de no cuidar de la buena educacion de sus hijos, imaginándose que, creciendo estos y rozándose con los demás, llegarán á ser buenos por sí mismos y sin otro cuidado, como consiguen sin estudio y fatigas hablar el idioma de su pais, por difícil que sea. Yo no encuentro términos con que calificar tan funesto error. Si no hay profesion ó arte, por fácil que parezca, que pueda ser aprendida, á no ejercitarse en ella desde la infancia, por muchos años y bajo la direccion de un maestro; ¿cómo es posible que nadie se figure el que sea dable llegar á ser bueno, sin enseñanza, sin guía, casi sin pensarlo, y, pudiera decirse, como por azar?

Para que los hijos aprendan á leer, á escribir, á contar, á montar á caballo, á cantar etc. no escasea un padre gasto ni diligencia alguna, y busca los mas hábiles maestros. Estos cuidados son dignos de elogio, y yo me guardaré de censurarlos. Pero que, por otra parte, el mismo padre se cuide

bien poco de inspirar á sus hijos el amor á las virtudes cristianas, de enseñarles á servir á Dios, y de acostumbrarlos á domar sus pasiones, ¿no es un contrasentido inconcebible é imperdonable?

Gran número de padres testifican con sus actos, si es que no lo dicen abiertamente, que mas quieren que sus hijos sean hábiles artistas, ilustres en las ciencias, finos cortesanos, diestros tiradores, ó aplaudidos músicos, que buenos cristianos; como sí, siendo todo lo demás difícil de aprender, solo la ciencia de las virtudes fuera fácil de alcanzar ó importase poco el que no se consiga!

Esto hace preciso que consagre algunos renglones á manifestar los obstáculos que presenta nuestra naturaleza corrompida y miserable á la virtud, para que, conociéndolos, se ponga cuidado en instruir á los niños desde la primera edad, por medio de una buena educacion, en la ciencia de la virtud; porque si no aprenden ésta, en vano y con bien poco provecho habrán adquirido las demás.

CAPITULO XXXIX.

Corrupcion de nuestra naturaleza é inclinacion al pecado.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que Dios crió al hombre en un estado de inocencia, justicia y rectitud, que fué dolorosamente destruido por el hombre mismo. Traspasando Adam, nuestro primer padre, el precepto del Señor en el Paraiso, perdió en el momento los dones de justificacion

y santidad que habia recibido de su Criador; incurrió en su indignacion, y quedó sujeto á mil enfermedades y miserias en el alma y en el cuerpo. Si hubiera perseverado en el estado de justicia original en que fué criado, habria conservado y trasmitido á los demás tan preciosa herencia; pero su trasgresion, hiriéndole á él, dejó tambien herida á toda su posteridad. Asi que, venimos al mundo sujetos á la muerte, al sufrimiento, á los innumerables males que aflijen al cuerpo, y llevando en el alma el gérmen de pecado que se apellida culpa original.

Mas si la desobediencia y orgullo del primer Adam nos hizo pecadores y enemigos de Dios, la humildad y obediencia del segundo Adam, Jesu-Cristo, Salvador nuestro, nos reconcilió con nuestro Criador, y nos hace santos y justos cuando en el bautismo se nos aplica el precio infinito de su preciosisima sangre. Entónces somos reengendrados en él, ingeridos en él, y la mancha del pecado original queda tan bien lavada, y tan borrado el decreto de nuestra eterna condenacion, que todo el viejo Adam queda sepultado en las aguas del bautismo. Revestidos del nuevo Adam, somos nuevas criaturas, y recibimos esa vestidura nupcial, que nos permitirá sentarnos un dia en el banquete de las celestiales bodas, si la conservamos pura y sin mancha.

Pero aunque el sacramento del Bautismo deja el alma purificada y llena de la celestial gracia, el cuerpo queda sujeto á la debilidad, á las enfermedades y á las amarguras del dolor; como queda en nosotros tambien el movimiento desorde-

nado de la concupiscencia. Esta no es propiamente un pecado , pero procede del pecado y nos induce á él; es un cierto movimiento, un deseo vehemente, que por su naturaleza resiste á la razon. Pero si esta excitacion rebelde no es acompañada del consentimiento de nuestra voluntad, ó de negligencia , lejos de ser un pecado, nos servirá de materia de mérito, pues se nos ha dejado para que sea una especie de anfiteatro en que nos ejercitemos, combatiendo por la virtud: asi nos lo dice el Santo Concilio de Trento , y nos lo enseña en su Catecismo. Si en vez de ceder á la concupiscencia , la resistimos animosos, con el socorro de la gracia de nuestro Señor Jesucristo , no solo no daña ni puede dañarnos , sinó que se convierte en ocasion de una victoria, que nos merece una corona , mas abundantes recompensas y un mayor grado de gloria en el Cielo ; porque , como dice el Apóstol , solo será coronado el que legitimamente peleare. Y como la victoria supone combate , y el combate supone un adversario , lejos de quejarnos de que Dios haya dejado subsistir en nosotros aquel enemigo doméstico , debemos tributarle por ello muchas gracias. Si con los divinos auxilios procuramos pelear esforzadamente , sin rendirnos y entregarnos cobardemente , de seguro quedaremos vencedores , y alcanzaremos una corona inmortal de gloria. ¿ No será justo que interpongamos alguna diligencia , y soportemos tal cual fatiga por conseguir tan grande y preciosa recompensa? Cuántos hombres no vemos que por alcanzar una terrena y perecedera pasan improbos trabajos y sudores, sacrificando su salud , su sangre y su vida?

CAPITULO XL.

El número de los que combaten por la virtud es bien corto.

Aunque la importancia de la victoria es tan grande, el número de los que ambicionan la noble corona mostrada por San Pablo, y se deciden á luchar generalmente contra sí mismos, haciéndose un poco de violencia, es ciertamente bien reducido. La mayor parte de los hombres se dejan arrastrar del impetuoso torrente de la concupiscencia y sus depravados deseos, que rápidamente les sumergen en el abismo de la eterna reprobación. Porque se descuida el enfrenar desde la juventud á los sentidos, para que no corran desbordados tras los objetos que los seducen; porque desde la niñez no se acostumbran los hombres á temer á Dios y amar á la virtud; porque la buena educación de los hijos se mira casi por todos con indiferencia, los pecados y las iniquidades abundan en tanto grado sobre la tierra, que parece se ven renacer los tiempos que precedieron al diluvio: aquel depravado siglo en que, según las palabras de la Escritura santa, toda carne había corrompido su camino; esto es, el camino de la virtud había sido abandonado, para seguir el de la maldad, de tal suerte, que no quedaba rastro de justicia ni de piedad entre los hombres.

La propension de nuestra naturaleza al pecado es á la verdad grande, y no pudiéramos resistir-

la sin los auxilios de la divina gracia. Por eso Dios nos previene, nos excita con ella, y nos la ofrece como una armadura impenetrable á todos los vicios. Pero el hombre es libre; Dios ha querido que sus obras sean tambien hijas de su libre alvedrio: por eso es preciso que acepte la gracia, que coopere con ella, que huya las emboscadas de los vicios, que combata con lealtad, que se esfuerce contra sí mismo, y que, como dice San Pablo, «castigue su cuerpo, reduciéndole á la servidumbre de la razon.» No perdamos jamas de vista esta sentencia, salida de los lábios de nuestro divino Salvador: «El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen, lo arrebatan.»

CAPITULO XLI.

Fuerza del hábito, y necesidad de comenzar á resistir el mal desde los primeros años.

El que desea ser virtuoso tiene por precision que hacerse violencia á sí mismo: de aquí que tan pocos hombres consientan en soportar la penalidad que consigo lleva la lucha contra las pasiones. Por eso importa tanto el acostumbrarse desde la primera edad á practicar lo bueno y evitar lo malo, pues tanto para lo uno como para lo otro la fuerza del hábito puede llegar á un grado tal, que no solo quite lo que de penoso pudieran tener los actos, sino que los haga fáciles y gratos. Un sábio dejó escrita esta máxima: «Todo pende del hábito.» Por él, en efecto, pierden gran parte

de su dificultad las cosas mas repugnantes á nuestra naturaleza ; y por mayoría de razon han de perderla tanto mas las que son conformes á ella, como la virtud. Dios ha conservado en el hombre, como en gérmen, cierta propension á lo bueno, á lo justo, á lo honesto ; pero débil y escondida, bien pronto será sufocada por los apetitos de la concupiscencia, sinó se procura con tiempo buscarla, mantenerla, desarrollarla y hacerla crecer cultivándola. De lo contrario será semejante á una buena tierra, que, sinó se labra, solo produce yerbas inútiles y espinas.

Por eso la Sagrada Escritura recomienda en muchos lugares que se principie muy pronto este cultivo espiritual, desarraigando las malas semillas que naturalmente germinan en nuestra corrompida carne.

El mismo Dios ha dicho en el Génesis: «El sentido y el pensamiento del corazon humano son propensos al mal desde su juventud.» Y Salomón, queriendo manifestar la fuerza del hábito, refiere en sus Proverbios este : «El mancebo segun tomó su camino, aún cuando se envejeciere, no se apartará de él.» Esto es : conservará, siendo viejo, las buenas ó malas costumbres que aprendió de niño; en lo cual, dicen los Doctores, se advierte á los padres la suma importancia de la buena educacion de la juventud. Por eso el Sábio dice en el Eclesiástico: «¿Tienes tú hijos? adoctrinalos, y dóblalos desde su niñez.» Cuyas últimas palabras nos manifiestan que sucede con el hombre lo que con los árboles. interin son tiernos se les doblega fácilmente, y sin lastimarles se les puede dar direccion para

que crezcan rectos; pero si se quiere hacerlo cuando se han robustecido un tanto, solo se logra el que se rompan, sin conseguir el enderezarlos.

Bien pudiera citar un gran número de pasajes de la Escritura, pero los alegados me bastan para poder deducir las dos siguientes conclusiones.

Primera: es un error funesto el aplicar á los niños á los demás estudios, cuidando poco, y tal vez nada, de que aprendan á temer á Dios y ser virtuosos, como si esto fuera inútil, ó pudiera conseguirse naturalmente con solo el roce de los demás hombres. En lo cual, los que así obran, dan á entender que toman por virtud cierta finura en los modales, que no puede llamarse ni aún su sombra: que conocen poco la malicia y ardides del Espíritu infernal, nuestro encarnizado enemigo, y la flaqueza de nuestra propia naturaleza, que tanto nos incita al mal.

Segunda: es preciso estar bien armados contra estos dos fuertes y astutos enemigos, el demonio y la carne; ejercitarse desde la primera edad en combatirlos, y procurar que la virtud arraige profundamente en nuestro corazon. Sostenidos por la divina gracia, y fortalecidos con una buena educacion, ellas sufocarán de tal modo la concupiscencia, que no se hallará mas que dulzura y satisfaccion en la observancia de la ley de Dios.

Esta es la doctrina de S. Pablo, que escribia á los Hebreos: «Toda correccion al presente en verdad no parece ser de gozo, sino de tristeza: mas despues dará un fruto muy apacible de justicia, á los que por ella han sido ejercitados.»

CAPITULO XLII.

El Santo Concilio de Trento confirma con su autoridad lo que acabo de decir.

Yo pudiera, en apoyo de cuanto queda dicho, alegar las autoridades de muchos filósofos y sábios, que, ocupándose del gobierno de las naciones, han recomendado el que se principie cuanto antes la educacion de los niños. Pudiera presentar el ejemplo de las mas famosas ciudades de la antigüedad, ó, ciñéndome á las edades del cristianismo, producir las graves palabras de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. De S. Juan Crisóstomo, por ejemplo, el cual, esplicando las Epistolas de S. Pablo, dice «que la juventud es como un potro sin domar, y que debe ponerse la mas exquisita diligencia en educarla bien desde los primeros años, á fin de que, adquiriendo el hábito de tener por guía y ley á la virtud, venga esta á ser en ellos como una segunda naturaleza.» Pero, dejando las demás, voy á ceñirme á la autoridad del Santo Concilio de Trento, que ha introducido en nuestros tiempos, ó al menos ha restablecido en la Iglesia despues de una larga interrupcion, el uso de instruir y educar á los clérigos desde su infancia, para tener como un semillero de buenos ministros del Señor.

Siendo la juventud, dicen los Padres del Santo Concilio, una edad propensa á seguir los deleites del mundo, y en la que, sin un grande y especia-

lísimo auxilio del Todopoderoso, no se pèrsevera jamás enteramente en la disciplina eclesiástica, sinó se la acostumbra á la piedad y religion desde los primeros años, antes que los hábitos del vicio la posean; el Santo Concilio establece y ordena, que las Iglesias Catedrales, Metropolitanas y de mayor gerarquía sean obligadas, segun sus facultades y la extension de las diocésis, á mantener, educar cristianamente é instruir en las ciencias eclesiásticas un número determinado de niños, naturales de la misma Ciudad, de la Diocésis ó de su provincia, si en aquellas no los hubiere, en un Colegio edificado cerca de las Iglesias, ó en otro lugar conveniente elegido por los Obispos.

Ahora bien: si para formar buenos eclesiásticos es necesario, segun vemos por las palabras trascribas de la decision conciliar, mantener un semillero de plantas elegidas desde la niñez; ¿no será tambien preciso, guardada la debida proporcion, que desde la primera edad se dé principio á la educacion, si es que se desea formar buenos patrios?

CAPITULO XLIII.

Armonía que debe reinar entre la educacion pública y privada.

La cita que acabo de hacer del Santo Concilio de Trento me conduce á tratar de la educacion privada ó particular, regida por la autoridad paterna, y de la comun ó general, encomendada

á la pública autoridad, toda vez que una y otra pueden ser consideradas bajo el aspecto moral y cristiano. Bien que, aún cuando la educación cristiana, pública ó privada, se halle regulada en parte por el gobierno temporal, y en parte por el eclesiástico, no puede dudarse que bien mirado pertenece de una manera mas directamente á este, como encargado de cuanto conduce al último fin y verdadera felicidad del hombre.

Nadie desconoce que, las dos indicadas especies de educación, lejos de crearse mútuos embarazos, deben caminar de comun acuerdo y armonía, para que mas fácilmente se consiga el importante fin á que han de dirigirse sus esfuerzos, esto es, la instrucción cristiana; única que pueda enseñar los medios de llegar á la eterna felicidad.

La educación privada está en cierto modo subordinada á la pública, que la perfecciona. Así, los padres de familias vienen á ser unas autoridades domésticas, como las autoridades unos padres de los pueblos. Dichosos los estados en que los niños, no solo encuentran en la educación pública los buenos principios que adquirieron en la privada, sinó tambien un estímulo que les afirma mas en ellos! Por el contrario, qué mayor calamidad que el que los niños, separados por necesidad de la mútua vigilancia doméstica y del freno paternal, no encuentren en la educación pública los sábios consejos y la prudente reprehension que les impida entregarse, con sus corrompidos seductores, á los pasatiempos y placeres, al lujo y despilfarro, y á vivir como el hijo pródigo, de quien nos habla el Evangelio!

Por esto es necesaria una perfecta armonía entre la educación pública y privada, tanto social como cristiana; teniendo siempre presente que la educación política es impotente y defectuosa, si no es acompañada de la religiosa, que se dirige á un fin mas noble y elevado.

Es preciso tambien que reinen una íntima unión y concordia entre el gobierno temporal y la autoridad espiritual respecto á la educación pública, como en todo lo concerniente al bien comun. El poder político debe recordar el deber que tiene de prestar su apoyo y asistencia al poder eclesiástico, á la manera que coopera el brazo izquierdo con el derecho, en sus diversos movimientos, en bien de todo el cuerpo. Cuanto mas el poder temporal camina de acuerdo con el espiritual, y mas le favorezca y apoye, tanto mas trabajará por este medio en la conservación del Estado; porque á la vez que el poder espiritual emplea los medios de que puede disponer para formar buenos cristianos, hace que con ellos se produzcan buenos ciudadanos, que es el objeto principal del poder temporal.

Y no es de estrañar. En la santa Iglesia católica romana, ciudad de Dios colocada en lo mas elevado de los montes, á la cual pertenecen todos los hombres bautizados y regenerados en Jesucristo; en esa Ciudad santa; en esa sociedad perfecta, que los antiguos filósofos ni aún llegaron á concebir, el hombre de bien no se distingue del buen ciudadano. Los políticos que han separado dos cosas tan íntimamente unidas, y que han creído ser posible formar buenos patricios

empleando principios diversos á los que rigen para formar buenos cristianos, han caido en un grave y funesto error. Diga lo que quiera la prudencia humana, no por eso dejará de ser imposible llegar á obtener una paz sólida y una verdadera tranquilidad temporal, adoptando medios opuestos á la paz y felicidad eterna.

Mas á pesar de la suma importancia de la educacion pública, yo me puedo detenerme á tratar de ella, por no ser mi objeto. El que al escribir este tratado me propuse fué la educacion privada, confiada á los cuidados y autoridad de los padres, y asi á esta me ceñiré, sin ocuparme de aquella, mas que cuando la materia me obligue á tocarla incidentalmente.

CAPITULO XLIV.

Diversas circunstancias que influyen en el modo con que deben ser educados los niños.

La educacion de los niños debe regularse segun diversas circunstancias, que pueden reducirse principalmente á dos clases: circunstancias naturales y comunes, y circunstancias privadas y accidentales.

El sexo y el período de años por que han de pasar los niños hasta llegar á la adolescencia, son dos circunstancias naturales que cambian el carácter de la educacion.

Las circunstancias accidentales tienen mas ó menos relacion con las naturales: el nacimiento, por ejemplo; pues, segun la posicion social y la

instruccion de los padres , los niños contraen casi necesariamente ciertas disposiciones corporales é intelectuales. El pais natal no deja de tener tambien cierta influencia , pues unos pueblos son timidos y otros esforzados ; unos de talento y despejados y otros rudos ; unos emprendedores y otros cobardes ; y aún algunos no presentan carácter alguno distintivo y notable.

La educacion debe, por lo mismo, acomodarse á el rango y circunstancias de la familia en que ha nacido el niño ; y tener presentes las tendencias nacionales para fortalecerlas ó corregirlas, segun que sean.

Nacer de padres ricos ó pobres, de condicion privada ó constituidos en dignidad, en una ciudad populosa ó en un pueblo , en una república, en una monarquía , son circunstancias puramente accidentales. No puede negarse que todas ellas influyen mas ó menos en la direccion que á la educacion ha de darse ; pero como no es posible descender á tantos detalles , y mi objeto es ocuparme de la educacion cristiana, necesaria en todo caso cualquiera que sea la diferencia de sexo, condicion ó pueblo, voy á ceñirme á términos generales, dirigiéndome á la clase media. Sin embargo, mis consejos podrán ser aplicados á todos, los estados , pues en todos es preciso llegar á ser buenos cristianos , y con un poco de reflexion fácilmente se acomodarán mis palabras á todos cualquiera que sea el sexo , la edad y la condicion de los niños: tanto mas , cuanto que no dejaré de hacer las convenientes indicaciones, cuando lo exija la importancia de la materia.

CAPITULO XLV.

El cuidado de la buena educacion de los hijos tanto pertenece al padre como á la madre.

No es inútil averiguar si el cuidado de educar bien á los hijos pertenece con mas especialidad al padre ó á la madre; pues, en las obligaciones comunes, la desidia suele hacer que cada cual procure arrojar la carga sobre los demás, con lo cual viene por último á quedar todo en el abandono.

Pero no creo que un tan pernicioso abuso pueda tener cabida en la sociedad conyugal, en la que, como dejamos manifestado, el marido y la mujer forman una sola carne; y en la que criando bien los hijos que igualmente les pertenecen, han de disfrutar en comun de los frutos y gozo que nacen de la buena educacion.

El Apóstol S. Pablo atribuye el cuidado de ella tanto al padre como á la madre. En la carta á los Efesios previene á los padres que crien á sus hijos en disciplina y correccion del Señor; y hablando á Timoteo de las condiciones que debia requerir en la viuda para ser elegida diaconisa, conforme al uso de la primitiva Iglesia, le dice que se informe de si ha educado á sus hijos.

Tal vez pudiera pensar alguno que las palabras del Apóstol se refieren al tiempo de la viudez, pero en la misma epístola añade, segun la interpretacion de S. Juan Crisóstomo, que la mujer se salvará por los hijos, que dará al mundo, si permane-

cieren en fé, caridad, santidad y modestia. En lo cual se marca bien que, tanto las casadas como las viudas, deben cuidar de la buena y cristiana educacion de sus hijos.

El cuidado, pues, de la educacion pertenece igualmente al padre y á la madre; y si en todo cuanto concierne al gobierno doméstico deben caminar de acuerdo, en el negocio capital de la buena crianza de los hijos debe ser mas perfecta su union.

Debemos sin embargo confesar que, segun el sexo y la edad, el padre ó la madre deberán por necesidad ocuparse mas particularmente de la educacion. Asi, cualquiera comprende que el cuidado de las hijas pertenece mas especialmente á las madres.

Los deberes de la vida social obligan al hombre á dejar por muchas horas su morada; la mujer, al contrario, es detenida por los quehaceres domésticos en la casa, que debe abandonar lo menos posible: por esto la madre será la que mas haya de cuidar de los hijos en sus primeros años. Pero cuando crecen, cuando se halla su razon un tanto desarrollada, cuando ya es preciso que salgan del hogar doméstico, ha llegado su turno al padre, que deberá tomar mas sobre si el instruirlos, y velar acerca de su conducta.



CAPITULO XLVI.

Cuán ventajoso es para los hijos el tener una buena madre,

Las mujeres son ordinariamente inclinadas á la piedad y religion; por eso la santa Iglesia las designa con el honroso título de sexo piadoso; y por eso creo yo que una buena madre puede contribuir en gran manera, en cualquiera edad y circunstancias, á la buena educacion de sus hijos. Ella reúne á la ternura del amor materno y á la dulzura de sus amonestaciones, una paciencia y perseverancia que no suelen tener los padres; y aunque la autoridad de estos sea mayor, la madre puede juntar al mandato la súplica, tan poderosa en sus labios. Los niños se inclinan hácia ellas de un modo mas cariñoso, que les predispone á recibir mejor sus consejos y advertencias. A la verdad, con mas frecuencia es preciso usar de la severidad paterna que del cariño maternal; pero este atempera con provecho el rigor aparente que un padre prudente no debe abandonar sinó muy raras veces, si desea conservar su autoridad. En una palabra, el padre y la madre, empleando medios diferentes para extirpar la raiz de los vicios del alma de sus hijos, imitan á los médicos que, para curar las enfermedades del cuerpo, se sirven tanto de los remedios dulces y agradables, como de los amargos é ingratos.

Una buena madre no cesa jamás de trabajar en que sus hijos sean virtuosos, y nunca dice: Ya son grandes, á su padre corresponde cuidar de ellos; ella sabe que, aprovechando el momento favorable, se hará escuchar mas fácilmente de sus hijos, y les podrá dar saludables consejos.

Una madre entendida no será siempre tan condescendiente y tierna que no sepa, en caso de necesidad, mostrarse severa. Su amor á los hijos sería una debilidad, si perjudicase á la moderada tirantez, necesaria para que no abandonen las buenas obras, ó si, por una mal entendida compasion, destruyera el saludable rigor de la disciplina paterna. Es preciso amar á los hijos en su parte mas preciosa, esto es, su alma; y cuando el interés de su salvacion ó de la gloria de Dios lo exigen, las madres deben armarse de un corazon varonil.

Tal vemos á la ilustre madre de los Macabeos, tan elogiada por las Sagradas Escrituras y los Santos Padres; pues no solo asistió, con invencible constancia, al atroz martirio de sus siete hijos, sino que les exhortaba con sus elocuentes palabras á que arrostrasen con valor la muerte por la ley de Dios.

CAPITULO XLVII.

Ejemplo de una madre que trabajó tanto por el bien de su hijo, que consiguió fuera un Santo.

Al ejemplo de la gloriosa Madre de los Macabeos pudiera yo unir otros muchos, ya de los tiempos del antiguo Testamento como de la Ley

evangélica : pero, para no hacerme difuso, me contentaré con hacer ver á las madres cuál debe ser su solicitud por el bien espiritual de sus hijos, presentándoles el modelo de Santa Mónica, que alcanzó con sus reiterados trabajos y continuas exhortaciones el que su hijo Agustín llegase á ser una de las columnas de la Iglesia.

El mismo Santo refiere en el libro de sus Confesiones que desde la infancia fué informado en la Fé por su piadosa madre. Aún era pagano el padre, pero no pudo impregnar al hijo en sus errores, gracias á la vigilancia de Mónica, que le atrajo á la verdadera Religión, y que puso todo su cuidado, cuando ya le vió llegar á la adolescencia, en separarle de los vicios y de los deleites carnales.

Cuando Agustín llegó á la edad viril, habiendo caído en los errores de los maniqueos, permaneciendo por largos años afiliado á esta herejía, y sumido en mil desórdenes, que humildemente confesaba despues el mismo Santo en su citada obra, Santa Mónica lloraba noche y dia la muerte espiritual de su hijo, con mas amargura que lloran las demás madres su muerte corporal. Anegada en lágrimas, no cesaba de gemir y suplicar al descarriado Agustino que volviese al camino de la verdad. Dirigiase á Dios con tanto fervor, pedía con tales instancias á los Obispos y personas doctas que conferenciasen con su hijo, á fin de reducirle á la verdadera fé, que habiéndolo rogado á un santo Prelado, éste, viéndola tan afligida, la dijo proféticamente: Consoláos, no es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas.

El vaticinio se cumplió: Dios escuchó los perseverantes ruegos de Mónica, y concedió que viera la conversion admirable del hijo tan amado, á quien habia seguido desde África á Milan. En este punto fué donde las exhortaciones de S. Ambrosio, coadyubadas con los auxilios de la divina gracia, alcanzaron la salud espiritual de aquel nuevo vaso de eleccion y resplandeciente antorcha de la Iglesia católica.

CAPITULO XLIII.

Cuánto importa el buen ejemplo de los padres.

Tiempo era ya de que me ocupára de los consejos especiales que han de reglar la educacion cristiana, para que los niños mamen con la leche de las buenas inclinaciones el santo temor de Dios, y la práctica de nuestra santa Religion; pero, antes de entrar en materia, tengo que hacer una prevencion general, útil en todo tiempo, pero que lo será cada vez mas, segun que se vaya desarrollando con los años el uso de la razon: me refiero á la necesidad del buen ejemplo.

Los niños de corta edad, incapaces todavia de razon, é imitadores por su naturaleza, nada hacen sinó lo que ven hacer á los demás. De este modo aprenden á hablar; y cuando alguno lo verifica en su presencia, miran atentos los movimientos de sus lábios y sus ojos, la actitud de su cuerpo, y la expresion de su rostro: estas imágenes se imprimen en su memoria, y nuevos habitantes

del mundo, todo les asombra], y cada cosa nueva cautiva su atención. Se asemejan, dice un filósofo, á un lienzo blanco, en que nada se ha pintado todavía, y en el que los primeros colores que se le aplican se le imprimen profundamente. Por eso es preciso poner tanto cuidado de que los niños no vean ni entiendan nada que pueda serles inconveniente, y al contrario, procurar que presencien aquello que deben hacer ó decir. Los primeros pasos de la educación no son, por lo tanto, mas que una cierta costumbre que introduce la imitación, á la que los niños se sienten de suyo inclinados.

Mas tarde, cuando la luz de la razón principie á manifestarse, la educación tendrá dos medios principales de acción sobre los niños: la autoridad paterna y la persuasión. La primera emplea la fuerza; la segunda muestra la bondad y belleza de la virtud, é ilustrando el entendimiento, inclina y mueve á la voluntad. La autoridad y la persuasión se manifiestan por medio de la palabra ó por las acciones; pero estas ejercen un mayor grado de influencia, y si ellas no corresponden y están en armonía con los consejos ó los preceptos, los preceptos y los consejos perderán casi toda su eficacia.

Los padres y madres de familia deben por lo mismo tener como un principio cierto: que el fundamento principal de la buena educación estriba en el buen ejemplo doméstico. Si desean imprimir en el corazón de sus hijos las máximas saludables de la religión y de la virtud, es preciso que muestren en si mismos su aplicación y

práctica. Si su conducta no está de acuerdo con sus palabras, un solo acto bastará para destruir todo el edificio levantado á costa de largos discursos.

Si el espíritu humano, como dice un poeta, se deja mas arrastrar de lo que vé que de lo que oye, y si nuestra naturaleza se inclina con mas gusto á lo que ningun esfuerzo reclama, esto es, hacia el mal, nada será preciso que yo añada para que se comprenda que, quien desea persuadir á los demás, pierde su crédito y autoridad cuando sus actos no están en consonancia con sus palabras.

S. Lucas escribe de Jesus, nuestro divino maestro, que obraba y enseñaba, acompañando así el ejemplo á sus lecciones. El mismo Salvador decía: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón;» y á sus Apóstoles, despues de haberles lavado los pies, les dirigia estas palabras: «Ejemplo os he dado para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais.»

S. Pablo, el doctor de las gentes, exhortaba á los Corintios á que fueran sus imitadores, como él lo era de Jesucristo; y escribiendo á sus discipulos Timoteo y Tito, ambos Obispos, y por consiguiente padres espirituales de sus rebaños, decía al primero: «Has de ser dechado de los fieles en palabra, en buena vida, en caridad, en fé, en pureza;» y al segundo: «Muéstrate á tí mismo en todo por dechado de buenas obras en la doctrina, en la pureza de las costumbres, en la gravedad.» El Apóstol nos manifiesta en esto que veia en el ejemplo un medio pronto y eficaz de enseñar.

El primer modelo en que de ordinario y naturalmente se han de fijar los ojos del niño es su propio padre; por eso éste debe ser un ejemplar constante, que represente las buenas cualidades que desea reproduzcan sus hijos un día.

Nadie, pues, extrañe que me dirija con frecuencia, en el curso de este Tratado, á el padre de familias. Él es el jefe de la familia, á quien, sirviendome de una comparacion empleada en las Santas Escrituras, toca el extender, como el águila, las alas, para sostener y enseñar á volar á sus polluelos; esto es, criarlos y conducirlos para las sendas de la virtud.

CAPITULO XLIX.

Los padres deben cuidar de que los criados no den malos ejemplos á los niños.

No basta que los padres, huyendo de los vicios, se apliquen constantemente á la práctica de la virtud; es preciso además, que cuiden de no dar imprudentemente á sus hijos la mas pequeña ocasion de escándalo. Cuán culpables no serian si, por ejemplo, se permitieran en su presencia la menor familiaridad! Ella en sí pudiera ser inocente y justificada por la santidad del matrimonio, pero no por eso dejaría de ser un peligro para los ojos curiosos de los niños, y para esta nuestra corrompida naturaleza, tan expuesta á ser abrasada por la chispa que mas insignificante parece.

No es menos preciso el que los padres tengan siempre puesta la vista sobre sus criados. Éstos son á las veces poco cautos y moderados en sus

acciones y palabras, inclinados á ciertas licencias, amigos de chanzas; y pudieran ser unos ejemplos muy peligrosos para los pobrecitos niños. ¿No presenciarnos con frecuencia que, por atraerse la benevolencia de estos, favorecen aquellos sus malas inclinaciones nacientes, contribuyendo así á la ruina y perdición de sus almas? El padre de familias debe tratar bien á sus criados, pagarles con puntualidad, alimentarles convenientemente, cuidar de que sean asistidos con dulzura y caridad en sus enfermedades; pero ha de procurar á la vez conservar su autoridad y tenerlos ocupados, porque la ociosidad es madre de todos los vicios. En una palabra, como jefe de la familia debe hacer que todos los individuos de su casa vivan cristianamente. De lo contrario, el mal ejemplo de los sirvientes seria una cizaña que sofocaría el buen grano sembrado por los piadosos ejemplos de los padres. Por eso este punto es de la mayor importancia para la educacion.

Mas adelante hablaré de las relaciones exteriores con toda clase de personas.

CAPITULO L.

En la instruccion de los niños es preciso acomodarse á su capacidad, segun los años.

Aunque, segun hemos visto, debe principiarse muy temprano á fijar los fundamentos sólidos de la educacion, imprimiendo en el corazon de los hijos desde la primera edad, el santo temor de Dios y los hábitos de la virtud; es indudable que al realizarlo será preciso emplear diferentes medios,

y variar el método de la enseñanza, según que cambie la disposición de los niños, y vaya desarrollándose su inteligencia.

El espíritu se forma de una manera semejante al cuerpo. Este solo se nutre en un principio con la leche de la madre, luego la suceden alimentos mas sustanciosos, y estos van siendo progresivamente mas sólidos, á medida que se aumentan y robustecen los jugos digestivos. Lo mismo debe practicarse respecto á la educacion, para nutrir el alma: es preciso proceder poco á poco, y seguir los progresos de la razon y de la inteligencia.

En un principio, y desde los primeros años, se procurará imprimir en el corazon de los niños un cierto temor de Dios, acostumbrándoles á respetar y amar su santo nombre; se creará en ellos el hábito de obedecer á sus padres, de honrar á sus mayores, de tratar á todos con dulzura. Despues vendrá el cuidar de que manifiesten cierto respeto al escuchar el santo nombre de Dios; el ponerles de rodillas para que reciten varias peticiones, el enseñarles á persignarse, á besar la mano á sus padres y eclesiásticos, á saludar á los mayores. Todo esto no será debido, como se comprende, á un movimiento de la razon, sinó á un hábito nacido de la imitacion, porque vieron que otros lo practicaban, ó de la costumbre que se procuró adquiriesen; pero todos aquellos actos llegarán mas tarde á un estado de perfeccion, cuando, desarrollada la razon, conozcan el poder y la bondad de Dios, el amor y cuidados de los padres, y los deberes que respeto á todos nos

impone la Religion. Es un hecho incontrovertible que, los buenos hábitos impresos en la primera edad, por mas que parezcan afectar mas al cuerpo que al espíritu, son mas tarde un socorro poderoso, y preparan eficazmente los progresos que los jóvenes puedan hacer luego en la virtud.

Cuantas mas veces se infunde una tela en un mismo color, tanto mas queda impregnada de él. Lo mismo sucede con los buenos hábitos; solo se consigue adquirirlos por la reiterada repeticion de actos. Obsérvase en ellos lo que en el uso de la palabra: en un principio y por largo tiempo los niños solo articulan balbucientes algunas palabras, despues van pronunciando mas distintamente, y acaban por expresarse con claridad.

La educacion debe ceñirse á imitar la marcha que sigue constantemente la naturaleza, pasando de la imperfeccion á la perfeccion, y elevándose de una perfeccion ordinaria á una perfeccion mayor.

LIBRO SEGUNDO.

En que se trata de los principales puntos de la Fé y la Religion cristiana, consideradas con relacion á la educacion.

CAPITULO I.

Necesidad de que los padres instruyan á sus hijos en lo concerniente á la Fé.

Dios ha colmado y colma constantemente á los hombres de innumerables beneficios; pero son mas grandes y de una mas elevada naturaleza los que

prodiga al cristiano, á quien llama por una gracia especial, agregándole á su pueblo, en el seno de la Iglesia católica, y colocándole entre sus hijos, herederos de Dios, como dice S. Pablo, y coherederos de Jesucristo. Esto nos impone la obligacion de recordar siempre que con el santo bautismo, hemos recibido el don de la fé, de la que hicimos entónces una solemne profesion á la faz de Dios, de los ángeles y de los hombres, y por cuya razon hemos sido apellidados *Fieles*. Por conservar esta fé, don precioso del Señor, principio y fundamento de nuestra eterna salud, y sin la cual nos seria imposible agradar á Dios, debemos estar prontos á sacrificar nuestros bienes, cuanto tenemos, y á soportar, con los auxilios de la gracia, los mayores tormentos y la muerte, como lo han realizado tantos gloriosos é invencibles mártires.

Pero ¿no es una cosa digna de compasion, á la vez que de justas recriminaciones, el ver cuantos y cuantos cristianos ignoran hasta los rudimentos de nuestra santa Fé? Pues adviértase que el conocimiento de tales misterios es un medio muy propio para despertar del sueño del pecado, y para que se encienda en el corazon el amor á un Dios á quien tanto debemos, que nos ama con tanta ternura, y que ha preparado para los que le sirven bienes eternos, cuya dulzura no puede expresar la lengua, ni el entendimiento concebir su belleza. Mas la fé sola no puede conducir á la bienaventuranza si no va acompañada de la caridad, pues como dice Santiago: La fé sin las obras, es muerta. La fé viva, eficaz, que nos une perfectamente con Jesucristo, que nos hace miem-

bros vivos de su cuerpo, y nos da la vida eterna, es la que efectua sus actos unida á la caridad, segun enseña el Apóstol.

Y aunque no sea preciso que la generalidad de los cristianos posea á fondo lo concerniente á la fé, lo cual solamente se exige á los que ejercen en la Iglesia las funciones de maestros; no hay, sin embargo, ninguno, por rudo que sea, que no tenga obligacion de saber sumariamente y como en compendio los misterios principales de la Religion católica.

Ninguno, por ejemplo, puede ignorar el misterio de la Santísima Trinidad, la encarnacion y la muerte, por redimir al género humano, del Verbo eterno, hijo unigénito del Padre, Dios y hombre verdadero. Desgraciado el que deje de saber por su culpa tan importantes verdades! Pues escrito está: «El que ignore, será ignorado»; esto es: Dios no le reconocerá ni le admitirá en el número de sus escojidos».

Mas á pesar de todo, sucede con frecuencia que no solo personas rústicas, alejadas de las ciudades y privadas de los medios que ofrecen para instruirse, ignoran las verdades de fé; sinó que se ven hombres bien acomodados, caballeros, empleados públicos, comerciantes, y otros que son reputados como personas de buen juicio é inteligencia, que se hallan en una casi total ignorancia de los misterios de fé, de los deberes y obligaciones de cristiano, y del camino que conduce á la eterna salvacion, fin último para que Dios les crió. Y, lo que mas es de llorar, aun algunos de ellos, sin embargo de que no conocen tan importantes ver-

dades, lejos de avergonzarse, las miran cual si fueran cosas de que solo deben ocuparse las mujeres y los clérigos. De modo que, según las expresiones de S. Agustín, las personas sencillas arrebatan el reino de los Cielos, interin que esos prudentes terrenos y carnales, engreidos de sí mismos, y esos pretendidos sábios, con toda su ciencia y su doctrina, descienden hasta el profundo de los infiernos.

Necesario es, por lo tanto, que la buena educación cuide de poner remedio á tan gran aberración y desacierto.

CAPITULO II.

Del catecismo y de la predicación.

Siendo pocos los padres que llenan la obligación de instruir á sus hijos en las verdades de la Religion, y habiendo muchos que no pueden hacerlo, aunque quisieran, por hallarse faltos de los conocimientos precisos, el Santo Concilio de Trento se conmovió a vista de la ignorancia casi general del pueblo cristiano. Para remediarla, ordenó que los Prelados cuiden de que los niños se reúnan en las respectivas parroquias los días festivos, para que allí se les enseñen los puntos principales de la doctrina cristiana, y la obediencia que deben á Dios y a sus padres. Con lo cual el Santo Concilio suplió, en cierto modo, un vacío harto común en la educación. Si los padres que no saben ó conocen mal las obligaciones de cris-

tianos frecuentasen estas escuelas , en que los pastores legitimos, bajo la autoridad de los Obispos, explican la doctrina cristiana , pudieran , aprendiéndola ellos, trasmitirla luego á sus hijos ; pero desgraciadamente una gran parte, no solo prescinde de concurrir , pero ni aún se toma la pena de mandar á su familia que asista. Pues tengan entendido que no tendrán excusa, si sus hijos ignoran casi hasta los rudimentos de la fé y de la moral cristiana, llegando á la edad viril sin el santo temor de Dios , y que no podrán huir el justo castigo que les espera, cuando el Señor les pida estrecha cuenta de su negligencia.

El mismo Santo Concilio dispuso que todos los domingos y dias festivos se distribuyese al pueblo el pan de la divina palabra, alimento nutritivo del alma. Para ello quiere que los Obispos, los párrocos y todos los encargados de la cura de almas, por sí ó por medio de otras personas , prediquen en los enunciados dias , dando santos y saludables consejos , proporcionados á la capacidad del auditorio, enseñando á todas las clases sus obligaciones, y exponiendo en estilo claro y sencillo los medios de huir el vicio y practicar la virtud , para evitar las penas eternas y conseguir la Gloria.

Y previene que los Pastores recuerden á los fieles la obligacion que tienen de acudir á escuchar la palabra de Dios en las respectivas parroquias. Qué serviría , con efecto , preparar una mesa con abundantes manjares , si nadie concurrese á gustarlos?

Por eso los padres de familia estan en el deber de asistir y cuidar de que sus hijos asistan

lo mas frecuentemente posible á la iglesia cuando se predica. La voz del sacerdote , que ocupa en el púlpito el lugar de Dios , será un medio eficaz para excitar en ellos propósitos santos y moverles á evitar el pecado. Ignorantes y doctos todos tienen necesidad de escuchar la palabra de Dios. Es verdad que para salvarse no basta conocer el bien, sinó se practica, lo cual mas que del entendimiento depende de la voluntad ; pero tambien lo es que la voluntad es movida de la divina gracia por medio de la palabra.

El elocuente Padre S. Juan Crisóstomo exhortaba vivamente á los cristianos á que concurriesen á escuchar la divina palabra, encaminando sus consejos no solo á las gentes acomodadas, mas tambien á los pobres artesanos que ganan el sustento con su trabajo corporal; á todos los cuales amonestaba que, no solo en los dias festivos, sinó tambien en los de labor debian robar algun tiempo , aunque fuera corto, á los negocios y ocupaciones temporales, para destinarlos á Dios y oír su santa palabra. Dios, decia este Santo doctor, que es bondad infinita, jamas dejará que nosotros le superemos en generosidad, y nos devolverá con usuras el tiempo que hayamos empleado en su servicio, haciendo mas fáciles los negocios, removiendo los obstáculos, dándonos una salud mas robusta para soportar el trabajo, bendiciendo nuestras empresas, y auxiliándonos de manera que hagamos en una hora lo que de suyo exigiría muchas.

S. Juan Crisóstomo podia ciertamente hacer tales promesas, y aún mayores, pues tenia por ga-

rante la palabra infalible de nuestro Divino Salvador, que nos dejó escrito: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas (las temporales) os serán añadidas.»

Estimulados de tales consideraciones, los padres deben emplear las caricias, las recompensas, y aún en caso necesario el castigo, para que sus hijos adquieran el hábito de concurrir con gusto á escuchar la palabra de Dios. Acuérdense que la herencia mas preciosa, la mas rica, que pueden dejar á sus descendientes es el conservar intacto el depósito de la fé católica, que nuestros antepasados nos transmitieron solícitos, con el santo temor de Dios.

CAPITULO III.

Cuán necesario es el explicar en este tratado los principales puntos de la doctrina cristiana.

Visto lo que dejó escrito, acaso pudiera pensar alguno que no era necesario que me detuviera en la exposicion de la doctrina cristiana, puesto que ya queda indicado el medio eficaz y saludable por que todos pueden instruirse en ella, y hacer que sus hijos la aprendan; pero, reflexionándolo bien, se advertirá que mi objeto exige que trate con cierta detencion de los principales puntos de nuestra Santa Religion.

Recuérdese que yo no me ocupo de la educacion en general y bajo todas sus fases; mi objeto especial y exclusivo es enseñar los medios de formar de los hijos buenos cristianos, mediante los au-

xilios de la divina gracia. Ahora bien, para ser buen cristiano es preciso juntar á la fé la práctica de lo que nos manda la ley de Dios. Mas, para creer y obrar cristianamente, y alcanzar la corona de la Gloria, nos es precisa la gracia del Señor, que se nos confiere y comunica por medio de los Sacramentos. En fin, nos es preciso recurrir constantemente á Dios por medio de la oracion, la cual nos alcanza de su misericordia los socorros que necesitamos en nuestras necesidades espirituales y temporales.

Por esto es absolutamente preciso el que hable de los artículos de la fé contenidos en el *Credo*, de los mandamientos de la ley de Dios, de los Sacramentos, y de la oracion del *Padre nuestro*. Puntos bajo los cuales comprendo, como en compendio, casi toda la doctrina cristiana.

Ademas, en la educacion cristiana no hay detalle ninguno, por pequeño que parezca, que no deba referirse á este doble fin: la pureza de la fé y la observancia de la divina ley. É importa mucho que los padres de familias conozcan á fondo lo que deben saber para, instruir cristianamente á sus hijos, porque deben, á semejanza de las nodrizas, convertir primeramente en su propia sustancia este alimento verdaderamente vital, para poder dar despues a sus hijos la leche que deben formarles hombres perfectos en Jesucristo.

Convengo en que principalmente corresponde á los párrocos y predicadores el proporcionar á los fieles este alimento, pero conozco tambien que los sermones no pueden ser diarios, y que pasan muchos años antes de que los niños sean capaces

de comprenderlos. Tampoco pueden concurrir á las explicaciones que de la doctrina cristiana se hacen en las parroquias sinó á cierta edad, y circunstancias particulares impiden á muchos el frecuentarlas. Advierto además, que en estas explicaciones es preciso instruir á la vez á un gran número de niños; que no puede tratarse en ellas mas que de puntos generales; que no es dable se presente siempre ocasión de poner en práctica lo que se enseña, ni dar á cada uno los consejos especiales que reclaman sus particulares disposiciones. La educacion paterna puede, por el contrario, principiar á darse desde la cuna; no se ocupa mas que de pocos niños ó de uno solo; á todas horas se la presentan ocasiones de poner en práctica lo que enseña, y tiene á su disposicion medios de que no pueden valerse los párrocos y predicadores. En fin, la enseñanza doméstica dispone á los niños, para que puedan aprovechar la que reciben despues en la iglesia; y ambas se auxilian mutuamente, teniendo, como tienen, entre sí grande afinidad y encaminándose al mismo fin.

Me persuado, por estas razones, que la materia del presente libro es la mas importante. Para exponerla me servirá de guia el Catecismo romano; bien que la trataré con menos extension, encaminándola al objeto que me he propuesto, y reduciendo á este fin particular las doctrinas generales. Asi que, no es tanto mi ánimo el enseñar la doctrina cristiana, como de ordinario se hace, cuanto sacar los muchos preceptos y preciosos consejos que de ella se desprenden, para la práctica de la educacion.

CAPITULO IV.

Del Símbolo de los Apóstoles, vulgarmente llamado el *Credo*.

El Símbolo de los Apóstoles, ó como comunmente decimos el *Credo*, es el compendio de los misterios de nuestra Santa Religion. Por eso los antiguos Padres le llaman la Regla de la fé, como que contiene en cortas palabras cuanto nos es preciso conocer de Dios, de la unidad de su esencia, de la trinidad de las Personas, de la creacion del mundo, de la redencion del género humano y de la vida futura, esto es, de la eterna gloria de los buenos y de las penas eternas de los malos. Inspirados los Apóstoles por el Espiritu Santo, compusieron esta breve y sencilla regla de fé; y como eran doce, la dividieron en otros tantos articulos, cada uno de los cuales enseña un punto particular de doctrina, que nos es preciso creer con una fé constante y firme.

El conjunto de tan celestial y maravillosa doctrina se divide á la vez en tres partes principales.

La primera habla de la primera Persona de la Santísima Trinidad, Dios Padre Todopoderoso, y de la admirable obra de la creacion del mundo.

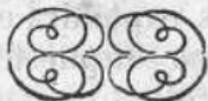
La segunda trata de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, nuestro Señor Jesucristo, Hijo único y coeterno del Padre; verdadero Dios, igual y consubstancial al Padre, nacido de su substancia antes de todos los siglos; y verdadero hombre, concebido por el Espiritu Santo, y nacido

de la Virgen Maria, para redimir al género humano con su Santísima Pasion y muerte, librándonos del pecado, y reconciliándonos con Dios por su preciosísima sangre.

La última se ocupa de la tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, verdadero Dios, igual y consubstancial al Padre y al Hijo; y trata de sus divinos efectos en la direccion de la Iglesia y en nuestra santificacion.

Vemos por esta exposicion que el *Credo* es un compendio de la fé y de la doctrina católica, la cual nos es preciso creer fiel y firmemente, si queremos salvarnos.

Esta fé fué la que profesamos en el Bautismo, cuando por él fuimos alistados en la milicia de Jesucristo. Por eso el *Credo* recibió el nombre griego *Simbolo*, que significa, entre otras cosas, el signo militar que distingue á los soldados de un cuerpo de cualquiera otro. Y por eso, este nombre nos advierte que debemos conservar la fé gravada en nuestro corazon, confesarla exteriormente y manifestarla en nuestras obras, para que sepa el universo todo el ejército en que servimos, y para que, despues de haber combatido fielmente por la gloria de nuestro Rey contra el demonio, la carne y el mundo, enemigos suyos y nuestros, nos hagamos acreedores á recibir de su mano la corona que merecen nuestras victorias.



CAPITULO V,

En el Símbolo hallará un buen padre base para instruir á sus hijos.

Un padre diligente debe cuidar de que sus hijos reciten frecuente y atentamente el Símbolo de los Apóstoles. Será una laudable costumbre hacer que lo ejecuten todos los dias á la mañana y al acostarse, y convendrá que renueven con frecuencia la promesa que en el Bautismo hicieron de ser buenos cristianos, viviendo y muriendo como siervos fieles y soldados de Jesucristo. A la vez cuidará el padre de que sus hijos comprendan, segun lo permita su capacidad, las verdades encerradas en el Símbolo, en el que hallará abundante materia para la mas provechosa instruccion.

Asi, por ejemplo, al hablar de Dios, les explicará con sencillez la unidad de la esencia divina y la distincion de las tres personas, Padre, Hijo y Espiritu Santo, Trinidad Santisima que no es mas que un solo Dios. Considerando, en otras ocasiones, la omnipotencia de este gran Dios, les mostrará como por sola la eficacia de su palabra crió de la nada el universo, todas esas criaturas tan bellas que vemos, y otras invisibles, mas magnificas aún, como las substancias angélicas.

Haciéndoles, á las veces, que contemplen su infinita sabiduria, les expondrá el orden admirable y armonia con que ha dispuesto todas las cosas.

Llamándoles, en otras, su atencion hácia la

bondad infinita de Dios, les dirá que sin embargo de ser perfectamente dichoso en si mismo, y de no tener absolutamente necesidad de ninguna cosa creada, quiso por sola su infinita bondad sacar de la nada y formar tantos seres, á todos los cuales conserva y sostiene continuamente, sin lo cual volverian otra vez á la nada de que salieron.

Por último, y para terminar los ejemplos de las consideraciones á que puede dar lugar la explicacion del *Credo*, la creacion del mundo dará una ocasion oportuna para manifestar el modo con que Dios, despues de haber criado los demas seres, formó del barro de la tierra al hombre, á quien hizo como señor y rey de las demas criaturas. De manera que, si el sol, la luna, el cielo, la tierra entera presentan un espectáculo digno de admiracion, el hombre es mas admirable aún en su primitivo estado, puesto que todas las cosas fueron criadas para él, y él fué criado para Dios.

CAPITULO VI.

Los padres deben enseñar de diverso modo que los maestros.

Valiéndose de las consideraciones que dejamos apuntadas y otras analogas, el padre diligente de familias hará que sus hijos conciban la idea que deben de la majestad de Dios, que le teman, le respeten y le amen. Y aunque á las veces sea conveniente dar la instruccion siguiendo cierto método, como lo hacen el maestro y el párroco,

de ordinario ha de ser mejor aprovechar las frecuentes ocasiones que diariamente ofrece la vida doméstica, presentando las reflexiones dulce y agradablemente, y como si, lejos de haber sido preparadas con antelación, hubieran sido sugeridas por un acontecimiento casual.

Así será fácil que los niños comprendan poco á poco y sin enojo los principales puntos de nuestra fé católica; consiguiéndose, á la vez que se forma su inteligencia, el resultado mas precioso de inflamar su corazon en el amor de Dios.

Supongamos que un padre pasea con su hijo por una hermosa campiña: los árboles están cargados de fruto, los racimos encorban con su peso los sarmientos, las mieses doran la vasta extension de los campos, y los prados y colinas se hallan cubiertas de flores. Al aspecto de tan bella perspectiva, un padre cristiano debe decir á su hijo: Mira, hijo mio, como Dios nos prepara el pan y los frutos que deben servir para nuestro alimento y el de nuestra familia; todas estas criaturas están destinadas á conservar nuestra vida. Advierte cuán grande es el poder de Dios: de unos granos arrojados á la tierra ha hecho nacer esas ricas mieses: sobre las cuales ha derramado su bendicion; nota como recompensa la fatiga del labrador, invitándonos á que huyamos de la pereza. Él es el que ordena al sol y á la lluvia que fecunden la tierra: sin su auxilio en vano fueran la industria y el trabajo del hombre. Admira su infinita bondad, que jamas cesa de prodigar sus favores á las criaturas. Él las sustentó durante los siglos que han trascurrido hasta el presente; para mantener-

les este año ya les prepara lo que ha de servir á su alimento ; y estamos ciertos de que , interin se digne conservarnos la vida , jamás dejaremos de experimentar sus misericordias. De nuestra parte, hijo mio , no imitemos á las béstias , que pacen bajo de los árboles sin levantar sus ojos al Cielo.s De mos gracias á ese Padre cariñosísimo que no ha-criado, nos conserva y nos dirige con tanto amor; guardémosnos de ofenderle, y esforcémonos, como hijos obedientes , á cumplir en todo su santísima voluntad.

CAPITULO VII.

Importantes máximas cristianas que se pueden sacar al exponer el Símbolo.

Siguiendo el plan que dejo propuesto , un padre diligente, y que de veras ame á sus hijos , hallará frecuentes ocasiones de imprimir en sus tiernos corazones las grandes máximas cristianas, que tanta influencia deben luego tener durante la vida. Permitanme los padres que cite algunas, que puedan aprovechar oportunamente.

Dios es la suma bondad y el autor de todo bien; la vida, la salud, las riquezas, el talento, la fuerza, lo que somos, cuanto hay de bueno en nuestras almas, todo es un don de su mano.

Debemos dar constantemente gracias á Dios, bendecirle , y no gloriarnos sinó solamente en él.

Dios nos ha criado, nos ha redimido de la esclavitud del , infierno, á que nos había sujetado

el pecado, nos conserva, y nos gobierna; por lo tanto pertenecemos enteramente á Dios, y debemos sacrificar por su honor cuantos bienes poseemos y nuestra vida.

La Providencia Divina vela constantemente sobre nosotros.

Dios vé cuanto hacemos de dia y de noche. Nuestras buenas obras le agradan, y nuestros pecados producen su indignacion. Aunque la virtud es recompensada con frecuencia aún sobre la tierra, en el Cielo recibirá una corona de gloria que ha de durar siempre. Tambien el vicio sufre su castigo muchas veces en este mundo, pero le sufrirá mas en el infierno, en que será penado con padecimientos eternos.

Que los niños se penetren de estas eternas verdades. Que se persuadan de que Dios les vé en todas partes, que les sigue constantemente y no les es posible sustraherse á su mirada. Este pensamiento, bien impreso en su corazon, será un freno poderoso contra el pecado; porque, si el temor de que nos vean los hombres nos retrae de las malas obras, de cuánta influencia no ha de ser el que conozcamos que nos está mirando aquel Supremo Señor que ha de juzgarnos!

CAPITULO VIII.

De la paciencia en las tribulaciones.

La vida humana está sujeta á una multitud de miserias, y será conveniente habitar desde muy pronto á los niños á que las sufran con paciencia, y á que den por todo gracias á Dios. Enseñados á evitar el escollo de la desesperacion, se mantendrán firmes sobre el áncora de la infinita bondad de aquel amoroso Padre que todo lo vé, y sin cuyo permiso ni aún cae la hoja de un árbol.

El padre de familias debe dar á sus hijos este precioso remedio contra los males de la vida, singularmente con el ejemplo, cuyo mudo lenguaje será de cierto mas persuasivo que todas las palabras. Cuando enfermáre, si perdiese alguna porcion de bienes, ó sufriese alguno de esos accidentes que reputa el mundo como una desgracia, procurará resignarse, llevará su cruz con paciencia, y á semejanza del Santo Job, no dejará escapar de sus labios sinó estas palabras dignas de un cristiano: Bendito sea el nombre de Dios; loado sea Dios; yo le doy gracias por todo; hágase su voluntad santísima.

Testigos los hijos de tan cristiana resignacion, se han de sentir estimulados á imitarla; y han de recibir con mas fruto los consejos paternos, cuando vean, como sobrellevan los que se los dan, los castigos que Dios nos envia para nuestro bien, y para que consigamos con nuestros sufrimien-

tos la corona que nos prepara en el Cielo; la pobreza, las enfermedades y las miserias que llama el mundo males, cuando en realidad no hay otro mal que los pecados, que nos privan de la gracia de Dios. La voz del padre será en tales casos mejor escuchada, cuando les diga que las tribulaciones sobrellevadas con paciencia son un manantial de vida, que nos ganan la felicidad eterna, y que son un don que Dios reserva principalmente para sus hijos mas amados.

El buen padre de familias podrá extenderse tambien hablando á sus hijos de la confianza que debemos tener en Dios, de la necesidad de recurrir á Él en nuestras aflicciones, y de poner en Él nuestra esperanza en todos los peligros, con otras mil consideraciones importantes que yo no puedo detenerme á indicar. Si en algun otro libro encontrase pensamientos piadosos adecuados al objeto del presente y otros capitulos, debe aprovecharlos y servirse de ellos en la educacion de los hijos.

CAPITULO IX.

Del misterio de la Redencion del hombre.

Si la creacion del mundo, de los ángeles y del hombre descubren claramente la sabiduria el poder y la bondad de Dios, asi como la obligacion que tenemos de adorarle y amarle, las mismas divinas perfecciones se manifiestan de una manera mas brillante en la obra admirable y en el pro-

fundísimo misterio de la redencion del género humano. En él se nos ha mostrado Dios poderosísimo, sapientísimo y misericordiosísimo.

En efecto: qué poder no era preciso para unir en una sola persona la naturaleza divina y la naturaleza humana, de modo que una misma persona fuera Dios y hombre, y que, á pesar de la infinita distancia de los dos términos, se unieran tan perfectamente que el Evangelista pudiera decir, como dijo: «El Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros.»

No se advierte menos sabiduría en la Encarnacion del Verbo y en la redencion del linage humano. Habiendo quebrantado el hombre el precepto de Dios, y merecido por ello la eterna condenacion, la justicia divina exigia que no fuera perdonado el culpable sin expiar antes su crimen; la misericordia, por el contrario, pedia que el hombre, incapaz de pagar una deuda infinita, fuera gratuitamente indultado. Pues entre tan encontrados extremos la divina sabiduria halló un medio admirable de satisfaccion, viéndose abrazadas la justicia y la paz en la Encarnacion del Verbo.

No es evidente la infinita misericordia que Dios ha tenido con el hombre? No le ha dado su Hijo unigénito para que, por medio de la sangre de este Hijo de Dios hecho hombre, el hombre pudiese satisfacer enteramente á la justicia de Dios?

Sí, la justicia, la misericordia divina brillan con igual esplendor en los impenetrables consejos con que Dios dispuso rescatar al hombre de la esclavitud del demonio, con el precio infinito de la sangre y muerte de su Hijo unigénito. Designio mara-

viloso que trasportaba en cierto modo á S. Pablo, y que le hacia mirar el amor que Dios nos tiene como excesivo. Dios, dice el Apóstol, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aún cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo.

Por eso la pasion y la cruz de Jesucristo han sido el libro en que todos los Santos han estudiado la inmensa bondad de Dios, y han aprendido la celestial doctrina de su divino amor.

Si el padre de familias desea que sus hijos no sean estraños á esta sublime ciencia, deben cuidar de hacerles conocer la caida de nuestro primer padre Adam, cuya falta sumió á todo el género humano bajo el yugo del pecado y del infierno; y que no pudiendo ser librado de tan infeliz estado por ninguna criatura humana ni angélica, fué preciso que para su rescate se hiciese hombre el Hijo de Dios.

Será conveniente tambien instruir á los niños en el misterio de la Encarnacion del Verbo; enseñándoles que fué concebido por el Espíritu Santo, tomando carne de las purísimas entrañas de la siempre Virgen María; que vivió pobre y humilde entre los hombres, dándoles ejemplo de las mas sublimes virtudes, y enseñándoles la doctrina más santa y provechosa; que despues de haberse mostrado verdadero Hijo de Dios, por el poder de sus palabras y obras, llevó á cabo la gran obra de nuestra redencion y de nuestra reconciliacion con su Eterno Padre, padeciendo y muriendo en el entónces afrentoso y cruel suplicio de la cruz.

CAPITULO X.

Cuán provechosa es la memoria de la Pasion del Señor.

Nada mas fructuoso que pensar con frecuencia en la Pasion de Nuestro Salvador, en la que consiste la gloria del Cristiano. No permita Dios, decia S. Pablo, que yo me glorie, sinó en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Un buen padre debe procurar el grabar en el corazon de sus hijos tan útil pensamiento, y habituarles á que le recuerden con frecuencia. Para conseguirlo, ha de acostumbrarles á signarse y santiguarse con devocion; á venerar la Santa Cruz y las piadosas imágenes de la Pasion que cuidará de tener en su casa; y á que reciten de rodillas ante las mismas algunas oraciones. Les inspirará ciertas prácticas de religion para los viernes, en memoria de la muerte del Salvador, acaecida en este dia de la semana; en fin, no desaprovechará medio alguno de hacer que se conmuevan al considerar los sufrimientos de Jesucristo en su Pasion, y de que la tengan impresa siempre en sus almas, recordándola frecuentemente.

No hay virtud ninguna de que no pueda darse alguna leccion á los niños en el libro de la Cruz. ¿No vemos en ella que un tan singular amor exige nuestra gratitud? Que el beneficio de la creacion es sobrepujado por el de la redencion? Qué habien-

do muerto Jesucristo, víctima purísima é inocentísima, de una manera tan cruel por todos los pecadores, es preciso tener un profundo horror al pecado, y evitar con especial diligencia el cometerle, para no crucificar con él en cierto modo á nuestro amantísimo Redentor? El libro de la Cruz le dice al cristiano que huya del orgullo, enseñándole á ser humilde, á imitación de Jesucristo, que, siendo verdadero Dios, tomó la forma de esclavo, humillándose hasta la muerte y muerte de cruz. Cómo es posible que los honores y los vanos juicios del mundo nos puedan hacer quebrantar los divinos preceptos, si consideramos que nuestro Salvador eligió para sí las ignominias de la cruz, y que nosotros somos discípulos é imitadores del Crucificado?

La Cruz nos proporcionará también palabras elocuentes que dulcifiquen nuestras penas; que nos persuadan el perdón de los enemigos; que nos enseñen á llevar con paciencia las tribulaciones de la vida, para que, después de haber acompañado al Señor en su pasión, le sigamos en su gloria.

Un cristiano no puede dudar que no hay otro camino para el Cielo, otra escalera por donde subir á él, ni otra puerta para entrar en el Paraíso, que la cruz. Todo su estudio debe ser imprimir y representar en sí la imagen de Jesús crucificado. De lo contrario será rechazado como la moneda falsa que no lleva el busto del Príncipe, y no podrá comprar la preciosa margarita, esto es, la eterna bienaventuranza.

Mas como la carne y los sentidos resisten el lenguaje de la Cruz, y prestan mas atención al

diabólico que les habla el mundo , es preciso acostumbrar á los niños á las voces de aquel idioma, y que le aprendan poco á poco , para que se cierren sus oídos á las palabras de la infernal serpiente , que les hablará de los deleites de la carne y de la prudencia mundana. Si , por el contrario , se les dejase que se imbuyeran en máximas y opiniones opuestas á la Cruz , sobre el evidente peligro en que se constituirían de perder el alma, cuyo precio es infinito ; ¿ qué servicios pudiera esperar la pátria de unos ciudadanos que constituirían su felicidad suprema en la voluptuosidad y los placeres; que pensarían que todo les era permitido para conseguir las riquezas , que juzgarían que no solo no debían perdonar las injurias, sino que les era lícito vengarlas á cualquier precio ; y que no conocerían mas leyes que las mundanas, dictadas por el espíritu infernal ?

Arrójese desde un principio en el alma de los niños la buena semilla cristiana, y ella sufocará las plantas venenosas que no tardarán en querer germinar en ella.

CAPITULO XI.

De la Santa Iglesia católica romana.

En el Simbolo de los Apóstoles confesamos que creemos en la Santa Iglesia católica , esto es, universal , porque sus hijos estan esparcidos por toda la tierra , y porque en todos los tiempos, en todos los lugares y por todos los fieles se ha

profesado y profesa una misma fé, fuera de la cual no se halla sinó el error. Este artículo del *Credo* es de la mayor importancia: fuera de la Iglesia no hay salvacion; los que no se hallasen en su seno, serán condenados y perecerán, como perecieron en tiempo del diluvio universal todos los que no estaban dentro del arca.

La Iglesia es nuestra madre, y nos ha engendrado en el Espíritu Santo. No tendrá por padre á Dios en el Cielo, dice un Santo, el que no ha reconocido en la tierra por su madre á la Santa Iglesia. S. Pablo la llama la casa de Dios, en que habitan los fieles bajo la direccion de un mismo padre de familias, y en que hallan el alimento del alma y la comunión de todos los bienes espirituales, habiendo recibido sola el poder de perdonar los pecados y abrir las puertas del Cielo.

El mismo Apóstol la llama columna y fundamento de la verdad, como que se halla regida y gobernada por el Espíritu Santo, que se la enseña: por lo cual es preciso que creamos sin dudar, y practiquemos cuanto ella nos enseña y ordena.

La Iglesia es una institucion enteramente divina, cuyo fundador es el mismo Jesucristo; el cual, siendo por naturaleza su piedra fundamental, sólida é inmutable, quiso dar y comunicar por su gracia la fuerza de la piedra á un hombre de suyo frágil, á Simon, hijo de Juan y pobre pescador. Le hizo Piedra, es decir, roca tan sólida, que sobre ella y sobre sus legitimos sucesores, los Soberanos Pontífices, edificó y estará edificada la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Y la fuerza que la comunica el Divino Espí-

ritu es tan grande, que ni las maquinaciones del infierno, ni las persecuciones de los tiranos, ni las asechanzas de los herejes, han podido ni podrán jamás prevalecer contra ella.

CAPITULO XII.

Los padres de familias han de indicar á sus hijos la obediencia que deben á la Iglesia.

Despues de haber hablado, aunque de paso, de las excelencias de la Iglesia, réstame advertir á los padres de familias que no pierdan ocasion de instruir bien á sus hijos acerca de un punto tan esencial. Deben al efecto enseñarles, luego que su razon principie á desarrollarse, la dicha que para ellos es pertenecer á la Iglesia católica y tener á Dios por padre; que su divina bondad les tiene preparada una corona de gloria, que gozarán si no la pierden por la culpa; y que no pueden aspirar á ella los que no pertenecen á la Iglesia, como son los infieles, herejes y excomulgados, á no renunciar á sus errores y su perversa obstinacion.

Ha de advertirles tambien que no basta pertenecer á la Iglesia para obtener la vida eterna, para lo cual es preciso guardar sus mandamientos con los de la ley de Dios. A la manera que se hallan mezclados en la parva el grano y la paja; y como en el arca de Noe lo estaban animales puros é inmundos; del mismo modo en la Iglesia se ven fieles virtuosos y otros que por desgracia no lo son.

Es preciso que los niños se acostumbren á res-

petar á la Iglesia , á sus Pastores y ministros , y de una manera especial al Romano Pontífice , sucesor de S. Pedro , Vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia universal.

Cuán provechoso sería que se habituasen los niños á honrar á los Sacerdotes , besándoles la mano , y pidiéndoles de rodillas su bendicion , segun la antigua costumbre de los fieles !

Un padre virtuoso encontrará mil ocasiones en que poder hacer indicaciones á sus hijos sobre la observancia de los preceptos de la Iglesia. Hijo mio , le dirá por ejemplo , vamos á oír misa , como nos lo manda nuestra Santa madre Iglesia. Hoy no se puede trabajar porque es Domingo , ó se celebra tal fiesta , y Dios y su Iglesia nos lo prohiben. De esta manera desde la infancia se hallarán impregnados de esta importante verdad : La ley y la voluntad de Dios se nos manifiesta por medio de su esposa muy amada la Santa Iglesia católica ; asi que , obedecemos á Dios obedeciendo á su Iglesia , y desobedeciendo á esta desobedecemos á Dios.

CAPITULO XIII.

Cuidado con que es preciso precaverse de los falsos profetas é innovadores.

Vivimos en una época llena de peligros ; en unos tiempos en que se multiplican los falsos profetas y propagadores del error , que vienen á nosotros cubiertos con la piel de ovejas , y son en

realidad lobos encarnizados ; que traen la miel en los labios, y en el seno el puñal con que dan la muerte á las almas sencillas. Por eso jamas ha sido mas preciso que hoy el inculcar la obediencia que debemos á la Santa Iglesia , como que ha de ser el puerto seguro y la inexpugable fortaleza en que debe guarecerse el cristiano , para substraerse de los ataques del infierno.

Los legos, las personas faltas de instruccion , las mujeres no deben detenerse á disputar acerca de los dogmas y misterios de la Religion, dándose la importancia de hombres doctos. El cuerpo humano se compone no solo de ojos, manos ó pies, sinó de una porcion de miembros distintos y varios, cada uno de los cuales tiene sus peculiares funciones. Lo mismo sucede en el cuerpo espiritual y místico de la Iglesia; y por eso, cuando los pies quieren hacer lo que corresponde á la cabeza, se origina una lamentable confusion, llena de cismas y errores.

El buen cristiano se abstiene de investigar cosas que sobrepujan su inteligencia ; crée con lisura cuanto nuestra Santa Madre Iglesia le propone , y su misma sencillez le libra del error y le asegura la salvacion. Para entrar en el Cielo no es preciso gran ciencia , pero sí mucha caridad, humildad y obediencia.

Quiere entrar en discusion con un católico, hijo sumiso de la Iglesia , uno de esos perversos innovadores que se presentan bajo el velo de una fingida virtud? Le pregunta por qué observa tales prácticas? Declama contra la penitencia, contra el ayuno? El fiel cristiano debe cuidar de no entrar en contestaciones ; húyale con la prontitud que se

huye de un animal ponzoñoso, y no se deje adormecer de las dulces y alhagüeñas palabras con que tales ministros de perdición procuran atraer á los incautos. Hablan siempre de Dios, de las Santas Escrituras, del Evangelio, pero demonios transformados en ángel de luz, con sus aparentes piadosos discursos siembran cautelosa y simuladamente la heregía.

En tales casos un católico se acoje á la fortaleza de la Iglesia con esta sola respuesta: Asi lo enseña la Santa Madre Iglesia; asi lo cree, y yo con ella; asi lo manda la Esposa de Jesucristo, la Santa Iglesia católica, apostólica, Romana. Estas pocas palabras serán suficientes para quebrantar la cabeza de la hidra infernal.

Por eso importa tanto que la educacion cuide de inculcar á los niños la obediencia que se debe á la Iglesia, y que los padres procuren crear en sus hijos el hábito de acatarla. Con ello conseguirá hacerles obedientes, no solo para con Dios, mas tambien para con ellos y para con los legítimos superiores, á los cuales nos manda ser sumisos la Santa Iglesia.

De esta manera, cuando el niño llegue á ser hombre sabrá conservar el precioso depósito de la fé católica, y con el auxilio del Cielo le transmitirá á sus descendientes. Asi es como las generaciones cristianas han de atravesar las tinieblas de estos últimos tiempos.

Su obscuridad ha llegado á ser tan grande, que, para evitar los lazos que se tienden incesantemente, es precisa toda la prudencia espiritual que aconsejaba S. Pablo á los Romanos, cuando les escribia en

estos términos: «Os ruego, hermanos, que no perdais de vista á aquellos, que causan divisiones, y escándalos contra la doctrina, que habeis aprendido: y que os aparteis de ellos. Porque los tales no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sinó á su vientre; y con dulces palabras, y con bendiciones engañan los corazones de los sencillos. Porque vuestra obediencia es manifiesta á todos: por lo cual yo me gozo en vosotros. Mas quiero que seais sábios en el bien, y simples en el mal.»

CAPITULO XIV.

De los novísimos ó postrimerías del hombre.

En todas tus obras, nos dice la Sagrada Escritura, acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás. Los Santos Padres las reducen á cuatro, á saber: muerte, juicio, infierno y gloria: y nosotros las confesamos implícitamente en el *Credo* cuando decimos: *Creo que, Nuestro Señor Jesucristo, ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos... Creo la resurreccion de la carne y la vida perdurable.*

Sería preciso un largo discurso para exponer los grandes frutos que produce lá meditacion de las postrimerías, y singularmente la de la muerte, objeto natural de horror para nuestra sensualidad.

Parece que los mundanos se han convenido en borrar el pensamiento de la muerte, segun procuran evitar el recordar esa memoria, que les

emponzoña los deleites de su vida carnal. Como si callando el nombre, y arrojando de la imaginacion la idea de la muerte, pudieran substraerse á su inevitable golpe! Cuánto mas prudente no sería recordarla en todos los actos, y pensar en sus terribles consecuencias, puesto que ha de seguir inmediatamente á ella una eternidad de gloria ó una eternidad de penas!

Las palabras del Eclesiástico, que dejo citadas en el principio del capítulo, demuestran que la memoria de la muerte es como un freno que impide al alma el abandonarse al pecado. Mucho mas recordando que no solo hemos de morir, mas tambien dar en seguida cuenta exacta de todas nuestras acciones á un Juez divino y justísimo, ante cuyos ojos, como dice el Apóstol, todas las cosas están desnudas y descubiertas, y que ha de dar á cada cual una recompensa eterna ó un eterno castigo, segun sus méritos.

El infernal espíritu conoce bien los prodigiosos efectos que la memoria de la muerte puede producir en el corazon cristiano; por eso, de acuerdo con nuestros perpétuos enemigos, el mundo y la carne, procura en cuanto puede distraernos de ella. No nos dejemos adormecer en una falsa seguridad; escuchemos á Jesucristo que nos recomienda tan frecuentemente la vigilancia, porque no sabemos el dia ni la hora en que seremos llamados á su presencia.

Ni qué pensamiento puede abatir el orgullo de los poderosos, de los grandes del mundo y de cuantos sobresalen por sus talentos ú otras cualidades, mejor que el de la muerte? No es á ellos

á quien se dirigen las Sagradas Escrituras con estas palabras, que son á la vez una reprension y un aviso : « Por que se ensoberbece la tierra y la ceniza ? » Lejos de menospreciar á los inferiores, y de envanecernos con los dones que recibimos de Dios, y de que nos pedirá estrecha cuenta, debemos humillarnos al considerar que no somos mas que un poco de polvo, y que en polvo nos hemos de convertir muy luego.

El hombre que medita en la muerte, ni se deja envanecer por la prosperidad, ni abatir por las adversidades de nuestra cortisima vida.

El pensamiento de la muerte es tambien un seguro remedio contra la sed insaciable de atesorar riquezas, que atormenta á ciertos hombres, y no dejará que los vanos honores del mundo turben la razon de las personas sensatas, pues les hará recordar que, ni los honores han de perpetuarse en ellos, ni ellos en los honores.

« El que recuerda con frecuencia que ha de morir muy luego, decía S. Gerónimo, desprecia todas las cosas de este mundo. »

CAPITULO XV.

Los padres deben cuidar de que sus hijos tengan presente la memoria de la muerte.

Si es absolutamente preciso al cristiano evitar el pecado, ser humilde, moderado en la prosperidad, paciente en los trabajos, y justo apreciador de los honores, riquezas y quanto el mundo

estima, no es menos necesario el que jamás abandone la memoria de la muerte y el temor del juicio, para que pueda cerrar sus oídos á los engañosos cantos de las sirenas, y escapar de los lazos que el demonio tiende á cada paso.

El buen padre de familias no ha de olvidar nunca que es cristiano. Solicito por la salvacion de sus hijos, debe imprimir en sus corazones el saludable pensamiento de la muerte, desde el momento en que su inteligencia se halle un tanto desarrollada. Pero como las cosas que se nos presentan en un porvenir lejano no causan gran impresion, y siempre nos parece que la muerte se halla muy distante de nosotros, será conveniente hacerles advertir, poniéndoles delante los ejemplos que todos los dias se presentan, que la última hora es incierta, que puede llegar en cada momento, y que con frecuencia la muerte nos sorprende á la manera de un ladron nocturno.

Es una preocupacion el pensar que pueda perjudicar á la salud de los niños el hablarles prudentemente de la muerte; ni admito la excusa de los que dicen que su corazon se conmueve con la sola idea de que sus hijos han de morir. Esta ternura extremadamente carnal no es propia de un cristiano; y el cariño está mal reglado cuando ama el cuerpo mas que el alma, y prefiere la vida temporal á la eterna.

El verdadero cristiano no encuentra amargo y desconsolador el pensamiento de la muerte como los hombres carnales. Como ellos es hombre, y siente tambien una repugnancia natural á la muerte; pero no sigue como ellos las leyes de la carne.

Vive, por el contrario, según las del espíritu, y más que la separación del alma del cuerpo, ve en la muerte el medio de llegar á unirse eterna, mente con Dios.

Para el hombre espiritual no es la muerte el fin de los bienes y de los placeres; solo á los ojos del hombre carnal es á los que se presenta con tan sombríos colores. Si la mirasen á la luz de la Religión, ellos la considerarían como una puerta, estrecha en verdad y de difícil acceso, pero por la cual entramos á la posesión de los verdaderos y eternos goces.

Luego que un niño sea un tanto capaz de razón, el padre ha de procurar ejercitarle en estos santos pensamientos; ellos serán el germen de muchas virtudes, que brotarán á la edad conveniente.

Según que las disposiciones de los niños sean más ó menos generosas, y su corazón propenda más el temor ó á la ternura, se les deberá hablar de las penas acervísimas de los condenados, ó de la inefable gloria que disfrutarán los bienaventurados, con la posesión de Dios, mar insondable de todos los bienes.

Es preciso cuidar de que el temor de la muerte, del juicio y del infierno produzca en los niños el amor de Dios y de la virtud, para que no sirvan al Señor como esclavos que solo son conducidos á ello por la idea del castigo; antes bien como buenos hijos, que profesan á su Padre un tierno amor y una respetuosa y voluntaria sumisión.

No puedo detenerme más acerca de las consideraciones que se desprenden del *Credo*; y paso

á tratar con la brevedad posible de los Sacramentos, haciendo la conveniente aplicacion práctica á la educacion.

CAPITULO XVI.

Consideraciones generales sobre los Sacramentos.

La elevada perfeccion de la ley de Jesucristo, nuestro divino Redentor, exige del cristiano actos heróicos, pero á la vez le dá para que pueda realizarlos medios los mas eficaces que pudiera imaginar. Cuanto nuestra pobre naturaleza es por sí débil y enferma, tanto se hace fuerte y robusta con la gracia de Dios. «Todo lo puedo, decía el Apóstol, en aquel que me conforta.» Demos infinitas gracias á nuestro sapientísimo y poderosísimo legislador: pues si nos manda cosas grandes y perfectas, que no pudieran ordenar ningunas leyes humanas, ni aún se comprendieron en las de Moisés, nos dá tambien valor y fortaleza para ejecutarlas, comunicándonos su divina gracia por medio de los Sacramentos.

Estos, en la ley de gracia en que tenemos la dicha de vivir, son siete, y fueron instituidos por nuestro divino Redentor Jesucristo, verdadero Dios y hombre. Solo Dios podia hacerlo, porque es el único autor de la gracia y de la gloria, y el que puede hacer á los hombres virtuosos y santos.

Los Sacramentos son unos signos sensibles y exteriores, en los cuales ha colocado la omnipotencia de Dios una virtud tan eficaz, que pe-

netran hasta el fondo del corazon, santifican al alma, la enriquecen y adornan con la divina gracia, la disponen á recibir humildemente los dones celestiales, á no resistir al Espiritu Santo, y á no poner obstáculo á la propia justificacion acercándose á Dios sin estar purificado, y sin haber renunciado enteramente al pecado. Y en verdad, no hay expresiones para representar la ofensa que un miserable pecador hace á un Dios tan bueno, que habiéndose hecho hombre por nosotros, nos ha dejado remedios tan suaves y eficaces á costa de infinitos dolores, y los castigos que sobre sí atrae impidiendo los efectos de la gracia, cuando no recibe los Sacramentos con las disposiciones y respeto que exigen.

Ya he dicho que los Sacramentos de la ley Evangélica son siete, segun que la Santa Iglesia nos enseña y ha enseñado siempre; y creo que no será fuera de propósito mostrar la conveniencia de este número misterioso, siguiendo la doctrina del Catecismo romano, sacada de los teólogos católicos. Todo cristiano debiera conocerla; y como se funda en consideraciones tomadas de la vida natural, es fácil entenderla y retenerla. Ella será tambien útil para la vida espiritual, examinándola con alguna detencion.

CAPITULO XVII.

Analogías de la vida espiritual con la natural.

En la vida corporal del hombre se notan siete cosas principales: cinco se refieren al individuo, y

miran á su conservacion ; las otras dos atienden á que la sociedad humana esté bien gobernada, y pueda conservarse.

El hombre nace, crece, se nutre, se cura de las enfermedades y combate la debilidad causada por los padecimientos, procurando recobrar sus fuerzas.

El hombre necesita de jueces y autoridades que gobiernen los estados con un poder respetable y fuerte; y por medio de la generacion de los hijos atiende á la propagacion del género humano.

Las mismas siete cosas se advierten en la vida espiritual del alma; y de aquí se concibe la conveniencia de que los sacramentos sean siete.

El Bautismo, regenerándonos por el agua y el Espíritu Santo, nos hace renacer en Jesucristo.

La Confirmacion aumenta y hace crecer en nosotros la divina gracia, para que podamos combatir cual varones esforzados contra nuestros enemigos.

La Sagrada Eucaristia, maná verdadero y pan del Cielo, es el alimento que mantiene y nutre nuestras almas.

La Penitencia proporciona al alma un remedio que la restituye la salud espiritual perdida por el pecado, y la cura las heridas causadas por él.

La Estremauncion, en fin, borra las reliquias del pecado, y reanima y acrecienta las fuerzas del alma.

Estos cinco Sacramentos se dirigen al bien particular del cristiano; los dos que restan han sido mas especialmente instituidos para el bien general de la Iglesia.

El orden confiere un poder legitimo de administrar los Sacramentos, y de ejercer los diversos

ministerios públicos establecidos en la Iglesia.

El Matrimonio santifica la union del varon con la mujer, para que por medio de los hijos, cristianamente educados, se perpetúe el culto del verdadero Dios, y se conserve la Santa Iglesia en el pueblo fiel, repartido por todos los ángulos de la tierra.

CAPITULO XVIII.

Consideraciones especiales sobre cada uno de los Sacramentos con relacion á la educacion y primeramente del Bautismo.

Siendo los Sacramentos una cosa tan santa, ya por haber sido instituidos por el mismo Dios, ya por las admirables virtudes que encierran, el buen padre de familias cuidará de que sus hijos les aprecien y respeten como es debido, y les descubrirá los tesoros de la divina misericordia que por ellos alcanzamos. Porque, como la vida del alma tambien se debilita no atendiendo á ella, conviene que los niños tengan como hambre, y adquieran el deseo de nutrirse y aumentar cada dia sus fuerzas espirituales.

Pero vengamos á detalles mas prácticos, principiando por el santo Bautismo, puerta de los demas Sacramentos.

Por él entramos en la Iglesia, celebrando una solemne alianza con Dios; renunciamos al demonio, al mundo, á sus pompas y vanidades; prometimos seguir en todo á Jesucristo, nuestro jefe, y recibimos, á la vez, de este Señor la promesa

de una eterna bienaventuranza en el Cielo.

Grandes é importantes promesas, en las cuales se piensa bien poco, y cuyo cumplimiento se descuida tanto que, segun el modo de vivir de la mayor parte de los cristianos, parece que mas bien han ofrecido renunciar á Jesucristo y servir al mundo y á las inclinaciones de la carne!

Por eso es preciso que los padres acostumbren á sus hijos á dar todos los dias gracias á Dios por haberles hecho cristianos, y á pedir á su divina Majestad que les dé gracia para cumplir las obligaciones contraidas en el santo Bautismo. Les deben tambien habituar á que conserven religiosamente el recuerdo del dia en que fueron bautizados, considerándole como su verdadero natalicio, celebrándole todos los años con muchas acciones de gracias á Dios, acercándose á recibir los Sacramentos, y entregándose á obras de piedad y devocion.

Es buena práctica el llevar los niños á la Iglesia cuando ha de administrarse el Bautismo, hacerles que observen con atencion sus misteriosas ceremonias, y explicarles su significacion. Asi, por ejemplo, cuando el sacerdote pone sobre la cabeza del bautizado un capillo blanco, diciéndole en latin: Recibe el vestido blanco que has de presentar sin mancha en el tribunal de Jesucristo, para recibir la eterna recompensa; se hará comprender á los niños que aquella yestidura representa la blancura y limpieza del alma despues del bautismo, é indica la inocencia y pureza que debe conservar el cristiano toda la vida, si quiere llegar á obtener la Gloria. Asi, tambien, se les podrá dar á enten-

der que la vela encendida puesta en manos del bautizado, ó del padrino en su nombre, es imagen de la fé inflamada por la caridad que hace nacer el Bautismo, y que debe ser constantemente alimentada y aumentada con las buenas obras hasta el fin de la vida.

Conozco bien que la generalidad de los fieles conoce poco de ordinario estas cosas, y que son pocos los padres que están en disposicion de explicarlas á sus hijos. Pero si se ocupasen del negocio de la salvacion con tanta solitud como ponen en los intereses materiales, encontrarian, por la misericordia de Dios, eclesiásticos y personas doctas que les instruyesen, ó consultarían el Catecismo romano y otros libros piadosos, en que hallarian lo que necesitan. En fin, aún los padres mas ignorantes pueden en tales casos recordar á sus hijos la promesa que hicieron á la Iglesia de ser buenos cristianos, y que renunciaron á satanáas, al mundo y sus vanidades.

Qué no pudiera yo decir aqui de los padres y madres que habitúan á sus hijos al lujo, que les llevan á espectáculos siempre vanos, y no pocas veces inmodestos, y que olvidan á lo que se obligaron en el bautismo, sin reflexionar que inficionan el alma de los niños con un veneno que ha de ser mas tarde la causa de su muerte!

Un Padre de la Iglesia, el ilustre doctor S. Juan Crisóstomo, advierte á lo cristianos que cada mañana renueven el pacto que hicieron con Dios en el Bautismo, dirigiéndose interiormente á su divina Majestad y diciéndole con fervoroso corazon: Señor, yo renuncio al demonio y me uno á Vos.

Estas palabras tienen mas fuerza en la lengua griega, pues expresan mejor que la vida es un combate espiritual; pueden traducirse bien en estos términos: «Señor, yo no quiero absolutamente formar parte de las bandas mandadas por Satanás, y deseo pertenecer á la milicia de Jesucristo.

Tal es la resolución con que debe armarse todos los dias el cristiano, para resistir á las tentaciones del dragon infernal, á quien ha hecho profesion de combatir constantemente.

CAPITULO XIX.

De la Confirmacion.

En el Bautismo recibimos un nuevo ser en Jesucristo, y venimos á ser como unos niños recién nacidos. El Sacramento de la Confirmacion nos da luego el acrecentamiento espiritual; nos afirma y confirma con una nueva fuerza venida del Cielo, y principiamos á ser perfectos soldados de la milicia de Jesucristo.

Inscritos en ella por el Bautismo, la confirmacion nos arma, como á combatientes expuestos á los ataques de nuestros implacables enemigos, el demonio, el mundo y la carne. El Espiritu Santo nos comunica tambien por ella una fortaleza especial para confesar libremente la verdad de nuestra fé, sin que nos detengan los peligros ni las amenazas: debiendo nosotros estar dispuestos á dar por ello la vida, como lo han ejecutado tantos santos mártires.

El ejemplo de los Apóstoles muestra claramente la eficacia con que afirma y confirma este Sacramento á los fieles en la confesion de la fé; por lo cual fué llamado Confirmacion.

En el tiempo de la pasion del Salvador, ¿no huyeron los Apóstoles llenos de terror y espanto? El mismo Pedro, que habia testificado tantas veces un ardiente amor á su Maestro, que acababa de hacerle la promesa de serle fiel aun á costa de la vida, ¿no dió una lastimosa caida, negándole á la sola voz de una simple criada?

Pues esos mismos Apóstoles, despues que el Espiritu Santo, descendiendo como un viento impetuoso en forma de lenguas de fuego, les revistió de la fortaleza de lo alto, sintieron tan fortalecidos sus corazones que, ya sin ulteriores temores, se lanzaron por el mundo, predicando el Evangelio de Jesucristo delante de los magistrados, los gobernadores y los principes, y llenándose de gozo cuando eran menospreciados y castigados por anunciar el nombre de Jesus.

CAPITULO XX.

Es preciso no demorar el que los niños sean confirmados.

El padre virtuoso de familias sabe por esperiencia los combates á que se halla expuesto en este mundo un soldado de Jesucristo, y por lo mismo debe cuidar de que sus hijos sean confirmados. El Sacramento de la Confirmacion no es absolutamente necesario para la salud eterna, como lo es el

Bautismo, pero es de una gran utilidad para poder alcanzarla. El mismo Espíritu divino que obraba en los Apóstoles y en los Mártires es el que se nos da en este Sacramento; la misma divina fuerza, se difunde sobre nuestros corazones, y si usamos de ella combatiendo varonilmente, ella nos sacará victoriosos de las peleas espirituales, como sacó á los santos.

Son dignos de reprension los cristianos que, no haciendo el debido aprecio de tan precioso tesoro, dejan pasar la infancia, la juventud y aún la edad madura sin recibir este venerable Sacramento; cuya dignidad y excelencia se comprenderá con solo reflexionar que los Obispos son los únicos que por derecho propio y ordinario pueden administrarle.

Si me preguntasen la edad á que convendrá confirmar á los niños, responderia que por regla gueneral debiera ejecutarse hácia el sétimo año de su edad, en que por lo comun empiezan á tener el uso de la razon, y por consiguiente deben armarse, como soldados de Jesucristo, para los combates espirituales.

CAPITULO XXI.

Desprecio de los respetos humanos.

Uno de los mas interesantes avisos que pueden sacarse del Sacramento de la Confirmacion, para la educacion de los hijos, es el desprecio de los respetos humanos, huyendo del rubor que algunos parece tienen de parecer virtuosos, y haciendo pro-

fesion franca del cristianismo en nuestras palabras, en nuestras obras y en toda nuestra vida. Es este punto de tanta importancia y trascendencia que, no titubeo en decirlo, encierra como el compendio de la doctrina de toda la vida cristiana.

Gran número de personas dejan el camino seguro de la salvacion, abandonándose al del pecado y de la perdicion eterna, por solo el temor del mundo. Un varon virtuoso decia con razon que estas palabras: Qué se dirá de mí? son un vastísimo lazo en que aprisiona el infierno á un inmenso número de almas, para su eterna condenacion.

El padre de familias preservará á sus hijos de tan dañosa red, recordándoles con frecuencia que han sido ungidos con el Santo Crisma, y que las manos del Obispo hicieron sobre ellos la señal de la Cruz. Que este carácter distintivo de la milicia de Jesucristo se les ha impreso en la frente, porque en la frente se marcan, por lo pálido ú encendido del rostro, la vergüenza y el temor; y que con aquel signo se les ha querido dar á entender que nada debe atemorizarnos ni avergonzarnos, cuando se trata de confesar libremente á Jesus crucificado.

Pero no basta decir: Soy cristiano; porque si no corresponden á las palabras obras conformes á las leyes de Dios y de la Iglesia, y á la profesion del cristianismo, los que asi se producen serán del número de aquellos que, segun S. Pablo, confiesan conocer á Jesucristo con la boca, y le niegan con sus obras.

Los niños deben, por tanto, ser habituados á respetar en todo los preceptos del Señor, y á tener en nada los vanos discursos de un mundo insen-

sato. Pero como los sentimientos de vergüenza pueden ser provechosos en los niños, convendrá, cuando se les vea conmovidos por haber cometido alguna falta, el acostumbrarlos á que se ruboricen de haber obrado de aquella manera, faltado á los deberes de cristiano.

Cuán bueno es avergonzarse de haber ofendido á Dios! Cuán triste ruborizarse de obrar bien, y mas aún de no haber obrado mal, como acontece á tantos esclavos de los respetos humanos, y de merecer por ello esta terrible sentencia de nuestro divino Redentor: « El que se afrentare de mí, y de mis palabras, se afrentará de él el Hijo del hombre, cuando viniere con su majestad, y con la del Padre, y de los santos Ángeles! »

Aconsejo que se haga tomar á los niños la santa costumbre de formar con frecuencia sobre su frente la señal de la Cruz: asi lo ejecutaban los primeros cristianos. Nada puede recordarles mejor que han sido marcados con el sello de los soldados de Jesucristo, y empeñarlos á renovar interiormente la promesa que hicieron de confesar francamente con sus palabras y obras á Jesus Crucificado, repitiendo con el Apóstol: No me avergüenzo del Evangelio: que es virtud de Dios: para salud á todo el que cree.



CAPITULO XXII.

De la Sagrada Eucaristía, y de la devocion que se debe excitar en los niños á este augustísimo Sacramento.

Instituidos por Dios, depósitos preciosos de la gracia y eficaces instrumentos de nuestra santificación; todos los sacramentos merecen un profundo respeto. Pero hay uno que debemos reverenciar con una singularísima devocion: el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; en el cual, bajo las apariencias de pan y vino, está real y verdaderamente nuestro Señor Jesucristo, manantial de todas las gracias, autor de la vida y dispensador de la Gloria. Es el memorial de su sagrada Pasion, y la prenda dulcísima de su ternura para con los hombres, pues no contento con haber muerto por salvarnos, se quiso hacer el alimento de nuestras almas, para unirnos á si con el lazo del amor mas íntimo.

Este divino alimento dá al alma la vida, el vigor y la fuerza para practicar las obras espirituales de virtud y santificación, á la manera que los manjares naturales nutren y fortifican el cuerpo, para que pueda llenar con vigor todas sus funciones.

Es este Santísimo Sacramento el celestial fuego que sustenta en los corazones el calor de la devocion. Es el maná verdadero que reúne los mas deliciosos sabores, y hace perder el gusto á los manjares de este miserable Egipto. Es el rocío que

apaga las llamas de la concupiscencia. Esta carne virginal, formada por el Espíritu Santo en el seno purísimo de la Virgen María, comunica á los que dignamente la reciben una especialísima gracia para resistir á los movimientos desarreglados de la carne. En la juventud, en esa edad tan propensa á dejarse arrastrar de los alhagos de los sentidos, es preciso comulgar con frecuencia y humildad, si quiere conservarse intacta la flor de la virginidad, tan grata á los ojos de Dios.

Es por lo tanto un deber del padre virtuoso de familias el acostumar á sus hijos á que profesen el mas profundo respeto al Santísimo Sacramento del altar, y procurar por todos medios que este divino fuego de amor abrase sus tiernos corazones.

Con tan laudable objeto les ha de habituar á que reverencien al Santísimo Sacramento en las Iglesias; á que le acompañen con devocion en las procesiones y cuando se lleva á los enfermos; á saludarle con humildad y doblar las rodillas al pasar por delante de los altares en que está reservado, ó si casualmente le hallasen en las calles.

Cuando los niños lleguen á una edad en que puedan comprender la excelencia de este divino manjar, deberán ser presentados al cura párroco, para que les examine, y diga si estan en disposicion de hacer su primera comunión. El padre cuidará despues de que un confesor discreto marque la frecuencia con que sus hijos deban comulgar, segun que sus facultades mentales vayan desarrollándose con la edad.

Tendrá tambien cuidado de instruirles, advir-

tiéndoles que , para sentarse á la mesa del Supremo Rey , es preciso hallarse vestido con la vestidura nupcial , esto es , encontrarse el alma lavada y purificada de toda mancha por medio de una buena confesion. No se olvidará de hablarles del respeto, del temor filial, del recogimiento interior y exterior y de todas las demas disposiciones con que debemos acercarnos á recibir el Santisimo Sacramento.

Un buen padre de familias no ha de contentarse con dar acerca de este punto saludables instrucciones á sus hijos, antes debe juntar á sus palabras las obras y la leccion del ejemplo. Este será el medio mas eficaz, como tengo dicho, de que sus esfuerzos sean coronados por un feliz éxito.

CAPITULO XXIII.

Error de los que desapruaban la comunion frecuente.

Es en verdad doloroso hallar entre cristianos, que deben hacer profesion de ser discipulos de Jesucristo , personas que se avergüenzan de confesar con sus obras la Religion á que pertenecen. Son de dos clases. Unos conocen y aprueban el bien; quisieran practicarle; pero la falta de valor cristiano y el temor del que dirán de los mundanos, les impide declararse abiertamente discipulos de Jesucristo , y observar fielmente su doctrina. Estos imitan á Nicodemus , que venia de noche y como á escondidas á conferenciar con el Salvador , y de dia conversaba con los Fariseos , es decir, con

los pecadores y secuaces de las glorias del mundo. Otros, mas culpables, desprecian las obras de virtud y piedad cristiana, de las que hasta llegan á mofarse. Estas personas no se conducen asi por falta de fé, pues entónces no merecian el nombre de católicos; pero desean vivir con el mundo y seguir libremente los apetitos y deleites de la carne. Y aunque se burlan de casi todas las prácticas de piedad cristiana, que miran como peculiares de mujeres y gentes sencillas, singularmente dirigen sus ataques contra la frecuencia de sacramentos, diciendo que basta con observar el precepto de la confesion y comunión pascual. Sin temeridad puede juzgarse que tales gentes no le observan, ó que al menos no le cumplirían sin el anatema de la Iglesia; y que pretenden echarla de sábios, para ocultar la fria perversidad de sus corazones con el pretexto de un simulado respeto y falsa prudencia.

Dicen que no es conveniente hacerse tan familiar á Dios; como si pudiéramos dar un paso en la virtud sin esta familiaridad, y sin contraer con él la union mas íntima! No nos dejemos alucinar: tales gentes no dejan de acercarse á Dios por respeto, sinó porque para ello tienen que dejar la union estrecha que tienen con la libertad de los sentidos, los placeres del mundo y los desarreglados deseos de la concupiscencia.

Es este uno de los lazos que nos tiende la infernal serpiente. No pudiendo sufrir que el amor de Dios á los hombres haya llegado á tal punto que, no satisfecho con haber tomado su naturaleza, ha querido dárselos en alimento; sabiendo

que no hay arma mas poderosa para resistir sus ataques, lleno de ira y de envidia, procura retraer á la juventud de la divina mesa que el Eterno Padre les prepara, poniendo en juego todas sus arterias para impedirles que se nutran con el celestial manjar, que les fortalece contra todas sus tentaciones, sacándoles victoriosos de todas ellas, si le reciben dignamente y con las debidas preparaciones.

No me detendré á refutar las máximas indignas de un cristiano que acerca de este punto se propalan; pues no han faltado ni faltan en la Iglesia hombres doctos y espirituales que se ha opuesto como un muro contra estos ataques del infierno. Los padres hallarán cuanto necesitan en los útiles tratados escritos sobre esta materia, en los cuales se hacen ver la necesidad de la frecuente comunión y sus preciosos frutos, cuando se practica con las disposiciones y circunstancias que reclama un tan augusto Sacramento.

Pero no se interpreten mal mis palabras, juzgando que yo miro indistintamente á todos los cristianos en aptitud para la comunión frecuente. Solo he pretendido inculcar á los padres de familias, por su interés y el de sus hijos, que deben profesar una grande y afectuosa devocion al Santísimo Sacramento; y no cerrar los oidos del corazon á las dulces excitaciones de Jesucristo, que ardientemente desea alimentarnos con su propia carne. Ahora, para concluir este capítulo, les invito á que procuren conservar, cuanto es dable á la humana fragilidad, la pureza de su alma, y lavar en las aguas de la penitencia las manchas

del alma por medio de una buena confesion; asi podrán, siguiendo el dictámen de un director prudente y entendido, acercarse con mas frecuencia de lo que acostumbraron acaso hasta el presente á la santa mesa, en que se come el pan que dá la vida eterna.

CAPITULO XXIV.

Del Sacramento de la Penitencia.

Por numerosas y graves que sean las enfermedades á que nuestro frágil y corruptible cuerpo está sujeto, ninguna comparacion tienen con las que pueden atacar á nuestra alma, sustancia harto mas noble y delicada. Estas terribles enfermedades son nuestras pasiones desordenadas y nuestras desarregladas inclinaciones; en una palabra, la multitud de pecados en que á cada paso podemos caer por mil distintos modos.

Quiera Dios que pongamos por la conservacion de la salud del alma, de naturaleza inmortal y la mas preciosa porcion de nosotros mismos, la misma diligencia y cuidado con que atendemos á la del cuerpo, que irremisiblemente se acerca por instantes al sepulcro!

El alma enferma encuentra en el Sacramento de la Penitencia ó Confesion, los remedios que necesita. En él se la aplican los méritos de la preciosísima sangre de Jesucristo con tanta eficacia que, muerta por el pecado, recobra la vida de la gracia. Y si el alma no hubiera sufrido la muerte

por la culpa mortal, sinó que solamente se hallase lánguida y desfallecida por haber incurrido en esas faltas ligeras y cuotidianas que llamamos pecados veniales, en el Sacramento de la Penitencia recibirá una nueva salud, y tomará fuerza y vigor para mejor resistir á las tentaciones y apartarse de los escollos del pecado mortal. Qué humana medicina produjo jamas tales efectos? Si existiera, ¿en cuánto aprecio no la tubiéramos, y con cuán pronta solicitud no recurriríamos á ella?

La confesion no es solo un remedio de las enfermedades ya contraidas, sinó que á la vez tiene una virtud preservativa, por la cual el alma, con los auxilios de la gracia de Dios, se conserva y mantiene alejada del pecado.

Este Sacramento, único remedio contra el pecado mortal, es de una utilidad grandisima contra los veniales. No privan estos, ciertamente, al alma de la vida de la gracia, pero la debilitan, resfrían en ella el fervor de la devocion, é insensiblemente la ponen en tal disposicion que, al primer ataque violento de la tentacion, queda lastimosamente vencida. Para conocer cuán imprudente sea el no prestar atencion á las faltas leves, basta recordar estas palabras del Espiritu Santo; en el Eclesiástico: «El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá.»

Procedamos en esto siquiera de la misma manera que cuando se trata de cosas temporales. En lo tocante á los bienes, no solo cuidamos de no tener grandes pérdidas, sinó que procuramos evitar hasta las de corta entidad. Respecto á la salud, no solamente cuidamos de curarnos de

todas las enfermedades sean graves ó leves, mas tambien de preservarnos de la mas ligera incomodidad. Prudentes para todo; ¿será justo que solo dejemos de serlo en el grave negocio de la eterna salvacion de nuestras almas?

CAPITULO XXV.

Es preciso acostumbrar á los niños á tener horror al pecado y confesarse.

El padre de familias que quiera conducirse y gobernar su casa segun las verdaderas máximas del cristianismo, y no conforme á los falsos principios del mundo, deberá inspirar á sus hijos desde la primera edad horror al pecado; hará que le miren como á un mónstruo dañoso y abominable á los ojos de Dios, y les acostumbrará poco á poco á que se confiesen. Fácilmente lo conseguirán si desde niños les han habituado á que se avergüenzen de sus faltas, viendo que sus padres se muestran ofendidos; pues la pena que este rubor les producirá, unida á un ligero castigo, hará nacer el arrepentimiento, y de aquí vendrán insensiblemente á temer el ofender á Dios, su Padre celestial. Es esto mas fácil de lo que piensan los que solo atienden á la corta inteligencia de los niños; porque ha de considerarse que la belleza de la virtud se descubre por su propio brillo, y que lleva en sí misma un atractivo que hace rendir los corazones no contaminados aún con el hábito del mal. Por el contrario, todo pecado, y aún las acciones que sin ser absolutamente pecaminosas

no son enteramente loables, inspiran una repulsion natural; sentimiento cuya sombra parece hallarse aún en muchos animales. Es por lo tanto de gran importancia el mantener estas buenas disposiciones en el alma de los niños, para que no solo les hagan sentir sus faltas el enojo de los padres, las reprensiones y el castigo, sino que les haga avergonzarse de ellas la misma fealdad del pecado.

Es muy útil acostumbrar á los niños á que confiesen con humildad el mal que han hecho y á pedir perdon, en lugar de negarle con obstinacion. Si declaran sinceramente su falta, prometiendo enmendarse, los padres á la vez deben mostrarse mas indulgentes. Este será el medio mejor de hacerles poco á poco respetuosos, modestos y temerosos, pero tambien confiados en la clemencia paternal; y sus almas, todavia sencillas y tiernas, se hallarán sin violencia en disposicion de acercarse con sinceridad al tribunal de Jesucristo en el Sacramento de la Penitencia. Preparadas asi para confesarse humildemente, no tratarán de escusar sus culpas, las detestarán sin desconfiar de la divina misericordia, y formarán firme propósito de no volver á cometerlas.

Cuán doloroso es ver como, dejándonos llevar de nuestra orgullosa sensualidad, sentimos pena de confesar las propias faltas! Lejos de acusarnos humildemente de ellas, buscamos mil pretextos y razones especiosas para escusarlas. Hemos heredado esta funesta propension de nuestro primer padre Adam. Cuando Dios le preguntó por qué habia comido de la fruta vedada, en lugar de con-

fesar su pecado é implorar el perdon, pretendió dirculparse haciendo caer la falta sobre la mujer, y aún en cierto modo sobre el mismo Dios, diciendo : « La mujer, que me diste por compañera, me dió del árbol, y comi. »

La confesion parece al hombre carnal un yugo insoportable ; y el demonio, lleno de astucia, queriendo retener al hombre en su poder, trata de hacer que nazca en él, luego que ha pecado, la vergüenza que debió retraerle de obrar mal, para que no tenga valor de confesarla al sacerdote, ó al menos procure buscar alguna excusa. Por eso es preciso acostumar muy pronto á los niños á que lleven el yugo amable del Señor; imitando el buen padre de familias á los labradores. Cuando destinan estos un novillo á la carreta, primero le ponen un ligero collar de mimbres, y luego le van poco á poco aumentando el peso, de modo que, á su tiempo, llevan el verdadero yugo sin molestia ni fatiga.

El padre cuidadoso de familias llevará con frecuencia sus hijos á los pies de un confesor, y allí con actos y palabras de penitencia, segun lo permita su inteligencia, se irán acostumbrando á ser humildes y vencer toda repugnancia. Se pondrán devotamente de rodillas, se darán golpes de pecho, besarán la mano del sacerdote, y le pedirán su bendicion. El confesor les exhortará dulcemente á la virtud, prometiéndoles que Dios les dará su Gloria si son buenos y obedecen á sus padres, y les encargará que reciten algunas preces, para que tambien se acostumbren á las obras satisfactorias. Su prudencia le dictará los medios de

dar progresivamente direccion á estas tiernas plantas, arraigándolas en la virtud, advirtiéndolo el importante ministerio que ejerce, y considerando cuánto interesa el sembrar en esta tierra virgen la semilla del santo temor de Dios, que ha de producir luego, con los divinos auxilios, los preciosos frutos de las virtudes.

CAPITULO XXVI.

Cuán importante sea la eleccion de un buen confesor.

Hice ya notar que dolorosamente los hombres, tan prudentes por lo comun en los negocios temporales, son generalmente poco advertidos y harto negligentes en lo concerniente á los intereses espirituales y á su eterna salvacion.

Para procurarse un buen médico, que cuide de la salud corporal, no se perdonan medios ningunos. Se pone gran diligencia en que conozca el temperamento, y se conversa frecuentemente con él interin se goza de salud, para que en el dia de la enfermedad, esté mejor en estado de combatirla. Cuando ha llegado á inspirar confianza, con dificultad se decide ninguno á dejarle, porque solo su visita parece un lenitivo que dulcifica los padecimientos. Y ¿no es justo que observemos igual conducta respecto á la salud del alma? Será racional que para ella nos entreguemos á cualquiera médico que por casualidad se nos presente, cambiándole á cada instante?

No pudiéndome detener á combatir esta incon-

secuencia, que de suyo aparece, me ceñiré á decir á los padres de familias que todos los maestros de la vida espiritual recomiendan, como uno de los puntos mas importantes para el progreso en la virtud, el tener un confesor fijo, prudente, experimentado en la direccion de las almas, caritativo, que sepa sobrellevar las humanas miserias, y que sea, como suele decirse, un hombre de ciencia y conciencia. Una vez elegido, es preciso dejarse gobernar enteramente por él, obedecerle, y descubrirle con sinceridad los secretos mas íntimos del corazon.

¡ Con cuánta seguridad procedemos en todas nuestras acciones cuando las hemos sometido á la direccion de tan experto guia, á quien no permiten que pueda engañarse el conocimiento completo que tiene del estado de nuestras almas, y Dios, cuyo lugar ocupa, que no le dejará de prodigar las luces especiales que sean precisas para llevarnos por el camino de la virtud!

Viendo los hijos el respeto con que trata su padre al confesor; cuanto aprecio hace de sus consejos, y como acude á buscar su dictamen en todos los negocios de importancia, se han de sentir movidos á seguir su ejemplo, mucho mas observando que su padre no cambia sin necesidad de director espiritual, y que sigue constantemente cuanto le ordena para caminar por la senda de la virtud entre los precipicios del mundo.

Y aún cuando nos parezca que nuestro confesor no tiene tanta experiencia como nosotros de las cosas terrenas, no por eso debemos dejar de consultarle, pues el Señor, recompensando nuestra

humildad y fé, le comunicará de seguro las luces necesarias para dirigirnos con acierto.

CAPITULO XXVII.

De los tres últimos Sacramentos, y en particular de la Extrema-Uncion.

Voy á ocuparme muy á la ligera de los tres últimos Sacramentos, pues he tratado ya del Matrimonio, habré de hacerlo del Orden al hablar de la eleccion de estado, y la Extrema-Uncion, que se aplica solo al fin de la vida, no presenta mucha materia con relacion á la educacion de los hijos, que es mi objeto. Diré, sin embargo, algunas palabras acerca de ella, que serán convenientes á todos.

Siendo la Extrema-Uncion un Sacramento destinado á los cristianos próximos al momento de la muerte, pudiera juzgar alguno que solo podia ser administrado una vez. Esto no es exacto: si el enfermo á quien se aplicó convalece, puede reiterarse siempre que una nueva enfermedad le ponga en peligro inminente; y no solo puede, sino que debe hacerse, para dar al moribundo este divino auxilio en el terrible momento de pasar á la eternidad. Cuando el alma comienza la lucha con los enemigos que á su entrada se la presentan, es preciso armarla con la virtud de este Sacramento, instituido por Jesucristo para fortificarnos en el último combate. Aunque principalmente destinada á la salud del alma, la Extrema-Un-

cion dá tambien á las veces la salud corporal á los que la reciben.

Y pues hablé del sacramento de los enfermos, aprovecho la ocasion para recomendar á los padres de familias que instruyan á sus hijos, con sus discursos y ejemplo, en la manera de conducirse cuando enferman. Es preciso, en el momento en que la enfermedad aparece grave, recurrir sin dilacion al médico espiritual; purificar el alma, por medio de una buena confesion, de los malignos humores del pecado, causa muchas veces de los padecimientos corporales, y formar un propósito firme de vivir como Dios manda. Con esto los remedios humanos tendrán mas eficacia.

En fin, obligado el padre de familias á dar á sus hijos ejemplo constante de religiosidad en vida y en muerte, despues de haberles enseñado á vivir bien, debe darles al fin de sus dias la importante leccion de bien morir. Para esto debe tener en buen orden todos los negocios de su casa, como lo recomiendan las Santas Escrituras; confesarse y recibir el santo Viático con gran devocion al oportuno tiempo; pedir la Extrema-Uncion antes de perder el conocimiento, y entregar su espiritu en manos del Señor, protestando una sincera y filial obediencia á la Santa Iglesia.

Termino con esto las reflexiones que me propuse hacer sobre los siete Sacramentos, y voy á presentar algunas consideraciones acerca de los diez mandamientos de la ley de Dios.

CAPITULO XXVIII.

Del Decálogo, ó sea de los mandamientos de la ley de Dios.

No contento con haber grabado en el corazon del hombre una ley y una luz capaces de hacerle discernir el bien y el mal, lo justo é injusto, quiso tambien Dios dar á su pueblo, por medio de su fiel siervo Moisés, aquellos mismos preceptos escritos en dos tablas de piedra. Por este medio, la ley interior del alma, oscurecida por la malicia de los hombres y la prolongada tiranía del pecado, apareció á los ojos de todos con mayor evidencia y claridad.

Dios consignó la Ley en pocas palabras, pues solo se compone de diez preceptos, que son, sin embargo, la suma y compendio de todas las leyes. Y aún los diez preceptos pueden reducirse á dos: el amar á Dios y al prójimo, de los que, como nuestro Salvador enseña en el Evangelio, depende toda la Ley y los Profetas. Y bien que Moisés recibiera dos tablas, una de las cuales contenia los mandamientos que se refieren á Dios, y la otra los concernientes al prójimo, fácilmente se advierte que toda la Ley se viene á reducir al solo precepto de la caridad, de la que decia S. Pablo, escribiendo á los Romanos, era el cumplimiento de la Ley.

Jesucristo, nuestro divino Maestro, confirmando y explicando la Ley dada en el antiguo Testa-

mento, la reducía toda á la caridad; de la cual hacía como el signo y marca del cristiano cuando decía á sus Apóstoles: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amais los unos á los otros.»

Ahora bien; ¿quién osará decir que la ley de Dios es dura? Qué pretexto podrá buscarse para no guardarla? Qué castigo no merecerá el que se atreve á quebrantarla? Por eso exclamaba S. Agustin: Quién tendrá valor para decir que es imposible al hombre el amar? Que no puede amar á su criador, á su bienhechor, al mas amable de todos los padres; y á sí mismo, en sus hermanos y prójimos? Pues el que ama á Dios y á su prójimo ha cumplido la ley.

CAPITULO XXIX

Es preciso habituar á los niños á que observen religiosamente la Ley divina.

Un profundo respeto á la ley de Dios, un religioso temor, un propósito firme de jamás quebrantarla, una constante resolución de observarla fielmente, con el auxilio de la gracia, sin la cual no hay en nosotros mas que debilidad y flaqueza: tales son los sentimientos que los padres de familias deben inspirar á sus hijos. Para ello les harán comprender cuán obligados estamos á obedecer la voluntad de Dios, manifestada en su ley, por ser Él nuestro criador y Señor; por habernos redimido y conservarnos; por habernos dado

cuanto tenemos, y por ser de quien debemos esperar toda clase de bienes en este mundo y en el otro.

Él es el Juez ante cuyo tribunal debemos comparecer todos, y en cuya presencia hemos de dar cuenta de la fidelidad ó infidelidad con que hubiésemos cumplido lo que nos manda en su ley.

Unas veces con dulzura y por el atractivo de las recompensas, otras por medio de correcciones y castigos, según las circunstancias, el padre procurará fortificar el espíritu de sus hijos, é imprimir en sus corazones algunas máximas cristianas, tan útiles en el curso de la vida para retraernos del mal y afirmarnos en el bien. En efecto, es de gran provecho el recordar, entre los esfuerzos que puede necesitar la virtud, la voluntad de Dios, por estas ó semejantes palabras, que son como una fuente en que refrigera su sed el caminante fatigado; Dios me lo manda; Dios lo quiere así; yo quiero hacerlo por Dios. O por el contrario en su caso: Dios no lo quiere así; Dios lo prohíbe; esto desagrada á Dios; Dios me guarde de hacerlo; yo no haré jamas esto que ofendería á Dios. etc.

Estos sentimientos, arraigados en el corazón desde la infancia por las instrucciones y sobre todo por el buen ejemplo de los padres, que es la mas eficaz de las lecciones, son un escudo impenetrable contra todos los ataques del dragon infernal. Este abandona pronto el campo cuando encuentra un corazón firme y resuelto, que por ninguna cosa del mundo, por grande, bella ó ama-

ble que parezca, por ningun peligro ni contra-tiempo quiere consentir en traspasar la ley de Dios. Tales fueron el patriarca José, la casta Susana y tantos otros héroes; cuyo recuerdo nos han conservado las Sagradas Escrituras y las vidas de los Santos.

CAPITULO XXX.

De la obediencia á las leyes humanas.

Será bueno acostumbrar á los niños á que observen y respeten las leyes humanas, no por temor del castigo que lleva consigo su transgresion, mas por amor á la virtud, haciéndoles entender que los Principes y las autoridades son en la tierra lugartenientes de Dios; que de él procede toda potestad, y que la ley divina nos manda que les obedezcamos: de modo que, los resistentes á los poderes humanos, resisten al orden establecido por Dios.

El padre de familias cuidará de inspirar á sus hijos el amor al Rey y á la pátria; y como el gobierno de la casa representa muy bien el de la sociedad, hará que los niños obedezcan sin demora las leyes domésticas, y que veran cómo las observan puntualmente todos los individuos de la familia, recompensando á los sumisos y castigando á los desobedientes, para que les sea un aprendizaje doméstico, útil para el porvenir. Advierto que jamas delante de los niños se hable de los Principes, las autoridades y jueces sinó con la mayor circunspeccion, y haciéndoles aparecer ro-

deados del prestigio que les es necesario para gobernar.

Si el padre de familias ejerce un empleo público, ó tiene algun cargo de los que imponen las leyes, hará ver á sus hijos la prontitud y gusto con que llena sus deberes, y este ejemplo les enseñará la obediencia mejor que muchas lecciones. Cuán importante sea esto para el bien público nos lo demuestran claramente las desgracias de nuestros tiempos, las revoluciones de los Estados y las turbulencias de los pueblos, tan sin espeto á las leyes divinas y humanas.

CAPITULO XXXI.

Del primer mandamiento: amar á Dios sobre todas las cosas.

Voy á recorrer brevemente los diez mandamientos, para sacar de ellos instrucciones prácticas aplicables á mi objeto. El primero nos recuerda que no hay mas que un solo Dios, criador de cielo y tierra.

Dios es la primera, la suprema, la infalible verdad, por eso debemos creer firmemente en él; Dios es todopoderoso; infinitamente misericordioso, y siempre está dispuesto á derramar sobre nosotros sus beneficios, asi nos es preciso fijar en él todas nuestras esperanzas; Dios es un abismo insondable de bondad y hermosura, por lo cual es justo que le amemos con todo nuestro corazon. De donde vemos que á este primer man-

damiento se refieren las tres virtudes llamadas teologales, Fé, Esperanza y Caridad, sin las cuales no es posible agrandar á Dios, ni obtener la vida eterna.

Este primer mandamiento de la antigua Ley: No tendrás dioses agenos delante de mí, comprende á la vez una prohibicion y un precepto; y expresa este pensamiento: No debeis adorar á los falsos dioses, sino solamente á mí, que soy el verdadero Dios.

Ya dije, al explicar el *Credo*, cuán obligados estamos á reverenciar y amar á Dios. El padre de familias cuidará de recordar á sus hijos este santo temor y amor á todas horas, puesto que á todas horas nos está colmando de sus dones y favores, y la naturaleza toda nos invita constantemente á honrarle y amarle.

Les inspirará desde la cuna una santa confianza en su Criador, para que recurran á él en todas las necesidades, y esperen en su misericordia.

Hará que aprendan y repitan muchas veces estas palabras pronunciadas por nuestro divino Salvador: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento.» Este es el mayor, y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante á este: «Amarás á tu prójimo, como á ti mismo.» De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los Profetas.

Meditando estas palabras del Salvador, decia con justa razon un Santo: «La medida de nuestro amor á Dios es amarle sin medida.»

CAPITULO XXXII.

De los que pecan contra este mandamiento, singularmente de los herejes.

Una multitud de hombres peca contra el primer mandamiento, negando al verdadero Dios el honor que le es debido; así lo hacen los idólatras, los infieles, los mahometanos y los judíos, así también lo hacen los herejes, únicos de que voy en este momento á ocuparme.

Los herejes son realmente unos idólatras, vanos adoradores de sus falsas y perniciosas opiniones. Estos ídolos son formados de oro y plata, esto es, están contruidos con cierto brillo de simulada virtud, que deslumbra y alucina á los incautos.

Ya he mostrado la vigilancia con que los buenos cristianos, hijos obedientes de la Iglesia, deben guardarse de sus arterias y seducciones, retirándose siempre al castillo inexpugnable de la santa Iglesia católica-romana. Nada tengo que añadir á lo que allí dije; pero, sin embargo, advierto á los padres de familias que alejen á sus hijos de todo contacto con los herejes. Que por ningun motivo ni pretexto, como adelantar en el comercio, visitar los países extranjeros, perfeccionarse en las artes ó ciencias, adquirir modales finos ó cualquiera otra ventaja temporal, expongan los padres á sus hijos á perder la joya preciosa de la pureza en la fé.

Si la vigilancia pública y la privada se muestran tan solícitas en tiempo de peste, para evitar que su contagio pueda dañar á la salud corporal; si en tales casos no solo se prohíbe todo contacto con las personas invadidas, mas tambien con los objetos y las cartas que proceden de los puntos que ocupan; ¿cuánta no deberá ser la vigilancia pública y la solicitud paterna para impedir que la juventud se inficione con la herejía, aspirando la mas mínima porción de su corrompido ambiente, sobre todo en los países vecinos á tan pernicioso contagio?

CAPITULO XXXIII.

De la superstición.

Por un deplorable abuso, muy extendido en el pueblo cristiano por la malicia del espíritu infernal, suele recurrirse en ciertos casos á los sortilegios, las hechicerías, las adivinaciones y otras supersticiones vanas, que tienen gran afinidad con la idolatría, que ofenden á Dios negándole el honor que se le debe, y que vienen á tributarle al demonio. Las gentes sencillas juzgan que obran bien, porque solo hacen uso de signos piadosos y palabras religiosas; pero lejos de ser así, á quien complacen es á Satanás, que, como dice el Apóstol, se transforma para ellos en ángel de luz.

En tiempo oportuno, cuando la razón de los niños esté suficientemente desarrollada, será pre-

eiso que los padres enseñen á sus hijos, con sus palabras y ejemplos, á huir de toda supersticion, haciéndoles comprender cuán grave ofensa hace á Dios el que directamente ó por un pacto tácito se dirige al demonio.

Este irreconciliable enemigo de Dios y nuestro, viendo llamado al hombre, por la divina misericordia, á la Gloria que perdió por su culpa, lleno de furor y envidia, busca mil artificios para sepultar las almas en el abismo á que fué precipitado. No nos fiemos jamas de este cruel enemigo, que se goza en nuestra perdicion. Todo es en él simulacion y engaño, ningun bien posée: ¿cómo es posible que pueda darle á los demas?

Lejos de recurrir un padre cristiano de familias á medios supersticiosos, que pudieran quedar grabados en la memoria de sus hijos, y perjudicarles para toda la vida, deles el ejemplo saludable de recurrir en todas las necesidades al Señor, recordando estas consoladoras palabras que nos dirige por el Real Profeta David: «Invócame en el dia de la tribulacion, te libraré, y me honrarás.»

Y como las mujeres estan mas expuestas á dejarse llevar de ciertas prácticas pueriles y supersticiosas, las madres de familias prudentes vigilarán con solicitud para impedir que sus hijas sean atacadas de tan asquerosa lepra. Les advierto que se prevengan especialmente contra ciertas mujeres de una perversidad diabólica, que por ningun título deben ser admitidas en una casa en que reine el temor santo de Dios.

CAPITULO XXXIV.

De la reverencia que se debe á los Angeles y Santos.

Difícil sería expresar el gran amor que los Santos, gloriosos ya en el Cielo con Jesucristo, nos profesan, y cuanto se interesan por nosotros pobres peregrinos en este valle de lágrimas, en este destierro lleno de peligros y de los mas fieros ataques de nuestros enemigos. Caminamos hácia la tierra prometida, hácia la Jerusalem celestial, nuestra patria; los Santos han arribado á ella, y su gloria está ya asegurada; pero la caridad que les abrasa en el horno de infinito amor, que es Dios mismo, les hace desear ardientemente nuestra salvacion é interesarse por ella.

Para esto interceden y ruegan constantemente por nosotros al supremo Rey de la Gloria, el cual se congratula en concedernos, por sus méritos y peticiones, numerosas gracias, como lo atestigua la historia de todos los tiempos y paises. Pues aunque solo tenemos un medianero, que nos reconcilió con el Eterno Padre por medio del precio infinito de su sangre, y del cual está escrito: Tenemos por Abogado con el Padre á Jesucristo, y él es propiciacion por nuestros pecados; tenemos, sin embargo, á la vez un gran número de intercesores. Estos son los Santos del Cielo, los miembros vivos de Jesucristo, unidos á él por un lazo indisoluble de amor, y gratos por consiguiente á los ojos del Eterno Padre, segun que

les aseguraba el mismo Salvador á sus discípulos, diciéndoles: «El mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis, y habeis creído que yo salí de Dios.»

Si durante la mansion de los Santos en la tierra, y cuando se hallaban revestidos aún de una carne frágil y perecedera, obró Dios por su intercesion tantos prodigios como nos refieren la Sagrada Escritura y las historias de aquellos varones justos; ¿dejará de atender á sus ruegos cuando están ya en el Cielo, en el que, segun el Real Profeta, son extremadamente honrados los amigos de Dios?

Por eso nuestra santa madre la Iglesia católica, dirigida por el Espiritu Santo, ha enseñado constantemente á sus hijos, los fieles, que reverencien á los Ángeles y Santos del Cielo, y que recurran á su intercesion, glorificando en ello á Dios, el cual, segun el Profeta, es admirable en sus Santos, y por sus ruegos nos otorga ciertas gracias que sin ellos no aleazaríamos.

Pedimos, pues, á la Santísima Trinidad y á nuestro Señor Jesucristo, como á los autores de toda gracia; mas rogamos tambien á los Santos, como amigos de Dios y nuestros intercesores para con él.

Instruidos por la Iglesia, nuestra madre, decimos á Dios: Santísima Trinidad, un solo Dios, tened piedad de nosotros; Hijo de Dios, Redentor del mundo, tened misericordia de nosotros. Mas á los Santos les pedimos de diverso modo; asi decimos: San Miguel arcángel, rogad por nosotros; S. Pedro, pedid por nosotros; Santos y Santas del Señor, interceded por nosotros. En

lo cual reconocemos y marcamos la diferencia que media entre el Señor y sus servidores, entre el Criador y las criaturas, entre el Rey de la Gloria y sus cortesanos aún los mas íntimos y amados.

Si he prolongado este capítulo, ruego á los lectores piadosos dispensen á mi celo, que no ha podido contenerse, viendo el pernicioso veneno que ha derramado la infernal serpiente sobre el dogma de la intercesion de los Santos, como dolorosamente lo hace sobre tantas otras verdades católicas.

CAPITULO XXXV.

De la singular devocion que debemos tener á la Santísima Virgen.

El padre de familias inspirará muy desde los principios á sus hijos un profundo respeto á los Santos; mas hará nacer en sus tiernos corazones una mayor veneracion á la bienaventurada Virgen Maria, Reina del Cielo, elevada sobre todos los Santos y los coros de los Ángeles, Madre de Dios, Madre de misericordia, Madre de todos los hijos de la gracia, y Abogada compasiva de los pecadores.

Desde que la lengua de los niños principie á desatarse, balbuciendo aunque imperfectamente las palabras, una madre piadosa les hará que pronuncien los dulcísimos nombres JESUS Y MARÍA, y que imiten el respeto con que les invocará ella misma. Procurará tener en su cuarto una imágen bella y devota de la Santísima Virgen, para que

vean la reverencia con que se inclinan ante ella todos los individuos de la familia, y les enseñará el *Ave Maria*, con que la deberán saludar por mañana y tarde en union de los demas de la casa. Cuando la madre haya de pedir alguna merced á Nuestra Señora, conducirá sus hijos ante su imagen, orando á su presencia; y con frecuencia se encomendará con ellos á la proteccion de la Santísima Virgen y su divino Hijo.

Al dar á los niños cualquiera de esos juguetes de que se muestran tan ávidos, será bueno decirles que es un don de la Señora y de su Hijo santísimo; ó que su padre se les compra porque son devotos de la Virgen. Se hará que la ofrezcan algunos dones sencillos, como flores, una corona; y que tomen la costumbre de rezar todos los dias el santo Rosario, una de las prácticas mas adecuadas para mantener en nosotros la piedad, y del mayor agrado de la Señora. En fin, se cuidará de que nazca y se desarrolle en ellos el fuego de la devocion á la Madre de Dios, para que merezcan tenerla por abogada y protectora especial durante toda la vida.

Estos sentimientos deben cultivarse de una manera especial en el alma de las niñas, á las cuales se debe presentar la Reina del Cielo como un espejo y un modelo de la humildad y de todas las virtudes. ¿No es á la Señora á quien deben encomendarse muy particularmente las vírgenes y las casadas, como á la que sola mereció ser á la vez vírgen y madre, y es la gloria, el ornamento y la corona de su sexo?

CAPITULO XXXVI.

De la devocion al santo Angel Custodio.

Es preciso acostumbrar á los niños á reverenciar á los Santos Ángeles, y especialmente al de su guarda.

Para esto se les hará comprender el paternal cuidado que tiene Dios de nosotros, tanto respecto al alma como al cuerpo; confiando la custodia de cada hombre, cualquiera que sea su condicion y clase, á un Ángel, criatura nobilísima, que vé incesantemente la cara de Dios, y que no cesa de velar constantemente por aquel cuya guarda le ha sido confiada.

Se habituará á los niños á que se encomienden al Ángel de su guarda, rezándole todos los dias alguna de las oraciones aprobadas por la Iglesia (1.)

(1) Será buena práctica el acostumbrar á los niños á que recen todos los dias un *Padre nuestro*, etc. en reverencia del Santo Angel de la guarda, añadiendo esta jaculatoria; «Angel de Dios, que sois mi custodio, iluminadme, guardadme, regidme y gobernadme, pues la divina piedad me ha encomendado á vos» (*Angele Dei, qui custos es mei, me tibi commissum pietate superna, illumina, custodi, rege et gubernas*). El Papa Pio VI, concedió cien dias de indulgencia á los que, con devocion y el corazon contrito, rezasen esta oracion en cualquier idioma. Los que lo hiciéren todos los dias por mañana y tarde, por espacio de un año, podrán ganar una indulgencia plenaria el dia 2 de Octubre, confesando, comulgando y visitando una

Se les enseñará que su santo Ángel no les abandona jamas ; que les preserva de innumerables peligros ; que presenta á Dios sus oraciones ; que intercede por ellos ; que se regocija de verles buenos y virtuosos , y se aflige cuando son desobedientes y obran mal ; en fin , que nada desea tanto como el poder hacerles participantes de la gloria que posée.

Estas exhortaciones , y los numerosos ejemplos con que podrán ser apoyados , mostrándoles algunos de los que nos refieren las Sagradas Escrituras y las vidas de los Santos , para que conozcan los beneficios que incesantemente ha concedido Dios por la mediacion de los Ángeles , excitarán poco á poco en el ánimo de los niños el amor y respeto á su Custodio ; de modo que , aún en la soledad y alejados de las miradas de los hombres , la presencia de su santo Ángel les inspirará un temor filial y saludable.

Concluyo este capitulo advirtiéndole que , aunque se debe honrar á todos los Santos , será conveniente ofrecerse en particular á algunos , y principalmente al de nuestro nombre , profesán-

Iglesia , en que oren por la intencion de su Santidad. Los que durante la vida la hubiesen rezado con frecuencia tienen tambien indulgencia plenaria para el artículo de la muerte. A estas indulgencias de su predecesor , añadió Pio VII otra plenaria mensual , que podrán ganar , en el dia que elijan , los que rezasen aquella oracion diariamente , confesando , comulgando y visitando una Iglesia etc. como arriba queda dicho. Estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio. — Véase el Tratado del Ilustrísimo Señor Bouvier , traducido por D. U. Solano-Lérída 1852. — (N. del T.)

doles una especial devocion. La prudencia humana enseña que, uno de los medios mas ciertos de obtener las mercedes de los Principes, es el conseguir la gracia de alguno de sus favoritos. Pues obremos de la misma manera para con Dios, cultivando la amistad de los Santos; ellos intercederán por nosotros, y por su mediacion alcanzaremos el que sean oidas y bien despachadas nuestras peticiones.

CAPITULO XXXVII.

Del honor que se debe á las reliquias de los Santos.

Queriendo Dios manifestar la complacencia con que mira la veneracion que tributamos en la tierra á los Santos, á quienes se congratula en honrar en el Cielo con una indecible gloria, se ha dignado hacer ilustres hasta sus sepulcros, obrando en honor de aquellos preciosos restos reiterados milagros, sanando á los enfermos, y aún resucitando á los muertos. Por eso la Iglesia, ilustrada por el Espiritu Santo, ha enseñado siempre que debemos venerar las reliquias de los Santos: esos cuerpos benditos que fueron miembros vivos de Jesucristo, templos de Dios, y que un dia resucitarán gloriosos é inmortales para gozar de una Gloria eterna. Es por lo tanto un deber de la piedad cristiana el honrar los sepulcros y reliquias de los Santos, no solo interiormente, mas á la vez con testimonios externos de veneracion y respeto.

Asi lo hará comprender el padre de familias á sus hijos, haciéndoles ver cuán dignos son de estos homenajes los miembros que tanto sufrieron por el amor de Jesucristo, ya por el furor de los tiranos, ya con las castigaciones voluntarias, ayunando, macerando sus cuerpos, y edificando con sus ejemplos á los fieles, á la vez que con su predicacion y sus escritos les mostraban el camino de la salvacion.

Estas lecciones encenderán en sus tiernos corazones el generoso deseo de imitar tan hermosas virtudes; su devocion se inflamará; el espectáculo de los lugares en que los Santos sufrieron el martirio, ó hicieron penitencia, y la vista de sus tumbas y de sus reliquias, harán que reviva en ellos el fervor espiritual.

CAPITULO XXXVIII.

Veneracion que se debe á las santas Imágenes.

El espíritu de devocion y el deseo de imitar las mas bellas virtudes pueden muy bien ser excitadas en nuestras almas por medio de las sagradas imágenes de nuestro Redentor Jesucristo, de su bienaventurada Madre y de los Santos. La costumbre de adornar los Templos y las casas de los fieles es de muy gran provecho, y antiquisima en la Iglesia.

Los tiros que la heregia ha dirigido contra el culto de las santas imágenes quedan desvanecidos, con solo reflexionar que no paramos nuestra in-

tencion en ellas cuando las veneramos. Nosotros no pensamos que los colores ni la materia de que se forman tengan virtud ninguna, que merezca nuestros homenajes; no es á ellos á quien honramos, ni de quien esperamos socorro; nuestros respetos, nuestros ruegos y nuestra esperanza se refieren y encaminan á nuestro Señor Jesucristo, á la Santísima Virgen, ó á los Santos á quienes aquellas imágenes representan, y ponen en cierto modo delante de nuestros ojos.

Y aún cuando pudiera encontrarse alguna persona tan ignorante que procediera en esto con alguna confusion, jamás perjudicaria de modo ninguno á la verdadera doctrina enseñada por la Iglesia, y que deben inculcar los legítimos pastores. Además, su simplicidad le libraría de toda culpa, pues, como dice un Santo, el pueblo fiel no se salva por la sutileza del entendimiento, sinó por la sencillez de la fé. Así los padres de familias cuidarán de que sus hijos reverencien las santas Imágenes con una piedad cristiana, siguiendo la costumbre general de los fieles, y conforme al espíritu de nuestra madre la Iglesia, que no puede errar.

CAPITULO XXXIX.

Fruto que puede sacarse de las santas Imágenes.

La vista es entre todos los sentidos el que mas influencia ejerce en el hombre; los objetos que alhagan nuestros ojos hacen una profunda impre-

sion en el ánimo, y la memoria les conserva fácilmente. De aquí se comprende cuánto provecho puede sacarse de las santas imágenes para la educación cristiana de los hijos.

Ocupándonos del *Credo*, hemos dicho cuán necesario era enseñarles tan principales misterios de nuestra fé; pues no se hallará medio mas fácil de auxiliar su inteligencia, y de fijar en su ánimo las lecciones, que hacerles ver estos misterios representados en imágenes ó figuras. Son estas una especie de libros en que todos, tanto los ignorantes como los doctos, pueden leer, é instruirse con gusto y facilidad en las grandes acciones de Dios y de sus Santos.

Por esta razon los muros de las Iglesias han estado desde los primeros siglos cubiertos de imágenes ó pinturas, representando los hechos históricos del antiguo y nuevo Testamento, como lo atestiguan los restos de los mas antiguos Templos.

Nada mas útil que tales pinturas; recorriéndolas el pueblo fiel, cual si fueran las hojas de un libro, se instruye con devocion y gusto en los misterios de nuestra religion; se afirma en la fé; se siente interiormente excitado á la piedad; recuerda los grandes beneficios recibidos de Dios, y le muestra su gratitud.

Las pinturas son en las Iglesias como un memorial de las infinitas misericordias del Señor, que nos dice incesantemente que debemos bendecirle y darle gracias.

Ellas pueden ser tambien ocasion y materia de piadosas consideraciones en los Templos, que son, segun las palabras del Salvador, casas de oracion,

y no de pensamientos inútiles y vanos. Ellas nos dan unas veces motivo para meditar en el Hijo de Dios hecho hombre para redimirnos, y nacido en el desabrigo de un establo; en otras nos le muestran ligado á una columna y recibiendo los azotes que merecíamos por nuestras culpas, muriendo dolorosamente en la cruz para librarnos de la muerte eterna, ó resucitando glorioso y triunfante de sus enemigos y los nuestros: ellas nos recuerdan, en fin, los demas misterios de la vida de Jesucristo y de su Madre santísima.

¡Qué cosa mas adecuada para excitar la devoción y encender en los corazones el amor de Dios!

Las imágenes de los Santos, y de los tormentos que sufrieron, no son menos eficaces para movernos á seguir sus ejemplos y alabar á Dios, que tan admirable se muestra en ellos.

Si no temiese alargarme, presentaría un gran número de pecadores convertidos por medio de alguna devota Imágen, que les recordó la muerte y los tormentos de los condenados. Ni es de extrañar que la pintura nos mueva mas que la lectura y las palabras, pues estas presentan las cosas como pasadas, mientras aquella nos las muestra presentes, poniéndolas en cierto modo delante de nuestros ojos; lo cual es indudablemente mas propio para excitar la voluntad.

Ruego por lo tanto á los padres de familias que se sirvan de imágenes, que auxilién la naciente inteligencia de sus hijos; estos se complacerán en mirarlas interin se les instruye, y la sana doctrina penetrará en su alma por la vista y el oido, los dos sentidos mas susceptibles de tras-

mitir al hombre los diversos conocimientos, según el asentimiento de los filósofos.

He visto los artículos de la fé, como están contenidos en el Símbolo de los Apóstoles, grabados sobre acero é impresos en un gran pliego, de modo que, á un golpe de vista, se abrazaba toda la doctrina de aquel, cuyos artículos estaban escritos al pie de cada una de las estampas que representaban los misterios. Esta imagen me parece utilísima para que los niños aprendan con gusto el *Credo*, le comprendan y le retengan con gran facilidad.

La misma idea pudiera ser aplicada con fruto á todos los puntos principales de la doctrina cristiana. Así, por ejemplo, recuerdo haber visto hace poco tiempo los siete Sacramentos, que un gran personaje de la Iglesia, muy virtuoso y sábio, hizo representar en bellas figuras, acompañadas de una explicacion corta y muy adecuada al objeto.

CAPITULO XL.

Es de gran provecho adornar la casa con santas Imágenes.

Aconsejo á los padres de familias que tengan en sus casas imágenes piadosas, que puedan excitar la devocion, y ser para los niños y toda la familia un religioso estímulo, que les recuerde continuamente la idea de Dios. Para esto, es preciso acostumbrarlos á que miren y saluden á las imágenes santas con respeto, no solo en la

Iglesia, en que debemos estar enteramente recogidos con Dios, mas tambien en las calles y lugares públicos, en que suelen colocarse para excitar la devocion de los fieles. Lo cual es un loable hábito, que deben conservar toda la vida.

Es utilísimo tener en las habitaciones algunas imágenes de Santos, conforme á las facultades y extension de la casa; pero será muy conveniente reservar alguna pieza que pueda ser como un pequeño oratorio, y en la que se colocará mayor número de imágenes, dándoles cierta correlacion y conveniente orden; como si se pusieran cuadros que representen los misterios del Rosario de Nuestra Señora, ú otros. Con lo que será una especie de jardin espiritual, que pueda dar al alma una religiosa recreacion.

CAPITULO XLI.

De la señal de la Cruz.

La Santa Cruz es el compendio de las misericordias de Dios para con el hombre; en ella se manifiesta ostensiblemente el ardiente amor de Jesucristo al género humano; ella es nuestra gloria y el signo glorioso que ha vencido al mundo y al infierno. La imagen de Jesus crucificado debe hallarse convenientemente colocada en toda casa cristiana. Que los hijos vean á sus padres arrodillados ante aquella veneranda imagen, haciendo á sus pies actos de amor, de gratitud y de con-

trición; el ejemplo paternal, tan eficaz siempre, y las edificantes palabras que deberán escuchar á la vez, acostumbrarán á los niños á recordar la pasión de Jesucristo, á darle gracias por el inmenso beneficio de la redención, y á concebir horror al pecado, que puso en la cruz á nuestro divino Salvador.

En esto se funda la costumbre antiquísima de colocar en los puntos mas elevados de las Iglesias el estandarte de la Cruz, bajo el cual combatimos. Como los hijos de Israel, mirando en el desierto la serpiente de metal que había levantado Moisés, se curaban de las picaduras de las serpientes venenosas, así los cristianos, poniendo los ojos en Jesus crucificado, se libran de la ponzoña del pecado. Por esto, tambien, se plantaba el árbol de la santa Cruz en los caminos: habituados desde la infancia los cristianos á honrar este sagrado signo, al verle, se fortalecían con la memoria de la pasión de Jesucristo, y se dirigían á Dios en los momentos del peligro, haciendo sobre sí la señal de la cruz con esta corta y eficaz oración, enseñada por la Iglesia: *Por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos, libranos Señor.*

Una de las primeras cosas que deben enseñarse á los niños es á persignarse, procurando que así lo hagan con frecuencia. Tal era la piadosa costumbre de los primeros cristianos, cuando las contemplaciones mundanas no autorizaban el desprecio de las prácticas espirituales. Leemos en autores antiquísimos que aquellos verdaderos discípulos de Jesus crucificado, hacían sobre sí la señal de la cruz al levantarse, al salir de casa, al

entrar en los Templos, al sentarse á la mesa, al acostarse, y en otras mil ocasiones.

Qué bello modelo para un padre de familias! Ya que no le haga seguir en todo á sus hijos, al menos que les enseñe á que se fortalezcan con la señal de la cruz al levantarse, al salir de la casa y al principiar las principales acciones del dia. Cuando emprendan algun hecho importante, que recurran antes á este sagrado signo, invocando al mismo tiempo á la Santisima Trinidad, para que por su poder y misericordia, y por los méritos de la pasion y muerte de nuestro divino Salvador, pueda llevarse á cabo con felicidad y sin daño de nuestras almas. Sobre todo, cuando se vean en algun peligro, ó asaltados de cualquiera tentacion, que se armen instantaneamente de la señal de la cruz, y recurran al Señor con alguna ligera invocacion, como ésta del Profeta David; *Oh Dios, atiende á mi socorro: Señor, apresúrate para ayudarme.*

Ningun padre de familias puede ignorar el modo de signarse y santiguarse, por eso me concretaré á prevenirles que cuiden de que sus hijos formen la señal de la cruz con la debida pausa y reverencia, y que procuren enseñarles, segun su capacidad, los misterios que se recuerdan en el acto de persignarse, para no hacer ineficaz, por falta de atencion, uno de los medios mas poderosos para vencer las tentaciones del infierno.

CAPITULO XLII.

De las imágenes profanas y deshonestas.

No puedo pasar á otro punto sin clamar antes, cuanto alcanzo, contra un abuso desgraciadamente harto comun en nuestros dias entre los cristianos. Lejos de tener en sus casas imágenes piadosas, las llenan, por el contrario, de pinturas ó estatuas que representan objetos inútiles, y aún, lo que peor es, deshonestas y repugnantes á la idea del pudor. Con ellas adornan las habitaciones en que han de pasar muchas horas, como si no fuera suficiente el incentivo de la concupiscencia que llevamos dentro de nosotros mismos, sin necesidad de provocarla con excitaciones exteriores. Esta conducta, llena de peligros, ofende gravemente á Dios, y es enteramente contraria á la profesion que hacemos del cristianismo.

En verdad no es posible visitar sin pena las casas de ciertos cristianos. Por mas que se registren todos sus aposentos, no se hallará señal ninguna que nos haga comprender que sus moradores conocen al verdadero Dios: mas bien hubiera razon para presumir era la estancia de gentiles.

No está prohibido á los cristianos el tener buenas casas, jardines, sitios de recreo, conforme á la posicion que ocupan en la sociedad; pero ¿seré yo demasiado exigente al pedir que allí, como en todas partes, aparezcan en su esplendor, la virtud y la piedad cristiana, para que Dios no se queje-

de nosotros como lo hacía del pueblo hebreo, diciendo: Mi nombre está deshonrado entre las gentes, por haberle profanado vosotros en medio de ellas?

Los padres de familias cuidarán por lo mismo de no permitir en sus casas tales imágenes inútiles é impuras, que pueden llegar á ser causa de graves males; esforzándose con solicitud, cuando fuera necesario retenerlas, en conservarlas alejadas de la vista de los niños y jóvenes, aunque sean la obra maestra de hábiles artistas.

Si el oro y los diamantes, que no son en último resultado mas que un poco de materia corruptible, se guardan bajo cien llaves, apartados de todas las miradas, por temor de que nos lo pretendan hurtar; con qué vigilancia no deberá ser custodiada la inocencia de un niño ó de una niña, para evitar que puedan robarla los espíritus infernales?

Ninguna precaucion puede parecer supérflua, cuando se trata de asegurar intereses tan preciosos como el alma y la salvacion de los hijos.

CAPITULO XLIII.

Del segundo mandamiento: No jurar el nombre de Dios en vano. — Cómo debe ser honrado el nombre de Dios.

El segundo mandamiento de la Ley de Dios, tiene gran afinidad con el primero; porque si hemos de dar al Señor el honor y culto que le corresponden, debemos necesariamente honrar tambien su nombre

santísimo, esto es, al mismo Dios, cuya Majestad suprema se significa por varios nombres, aunque á la verdad no puede ser suficientemente expresada por ninguno.

Este mandamiento comprende dos partes: en la primera se manda honrar el nombre de Dios, en la segunda se prohíbe tratarle sin el debido respeto. Hablaré separadamente de cada una de ellas.

Ante todo voy á decir á los padres de familia: cómo se honra el nombre de Dios.

Le honra el que le confiesa libremente delante de todo el mundo, aún con peligro de perder la vida, cuando las circunstancias lo exigiesen.

Se le honra escuchando con humildad su palabra, y alegrándose de conocer su voluntad adorable, con el designio de conformarse á ella enteramente.

Se le honra cantando sus alabanzas con oraciones y salmos, como Jesucristo y la Iglesia nos enseñan.

Honramos en gran manera el nombre de Dios, cuando le alabamos y bendecimos en medio de las tribulaciones, como en la prosperidad; y cuando, acometidos de males de alma ó cuerpo, suplicamos amorosamente al Señor que venga en nuestro socorro, librándonos de ellos, ó dándonos paciencia para sufrir, según fuese su divina voluntad.

Mas adelante diré con qué condiciones podemos también honrar el santo nombre del Señor cuando, para confirmar alguna verdad, la ponemos por testigo jurando por Dios, como autor de toda verdad, la verdad misma y el vengador de los perjuros.

Desde luego se comprende la necesidad de acos-

tumbrar á los niños á que honren y respeten el nombre de Dios. Pero como, segun tengo repetido, casi todo lo aprenden mejor por imitacion, por el imperio que ejerce sobre ellos el ejemplo, exhorto cuanto puedo á los padres á representar en sí mismos y en todos sus hábitos esa bella imagen del cristiano, que quieren formar é imprimir en el alma de los jóyenes.

Para ello concurrirán frecuentemente y con muestras visibles de contento á escuchar la palabra de Dios, llevando á sus hijos, y haciéndoles ver, por su recogimiento y sus exhortaciones, el respeto y atencion con que debe ser escuchada.

Harán que aprendan algunas composiciones piadosas, como salmos, himnos ó cánticos en honor de Dios y de la Santísima Virgen, de los usados ó al menos aprobados por la Iglesia. Los niños las recitarán en sus oraciones, y aún las cantarán en las horas de recreo, siempre con devocion.

Les habituarán á mostrar siempre un temor y respeto saludable cuando pronunciasen el santo nombre de Dios; que nunca dejen de inclinarse y descubrir la cabeza al oír el dulcísimo nombre de *Jesus*, que quiere decir Salvador, acordándose de que les ha redimido, y dándole gracias por ello.

El buen ejemplo de los padres, y sus piadosas lecciones, harán que los hijos concurren con gusto á los divinos oficios, en que se cantan las alabanzas de Dios; y al oírles exclamar frecuentemente con el paciente Job, en medio de las aflicciones: Bendito sea, Señor, tu nombre! se acostumbrarán á invocarle con devocion en todas sus penas, poniendo en él su confianza.

CAPITULO LXIV.

Cómo se puede honrar el nombre de Dios en el modo de saludarse los amigos.

Desearíamos que se pronunciase con frecuencia el nombre de Dios en los saludos, que respectivamente pasan entre conocidos y amigos, y que no nos avergonzásemos de parecer cristianos, diciéndonos sencillamente. Dios te guarde; buenos dias te dé Dios.

Ya sé que, cuando nós damos los buenos dias, aunque no expresamos el nombre de Dios, se entiende que le pedimos que nos los conceda, como autor de todo bien; pero seria sin duda mejor que lo indicásemos explícitamente, para que aquel nombre santísimo fuera el lazo que uniese á los amigos, y el principio de todos los asuntos y conversaciones.

He oido decir que un varon de insigne virtud y gran predicador había introducido en algun punto este recomendable modo de saludarse. El que lo hacia primero, decia: Alabado sea el nombre de Dios: y el otro respondia: Por siempre sea alabado (1).

(1) Esta costumbre, general antes entre nosotros, aún se conserva en muchísimos pueblos, singularmente en los de corto vecindario, al entrar en las casas; aunque en muchos puntos subrogan ó añaden nuestro conocido modo de saludarse y honrar á la Santísima Virgen: Ave María purísima. — Sin pecado concebida. — *N. del T.*

Sabemos que antiguamente los fieles se saludaban en tiempo de Pascua diciendo el uno: Ha resucitado el Señor: y contestando el saludado: verdaderamente ha resucitado. O bien respectivamente decían: Resucitó el Señor verdaderamente, aleluya —Y apareció á Simon Pedro, aleluya. Un célebre autor, que ha escrito sobre el Oficio divino y los sagrados ritos, advierte que debe observarse esta salutacion mútua durante el tiempo pascual (1).

No rechazamos las otras fórmulas de urbanidad empleadas para saludarse mútuamente; solo pretendemos recordar la obligacion que tenemos de alabar en todo caso el santo nombre de Dios; y que no debemos mostrarnos tan ciegos partidarios de la cortesania mundana, que parezca que ignoramos ó despreciamos las reglas de la política cristiana.

Y puesto que me he detenido en estos detalles, que tal vez mire alguno como minuciosos, y yo creo útiles y fructuosos, solo añadiré que será una loable costumbre principiar y acabar las cartas con el augusto nombre de Dios, como nos enseñan las Epístolas de S. Pablo. Este Apóstol jamás las comenzaba sin expresar que deseaba la gracia y la paz del Señor al sugeto ó sugetos á quien las dirigia,

(1) Algunas corporaciones eclesiásticas celebran Cabildo el Sábado Santo ó el Domingo de Pascua, y le principian saludándose sus individuos mútuamente con estas palabras: Surrexit Dominus vere alleuia. — Et apparuit Simoni, alleluia. Asi lo observa la Real Capilla de Reyes de Toledo, cuyos capitulares se juntan el dia de Pascua solo con este objeto. — *N. del T.*

y concluía poco mas ó menos en iguales términos (1)

Los labios del cristiano deben estar siempre prontos y dispuestos á alabar á Dios, en conformidad á estas palabras de David : Bendeciré al Señor en todo tiempo : su alabanza siempre en mi boca.

CAPITULO XLV.

De los que abusan de las palabras de la Sagrada Escritura.

Larga tarea sería el detallar como puede faltarse al honor que se debe al augusto nombre de Dios. Teniendo presente lo que dejo expuesto sobre los diferentes modos de honrarle, fácilmente se conocerán los actos contrarios al respeto que exige, y que por consiguiente debemos evitar.

Pero no dejaré de hablar de un detestable abuso, que suele ser frecuente en personas de poca instruccion y que desean presentarse ante la sociedad como dotados de fecunda imaginacion y gracia.

(1) Todos saben que hasta hace no muchos años, se ponía entre nosotros la señal de la Cruz por cabeza de todos los escritos y cartas particulares. En la legislacion de Partidas, está expresamente mandado que hayan de principiarse algunos instrumentos con estas palabras: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: amen. Desgraciadamente aquella costumbre y esta disposicion legal estan casi olvidadas; pero felizmente aún se conserva, á través de tantas vicisitudes, la práctica de concluir las comuniones oficiales diciendo: Dios guarde á V. muchos años. — *N. del T.*

Para excitar estos las risas de una reunion, para satisfacer su mala propension á la maledicencia y aún con mas reprobados fines , no temen abusar de los textos de la Sagrada Escritura, torciendo el verdadero sentido de las palabras del Evangelio y demas Libros santos, transformándolas en bufonadas, en dichos groseros ó contrarios á la decencia, y hasta en punzantes invectivas contra las personas y las clases mas respetables.

S. Juan Crisóstomo clamaba ya en su tiempo contra este criminal abuso, y el Santo Concilio de Trento dispuso, por uno de sus decretos, que fueran severamente castigados estos hombres temerarios, profanadores de la palabra de Dios.

Los padres de familias prevendrán en sus hijos este pernicioso defecto, acostumbrándoles desde la niñez á venerar profundamente las santas y divinas Escrituras, que encierran las palabras de Dios, y en las cuales ha manifestado su voluntad y el camino de nuestra salvacion eterna.

Si los niños habitan en un punto en que sea frecuente este temerario abuso, si anuncian una imaginacion viva y propensa á extraviarse, y cuando los estudios les han de llevar al roce con los demas, es preciso inspirarles un especial horror á tan culpable irreverencia. Sobre todo, es preciso, como ya dejo dicho, hacerles huir de los impíos y herejes que, con gran daño de las almas, no temen abusar descaradamente de la Sagrada Escritura, corrompiendo su sentido, contra el unánime asentimiento de los Santos Padres y de la Iglesia universal.

CAPITULO XLVI.

Del horrible pecado de la blasfemia.

Es una desgracia mas para llorada que para dicha el hallar en el seno del pueblo cristiano, á quien llama el Apóstol S. Pedro linage escogido, gente santa, pueblo de adquisicion, encargado de publicar las grandezas de Dios, es doloroso, repito, hallar hombres tan pervertidos y despojados del santo temor del Señor, que se atreven á levantar contra el Cielo su impura y asquerosa lengua.

Ellos blasfeman y maldicen el nombre augustísimo de Dios todopoderoso, que ha creado y conserva los cielos y la tierra. Blasfeman el nombre dulcísimo de Jesus nuestro Salvador, al cual han de doblar la rodilla, como dice S. Pablo, los que están en los Cielos, en la tierra, y en los infiernos. Blasfeman el santísimo nombre de la inmaculada Virgen Maria, Madre de Dios, Reina del Cielo, abogada nuestra y la mas excelente de todas las puras criaturas. Blasfeman, en fin, el nombre de los Santos, amigos de Dios que reinan gloriosamente con él, y son ante su presencia nuestros continuos intercesores.

Cómo, pues, encontraremos palabras bastante expresivas para deplorar y detestar un tan abominable crimen, á que nada pueda absolutamente excusar?

No es dable, con efecto, atribuirle á la fragilidad humana, al poderoso incentivo del placer,

ni á ninguna esperanza ó aparente muestra de utilidad, aunque sea engañosa. Por eso, á primera vista se concibe que semejante pecado es diabólico é infernal, y que levanta, con Lucifer, su infame cabeza contra el mismo Dios. El blasfemo parece que desea arrojar del Cielo y precipitar de su excelsa trono al Supremo Hacedor de todas las cosas, origen de todo bien, á quien bendicen, alaban y ensalzan sin cesar todas las criaturas.

Por desgracia, este detestable pecado es acogido con frecuencia por personas que deberían poner un especial cuidado de que no penetrara en sus almas; por hombres que se vanaglorian de un nacimiento ilustre, que ejercen honrosos cargos, ó tienen un puesto de mando en los ejércitos. Defensores naturales de la Religion y de la virtud, y ostentando en su pecho cruces y condecoraciones que marcan las nobles funciones que la sociedad les ha confiado, deberían mostrarse constantemente adversarios irreconciliables de la blasfemia. Y sin embargo, para no pocos de ellos es como una cosa indiferente, un modo de hablar usual y corriente, á que no dan la mas ligera importancia. Por costumbre, por chiste, vomitan las mas execrables blasfemias; y aun algunos llevan su ceguedad hasta el punto de imaginar que con esto se dan mas importancia ó muestran mayor valentia.

No me detendré á examinar si la justicia humana es impotente ó poco solícita en castigar á los blasfemos, cualquiera que sea el rango que ocupen; la justicia divina les interrogará en su dia, y el severo castigo que les espera, se comprende

bien de las palabras del mismo Dios al intimar el segundo Mandamiento: No tomarás, dice, en vano el nombre del Señor Dios tuyo: porque no quedará sin castigo el que tomare su nombre sobre una cosa vana. Si no dejará Dios sin castigo al hombre que tome su nombre en vano; ¿qué deben esperar los que se atreven á ultrajarle y blasfemarle?

CAPITULO XLVII.

Cuidado con que los padres deben precaver á sus hijos contra el pecado de blasfemia

Quiera Dios, por su infinita clemencia, que llegue un tiempo en que, caminando de acuerdo la vigilancia pública y la disciplina doméstica, desaparezca enteramente del cristianismo, de ese pueblo de bendicion y gracia, el detestable abuso de la blasfemia. Para contribuir á este resultado tan deseable, voy á dar algunos consejos á los padres de familias; pues no corresponde á mi objeto entrar en los deberes de la autoridad pública.

El detestable hábito de blasfemar á cada momento el nombre de Dios y de sus Santos principios, como los demas vicios, por actos que facilmente pudieran evitarse.

No se tiene cuidado de moderar la lengua, y como es mas fácil imitar el mal que el bien, el que escucha es atacado de este contagio oyendo blasfemar á los demas. Los jóvenes incautos imaginan que, aquellas horribles expresiones, les hacen aparecer hombres ya formados y que no necesitan

la tutela de nadie. De blasfemias menos graves se pasa poco á poco á otras mas detestables, que se repiten como por chiste, por cólera, ó bajo la impresion de otra pasion cualquiera. Asi se forma uno de los hábitos mas funestos y mas dificiles de desarraigar, pues llega la lengua á repetir, como por un instinto animal, las palabras que se acostumbró á pronunciar.

Es por lo tanto de gran importancia el que los padres trabajen desde luego, con los auxilios de la gracia, y empleando toda su solicitud, en preservar á sus hijos de tan diabólico vicio.

Para ello les aprovechará cuanto he dicho acerca del respeto que se debe al santo nombre de Dios; pues el que se acostumbre á bendecir y alabar continuamente al Señor, á no tomar su nombre en vano, y á pronunciarle con temor y reverencia, no es fácil que incurra en el pecado de blasfemia, y si le sucediera caer por inadvertencia ó excitado de un primer movimiento, no tardará en reparar su falta.

Siendo el temor del castigo un freno poderoso contra el pecado, se deberá inculcar á los niños cuanto aborrece Dios la blasfemia, y cuán severo se muestra en sus juicios respecto á este horrible crimen. En la antigua Ley había ordenado que fuese apedreado el blasfemo; y si no lo impidiera su infinita misericordia, que llama sin cesar al pecador á la penitencia, todas las criaturas se armarian contra el que blasfema, y la tierra se abriria para devorarlo.

Que los jóvenes no escuchen jamás sin horror la blasfemia!

Cuánto sería de desear que los oídos de los niños no fueran nunca lastimados por la blasfemia y las imprecaciones ! Para conseguirlo , deben los padres de familias velar constantemente sobre los criados y sobre cuantos frecuentan su casa. Es para ellos un deber el advertir á todos el cuidado con que han de evitar este contagioso vicio , y el alejar de la familia á cuantos están tocados de él , cualquiera que sean las ventajas que de sus servicios ó trato pudieran seguirse.

Tambien han de velar sobre los otros niños que frecuentemente se unen á sus hijos , pues pudiera suceder que hubieran sido educados con descuido acerca del punto que nos ocupa.

Mas adelante trataré de las relaciones y amistades que se traban entre los niños ; pues como pueden influir sobremanera en la educacion , es preciso dar acerca del particular algunas instrucciones especiales.

Concluyo quejándome de los padres que acostumbran á sus hijos á manifestar su enojo á las personas con ciertos dichos é imprecaciones , que vienen á ser el origen del vicio que combato. Se celebran y rien estos hábitos , y se les excita á mostrar con ellos su nascente ira contra las personas que se les resisten ó no les complacen en cualquiera cosa ; sin advertir cuanto mas dañoso es emponzoñar por este medio su inocente alma que quitarle la vida corporal.

Lejos de imitar tan reprehensible conducta , un padre de familias cristiano y juicioso , no contentándose con alejar las maldiciones y blasfemias de los oídos de sus hijos , les acostumbrará , con su

ejemplo, á que bëndigan á los hombres y á las criaturas todas, para por ello merecer que Dios les retribuya con su santísima bendicion.

CAPITULO XLVIII.

Memorable y espantoso ejemplo de un niño blasfemo.

Para que los padres se muevan á interponer todo su cuidado en la educacion de los hijos, y conciban un saludable temor á los impenetrables juicios de Dios, voy á presentarles el ejemplo terrible de un niño blasfemo, que S. Gregorio, Sumo Pontífice y Doctor de la Iglesia, refiere en el libro cuarto de sus Diálogos.

Vivia, dice, hace tres años en Roma una persona muy conocida, que tenia un hijo de unos cinco años de edad; amábale con un cariño demasíadamente carnal, de modo que le criaba con debilidad, sin imponerle el freno de una buena educacion y del santo temor de Dios. Si encontraba este niño cualquiera obstáculo á sus deseos, en seguida, (tiemblo al escribirlo), prorrumpia en blasfemias.

La peste se declaró en Roma, el niño fué acometido, y Dios permitió que pronto se encontrase á las puertas de la muerte.

Hallándose recostado en los brazos de su padre, vió que se le acercaban los espíritus infernales, y mirándolos con ojos espantados, llenos de temblor sus miembros, principió á exclamar: Socorredme, padre mio, socorredme; y volviendo la

cabeza, para evitar aquella espantosa vision, procuraba ocultarse en el seno de su padre. Advirtiendo este su estado lamentable, le preguntó qué veía: Han venido, contestó, unos hombres negros que pretenden arrebatarme.... Y blasfemando el nombre de Dios, en el mismo momento espiró miserablemente.

No puedo detenerme á exponer las reflexiones que tan lamentable muerte inspiró á S. Gregorio. Paréceme suficiente consignar aquí un pensamiento de este esclarecido doctor, que recomiendo mediten con atencion los padres de familias: Hay hijos á quienes sus mismos padres cierran la entrada del Reino de los Cielos con su mala educacion.

CAPITULO XLIX.

Del juramento.

Ya dije antes que se puede honrar á Dios jurando por su nombre. Esta proposicion es cierta, pues el juramento se funda en la conviccion, comun á todos los hombres, de que Dios es la suprema verdad, que conoce lo íntimo de los corazones, y no puede jamas engañarse ni engañarnos. Por eso en el juramento le ponemos por testigo de la verdad de un hecho, de la sinceridad de una promesa, para esclarecer la justicia, para asegurarse de la inocencia de un acusado, ó para poner fin á los pleitos.

Pero, si bien es cierto que el juramento rinde á Dios un cierto honor, es preciso añadir que

no sería bueno ni laudable prodigarle á cada instante. Sucede con el juramento lo que con los medicamentos, de los cuales no debe hacerse uso sinó en caso de necesidad. El juramento es en cierto modo un remedio contra la mala fé ó la poca sinceridad de los hombres, y por lo mismo no se debe recurrir á él sinó cuando medien justas razones para presumirlas, y causas graves é importantes, es decir, muy raras veces.

Por esto se requieren varias condiciones para que un cristiao pueda consentir en hacer un juramento. El Profeta Jeremías las ha consignado en estas pocas palabras: Jurarás en verdad, y en juicio, y en juscicia.

He aquí las tres circunstancias que deben concurrir en el juramento para que sea lícito.

Primeramente, la verdad. Lo que se afirma con juramento debe ser cierto, y reputado tal por el que jura, cuya conviccion ha de apoyarse en fundamentos sólidos y no en congeturas. De la misma manera la promesa jurada será verdadera, si tenemos el propósito firme de cumplirla, caminando de acuerdo la lengua y el corazon.

La segunda circunstancia del juramento es que se preste con juicio, esto es, con discernimiento. Con lo que se prohíbe prestarle inconsideradamente, por causas frívolas, y sin haber reflexionado con atencion la gravedad del asunto y la necesidad del juramento.

La tercera circunstancia que debe acompañarle es la justicia, necesaria especialisimamente en las promesas; pues el que promete con juramento cosas que no son justas, lícitas ú honestas peca

jurando cumplirlas, y volverá á pecar si las cumple.

Solo despues de haber visto que concurren las tres enunciadas condiciones es como puede prestarse juramento licitamente y con seguridad.

CAPITULO L.

Del abuso de jurar con frecuencia ó ligereza.

No es dificil advertir cuantas personas faltan a la religiosidad del juramento, por inobservancia de las circunstancias que deben acompañarle. Efectivamente, con los mas frivolos pretextos, cuando compran ó venden, ocupándose de los asuntos familiares, á todas horas y á cada palabra, tienen el juramento en sus labios; y sin atender á ello, unas veces por hábito, y otras por adquirir el mas insignificante lucro juran cien veces al dia, invocando con incalificable temeridad la infinita Majestad de Dios, para ponerla por testigo de sus vanas palabras y aún de sus falsas aseveraciones.

Si los padres de familias desean sacar fruto de mis reflexiones sobre un punto tan grave, es preciso que alejen á sus hijos de toda clase de juramentos. Jamás se les debe permitir afirmar cosa alguna con juramento, ni que lo exijan de sus amigos y personas que les rodean, y mucho menos, ya se concibe, mandar que lo hagan. Es preciso cuidar de que no se maldigan, de que no profieran maldiciones contra los demás, y de que eviten ciertas espresiones frecuentes entre gen-

tes de poca instruccion ó corta edad , que han sido educados con descuido , por ejemplo , estas: A fé de Dios ; así Dios me salve ; por esta Cruz , etc. Y aún será conveniente , si alguna vez los niños invocan el nombre de Dios , jurando que no han cometido alguna falta , que no se dé asenso ninguno á sus palabras y se les imponga un mayor castigo.

Los niños han de acostumbrarse á negar ó afirmar las cosas con sencillez , segun nos manda Jesucristo ; y si alguna vez fuera preciso que apoyen sus dichos , podrán decir respetuosamente: Créame V. — Lo que digo es cierto — Esto es la verdad exacta , ú otras semejantes ; pero nunca se les permitirán sinó afirmaciones modestas y cristianas.

El hábito de jurar está lleno de peligros y pecados : por eso recomienda la Sabiduria que nos abstengamos de ello , en razón á las numerosas culpas á que pueda dar ocasion. Así que , no es suficiente , como juzgan néciamente algunos , el que se jure con verdad , pues la costumbre puede conducir á jurar sin ella , ó al menos á no prestar la debida atencion á si es verdadero ó falso , haciéndose gravemente culpable. El hombre solícito de su salvacion se abstiene cuanto es posible de todo juramento , aún el que presenta los mas legitimos caractéres ; porque conoce cuan fácil es llegar paso á paso hasta el abuso , y que caminando al borde de un abismo , á poco descuido puede precipitarse en él. ◀

Todas las clases de la sociedad deben cuidar de no jurar sinó en los casos y con las condicio-

nes enunciadas, pero hay algunas, como los artesanos y vendedores, que necesitan tener una especial vigilancia sobre si mismos acerca de este punto. Cuántos, sin temor de Dios y de su eterna condenacion, juran inexacta ó falsamente solo por obtener una miserable ganancia, vendiendo con ello al demonio sus almas, cuyo inestimable precio no conocen!

Lejos de imitar tan ciega demencia, los padres cuidarán de inculcar en el ánimo de sus hijos esta máxima: Los que ofenden al Señor no prosperan, y la puça y simple verdad llega por último á prevalecer sobre la mentira con mas destreza y mayores seguridades presentada.

CAPITULO LI.

De la virtud de la veracidad.

El asunto que me ocupa me conduce á decir algunas palabras acerca de la veracidad, virtud agradable en gran manera á Dios y á los hombres. Ella es tan necesaria para la conservacion de la vida social, como la respiracion para la existencia de los individuos. Los hombres no pudieran vivir juntos, y la sociedad se disolvería en seguida, si aquellos no dijeran nunca la verdad y se enganaran mutuamente.

El padre de familias hará que sus hijos contraigan el recomendable hábito de ser veraces, huyendo en todo de la mentira, y de los vi-

cios contrarios á la hermosa virtud de la veracidad: la simulacion, la doblez, la hipocresia, la jactancia. Los niños deben desde luego apereibirse de que la mentira desagrada mucho á sus padres, y de que no admiten estos sus falsas escusas, ni las de los demas individuos de la familia; asi como de que perdonan mas fácilmente sus faltas cuando con respetuosa sinceridad las reconocen y confiesan. El temor paterno, y la conviccion de no sacar provecho en inventar escusas, inspirarán poco á poco en los niños aversion á la mentira.

Cuando su inteligencia esté mas desarrollada, el padre de familias deberá mostrar á sus hijos la belleza de la virtud y la deformidad del vicio. Para ello les dirá que Dios, verdad por excelencia y fidelisimo en sus promesas, ama á los que son veraces, y aborrece á los mentirosos. Les hará comprender que la mentira es un vicio bajo, indigno de una persona bien criada, y que todas las personas sensatas huyen del comercio de los hombres que usan de doblez y simulacion en su trato, á la vez que comunican gustosos con los que son en todo francos y veraces. Les presentará al mentiroso llegando por fin á no inspirar confianza alguna, aún cuando diga la verdad, y á pesar de sus protestas y juramentos.

La sola palabra de un hombre veridico tiene mil veces mas autoridad y crédito, que todas las promesas mejor garantidas de un mentiroso y de una persona sin buen crédito. Por eso, la reputacion de veracidad y buena fé, una vez asentada, ayuda sobre manera en los negocios públicos y

privados, y corta dificultades que, sin ella, no llegarán á terminar pacíficamente.

El padre de familias podrá encontrar otras razones fuertísimas para infundir en sus hijos el amor á la veracidad. La práctica de esta virtud les hará tambien abstenerse de jurar sin necesidad, pues el hombre conocido como veráz no tiene para que apoyar sus palabras con juramento, ni necesita este remedio para alejar la desconfianza de los demas.

Ya se comprenderá que, al alabar la veracidad, no quiero decir que sea preciso decir públicamente y á todos lo que sabemos es verdad, ni que los niños deban descubrir inconsideradamente los secretos domésticos; de modo que, cuando sean hombres, no sepan ni puedan guardar los secretos que sus amigos les confien, que les imponga su profesion, ó demande la caridad. Esto sería un defecto grave, de que me habré de ocupar mas adelante. Lo que únicamente pretendo, en lo escrito en este capitulo, es que se debe decir la verdad cuándo y como sea conveniente, y que jamás es lícito faltar á ella.

CAPITULO LII.

Venerable Congregacion del Santo nombre de Dios.

Parece que un venerable Religioso español, de la Orden de Predicadores, es el fundador de una congregacion apellidada *Cofradia del Santisimo*

Nombre de Dios. (1). Se halla establecida en Roma, tan rica, gracias á Dios, en instituciones de este género, en el convento de Dominicos de la Minerva, y ha sido aprobada por los Soberanos Pontífices, que la enriquecieron de dones espirituales. Creo que se ha propagado á otros pueblos de Italia y del extranjero.

Utilísimo fuera que se extendiera por las ciudades, las villas y todos los puntos habitados por el hombre. ¿Qué objeto mas digno de un cristiano que asociarse á esta piadosa Congregacion, cuyo fin es honrar el Santo nombre de Dios, procurando desterrar la blasfemia, los juramentos y toda irreverencia contra aquel augustísimo nombre?

Se ha formado un fructuoso y breve reglamento para la direccion de los asociados; está impreso, y aconsejo á todos que le lean, para su aprovechamiento espiritual. En él hallarán saludables remedios contra el abuso deplorable de jurar frecuentemente, de maldecir, y de pronunciar ciertas expresiones que solo pueden mirar sin repugnancia las personas que no se cuidan de su salvacion. Allí verán que ciertos juramentos, y palabras poco premeditadas, que se repiten á cada paso, casi sin reflexion, por cólera ó mal hábito, son faltas gravísimas que deben evitarse con cuidado.

(1) La congregacion de que habla el autor, fundada por Fr. Diego de Victoria, del Orden de Predicadores, fué aprobada por Pio IV en 1564, y confirmada por varios de sus sucesores en el Pontificado. Se hallaba establecida en todos los Conventos de Dominicos de España con el título de *Cofradia del dulce Nombre de Jesus* (N. del T.).

Será muy loable que los padres entren, con sus hijos y familia, en esta piadosa Congregacion, á fin de dar por sí mismos y hacer que cuantos les rodean den el honor que se debe al Santisimo Nombre de Dios (1).

CAPITULO LIII.

Del tercer Mandamiento : Santificar las fiestas.

La sola ley natural, que Dios ha grabado en nuestros corazones, nos advierte que no es justo consagremos el tiempo precioso de la vida únicamente á los asuntos y ocupaciones terrenas, que tienen por objeto sostener nuestro frágil y perecedero cuerpo. Una parte de este tiempo debe ser dedicado exclusivamente á los negocios del alma, ocupándonos en la religiosa contemplacion de Dios, y en dar á su infinita Majestad el honor y gracias que le debemos, no solo por la elevacion interior del corazon, mas tambien con actos de respeto y culto exterior.

Este deber natural se determina en la Ley escrita por estas palabras: «Acuérdate de santificar el dia de Sábado.» Y en seguida se ordena al pueblo que se abstenga de todo trabajo corporal, para

(2.) «Todos los lectores, dice el traductor francés, conocen la Archicofradía reparadora de las blasfemias y de la violacion del Domingo, fundada en nuestros dias por Mgr. Parisis.» No tenemos noticia de que se haya extendido á nuestra España, en la que de verdad hace no poca falta (N. del T.).

que pueda entregarse libremente á honrar á Dios, cantando sus alabanzas y dándole gracias por sus beneficios.

La parte del precepto que fijaba la santificación de un día de la semana en el sábado no tenía un carácter natural y perpétuo, sinó que se refería á los ritos y ceremonias de la Ley antigua; por consecuencia era variable. Así que, en la Ley de gracia, cuando la venida de nuestro divino Salvador, sol de justicia y de verdad, desterró las antiguas sombras y figuras, inspirados por el Espíritu Santo los Apóstoles, eligieron otro día, el primero de la semana, que llamaron día del Señor, *Dies Dominica*. Porque, aunque todos los días son días de Dios, este recibió aquel nombre para recordarnos que se halla espècialmente consagrado al divino culto.

La eleccion del Sabado, nombre que significa reposo, no había sido sin misterio; pues estaba destinado á recordar que Dios, criador de cielos y tierra, despues de terminar este admirable conjunto del mundo y sus criaturas, descansó el día séptimo. Dios quiso tambien que el Sábado recordase al Pueblo hebreo, duro é ingrato, su libertad del cautiverio de Egipto. Él era, principalmente, la sombra y figura del misterioso sábado de la Redencion del género humano. Despues de habernos librado de un Faraon mas cruel y de una mas dura servidumbre, vencedor de la muerte y del infierno, nuestro augusto libertador Jesucristo descansó del gigantesco trabajo con que había reparado al hombre, envilecido por el pecado. Resucitando despues glorioso é inmortal,

el Domingo, y subiendo luego victorioso y triunfante á los Cielos, nos abrió las puertas del perpétuo sábado en el seno del eterno descanso.

CAPITULO LIV.

Obligacion y frutos de celebrar los Domingos y demas dias festivos.

Si el pueblo judío, en memoria de la creacion del mundo y de haber recobrado una libertad corporal, estaba obligado por el derecho natural, por la Ley escrita y por los deberes del reconocimiento á santificar el sábado, dando asi gracias al Señor por sus beneficios; ¿qué deberemos decir del pueblo cristiano? La fé le dice y él confiesa que Dios es, no solo su Criador, mas tambien su Redentor, que le ha librado y rescatado con el precio infinito de su sangre. El cristiano, es verdad, no ha pasado el mar Rojo; no ha comido el maná que descendia del cielo; no ha sido conducido á la tierra prometida á los hebreos; pero sabe, y lo confiesa, que ha salido purificado de las aguas saludables del bautismo por los méritos de Jesucristo; que este divino Salvador le alimenta en el desierto de este mundo con el pan celestial de su mismo cuerpo; que ha sido declarado ciudadano de la verdadera tierra de promision, la patria celestial, y que allí reinará y vivirá eternamente dichoso en compañía de su divino Libertador.

Y qué mucho sería que pasáramos, no digo un dia de la semana, mas todos los dias y todas las

horas de la vida, en dar incesantes gracias á Dios, por los beneficios que nos ha dispensado y de que no cesa de colmarnos á cada momento? Si el Señor hubiera ordenado que solo dispusiésemos de un dia de la semana, y que los demas los invirtiéramos en su servicio pudiéramos quejarnos con razon? Ciertamente que no.

Pues ¿cuánto menos al ver como Dios ha mostrado en esto, como en todo, su misericordia para con nosotros? A la manera que habia permitido á nuestros primeros padres el que usáran de todos los árboles del Paraiso y sus frutos, excepto uno que habia reservado en señal de su dominio supremo, asi tambien, de todos los dias del año solo ha escogido algunos para su culto; y aún atendiendo en esto á nuestro mismo provecho. Despues de seis dias consagrados á las fatigas de nuestra profesion ú oficio, á los negocios temporales, á las agitaciones de los tribunales ó de los cargos públicos, á esos mil disgustos cotidianos de nuestra peregrinacion en este mundo; despues de un continuado trabajo y reiterados sinsabores, nos encontramos en la necesidad de gozar de las dulzuras del reposo; de retirarnos al templo del Señor, como á un lugar de descanso, para darle gracias y pedirle sus auxilios, y de dar á nuestras almas desfallecidas el pasto espiritual que las nutre y robustece.

Quién no percibe la provechosa instruccion, el grato alimento que ofrecen á la piedad cristiana esas misteriosas festividades, que nos recuerdan la vida de Jesueristo y de su bienaventurada Madre, los trabajos de los Apóstoles, las victorias de los

Mártires y las virtudes de los demás Santos, cuyos hechos gloriosos nos presenta sucesivamente la Iglesia todos los días del año, para nuestra edificacion y ejemplo?

Me parece puedo decir, segun somos de distraidos, preocupados y olvidadizos, que, á semejanza del pueblo Hebreo en el Egipto, embebidos en el fango y en las viles cosas del mundo, apenas conservariamos un vago recuerdo de Dios, si las fiestas sagradas no vinieran á renovar en nosotros la memoria de los beneficios que le debemos.

Y sin embargo, aunque cuanto tenemos es un don de Dios, aunque la santificacion de las fiestas redunde tanto en nuestro provecho, todavia encontramos hombres que miran el divino precepto como un yugo insoportable á su desmesurada avaricia, como una traba de su desenfrenado deseo de los bienes caducos de la tierra, como un tiempo que no pueden aprovechar en aumentar sus adquisiciones. Otros muchos, en lugar de ocupar los dias festivos en el servicio de Dios, les emplean solo en servir al demonio y á los desarreglados apetitos de la carne, abandonándose á la ociosidad, á la embriaguez y al incentivo de los placeres, que les sumirán eternamente en los infiernos, sinó cambian de vida.

Nada ciertamente mas triste y mas digno de llorar que ver el abandono, los abusos y las irreverencias que reinan en estos tiempos, respecto á la santificacion de las fiestas, entre el pueblo cristiano. Yo creo que una de las principales causas, sinó la única, está en la mala educacion pública y privada, tan comun en nuestros dias.

CAPITULO LV.

De la solicitud pública y privada en la observancia de las Fiestas.

Los antiguos Emperadores cristianos tuvieron gran cuidado de hacer observar religiosamente los domingos y dias festivos, cerrando los tribunales y prohibiendo los juegos y espectáculos públicos; y sus edictos, que han llegado hasta nosotros, nos muestran que, si el aniversario de su nacimiento ó de su advenimiento al trono caía en un dia consagrado al Señor, se diferia al siguiente. Los principes y las autoridades públicas merecen justas alabanzas cuando con el poder que han recibido de Dios, de quien son ministros, cooperan á la santificacion de las fiestas y á la observancia de los divinos preceptos, auxiliando así, como es de su deber, á los Prelados y demás autoridades eclesiásticas.

Bastan estas ligeras indicaciones; ciñéndome ahora á mi objeto, quiero advertir ante todo á los padres de familias que sean exactos observadores de los domingos y dias festivos, pues sus hijos y criados seguirán naturalmente su ejemplo. Si en todo tiempo deben cuidar de que no se ofenda á Dios en su casa y por los de su casa, en los dias consagrados al Señor han de redoblar su vigilancia; para que, absteniéndose de placeres y vanidades impropias de cristianos, toda la familia les emplee en ejercicios de piedad y devocion.

CAPITULO LVI.

De la observancia cristiana de las Fiestas.

El tercer Mandamiento nos enseña el modo de guardar los Domingos y demas Fiestas, y los actos en que deben ejercitarse los cristianos en tales dias. En él se nos manda santifiquemos las fiestas, y este verbo santificar nos marca que los Domingos y los otros dias festivos son tiempos consagrados á Dios, y que debemos entregarnos en ellos á obras de piedad y religion, para merecer que el Señor nos santifique con su gracia. Por eso se prohíbe trabajar: esto es, porque la cultura de la tierra, el ejercicio de las artes mecánicas y las demas ocupaciones serviles distraen de la perfecta union con Dios, é impiden al alma el que pueda entregarse á la contemplacion y al amor de las cosas celestiales. Se nos veda, pues, en este mandamiento el trabajar, para que podamos dedicarnos absolutamente al servicio y culto de Dios.

El padre de familias ha de inspirar á sus hijos, y hacer que se fortalezca con los años, la idea de que el tiempo de hacer un verdadero lucro es el consagrado á la santificacion de los Domingos y fiestas, pues con eso nos procuramos la divina gracia, que bendice y hace prosperar todos los negocios y empresas de los demas dias. A la vez les hará considerar como desgraciadas y funestas

las adquisiciones que se hacen violando la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia. Jamás ha de permitir un padre cristiano que sus dependientes trabajen en los días en que se prohíbe, á no mediar alguna causa perentoria de las que se hallan marcadas en los sagrados Cánones.

Los niños deben ser acostumbrados á presentarse los Domingos y Fiestas delante de Dios, como ante su Padre y Señor, que les ha criado, les ha redimido y les conserva, dándoles la vida, la salud, el alimento cotidiano y todos los bienes de alma y cuerpo. Para ello, comparecerán en la Iglesia como siervos reconocidos é hijos obedientes, atentos á cumplir el menor de los preceptos de la divina Majestad, para dar gracias al Señor por sus favores, y pedirle pordon de las culpas y frecuente negligencia en su servicio. Porque si es preciso que no dejemos pasar ningun día sin mostrar nuestro reconocimiento á Dios, que no cesa de hacernos mercedes, y que diariamente imploramos su misericordia, que continuamente ofendemos con nuestros pecados; debemos ejecutar uno y otro con mas atencion, con mayor piedad y de una manera mas exacta y fervorosa en los días consagrados al Señor. Asi entramos en el espíritu de la Iglesia, que nos llama en tales días muy especialmente, y nos quiere ver á todos reunidos en el mismo espíritu de caridad. Y en verdad que, la union de los fieles, congregados en el nombre del Señor y en su santo templo, es uno de los medios mas eficaces para encender en las almas el fuego de la devocion, singularmente cuando el sacerdote ofrece al Eterno Padre

en nombre de todos el santo sacrificio de la misa.

El oírlo es una de las principales obligaciones de los Domingos y días festivos; y como no pocos cristianos llenan con harta negligencia este deber, y parece que ignoran ó saben apenas lo que vale y lo que es aquel santo sacrificio, creo que no puedo prescindir de detenerme algun tanto. Mi deseo es que se instruya bien á los niños de las disposiciones cristianas con que deben entrar en la Iglesia, y asistir á la misa y demas oficios divinos. Por eso, como tengo dicho respecto á otros puntos, no dudo el entrar en ciertos detalles, que me parecen han de contribuir á la buena educacion de los hijos.

CAPITULO LVII.

Respeto que debe profesarse al Santo sacrificio de la Misa.

Si en todos los actos relativos al culto divino ha de aparecer el cristiano atento y poseido de piedad, para no incurrir en la maldicion fulminada en las Sagradas escrituras contra los que ejecutan con negligencia las obras de Dios; ¿con qué devocion y religioso recogimiento no deberá concurrir al grande y tremendo sacrificio del Altar? Ningun acto existe ni puede concebirse sobre la tierra tan sublime, tan santo, tan divino como aquel en que la hostia vivificante é inmaculada, esto es, el mismo Jesucristo, que se ofre-

ció voluntariamente á su Eterno Padre y derramó su sangre en el árbol de la cruz, para la redencion del género humano, se ofrece todos los dias por ministerio de los sacerdotes en el incruento sacrificio de la Misa. Este admirable sacramento es el memorial perenne del inefable amor que Dios nos profesa. Levantando al Cielo nuestras manos con un corazon contrito y humillado, apaciguamos el enojo de la suprema Majestad con este verdadero y propiciatorio sacrificio de la nueva Ley, figurado por tantos antiguos sacrificios. Por él obtenemos gracia y misericordia para vivos y difuntos, y recogemos los frutos abundantísimos de la pasion y muerte de nuestro divino Redentor, pues su oblacion y sacrificio en el altar no difiere mas que en el modo del sacrificio y oblacion que por nosotros hizo en la cruz.

La elevacion y pingües frutos de este misterioso sacrificio son realmente tan maravillosos, que no es posible decir ni aun imaginar la pureza de alma, la devocion y respeto exterior con que debe celebrarse y asistir á su celebracion.

Mas solícito el padre de familias por atesorar en sus hijos los bienes del Cielo que los de la tierra, pondrá gran cuidado en inspirar á sus hijos, con sus lecciones y ejemplo, el fructuoso hábito de concurrir todos los dias con devocion al santo sacrificio de la Misa.

CAPITULO LVIII.

De la obligacion de oír Misa.

Qué santa y provechosa costumbre para todos los cristianos el oír misa diariamente ! Hablo aqui mas particularmente de los hombres, porque las mujeres podrán hallar un obstáculo legítimo en sus deberes particulares y los cuidados domésticos. No encuentro ningun hombre tan ocupado, aun incluyendo los artesanos y jornaleros, que no pueda destinar veinte minutos á Dios, asistiendo á una misa, sobre todo en los puntos en que se dicen á varias y proporcionadas horas. Haciéndolo asi mereceremos auxilios especiales del Señor, que bendecirá y hará prosperar todos los negocios y trabajo del dia.

Sin embargo, como pueden hallarse muchos embarazos, y las diversas ocupaciones se multiplican á las veces sobre manera, la santa Iglesia, madre tierna y compasiva, no impone obligacion de oír misa mas que en los Domingos y fiestas. Los padres de familias cuidarán de asistir á ella, por lo menos en tales dias, con toda su familia; haciendo que no dejen de oírla hasta los criados empleados. en los caseríos y en la guarda de los ganados. La prudencia, y mejor la caridad cristiana, les harán encontrar fácilmente los medios de vencer los obstáculos que puedan presentarse.

En estas ideas deben los padres educar á sus hijos, procurando afirmar en ellos la resolucion de jamas faltar al deber de oír misa, ni ser causa de que sus familiares dejen de concurrir á ella, dándoles ocupaciones que puedan impedirles el cumplir con aquella obligacion. Cuántas personas, por motivos de interés temporal, por satisfacer un deseo y hasta un vano capricho son causa de que sus criados no llenen el precepto de la Iglesia! La gravedad de esta falta se comprende bien; porque si sería gran injusticia y temeridad equiparar el servicio del hombre con el de Dios, ¿cuánto mas no lo será posponer el servicio de Dios al del hombre!

Pudiera detenerme aqui tratando de ciertas prácticas que me parecen poco cristianas. En algunos puntos, por ejemplo, las viudas y los que han perdido algun pariente cercano, durante los dias del duelo, y las jóvenes que se hallan próximas á contraer matrimonio no concurren á la Iglesia. ¿Pueden estos usos ser una excusa legitima en algunos casos? No me atrevo á resolver afirmativamente, y lo dejo al juicio de piadosos y entendidos confesores, cuyos consejos deben seguir los que de veras quieren llenar sus deberes y salvarse.

Los niños cristianamente educados deben tener arraigada en su corazon esta máxima: Los domingos y fiestas son los dias de Dios y nuestros propios dias, esto es, los dias de nuestras almas, que se alimentan y robustecen en ellos.

Será muy loable que se procure oír la misa mayor de la parroquia á que se pertenece. La especie de honor que con esto se tributa al pro-

pio párroco, la ventaja de concurrir personalmente á un sacrificio que se ofrece por todos los feligreses, y otras varias causas, hicieron que los fieles adoptáran en otro tiempo esta práctica, y que la prescribieran los sagrados Cánones.

CAPITULO LIX.

Disposiciones con que debe concurrirse al Templo, y de la misericordia para con los pobres.

Los buenos consejos paternales producirán el buen efecto de que los niños esperen con impaciencia la llegada del domingo, abrigando el piadoso deseo de concurrir al templo, y presentarse delante de Dios, nuestro Señor, nuestro Padre, nuestro Criador y Redentor, de quien hemos recibido y esperamos recibir todos los bienes. Un hijo religiosamente criado prevendrá con frecuencia los deseos de sus padres, invitándoles el primero á ir á la Iglesia.

Hasta la costumbre, generalmente recibida, de llevar mejores vestidos y adornarse mas en los domingos y dias festivos podrá encaminarse á mayor gloria de Dios. Pues aunque nuestro principal cuidado, al haber de comparecer á su presencia, deba ser el purificar nuestras almas, justo es que nos presentemos con un exterior decente y adecuado á nuestra clase. Bien que deben evitarse los excesos del lujo y la vanidad, en que con facilidad incurren las mujeres, y de que no dejaré de ocuparme á su tiempo.

Llegado el Domingo, despues de las oraciones de la mañana, que jamás deben omitirse en tales dias, y hecha la señal de la cruz al salir de casa, los niños se dirigirán á la Iglesia en compañía de sus padres. A la puerta del santo Templo no dejarán de hallar ciegos, lisiados y otros menesterosos que les pedirán limosna (1); el padre solícito debe aprovechar esta circunstancia para enseñar á sus hijos que todos nosotros somos otros tantos pobres, que tenemos la necesidad apremiante de la gracia y el auxilio de Dios, y que vamos á la iglesia para pedirle que abra sus manos liberales, socorriéndonos en nuestras necesidades espirituales y temporales.

Pero, si queremos que Dios tenga compasion de nosotros, empecemos por ser misericordiosos para con nuestros prójimos; porque si en todo tiempo debemos testificarles nuestra caridad, principalmente cuando vamos á entrar en la casa del Señor para pedirle socorro y [misericordia. Los pobres son allí unos porteros que nos abren las puertas de los tesoros de Dios, el cual nos retribuirá con tanta mas bondad, cuanto mayor sea la que tuvimos con aquellos; pues escrito está: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»

(1) No previó Silvio Antoniano que llegaría un tiempo en que los filántropos economistas, soportando con pena la vista de los pobres, habian de colocar hasta en las puertas de los Templos, esta dolorosa isncripcion: *Se prohíbe la mendicidad.* (Nota del traductor frances).

Bien conozco que los niños no pueden desde la primera edad elevarse á estas consideraciones; pero las propongo á los padres de familias para que poco á poco se las hagan comprender á los hijos, á medida que su razon se vaya desarrollando.

No será difícil acostumbrarles á ser compasivos con los pobres, y á darles hasta con gusto limosna, si tienen ante sus ojos el ejemplo del padre, que á la vez les invita con estas ó semejantes palabras: Tomad, hijos míos, estas monedas y dadlas á esos pobres, Jesucristo os las pide por ellos; este Señor es el que os tiende su mano, y el que os recompensará liberalísimamente en el Cielo el bien que hiciésteis en la tierra. — Hijos míos, nosotros somos tambien unos pobres, y recibimos todos los dias grandes limosnas de la mano de Dios. No faltaran, ciertamente, á un padre celoso piadosas exhortaciones, que continuamente oimos en los sermones, de que están llenos los libros devotos, y que le inspirará el Espíritu Santo. Asi la presencia de los pobres á las puertas de las iglesias serán un buen recurso para la instruccion y educacion cristiana de los niños.

Al entrar en el templo cuidará el padre de que sus hijos tomen un continente recogido y modesto, que indique reconocen la santidad del lugar en que se hallan. Guárdense los padres de hablar y reir en la Iglesia, como tantos hacen sin el menor escrúpulo, y de andar vagando con sus miradas por todas partes. Si en el camino hubiesen hallado algun objeto que les ha distraido, procuran recobrar una modesta gravedad, que los niños no tardarán en imitar.

Si al penetrar en los palacios de los príncipes se experimenta cierta timidez; si al aproximarnos á los grandes del mundo nos sentimos excitados al respeto; cuán justo no será que nos poseamos de iguales sentimientos al entrar en la casa del Supremo Rey de la Gloria?

Para estimularnos interiormente á este profundo respeto, será utilísimo que, al acercarnos al Templo, levantemos el espíritu á Dios con estas ó semejantes palabras: Señor, vuestra casa lo es de oracion; dadme reconocimiento interior y exterior. — Dios mio, fiado en vuestra misericordia, penetraré en vuestra casa y os adoraré humildemente; llenadme de vuestro santo temor.

CAPITULO LX.

Del modo con que se debe estar en el Templo.

Al entrar el padre de familias con sus hijos en la iglesia, tomará y hará que tomen esta agua bendita, signándose con ella en la frente, y diciendo estas ó semejantes palabras: Por esta agua bendita, y por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, labadnos, Dios mio, de las manchas de nuestras culpas, y purificad nuestras almas para estar dignamente en vuestra presencia.

Un buen cristiano sabe que el agua bendita tiene la virtud de borrar los pecados veniales, en que nuestra fragilidad nos hace incurrir todos los dias. Por lo mismo cuidará de acostumbrar á sus hijos á que la tomen con respeto, enseñándoles en tiem-

po oportuno sus saludables efectos, cuando se usa recordando la pasion y muerte de Jesucristo, por cuyos méritos alcanzamos la remision de nuestras culpas.

El agua bendita nos recuerda la sagrada fuente del bautismo, en que nuestras almas fueron tan completamente purificadas. Pero, como lejos de conservar la pureza y blancura de que fuimos entonces revestidos, contra mos muchas veces las manchas del pecado, conviene que pidamos frecuentemente á Dios, con dolor y lagrimas, se digne lavarnos y purificarnos de ellas.

Dirigiéndose luego el padre con sus hijos hacia el altar en que se reserva el Santísimo Sacramento, arrodillados todos y con un exterior compuesto, recitarán algunas preces, como el *Padre nuestro*, el *Ave Maria* y el *Credo* en reverencia de la Santísima Trinidad; darán gracias á Dios por haberse dignado hacerles cristianos catolicos, y le pedirán su gracia para corresponder con las obras á su vocacion llenando los deberes g nerales del cristianismo y los especiales de su estado.

La santa Iglesia tiene en su tesoro remedios eficaces y maravillosos para curar todas las enfermedades del alma. El cristiano virtuoso, al considerar las heridas que recibe durante la semana, se ha de sentir estimulado á curarlas por medio del sacramento de la Penitencia; ninguna costumbre mas recomendable y fructuosa que confesarse todos los domingos. Purificada por este medio el alma, no solo queda libre del pecado, mas adquiere fuerza y energia para resistir á las tentaciones y practicar las obras de virtud y santificacion;

se hace grata á los ojos del Señor, que la llena de su gracia; las peticiones que se le dirigen son mas favorablemente acogidas, y todos los ejercicios de piedad son mas meritorios y fructuosos.

CAPITULO LXI.

Del modo con que se debe oír Misa, y de algunas prácticas cristianas.

Como el asistir á la misa es la obligacion principal de los domingos y dias de fiesta, sin embargo de haber dicho la piedad y respeto con que debemos cumplir aquel deber, voy á entrar en algunos detalles particulares acerca de esta materia. Me propongo en ellos que los padres, por su propio interés y el de sus hijos, sepan concurrir al santo sacrificio del altar de manera que agraden al Señor por la pureza y elevacion del corazon, á la vez que edifican á los demas por su exterior recogimiento.

La misa es en todas sus partes una representacion de la pasion y muerte de Jesucristo, crucificado por nuestro amor. No pronuncia el Sacerdote una palabra, no hace un signo ó una ceremonia que no esté llena de misterio. Ora por si, por todo el pueblo, por los vivos y por los difuntos. Enviado del pueblo fiel que concurre al sacrificio, ministro de la Iglesia, trata con Dios de un negocio mas importante que cuantos se ventilan en el consejo de los Reyes.

El cristiano rudo é ignorante no podrá com-

prender acaso distintamente tantos misterios, pero puede prestar una constante atencion á las acciones del celebrante, y acompañarla con una piadosa intencion.

La misa debe ser oida toda entera; y conviene asistir á ella de rodillas desde el principio al fin, aunque levantándose interin la lectura del Evangelio. En algunos puntos solian los fieles estar de pie durante la misa en el tiempo de Pascua, en memoria de la gloriosa Resurreccion del Señor, pero esta costumbre no se ha generalizado; y si consideramos la facilidad con que nos dejamos llevar de la distraccion, se comprenderá que ha de ser mas ventajoso el estar arrodillados, por que en esta postura se humilla mas el alma, y estamos mejor dispuestos al recogimiento. Ya se comprende que hablo de las misas rezadas, pues en las solemnes se acostumbra estar de pie y aun sentados en ciertos momentos. Pero cualquiera que sea la postura del cuerpo, es preciso juntar á una exterior módestia una constante union del alma con Dios.

No es dable mirar sin sentimiento á muchas personas que permanecen de pie ó sentados durante toda la misa, y que apenas se inclinan á la elevacion del Santisimo Sacramento, como violentados por el sonido de la campanilla; y aun algunos, doblando una sola rodilla, estan en una postura tan ridicula ó chocante, que dan fácilmente á conocer su ninguna devocion. Y no es raro encontrar estos defectos en personas que se precian de bien educadas, que no se avergüenzan de aparecer ignorantes de los deberes cristianos, ó

dan á conocer que si los saben se ruborizan de cumplirlos.

Los padres de familias procurarán destruir el mal efecto que la presencia de tales irreverencias puede producir en sus hijos, mostrando constantemente un gran respeto en el Templo, y recordándoles que nuestro divino Salvador, al orar en el Huerto de las Olivas la noche que precedió á su Pasion, no solo puso sus rodillas en tierra, sinó que se prosternó enteramente, derramando por nosotros un copioso sudor de sangre, hasta regar la tierra.

S. Mateo dice que el Señor *se postró sobre su rostro, é hizo oracion*; S. Marcos, que *se postró en tierra*; y San Lucas, que, *puesto de rodillas, oraba*. De S. Esteban refieren los Hechos de los Apóstoles que, interin le apedreaban, *oraba, y puesto de rodillas pedía por los que le daban la muerte*. S. Pablo, en fin, escribe de sí mismo: *Doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo*.

Pero lo que sobre todo debe movernos á humillarnos en la presencia de Dios, es ver á su Hijo Unigénito con los pies clavados en la Cruz por nuestros pecados. No perdamos jamas de nuestra memoria el recuerdo de tan dolorosos padecimientos, pero tengámoslos con especialidad presentes durante el santo Sacrificio de la misa, que es una viva representacion de la sagrada Pasion y muerte de nuestro divino Salvador.

Y sin embargo, vemos hombres que pasan el tiempo del acto mas sublime de nuestra Religion no solo en la mas completa distraccion, mas á

la vez excitando la de los demás con sus miradas, sus ademanes y su frecuente hablar con los que les rodean!... Qué corazón no se conmueve de dolor al ver la irreverencia con que personas, que se dicen cristianos, asisten al tremendo Sacrificio del Altar, conduciéndose allí cual pudieran en un espectáculo profano!

Los padres de familias han de cuidar de que sus hijos se habituen á seguir al Sacerdote en todas las partes de la misa, uniéndose á él por una constante atención. Así, por ejemplo, á la *Confesion*, al *Dóminus vobiscum*, al *Orate fratres*, y siempre que el celebrante invita á los fieles á que pidan al Señor para que aquel sacrificio sea grato ante su divino acatamiento, deberán rogar humildemente á Dios que se digne conceder la abundancia de sus gracias á su ministro, y escuchar sus oraciones. Cuando el sacerdote hace los mementos, ya por los vivos antes de la consagración, ya después por los difuntos, el cristiano piadoso debe imitarle, encomendándose á Dios y suplicándole por sus allegados, por las personas á quienes está obligado, por todos los fieles, por las necesidades de la Iglesia y el Estado, por la conversión de los infieles y pecadores, y por el alivio de las almas del Purgatorio. En una palabra, se debe seguir, como he dicho, constantemente al sacerdote; y si por el concurso ú otra causa no pudieran distinguirse bien todos sus actos consérvese la intención de unirse á ellos, y préstese la posible atención, levantando el corazón á Dios.

Para muchos será tal vez conveniente la reci-

tacion de algunas devociones , como el Trisagio, el Rosario de nuestra Señora , ú otras, pues estas prácticas , santas y loables de suyo , lo son durante la misa , y en ocasiones un remedio para evitar las distracciones (1). En fin , los fieles deben comprender que en cierto modo ellos ofrecen tambien el sacrificio al Eterno Padre ; que no son unos meros espectadores , sinó cooperadores y auxiliares del sacerdote , por medio de sus santos deseos , por la conformidad de intencion y por sus fervientes súplicas.

Es preciso tener cuidado de no aglomerar los niños al pie del Altar , para evitar que el celebrante , hombre como nosotros y sujeto á las mismas debilidades , pueda distraerse , y (habituárles á que no pretendan puestos de distincion en la iglesia. Recuérdeseles que el Publicano de que nos habla el Evangelio , abatido á los pies del Templo , salió de allí justificado ; interin no era escuchada la oracion del orgulloso Fariseo. Esta parábola les hará conocer la humildad y recogimiento con que todos nosotros , pobres pecadores , debemos estar en presencia de la infinita Majestad de Dios , nuestro supremo Juez.

Cuando durante la misa se recitan algunas preces , debe hacerse en voz baja para no distraer á los demas. Por la misma razon nos parece que se deben evitar , singularmente cuando hay mucho concurso , ciertas señales exteriores de devo-

(1) Recomendamos á los padres el uso de los devocionarios , útiles para todos , y que en manos de los niños son uno de los medios mas eficaces de mantener fija su atencion (N. del T.).

cion, como postrarse en tierra, tener los brazos en cruz, que, aunque muy loables en sí mismas, no usándose generalmente por todos los fieles, pudieran padecer un reproche á los demas, ó tal vez exponer á los que las practican á una tentacion de vanagloria. Los padres de familias cuidarán de que sus hijos guarden cierta moderacion en la manifestacion de su piedad, evitando notables singularidades, pero que siempre conserven atencion y reverencia, meditando en el secreto de su corazon la pasion de Jesucristo, y que exciten la devocion de los demas con su recogimiento y compostura.

Si en todos tiempos es preciso que los niños den señal de respeto al escuchar los nombres dulcissimos de Jesus y Maria, y cuando se invoca ó glorifica á la Beatissima Trinidad, singularmente durante el santo sacrificio de la misa. Al recitar el Sacerdote las palabras del Credo: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria virgine, et homo factus est*; y cuando, al concluir el último Evangelio, dice: *Et Verbum caro factum est*, en cuyas frases se nos recuerda el inefable misterio de un Dios hecho hombre para redimirnos, deberán inclinarse y doblar la rodilla hasta tocar la tierra.

Cómo puede hallarse un hombre tan orgulloso, tan ingrato ó tan ignorante de la doctrina cristiana, que permanezca de pie ó sentado, é inmóvil como una estatua, cuando el sacerdote se inclina, pronunciando aquellas palabras? El Altísimo se abate hasta nuestra tierra, hasta nuestro vil polvo por amor al hombre; y el hombre rehusa inclinar la cabeza y doblar la rodilla para honrar á Dios!

Que los niños cristianos muestren su profundo respeto, y no se avergüencen de humillarse al escuchar el nombre de aquel á quien Dios, dice S. Pablo, ha dado un nombre elevado sobre todos los demas nombres.

La bendicion que dá el sacerdote al fin de la misa deberá recibirse con devocion y humildad, cual si el mismo Jesucristo nos la diera en personas; mirémosla como el sello del santo sacrificio, que nos merecerá conservar sus frutos y ser benditos en la eterna bienaventuranza.

Es muy justo que nos detengamos algunos momentos á dar gracias á Dios despues de la misa, y que, al concluirse ésta, saludemos con una inclinacion de cabeza á las personas que están á nuestros lados, como un signo de fraternidad y amor. Unirnos con Dios y con nuestros prójimos por el vinculo de la caridad, tal es el efecto del santo Sacrificio.

Son dignos de alabanza los fieles que acostumbran asistir á las fiestas y misas solemnes, y que se complacen en la concurrencia á estas augustas y santas ceremonias, destinadas á presentar en cierto modo á nuestra vista una imágen de la Gloria.

CAPITULO LXII.

De la santa Comunion y de la concurrencia á los Sermones.

Me parece oír á ciertos lectores que me reprochan el que lleno este tratado de minuciosos de-

talles, ó que solo contiene cosas triviales y conocidas de todos.

A lo último respondo que ya he manifestado mi propósito de escribir principalmente para la gente sencilla y que mas carece de instruccion. Quiera Dios que cuanto aconsejo sea tan generalmente conocido y observado entre los cristianos, que no haya necesidad de recordarlo!

A lo primero contestaré haciendo notar que nada de cuanto pueda encender en nuestros corazones el amor de Dios debe despreciarse, ni ser mirado como cosa de poca importancia. La experiencia enseña que la sola genuflexion de los fieles al pronunciarse el nombre de Jesus ha conmovido los corazones mas duros y obstinados. A cada uno de los actos de religion, aun los que parecen mas insignificantes, corresponde, cuando se hacen en estado de gracia, tal recompensa en el Cielo, que, si lo reflexionásemos, seriamos mas solícitos en adquirir tan precioso tesoro, que solo cuesta prácticas sencillas y faciles.

No creo debo extenderme mas en mi defensa, y asi vuelvo á mi objeto.

Siempre que los niños hayan de comulgar, será conveniente que los padres lo verifiquen tambien en su compañía, ya por lo que su ejemplo les ha de estimular, ya porque, con solo mirar lo que hacen, se han de sentir movidos á imitar sus actos de recogimiento y devocion.

Aunque los hijos no se hallen en edad suficiente para recibir la Santa Eucaristia, será conveniente que los padres les lleven al Templo cuando han de acercarse á la sagrada mesa, pues con eso apren-

derán á mirarla con respeto, y poco á poco adquirirán el santo deseo de alimentarse con aquel divino manjar.

He dicho en otra parte los preciosos frutos que causa la frecuente comunión, cuando se practica con las convenientes disposiciones, así creo que no debo detenerme aquí en esto. Pero no dejaré de advertir que Dios tiene reservada una bella corona al padre de familias, que conduce á sus hijos por el camino de la eterna salud; á ese padre, de quien aquellos podrán decir un día: Bendita sea el alma de nuestro buen padre; él nos dió esta lección; á su cuidado debemos esta religiosa costumbre.

Para terminar este capítulo, recuerdo que es un deber de la piedad cristiana escuchar con atención la palabra de Dios. Desde la sagrada cátedra el sacerdote nos manifiesta la voluntad de Dios; nos descubre la vanidad de las cosas mundanas; nos precave contra las asechanzas del infierno, y nos enseña los medios de llegar con seguridad á la vida eterna.

CAPITULO LXIII.

Del buen empleo del tiempo en los Domingos y dias festivos.

Al volver de la iglesia con sus hijos el padre de familias, manifestará en todo un gozo semejante al que muestra una persona que sale de visitar á un príncipe, de quien ha recibido singulares gracias y favores. Y como el demonio, lleno de

rabia y envidia, tiende sus redes con particularidad en tales dias, para impedir el fruto de las buenas obras con que se han empezado, procurará no dejarse llevar de ningun movimiento de impaciencia ó arrojó, y de que no se turbe la paz, tan precisa para emplear el tiempo en servicio del Señor.

Nuestro astuto enemigo sabe que los dias festivos son dias de salud, en que Dios escucha mas favorablemente nuestras súplicas, y que, consagrados en cierto modo á un tráfico espiritual, el negociante diestro puede alcanzar la mas rica ganancia para el Cielo. Por eso procura impedirnos el fruto de aquellos dias santos, arrebatándonos nuestro provecho, y pone todas sus arterias en juego para que, esos tiempos y lugares en que las almas cristianas debian llenarse de ricos tesoros, se distingan por sus pérdidas y lamentables caidas.

Pará impedir sus infernales proyectos, el padre solícito de su salvacion y de la de sus hijos, que con los auxilios de la divina gracia ha empleado cristianamente el principio de la mañana, acabará la obra comenzada, empleando santamente lo restante del dia. Recuérdese que Dios, en el antiguo Testamento, habia mandado que se le ofreciera un sacrificio por la mañana y otro por la tarde.

Cuiden los padres de familias de dividir el tiempo en diversos ejercicios de piedad, sosteniendo la atencion de sus hijos por medio de una eleccion prudente y acertada. La variedad de ocupacion recrea el espiritu, y un nuevo ejercicio sirve de descanso al que le ha precedido. La recreacion

es útil, y aun á las veces necesaria; pero el que toma gusto á los actos de piedad y devocion en ningunos otros encuentra mas plácido recreo.

Será conveniente dedicar algun tiempo á la doctrina cristiana, aprendiendo ó repasando el Catecismo. Los niños se llenarán de gozo al ver la complacencia con que sus padres les oyen recitar lo que saben, ó les encargan de ser los maestros de sus hermanos menores ó sirvientes. Los padres deberán tambien estimular á sus hijos con las recompensas, y aun con alabanzas, siempre que sean moderadas, para evitar el espiritu de vanidad y amor propio.

Si por la tarde se reza públicamente el Rosario ó se predica en alguna iglesia, si hubiese en ella fiesta ó procesion, los padres concurrirán allí devotamente con sus hijos. Este será el medio de pasar el tiempo sin enojo, de honrar al Señor en sus dias y de proporcionar á las almas una saludable nutricion. Asi los niños se acostumbrarán poco á poco á estar con gusto en el Templo, á congratularse con los cánticos sagrados y las venerables ceremonias de la Iglesia, tan dignas del amor y respèto de un Cristiano; é insensiblemente se alcanzará que asistan á tales ejercicios, no solo sin fatiga ni tedio, mas con gusto y alegría.

Como en los dias festivos, consagrados á la gloria de Dios, debe principalmente manifestarse con hechos la piedad cristiana, recomiendo el visitar en ellos á los enfermos pobres en los hospitales ó en sus casas, y consolar á los necesitados y afligidos, procurando socorrerlos segun la posibilidad, y consolándoles con dulces y afectuosas

palabras. En tales ocasiones se hará comprender á los niños que en la persona de aquellos visitamos á Jesucristo, el cual nos pagará centuplicadas todas nuestras obras de caridad y misericordia.

En fin, el padre de familias debe proponerse pasar santamente, con sus hijos y subordinados, los dias consagrados al Señor. Dichosos si, lejos de sentir el remordimiento de haber ofendido á Dios en ellos, experimentan á la noche la consoladora é interior alegría de la virtud, encontrándose como renovados y dispuestos á entregarse con santo gozo á las ocupaciones de su estado durante la semana!

CAPITULO LXIV.

De los abusos é irreverencias que suelen cometerse los dias festivos.

El precepto de observar las fiestas expresamente prohíbe las obras de manos, serviles y mercenarias, no porque sean estas en sí malas, puesto que se nos permiten en todo otro tiempo, sinó porque nos distraen y apartan del culto divino, que es el fin de este mandamiento. Pero seria preciso estar bien ciego para contentarse con cesar en los Domingos y fiestas de los trabajos habituales, entregándose á los mas repugnantes desórdenes. Hay personas que parece miran los dias festivos como especialmente dedicados á satisfacer desenfrenadamente los apetitos desarreglados de la carne; olvidando que no hay obra mas servil que el pecado.

que hace al hombre esclavo del demonio ; que ninguna ocupacion , por mecánica y baja que sea , separa tanto del estudio de las cosas divinas como el pecado , y que este , no solo debilita , sinó que rompe en nosotros el amor y la union con Dios.

Es en verdad sumamente doloroso el observar cual mal guardan las fiestas la mayor parte de los cristianos , ofendiendo de tantos modos á la divina Majestad , en los dias que principalmente se hallan dedicados á honrarla.

Nada diré de los que trabajan ó hacen trabajar á los demas , ni de los que , con el mas ligero pretexto , se dispensan de la obligacion de oír misa ; pero yo no puedo dejar de clamar contra esos hombres que aguardan la llegada del Domingo para entregarse al desorden ; contra esos libertinos que no temen profanar el templo del Señor con sus miradas llenas de lujuria , exponiéndose voluntariamente á las llamas del infierno. Heridos mortalmente por los objetos en que fijan sus ojos , y satélites de los demonios , hacen cuantos esfuerzos les son dables para arrastrar consigo , en el camino de la perdicion , á las almas inocentes.

No creo preciso detenerme á mostrar la inmensa gravedad de tan horrible pecado , pues no es dable que nadie pueda desconocerla. Asi me ceñiré á intimar á esos desventurados que , sinó procuran á borrar su delito con una sincera penitencia , Jesucristo , armado de una espada de fuego , les cerrará para siempre las puertas del Paraiso , templo celestial de Dios , pues que osaron profanar descaradamente su templo terreno y visible , vendiendo en él al demonio sus propias almas ,

que le serán entregadas para que las atormente por toda la eternidad.

Otros pasan los dias de fiesta, que debieran ser consagrados á la refaccion espiritual del alma, en las tabernas, entregados á la embriaguez y la crápula; abuso por desgracia generalizado entre artesanos y gente del pueblo, que consumen en el vicioso desórden de un solo dia cuanto ganaron en toda la semana. Con frecuencia dilapidan cuanto debía servir para el sustento de sus familias; y volviendo á la noche á sus casas, ébrios y fuera de sí mismos, escandalizan con sus gritos la vecindad, maltratan á sus pobres mujeres, y las dan motivo para que maldigan los dias consagrados á llevar las bendiciones y la paz al hogar doméstico.

No me ocuparé de los juegos prohibidos ó en que se cruzan intereses considerables, raiz de grandes males, fuente de blasfemias, disputas y engaños, en que se destruyen en poco tiempo las fortunas y con ellas la paz y el buen orden de las casas, pues no es posible que ningun padre de familias consienta que sus hijos presencién aquellos repugnantes espectáculos, y todos tenemos á la vista las funestas consecuencias que se derivan de tal origen.

Qué diré de los bailes: esa recreacion tan frecuente y apetecida en ciertos paises? Acaso los que con mas pasion se entregan á ella son los que debieran mas principalmente bendecir al Señor y santificar sus fiestas, por los mayores dones que de su mano han recibido.

No entra en mi plan examinar la teoría de esta

clase de diversion, que no ha dejado de tener quien la defiende, ó al menos la excuse. Yo solo la miro bajo el punto de vista práctico; y atendido el modo con que generalmente se verifica, no me parece puede dudarse que se halla rodeada de circunstancias bien poco á propósito para conservar la vida del alma.

Cuántos peligros en esas reuniones de jóvenes de ambos sexos, en que por lo comun se olvida el freno de la razon y del temor de Dios, y á que se concurre solo por el estímulo del placer! El lugar en que se hallan, el fin que se proponen, los medios que emplean y cuanto les rodea solo tiende á la satisfaccion de los sentidos. Pues si, como dice el proverbio, se coloca la estopa junto al fuego, quién podrá impedir que arda?

Quién osará negar que un joven lleno de vida, encendido por la danza y las bebidas espirituosas, y excitado por los movimientos voluptuosos, ha de sentir en su corazon mil deseos impuros? Para negar esto sería preciso suponer en el hombre esa virtud y sencillez, de que solo puede hablarse para recordar lejanos y mas felices tiempos.

Paso en silencio las disputas, los escándalos de todo género que acarrearán tales reuniones; porque los espíritus infernales no huelgan en ellas, y saben aprovechar un tiempo que les es tan favorable.

Lejos de mí la idea de prohibir una honesta recreacion, aun en los dias festivos; conozco hasta su necesidad en ciertos casos, y hablaré acerca de esto en el tercer libro. Por ahora, me basta recordar que las diversiones públicas ó privadas son un remedio, una medicina, que debe ser to-

mada con moderacion , y de modo que no dañe á nuestros mas preciosos intereses, esto es, á la salud de nuestras almas , al honor que se debe á Dios, y al respeto con que debemos observar sus fiestas.

CAPITULO LXV.

Conclusion de lo dicho sobre la observancia de las Fiestas.

La autoridad pública pudiera , en verdad , dictar reglamentos útiles para reprimir los abusos é irreverencias que se cometen los Domingos y fiestas; pudiera venir en auxilio de la pastoral solicitud de los Obispos , á fin de que las horas principales de los dias festivos fueran consagrados á la gloria de Dios y salud de las almas; pudiera proporcionar á la juventud recreaciones públicas que no fueran contrarias á la piedad cristiana. Mi objeto me impide detenerme acerca de esto, y asi me ceñiré á dar instrucciones al padre de familias, á quien pertenece echar los primeros fundamentos de la buena educacion, sobre la cual se apoya el edificio de cuanto pueden , hacer los gobiernos.

Recomiendo , pues , á los padres, una y otra vez, que acostumbren desde la primera edad á sus hijos á tomar gusto en las cosas de Dios, y á complacerse del buen empleo del tiempo en los Domingos y fiestas. La suave influencia de este hábito les hará parecer, cuando sean mayores, que solo viven en tales dias concurriendo á los

divinos oficios, y empleándolos en actos de piedad y devocion. Ella les apartará de esos lugares y concurrencias en que se corrompe la juventud, llevándolos á las fiestas y reuniones en que Dios es glorificado. Ella, en fin, imprimirá en sus tiernos corazones este saludable pensamiento: los Domingos y dias festivos pertenecen al Señor, y solo se emplean con provecho, con un puro placer del corazon y una verdadera alegria, consagrándolos del todo á la mayor gloria de Dios.

CAPITULO LXVI.

Del cuarto Mandamiento : Honrar padre y madre.

Ya dije que Dios habia dado á Moisés los diez mandamientos, escritos en dos tablas. La primera contenia los tres primeros, que miran directamente al honor de Dios, nuestro supremo bien y último fin, que son los que hasta el presente nos han ocupado.

En la segunda tabla estaban grabados los otros siete mandamientos, que nos enseñan la caridad para con nuestros prójimos.

El amor que debemos á estos procede y se deriva del amor de Dios; á él se refiere y por él debe ser reglado para que sea recto y justo. En Dios y por Dios debemos amar á nuestros prójimos y tributarlos todos los oficios de caridad; todo amor contrario ú opuesto al amor de Dios es engañoso y culpable.

Voy á tratar, con la posible brevedad, de estos

preceptos que se refieren á los prójimos. Su observancia es absolutamente precisa para la conservacion de las sociedades humanas, á la vez que una señal cierta del amor y obediencia que los hombres tienen á Dios. Quien no ama, dice S. Juan, á su hermano á quien vé, ¿cómo puede amar á Dios á quien no vé?

Entre los mandamientos de la segunda tabla, el primero es el que nos previene honrar á nuestros padres. Despues de Dios, nuestro celestial Padre, nuestros mas estrechos deberes son para con nuestros padres terrenos; por eso nos dice el Señor en este precepto: Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra; que el Señor tu Dios te dará; esto es, para que vivas eternamente con él en el Cielo.

El sentido de la palabra *honrar* es muy extenso, y encierra la idea del amor, miramientos, obediencia, respeto, estimacion, socorro y asistencia en todas las necesidades, que debemos á nuestros padres.

En este precepto se comprenden, ademas de los padres naturales á quienes se aplica de un modo especialísimo, muchas otras personas que, en cierto sentido, llenan respecto de nosotros funciones como paternales. Tales son los Obispos, los párrocos, los confesores, y generalmente los eclesiásticos y religiosos, á quienes con razon se llama padres espirituales; tales los Principes y magistrados, los padrinos y madrinas del bautismo y confirmacion, los tutores y curadores, los preceptores y maestros, y en fin, los ancianos, á quienes los años y larga esperiencia hacen dignos de nuestros

respetos. Todos estos están comprendidos en el nombre general de padres, y debemos honrarlos para conformarnos al espíritu del cuarto mandamiento.

CAPITULO LXVII.

Obligaciones que tenemos para con nuestros padres.

Larga tarea sería querer expresar todas las graves razones que nos imponen la obligación de honrar á nuestros padres; una sola basta para comprenderla: á ellos debemos el ser, fundamento y principio de cuantos bienes gozamos y podemos disfrutar en adelante.

Bien sé que Dios es el primero y principal autor de nuestro ser, como de todo cuanto existe, y que solo él ha criado nuestras almas. Sin embargo, se ha servido de nuestros padres, por su medio nos ha dado el ingreso á la vida y nos ha hecho hombres racionales, capaces de conocerle y amarle.

Ademas de habernos dado el ser natural, nuestros padres nos presentaron á la Iglesia y á la sagrada fuente del Bautismo, en que obtuvimos una regeneracion mas beneficiosa que el mismo nacimiento.

Qué no debemos á nuestros padres! Venciendo las dificultades y peligros de la infancia, á pesar de los enojos de la primera edad, ellos nos educaron con paciencia, y nos han puesto en disposición de llenar nuestro destino en la sociedad. Cuán obligados no les estamos por habernos pro-

curado esos maestros que nos iniciaron en las artes, en las ciencias y en los conocimientos humanos, que son tan ventajosos para quien los posee!

Ellos nos enseñaron buenas costumbres, guiándonos en el camino de la virtud y del santo temor de Dios, don que sobrepuja y debemos apreciar mas que ningun otro. Ellos favorecieron nuestros primeros pasos en la vida civil, y nos dejaron su nombre y su patrimonio. Ellos nos facilitaron el camino de una existencia honrosa en el mundo, y con su educacion nos allanaron el del Cielo.

No sin razon se habla expresamente de las madres en este cuarto mandamiento. Esta especial mencion se debia al amor tierno y singular que tienen las madres á sus hijos, á los acerbos dolores que sufren al darlos á luz, y á las infinitas molestias que con tanta paciéncia y tanto cariño soportan por ellos, singularmente durante la lactancia y en los primeros años.

No acabaría si quisiera exponer todos los motivos que nos ligan á honrar padre y madre. Ellos deben ser siempre á nuestros ojos como una representacion é imágen de Dios, del cual, segun el Apóstol, se deriva toda paternidad en los Cielos y en la tierra.

CAPITULO LXVIII.

De los diversos modos de honrar á los padres.

Honramos á nuestros padres manifestándoles ciertos signos exteriores de respeto, como descubriéndonos á su presencia, saludándoles con hu-

mildad y afecto, manteniéndonos de pie hasta que nos manden sentar; pero este deber tiene muy mayor extension.

Los hijos honran á sus padres ejecutando con presteza sus mandatos, dejándose guiar por sus consejos, y sometiéndose en todo á las decisiones de la autoridad paterna. Les honran pidiendo á Dios por su bienestar y salud, cuidando de su reputacion, y prestándoles cuantos auxilios les sean precisos en sus necesidades. Les honran soportando con una paciencia llena de ternura sus molestias y enfados en los padecimientos ó cuando llegan á la vejez, que por sí sola es ya una enfermedad.

Un buen hijo honra á sus padres cuando, despues de haberle prodigado todas las atenciones y una cariñosa asistencia durante la vida, viéndoles próximos á perderla, y que la naturaleza cede á la violencia de la enfermedad, cuidan de la salud de sus almas, procurándoles los auxilios espirituales, y velando por que no les falte ninguno de los socorros que la caridad cristiana proporciona en tan graves momentos.

La misma muerte no impide á un buen hijo el seguir honrando á sus padres, ya enterrándoles con el decoro debido á su clase, ya ofreciendo por el descanso de sus almas oraciones, limosnas y el santo Sacrificio de la Misa. Santa Mónica, en los últimos instantes de la vida, pedia á su hijo S. Agustin que la honrase llenando estos piadosos deberes.

Ya se concibe cuánto mas estrecha es la obligacion que los hijos tienen de cumplir las últimas disposiciones de sus padres, satisfacer á sus car-

gos de justicia, y pagar sus mandas y legados. Por su negligencia en este punto no pocos hijos ofenden gravemente á Dios, y faltan al honor que deben al alma y á la buena memoria de sus padres.

A los hijos que los honran, de la manera que dejamos indicada, es á quienes Dios ha prometido larga vida sobre la tierra. S. Pablo, escribiendo á los Ephesios, hace notar que el precepto de honrar padre y madre es el primer mandamiento con promesa. Ella comprende, no solo la prolongacion de la vida, sinó tambien las demas prosperidades, segun sean convenientes para el bien del alma, y tendrá su entero y perfecto cumplimiento en la vida futura, en la tierra de los vivientes, esto es, en la eterna bienaventuranza.

Al contrario, los hijos desconocidos é ingratos que desobedecen á sus padres, que les ultrajan y faltan al debido respeto, serán castigados por Dios aun en este mundo. Por un justo juicio del Cielo sus propios hijos les desobedecerán á su vez, y si con lágrimas sinceras no borran sus pecados, pidiendo al Señor perdon y misericordia, serán penados en el infierno con eternos y terribles tormentos.

CAPITULO LXIX.

Cuidado que los padres han de tener de que sus hijos guarden este mandamiento.

Constantemente vengo encaminando mis instrucciones al padre de familias, encargado especialmente de la buena educacion de sus hijos, cuyas

almas debe enriquecer con los hábitos de las virtudes, pues la debilidad de su edad les hace incapaces de gobernarse á sí mismos. Pero en la explicacion del cuarto mandamiento he creído que, ante todo, debia dirigirme á los hijos, porque me pareció que así lo exigia la manera con que se halla redactado este precepto, que les dice: Honra á tu padre y á tu madre.

No me parece, ciertamente, que seria muy acertado el que un padre advirtiese secamente á sus hijos la obligacion que tienen de honrarle; pero tan poco lo fuera el que la diligencia paterna permaneciese ociosa en un punto de tanta trascendencia. Por eso, y vuelvo á dirigirme á los padres de familias, les encargo que no dejen de explicar á sus hijos este mandamiento, presentándole, no como un precepto propio, sinó como impuesto por el mismo Dios, y haciéndoles comprender que la salvacion de sus almas les mueve mas que la propia satisfaccion.

Un padre prudente no dirá bruscamente á sus hijos: obedéceme, hónrame, porque soy tu padre, sinó que les hará entender, hablando en general, que Dios, nuestro Criador y Padre celestial, ha ordenado que los hijos obedezcan y honren á sus padres, mostrándoles, por medio de las razones antes apuntadas ú otras análogas, cuán acreedores son á este honor. Se procurará que con frecuencia visiten alguna persona competente, como el confesor ó el párroco, de cuyos labios escuchen el deber que tienen de honrar á sus padres, y los bienes que atesoran con su cumplimiento.

Seria de desear que los predicadores descendieran mas frecuentemente á estas particularidades, y otras del mismo género. ¿Por qué no imitar á los Apóstoles, los cuales, despues de haber tratado en sus Epístolas de la doctrina de la fé, segun las necesidades de su tiempo, marcaban los preceptos de cada estado, y daban consejos á los maridos, á las mujeres, á los padres, á los hijos, á los amos y á los criados?

Será de gran provecho citar á los niños algunos de los ejemplos, que las Sagradas Escrituras y vidas de los Santos presentan, de hijos cuya obediencia fué tan grata á los ojos de Dios, y que por ella merecieron ser colmados de bendiciones. Isaac, v. gr. dejándose ligar por su padre, y que le ofreciera en holocausto al Señor. El casto Josef, ejecutando con presteza la voluntad paterna; que vendido por sus hermanos, y habiendo llegado en el Egipto á la mayor elevacion, no estuvo satisfecho hasta que hizo participante de su bienestar á su anciano padre. Salomon, de quien el Espiritu Santo quiso quedara escrito, para nuestra instruccion, que hallándose sentado en su trono, y viendo venir á su madre Bethsabée, se levantó, salió á su encuentro y la hizo sentar á su diestra. Pero, sobre todo, cíteseles el ejemplo de los ejemplos, el de Jesucristo, Salvador nuestro. Este divino maestro, no solo obedeció á su Celestial Padre hasta morir en uua cruz, mas tambien á su Madre y á su padre putativo S. José, á los cuales, dice S. Lucas, estaba sujeto. A estos ejemplos se unirán otros en que se refieren castigos impuestos por Dios á hijos des-

obedientes y rebeldes. Tal podrá ser el lamentable fin de Absalon, suspendido de una encina por los cabellos y atravesado el corazón con tres dardos, al huir de las tropas de su padre David.

Los Sagrados libros encierran gravísimas sentencias acerca del punto que nos ocupa. Solo citaremos una, tomada de los Proverbios: *Quien maldice á su padre y á su madre, apagada será su candela en medio de las tinieblas.* Esto es, después de una vida miserable y desventurada, y no habiendo querido abrir sus ojos á la luz de la gracia, en las tinieblas de la muerte, será privado de las buenas obras y de los merecimientos, que hubieran debido brillar entre sus manos como una antorcha, y será sepultado en la eterna oscuridad del infierno.

Estas sentencias serán uno de los medios que los padres podrán aprovechar, para que sus hijos comprendan la importancia del cuarto mandamiento, aprovechando, para inculcárselas, la ocasión que cada día les darán las circunstancias.

Pero yo espero con especialidad los más felices resultados de las exhortaciones que una madre prudente no dejará de dirigir á sus hijos, estimulándoles á que llenen los deberes de obediencia y respeto á que están obligados para con su padre; así como de las amonestaciones con que el padre procurará hacerles obedientes y respetuosos á su madre.

Más lo que, sobre todo, ha de excitar las ideas de sumisión y respeto en los hijos, es la dignidad de las acciones de sus padres. Dios ha puesto en nuestros corazones un sentimiento de respeto

hacia los autores de nuestra vida, que difícilmente se pierde si ellos saben conservarle con su buena y prudente direccion. Guárdense los padres de familias de permitirse ante sus hijos palabras ni actos ningunos que puedan envilecerlos á sus ojos!

Un padre jamás debe ser excesivamente indulgente con sus hijos, ni familiarizarse mucho con ellos, especialmente desde que principian á tocar los últimos años de la infancia. Tampoco ha de ser demasiado rigido y severo; procurando solo conservar cierta gravedad, temperada por la bondad y dulzura. Tengan presente los padres que sus hijos deben reverenciarles, esto es, amarles y temerles á la vez.

Es preciso que los padres de familias hagan respetar su autoridad y cumplir fielmente sus órdenes por los criados y dependientes, pues los hijos se moverán naturalmente á imitar su ejemplo. Pero vuelvo á recomendar á los padres el que huyan de un excesivo rigor para con cualquiera; su rostro debe manifestarse grave, pero afable y sereno; y cuando corrijan ó castiguen una falta, ha de aparecer severo, pero jamás encolerizado.

CAPITULO LXX.

Del honor que debemos á las personas que están en lugar de padres, y primeramente de los eclesiásticos.

Ya indiqué antes que debíamos honrar y obedecer á nuestros superiores espirituales y temporales; pero la importancia de la materia me

obliga á dar instrucciones mas detalladas á los padres de familias, que deben empezar por mostrar á sus superiores la obediencia y respeto que ellos exigen de sus hijos. Así les presentarán un excelente modelo que imitar.

Les enseñarán que los Obispos, los párrocos y los demas eclesiásticos son los padres de nuestras almas y nuestros mediadores para con Dios; que ruegan por nosotros, nos santifican por medio de los Sacramentos y nos guian en el camino de la salvacion. Cuán dignos de respeto no les hacen solo estas consideraciones?

Sin embargo, cuán reprobables son en este punto muchos cristianos, con especialidad de los que ocupan las clases mas elevadas! Hay no pocos que desdeñan el honrarlos cediéndoles la acera, saludándolos, ó dándolos el primer lugar; en lo cual manifiestan que comprenden muy poco la dignidad sacerdotal. Aun cuando el eclesiástico sea de baja extraccion, aunque se halle mal vestido, sea pobre, ó, lo que Dios no permita, su vida no sea muy ejemplar, todavia debe ser honrado, estimado y obedecido, por respeto á Aquel cuyo lugar ocupa, y cuya autoridad representa en la tierra, Pero qué respeto no merecerá cuando, á la elevacion de su estado, junta la santidad de su vida!

Y en verdad, que, reflexionando un poco, veremos que humillarse ante un sacerdote es engrandecerse á sí mismo, pues el honor que le tributamos se dirige principalmente á Dios y á Jesucristo, Pontífice supremo y eterno; el cual, hablando á sus Apóstoles y sucesores, destinados

á representarle en cierto modo sobre la tierra, les decia: « Quien á vosotros oye, á mi me oye: y quien á vosotros desprecia, á mi me desprecia. »

Así lo comprendió el gran Emperador Theodosio: habiéndole prohibido S. Ambrosio la entrada en la iglesia, por el excesivo rigor con que habia castigado la sedicion de Tesalónica, no solo se manifestó sumiso y arrepentido, mas tambien aceptó la penitencia que le impuso, no avergonzándose de cumplirla á la faz de todo el pueblo.

Ya hice ver, al tratar de los modos de honrar á nuestros padres, que una de las mas ciertas señales de respeto era socorrerlos en sus necesidades. Pues así tambien el padre de familias debe mirar como un deber el imprimir en el corazon de sus hijos, con sus consejos y ejemplo, como una propension natural á mostrarse generosos en sus dones para con sus pastores y superiores eclesiásticos, para con los religiosos de ambos séxos, y generalmente para con todos los sacerdotes, de quienes recibimos, en la predicacion de la divina palabra y administracion de sacramentos, el alimento espiritual de nuestras almas. Ellos pueden decir con razon, como S. Pablo á los Corinthios: « Si de nosotros recibis las cosas espirituales, ¿será mucho que nos retribuyais con algo de vuestros bienes temporales para vivir? »

La epistola citada contiene acerca de este punto las mas elocuentes reflexiones. Valiéndose de los ejemplos del soldado, del pastor y del plantador, muestra el Apóstol cuán equitativo y justo es que los padres y pastores espirituales sean ayudados y socorridos en sus necesidades temporales. Por eso

es tan grave pecado el retener injustamente los bienes de la Iglesia y no atender á sus ministros. Los hombres no saben el ventajoso comercio, la fructuosa industria, el lucrativo cultivo que ejercen, ofreciendo á Dios y á sus ministros, con desprendimiento y alegría del corazón, las primicias de sus bienes. Salomon no lo ignoraba, cuando decia en el libro de los Proverbios: «Honra al Señor con tu hacienda, y dale las primicias de todos tus frutos: y se llenarán tus trojes de hartura, y de vino rebosarán tus lagares.»

Cuán distantes estamos de estos sentimientos, y cuán poco nos asemejamos á nuestros antepasados, que construyeron tan magníficos templos y monasterios! Parece, por el contrario, que en el desgraciado siglo en que vivimos hay una sed general de despojar á la Iglesia, sobre cuyos bienes vemos que tantos se arrojan con avidez. Yo no puedo detenerme á manifestar cuánto irritamos á Dios con semejante conducta, atrayendo sobre nosotros las calamidades públicas y privadas; basta, para mi objeto, advertir á los padres de familias, á quienes debo presumir persuadidos de esta verdad, el deber de inculcar en el corazón de sus hijos que, los bienes de la Iglesia, usurpados ó injustamente retenidos, son un fuego infernal que consume las fortunas y acaba por abrasar las almas.

CAPITULO LXXI.

De la grave culpa que cometen los que hablan mal de los superiores, y en especial de los eclesiásticos.

Nada mas opuesto al cuarto mandamiento que la maledicencia, la detraccion y las murmuraciones contra los superiores, y principalmente contra los eclesiásticos. Culpas en que se incurre con harta ligereza, y que ofenden gravemente á Dios. En el Exodo se prohíbe expresamente por estas palabras: « No hablarás mal de los dioses, ni maldecirás al Príncipe de tu pueblo; » debiéndose entender aquí por dioses á los sacerdotes, Principes y magistrados, en razon á la excelencia de sus dignidades y ministerios. Esto nos demuestra cuán sumisos y obedientes hemos de ser para con ellos, y que jamás debemos arrogarnos la facultad de apreciar y censurar sus actos, porque nunca las ovejas juzgan á sus pastores.

Jamás los hijos han de oír de los labios de sus padres una sola espresion de los sacerdotes que pueda escandalizarles; antes todas sus palabras deben encaminarse á inspirarles veneracion y respeto para con los ministros del Señor, huyendo la conversacion de aquellos que parece se complacen en rebajarlos. Lejos de imitar al perverso Cham, hijo de Noé, que se burlaba de la desnudez de su padre embriagado, sigamos el ejemplo de sus hermanos que, sin mirarle, le cubrieron con sus propias vestiduras.

Nada pudiera citar mas á propósito que las edificantes palabras del gran Constantino, ante quien habian sido acusados varios Obispos. Rehusando juzgarlos, y hasta entender en la acusacion, contestó á los que se la proponian: «Si viera que un sacerdote se dejaha arrastrar de la fragilidad humana, cometiendo un pecado sensual, le cubriera con mi manto, para que nadie pudiera percibirlo.»

CAPITULO LXXII.

Honor que se debe á los superiores temporales.

Cuanto hemos dicho del honor que se debe á los sacerdotes y superiores eclesiásticos, de la obediencia que merecen, de la asistencia en sus necesidades, y de que nos hemos de abstener de murmurar contra ellos y juzgar sus actos, todo entiéndase respectivamente lo mismo de los Principes, magistrados y demás superiores temporales, á los cuales debemos honrar, respetar y obedecer puntualmente.

Las Sagradas Escrituras nos lo recomiendan en no pocos lugares. Amonéstales (á los fieles), escribia S. Pablo á Tito, que estén sujetos á los principes y á las potestades; que les obedezcan.

El mismo Apóstol habla con extension acerca de este punto en su Epístola á los Romanos. Allí manifiesta que la elevacion, la preeminencia y la autoridad que los Principes y magistrados ejercen en los pueblos vienen de Dios; de modo que, el que los resiste, resiste á la ordenacion de Dios,

atrayendo sobre sí la condenacion. S. Pablo les llama repetidas veces ministros de Dios, mandando que se les paguen con exactitud los tributos é impuestos, y que se les rinda con temor el honor que les es debido.

Y es de notar que, cuando S. Pablo escribia, el pueblo cristiano estaba sometido al imperio de principes infieles; sin embargo de lo cual los Apóstoles, nuestros maestros, les excitaban con todo su poder á que continuaran obedeciéndoles fielmente y con entera sumision. No lo debemos extrañar, recordando que habian aprendido esta doctrina del mismo Jesucristo, el cual decia: «Dad al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios.»

Pues si aun á los principes infieles se debe obediencia; con cuánto respeto no deberán ser honrados y obedecidos los principes cristianos!

Es este un punto de la mayor trascendencia para el bien general y la pública tranquilidad; por eso los padres de familias deben poner especial cuidado en impregnar á sus hijos de estos sentimientos, acostumbrándolos á mirar al Príncipe como revestido de un carácter sagrado y divino.

Será provechoso que los niños presencien esos actos en que el Rey se presenta en público, rodeado con el imponente aparato de la majestad. El padre de familias le mostrará con señales de regocijo á sus hijos; les dirá que él es su comun padre y su bienhechor; les hará entender cuán obligados le están, por ser el que administra justicia, el que cuida de que se conserve á cada uno su patrimonio, el que defiende á su pueblo

de los ataques y violencias de sus enemigos, y les procura la paz, la abundancia y todos los bienes de la vida civil. Justo es, les añadirá, que los ciudadanos recompensen con su obediencia las fatigas que soporta para proporcionarles su bienestar, y que, despues de Dios, nada les sea tan respetable y caro como la vida y autoridad de su principe.

Como los miembros del cuerpo se exponen sin titubear á cualquiera riesgõ por salvar la cabeza, así tambien los ciudadanos deben estar dispuestos á sacrificarse por su Principe, pues cualquiera comprende que, si la cabeza se pierde, no es posible que los miembros dejen de perderse.

Però como los buenos principes son un don de Dios, el cual permite á las veces que imperen los malos, para castigo de nuestros pecados, la santa Iglesia nos enseña que debemos pedir al Señor que les otorgue sus dones, para que gobiernen los estados con paz y justicia. Por eso S. Pablo, escribiendo á Timoteo, le decía: «Te encargo ante todas cosas, que se hagan peticiones, oraciones, rogativas, hacimientos de gracias por todos los hombres: por los Reyes y por todos los que están puestos en altura, para que tengamos una vida quieta y tranquila en toda piedad y honestidad.»

Cuiden los padres de inculcar bien á sus hijos este modo cristiano de honrar á los principes, habituándoles á rogar á Dios por su salud, pidiéndole que les dé sus luces para la buena direccion y prosperidad del Estado. La salud y acierto del piloto son una garantia de que la nave arribará felizmente al puerto.

CAPITULO LXXIII.

Del respeto que se debe á los maestros y ancianos.

Las consideraciones expuestas creo serán suficientes para que los padres comprendan que deben habitar á sus hijos á respetar, como puestos en lugar de padres, á sus maestros, y generalmente á todos los ancianos.

La caridad cristiana y el bienestar de la patria, reclaman que, los ciudadanos llegados á una edad madura, y principalmente los ancianos, cuya gravedad y blanca barba infunden naturalmente respeto, miren como hijos á todos los niños y jóvenes. Ellos debieran reprenderlos con dulzura siempre que fuese necesario, y apartarles de esos juegos y travesuras inconvenientes en que reunidos se vician. Esto sería utilísimo y de gran influencia, si una educacion acertada hubiese acostumbrado á los niños á mirar y respetar como padres á sus mayores.

Esto sucedia en Lacedemonia célebre república de la Grecia; refiérese á nuestro propósito un rasgo que los historiadores juzgaron digno de transmitir en sus escritos, y que no me parece inútil referir aquí.

Celebrábase una gran fiesta en Atenas, ciudad principal de la Grecia, y una inmensa multitud de Atenienses y extranjeros llenaba el teatro. Un anciano acudia con paso lento y buscaba un lugar en qué colocarse, pero nadie se movía para darle asiento, y aun muchos se reian y burlaban

de su embarazo. Llegó, por fin, á un punto que ocupaban muchos jóvenes Lacedemonios, los cuales, luego que vieron al anciano, se levantaron cual pudieran hacerlo á la presencia de un superior ó un padre, le invitaron á que se acercara, y le hicieron sentar en medio de todos ellos.

La multitud se apercibió de ello, y un grito general de apláuso recompensó aquel bello acto de respeto.

CAPITULO LXXIV.

De la urbanidad para con los iguales é inferiores.

Habiendo hablado del honor y respeto que los niños deben á sus padres, y demás personas que han de mirar como tales y reverenciar como superiores; no creo ageno de este lugar el ocuparme de la urbanidad con que se deben producir en las relaciones ordinarias de la vida.

La estimacion que hacemos de los demás se manifiesta en las palabras y en las acciones.

Los padres han de procurar que sus hijos adquieran buenos modales. Para esto haran que acudan con presteza cuando sean llamados; que saluden con agrado, conforme á su edad, poniéndose de pie á la llegada de cualquiera persona y cediéndola el lugar preferente; que escuchen con quietud y atencion; que se muestren agradecidos cuando reciben algun don, y todo con cierta modestia, que es el mas bello ornamento de la juventud.

En el roce de los niños con los extraños se

deben evitar los extremos de que aparezcan groseros y uraños, ó que sean molestos con su demasiada libertad y palabrería. Cuidese de que no adquieran el mal hábito de tutear á todos, sin hacer la debida distincion de personas.

Realmente los niños no deben hablar sino cuando se les pregunte; y aun en tales casos, como la ligereza en las palabras es causa muchas veces de graves inconvenientes, los padres han de cuidar de que contesten con modestia, principalmente cuando hayan de negar ó contradecir lo que otro afirma.

Jamás se les tolerará que digan: V. no lo entiende: eso es mentira: V. nos engaña, ni otras espresiones que puedan tomarse á desprecio, ó que por lo menos no testifiquen mucho respeto hácia su interlocutor; lo cual es un grave defecto en la conversacion. Si alguna vez fuese preciso que contradigan, lo deberán hacer con tal moderacion, que desde luego se advierta la ninguna intencion de rebajar ni herir á nadie.

Perdonadme, podrán decir, pero, salvo el respeto debido á V. esto me parece que fué de este modo, aunque acaso podré yo equivocarme. Estas espresiones, que parecen bien en boca de cualquiera, tienen por necesidad que sonar perfectamente á todos saliendo de los labios de un joven. Nunca resultará inconveniente de decir: tal vez no lo comprenderia: no me habré expresado con precision: puedo estar en un error, ú otras equivalentes; pues en esto no se rebaja el amor propio ni se ofende la delicadeza de las personas á quienes se dirigen, y con ellas se cortarán en

muchos casos disputas y desavenencias, que suelen acarrear graves disputas.

Los tratados especiales de urbanidad contienen largos detalles acerca del punto que nos ocupa; allí podrán verlos con detención los padres de familias, pues yo no debo molestar mas aqui su atencion, bastándome con haber indicado lo que tiene mas intima relacion con mi objeto.

Concluyo este capitulo recordando el adagio que dice: «Las buenas palabras y demostraciones afectuosas con que acojemos á los demás nada cuestan y valen mucho.» Seguramente, no pocas veces un saludo amistoso, un recibimiento agasajador, nos proporcionan el buen afecto y la cordial correspondencia de personas, que acaso estaban prevenidas contra nosotros. Esto debe mover á los padres de familias á cultivar el tierno corazon de sus hijos, procurando extirpar de allí las espinas de la groseria y el orgullo y haciendo que broten en su lugar las hermosas flores de la cortesía y afabilidad.

CAPITULO LXXV.

Del quinto mandamiento. No matar.

Causa horror la sola idea de que pueda llegar el hombre á tal grado de fiera que quite la vida á sus semejantes, corriendo lijero, como dice David, para derramar la sangre de sus hermanos. Hemos nacido, ciertamente, de distintos padres, pertenecemos á naciones diversas; pero todos somos de una misma naturaleza y todos hijos de un

mismo Padre celestial, de quien hemos recibido el ser. Todos habitamos en su casa, vivimos de la abundancia de sus dones, y, despues de esta corta peregrinacion, esperamos de su misericordia una herencia comun en el cielo. Aun los que no profesan la verdadera fé deben ser mirados por nosotros como hermanos, pues un dia pueden llegar á entrar en el gremio de la Iglesia, á que pertenecemos por la sola bondad de Dios. Y hasta su misma infelicidad nos debe hacer mas caritativos para con ellos.

No es creible que pueda el hombre despojarse de todo sentimiento humano y trasformarse en una especie de bestia feroz, sin haber antes vivido muchos años entregado á sus pasiones, alimentando en su corazon funestas disposiciones, nacidas en gran parte de una mala educacion.

Tanto importa velar desde los principios sobre los niños, extirpando de sus corazones las perniciosas semillas que, creciendo con los años, producen en su dia frutos tan amargos! Tanto importa desarrollar en ellos los sentimientos virtuosos, que les mantendrán separados de tan abominables excesos!

Recuerden constantemente los padres de familias este pensamiento: En mucha parte pende de la solicitud paterna el que la sociedad tenga ciudadanos probos, que la den esplendor con sus virtudes; ó mónstruos, que la deshonen con sus crímenes.

CAPITULO LXXVI.

Cuánto aborrece Dios el homicidio.

Después de haber criado los cielos, la tierra y todos los animales, Dios formó al hombre á su imagen y semejanza, y le constituyó como señor y rey de todas las criaturas del mundo. De aquí podrá inferirse cuánto debe ofender á Dios el que, por el homicidio, destruye una de sus mas bellas y nobles obras; pues cualquiera comprende que, cuanto mas acabada y perfecta es una obra, tanto mas debe sentir verla destruida el artífice que la ejecutó.

El homicida, cuanto está de su parte, ataca al mismo Dios, destruyendo su imagen; pues como la injuria hecha á la estatua de un Rey se considera un atentado contra su misma persona, así tambien el homicidio principalmente ofende á la Majestad divina. Ataca tambien á la Sociedad y á todo el género humano, privándole de uno de sus miembros. Ataca, por fin y en cierto modo, á todas las criaturas, porque procura su ruina, arrebatándolas su Rey: el hombre para quien fueron criadas.

Dios ha manifestado en todos tiempos quanto detesta este horrible pecado. Qué has hecho? le decía á Cain, la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano, de tu mano.

Aunque Cain fuera el primero que derramó la

sangre humana, no fué el primer homicida; ya le habia precedido en este horrible pecado el demonio. Asi lo atestigua el Señor en el Evangelio; lo cual debe entenderse porque en el Paraiso, haciendo pecar á nuestros primeros padres, nos quitó la vida de la gracia, entrando por su causa la muerte en el mundo; ó bien, como sienten graves doctores, porque, conociendo anticipadamente la Encarnacion del Verbo, su envidia le hizo ya desear darle la muerte. Lo cual explica las palabras que dirigia nuestro divino Salvador á los Fariseos, que premeditaban el mismo atentado, diciéndoles: «Vosotros sois hijos del diablo: y quereis cumplir los deseos de vuestro padre: él fué homicida desde el principio»

Por eso el homicidio ha sido llamado con razon pecado diabólico; y Dios le aborrece tanto, que mandó repetidas veces, en la antigua Ley, que los homicidios voluntarios fuesen castigados con severas penas. Conocida es la ley llamada del Talion, que hacia sufrir á los delincuentes lo mismo que por su causa habian sufrido los ofendidos. Y para que el pueblo Hebreo se impresionara mas de cuánto aborrece Dios el homicidio, mandó que se mataran los animales que hubiesen causado la muerte de algun hombre. Por la misma razon, y para que fuese una recomendacion permanente y sensible del cuidado con que debian abstenerse de verter la sangre humana, se habia prohibido á aquellos pueblos, todavía rudos y como en su infancia, el que comieran la de los animales.

CAPITULO LXXVII.

De la solicitud con que deben ser refrenados los movimientos de la ira.

Por las razones expuestas, los padres de familias han de inspirar á sus hijos tal horror al homicidio, que miren al que le comete como una bestia feroz enemiga de la humanidad. Pero, para evitar un concepto equivocado, les harán ver que los jueces tienen una legitima autoridad, y no traspasan el precepto divino cuando imponen la pena de muerte á un reo; antes, por el contrario, cumplen la voluntad de Dios, poniendo en seguridad la vida de los demás ciudadanos, con el castigo y exterminio de los delincuentes.

Y como los mas graves atentados son consecuencia de actos que, reprimidos, no la hubieran producido, teniendo su origen en la ira, la soberbia y demás pasiones del alma, por eso es tan preciso el que desde luego trabajemos por enfrenarlas á la razon y someterlas al yugo del santo temor de Dios. Su divina ley, queriendo alejar de nosotros hasta la mas lejana ocasion del crimen, nos prohíbe abrigar aun la chispa lejana de los malos pensamientos, raiz de todos los pecados.

Por eso nuestro divino Salvador les decia á los Apóstoles, y á las gentes que le rodeaban para escuchar su celestial doctrina: «Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará á juicio. Mas yo os digo, que

todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio: y quien dijere á su hermano raca (alguna palabra de desprecio), obligado será á concilio: y quien dijere insensato (espresiones que infieren grave injuria), quedará obligado á la gehenna del fuego.»

Estas palabras nos enseñan que, no solo debemos abstenernos del homicidio, mas tambien re-frenar la ira, el odio, las palabras injuriosas, los movimientos secretos de venganza, y cuanto pueda inducirnos á deseos que son el origen de aquel grave delito.

Interin los niños son incapaces de conocer toda la fealdad del vicio, el labrador cauto trabajara por extirpar de sus almas hasta las mas pequeñas raices del mal, habituándolos á reprimir los movimientos de la ira y demás pasiones que se ocultan en sus corazones.

Los niños son naturalmente irascibles; cuando no logran satisfacer sus continuados caprichos, ó se resiste lo que apetecen, se abandonan á los movimientos de la cólera, y se vengan á su manera con gritos y llanto.

Es por lo mismo una imprudencia el irritar por juego á los niños y excitarlos á que manifiesten con palabras ó hechos su enojo contra las personas que les contrarian; con lo cual se alimenta en ellos la ira y el deseo de la venganza. Procúrese, por el contrario, habituarlos á soportar pacientemente cualquiera injuria y á reconciliarse prontamente con los que miran con ojeriza; sin gran trabajo se consigue de los pocos años y de un corazon todavía candoroso.

Los niños son de ordinario voluntariosos, y piden mil cosas, que suelen concedérseles para evitar que lloren y griten; esto les da estímulo para tener nuevas exigencias, y poco á poco, no conociendo mas regla que su capricho, se habi-túan á irritarse y enfurecerse á la mas ligera contradiccion. Por eso es de necesidad quebrantar su voluntad, impidiendo que se hagan obstinados y tenaces. Los niños deben obedecer prontamente y con gusto, y prestarse sin dilacion y enfado á cuanto se les manda, como los potros bien domados obedecen al mas ligero movimiento de la mano del jinete.

Estas advertencias son tanto mas necesarias cuanto mayores sean la posicion social y riquezas de las familias á que pertenecen los niños. Los ricos trajes, las comodidades, el lujo y los criados que les rodean, las caricias y aun las adulaciones que se les prodigan, en fin, cuanto miran á su alrededor, todo es muy á propósito para nutrir en ellos el espíritu de soberbia y orgullo. Con esto, y no habiéndoseles puesto en los primeros años un correctivo, se hacen con la edad impetuosos, y, si no son obedecidos á la menor señal, se irritan, prorumpen en palabras groseras ú ofensivas, y se hacen insoportables á todos, especialmente á los que tienen la desgracia de estar á sus órdenes.

Cuidese, para evitarlo, de que los niños se acostumbren á ser sumisos y obedecer, á contentarse con lo que se les dá, á no pedir las cosas con imperio, á devolverlas con agrado cuando se las pidan, y á sufrir que se les contradiga ó se les deniegue lo que pretenden.

A medida que la inteligencia de los niños se desarrolla, se les hará comprender cuán brutal es la ira desenfadada. Los filósofos la califican de un furor pasajero, pues el hombre poseído de esta violenta pasión llega como á privarse de la razón, obrando como pudiera un demente. Su rostro se enciende, sus facciones se inmutan, todo él se agita con descompuestos movimientos, arrojando fuego por los ojos, prorrumpe con labios agitados en gritos, y cuanto dice y hace no es á propósito mas que para dejarle un amargo recuerdo de su locura, cuando la calma le dá lugar para conocerla,

Por esto, el que se deja con frecuencia llevar de la ira, es el menos adecuado para el trato social, y todos le huyen, procurando evitar relaciones con él. No quieras ser amigo del hombre iracundo, dice el Sabio en los Proverbios, ni andes con el hombre furioso. Cómo es dable que ninguno elija por amigo á un frenético, cuyos arrebatos le pueden acarrear graves compromisos, y que con el mas ligero pretesto produce un escándalo, rompiendo violentamente sus relaciones?

Pero al procurar reprimir en los niños los movimientos de la ira, téngase cuidado de arraigar en sus corazones esas pasiones generosas, tan útiles á las veces, y aun necesarias para la práctica de las virtudes. Que siempre conserven una justa indignación contra el pecado; una firmeza inflexible contra las sugerencias de la impiedad ó del vicio; una fortaleza constante para confesarse cristianos y ejercer sus obras, y un santo y prudente zelo por la honra y gloria de Dios!

CAPÍTULO LXXVIII.

Del agrado y afabilidad en el trato.

Cuán bella es la virtud de la mansedumbre! Cuán grata en la presencia de Dios y de los hombres! Ella cautiva los corazones de todos, principalmente cuando se halla en los poderosos y grandes de la tierra. No maravilla encontrarla en los pobres, porque se mira en ellos como virtud necesaria; pero en los potentados, cuanto es menos esperada, tanto mas es apreciada y se comprende su mérito: como se percibe mejor el brillo de un diamante cuando está engastado en un metal precioso. Bien que, el agrado y afabilidad con todos, de nadie son mas propias que de la clase elevada, pues nada indica mejor un corazón noble y generoso; y tal vez ninguna reporta mayores ventajas de mostrarse afable.

De diferentes maneras pueden ser entendidas estas palabras de nuestro divino Salvador: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra;» pero es indudable que, si los grandes unen, á los demas títulos que les concilian respeto, la dulzura en el trato, se atraen la benevolencia de cuantos se les acercan, y llegan á poseer la voluntad y el afecto universal.

Y no se crea que la dulzura y mansedumbre sea incompatible con el valor y energía en el obrar, cuando así lo aconseja la razón. Un fa-

moso sabio ha dicho que el verdadero valiente es impetuoso y fuerte en la pelea, pero manso y afable fuera de ella. Cuántos falsos valientes ostentan, por el contrario, bravura en su trato, y en el momento del peligro se portan con despreciable cobardía!

Moisés, David, elevados de un obscuro nacimiento al mas alto poder, estaban llenos de mansedumbre para con todos; ambos, sin embargo, supieron inflamarse de valor y de un santo zelo contra los prevaricadores, para defender la honra y gloria de Dios.

Los hombres de un caracter dulce y pacífico son indispensables en la direccion de los negocios públicos: en los consejos, en los tribunales y en todos los ramos de la administracion ellos templan y moderan el impetu, la dureza y la precipitacion de los genios fuertes é irascibles que, por desgracia, no faltan en ningun cuerpo. Ellos saben calmar con destreza las discordias y los debates acalorados que provocan esos caracteres discoloros, á quienes basta que otro indique un pensamiento para rechazarle y contradecirle. El varon iracundo, dice Salomon en los Proverbios, mueve rencillas: el que es sufrido, apacigua las que se han suscitado.

Ya no creo preciso detenerme á recomendar que los padres de familias han de cuidar de que sus hijos sean afables y cariñosos con cuantos se les acercan; pero permitaseme indicarles que deben acostumbrarlos á soportar, haciendo que no lo perciben, las palabras y modales menos finos, y á las veces demasiado francos, de ciertas personas,

cuya falta de cultura ó talento debemos disimular con cristiana caridad. Además, una persona demasiado susceptible y que por todo se irrita, está expuesta á no tener un momento de calma. Por eso decia nuestro divino Redentor: «Aprended de mi, que soy manso y humilde, y hallareis reposo para vuestras almas.»

CAPITULO LXXIX.

Del perdon de las injurias.

He dicho en otro lugar que la perfeccion de la Ley evangélica está en la caridad, de modo que la cumplimos amando á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. De aquí se concibe la gravedad del pecado de odio contra nuestros hermanos, y la malicia de esa dura obstinacion que no quiere remitir una ofensa ni perdonar una injuria.

Uno de los actos mas sublimes y perfectos del cristianismo consiste en perdonar á los que nos han ofendido, y amar, por el amor de Dios, á nuestros propios enemigos. Esta virtud tiene un no sé qué de divino que nos eleva sobre nuestra humana condicion, haciéndonos como semejantes á Dios. Así lo decia nuestro divino Salvador, cuando, conversando con sus discipulos, les exhortaba vivamente á realizar, con el socorro de la gracia, este heróico esfuerzo, que tanto resiste nuestra corrompida naturaleza.

Jesucristo puso el sello á su celestial doctrina con el ejemplo, entregándose cual manso cordero

á la ignominiosa muerte de la cruz. En medio de los mas terribles dolores, pide á su eterno Padre que perdone á sus verdugos, y ofrece su sangre inmaculada por los mismos que con tanto furor la derramaban!

Pero el demonio, enemigo irreconciliable del género humano, no pudiendo soportar el que los hombres se acercaran á Dios por la práctica de una de las mas bellas virtudes, ha procurado sembrar su infernal cizaña; y para inocular en los corazones el orgullo, la ira, el odio y la venganza de que se halla poseido, ha logrado introducir en el mundo ciertas máximas, llamadas, contra toda razon, leyes del honor.... Desgraciadas leyes las que tienen que reconocer como cierto este detestable absurdo: El mas valiente y diestro es el mas honrado de todos los hombres! A pesar de todo, aquellas funestas leyes prevalecen en la sociedad, y no pocas victimas, sacrificadas al infierno en las aras del odio, han perdido con la vida la salvacion de sus almas.

Horror á esos desventurados padres que, verdaderos ministros de Lucifer, le ayudan en la perdicion de sus hijos, impregnando en ellos desde los primeros años aquellas detestables máximas, en vez de criarles en el santo temor de Dios y en los principios de la caridad cristiana! Ellos manifiestan á todas horas su encono contra las personas que les han podido ofender ó miran como antipáticas, prorumpen en dichos injuriosos, expresan con voces enérgicas su deseo de hallar un medio de venganza, y, con una serie no interrumpida de dichos y hechos, parece que quieren transmitir

á sus hijos los sentimientos de odio que abrigan sus emponzoñados corazones, dejándoles el funesto legado de inveteradas enemistades,

Con frecuencia é impremeditacion se dice, aun por personas que desean pasar por buenos cristianos : Qué mal hizo fulano en sufrirlo, yo le doy de bofetadas. — No debió de tolerarlo, en su caso yo no paro hasta verle en un calabozo. — Yo le perdono, pero que no se me presente, porque le arrojaré de mi casa. Estas y semejantes expresiones se repiten á cada paso, sin cuidarse de que las escuchan los niños; pero estos las recojen, las conservan, y en su dia las repiten, añadiendo, como para darles mas valor : Asi lo decia mi padre.

Cuide por tanto, el que desea educar bien á sus hijos, de no permitirse, ni permitir en su presencia tales dichos. Los niños solo deben conservar de sus padres el recuerdo de palabras de paz, de union y caridad.

CAPITULO LXXX.

Varias razones que nos deben estimular á perdonar las injurias.

El padre de familias no debe contentarse con decir á sus hijos que, el amor á nuestros enemigos y el perdon de las injurias, nos hacen semejantes en cierto modo á Dios, segun aquellas palabras de nuestro divino Salvador : « Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados; » sino que además ha de hacerles ver, que la ver-

dadera nobleza cristiana no admite leyes contrarias á la ley de Dios. Piense y diga el mundo lo que quiera, el honor verdadero no puede pender de sus desacertados juicios. Los mas esforzados Mártires aparecieron deshonorados á los ojos de los mundanos, cuando, por no ofender al supremo Rey del Cielo, renunciaron á cuanto poseian de los Principes de la tierra, dejándose voluntariamente despojar de las insignias de sus cargos; y es bien cierto que, ni tales actos con que se pensaba degradarlos, ni la cruel y afrentosa muerte que sufrieron, rebajaron en lo mas minimo su honor, que permaneció tan puro como en los dias en que el mundo les acataba constituidos en dignidad. El honor verdadero estriba en la verdadera virtud, ésta no consiste en la opinion de los hombres, y, lo mismo que el vicio, no pende de lo que digan y hagan los demás; de otro modo seriamos virtuosos ó viciosos al ageno capricho. No, la virtud no pende sinó de la conformidad de nuestras acciones libres con los divinos preceptos.

¿No sería cruel, y aun absurdo, el que cualquiera, con solo injuriarnos, pudiera quitarnos el honor que una buena vida nos habia conservado por espacio de treinta ó cuarenta años? Bien lejos de ser así, el deshonor debe recaer sobre el injuriante, porque la injuria es una injusticia, es una culpa; y nada mas deshonoroso, mas vergonzoso y vil que el pecado. Hasta los mismos filósofos gentiles nos han dejado consignado que vale mas sufrir que hacer una injuria; é ilustrados por la sola razon natural, compren-

dieron que un alma generosa debe despreciar las injurias, á que llamaron magnanimidad, y que la mas grande de las victorias es refrenar la cólera y vencerse á sí mismos. Y aun la experiencia nos muestra que las mujeres mas débiles, y los mas tímidos corazones, son los mas inclinados á la venganza.

El padre de familias ha de procurar que sus hijos adquieran sentimientos verdaderamente nobles y generosos, y que la virtud sea el único móvil de sus acciones. Si alguno, por envidia ó malevolencia, ataca su reputacion, acostúmbrense á dejarlo pasar por desapercibido, y que sus actos confundan al calumniador, haciendo ver su maldad é impostura. Pero si lo que se les reprocha fuese cierto, entónces si que deben irritarse, pero no contra el que lo dijo, sinó contra sí mismos para corregirse, viendo en aquello mas que una injuria, una correccion amigable. Así, aun los enemigos llegan á sernos útiles; y hasta varios autores paganos nos han mostrado que frecuentemente un enemigo nos aprovecha mas para nuestros verdaderos intereses que los amigos, porque su maledicencia nos hace abrir los ojos; descubriéndonos defectos que acaso no conociamos, nos proporciona la ocasion de corregirlos.

Hágase comprender á los niños que no es de corazones generosos y nobles volver mal por mal, y que las almas grandes desprecian las injurias, dándolas al olvido, á la vez que recompensan con liberalidad los mas lijeros servicios.

Refiérese de un antiguo rey que, despreciando

la maledicencia, solia decir: Los principes deben contar con que ha de hablarse mal de todos sus actos, por mas que procuren obrar bien. Lo mismo pudiera decirse de cuantos desean vivir cristianamente; los cuales, por lo tanto, se deben esforzar en sufrir pacientemente á los que les injurian con sus falsas imputaciones y dichos malignos.

En fin, los padres deben hacer ver á sus hijos que faltan á los deberes de ciudadanos los que pretenden erigirse jueces de la injuria recibida, arrogándose, con desprecio de las leyes y de la pública autoridad, el derecho de castigar á personas sobre las cuales ninguna jurisdiccion tienen. Esto es turbar el buen orden de la sociedad, tanto mas, quanto que ninguno puede ser justo juez en causa propia, porque la pasion impide apreciar con exactitud la naturaleza de la ofensa, y el amor propio presenta siempre con exageracion su gravedad. La esperiencia nos muestra con frecuencia los excesos á que se deja llevar un corazon poseido de cólera, llegando á derramar la sangre acaso de toda una familia por una palabra poco meditada, por una mirada mal interpretada, ó cualquiera otro motivo igualmente ligero.

CAPITULO LXXXI.

Otras razones sacadas particularmente de la doctrina cristiana, respecto al perdon de las injurias

Aunque la sola luz de la razon sea bastante para conocer la falsedad de la doctrina que los mundanos quieren establecer, con el especioso

nombre de leyes de honor ; como los principios eternos que Dios se ha dignado revelarnos han de tener mas eficacia y autoridad sobre los corazones cristianos , el padre de familias debe cuidar de inculcarlos frecuentemente á sus hijos.

Les hablará primeramente de la voluntad de Dios, que ha prometido hacer suya nuestra causa, si nosotros remitimos las injurias y perdonamos á nuestros enemigos. Por eso escribia el Apóstol á los Romanos: « No os defendais á vosotros mismos, muy amados míos, mas dad lugar á que se apacigüe vuestra ira , porque escrito está : « A mí me pertenece la venganza : yo pagaré , dice el Señor. » Y aconsejándoles luego á que hagan bien á sus enemigos : concluye diciendo : « No te dejes vencer de lo malo : mas vence el mal con el bien. » A la verdad , no hay victoria mas noble ni mas hermosa venganza , que vencer con nuestros beneficios la perversidad del que nos ofendió.

Las santas Escrituras comparan á los elegidos del Señor con las ovejas , animales inofensivos y pacientísimos. La naturaleza les ha negado dientes, uñas ó cuernos con qué atacar ; carecen de armas con qué resistir las agresiones de los demás animales , y ni aun pueden apelar á la velocidad de la carrera : toda su defensa descansa en la vigilancia del pastor. Tal debe ser un verdadero cristiano ; incapaz de ofender á nadie. Tal era David, cuyos Salmos todos respiran la confianza en Dios, á quien llama gozoso su protector, su defensor, su apoyo , su refugio y su fortaleza contra todos los enemigos.

○ Haga el padre que los hijos fijen su atencion

en las graves ofensas que cada día y á todas horas se cometen contra Dios, Soberano Señor, Criador y constante bienhechor de los hombres, y en la longanimidad con que las sufre su infinita bondad, aguardando la conversion de los pecadores. El mismo les busca é invita el primero á la reconciliacion; y cuando percibe de lejos que se levantan para volver á él, corre á su encuentro, abriéndoles los brazos de su misericordia.

Pues ¿cómo un miserable gusano de la tierra osará rehusar á su hermano y su consiervo el perdón de cien denarios (esto es, una ligera ofensa), cuando el Señor le ha perdonado su deuda de diez mil talentos (tantas y tan graves culpas), como nos lo enseña nuestro divino Salvador en una de sus bellas parábolas?

El que desea que Dios le perdone ha de perdonar á su prójimo; tal es la ley establecida por el supremo Juez: nadie presume conseguir indulgencia si no ha sido indulgente para con los demás.

Los niños deben comprender que nada deshonra mas que el pecado; que no puede haber honra sin la observancia de la divina ley, y que el verdadero honor no pende de las opiniones de los hombres, sinó del juicio de Dios. Día llegará en que su infinita bondad recompense con tanta munificencia á los que le sirvieron, que los mundanos se llenarán de asombro. Entonces abrirán los ojos que sus culpas les cerraban, y arrepentidos, aunque tarde, de haber juzgado tan lijera y desacertadamente las acciones de las personas virtuosas, exelamarán, repitiendo las palabras de la Salduría: Estos son los que en otro tiempo

tuvimos por escarnio , y como ejemplo de oprobio. Nosotros insensatos teniamos su vida por locura , y su fin por una deshonra : ved como han sido contados entre los hijos de Dios , y entre los Santos está la suerte de ellos.

Y como el enojo y la ira , que se encienden en nosotros contra el prójimo , proceden de la conviccion que formamos de que nos ha ofendido , el padre de familias hará que sus hijos entiendan que realmente no podemos recibir ofensa ninguna mas que de nosotros mismos. Verdad asentada por muchos Santos Padres , que desenvolvió con su acostumbrada elocuencia S. Juan Crisóstomo , y que comprenderemos considerando que las verdaderas ofensas son las que hieren al alma , esto es , los pecados , que le privan de la vida de la gracia , la sujetan á la esclavitud del demonio y la condenan al infierno ; daño que nadie puede causarnos mas que nuestra propia voluntad.

El cristiano sabe tambien que todo , aun lo que mas nos aflige , acontece por el permiso de Dios , que lo dispone para nuestro bien ; y asi lejos de irritarse contra el que nos agravió , debe humillarse ante la presencia del Señor , acatando su providencia , que permite seamos contristados , y aun ofendidos , para despertarnos del sueño del pecado , para conservarnos en la virtud , para acrisolarla , haciendo mas gloriosa nuestra corona , ó para otro designio que ceda en su mayor gloria y provecho nuestro. Por eso , si en vez de dañarnos á nosotros mismos , dejándonos arrastrar de la impaciencia y la cólera , recibimos con Job quanto nos acontece como venido de la mano de

Dios, las miserias pasajeras de este mundo nos procurarán grandes y eternas riquezas para el Cielo.

Con estas y semejantes consideraciones persuadirán los padres á sus hijos á perdonar generosamente las injurias, á no herir mortalmente sus propias almas, manteniendo en sus corazones rencor contra sus hermanos, cuyas flaquezas deben sufrir pacientemente rogando á Dios que con ellos les haga participantes de su Gloria.

CAPITULO LXXXII.

Del cuidado que debe tenerse de la buena reputacion.

No seria lógico deducir, de cuanto dejamos expuesto, que un cristiano debe prescindir de su reputacion y del aprecio de sus conciudadanos. Salomon, en los Proverbios, coloca un nombre honroso sobre las mayores riquezas; y es indudable que un buen renombre y crédito afianzado, son de ordinario excelentes medios para servir útilmente á la patria. Por eso, generalmente hablando, no se debe despreciar el buen concepto que los demás tengan de nosotros.

Pero el cristiano, regulándolo todo con santa prudencia, debe hallarse convencido de que el verdadero honor se conserva por los mismos medios que se adquiere, esto es, por la práctica de las virtudes; que no hay accion laudable y honrosa si repugna á la ley de Dios, y que, observando esta, nada puede ofender con justicia su reputacion. Si el mundo, apoyado en sus falsos principios, piensa de otra manera, el cristiano, sin temer sus er-

rados juicios, debe seguir el camino que Dios le ha trazado, seguro de que los tiros de la maledicencia no pueden lastimar su verdadero honor.

Yo aquí no me ocupo de esa perfeccion sublime que desprecia todas las cosas del mundo para caminar mas ligeramente al Cielo; mas solo de los deberes de la vida comun y social. En este sentido, lejos de acriminar al cristiano el que conserve sus empleos y distinciones, le aconsejo que no se exponga al desprecio de los demás y á que le injurien, procediendo en sus actos sin la debida prudencia. En todas sus acciones, sus palabras y relaciones debe mostrarse grave, á la vez que afable, y hacerse digno de respeto, aunque sin orgullo ni vanidad.

Tampoco está prohibido al cristiano que procure conservar sus bienes y sus derechos; lo cual suele hasta ser un deber, singularmente para los que tienen hijos. Pero en todo caso no puede hacerse uso mas que de medios licitos aprobados por las leyes, teniendo á la vista lo que Dios nos manda, para no ofender su justicia, y procediendo siempre sin ira ni encono contra el prójimo.

El buen padre de familias ha de persuadir a sus hijos que no se deben dar por ofendidos de cualquiera palabra dicha con ligereza ó impremeditacion, trasformando en una montaña la pequeña piedra en que se tropezó. Hay ocasiones en que conviene dejar pasar las cosas como si no se vieran ú oyeran, y que un corazon generoso debe disimular y olvidar, continuando en hacer bien á los que pudieron ofenderle. Las personas honradas siempre han de hacer justicia á los que sa

producen con caridad é hidalguía, y el tiempo viene á descubrir la verdad, poniendo á cada cual en su verdadero lugar.

Vale mas ser pronto á perdonar, haciendo como profesion de olvidar las injurias, que manifestarse quisquilloso y demasiado susceptible.

Si nos encontramos empeñados en algun asunto de intereses, causa frecuente de contestaciones odiosas é irritantes, conviene no llevar las pretensiones al último extremo, y convenir en perder algo por conservar la paz y las buenas relaciones con nuestro adversario.

Justo es que atendamos á nuestras fortunas; pero el mundo no conoce limites respecto á este punto. El cristiano, por lo tanto, no debe olvidar cuán ventajoso es á las veces perder algunos reales á fin de conservar el amor del prójimo. Conviene, decía un sabio, sacrificar un poco de nuestros derechos á la dicha de vivir en paz.

En fin, el padre de familias hará comprender á sus hijos que, si es justo apreciar la estimacion de los hombres, tan expuestos á equivocarse en sus juicios, con mucha más razon debemos buscar la de Dios, que no puede engañarse; y que por lo mismo, jamás es lícito traspasar ó dejar de cumplir los divinos preceptos por el que dirán de los hombres. Si por mostrarse fieles á las leyes del Señor el mundo les critica ó ridiculiza, que aprendan á decir con S. Palo: «Poco me importa ser juzgado de vosotros. Cuando venga el Señor, él aclarará aun las cosas escondidas de las tinieblas, y manifestará los designios de los corazones: y entónces cada uno tendrá de Dios la alabanza.»

CAPITULO LXXXIII.

De la desconfianza excesiva.

No faltará quien juzgue que me detengo demasiado en el quinto mandamiento; pero fácilmente comprenderá cuán difícil era que pudiera tratar esta materia de corrido, considerando los innumerables males causados por la ira y por el culto que los hombres tributan al ídolo del falso honor; y trayendo á la memoria las ciudades arruinadas, las provincias desoladas, las divisiones y discordias de que nos hablan las historias, y cuanto hemos presenciado en nuestros dias.

Por eso voy á decir aun algunas palabras acerca de un punto que juzgo de importancia.

El principal objeto de una buena educacion es prevenir las causas hasta remotas del mal; y por lo mismo es utilísimo, para evitar en los niños la ira, el odio y sus fatales consecuencias, el habituarles á no ser excesivamente recelosos. Es de temer que los padres, sea con designio, sea por inadvertencia, les hagan incurrir en esa estrema desconfianza que no es propia de los jóvenes, pero en que suelen caer los ancianos, á quienes los ejemplares de la malicia del corazon humano que presenciaron, y la nieve de los años arrastran á desconfiar de todos. Hay algunos que piensan dar una provechosa leccion á sus hijos: diciéndoles: No creais á nadie ni tengais confianza en ninguno; vivid muy alerta de cuantos os ro-

dean... Esto es condenarles á una vida penosa y llena de inquietudes y zozobras.

El que pretende saber cuanto de sí se dice, y dá oídos á cuentos y enredos, no carecerá de motivos para irritarse contra su prójimo, y frecuentemente sin justa causa; porque no faltan personas habladoras y chismosas que se complacen en sembrar la discordia y el escándalo. Prestad asenso á sus palabras, y todos los dias os vendrán con nuevas habladurias: Este ha dicho aquello; el otro ha procedido de tal modo; y se muestran, al hablaros, tan celosos de vuestra reputacion, y dan tal colorido é importancia á las cosas mas insignificantes, que no es dable que un genio irascible pueda contenerse, y deje de buscar la ocasion de vengarse, ó de prodigar al que supone su detractor las palabras mas injuriosas y ofensivas. Llega el enredo á descubrirse, pero no es ya posible recojer lo que se dijo: no basta confesar que nos equivocamos ó fuimos mal informados; las cosas han llegado á su término, y enconadas enemistades son la consecuencia inevitable de nuestra lijereza é impremeditacion.

Las personas de un carácter receloso, susceptible, dispuesto á escuchar los chismes de la maledicencia y la calumnia, alimentan en su corazon la ira, y deben temer que la cólera y el miedo les precipiten á cometer los mas feos delitos contra el bienestar y aun la vida de sus prójimos.

Es por lo tanto preciso arrancar muy desde los principios las raices del mal, acostumbrando á los niños á no ser extremadamente desconfiados, á no andar indagando con necia curiosidad lo

que de ellos se dice, y á no dar oídos á esas personas que David, en sus Salmos, designa con estas palabras: «Al que en oculto decia mal de su prójimo, á este perseguía.»

Persuádase á los niños á vivir cristianamente, conforme á los divinos preceptos, y á no inquietarse que hablen mal de ellos, calumniándolos y pretendiendo humillarles. Si algun murmurador ó aficionado á chismes pretende ganar su confianza, que resistan sus insidiosas indicaciones, é imponiéndoles silencio con el desprecio de sus primeros ataques, extinguirán á tiempo la chispa que amenazaba un fuego voraz.

¿No escuchamos todos los días hablar mal de los Principes, de las autoridades, de las personas mas virtuosas y hasta del mismo Cielo, á quien no respeta la impiedad y maledicencia? Pues no debemos extrañar que se diga mal de nosotros, llenos de tantos defectos, por los cuales merecemos bien el ser reprendidos. Y aun cuando en realidad estuviésemos inocentes de lo que se nos achaca, sabemos harto que en otros puntos tenemos no poco por qué humillarnos.

Cuiden los padres de que sus hijos se acostumbren á no juzgar con precipitacion, á no dar ligeramente asenso á todo, y á no atormentarse á si mismos, y perder tal vez sus mejores amigos, por abandonarse á infundadas sospechas.

Pero no se crea por esto que los padres de familias hayan de abandonar la vigilancia que deben tener acerca de cuanto pasa en sus casas, para corregir los abusos que adviertan, sino que, asi como han de ser cautos en prevenir los ma

les, han de ser circunspectos en sospechar de las personas.

En suma, yo no condeno la vigilancia y precaucion, mas solo la excesiva credulidad y desconfianza.

CAPITULO LXXXIV.

Del sexto mandamiento.

En este precepto, á la vez que los actos contra la pureza, se condenan las malas afecciones y deseos del corazon, de la misma manera que en el quinto y demás mandamientos de la ley de Dios, que, como dice S. Pablo, es espiritual, y en este sentido debe ser entendida.

Aunque la ley antigua ponía freno á las inclinaciones del corazon, quiso nuestro divino Salvador explicar claramente como se debian entender el sexto precepto, á fin de que no quedase pretexto para interpretarle farisáica y materialmente. Por eso, instruyendo á las gentes, les decia, segun refiere S. Mateo: «Todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometi6 adulterio con ella en su corazon.»

No es posible desconocer cuán necesario nos es velar incesantemente sobre nuestro corazon con santo temor, y pedir humildemente á Dios que nos haga puros y castos; nuestras reiteradas oraciones nos alcanzarán gracia para cumplir con fidelidad este precepto, que, á la vez que nos prohíbe toda impureza, nos manda observar las leyes del pudor y de la castidad.

La castidad ! virtud tan necesaria á los esposos como á las vírgenes ; virtud precisa en todos los estados , en todas las edades y en todas las condiciones de la vida ! Cómo es posible sin castidad y pureza formar parte del cortejo que acompaña en los Cielos el Cordero inmaculado ?

Justo será, pues, que los padres pongan una esmerada solicitud en conservar en sus hijos tan precioso tesoro !

CAPITULO LXXXV.

Cuidados paternos para que los hijos conserven la virtud de la Castidad.

La ira y la concupiscencia son acaso las dos pasiones mas violentas del hombre. Teniéndolas enfrenadas y sujetas á la razon y á la ley de Dios, nos sirven de instrumentos útiles para los actos humanos ; pero si, en lugar de reprimirlas, las dejamos correr con todo su ímpetu, llegan á ser la causa de los mas lamentables desórdenes.

Algunos filósofos compararon con razon el alma á un carro tirado por dos briosos caballos, que son el apetito concupiscible y el irascible, cuyo conductor es la razon, á quien toca enfrenarles y hacerles marchar por el camino derecho.

Aunque de su naturaleza fieros, estos apetitos pueden ser disciplinados y acostumbrados á obedecer á la razon ; pero para conseguir esta sumision es preciso mucho estudio, gran constancia y no poco trabajo.

Y en verdad que, si para domar un caballo no perdonamos medios ni fatigas, justo será emplear toda nuestra solicitud en someter el apetito desordenado á la razon, empresa en verdad harto mas importante para nosotros por sus consecuencias.

Que los padres no cesen de interponer toda su diligenciá en educar bien á sus hijos; que tengan siempre presente cuán laudable y ventajoso es el formar un hombre que dé gloria á Dios, honor á sus padres y lustre á su patria. La eterna salud de los hijos y el bien general están igualmente interesados en ver perfeccionada tan excelente obra, que no pueden igualar ningunas de las mejor acabadas por los mas hábiles artistas.

Despues de haber indicado, en los precedentes capitulos, los medios de reprimir la ira, me resta mostrar cómo puede ponerse freno á la concupiscencia.

Ante todo, es preciso empezar á reprimirla cuando los niños son aun de corta edad, y antes que les precipite en el abismo de pecados, tanto mas abominables, cuanto que se fortifican y hacen mas incorregibles de dia en dia. Así lo vemos con harta frecuencia, pues el vicio de la sensualidad es una inmensa red en que el espíritu infernal aprisiona infinitas almas, para sumirlas en los tormentos eternos.

Ninguna edad está al abrigo de los estímulos de la carne, y mientras vivimos en este valle de lágrimas, si Dios no la preserva con su gracia, y su santo temor no la sirve de correctivo contra su propia corrupcion, no engendrará sino podre-

dumbre. Cierto es; pero no lo es menos que, este enemigo doméstico, ataca principalmente á la juventud, en cuyo mayor vigor y robustez encuentra mas asidero.

Por esõ es preciso prevenir muy desde los principios ese incendio que abrasa tantas almas; pues que llevamos dentro de nosotros mismos el foco del terrible fuego que atiza el infierno y el mundo promueve.

La buena educacion ha de mostrarse aqui llena de solicitud, y no perdonar medio ninguno para llegar á su objeto. Con los auxilios de la divina gracia, que alcanza siempre una fervorosa y humilde oracion, logrará que los jóvenes sean otros tantos vasos de pureza, consagrados al Señor, y destinados para las puras delicias de la Gloria.

CAPITULO LXXXVI.

De la excesiva indulgencia con los jóvenes.

Antes de hablar en detalle de los deberes y cuidados paternales respecto á la castidad de sus hijos, no puedo menos de clamar contra ciertas personas, que se tienen por entendidas y prudentes, y que dicen ser preciso no mostrarse rigidos, saber disimular, y permitir que los hombres, durante su juventud, den cierto desahogo á la impetuosidad de la edad; den su carrera, segun una vulgar espresion. Hartos y cansados, dicen, de ciertos vanos p'aceres, ellos volverán con mas calma y tranquilidad al trabajo y á los cuidados de la vida doméstica y social, entregán-

dose del todo á pensamientos razonables y graves; semejantes, en cierto modo, á los potros que, antes de ser domados, corren y brincan libremente por los prados.

Esta opinion, si es permitido llamar así tan conocido error, muestra bien claramente ser el producto de una prudencia carnal, de esa falsa sabiduría que las Escrituras Sagradas llaman terrena, animal, diabólica y enemiga de Dios.

Ni se penetra, ni es posible penetrar en el camino de la virtud por la puerta del vicio. No es imaginable hacerse perito en un arte, ejercitando actos que le son contrarios; por lo mismo es un absurdo persuadirse que puede ser un medio de llegar á ser casto el dar rienda suelta á la sensualidad. Nada tan falso como pretender que la juventud pierda su impetuosidad entregándose á sus movimientos; bien al contrario, con esto solo se consigue aumentarla. La repeticion de unos mismos actos es como la leña que mantiene la actividad del fuego; nuestra fragil y corrompida naturaleza tiene tal inclinacion á los deleites carnales, que, si no se reprime con gran solícitud, adquiere tanta fuerza y vigor, que domina enteramente al hombre, arrastrándole hasta perder el temor de Dios y el de los hombres. Los placeres á que nos entregamos, y que con tal avidez desean los sentidos, nos arrastran como un torrente impetuoso, nos hacen abandonar nuestros deberes, ciegan nuestra razon, y nos hacen semejantes á las bestias.

No hay vicio ninguno, dicen los Santos, que oscurezca tanto la inteligencia, que la sumerja

tan profundamente en el fango, y sea mas contrario á las operaciones del espíritu, como el de la impureza. Los mismos filósofos paganos los comprendieron así, y le reputaron un obstáculo para entregarse al estudio de las ciencias.

Ahora bien, con cuánta mayor razon no le debe huir un cristiano, que conoce, además de sus inconvenientes temporales y sensibles, sus fatales consecuencias para la vida espiritual y eterna: la enemistad de Dios, la pérdida del alma, las penas inextinguibles del infierno!

Un solo acto puede atraer sobre nosotros tan terribles males; así nada mas inconcebible que oír decir á un cristiano: Es jóven, dejadle correr; es decir, dejadle que se precipite en un eterno abismo; dejadle que se suicide. Pero no es extraño que se expresen en estos términos ciertas personas, recordando las tinieblas de que la impureza rodea el entendimiento; pues hay hombres tan ciegos en este punto que, juzgando á los demás por sí mismos, no solo niegan que otro cualquiera viva honestamente, mas miran la vida casta como una cosa imposible. De tal aseveracion á la herejía no hay mas que un paso, y nos lo confirman mil ejemplos ruidosos de nuestros dias.

El padre de familias debe, por lo tanto, tener presente que, si para extirpar la raiz de los vicios y hacer germinar las virtudes en el corazón de sus hijos, es preciso ser vigilante, y empezar muy pronto la tarea, sus cuidados y solicitud han de aumentarse para lograr que conserven la preciosa joya de la castidad. La razon y la experiencia enseñan que, vencido á tiempo, el impuro ene-

migo, cada dia se hace mas débil, y pierde poco á poco sus fuerzas; pero si consigue, por el contrario, apoderarse de un pobre niño, se hace mas fuerte á medida que se debilita el alma. Cuán raro y difícil es entónces librarse de su tiránico dominio! Y si, con los auxilios de una gracia especial de Dios, se llegase á conseguir, no será sinó despues de rudos combates; porque los movimientos de la carne son mas difíciles de contener en los que no los contrariaron siempre, aunque solo haya sido dentro de los límites del matrimonio.

Por eso los santos Padres califican de laboriosas la continencia y castidad de las viudas; interin las vírgenes, siempre victoriosas de este doméstico adversario, experimentan menos sus ataques, y le vencen mas fácilmente con los auxilios de la divina gracia.

CAPITULO LXXXVII.

De la prudencia con que debe hablarse de la castidad.

Es tan grande nuestra miseria, y tenemos tal inclinacion al pecado, que hasta los discursos encaminados á combatir los vicios suelen á las veces producirlos ó excitarlos. Por eso los padres de familias, al hablar con sus hijos de una materia tan escabrosa, han de proceder con gran prudencia y circunspeccion, evitando el entrar en detalles de ningun género. Los predicadores y hasta los confesores, deben ser sumamente cautos en este punto.

Por regla general, durante la infancia basta poner en juego los medios de que hablaré mas adelante, propios para desterrar el vicio de la impureza y desarrollar la virtud contraria, sin que sea necesario, ni acaso convenga, el entrar en razonamientos.

Cuando los años hayan dado cierta madurez de juicio, y la buena educacion tenga tan bien preparado el ánimo de un jóven, que no haya peligro en descubrirle las arterias de su terrible adversario, podrá el padre hablarle detenidamente de la castidad, procurando inflamar en su corazon el amor á tan bella virtud, y hacerle mirar con horror los vanos placeres que pueden arrebatársela.

Pero principalmente, cuando los jóvenes estén en tiempo de contraer matrimonio, convendrá que los padres les exhorten enérgicamente á guardar con fidelidad la fé conyugal. Asi lo hacia el santo anciano Tobias, en aquella sentida instruccion á su hijo, tan digna de ser leida y estudiada por los padres de familias.

Estos podrán aprovechar con fruto, para dar consejos á sus hijos, lo que dejo escrito acerca del Sacramento del Matrimonio en el libro primero.

CAPITULO LXXXVIII.

Motivos cristianos que nos deben estimular á vivir castamente.

Voy á presentar algunas reflexiones en elogio de la castidad, de las que puedan servirse los padres de familias para hacerla amable á los ojos

de sus hijos, como aborrecible el abominable vicio de la impureza.

La primera consideracion debe ser la voluntad de Dios, y el precepto que nos impone de vivir castamente; pues aunque sea esta razon aplicable á los demás mandamientos, conviene con esto recordar que Dios ama particularmente á las almas puras

Por eso decia S. Pablo, escribiendo á los Thesalonicenses: «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion: que os abstengais de fornicacion, que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificacion y honor: no en afecto de concupiscencia, como los Gentiles, que no conocen á Dios.... Porque no nos llamó Dios para inmundicia, sinó para santificacion.»

Por qué llama el Apóstol especialmente á la castidad santificacion, como si la santidad y la castidad fuesen una misma cosa?

Esta sola virtud no basta para nuestra santificacion, y el Evangelio nos habla de virgenes necias; pero cuando se posee, ella nos auxilia para conseguir todas las otras. Además, la palabra santidad quiere decir exencion de todo vicio, y tal puede tambien decirse respectivamente de la castidad. En fin, el que es verdaderamente casto de alma y cuerpo es al mismo tiempo santo, segun aquellas palabras de nuestro divino Salvador: «Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á Dios.»

Los padres de familias harán que sus hijos conciban amor á la pureza, mostrándoles cuán grata es al Señor, y cuánto le complace recibir en ho-

menaje la flor limpia de una juventud inocente. Que comprendan que las personas vírgenes son como ángeles en la tierra, y que despues lo serán en el Cielo. Segun los teólogos, además de la beatitud esencial, comun á todos los elegidos, que consiste en la vision y goce de Dios, la virginidad tendrá en el Cielo una hermosura, un esplendor y una gloria especial, que llaman auréola, y con que Dios quiere que sea distinguida; como en la tierra se marcan con particulares distintivos las personas que gozan autoridad ó puestos de importancia.

Dichoso el que, velando con santo temor y solicitud, y encomendándose humildemente á Dios, sabe conservar esa perla preciosa, que incesantemente trata de arrebatarlos el infierno!

Los jóvenes deben saber que tanto nuestras almas como nuestros cuerpos son templos de Dios, y morada del Espiritu Santo, desde que fuimos santificados por los Sacramentos y unidos á Jesucristo. Pues ¿cuánta injuria no hacemos al Señor cuando le arrojamos de nuestro corazon, entregándonos al pecado abominable de la lujuria, y haciéndonos una sentina del vicio? «¿No sabeis, decia S. Pablo á los Corintios, que vuestros cuerpos son miembros de Christo? ¿Quitaré pues yo los miembros de Christo, y los haré miembros de ramera? No por cierto.»

El mismo santo Apóstol les había dicho anteriormente: «¿No sabeis que sois templo de Dios, y que el Espiritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es.»

Conviene, por lo tanto, que el cristiano tenga un cierto respeto á su propia carne, guardándose de sumirla en el fango de la impureza, recordando que Dios, suma pureza, quiso tomar nuestra naturaleza, y que su carne virginal nos alimenta en el admirable Sacramento de la Eucaristía.

CAPITULO LXXXIX.

De los males temporales que acarrea el vicio de la impureza.

El vicio vergonzoso de la lujuria no solo produce funestas consecuencias en el órden espiritual, pues que graves males temporales son sus inseparables compañeros.

A la vez que, por un momentáneo placer, se pierden la gracia de Dios y el reino de los Cielos, incurriendo en eternas penas, se presentan frecuentemente los gérmenes de graves y dolorosas enfermedades para el cuerpo, y siempre para el alma los remordimientos y la vergüenza, emponzoñándose así la existencia toda entera, y haciéndose odioso, sinó imposible, el cumplimiento de los deberes domésticos y sociales.

Los hombres entregados á los placeres de la sensualidad, extenuando el vigor de su naturaleza, destruyen su salud, se llenan de padecimientos, y mueren prematuramente; interin los castos gozan de buena salud y larga vida. Estos, además, conservan mejor el uso de sus potencias intelectuales, y son, por lo tanto, mas á propósito para

el estudio de las ciencias y bellas artes, para el ejercicio de la magistratura, y para cuanto exige talento, reflexion y prudencia.

El hombre carnal se concentra de tal manera en los sentidos, que se hace semejante hasta cierto punto á las bestias; pues ni puede levantar su pensamiento á nada que sea espiritual, ni encuentra complacencia, como los animales inmundos, mas que en el cieno.

Un santo Doctor hace notar, justamente, que la delectacion impura absorbe del todo al hombre, y que no hay ciudadanos mas perniciosos que los dados á la lujuria. Alhagando su pasion favorita, les vereis abandonar el camino de la justicia, con tanta facilidad como se corrompe el avaro con el oro que forma su delicia.

Hablaré de las ruinas de las familias, de esos crecidos y locos dispendios en que empeña la satisfaccion de los apetitos desarreglados? Diré la vergüenza que necesariamente sigue á tan depravada conducta?

El deshonesto viene á ser el blanco de las hablillas del vulgo, y un objeto de desprecio; gastados en los placeres la juventud y la reputacion, no puede aspirar á ocupar en la sociedad un puesto honroso, y es la causa de que se extinga sin gloria una familia, acaso hasta entónces honrada.

No creo necesario hacer ver las desazones, las quimeras, los zelos, las funestas enemistades que con tanta frecuencia origina el vicio que combato; ¿quién ha llegado á la edad madura sin presenciar reiterados casos?

Pero no puedo dejar de lamentarme de ciertas

personas de nacimiento elevado, poderosas por su posicion social ó por sus riquezas, á quien rodea gran número de criados, y que se hacen siervos de los mismos que les sirven, escogiéndoles para encubridores y agentes de sus vergonzosos placeres. De suerte que, con frecuencia, una persona elevada é ilustre se halla en la necesidad de alhagar á hombres viles é infames, por temor de que descubran sus vicios; como sucede casi siempre, para justo castigo de esos esclavos del pecado.

CAPITULO XC.

De los medios de conservar la castidad, y primeramente de la guarda de los sentidos.

La Sagrada Escritura nos dice que la muerte entra por los sentidos exteriores, que son como las ventanas del alma. Penetrando por ellas hasta el corazon las imágenes de los objetos sensibles que se ofrecen á nuestros ojos, hacen nacer en él torcidos deseos, que nos acarrearán la muerte espiritual.

El primer cuidado, por consiguiente, de los padres debe ser que sus hijos no vean ni entiendan nada que pueda despertar en sus inocentes y sencillos corazones el mas ligero pensamiento de impureza.

Como tengo recomendado, en presencia de sus hijos han de abstenerse cautelosamente de cualquiera palabra ó accion que pueda excitar una curiosidad peligrosa en ellos.

Y permitaseme insistir en esto, por lo que respecta á los criados. Los niños se complacen en estar en su compañía; ellos suelen ser generalmente poco mirados en sus acciones y palabras, y se complacen, por desgracia, en que aquellos se habitúen á imitarles, formando un entretenimiento de la sencillez con que repiten lo que ven y oyen. Cuando los niños llegan á cierta edad, para granjearse sus favores, lejos de reprimirlos, los dejan marchar hácia el mal, si es que no les allanan el camino. Por eso ya dejo advertido antes de ahora que los padres de familias velen incesantemente, para estar advertidos de cuanto pasa en sus casas.

La buena ó mala vecindad tiene tambien no poca importancia, especialmente cuando las casas ó habitaciones están colocadas de manera que de las unas puede verse ú oírse lo que pasa en las otras. Es conveniente buscar buenos vecinos, cuyas costumbres armonicen con las nuestras, y con los cuales podamos vivir en amistosa inteligencia. Así se ayudarán mutuamente para comun provecho de los hijos, y animados de caridad cristiana, cada cual será un centinela vigilante de la casa de su vecino.

No juzgo preciso repetir lo que tengo dicho acerca de las pinturas ó imágenes deshonestas, y de cuán preciso es que se destierren de las casas de los cristianos, aun cuando sean estos escultores ó pintores. Pero no dejaré de advertir á los padres de familias que no permitan á sus hijos la lectura de comedias, novelas, libros de amores y demás obras frívolas, que lejos de aprovechar á los que las manejan, son para ellos un germen de corrupcion. Maestros insidiosos del

pecado, cuanto mas agrada la variedad de los sucesos que refieren, cuanto la versificacion es mas dulce, ó mas seductor el lenguaje, mas temibles y dificiles de reparar son los estragos que causan en el corazon. Sobre todo, que jamas semejantes libros lleguen á manos de los niños.

No me refiero aqui solamente á los libros que abiertamente tratan de cosas obscenas, pues hasta sus títulos deben permanecer ignorados, sino tambien á esas obras insidiosas que bajo el velo de una honestidad aparente introducen de una manera oculta, pero por eso mas temible, el veneno de la sensualidad en el corazon de los jóvenes.

El padre de familias cuidará de reemplazar tan peligrosas producciones con obras elegidas de consejo de hombres doctos y piadosos. Gracias á Dios, es facil hallarlas escritas de manera que á la vez deleiten é instruyan; tales son las vidas de los Santos, y otras tantas que no puedo detenerme á enumerar (1).

Ya me ocuparé mas tarde del cuidado que los maestros han de tener en la eleccion de libros que ponen en manos de los jóvenes á quienes instruyen.

(1) Las bibliotecas parroquiales, tan multiplicadas en nuestros dias, ofrecen un abundante recurso á los padres que deseen proporcionar á sus hijos buena lectura. La literatura católica se enriquece todos los dias entre nosotros con producciones originales y con hábiles traducciones de obras extranjeras; de modo que hay un rico depósito en qué poder escoger. (*Nota del traductor francés, á que no podemos añadir mas que nuestro deseo de ver planteado y extendido en España este sencillo medio de proporcionar buenos libros á las clases poco acomodadas.* N. del T.)

Guárdense los padres de llevar sus hijos á las representaciones teatrales, en las que, la mayor parte de las veces, se toleran indebidas licencias, y se presentan argumentos y escenas muy á propósito para excitar en los jóvenes el fuego de las pasiones. Tampoco les deben permitir que concurren á espectáculos peligrosos, á bailes, ni á esas reuniones en que la juventud se entrega á bulliciosos placeres. Lo contrario sería como adiestrales en el ejercicio de las pasiones, exponiéndolos á recibir en sus almas funestas impresiones.

Pero lo que, sobre todo, importa es que el padre de familias esté absolutamente alejado del vicio de la impureza; pues además del ultraje que haría en otro caso á la santidad del matrimonio, añadiría pecado á pecado, arrastrando con su ejemplo hácia el precipicio en que se halla sumido á sus hijos, los cuales harían poco caso de palabras que veían desmentidas por las obras. No crea un padre que podrá ocultar por largo tiempo á los ojos de los hijos su conducta; la mas ligera indiscrecion ó el mas pequeño descuido descubrirán un dia el secreto, y una vez conocida la triste realidad, se habrá causado un daño, que destruirá todo el fruto que hubiesen podido producir las mas acertadas lecciones. Tanto mas, cuanto que una conciencia turbada no puede dar gran fuerza de persuasion á consejos desmentidos por las propias acciones.

CAPITULO XXI.

Del cuidado en evitar la ociosidad. — De la sobriedad.

La ociosidad es madre de todos los vicios. Esta verdad la demuestran las Sagradas Escrituras en muchos lugares, y está reconocida por los filósofos y sabios del mundo. La ociosidad es particularmente una sentina de los vicios carnales: á la manera que privada el agua del movimiento luego se corrompe, y engendra mil asquerosos insectos, así el hombre ocioso concibe innumerables pensamientos y deseos abominables, que son causa de las mas vergonzosas acciones. Cierto es que todos llevamos dentro de nosotros mismos el gérmen del pecado, pero no lo es menos que ninguno está mas expuesto á las tentaciones y asaltos del espíritu infernal que los perezosos. Por eso un gran Santo decia á su discípulo: Está de continuo haciendo algo, para que el diablo te halle siempre ocupado.

Mas adelante me ocuparé con detenimiento de la manera con que los jóvenes deben huir de la ociosidad, empleando el tiempo útilmente, y entregándose á una ocupacion honrosa y útil á la patria. Bastame por el momento advertir á los padres y madres de familias que destierren de su casa la ociosidad; que alejen de sus hijos, hijas y criados esta insidiosa serpiente, sinó quieren ver verificado en ellos este oráculo terrible del Eclesiástico: *Muchos vicios enseñó la ociosidad.*

La sobriedad y templanza en el comer y beber son tambien remedios poderosos contra los ardores de la concupiscencia, como la embriaguez y la gula son alimentos de la lujuria. Con especialidad en los jóvenes, cuya sangre naturalmente hierbe, los excesos en los manjares y bebidas espirituosas producen en sus venas un fuego que con gran dificultad se contiene. Y no solo deben evitar la demasia en la cantidad, sino que han de atender á la calidad de lo que comen y beben. Los alimentos fuertes, irritantes ó cargados de especias, los vinos y licores espirituosos y de mucha fuerza, comunican al cuerpo una demasia de vigor, que le hace semejante á un caballo mantenido con exceso, que con gran dificultad soporta el freno.

No me parece debo detenerme mas acerca de los ventajosos frutos de la templanza; mas adelante tendré ocasion de ocuparme, aunque ligeramente, de la clase de alimentos que conviene con especialidad á los niños, pues aunque parece que esto eertenece exclusivamente á la educacion física, no es en realidad extraño á la educacion moral y ristiana.

CAPITULO XCII.

De la molicie, y del cuidado excesivo en el ornato del cuerpo.

Todas las cosas que contribuyen á la molicie y delicadeza del cuerpo son enemigas de la castidad, pues favorecen la propension que nuestra carne tiene á los goces materiales. Así vemos que los

Santos de todos los siglos, entregados al servicio de Dios, se ocuparon sin tregua en mortificar y domar la rebeldía del cuerpo, alimentándole con manjares groseros, ayunando, durmiendo poco y en cama dura, vistiendo pobremente y trabajando sin descanso. Así lo hicieron los antiguos Padres del desierto, esas esclarecidas lumbreras de la Iglesia por su santidad y doctrina; porque sabiamente pensaban que los cristianos no tienen enemigo más peligroso que su propia carne.

Pero yo no me dirijo en este tratado á los hombres de una tan elevada perfeccion. Hay en la Iglesia diversos estados, segun en otro lugar dije; y encaminándome al comun de los fieles, lejos de condenar el cuidado mederado y prudente del cuerpo, le miro como necesario, para que por su medio pueda el alma llenar los actos de virtud y de la vida social. Lo que condeno son los cuidados excesivos y supérfluos, que no corresponden á las necesidades de la vida ni á la verdadera conveniencia social, que afeminan el alma, y la debilitan para resistir al enemigo que llevamos dentro de nosotros mismos.

Un buen padre de familias debe poner cuidado en no educar á sus hijos con delicadeza, y en no acostumarlos al regalo y excesivas comodidades. En esto puede faltarse de muchas maneras; pero concretándome de presente al punto que me ocupa, me ceñiré solamente á indicar los abusos en los trajes, que son frecuentemente para las almas gran ocasion de pecado.

Las madres no saben de ordinario guardar moderacion en esta parte; y aunque se pueda tener

cierta tolerancia cuando se trata de niños de cierta edad, sin embargo, los padres de familias no deben permitir que los hijos que crían para servir á Dios, y de que pretenden formar ciudadanos útiles á su país, parezcan en público con trajes afeminados y costosos, y haciendo ver que han gastado en el tocador tanto tiempo como pudiera la dama mas almivarada y compuesta.

Mas valiera vestir á los niños, aunque de clase opulenta ó elevada, con sencillez, que exponer sus almas inocentes á mil peligros, que no me atrevo á detallar.

Los padres de familias han de recordar que en todas sus edades debe aparecer en el hombre cierta marca de dignidad varonil, sin seguir la corriente de la multitud, ni aceptar con facilidad esas excusas tan frecuentemente alegadas: Este es el uso— así se acostumbra— esta es la moda.

El cristiano, con una prudencia dirigida por el temor de Dios y su divina ley, regula todos sus actos por la conducta de hombres piadosos de su misma condicion, y no por los extravíos de una inconsiderada multitud.

CAPITULO XCIII.

De los adornos mujeriles.

Mi constante pensamiento es, segun tengo dicho, que los consejos que doy para la cristiana educacion sean aplicables á las hijas lo mismo que á los hijos. Asi que pudiera prescindir de añadir cosa ninguna á las reflexiones hechas en el

capítulo precedente, sobre los inconvenientes de la demasia en los adornos; pero como sea este un abuso casi general en las mujeres, no será inútil ocuparme con detenimiento de esta materia.

No me pararé á examinar si el demasiado adorno en las mujeres es un pecado grave ó leve, y cuándo y cómo puede ser excusado; uno y otro lo dejo al juicio de los teólogos y confesores prudentes y entendidos. Yo solamente advertiré que los santos padres, en quienes brilla una profunda doctrina junto con una vida ejemplar, están conformes en reprender este abuso de las mujeres. Entre ellos S. Juan Crisóstomo, Prelado de la populosa ciudad de Constantinopla, y persona muy ejercitada en la direccion de las almas, se distingue por la vehemencia con que clama en sus discursos contra el lujo de los vestidos y adornos.

Este abuso ha llegado en nuestros dias á tanto exceso, que no solo la educacion privada, mas á la vez las leyes debian poner un conveniente remedio.

San Juan Crisóstomo reprende á las mujeres de su tiempo el que se pintasen el rostro, no contentándose con la figura que el Criador las dió, y pensando como corregir su obra. Muestra que la belleza es una cosa inútil, peligrosa y llena de inconvenientes; que cuando no va acompañada de mucha modestia, fácilmente da pábulo á muchos deseos y palabras atrevidas, y que hace á los maridos zelosos, inquietándoles con razon los continuos asaltos que sufre la virtud, singularmente cuando una mujer puede dar ocasion á la sospecha por su estudiado deseo de parecer bien.

Este gran Santo no admite la excusa de las que alegan adornarse tanto solo por agradar á sus esposos , porque dice las galas , los prendidos , las joyas y demás dijes de la vanidad , se dejan inmediatamente que se vuelve á la casa. Y aun puede añadirse , que nunca las mujeres se componen con mas diligencia y arte que para concurrir á los espectáculos , fiestas y reuniones numerosas , en que muy de ordinario están separadas de los maridos. Con lo que se comprende la insuficiencia de aquella excusa , que las mas de las veces no es mas que un mero pretesto.

Pero S. Juan Crisóstomo pasa mas allá , y demuestra que las pobres mujeres se engañan á si mismas , trabajando sin pensarlo en separar de su amor á los esposos , cuando pretenden conciliarse mas su cariño por medio de sus adornos.

Para que la verdad de esta proposicion , que parece á primera vista una paradoja , aparezca con toda evidencia , voy á dejar que hable el santo Obispo de Constantinopla.

Os conjuro , dice , dirigiéndose á las mujeres , á que no habitueis á vuestros esposos á fijar solo su atencion en las prendas exteriores , porque , si principian á tener en esto su complacencia , no están lejos de correr seducidos tras las gracias estudiadas de una cortesana ; vosotras habreis sido la causa , acostumbrándolos á dejarse llevar de lo que agrada á sus ojos. Si por el contrario , les haceis amar en vosotras vuestras virtudes y una belleza llena de modestia y recato , les alejareis de esas mujeres que allagan por atractivos bien diferentes. No ensayéis en vuestros esposos la se-

duccion de una sonrisa voluptuosa; no trateis de conciliaros su cariño con un andar afectado ni modales de cortesana: esto seria dar armas contra vosotras; haced mas bien que se prenden de vuestra honestidad y casto encogimiento.

Ya he dicho que las obras de los santos Padres están llenas de quejas y acriminaciones contra el desordenado lujo de los trajes y adornos; pero no creo preciso detenerme á presentar un largo catálogo de citas, teniendo las autorizadas de los grandes Apóstoles, y nuestros maestros, S. Pedro y S. Pablo. El primero exhorta á las esposas á que se concilien el afecto de sus maridos, no por el adorno exterior, el rizo de la cabellera, los atavios de oro ni la gala de los vestidos, sino por la santidad de su vida y su espíritu pacifico y modesto, que es, dice, rico delante de Dios. El segundo se expresa en estos términos, escribiendo á Timoteo: « Oren las mujeres en traje honesto, ataviándose con modestia y sobriedad, y no con cabellos enrespados, ó con oro, ó perlas, ó vestidos costosos: sinó como corresponde á mujeres que demuestran piedad por buenas obras.»

CAPITULO XCIV.

De los deberes y especial cuidado de las madres en los adornos y trajes de sus hijas.

A las madres es á quien especialmente pertenece cuidar de que sus hijas vistan de una manera corespondiente á su clase, pero sin que nada se

resiente de vanidad ni superfluidades. Qué sucedería si ellas les dieran ejemplo con sus afeites? Los artificios de tocador nunca deben ser permitidos, bajo ningun pretexto, y menos á mujeres casadas, para quienes, como para las jóvenes, debe ser vergonzoso recurrir á medios propios de una cortesana. La verdadera belleza, los adornos y prendas de una buena esposa son la castidad, la modestia, el pudor, la discrecion en las palabras, la sobriedad, el amor á su marido y á sus hijos, el cuidado en conservar los bienes, una racional economia que presida á todos sus gastos, y todas esas virtudes domésticas que la harán agradable á Dios y á los hombres.

La buena madre ha de guardarse de que sus hijas puedan ver en ella cosa ninguna que las pudiera ser dañosa de cualquiera manera. Debe prohibir la entrada en su casa á ciertas mujeres peligrosas, de una destreza diabólica para seducir y corromper á las jóvenes. En una palabra, debe velar con esmerada solicitud para que nada pueda ofender la castidad de sus hijas.

Conservando la pureza de sus corazones, tan preciosa á los ojos del celestial Esposo, ellas conservarán esa belleza que un alma virginal hace reflejar hasta en el cuerpo.

Todavía debe tenerse presente que el uso frecuente de los cosméticos y demás afeites de tocador son dañosos á la salud, alteran el temperamento, debilitan la cabeza, acarrean diversas enfermedades y hacen envejecer mas pronto.

Pero aun cuando el excesivo adorno de la mujer no tuviera otro inconveniente, cuando se pre-

señala en público, que el de excitar la atención, haciéndose acaso una piedra de tropiezo, un motivo de torpes pensamientos y un instrumento del infierno para tentar á los hombres, esto me parece que debiera ser suficiente para retraer á una mujer cristiana de poder ser ocasion, con sus trajes, de graves ofensas á Dios, y de la perdicion de almas redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo.

CAPITULO XCV.

Del alejamiento de las ocasiones.

La ocasion hace al ladron, dice un adagio vulgar, cuya verdad se extiende á muchas otras cosas mas que el hurto. Somos tan frágiles, estamos tan poco dispuestos para resistir las tentaciones que á cada paso se nos presentan, que sucumbimos vergonzosamente á la menor ocasion de pecado. Por eso es preciso evitarlas y no exponernos al peligro; de lo cual nos advierte la Sagrada Escritura con aquella conocida sentencia: «El que ama el peligro perecerá en él.»

Este medio es sobre todo preciso para conservar el precioso tesoro de la castidad en los niños, en los jóvenes y aun en las personas de cualquiera edad y sexo; porque la victoria contra el vicio de la impureza, dicen los Santos, se consigue huyendo, y el modo mas seguro de combatirle es evitar el empeñar con él un combate.

El padre de familias, guarda vigilante y solícito del depósito que Dios le ha confiado, es decir, del alma y de la pureza de sus hijos, cuidará de

alejar todas las ocasiones que se pudieran presentar en su daño, tanto en la casa como fuera de ella. Es preciso que no se fie ciegamente de los criados, de los dependientes, y aun acaso de sus parientes mismos, pues las astucias del infernal enemigo son numerosas y de mil géneros, y tiende sus redes precisamente allí donde menos razon hay para sospechar.

No quiero con esto decir que los padres de familias hayan de estar siempre inquietos, turbando la paz de la casa y desconfiando absolutamente de todos; sinó que no deben dejarse dormir en una seguridad engañosa, que han de procurar alejar las ocasiones, y cuidar de que la paja no esté tan cerca del fuego que pueda producirse un incendio.

Los padres deben saber, sobre todo en las casas opulentas y de mucha familia, adónde y con qué personas pasan el tiempo los hijos; si están demasiado con los criados ó las criadas; en qué se ocupan cuando están solos en sus aposentos. Y esta vigilancia no ha de concretarse á la casa, sinó que debe seguir á sus hijos en las calles, en los paseos, en las diversiones, en el campo y en todo tiempo y lugar, pues la soledad, los jardines y el campo pueden ofrecer tambien sus ocasiones, como las calles y el bullicio. La noche es tiempo propósito para el mal; los padres de familia han de cuidar de que sus puertas no se abran á deshora sin su anuencia, y de que sus hijos duerman, como dice el adagio, en lugar seguro.

No faltará quien diga: no es posible vigilar hasta este punto la conducta de los hijos; no admito esta excusa. Para guardar los campos, los ga-

nados; y mucho mas el oro y las alhajas, bien sabemos adoptar mil precauciones prudentes y seguras; pues ¿cómo para la custodia de los hijos no hemos de poder hacer lo mismo? ¿Será que nuestra desidia quiere hallar razones para dejarles confiados á su sola direccion?

Si el padre de familias se persuade que sus mayores riquezas son el alma, la pureza y la eterna salud de sus hijos; que son estos un tesoro que Dios le ha confiado, y cuya fiel custodia le recompensará con bienes eternos, lejos de hallar su tarea difícil y fatigosa, la abrazará ciertamente con placer.

Pero no por eso su vigilancia debe degenerar en una continua y enojosa inquietud, riñendo sin necesidad á cada momento; ella debe principalmente consistir en establecer un buen régimen en su casa; en prevenir y alejar las ocasiones y personas peligrosas, y en adoptar los medios que sabemos bien hallar cuando se trata de asuntos que nos interesan. El padre de familias ha de ser, cuanto es posible, moderado y discreto, porque los extremos son viciosos. Las excesivas sospechas producen á las veces un efecto enteramente contrario al que se pretendia, haciendo nacer la tentacion y deseo de cosas en que tal vez no se hubiera pensado.

Sobre todo, el padre de familias ha de pedir frecuentemente á Dios que le dé gracia para saber seguir su voluntad santísima en la educacion de los hijos, y confiado en los divinos auxilios, tenga buen ánimo. Ellos le fortificarán, y pronto verá sus maravillosos efectos; el Espiritu Santo, ese soberano maestro, ese seguro guia de nues-

tras acciones, le inspirará, para que pueda conducir con felicidad al puerto su navecilla, mil medios, que ni la lengua ni la pluma del hombre le hubieran enseñado jamás.

CAPITULO XCVI.

De las relaciones con los extraños.

Además de las precauciones que dejo aconsejadas, será preciso que los padres velen acerca de las personas con quienes tienen relacion sus hijos fuera de casa, sea en las escuelas, ya en cualquiera otro punto, pues el mundo está corrompido, y rara vez se encuentran niños educados con cuidado en el santo temor de Dios y conforme á los verdaderos principios de su divina ley. La eleccion de personas con quien han de juntarse los niños es de grande influencia en la educacion, y la experiencia nos enseña que la causa mas frecuente del bien y del mal que los jóvenes ejecutan son las buenas ó malas compañías.

A su tiempo trataré con mas detenimiento esta materia, pero he querido tocarla aqui para que los padres de familias estén advertidos. Si sus hijos se reunen con frecuencia y tratan familiarmente á personas corrompidas, ó á jóvenes de su edad á quienes una descuidada educacion ha dejado viciar, es muy de temer que adquieran los vicios de sus amigos, pues nuestra depravada naturaleza se deja fácilmente arrastrar al mal. Tengan siempre presente los padres esta sentencia de la Sagrada Escritura: «El que tocara la pez, se ensuciara con ella.»

CAPITULO XCVII.

Del amor de Dios y frecuencia de sacramentos.

Voy, para concluir, á ocuparme de un medio que, sin contradiccion, es el mas eficaz contra el vicio de la impureza, y que consiste en encender en el corazon la viva y pura llama del amor divino; cuando un alma está enteramente penetrada de él, su fuego consume todo amor terreno y carnal. Vemos que jóvenes llenos de vida se abstienen de los placeres y diversiones tan halagüeñas á su edad, y que hasta las miran con tedio, cuando les preocupa otro amor aunque humano, cuando desean entregarse al estudio de las ciencias, adquirir honores ó fortuna, ó granjearse, haciéndole la corte, los favores de algun potentado. Pues ¿qué no será capaz de producir el amor de Dios, tan dulce, tan poderoso, tan conforme á la naturaleza del alma, y tan único para labrar su verdadera felicidad?

Es, por lo tanto, preciso que los padres se dediquen á inflamar en el corazon de sus hijos el amor de Dios, el deseo de la gloria y aprecio á la belleza de la virtud. Que prefieran morir, como el casto Josef, antes que manchar la blanca túnica de su pureza.

Los ejercicios piadosos, los actos de religion, las frecuentes exhortaciones, hechas con cariño, y el hábito de la oracion serán otros tantos escudos con que los padres guarecerán á sus hijos de los dardos del infierno, pero, sobre todo, con

el uso frecuente de los sacramentos de la Confesion y Comunión. Estos son dos canales por donde se derrama en el alma la divina gracia, y, como ya lo tengo dicho, es una propiedad de la carne santísima y purísima de nuestro señor Jesucristo, que recibimos en la Sagrada Eucaristía, el apaciguar los ardores de la concupiscencia, purificarnos y santificar en cierto modo nuestra carne.

Es indudable que recurriendo á Dios, sin cuyos auxilios nadie conseguirá ser casto; usando de los remedios que nos ha dejado Jesucristo, médico de nuestras almas, y siguiendo los consejos de un hombre espiritual y experimentado en la direccion de las almas, no solo es posible, mas aun fácil conservar la hermosa virtud de la pureza, como lo han hecho en otros tiempos y lo practican hoy tantos siervos de Dios.

Su ejemplo conmovia vivamente á S. Agustin; y la consideracion de que tantas gentes semejantes á él, de su misma frágil carne, sabian contenerse, le dió valor y resolucion para combatir á un enemigo que le tenia subyugado desde la juventud, como él mismo lo escribe en sus confesiones. Con el auxilio de Dios consiguió vencerle; porque la divina gracia, que jamás deja de alcanzar el que la pida sincera y humildemente, es una fuerza mas poderosa que la debilidad de nuestra naturaleza.

Concluyo con esto una materia en que acaso me detube demasiado; pero era preciso que así lo hiciera, porque con el incentivo de los deleites sensuales es con el que la infernal serpiente arrastra mas hombres á su eterna perdicion.

Ya con antelacion tengo hablado del matrimonio, uno de los remedios que Dios ha concedido á la fragilidad humana: nada tengo que añadir. Cuando me ocupe de la eleccion de estado, diré algunas palabras acerca de la edad en que conviene casar á los hijos.

CAPITULO XCVIII.

Del septimo mandamiento: No hurtar.

Ama Dios al hombre con tanta ternura que le protege por todos lados con sus divinos preceptos, con los que forma en torno suyo como una muralla, para que pueda vivir en la tierra con paz y tranquilidad, y al abrigo de toda ofensa. No solo prohíbe el homicidio, poniendo en seguridad nuestras vidas: no solo veda la fornicacion, para impedir nuestra deshonra; sinó que, no contento con testificarnos su solicitud por la conservacion de nuestra existencia y de nuestro honor, ha querido poner bajo su proteccion y guarda nuestras fortunas, manifestándolo asi en uno de sus mandamientos: el septimo, en que nos prescribe no hurtar.

El hurto consiste en tomar, retener ó poseer las cosas ajenas contra la voluntad de su legitimo dueño.

La palabra hurto tiene un sentido muy estenso, aplicándose tanto al que sustrae fraudulentamente una cosa, como al que la quita violentamente y por fuerza. Atentados cuya criminalidad aumentan las circunstancias que les acompañan.

El hurto puede atacar á los bienes de los particulares y á las cosas públicas. Cuando tiene por objeto

las cosas santas, los vasos sagrados, los ornamentos, la ocupacion de los bienes de la Iglesia y de sus ministros, recibe el nombre odioso de sacrilegio.

Pero ¿quién podrá describir la inmensa variedad de hurtos y rapiñas que la avaricia y sed criminal del oro ha inventado é inventa cada dia con tanta destr. za? En las ventas, préstamos y demás contratos, en los negocios comerciales y transacciones, en los empleos, las manufacturas y trabajo de los obreros, en las relaciones sociales todas, cuántos hurtos y fraudes!

Yo no puedo entretenerme á detallarlos; en las muchas obras que han escrito sábios y piadosos autores, examinándolos en todas sus fases, las hallará el que necesite profundizar esta materia.

Bástame indicar que Dios mira con horror toda clase de hurtos, y que los prohíbe de una manera absoluta, diciéndonos en su septimo precepto: No hurtarás.

Ahora, siguiendo mi plan, voy á ocuparme de lo que juzgo preciso para instruccion de los padres de familias, á fin de que se apliquen á no dejar penetrar en el corazon de sus hijos el sutil veneno de la codicia de los bienes ajenos, que causaria la pérdida de sus almas y acaso un dia la de sus cuerpos.

CAPITULO XCIX.

Quiénes merecen la calificacion de ladrones, y de la obligacion de restituir.

Para que los padres puedan instruir mejor á sus hijos, me parece oportuno hacer notar que, la calificacion de ladron, conviene no solo al que

tomó la cosa de otro, mas tambien á todos los que consintieron en el hurto, que favorecieron ó facilitaron su ejecucion, ó que de cualquier manera participaron á sabiendas de lo robado. No excusa decir: Yo nada he cojido—yo estaba ausente—yo no he tomado parte en el hurto; porque si, abusando de su autoridad, ha mandado cometerle; si ha sugerido la idea; si le aconsejó; si ha consentido en él; si ha prestado su auxilio ó cooperado á él; si ha guardado ó escondido los objetos robados, y si los ha comprado ó aceptado sabiendo su origen, merece con razon el que se le apellide ladron, y está obligado á restituir.

En los tratados especiales de los autores moralistas podrá verse cómo y cuándo están obligados á la restitucion los autores, cooperadores y encubridores de un hurto, segun la parte mas ó menos directa é importante que han tomado en él. No pudiendo yo descender á tanto, me contento con decir que la obligacion de restituir es general para todos los que retienen injustamente los bienes de otro, y recordar el conocido axioma de S. Agustin: *No se perdona el pecado sin restituir lo hurtado.*

Y como á las veces hay gran dificultad en las restituciones, principalmente para los que habitualmente cometen hurtos y estafas, enriqueciéndose á costa de la sustancia de los pobres con sus usuras y medios ilicitos; de aqui la facilidad con que tantos bajan dolorosamente al abismo de los tormentos eternos por no haber tenido resolucion para abandonar su mal hábito, y devolver unos bienes que no les pertenecian.

CAPITULO C.

Cuidado que los padres de familias deben tener de la observancia del septimo mandamiento.

Los padres de familias tienen tres medios con qué alejar á sus hijos del vicio y encaminarlos á la virtud. Primero, el buen ejemplo que nunca debe cesar de darles; segundo, los consejos paternales, los razonamientos eficaces, la pintura de la fealdad del vicio y de la hermosura de la virtud; tercero, la práctica de acciones conducentes, con las cuales, apartándoles del incentivo del mal, les acostumbren poco á poco al bien, y á encontrar gusto, alegría y una cierta facilidad natural en cosas que hicieron en un principio maquinalmente y sin reflexion. Los padres han de aprovecharse de todos tres medios en la materia que nos ocupa.

Principio por recomendarles que, si los niños les presentan cualquier objeto ajeno, aunque sea de ningun valor, que hallaron ó tomaron, no les acojan con risas y aplaudiendo su destreza, como lo suelen hacer algunos por ignorancia ó por malicia. Esto sería fevorecer el desarrollo de una funesta habilidad, y excitarlos á inventar medios de ponerla en ejecucion. Lejos de alabar en tal caso a los hijos, el padre debe hacerles ver su disgusto en la severidad de su rostro.

Las alabanzas, como todos saben, sirven en gran manera para nutrir en la primera edad las buenas ó malas inclinaciones. Los niños se complacen al

verse aplaudidos, aunque sea por cualquier acto vicioso, pues todavía no conocen la deformidad que puedan tener; pero en todo caso, aquellos aplausos arrojan profundas raíces en su corazón.

Se debe habitar á los niños, cuando por casualidad encontrasen una cosa ajena, á que la entreguen á su padre ó á su madre, los cuales harán que de manos de aquellos la reciba su legítimo dueño, cuyas felicitaciones producirán en ellos un excelente efecto; ó que la den á los pobres, si á pesar de las debidas pesquisas, no ha sido posible saber á quién pertenece.

Si los niños se hubiesen permitido sustraer la cosa mas pequeña y mas desprovista de valor, es preciso que los padres les reprendan ágríamente, castigándolos conforme á las circunstancias, y llevándolos á la presencia de la persona ofendida, para que la devuelvan aquello que tomaron y la pidan perdón. Esto les hará mas comedidos, quitándoles para en adelante la gana de tomar lo que su dueño no les dá.

No faltará quien juzgue que pierdo el tiempo en minuciosos detalles y consejos al parecer poco importantes; sin embargo, voy á continuar diciendo cuanto me parece de utilidad para la buena educación, porque la historia y lo que pasa todos los dias me han convencido de que la negligencia en cosas pequeñas conduce poco á poco á los mas graves desórdenes.

Me parece, continuando con mi objeto, que no es conveniente manifestar delante de los niños gran aprecio de las riquezas, ni enseñarles el oro y la plata con ademanes y palabras que pueden

darles á entender que nada es mas precioso á nuestros ojos. Obrar de otra manera será excitar en ellos imprudentemente un deseo que la sencillez de la infancia no conoce; deseo que se aumentará con los años, tanto mas, cuanto que ya en el dinero ven un medio de satisfacer sus caprichos, y que puede ocasionar el que se valgan de cualquiera medios que se les presenten para obtenerle.

Como me parece peligroso despertar en los niños el amor á las riquezas, así tambien el que absolutamente carezcan de dinero cuando han llegado á la edad de la razon y del discernimiento; en cuyo caso creo mas prudente darles con parsimonia algunas cantidades, conforme á las respectivas condiciones. Sabido es con cuánto ardor desea el hombre aquello de que carece, y cuán pronto se disgusta de lo que posee. Con frecuencia sucederá, y mas poniendo cuidado en que tomen este hábito, que los jóvenes consulten sus gastillos con la madre ó las hermanas, las cuales, con maña, les pueden ir acostumbrando á una prudente economia. Además no estarán expuestos á la tentacion de hurtar á sus padres, y tal vez á los extraños, y la envidia de ver en otros dinero no les sera, como frecuentemente sucede, un incentivo que les arrastre al pecado.

Es tambien de grande importancia, principalmente cuando empieza en los jóvenes la edad de las pasiones, el que los criados sean fieles y seguros. Cuántos hay que, por su interés y captarse la voluntad de un hijo de familias, le hacen capa y aun le ayudan á hurtar y disipar los bienes paternos, que le sirven para nutrir su pasion á la

gula, su amor al juego, su desenfrenada lujuria y todos sus desordenados apetitos!

La juventud está rodeada de tantos peligros, y sobre todo en nuestro corrompido siglo, que tal vez muchos padres me dirán: Fácil es dar preceptos y consejos; pero ¡cuántos obstáculos se hallan al ponerlos en práctica!

Es verdad; sin embargo, que los padres de familias no se acobarden, dejándose llevar de la tentación que les presenta el enemigo para que desmayen en su gloriosa tarea, y que firmemente confíen en los auxilios del cielo. Habiendo conducido á sus hijos desde los primeros años por los caminos cristianos que les dejó enseñados; habiéndose sabido conciliar á la vez respeto y amor; conservando su autoridad para con ellos, lo que resta, ya verán cómo, con el socorro de la divina gracia, marcha bien y aun mejor que imaginaban, y como, por fin, recojen los dulces frutos que buscaban con tantos desvelos y fatigas.

CAPITULO CI.

Razones que manifiestan la odiosidad del hurto.

El padre de familias no tendrá necesidad de emplear largos discursos para inspirar á sus hijos horror al hurto, cuanto hayan llegado á la edad de la razón y comprendido cuán preferible es la virtud al vicio. Será suficiente decirles que aquel pecado se opone á la hermosa virtud de la justicia, de la cual es propio dar á cada uno lo que es suyo, y cuyos oficios contraría el que hurta, des-

pojando injustamente á otro de lo que le pertenece.

El hurto tiene un no sé qué de vil, que parece que un hombre bien nacido no puede ser jamás tentado á cometerle; por eso ningun criminal se presenta mas degradado á los ojos de la sociedad que el ladrón. Por eso las leyes le han perseguido siempre sin piedad, castigándole con graves penas, é imprimiendo en ellas cierto carácter infamante.

Quién podrá decir el daño que causa el hurto á los intereses públicos y privados! Él destruye las relaciones sociales y la union que debe reinar entre los hombres, nunca mas afianzadas, que cuando cada uno disfruta pacíficamente lo que le corresponde.

Cuando tantas razones, y el temor de los hombres no fueren suficientes para reprimir la insaciable codicia de esos hombres tan diestros en cubrir sus latrocinios, ellos debian al menos temer la severidad del inevitable juicio de Dios; pues escrito está que ni los ladrones, ni los que arrebatan los bienes de otro poseerán el reino de los cielos.

¿Cómo puede comprenderse que un cristiano sea tan insensato que tome ó retenga injustamente lo que no le pertenece, sabiendo que, si no lo restituye, no puede obtener perdon ni salvarse?

CAPITULO CII.

De varias especies de hurtos, en que no se suele fijar la atencion como debiera.

El hurto es una accion tan vergonzosa, que con dificultad se puede suponer halle acogida en un

alma noble; no hay hombre, por abatida que sea su condicion, que no mire como una grave ofensa el solo nombre de ladrón. Y sin embargo, hay personas que, al abrigo de la sospecha por su posicion ó su nacimiento, se lanzan á cometer los mas criminales hurtos! No son los únicos ladrones esos miserables que, en el silencio de la noche, van temblando á cojer subrepticamente objetos frecuentemente de poco valor; ó los que asaltan á los viajantes en la soledad de los caminos, tal vez con gran exposicion! Son ciertamente, infames criminales, á quienes la sociedad mira con desprecio y las leyes castigan con justicia; pero, ¿será justo que se continúe apreciando y quede impune cierta clase de ladrones mayores y mas dañosos?

Muchas gentes no miran como hurto el retener el salario del obrero, que con el sudor de su rostro contribuye á las comodidades del opulento. Detener los bienes de los pobres, de los huérfanos y las viudas, ó consumirlos en pleitos injustos; devorar la substancia de los menesterosos por medio de la usura; encerrar los granos en tiempo de cãrestia; emplear mil artificios para levantar sin motivo el precio de las subsistencias, he aqui otros tantos modos de hurtar, de los cuales suele hacerse poco escrúpulo.

Y ¿qué diremos de la malversacion de los caudales públicos, de los hospitales y demás establecimientos piadosos, que no pocas veces han tenido que llorar la rapacidad de sus administradores? Qué de los que retienen injustamente los bienes de la Iglesia, y de los que, por medio de frau-

des y sutilezas se sustraen del pago de las cargas é impuestos establecidos por el Gobierno?

De modo que, considerándolo atentamente, acaso se encuentran en las ciudades, en los palacios, en los tribunales, tras los mostradores y en el seno de la mas adelantada civilizacion robos mas graves y perjudiciales, que los que se cometen al abrigo de los bosques y en la soledad de los caminos.

CAPITULO CIII,

Imperiosa necesidad de combatir la inclinacion al hurto.

Fruto del inmoderado deseo de riquezas, la passion por apoderarse de los bienes ajenos es tan fuerte y general, que por todas partes y en todos los estados y clases no se ve mas que fraudes, engaños y lactrocinios. Lo cual nos convencerá de la necesidad de adoptar medios eficaces, á la vez que una esquisita vigilancia, para impedir que tan funesta inclinacion pueda echar raices en el corazon de los niños.

Recuerdo haber oido á un gran Principe de nuestra época, prudente, atento á la direccion de los negocios públicos, y cuyo poder no parece podia encontrar resistencia, que nada le habia parecido tan dificil como impedir que sus súbditos hurtasen.

Con efecto, la fuerza de la avaricia es tal y produce tan ardientes deseos, que los hombres, por satisfacerlos, exponen á mil peligros no solo su alma, cuya pérdida, aunque cierta, les parece

neciamente lejana, mas hasta la libertad y la vida.

Por esto la buena educacion, respecto al punto que nos ocupa, se debe proponer el preservar de todo ataque el corazon de los niños, fortificándoles contra propension tan temible con prudentes exhortaciones y un constante buen ejemplo.

Los padres deben incesantemente hacer ver á los hijos su exactitud en dar á cada uno lo que le corresponde; en cumplir sus tratos y pagar sus deudas; en satisfacer sin el mas mínimo retraso los jornales de los obreros y los salarios de los criados.

Y como igualmente me dirijo á las personas poderosas por su posicion social ó por su nacimiento que á las de media ó humilde condicion, recomiendo á los primeros que miren con horror la opresion de los débiles, que velen á fin de que sean fielmente administrados los caudales públicos, y que cuiden de que los jueces no se dejen romper con dádivas. Como recomiendo á los segundos, cuando se dedican á las grandes operaciones comerciales, que no den lugar con sus actos á que se produzca ó mantenga la carestia, con gran perjuicio de los pobres. Si solo se consagran al comercio en menor escala, les advierto que vendan á precio justo, con peso y medida fiel, sin alterar ni falsificar sus mercancías, sin engañar á los compradores, sin abusar de su ignorancia, y sin aprovecharse de la necesidad en que á las veces pueden hallarse de sufrir las condiciones que quieran imponérseles, aunque conozcan su injusticia.

Los que trabajan por un estipendio marcado de-

ben cumplir exactamente las condiciones en que hubiesen convenido; de lo contrario, no pueden llevar en conciencia toda la cantidad estipulada, ni, en su caso, el jornal ó salario íntegro. Lo cual es también aplicable á todos los que reciben un sueldo por cualquiera empleo, sea público sea de particular.

Hay en nuestros días tan poco escrúpulo respecto á cuanto dejo insinuado, que no es posible dejar de recordar á cada instante las palabras de nuestro divino Salvador: «Ancha es la puerta, y espacioso el camino, que lleva á la perdición, y muchos son los que entran por él.»

Termino este punto, pues no puedo detenerme á mas amplios detalles, rogando á los padres que inspiren á sus hijos un gran amor á la justicia. Cuando los Persas enviaban sus hijos á las escuelas, les acostumbraban á responder á los que les preguntaban á donde iban: Vamos á aprender la justicia. Ciencia, en verdad, importantísima, pues si ventajoso es hablar conforme á las reglas de la gramática; incomparablemente mas y de mayores provechos es el obrar segun los preceptos de Jesucristo.

Este divino Sol de justicia ha querido, para la conservacion y buen órden de la sociedad humana, que la naturaleza imprima en el corazon del hombre dos preceptos capitales, que forman dos principios universalmente reconocidos: «Haz á los demás lo que quisieras que te hicieran ellos.—No hagas á los demás lo que no quisieras que te hicieran á tí.»

Nuestro divino Salvador quiso también reiterar

en el Evangelio estos dos preceptos de la ley natural, para santificarlos con su divina palabra y formar como dos mandamientos nuevos.

Se refiere del Emperador Alejandro Severo, admirador aunque gentil de la moral evangélica, que repetía con frecuencia estas palabras, aprendidas de los cristianos: *Lo que no quieres que te hagan, no lo hagas á otro.* Sentencia que le agradó tanto, que la mandó grabar en diversos puntos de su palacio y en los edificios públicos.

Pues si así procedía un pagano; ¿cuál no deberá ser la solicitud con que los padres han de inculcar á sus hijos tan saludable precepto? Y en verdad que, si fuera mejor observado, hubiera menos necesidad de jueces y curiales, y los hombres vivirían entre sí con mas amor y paz.

CAPITULO CIV.

Desapego que debemos tener á las riquezas.

Una enfermedad no se cura sinó destruyendo la causa y estirpando sus raices; logrado esto, aquella por necesidad desaparece. Pues si los hombres imitasen la conducta del Apóstol, que escribía á los Filipenses: «He aprendido á contentarme con lo que tengo,» es indudable que la codicia y el deseo de los goces terrenos, raiz de tantos males, no les arrastrarian á la estafa, á la invencion de medios con que aumentar ilicitamente las ganancias, al hurto y al robo descarado y violento de los bienes ajenos.

El mal está en que los hombres no solo sufren

mal la pobreza, sinó que no quieren contentarse con una mediania de fortuna; todos desean sobreponerse á su estado y condicion; todos se lanzan á los goces, al lujo, á gastos inconsiderados, turbando con esto el bienestar de los Estados; porque, no permitiéndoles sus bienes satisfacer sus inmoderados caprichos, entran en el deseo de apoderarse de los ajenos, sin reparar en los medios.

Además, vemos de una parte á hombres ricos cuya insaciable avaricia no conoce limites, y que parece desean atesorar cuanto de valor hay en el mundo, y de la otra personas empobrecidas que pasan los dias en la ociosidad, y que, pretendiendo gozar de las comodidades de la vida, se niegan á tomar una ocupacion honrosa, á pretexto de no ser conforme á su condicion ó rango.

Todos estos tienden por distinto camino al mismo objeto, esto es, á despojar á los demás de sus bienes directa ó indirectamente, á las claras ó por medios subrecticios; y todos contribuyen á la ruina de los pueblos, harto desgraciados en mantenerlos dentro de su seno.

El padre cristiano de familias, trabajando por dar á la patria buenos ciudadanos, y no gusanos que la corroan, cuidará de imprimir profundamente en el corazon de los hijos, con sus palabras y ejemplos, esta ciertísima máxima: «Las riquezas mas estables y ciertas son el santo temor de Dios, la observancia de sus mandamientos, su gracia y su proteccion; el que vive á su sombra puede estar seguro de que jamás le faltará nada de lo necesario.» Así lo atestigua el santo Rey Pa-

vid, diciéndonos: «Jóven fui, pues soy viejo, y no he visto justo desamparado, ni su linage buscando pan.»

Por el contrario, sin la gracia de Dios las mayores riquezas se desvanecen; y se arruinan y desaparecen los Estados é imperios mas poderosos.

Habítuse, pues, á los niños á no estimar las riquezas como los mundanos ciegos é insensatos, que no buscan ni aprecian mas bienes que los terrenos, sujetos al goce material de los sentidos. Acostúmbreseles á no mirar con horror la santa probeza, tan grata á los ojos de Dios, y á no mirarla como el supremo mal de la vida. Que reserven su aversion para el pecado y los vicios, los cuales nos privan de tantos bienes verdaderos y eternos, interin la pobreza, lejos de impedirnos el caminar al Cielo, nos hace marchar hácia él con mas presteza.

No es solamente la sublime doctrina de Jesucristo la que nos enseña á despreciar las cosas temporales y pasajeras; los mismos filósofos gñtiles las menospreciaron.

Las historias griegas y romanas nos refieren de valientes capitanes que fuéron tan pobres, que labraban con sus manos su modesto patrimonio, y que, no dejando á su muerte bienes con qué sufragar á su entierro, el Estado tuvo que encargarse de pagar los gastos de sus funerales. Estos grandes hombres habian administrado las rentas públicas; habian conquistado con sus victorias un inmenso botin; habian podido disponer de los tesoros que les ofrecian los vencidos. Pero contentos con enriquecer á su patria, no reservaron

para sí mas que su pobreza y sus frugales costumbres, haciéndose no menos ilustres por este desprendimiento, cuya memoria, despues de tantos siglos, se conserva para su honor y nuestra enseñanza entre los hombres.

CAPITULO CV.

Las Santas Escrituras condenan el inmoderado deseo de riquezas.

Si los infieles y paganos, alumbrados solamente con la luz de la razon, supieron despreciar con generoso corazon las riquezas; cómo podrán los cristianos mostrarse menos heróicos? No es el Cielo su herencia? No saben que esta vida no es mas que una peregrinacion y un destierro?

Si el padre de familias fuese pobre, viva contento con su estado, y consuéllese dirigiendo á sus hijos las palabras que al suyo decia el santo anciano Tobias: «No temas, hijo mio: es verdad, que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y nos apartáremos de todo pecado, é hiciéremos el bien.»

Haga el padre comprender á sus hijos que nada es mas grato que poseer legitimamente su modesto patrimonio, por pequeño que sea; pues, como nos enseña el Espiritu Santo por boca de David, es preferible la mediania del justo á las mayores riquezas de los pecadores.

No pretendo con esto vituperar á los ricos, sinó consolar á los pobres; no condeno los bienes, sosten de la vida del hombre, pero repruebo

la sed insaciable de los que desean lo que no es mas que un socorro y un medio, con tanto ahinco como si fuera nuestro último fin y suprema felicidad.

Las personas ricas son útiles y aun necesarias en la sociedad, y bien que la pobreza voluntaria, elegida por amor á Dios, sea una heroica virtud cristiana y un estado de gran perfeccion, como me dirijo á los padres de familias que siguen la vida comun, les digo que las riquezas convienen á su estado, y que son buenas cuando se usa bien de ellas, pero que de lo contrario son un mal, causa de otros muchos. Es posible ser rico y virtuoso á la vez, y se han visto y se verán en todos tiempos santos que poseyeron grandes riquezas; pero tambien es preciso confesar que la alianza de la fortuna y la santidad es árdua empresa, y que no se logra sinó con dificultad. Bien conocidas son estas palabras de nuestro divino Salvador: «Mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.»

Con cuya sentencia nos manifiesta el Señor que, aunque las riquezas bien adquiridas de suyo no sean un mal que nos cierre las puertas del cielo, debe temerse que lleguen á ser un obstáculo por su empleo desarreglado y vicioso.

Esto es lo que S. Pablo nos advierte claramente en su Epistola á Timoteo, por estas bellas palabras, que no pueden ser mas adecuadas al punto que nos ocupa: «Es grande ganancia, dice, la piedad con lo que basta. Porque nada metimos en este mundo: y es cierto que tampoco podremos sacar nada. Teniendo, pues, con qué sustentarnos, y con qué cubrirnos, contentémonos con esto.

Porque los que quieren hacerse ricos, caen en tentacion, y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles, y perniciosos, que anegan á los hombres en muerte, y en perdicion. Porque raiz de todos los males es la avaricia: la cual codiciando algunos se descaminaron de la fé, y se enredaron en muchos dolores.»

CAPITULO CVI.

Cuidado que se ha de tener en administrar los bienes, y en evitar empeñarse.

En las palabras que dejó citadas, el Señor, por boca del Apóstol, nos enseña que los inmoderados deseos de riqueza conducen á grandes males; pero no por eso se entienda que nos prohíbe adoptar los medios necesarios y prestar el debido cuidado para conservar nuestra fortuna, ni procurar aumentarla por medios licitos y honestos. La prudencia exige que los padres, y máxime cuando están sobrecargados de familia, piensen que un día tienen que dar colocacion á sus hijos é hijas, y que para ello habrán de desprenderse de parte de sus bienes. Por eso el mismo S. Pablo dice: que los padres deben guardar para sus hijos; no desviándose, como se deja comprender, de los caminos de la justicia, siguiendo los principios de Jesucristo, y huyendo de las máximas del mundo que solo tiene por dichosos á los ricos. Yo quisiera que jamás se desprendiera de nuestros labios y de nuestros corazones esta máxima de nuestro divino Salvador: «Qué aprovecha al hombre

si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»

Los hijos serán un día padres de familia; y por eso conviene que los consejos y los ejemplos paternos les enseñen el modo prudente de conservar y acrecentar sus fortunas.

Y entrando en algunos detalles, digo, ante todo, que el medio mejor de aumentar los rendimientos es moderar los deseos. En donde sobrepujan estos á los medios de satisfacerlos no hay que buscar riqueza; la pobreza reinará siempre allí. Un antiguo sabio escribía á este propósito: «Si de mi corta renta sustraigo los deseos, siempre tengo algun sobrante al formar mi presupuesto. Y en verdad que, saberlos reprimir, es una especie de ingreso.»

Ni los gastos precisos, ni la necesidad de vivir con una moderada decencia, segun su clase, son los que arruinan las fortunas, sino mas bien el juego, la gula, el número excesivo de criados, el deseo de competir con personas mas ricas, el lujo en los vestidos, las diversiones costosas, el sosten de caballos y trenes, y mil otros caprichos que no están en consonancia con la clase y las riquezas.

Otros tienen la mania de aglomerar pinturas de mérito, alhajas de valor, objetos antiguos y raros, y tantas otras cosas que se compran á peso de oro y que casi nada valen cuando hay precision de venderlas.

Hablaré del lujo en los muebles? Los aldeanos se han hecho en este punto mas vanos que lo eran en otro tiempo los mas encumbrados habitantes de las ciudades.

Lejos de mí el pensamiento de que los padres

obren de manera que sus hijos se hagan avaros. Deseo, por el contrario, que aquellos tengan su casa provista de las ropas y demás efectos que son precisos para el uso doméstico y la decente recepcion de un amigo á quien hospedan. Quiero que se conformen, en sus trajes y en el menaje de las casas, al uso de personas prudentes de su misma posicion. Pero ostentar estrados y colgaduras de damasco, terciopelo ú otras telas de gran valor; usar trajes costosos y frecuentemente variados, siguiendo la inestabilidad de las modas; tratar de igualarse con personas á quienes hacen superiores su posicion social y sus riquezas; esto no puede mirarse sinó como el modo mas culpable y desastroso de conducirse. Nadie puede aprobar tal modo de proceder, que precipita en mil pecados y es origen de todas las estafas y de todos los hurtos de que hablé mas arriba; pues no hay riqueza que pueda sufragar á los excesos de la prodigalidad.

Esta es la que origina las deudas y la necesidad de recurrir á empréstitos ruinosos, que ponen las familias á merced de los usureros, y son un cáncer que poco á poco las devora.

Hay posicion mas triste que la de un malaventurado deudor? El pan que come no le pertenece, sus bienes pasan insensiblemente á manos de sus acreedores, y sus rentas son devoradas antes de nacer. Para remediar tantos males tiene que arrojar á otros mayores, precipitándose, por fin, en una vergonzosa bancarota.

El padre diligente de familias ha de concebir una especie de horror á las deudas, reflexionando

sobre tan desastroso fin. Para evitarle, debe cuidar de moderar sus gastos con arreglo á su fortuna, de manera que, cubiertos aquellos, pueda reservar alguna porcion, aunque sea pequeña, de sus rentas. Si la necesidad le obligase á pedir prestado, ha de procurar satisfacer cuanto antes á sus acreedores, al menos en épocas fijas del año, para que los créditos no se aumenten.

No puedo autorizar la conducta de ciertos padres, que juzgan salir del paso diciendo: Lo que yo no satisfaga mis hijos lo pagarán; porque no es justo imponerles, sin absoluta precision, esta carga, y deben temer que les imiten, dejando á sus descendientes el cuidado de pagar las deudas de los abuelos, aumentadas con las suyas. De aquí es que los clamores de los acreedores, burlados en sus esperanzas, llegan al cielo, que se pierde la buena reputacion, y las almas merecen frecuentemente ser castigadas en la otra vida.

CAPITULO CVII.

De la conservacion y acrecentamiento de los bienes por medios licitos.

Satisfecho con los bienes que de Dios ha recibido, el cristiano ha de saberlos conservar y acrecentar, sin herir ni ofender los intereses del prójimo. Así lo conseguirá moderando sus deseos, descontando, con una prudente economía, los gastos superfluos, y teniendo constantemente presente, á pesar del necio que dirán de los pródigos, que vale mas vivir moderadamente de los bienes

propios que arrastrar lujo á costa de los ajenos. No aconsejo con esto, ya lo tengo dicho, que los padres de familias sean miserables y avaros, y que dejen de vivir conforme á la condicion en que la Providencia les ha colocado; lo que yo recomiendo, sí, es la moderacion y la frugalidad, que, lejos de impedir el que las familias figuren honrosamente segun su clase, les permitirán presentarse hoy, mañana y en todo tiempo con el decoro que les conviene.

Es preciso cuidar, y esto corresponde principalmente á las madres de familias, de que las provisiones domésticas se conserven en buen estado y se gasten con prudente economía, para que puedan durar todo el término que se habia previsto. Lo mismo digo de los muebles, las ropas y cuanto es preciso á las familias y sus individuos, porque cuidándolo sirve por mas tiempo, y se aminoran los gastos de reparacion.

Pero sobre todo importa el huir la ociosidad, dando á los hijos en tiempo oportuno una ocupacion honesta conforme á su clase y á su particular inclinacion; ya me detendré mas adelante acerca de este punto.

Pero no quiero dejar pasar la ocasion de aconsejar á los padres que, cuando sea posible, enseñen á sus hijos el medio mas legitimo y seguro de acrecentar su fortuna: hablo de la agricultura.

La tierra, como buena madre, abre los tesoros de su seno al que la cultiva con empeño. Dichosos los padres de familias que pueden vivir con el producto de sus tierras, cultivadas bajo su direccion y por ellos mismos!

La historia nos refiere que la general ocupacion de los Romanos era la agricultura, sin que les fuera un obstáculo para ocupar las primeras dignidades del Imperio. Ellos miraban como una cosa honrosa el tener conocimientos agricolas, y dejaban alternativamente la esteva para ocupar el consulado, y el consulado para volver á la esteva.

No pretendo que todo padre de familias sea labrador, ni se presume que pueda vituperar el que se dedique á cualquiera otra profesion ó arte honrosa, en que pueda servir á Dios y ser útil á su patria y su familia. Lo que quiero decir es que, los padres que sean ó puedan ser labradores, harán bien en dedicar sus hijos, ó alguno al menos, si fuesen muchos, á la agricultura, como uno de los medios mas inocentes y menos expuestos de atender á las necesidades de la vida y acrecentar las fortunas. Lo mismo aconsejo á los propietarios, que, aun por lo útil que á la salud es, no debèn ser extraños á la cultura de los campos.

CAPITULO CVIII.

En el cuidado de los bienes hay dos extremos que deben evitarse: la negligencia y la extremada solicitud.

Al tratar de la diligencia con que se debe atender á la conservacion y aumento del patrimonio, yo no podia dispensarme de hablar de sus extremos, que constituyen dos defectos contrarios, pero igualmente opuestos á los deberes de un buen padre de familias.

Hay personas entendidas y prudentes respecto

á lo demás , que descuidan absolutamente los asuntos domésticos , y que abandonándolos al cuidado de manos mercenarias , los miran como si de modo ninguno les pertenecieran. Sea que obren así por pereza , por falta de paciencia , ó por evitar el enojo de atender á mil cosas pequeñas , lo cierto es que , de cualquiera manera , los bienes tienen por lo comun que resentirse del descuido de sus dueños ; los cuales , por no haberse querido tomar un trabajo que la costumbre hubiera hecho grato , sufren con frecuencia pérdidas reales y efectivas , y á las veces notables embarazos y disgustos.

Otros , por el contrario , están siempre inquietos y preocupados de los negocios , de tal manera , que parece que les ha de faltar hasta tierra en qué pisar. Al verles que no confían sinó en su vigilancia , industria y trabajo , se pudiera juzgar que no tienen idea ninguna de la Providencia que vela sobre nosotros. Su apego á los bienes terrenos no les deja tiempo para encomendarse á Dios , oír su santa palabra , leer un libro devoto , examinar el estado de su alma , ni acercarse á recibir los Sacramentos.

Estos dos extremos son igualmente reprobables , bien que el segundo tiene sobre el primero la desventaja de ahogar el corazón bajo el peso de las cosas de la tierra , haciéndole olvidar desgraciadamente los intereses del Cielo.

El padre de familias debe por lo tanto servirse unas veces del aguijón , para despertar á sus hijos cuando les vea inclinados á la pereza y negligencia , y otras del freno , para impedir que se den

á los negocios temporales de manera que desatiendan los eternos, y para evitar que se hagan rudos y groseros como ciertas gentes, que no saben hablar mas que de bienes y ganancias, ni sirven para tratar sinó con sus renteros, ó con especuladores y agiolistas.

CAPITULO CIX.

La pereza y negligencia están condenadas por la Sagrada Escritura.

Las Santas Escrituras, que nos ofrecen preciosos y eficaces remedios para todas las enfermedades del alma, encierran numerosos pasajes contra los dos extremos que dejo señalados en el precedente capitulo. Voy solamente á presentar algunos á la consideracion de los padres de familias, para que la palabra de Dios les dé fortaleza en medio de las dificultades que acompañan á la buena educacion de los hijos.

Salomon se dirige así á los perezosos en los Proverbios, ese libro tan lleno de sabios y útiles consejos: «Ve á la hormiga, oh perezoso, y considera sus caminos, y aprende sabiduria: la cual no teniendo guia, ni maestro, ni caudillo, previene para sí el sustento en el estio, y en tiempo de la mies allega lo que ha de comer. ¿Hasta cuándo perezoso, dormirás? ¿cuándo te levantarás de tu sueño? Un poquito dormirás, dormitarás un poquito, un poquito cruzarás las manos para dormir; y te vendrá la indigencia como caminante, y la pobreza como hombre armado».

Mas si fueres diligente, vendrá como fuente tu mies, y la indigencia huirá lejos de tí.»

En estas últimas palabras, el Sabio, valiéndose de la comparacion de un manantial que brota raudales de agua, nos marca los frutos abundantes que recojerá el hombre diligente, como en otro lugar pone de manifiesto el estado lamentable de los bienes del perezoso.

«Pasé, dice, por el campo de un hombre perezoso, y por la viña de un hombre necio: y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espinas habian cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida. Lo que habiendo yo visto, púselo en mi corazon, y con este ejemplo aprendí doctrina.»

Aunque en estas palabras, dictadas por el Espiritu Santo, se encierra un sentido mas elevado, como destinadas á manifestar la aridez de un alma en que no se cultiva la virtud, y en que libremente crecen los vicios, como las malas yerbas en un prado abandonado; es cierto que se pueden tomar en su sentido literal y moral, como yo las he tomado al presente, para condenar la pereza y hacer patentes sus estragos.

CAPITULO CX.

Discurso de nuestro divino Salvador contra la excesiva solicitud por las cosas temporales.

Contra el cuidado excesivo é inquieto de las cosas temporales, que nos aparta del servicio de Dios, sumiéndonos, por decirlo así, en la tierra.

nada se puede hallar mas adecuado que un memorable discurso de Jesucristo, referido por san Mateo. Como el mal que combate se encuentra tan generalizado, que los hombres, aun de condicion mas elevada, no parece se ocupan sino de las cosas de la tierra; y como nuestro divino Salvador se vale de razones tan poderosas y de tan interesantes comparaciones para desterrar de nuestros corazones esta inquieta y vana solicitud, he creido que debia copiar aqui textualmente sus palabras. Deseo que los padres de familias tengan tanto gusto al leerlas con atencion, como yo he tenido al trascribirlas para su provecho y el de sus hijos.

«No andeis afanados para vuestra alma, dice nuestro Redentor, qué comereis, ni para vuestro cuerpo, qué vestireis. ¿No es mas el alma que la comida? y el cuerpo ¿mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes; y vuestro Padre Celestial las alimenta. Pues ¿no sois vosotros mucho mas que ellas? Y ¿quién de vosotros discurrendo puede añadir un codo á su estatura?»

«Y ¿por qué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan; yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fé?»

«No os acongojeis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los Gentiles se afanan por estas cosas: y vuestro Padre sabe, que teneis necesidad

de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

Esto decía nuestro soberano Maestro, no para prohibir á los cristianos el que cuiden con una moderada y prudente atencion de sus cosas y negocios, sinó para separarlos de una solicitud inquieta y demasiado asidua, capaz de impedirles el aplicarse á buscar las riquezas del reino de los Cielos.

CAPITULO CXI.

De la liberalidad.

Si los niños han sido criados con frugalidad; si se les han inspirado hábitos de moderacion en todo; si, enfrenando sus deseos, han sido acostumbrados á contentarse con su estado, á ser pocos en sus gastos y á no abandonar el cuidado de sus negocios; si, por otra parte, se les ha enseñado cuánto detesta el Señor al hombre que toma ó tiene lo que no le pertenece, y cuán estrecha es la obligacion de restituir lo mal habido, hay gran razon para esperar que, auxiliados de la divina gracia, guardarán siempre y con fidelidad el séptimo mandamiento.

Y no solo se abstendrán de poner su mano en los bienes ajenos, sinó que sabrán hacer voluntaria y liberalmente participes de los propios á los necesitados. Punto de que me voy á ocupar, para concluir la explicacion de este precepto.

Como no es suficiente abstenerse del mal, sinó

que tambien nos es preciso practicar el bien, no basta respetar los bienes ajenos, y es necesario que aprendamos á ser liberales, huyendo de la avaricia, vicio aborrecible, indigno de un corazon noble, y mucho mas de un cristiano.

La liberalidad es una virtud moral que modera en nosotros los deseos excesivos y amor al dinero y demás cosas precio estimables.

Esta virtud se ejerce expendiendo útil y prudentemente los bienes, rehusandolos y aun recibéndolos conforme á las reglas de una justa razon, pero donde se manifiesta de un modo mas claro es cuando se dan graciosamente. Hay en este acto como mas dificultad, cuanto necesita mayor desprendimiento, pero por lo mismo es mas laudable y provechoso, pues segun las palabras del Señor: «Cosa mas bienaventurada es dar, que recibir; y nada gana tanto el corazon de los hombres como los beneficios.»

La liberalidad, como en general todas las virtudes morales, está colocada entre dos extremos, que son la prodigalidad y la avaricia.

Ciertas personas, y principalmente los jóvenes pertenecientes á familias poderosas y acaudaladas, suelen con notable error atribuir á liberalidad los excesivos gastos hechos para dar grandes banquetes, lujosos bailes, ruidosas partidas de caza, y demás con que se trata de adquirir cierta nombradía de esplendidez. Lejos de verse aquí los signos de la virtud, no se descubren frecuentemente sino las marcas de los vicios de intemperancia, de soberbia ó de ambicion, segun el fin á que se aspira con tales prodigalidades.

El hombre verdaderamente liberal, lejos de disipar locamente su fortuna, la conserva con prudencia, á fin de hacer en tiempo oportuno el uso conveniente que reclamen sus deberes y las necesidades de sus prójimos.

CAPITULO CXII.

De la limosna y demás obras de misericordia.

El padre de familias cuidará de que sus hijos se habitúen á ser benéficos, á servir en cuanto puedan á los demás, y á ejercitarse en todas las obras de liberalidad cristiana; que se acostumbren á ser misericordiosos con los pobres, y á dar con gusto limosna por el amor de Dios.

Las personas caritativas agradan tanto al Señor, su conducta misericordiosa le complace de manera, que mira como hecho á sí cuanto por su amor hacemos á los pobres. Esto nos enseña el Evangelio, diciéndonos que, cuando Jesucristo, nuestro supremo Juez, venga al fin de los siglos, les alabará, no de haber socorrido á los pobres, sino de haberte socorrido á él mismo. «Tuve hambre, y me disteis de comer, estuve desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitásteis;» y así de las demás obras de misericordia, que les recompensará dándoles la eterna bienaventuranza.

Por el contrario, los que no supieron ver en los pobres y necesitados los miembros de Jesucristo, escucharán aquella terrible sentencia: «Apartaos de mí malditos al fuego eterno... porque tuve hambre y no me disteis de comer» etc.

Las divinas Escrituras están llenas de exhortaciones á la limosna, y los Santos Padres no han cesado de recomendarla en sus discursos á los fieles. Entre todos se distingue S. Juan Crisóstomo por el celo con que incesantemente celebra sus alabanzas; llamándola frecuentemente un medio de adquirir tesoros, que desgraciadamente no quieren conocer los hombres.

La limosna nos alcanza de Dios el perdón de los pecados, y la misericordia ejercida en la tierra la encontraremos retribuida en el Cielo, según que lo prometió el Señor, diciendo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» Y aun en esta vida bendice y multiplica Dios los bienes de los caritativos, como nos lo asegura Salomón en esta bella sentencia, que jamás será demasiado repetida: «Honra al Señor con tu hacienda, y dale las primicias de todos tus frutos: y se llenarán tus trojes de hartura, y de vino rebosarán tus lagares.» El mismo sábio Rey nos dice en otra parte que, los que dan á los pobres, prestan con interés á Dios, que no dejará de pagarles.

Por eso los padres de familias cuidarán de que sus hijos se habitúen á dar con gusto y con sus propias manos limosna. Que al remediar al necesitado vean á Jesucristo en aquel mísero que les pide socorro, y que al tenderle su mano, recuerden que también ellos son unos pobres á quienes Dios socorre con liberalidad á cada instante.

El padre ha de acompañar sus exhortaciones con el ejemplo, dando limosna con rostro placentero, cuidando de no rechazar jamás á los pobres

con palabras duras y de desprecio, como acontece con tanta frecuencia, y haciendo que sus hijos vean constantemente en él los sentimientos de una tierna compasion hácia los afligidos y necesitados.

Nadie se crea dispensado de dar limosna por la cortedad de sus haberes, y que todos escuchen estas palabras que á su hijo dirigia el santo anciano Tobias, modelo perfecto de padres de familias: « De tus haberes haz limosna, le decia, y no apartes tu rostro de ningun pobre: porque así será, que tampoco se apartará de tí el rostro del Señor. Segun pudieres, así usa de misericordia. Si tuvieres mucho, da con abundancia: si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana. Porque te atesoras un grande premio para el dia de la necesidad. Por cuanto la limosna libra de todo pecado, y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya á las tinieblas. La limosna servirá de gran confianza delante del sumo Dios á todos los que la hacen.»

No pretende Tobias sentar con estas palabras que la limosna por si sola sea suficiente para conseguir el reino de los Cielos; por lo cual, en el mismo pasaje dice á su hijo que debe ser acompañada de la observancia de los divinos preceptos y la práctica de las demás virtudes. Pero muestra cuán eficaz medio es para conseguir que se nos perdonen nuestros pecados, y se opere nuestra santificacion, pues las oraciones de los pobres que piden por sus bienhechores, son atendidas por el Padre de las misericordias. Y si aquellos no cumpliesen con este deber, la limosna por si misma levantará sus clamores hasta el trono del Altísimo.

Por eso dice Salomon en el Eclesiástico : « Encierra la limosna en el corazon del pobre , y ella rogará por tí para librarte de todo mal. »

CAPITULO CXIII.

Todos pueden dar limosna : consejo de San Juan Crisóstomo á los jornaleros.

Los pobres en su indigencia pueden ejercer la bella virtud de la caridad ; si poco tienen , den poco , pero , conforme al consejo de Tobias , dénlo con generosidad. Aun los sabios del mundo han demostrado que la liberalidad no está de un modo absoluto en la magnitud é importancia que tengan en si los dones , sinó que debe atenderse , para su justo aprecio , á las facultades del donante. Asi , por ejemplo , un rico dando cien reales puede ser menos liberal que un pobrecito que dá un solo real. Téngase siempre presente que la excelencia de la virtud está en la intencion , en el deseo sincero y ardiente del corazon , y , hablando como cristiano , en la perfeccion de la caridad. Por eso nuestro divino Salvador decia á sus discipulos que la pobre viuda , que habia echado en el arca de las ofrendas dos monedas de cobre de poco valor , habia dado mas que todos los otros , á pesar de que muchos ricos , como refiere S. Marcos , habian echado mucho.

Todos , pues , por pobres que sean , pueden dar limosna , pues cuando nos faltasen absolutamente los recursos temporales , nos quedan las riquezas del corazon ; la compasion para con los afligidos ;

las palabras afectuosas con qué consolarles y exhortarles á la paciencia, y las oraciones que por ellos podemos dirigir á Dios. Estos tesoros jamás nos faltarán, porque, segun la bella frase de S. Agustin, no hay hombre que pueda decir con verdad: Me es imposible amar.

Así que, todos pueden dar la limosna espiritual, para lo cual son suficientes los buenos sentimientos del corazon: perdonar á los enemigos, consolar á los afligidos, dar buen consejo al que le necesita, he aqui otras tantas obras espirituales de misericordia. Pero S. Juan Crisóstomo indica un medio de que pueden valerse los jornaleros para tambien dar alguna limosna temporal. Lejos de mirar como una pequeñez el consejo de un hombre tan esclarecido en la virtud, cada cual procure ponerle en práctica, y verá sus felices resultados.

Cada obrero, dice el Santo, al recibir el salario y el precio de sus sudores, pudiera separar alguna porcioncita, que fuera como la parte del Señor; esta la deberia conservar cuidadosamente separada, y al cabo de cierto tiempo pudiera distribuir á los pobres de Dios el fruto caritativo de sus cortos ahorros.

CAPITULO CXIV.

De la misericordia para con las personas consagradas á Dios.

Los padres de familias cuidarán de que sus hijos sean caritativos, no solo con los mendigos, mas tambien con los pobres vergonzantes, que por rubor

no se atreven á pedir abiertamente limosna. A la vez les inspirarán sentimientos de conmiseracion para con los religiosos y religiosas que han abrazado voluntariamente la santa pobreza, para mejor servir á Dios, que cantan dia y noche las divinas alabanzas, y que atraen sobre nosotros las misericordias del Cielo, de que tanto necesitamos.

Los niños serán habituados á socorrerlos con gusto, así como á los eclesiásticos, que nos administran los Sacramentos y cuidan de nuestras almas.

¿Cómo no alabar la piedad de nuestros mayores que presentaban sus ofrendas ante los altares del Señor, y daban á sus ministros las primicias de los frutos? Conservemos al menos el espíritu de nuestros antepasados, y hagamos que pase á nuestros hijos, persuadiéndoles cuantos bienes nos acarrea la limosna que damos á los que se hallan consagrados á su servicio.

Los favorecidos con las riquezas temporales hagan ver su liberalidad coadyuvando á esas grandes obras, tan del agrado de Dios. En vez de disipar sus rentas en satisfacer vanos caprichos, que fomentan aduladores interesados y reprueban los hombres verdaderamente sabios, ayuden á la construccion de los templos, al mejoramiento de los hospitales, á dotar huérfanas y tantas otras obras benéficas de que reporta una positiva utilidad á la patria, y que honran en gran manera á los que las practican.

No censuro á los que construyen casas y palacios de nobles y adecuadas proporciones, y embellecen los pueblos y sus contornos con elegantes y bellos edificios, lo que condeno en esto,

como en todo , son los excesos ; y recomendando que no se salga de los límites de la posición y clase, deseo que se moderen las inclinaciones de nuestra insaciable naturaleza , de manera que no impidan satisfacer las obligaciones espirituales que nos impone la caridad.

CAPITULO CXV.

Del cuidado que ha de tenerse de la propia familia.

Aunque debemos ser benéficos para todos , porque todos somos miembros de un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo ; sin embargo , la caridad debe ser ejercida con cierto orden. Así que , á no mediar una justa y grave causa para invertirlo , los parientes , los criados , los allegados y amigos son los primeros en quienes han de recaer nuestros beneficios. Estos son los que con antelación deben ser socorridos en sus enfermedades , y en tiempo de carestía ó de otras calamidades públicas ; y si no fuese posible donarles , présteseles sin interés, con lo que no pocas veces se hacen grandes servicios. Ya he dicho en otro lugar cuán grata es á los ojos de Dios la limosna que se da para colocar doncellas pobres : téngase presente aquí cuanto allí dije.

También la justicia exige que los padres de familias tengan cuidado de sus criados, tratándolos con cariño , dándoles alimentos suficientes, adecuados y sanos , y pagándoles los salarios á su tiempo. Cuando enfermen les visitarán , les consolarán , y proveerán á sus necesidades , procediendo en todo

mas como padres que como señores, y atendiendo á la salud de sus almas á la vez que á la del cuerpo.

El cumplimiento de estos deberes, impuestos por la justicia y la caridad cristiana, producirá los mejores resultados aun bajo el punto de vista doméstico. Los criados se harán mas fieles, mas vigilantes y mas solícitos en llenar sus obligaciones; pues los buenos oficios que se les prodigan, y alguna pequeña gratificacion en ocasiones oportunas, van ganando poco á poco sus corazones, haciéndose mas respetuosos para con sus señores y mas prontos en cumplir sus mandatos. Unidos asi á las familias, sirven á los hijos despues de haber servido á los padres, y concluyen por mirar los bienes de los amos con tanto interés como si fueran propios.

Un padre prudente hará que sus hijos sepan apreciar los trabajos y fatigas de un criado fiel, que no debe ser tratado como una bestia de carga. Los criados son hombres como sus amos, y todos tienen un comun Señor, que es Dios. Seria, por lo tanto, una tiranía mostrarse duros y crueles con los sirvientes, como es justo y conveniente saber conservar la autoridad, cuidando prudentemente de que cumplan lo que se les ordena.

Es raro encontrar un buen criado; el que tenga la dicha de hallarle, ó poderle formar, acuérdesse de estas palabras de Salomon en el Eclesiástico:
«Al siervo cuerdo ámale como á tu alma.»

CAPITULO CXVI.

Del octavo Mandamiento : No levantar falso testimonio, ni mentir.

Dios, cuyas obras son perfectas, ha provisto su ficientemente con su divina Ley al sosten de la humana sociedad, previniendo cuanto pudiera romper la union y caridad que deben reinar entre los hombres, y prohibiendo que sean ofendidas sus persona, sus cosas y su reputacion.

Despues de haber mostrado cómo los mandamientos quinto y séptimo protegen nuestra vida y nuestros bienes, haré ver ahora cómo el octavo cuida de nuestro buen nombre.

La mano es la que comete los homicidios y hurtos que reprueban aquellos preceptos, la lengua es la que produce los daños que condena el que ha de ocuparnos.

La lengua es una parte bien pequeña de nuestro cuerpo y harto mas débil que la mano; sin embargo, interin esta no puede dañarnos sinó en el cuerpo y en los intereses materiales, aquella, como una aguda espada, ó un veneno sutil, ataca la reputacion, la destruye y penetra hasta lo intimo del alma con sus insinuaciones péfidas y sus falsas aseveraciones. Sin necesidad de grandes esfuerzos sabe producir los efectos mas sorprendentes. Una palabra, que arroja con la rapidez de una flecha, excita, como el rayo, un violento incendio, que envuelve en una comun y lamentable ruina los individuos, las familias, los pueblos, las

provincias y los más vastos imperios. ¡Qué pluma es capaz de expresar los males que puede producir una mala lengua! Todos los días experimentamos sus funestos resultados, y tanto las historias modernas como las antiguas nos ofrecen numerosos ejemplos. El Apóstol Santiago se expresa así en su Epístola: «Toda naturaleza de bestias, y de aves, y de sierpes, y de las otras cosas se doma, y la naturaleza del hombre las ha domado todas; pero ningún hombre puede domar la lengua: que es un mal que no cesa, y está llena de veneno mortal.»

Pues si tan difícil es enfrenar la lengua, ya se concibe cuánto será preciso trabajar para reprimir sus excesos en los niños desde la primera edad, impidiendo que llegue á ser lo que una espada en manos de un furioso, y cuidando de que se convierta en un instrumento consagrado á glorificar al Señor y á calmar las penas de los prójimos.

CAPITULO CXVII.

De la necesidad de hablar poco y con reflexion.

Me parece que la mayor parte de los pecados de la lengua proceden de la demasia en el hablar. Es este un defecto harto general en las mujeres; y como á ellas está confiado el cuidado de los niños en sus primeros años, sinó prestan gran vigilancia y cautela, se formarán á su ejemplo, y al crecer con los años caerán en los excesos de la lengua, porque segun las palabras del Sábio: «En el mucho hablar no faltará pecado.»

Por lo mismo recomiendo que en esto, como en todo lo concerniente á las costumbres, no se olvide la grande influencia que tienen los hábitos adquiridos en la primera edad; y recuerdo á las madres la vigilancia que han de tener acerca de las nodrizas y demás personas á quienes confían sus hijos. Este cuidado es sobre todo necesario cuando se trata de niñas, pues la modestia y el silencio son el ornato mas bello de una mujer.

«La mujer, escribe S. Pablo á Timoteo, aprenda en silencio con toda sujecion.» En la misma carta se queja de las jóvenes viudas que, viviendo en el ocio, acostumbran andar de casa en casa, haciéndose parleras y curiosas, y hablando lo que no es menester.

Rara vez nos dicen los Evangelistas que hablase la Santísima Virgen, y cuando lo hacia era en pocas palabras, para bendecir y glorificar á Dios, ó para provecho del prójimo. Por el contrario, leemos que guardaba en el silencio y meditaba en su razon cuanto el Señor la habia dado á conocer.

Los padres de familias han de acostumbrar á sus hijos á que hablen poco y con modestia, singularmente delante de las personas de cierta edad. La infancia y la juventud, en razon á su inexperiencia, tienen siempre algo que aprender de los hombres ya formados, y les conviene, por consiguiente, mas el oír que el hablar. En el Evangelio vemos que nuestro divino Salvador, presentándose á la edad de doce años ante los doctores les esenchaba y preguntaba.

Se refiere que Santo Tomás de Aquino era tan silencioso, que sus compañeros le llamaban el buey mudo; su maestro, sabiendo que callaba por

modestia y no por rudeza de ingenio, solia decirles: Este buey conmovirá el mundo con sus bramidos. Sabido es cuanto se realizaron estas palabras, en cierto modo proféticas.

En la mayor parte de las ocasiones conviene detener la lengua, pues nadie desconoce que con harta mas frecuencia tenemos que arrepentirnos de haber hablado que de haber guardado silencio. Decia un sábio que la naturaleza nos enseñaba mas bien á oír que á hablar, habiéndonos dado dos oídos y una sola lengua. Otro pensaba que la razon de tener la boca provista de labios y dientes era para que sirviesen de una doble barrera, que contuviese la impetuosidad de la lengua. El mismo Dios nos exhorta, por medio del Apóstol Santiago, á que hablemos con reflexion, con estas palabras: «Todo hombre sea pronto para oír; pero tardo para hablar, y tardo para airarse.»

No sin motivo junta en su precepto el Apóstol la lentitud en airarse con la parsimonia en el hablar, pues la ligereza en el hablar y la abundancia en palabras no sirve de ordinario mas que para inflamar la ira, madre de las disputas y de los dieterios.

CAPITULO CXVIII.

De la taciturnidad.

Como el vicio se halla con frecuencia cerca de la virtud, no quisiera que los padres se imaginaran que pretendia hiciesen á sus hijos estúpidos, no sabiendo producirse ni preguntar y responder. La modestia y un cierto encogimiento son

un bien cuando no se llevan mas allá de lo justo; deben acompañar, pero no impedir las acciones virtuosas. Conviene hablar poco; pero no debemos encerrarnos en un excesivo silencio, porque la palabra es indispensable para la direccion de los negocios domésticos y sociales, y sin ella se harian imposibles las relaciones entre los hombres. Unas cuantas palabras dichas con oportunidad suelen producir excelentes efectos, como causan graves males las proferidas fuera de tiempo.

Los niños deben responder con modestia cuando son preguntados y cuando consultan sus dudas con los mayores, á lo cual se les debe habituar, para que depongan el temor de dirigirse á personas que pueden aprovechar la ocasion para darles útiles consejos.

No está prohibido el hablar, sinó el hacerlo sin objeto, inconsideradamente ó de manera que se dañe al prójimo.

David tenia razon cuando pedia al Señor que pusiera guarda en su boca y una puerta en sus labios; pues así como las puertas no están siempre cerradas ni siempre abiertas, así nuestros labios deben saber abrirse y cerrarse oportunamente, conforme á las reglas de la prudencia y de la caridad.

CAPITULO CXIX.

De la murmuracion y la maledicencia.

No hay hombres mas perniciosos en un pueblo que los murmuradores y detractores. Los primeros tienden á desacreditar con su critica los actos de los particulares y de las autoridades, encontrando

siempre algo que reprender en cuanto hacen los demás. Los segundos, penetrando hasta el corazón de sus hermanos, cuyo secreto solo conoce Dios, acusan sus intenciones ya que no pueden morder sus acciones; las apreciaciones temerarias de la conducta del prójimo son como su alimento, y pronuncian sus juicios, no solo sin tener derecho alguno á juzgar, sino las mas veces sin conocer con exactitud los hechos que condenan.

Murmurar, deprimir la reputacion de los demás por envidia, por ambicion y aun por una infernal complacencia es una de las plagas que infestan la sociedad, y en que se dan á conocer los secuaces del mundo.

Hay muchos que por este medio piensan elevarse á los honores sobre las ruinas de sus rivales; otros, en no menor número, no sabiendo de qué hablar en esas reuniones de una sociedad frívola, destierran el fastidio por medio de la maledicencia, sintiendo en esto tan vivo placer como en la mayor diversion.

Aun se encuentran hombres de una naturaleza tan vil y perversa que, sembrando con cauteloso secreto la calumnia ó dando á la verdad un falso colorido, dividen los amigos, é introducen la discordia en el seno de las familias mas unidas.

Decir los ódios, las enemistades y querellas que producen estas lenguas viperinas, pintar el deshonor de las familias y la ruina de las fortunas, que son el fruto funesto de sus mortales tiros, seria una empresa superior á mis fuerzas; además seria ociosa, pues la experiencia diaria nos presenta mas ejemplos que fueran de desear.

CAPITULO CXX.

Cuidado con que los padres deben evitar en sus hijos las demasías de la lengua.

Muy desde los principios deben cuidar los padres de que sus hijos no se acostumbren á faltar á la caridad con sus palabras, y para conseguirlo, guárdense de imitar á estas personas curiosas que, deseando saber lo que pasa entre los vecinos, habitúan á sus hijos á que les refieran cuanto ven y oyen en las casas de los demás. Mucho se engañan si piensan reportar alguna ventaja de que los niños se hagan investigadores de cuanto pasa á su alrededor, pues excitados por su natural curiosidad y por el beneplacito de sus padres, llevarán tan adelante sus miradas escudriñadoras, que llegarán á descubrir cosas harto capaces de arruinar su inocencia y corromper su corazón.

Nada es, por otra parte, menos á propósito para darnos á conocer los hechos ajenos en su verdadero punto de vista que el relato de un niño, que carece del discernimiento y experiencia necesarios para el debido aprecio de lo que vé.

El padre de familias, á quien toca velar por sus intereses, podrá en caso necesario valerse de un criado ú otra persona de confianza que averigüe por medios licitos aquello que debe saber, pero de los niños jamás. Esto sería exponerlos á peligros ciertos y graves, y al daño inevitable de que se acostumbren á ser chismosos desde sus primeros años.

Cuando empiece á despuntar el uso de la razon se deberá enseñar á los hijos cuánto aborrece Dios á los hombres murmuradores y que siembran la discordia, y los terribles castigos que les tiene destinados.

David compara la lengua del inicuo á una navaja muy aguzada, que penetra sin necesidad de grande esfuerzo, y añade que Dios le destruirá para siempre arrancandole y arrojándole, con su raiz, de la tierra de los vivientes.

«No digais mal los unos de los otros, hermanos, escribe el Apóstol Santiago; el que dice mal de su hermano ó que juzga á su hermano, dice mal de la Ley y juzga la Ley.» A cada paso se hallan en las Sagradas Escrituras análogas recomendaciones.

El padre de familias no debe olvidarse de hablar á sus hijos de los justos y rigurosos juicios de Dios, que ha prometido servirse para con nosotros de la misma medida con que hubiésemos medido á nuestros prójimos. Y si un dia hemos de dar cuenta de las palabras inútiles y ociosas; ¡qué será de las palabras injustas, ofensivas y opuestas á la caridad que debemos á Dios y al prójimo!

Jamás debiera desprenderse de nuestra memoria aquel exacto principio de la equidad: No hagais á los demás lo que no querais que os hagan á vosotros.

Lejos de dañar la reputacion ajena, el cristiano, atacado en la suya por la calumnia, ponga su defensa en manos del Supremo Juez; y en lugar de volver mal por mal, venza la malicia de los detractores con su bondad, y haga que aparezca su

inocencia por sus virtuosas acciones. Si la prudencia ó la necesidad exigen que se justifique, hágalo con tanta modestia y moderación que sus calumniadores no puedan encontrar señal de encono. Hable bien de ellos, y cuando no pueda alabar sus actos, procure al menos excusarles, de modo que les obligue con su caridad á bajar los ojos en su presencia, avergonzarse de su malicia y arrepentirse de su mal comportamiento.

Este será un bello modo de vengarse, que inspira el Espíritu Santo á los que sinceramente desean la salvacion de sus prójimos y llenar para con ellos los deberes todos de la caridad. Es tambien el mas provechoso, pues el enemigo, al ver tanta generosidad y nobleza, se convierte en un amigo sincero, y el calumniador canta las alabanzas de aquel á quien habia herido con sus tiros; y reconociendo que han pecado, detestan su culpa y renuncian á su mal hábito, cediendo asi aquel bello proceder en gloria de Dios y santificacion de las almas.

CAPITULO CXXI.

Funestas consecuencias de los pecados de la lengua para los que los cometen.

La traicion, segun una locucion proverbial, podrá en alguna ocasion alhagar, pero el traidor es y será siempre un hombre despreciable. Lo mismo puede asegurarse de la maledicencia y la calumnia y de sus autores.

Al escuchar las detractoras palabras del murmurador cada cual se dice á si mismo: este hombre

es un perverso ; el mal que refiere de los demás le dirá luego de mí, y cuando me ausente hablará de mí tan pérfidamente como veo lo hace en ausencia del otro. Pues sabido es que la mala lengua á nadie perdona, y que se congratula en no dejar, como suele decirse, hueso sano.

Todos temen y evitan á los detractores y calumniadores, y todos les aborrecen en el fondo de su corazón, aun cuando circunstancias particulares obligan á recibirlos, al parecer, con agrado.

La infamia les cubre un dia, siguiendo sus pasos, pues llegan por fin á descubrirse sus engañosas invenciones y sus infamias ; se les señala con el dedo como enemigos del reposo doméstico ; nadie presta asenso á sus palabras, y arrastran una vida miserable, agoviados de vergüenza y atormentados de remordimientos.

El ejemplo del triste fin que tuvieron tantos hombres dados á la detraction y la calumnia será una leccion provechosa para los niños, que conmoverá su espíritu, y les hará comprender que para merecer el aprecio de los demás, y llegar á obtener una posicion honrosa, no hay camino mas seguro que la práctica sincera de la caridad y las demás virtudes. Querer llegar allá rebajando á los demás por medio de la maledicencia y la calumnia solo es propio de almas bajas, que se conocen indignas de la estimacion y afecto de sus conciudadanos.

CAPITULO CXXII.

Es preciso no dar oidos á la detraccion.

No basta el que los padres cuiden de que sus hijos se abstengan de la maledicencia y la murmuracion, pues es preciso tambien el que les habitúen á no escuchar las palabras de los detractores, y evitar todo contacto con ellos. Al hablar anteriormente de la excesiva desconfianza y de los males que causa en las familias, ya recomendé la cautela con que se deben oir las noticias que se nos dan, y la prudencia en no acogerlas con ligereza.

Ahora digo, de un modo mas general, que debemos recelar de las conversaciones en que se hable de ausentes, y máxime cuando se trata de personas y cosas ajenas á nosotros. Tanto como los mismos detractores, pecan contra la caridad los que voluntariamente les escuchan, y es indudable que habría menos murmuradores, si no hubiera tantos que se complacen en dar oidos á la murmuracion.

Un hombre temeroso de Dios, criado desde la infancia en la observancia de la divina Ley, acordándose que, segun ella, debe amar á sus prójimos como á sí mismo, fácilmente hallará medio de contener el torrente de la detraccion, singularmente cuando su edad ó su posicion dan cierto peso á sus palabras. Y cuando, lastimándose la reputacion ajena en su presencia, no pudiese hacer otra cosa, muestre al menos su disgusto con su silencio y gravedad; pues como el viento, segun la bella comparacion del Sabio, disipa las nubes,

así el rostro severo contiene á la lengua del murmurador.

Son tambien excelentes medios el hacer cambiar la conversacion; decir algunas palabras que sirvan de correctivo á la maledicencia; recordar que todos tenemos defectos, y que, segun la expresion de la Sagrada Escritura, todos estamos sujetos á la equivocacion y al error, no debiendo por lo mismo, ser unos censores tan severos de las acciones de los demás. Puede hablarse de la fragilidad, tan comun á todos los hombres; y lejos de dar pábulo á la murmuracion, procúrese atajarla, recordando las reglas de la caridad con discrecion y prudencia. En fin, téngase siempre presente aquella elocuente máxima de los Libros santos: *Cuida de ti mismo*, sobre la cual compuso un gran discurso el docto S. Basilio; su atenta consideracion nos librára, ciertamente, de una vana curiosidad, de cuidados inútiles, y de muchos pecados.

CAPITULO CXXIII.

Cuidado con que las personas constituidas en dignidad deben huir de los detractores y de los aduladores.

No ha sido mi objeto el hablar especialmente de la educacion de los Principes y de los que estan llamados á gobernar los Estados ó las provincias en este tratado, compuesto para la direccion de las personas constituidas en la clase mas comun y general de la sociedad. Sin embargo, los detractores y los aduladores son unos seres tan peligrosos para los hombres constituidos en el po-

der, que no he podido vencer el deseo de hacerles aquí algunas indicaciones.

Los que mandan tienen que guardarse mas que ningun otro de los detractores, porque la mayor parte de los que les rodean se valen de cuantos medios están á su alcance, sean buenos ó malos, para obtener sus favores y ganarse su confianza; pero á la vez les es tanto mas difícil evitarlos, cuanto que por su posicion han de velar sobre muchas personas y procurar saber muchas cosas. Por eso les es tan necesario un tacto especial para conocer al hombre sincero y verdaderamente adicto á su jefe, entre los falsos y taimados que solo buscan el medrar á costa de los demás. Las personas constituidas en dignidad no deben, por regla general, dar ligeramente asenso á la detraction, so pena de hacerse tímidos, suspicaces y desconfiados; de dar lugar á que reine la inquietud entre los que les rodean, y de acaso exponerse á sacrificar sus mejores amigos por los manejos de los intrigantes.

Yo viví un tiempo en la casa de un Cardenal que murió jóven, pero con la prudencia de los ancianos. Cuando alguno de sus familiares le daba cualquiera noticia desfavorable á sus compañeros, aquel buen prelado solia decirle: Veo que aprecias en poco la estimacion que de ti hago, pues quieres que cambie el concepto en que te tenia, dándome á conocer el cuidado con que observas los defectos de tus hermanos y la diligencia con que procuras pierdan mi favor. ¿Quisiéras tú que obrasen así contigo? ¿No tienes tú defecto alguno, de que pudieran acusarte? Pon el cuidado en examinar tu conciencia.

Como eran conocidos los sentimientos de tan prudente amo, nadie trataba de obtener sus favores y llamarse su atención sinó sirviéndole con fidelidad, y ninguno pensaba en suplantar con chismes y enredos á los demás.

No pretendo con esto exigir de los que mandan el que abandonen el cuidado de saber cuánto pasa entre sus dependientes, y el modo con que llenan sus deberes, desatendiendo absolutamente cuanto se les dice, cualquiera que sea la persona. Lo que quiero es que sean cautos y lentos en dar asenso á los dichos, y prudentes y tardos en obrar, singularmente cuando se trata de la subsistencia y del honor de las personas. Deseo que imiten al emperador Alejandro el grande, del cual se refiere que, cuando escuchaba á un delator, cubria uno de sus oídos, dando con esto á entender que le reservaba para escuchar la defensa del acusado, y que hasta entónces difería su fallo.

Tienen tambien las personas constituidas en el poder otros enemigos domésticos, no menos peligrosos que los detractores: hablo de los aduladores, esos seres astutos, hábiles y disimulados que, bajo las apariencias de respeto y afecto, solo tratan de medrar, aun á costa del que les ha concedido su amistad y confianza.

Ellos llaman bueno á lo malo y malo á lo bueno, sin otra regla que captarse la voluntad de aquellos de quienes esperan conseguir algun provecho. Para vituperar ó alabar, para excitar ó contener, para afirmar ó negar, ni atienden á la verdad, ni consultan otro principio que el interés que pueden lograr de alhagar á las personas. Son otros

tantos testigos falsos, que pecan gravemente contra el octavo mandamiento.

Dios preserve al padre cristiano de familias de ver á sus hijos en el número de gentes tan despreciables, que, semejantes á las veletas, giran á todos vientos sin llegar jamás á fijarse!

Nada mas indigno de un corazón noble y generoso que una servil adulación. El hombre verdaderamente cristiano dice sinceramente la verdad aun á los superiores, por un sentimiento de afecto y caridad; como el que desea la salud de un enfermo le da la medicina que le conviene, por mas que le pueda ser amarga. La severidad de un verdadero amigo nos es mas provechosa que la fingida amabilidad del adulator.

«Mejores son, dice Salomon en los Proverbios, las heridas del que ama, que los ósculos fraudulentos del que aborrece;» esto es, mas provechoso nos reporta la incomodidad con que á las veces escuchamos la verdad, que la vana complacencia producida por la adulación.

No se crea por lo dicho que los padres hayan de permitir á sus hijos el hablar con una indiscreta libertad, como ciertas personas que nada respetan, y que juzgan que, siendo verdad, todo puede decirse. Al contrario, deben habituarlos á saber discernir los tiempos, las personas y los lugares; á usar de modestia y discreción, y á tener siempre presente que los mejores remedios, propinados fuera de tiempo y en dosis mas fuertes de lo que conviene, no producen el efecto que debían, y pueden causar la muerte del enfermo.

CAPITULO CXXIV.

Del falso testimonio en juicio.

El falso testimonio, siempre de suyo pecado grave, lo es mucho mas cuando se da en juicio, ante los tribunales, bajo juramento en que se pone á Dios por testigo, y obligando con ello al juez á que dé un fallo injusto, puesto que ha de atenerse á lo que aparece en el proceso. Por eso esta clase de testimonios falsos encierran tanto mas de malicia, cuanto son mas solemnes las circunstancias que les rodean.

No es deplorable ver tantos hombres que, no solo por interés propio, por amor ó enemistad, sinó por un vil precio venden sus almas á la mentira, y se prestan á cuanto se les exige para engañar á la justicia humana!

La buena educacion paterna debe velar por prevenir en los hijos tan lamentables excesos, enseñándoles que jamás está permitido dar falso testimonio, aunque con él pudiéramos librar al amigo mas íntimo, ó adquirir todos los honores y todas las riquezas del mundo.

El hombre verdaderamente virtuoso lo es por eleccion, por amor á la virtud, por el deseo de agradar á Dios, y no por el interés material que se le puede seguir de no obrar mal; así, el que solo tiene probidad interin no se presenta la seducion, y no está dispuesto á luchar con ella, no es hombre de bien.

El padre de familias verá tal vez un dia que sus

hijos ejercen un cargo público. Si llegan á ser abogados ó jueces; á formar parte de los tribunales y corporaciones públicas; á tomar asiento en los consejos supremos del Estado, deberán á la buena educación y sábias instrucciones de sus padres el sentir un horror como instintivo contra el falso testimonio, el estar prontos á defender la verdad, y el desear perseguir sin descanso á la mentira.

Desgraciados aquellos que, obrando de otra manera, conculcan todas las leyes divinas y humanas! Los calumniadores, los perjuros, los jueces inícuos serán justamente condenados un dia en el recto y tremendo tribunal de Dios. Aun no pocas veces principian su oprobio y su castigo en esta vida, permitiendo Dios que se descubran sus ocultos manejos para escarmiento y ejemplo de los demás.

CAPITULO CXXV.

De la discrecion y prudencia en el hablar.

Ya hice ver, al ocuparme del juramento en la explicacion del segundo mandamiento, que la veracidad es una virtud digna de alabanza, grata á los ojos de Dios, y necesaria para el trato humano. Por eso los niños se han de acostumbrar á ser sencillos, ingénuos y veraces en sus palabras, evitando aun aquellas mentiras ligeras que son como chanzas y á nadie dañan. Permittiéndose estas, empezarán á tomar el resabio de no decir verdad, y este mal hábito será perjudicial

á los intereses de su alma y de su buena reputacion.

Pero, asi como jamás es lícito faltar á la verdad, asi tambien es preciso que observemos las leyes de la oportunidad, que la justicia y la caridad exigen para decir lo que sabemos de los demás.

Cuando un testigo es legitimamente interrogado por el juez, no puede ni debe ocultarle nada de lo que sabe respecto al asunto de que se le pregunta. En estos casos, dice S. Agustin, el que calla la verdad es tan culpable como el que afirma una cosa falsa. En todas otras circunstancias, por regla general, está permitido y aun á las veces es un deber de conciencia el callar la verdad, no respondiendo, ó haciéndolo de una manera evasiva.

Hay personas, lastimosamente engañadas, que piensan serles lícito decir los hechos verdaderos que perjudican al prójimo, como si nos fuera permitido revelar sin pecado los defectos ocultos de nuestros hermanos á las que no tienen precision de conocerlos, y cuando no resulta otra ventaja que arruinar la reputacion de aquellos en el ánimo de los que acaso les tenian en buen concepto.

Sobre los deberes que nos impone la caridad cristiana, la sola luz de la razon manifiesta cuan repugnante y vergonzoso es no saber dominar la lengua, ni poder vivir sin decir cuanto se sabe, con daño de lo que se debe á nuestros semejantes; haciéndose asi el hombre parecido á esos vasos cascados que derraman el liquido que contienen

por todas partes, é inútil para sus amigos; pues las necesidades de la vida nos obligan á confiarles nuestros secretos, para pedirles consejo, como nos recomienda el Espiritu Santo, en el libro de los Proverbios, por estas palabras: «Trata tu causa con tu amigo, y tu secreto no le descubras á un extraño.»

Por eso la buena educación, enfrenando la lengua de los niños, les ha de habituar á tener discrecion en el hablar. Esta cualidad es precisa en las personas que pertenecen á las corporaciones y cuerpos colegiados del Estado, porque con frecuencia una palabra imprudente, dicha por resentimiento, por ligereza ó por darse una necia importancia, impide llevar á cabo los asuntos mas graves.

¡Cuánta sabiduría encierran las palabras que dirigia el ángel á Tobías y su hijo! «Cosa buena es, les decia, tener oculto el secreto del Rey; pero descubrir y alabar las obras de Dios es cosa honorífica.»

Es preciso saber guardar un secreto, y no parecerse á ciertas mujeres tan sollicitas por saber lo que se les oculta, como ligeras para descubrirlo á todo el mundo. Las historias refieren con elógió el rasgo de un jóven romano que, instado por su madre á que la revelara las decisiones del Senado, supo eludir con prudencia su tenaz deseo.

Hablar inconsideradamente y confiar á todo el que se presenta las cosas propias y las ajenas, es ciertamente conducirse como lo hiciera un hombre poseido del vino; pues, como dice uno de

los Proverbios de Salomon, «no hay ningún secreto en donde reina la embriaguez.»

La indiscrecion nos hace perder los amigos que tenemos y nos impide adquirir otros. Los jóvenes deben tener siempre presente y meditar esta sentencia del Eclesiástico: «El que descubre los secretos del amigo, pierde el crédito, y no hallará amigo segun su deseo.»

CAPITULO CXXVI.

Obligacion de reparar el daño hecho al prójimo en su reputacion.

Las Sagradas Escrituras, hablando del vicio de la embriaguez, dicen que el vino allaga el paladar y se bebe con gusto, pero que al fin muerde como culebra y envenena como basilisco. Pintura exacta de los principios seductores y de las funestas consecuencias del pecado, aplicable con especialidad á la detraccion.

El hombre vano y ligero, dejándose llevar de la costumbre de hablar de todos, bebe la iniquidad como un vino exquisito, entregándose al placer de arruinar la reputacion ajena, sin tener presente la necesidad en que se constituye de reparar el mal causado con sus palabras.

Si el que hurtó no será perdonado hasta que haya restituido los bienes hurtados; ¡qué rigurosa cuenta no deberá esperar el que arrebató su reputacion al prójimo, despojándole de un tesoro incomparablemente mas precioso que todas las riquezas del mundo!

Si los hombres reflexionasen detenidamente la obligacion terrible que contraen hablando mal de otro, antes preferirian el que se les sacase la lengua, que dejar escapar la mas ligera palabra en daño de su prójimo.

Por eso es preciso hacer comprender á los niños desde los principios que, sin reparar el mal causado en su reputacion al prójimo, no debemos esperar de Dios sinó un justo y merecido castigo, asi como la dificultad que aquella reparacion presenta con frecuencia.

Los respetos humanos son á las veces un obstáculo para que un hombre sea su propio acusador, confesando ante todos la falsedad de sus calumniosas imputaciones al prójimo. Además, aunque se halle dispuesto á vencer toda la repugnancia que lleva consigo aquella manifestacion, la reputacion lastimada no es como una cosa hurtada que se puede restituir íntegramente; pues la calumnia puede hallarse tan generalizada, que sea ya imposible su total reparacion. El honor de una mujer, por ejemplo, es cosa tan delicada que basta una palabra inconsiderada para destruirle irremediabilmente á los ojos del mundo. Sabido es, tambien, que los hombres, por una funesta propension, con dificultad cambian la mala opinion que se les hizo formar de otro, á pesar de la retractacion del calumniador.

La reparacion del daño causado en la buena reputacion del prójimo es una materia tan importante, que ha ejercitado el talento y la pluma de los mas eminentes teólogos. Allí pueden verla los que tengan necesidad de profundizarla,

pues yo, para no salir de los límites propuestos, me ciño á rogar á los padres de familias que crien sus hijos de manera, que jamás se vean en la difícil situación de tener que reparar un daño causado por la detraction ó la calumnia; y que al acostumarlos á que sepan poner un saludable freno á la lengua, impriman en su corazón esta notable y terrible sentencia del Apóstol Santiago: «Si alguno se tiene por religioso, y no refrena su lengua, sinó que engaña su corazón, la religion de este es vana.»

CAPITULO CXXVII.

De los dos últimos mandamientos del Decálogo.

Los dos últimos preceptos del Decálogo están contenidos en estas palabras: «No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa ninguna de las que son de él.»

La concupiscencia es el gérmen y la raíz de todos los pecados, porque, como decía nuestro divino Salvador, del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias.

Así los dos últimos mandamientos vienen á ser el complemento de los otros, pues que su fin es tener alejados nuestros corazones no solamente del mal, mas tambien de todo afecto al mal. Y como el placer y el interés son los dos incentivos del pecado, estos dos preceptos les ponen un

freno: al placer, prohibiendo desear la mujer ajena, al interés, vedando el deseo de las cosas que pertenecen á otros.

Las leyes humanas solo pueden impedir el acto exterior del pecado; Dios va mas lejos: su justicia exige la sinceridad y pureza del corazon; su santidad la inocencia del pensamiento.

Por último, si no velamos incesantemente sobre nuestro corazon, si nos abandonamos á sus depravados deseos, si consentimos en los pensamientos culpables que la carne, el mundo y el infierno sugieren á cada paso, no solo habremos pecado á los ojos de Dios, sinó que facilmente pasaremos del fuego de los deseos á la malicia de los actos, y los hechos exteriores revelarán pronto el fondo de iniquidad que se abrigaba en nuestros corazones.

El Apóstol Santiago marca con exactitud esta generacion y progreso del pecado: «Cada uno es tentado, dice, arrastrado y albagado de su concupiscencia. Y la concupiscencia despues que ha concebido, pare el pecado: y el pecado, cuando es consumado, engendra la muerte.»

La corrupcion del corazon no puede permanecer mucho tiempo escondida á los ojos de los hombres, y muy luego se manifiesta en nuestra conducta. Por eso los padres de familias aplicarán sus esfuerzos á que los hijos sean cristianos sinceros, y no unos hipócritas semejantes á los Fariseos, que solo tenian las apariencias de justos, y que, llenos de falacia y orgullo, no eran otra cosa, segun la espresion del Salvador, que unos sepulcros blanqueados.

El objeto único de la vida cristiana, dice un pia-

doso escritor, es conseguir la pureza del corazón, con la cual hemos de alcanzar nuestro último fin, que es Dios; pues escrito está: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios.»

Pero esta pureza, como todo don perfecto, viene de lo alto, dice el Apóstol Santiago, y desciende del Padre de las luces. Por eso es necesario comenzar por pedirla con una humilde y ferviente oración, pues sin los divinos auxilios, todos, todos los esfuerzos del hombre para conseguirla serán vanos é infructuosos.

Esto me lleva naturalmente á decir algo á los padres de familia acerca de la oración; por lo cual, y continuando mi plan, después de haber hablado del Credo, de los Sacramentos y de los Mandamientos, voy á ocuparme de la Oración dominical.

CAPITULO CXXVIII.

De la oración.

La oración, según nos enseñan los santos Padres, es una elevación del alma á Dios. Cuando el hombre, retirado al secreto de su corazón y cerrando la entrada á los cuidados temporales y á los afanes de la presente vida, principia á considerar la grandeza de las misericordias divinas para consigo mismo y para con todo el género humano, se levanta poco á poco sobre la tierra y se dirige por una sublime gradación hácia el Cielo. La vista de su alma se purifica, las nubes de las inclinaciones carnales se disipan, al auxilio de una luz divina descubre una nueva

tierra, otros honores, bienes mas preciosos, y concibe otros deseos, y suspira por otros amores. Aproximándose mas á la fuente de todo bien, el alma fija en Dios la mirada de la contemplacion y la meditacion, y llena de reconocimiento por sus innumerables beneficios, se abisma en el océano de esta clemencia y esta bondad infinitas. Prosternada humildemente á los pies de su benignísimo Señor, del mas tierno de los padres, de su esposo amantísimo, unas veces le alaba, le bendice, canta sus grandezas y le rinde acciones de gracias en su nombre y en el de todas las criaturas; otras, llena de confianza, derrama en la presencia de Dios, como dice David, sus oraciones y plegarias, le representa sus penas, y solicita su proteccion y sus auxilios; sin que jamás deje de oír la voz interior de Aquel que nada desea tanto, como vernos dispuestos á recibir sus abundantes gracias.

La oracion es una llave que abre los Cielos; una cadena de oro que nos une á Dios; un mensajero fiel que le presenta nuestras peticiones, y una mediadora, siempre bien acogida, que nos alcanza el perdon de nuestras faltas.

CAPITULO CXXIX.

De las condiciones y partes de la oracion.

No permitiéndome mi plan el tratar á fondo de cuanto concierne á la oracion, me ceñiré sumariamente á decir que se compone de acciones de gracias y de peticiones; y se divide en vocal

y mental. La oracion vocal se hace por medio de la palabra, como, por ejemplo, cuando se cantan los salmos ó se recitan las preces establecidas por la Iglesia. Este modo de orar es muy á propósito para excitar la devocion del pueblo fiel reunido en los Templos; y adecuada, cuando se ora en particular, para inflamar, avivar el corazon y disponerle para la oracion mental. En esta, la lengua permanece muda, excepto algunas expresiones en que hace prorumpir la vehemencia del espiritu; este es el que obra y pide en el silencio y en el secreto del corazon. Dios se complace en escuchar y responder al alma que sinceramente le busca, y en hablarla con una dulzura que la humana lengua no sabria expresar. La oracion mental forma, por decirlo asi, la vida y el alma de la oracion vocal, pues si el hombre interior no está recogido y atento, el movimiento de los labios y el sonido de las palabras no pueden producir gran fruto.

Diré, aunque brevemente, las condiciones de la buena oracion. Debe ser confiada y llena de esperanza en la infinita bondad de Dios; humilde y sumisa á la divina voluntad, resignándose absolutamente á lo que ordenare la Providencia, singularmente cuando se piden cosas temporales; fervorosa y perseverante, sin cesar de orar aunque parezca que se retrasa la consecucion de lo que se pide. Que nada exista en nosotros que pueda impedir á nuestras oraciones el llegar á Dios, esto es, el pecado, la accion al pecado, el odio al prójimo, el propósito de no perdonar las injurias. Y ¿quién se atreverá, de lo contra-

rio, á levantar sus manos al cielo á quien ofende, ni á esperar ser escuchado del mismo á quien ultraja?

Y como por nosotros mismos no somos dignos de obtener cosa ninguna, todas nuestras peticiones han de llegar á ser eficaces por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Supliquemos en su nombre al Padre de las misericordias, como lo hace la santa Iglesia en todas sus oraciones: imploremos á la vez la mediacion de la bienaventurada Virgen Maria y de los Santos, que reinan gloriosos con Cristo; pidámosles que sean nuestros intercesores, y que, con nosotros y por nosotros, rueguen al Supremo Hacedor de todas las cosas, Dios trino y uno, autor único de la gracia, de la gloria y de todo bien.

He aquí una reducidísima indicacion de lo mucho que pudiera decirse sobre un objeto tan importante. Exhorto con todo mi poder á los padres de familias á que se procuren alguna de las buenas obras en que se trata esta materia con especialidad y la extension conveniente, como, por ejemplo, el Catecismo romano, que nunca será suficientemente alabado, el libro de la Oracion y meditacion de Fr. Luis de Granada, maestro insigne de la vida espiritual, y otros semejantes. En ellos aprenderán mil consejos apreciables para enseñar á sus hijos el modo de orar fructuosamente.

CAPITULO CXXX.

De los grandes males que la negligencia de la oracion causa en el pueblo cristiano.

Entre las calamidades de nuestros dias, en que se halla tan resfriada la caridad, y la iniquidad tanto abunda, es preciso contar como una de las no menos atendibles el descuido y abandono con que comunmente se mira la oracion; porque, segun el sentir de graves y piadosos autores, todos los males que afligen al pueblo cristiano, y aun al mundo todo, nacen de nuestra negligencia en pedir convenientemente á Dios, asi como todos los bienes son fruto de las oraciones dirigidas á su misericordia. ¿No es una cosa lamentable ver á hombres de buen talento que, lejos de aplicarse al ejercicio de la oracion mental, apenas la conocen ni aun de nombre, ó la miran como exclusiva de los claustros? Con cuánta generalidad se piensa que, con recitar algunas oraciones, sin atencion y con el espíritu embebido en los negocios temporales, se ha cumplido con el deber que todos tenemos de orar!

Preciso es que una buena educacion cristiana se aplique á corregir tan funesto abuso, haciendo comprender á los hijos, á pesar de las sugestiones de una prudencia carnal enemiga de Dios, que debemos mostrar en la práctica lo que somos, esto es, cristianos, y que por lo mismo no debemos vivir como los paganos, sinó de una

manera cristiana, y en el espíritu de oración tan recomendado por el Apóstol.

Yo pregunto á esas personas que pertenecen á la Iglesia, bien que su conducta difiera en bien poco de la que siguen los infieles, ¿qué hay en la tierra mas preciso que la oración? Podrá desconocerse la muchedumbre y la extensión de las necesidades que nos aquejan en alma y cuerpo, y de las que sufren nuestros parientes, nuestros amigos y los hombres todos? Ah! Ni es posible desconocer nuestra pobreza y miseria, ni la precisión de recurrir al único que nos puede librar de nuestros males.

Tal vez los ricos y poderosos del siglo juzguen que no son pobres y necesitados; pero díganme: cuánto tienen, ¿no lo han recibido de esas manos divinas que pueden á su arbitrio dar, conservar y quitar los honores, los bienes, la salud y la vida? Bien lo conocía Job, ese valeroso atleta contra el infierno, cuando á sus ataques respondía con estas sencillas palabras: «El Señor lo dió, el Señor lo quitó: como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor.»

Y no solo debemos exclusivamente á la misericordia divina esos bienes temporales, que tanto apreciamos, mas tambien los espirituales, que son incomparablemente mas preciosos. No somos mas, decía un santo Doctor, que otros tantos pobres que mendigan la gracia de Dios.

Por eso nos es tan preciso recurrir incesantemente á la oración, ya para pedir á Dios que provea á nuestras necesidades y nos conserve sus dones, ya para darles gracias de los innumera-

bles beneficios que á cada instante nos prodiga, y que no podemos desconocer sin una perturbacion de la razon. Nos es tambien preciso recurrir á la oracion para pedir á ese Padre misericordioso el perdon de nuestras cotidianas ofensas, y para obtener de su clemencia las luces, el acierto y la energia de espiritu, sin lo cual nos será imposible dirigir nuestros actos á un buen fin, y caminar tranquilos por en medio de los peligros de esta vida, y de los lazos y emboscadas que incessantemente arma contra nosotros el infierno, para hacernos caer en el pecado.

Dejo para los autores que han tratado expreso de la oracion el dar á conocer sus maravillosos efectos, el hablar de los frutos llenos de suavidad y dulzura que produce, el describir los tesoros que Dios dispensa al alma que la frecuenta, y el mostrar como ejercitamos orando las sublimes virtudes, llamadas teologales, fé, esperanza y caridad. Allí podrán ver los padres de familias cuanto yo, con sentimiento, no puedo decirles en este breve tratado.

CAPITULO CXXXI.

Cuidado de los padres respecto al santo ejercicio de la oracion, y del tiempo y lugar que le son mas convenientes.

Voy á entrar en ciertos detalles acerca del ejercicio de la oracion, que juzgo de interés para los padres de familias, y á ocuparme del lugar mas á propósito para orar.

Una de las cosas de mas importancia en la vida, para la buena direccion de los asuntos domésticos, es la distribucion acertada del tiempo. Aunque corto y rápido en su curso, rectamente distribuido, es suficiente al cumplimiento de grandes trabajos, como se observa en las comunidades bien regularizadas, y se verá en cualquiera casa en que se asigne á todo un tiempo adecuado y oportuno, evitando la confusion.

Y siendo la oracion uno de los negocios mas importantes de la vida, justo será que se la reserve al menos una de las veinticuatro horas que componen el dia; lo cual no puede disminuir notablemente la parte que haya de consagrarse a las necesidades de la vida temporal, al cumplimiento de los deberes de sociedad y á los respectivos al arte ó profesion que cada cual ejerza.

Cual será la hora mas conveniente para que la familia se junte á tomar este alimento espiritual? La prudencia paterna es la que debe resolverlo, atendidas las circunstancias particulares.

En general, el tiempo mas conducente es aquel en que la casa está mas en calma y libre de las agitaciones y concurrencia de los extraños. La oracion exige un espíritu tranquilo, alejado de cualquiera objeto de distraccion, pues nada es mas difícil, aun á las almas ejercitadas, que recogerse, y desprenderse de los pensamientos que nos excitan las cosas sensibles. La soledad y el silencio disponen el espíritu para la oracion; así que, las horas mas apartadas del bullicio, como las primeras de la mañana antes de principiar el trabajo, y las de la noche despues de con-

cluido, serán las mas adecuadas para entregarse á ella. Tambien debe tenerse presente la hora de la comida, pues cuanto mejor esté digerido el alimento, tanto mas despejada está la cabeza y en disposicion de meditar.

El lugar en que se ora no carece de influencia para el alma. Ya he manifestado antes mi deseo de que en las casas, y principalmente en las desahogadas que viven las personas bien acomodadas, haya como un pequeño oratorio, exclusivamente dedicado á los ejercicios de religion, y adecuado al número de individuos que componen la familia. El hombre no es un puro espíritu, y los objetos exteriores ejercen por medio de los sentidos una gran influencia en él, y con especialidad en la infancia. El solo aspecto de un local consagrado á la oracion, adornado de imágenes piadosas, despierta la devocion y hace nacer cierto recogimiento exterior; el alma encuentra allí mas facilidad para concentrarse sobre sí misma, y aplicar su atencion á las cosas divinas sobre que se ha propuesto reflexionar.

Pero, como en todas ocasiones son de temer las arterias del infierno, acaso convenga, en las casas de gran familia, separar los hombres de las mujeres, conduciéndolas al oratorio en horas diversas el padre y la madre respectivamente. En todo caso aquel, presente siempre á la oracion, tendrá cuidado de que todos se coloquen de manera que ninguno pueda sustraerse de su vigilante mirada.

CAPITULO CXXXII.

Es preciso que los niños se vayan acostumbrando gradualmente á orar.

Vemos en el orden natural de las cosas que la semilla, encerrada en la tierra, arroja primero un brote que apenas se percibe, que despues forma una pequeña planta, que luego se hace un arbusto, y que por fin se ostenta un árbol frondoso, lleno de vigor. Lo mismo se observa en el orden espiritual y respecto á la cultura del alma de los hijos, á que un padre solícito consagra sus cuidados. En los principios es necesaria una gran paciencia, y tener constantemente presentes, para no desmayar en la empresa, los frutos que con el tiempo y los divinos auxilios recogerá en su dia. No se debe olvidar esto al enseñar á los niños el modo de orar.

En un principio bastará el que concurren con exterior respetuoso, y por el tiempo que se crea conveniente, á la comun oracion de la familia; y no se habrá conseguido poco si guardan silencio, hacen la señal de la cruz y dan ciertas señales de compostura y devocion. Mas tarde se les hará que recen el *Padre nuestro* y el *Ave Maria*, y, cuando lleguen á cierta edad, principiarán á tomar parte con la familia en la recitacion del *Rosario* y demás prácticas religiosas que acostumbre. Se procurará que se habitúen á estar de rodillas con devocion, y á que pronuncien distintamente y con atencion las palabras, y las preces

que se les hará leer ; pues nada es mas á propósito para reanimar la devoción interior que la oración vocal hecha como se debe.

Los niños deben ser preparados convenientemente para la primera comunión , instruyéndoles de sus admirables frutos , y de las disposiciones que deben llevar al efectuarla ; si los padres hubiesen advertido algun defecto respecto á la modestia , devoción y recogimiento que debieron guardar en aquel acto , se les hará entender con dulzura , y prevenirles lo necesario para que se corrijan en lo sucesivo.

La razón y la piedad irán creciendo poco á poco con los años , y el padre debe aprovechar la ocasión de su desarrollo para empezar á enseñar á sus hijos la práctica de la oración mental. Para ello se les propondrá un punto breve de meditación , encargándoles que reflexionen sobre aquello , y esperando que la religiosa costumbre de orar les enseñará el modo de hacerlo fructuosamente , pues sabido es que no hay mejor maestro de la oración que la oración misma.

Pero , como el espíritu de los niños , semejante á una tierna vid , tendrá en un principio necesidad de apoyo , se hará que lean algunos puntos de cualquiera obra piadosa , á propósito para suministrarles objeto sobre qué reflexionar. Mas hágaseles comprender que siempre hallarán un fondo inagotable para la meditación en la vida , pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo ; y que no carecerán jamás de materia para la oración , si atentamente ponen su consideración en la muerte , en la vanidad de las cosas de este

mundo, en la gloria de los bienaventurados y en los tormentos del infierno; si tienen cuidado en conservar lo que han oído á los predicadores, y si aplican su atención á seguir el curso de las solemnidades del año cristiano, en las cuales la Iglesia nos representa los principales misterios de la Redencion.

CAPITULO CXXXIII.

Del exámen de la conciencia, de sus puntos principales, y de algunas prácticas piadosas.

Se dice de Caton, el antiguo, que acostumbraba cada noche traer á la memoria y repasar cuanto habia dicho y hecho durante aquel dia. Y ¿podrá parecer penoso al cristiano, que desea la salvacion de su alma, un ejercicio á que, sin tan noble fin, se entregaba un gentil, siguiendo el hábito de los Pitagóricos?

Si el comerciante solícito de sus intereses revisa diariamente sus libros, si el diligente padre de familias toma cuenta cada noche de lo que sus criados han hecho en aquel dia, y de cuanto importante ha sucedido en su casa; ¿cómo podrá un cristiano dispensarse de repasar un rato el libro de su conciencia, máxime no exigiendo mas que un corto espacio y una ligera atención? Y aun la buena direccion de la familia y de los asuntos domésticos ganará no poco en ello, pues esta revision de las acciones, hecha en la presencia de Dios, ha de servir para corregir conforme á su divina ley lo que se hubiese ejecutado

con poco acierto, por impremeditacion ú otra cualquiera causa.

Recuerdo, con esta ocasion, haber visto impreso un breve método, que ciñe á cinco puntos el método del exámen particular de cada noche: he aqui como debe realizarse:

1.º Dar gracias humildemente á Dios por todos los beneficios recibidos durante aquel dia.

2.º Pedirle las luces necesarias para conocer y detestar las culpas.

3.º Traer á la memoria los actos de aquel dia, inquiriendo las ofensas que haya hecho á Dios, á sus prójimos y á sí mismo, por pensamiento, palabra, obra ú omision, y fijándose con particularidad en los defectos en que mas suele incurrir.

4.º Suplicar al Señor, con un corazon contrito y humillado, que le perdone los pecados, arrepintiéndose sinceramente de todos ellos.

5.º Tomar un firme propósito de no volverlos á cometer en adelante, con el auxilio de Dios, y la resolucion de confesarse prontamente de todo aquello de que se encuentra culpable.

A continuacion de este sencillo método se hallan algunos consejos para principiar bien el dia, distribuidos tambien en cinco puntos. Su conocida utilidad me mueve á transcribirlos aqui.

Al dejar el lecho deberá dar gracias á Dios, bendecirle por la muchedumbre de sus beneficios, y mostrarse reconocido por haberle conservado la vida y velado por él durante la noche.

Se ofrecerá enteramente al Señor, poniéndose en sus divinas manos, pidiéndole que le proteja con su gracia, y le dé sus auxilios para que todo

cuanto hiciere en aquel día sea conforme á su voluntad santísima.

Será bueno fortificarse interiormente contra los pecados, y principalmente contra aquellos en que con mas frecuencia suele incurrir, renovando el propósito de no cometerlos, ayudado de la gracia.

Nada mas provechoso que suplicar al Señor se digne socorrernos en todas nuestras necesidades espirituales y temporales, encomendarse á la santísima Virgen, al Angel de la guarda y á todos los Santos, singularmente á los de nuestro nombre y devocion.

Finalmente se recitarán algunas cortas preces, como tres veces el Padre nuestro y Ave Maria, por vivos y difuntos; y se procurará oír devotamente Misa, ofreciendo á Dios este sacrosanto sacrificio en expiacion de sus pecados, y pidiendo por las necesidades de la Iglesia y del Estado, y demás públicas y privadas.

CAPITULO CXXXIV.

Utilidad de los ejercicios indicados en el capítulo precedente, y de las oraciones jaculatorias.

Los diferentes puntos enumerados en el precedente capítulo pueden dar materia suficiente á una prolongada oracion mental; pero, si las ocupaciones del estado, los deberes de la profesion, ó las diversas necesidades de la vida impidiesen detenerse mucho en aquellos ejercicios, siempre quedarán algunos instantes que dedicarles por mañana y tarde, y en ellos debemos re-

correr sus partes aunque sea con brevedad. Esta ligera meditacion al principio y al fin del dia será de gran provecho para la recta direccion de los negocios, y proporcionará un sueño tranquilo.

Realmente, deberiamos aplicarnos á los negocios y ocupaciones temporales de manera que no impidieran el que asistiésemos á los de nuestra vida espiritual, y nos dejaran el espacio que reclama el cuidado del alma; pero, por asiduo que sea nuestro trabajo, nadie puede en verdad dispensarse de orar con el pretexto de no tener tiempo, porque nuestro espiritu es libre, y puede elevarse á Dios interin nuestras manos se ocupan de las faenas materiales.

Un solo movimiento de la voluntad que se dirige amorosamente á Dios, un religioso suspiro que nace de lo profundo del corazon, esta sencilla exclamacion que sale de unos labios sinceros: Dios y Señor mio, tened piedad de mi, pobre pecador; son otras tantas breves oraciones, á las veces mas eficaces que largas preces recitadas con tibieza y negligencia. Estas son las que se llaman oraciones jaculatorias, y que á manera de flechas disparadas de un corazon humillado y encendido en el divino amor, parten con rapidez hasta llegar al cielo. El cristiano debe fortalecerse con ellas muchas veces al dia, especialmente al principiar cualquier negocio importante, al emprender un asunto árduo, y cuando se ve asaltado de la tentacion; por este medio mantendrá en su corazon la llama del amor de Dios, que los recios vientos del mundo tratan incesantemente de apagar.

El padre de familias acostumbrará gradualmente á sus hijos á practicar estos piadosos ejercicios, principiando por hacerles aprender los puntos contenidos en el método que dejo indicado en el capítulo precedente. Por mañana y noche les dará el ejemplo de acudir á ellos, y formulando en alta voz algunos de los actos que allí quedan expresados, cuidará de que los niños les repitan en seguida; esto, que harán entónces por imitación, será mas adelante para ellos un hábito, no solo fácil, mas hasta grato.

Es preciso evitar con cuidado la exigencia de que los niños guarden una precision en cierto modo mecánica, pretendiendo que diariamente se produzcan con la uniformidad del que repite una leccion que sabe de memoria. La prudencia dice cuanto mas acertado es el trabajar con dulzura en hacerles amables los actos de piedad y religion, porque hallando complacencia en ejercitarlos, llegarán por una marcha lenta, pero segura, al hermoso hábito de seguir el camino de la virtud sin pena, sin fatiga y aun con gusto.

CAPITULO CXXXV.

Se responde á varias objeciones que pudieran hacerse al plan de educacion que propongo.

Tal vez caiga este libro en manos de personas que le reprochen, diciendo: Si la educacion que propone el autor se generalizase, ningun provecho reportaria la sociedad; porque en lugar de formar buenos magistrados, militares, ciudada-

nos, de que tanta necesidad tiene la patria, solo le daría monges, á propósito para cantar en el coro y vivir encerrados en sus ceidas: pues todos esos ejercicios de piedad, oraciones, exámenes de conciencia y frecuencia de sacramentos, harían que los niños pusieran sus miras en el estado eclesiástico, secular ó regular, y pronto sería preciso cerrar los tribunales, los cuarteles y las tiendas.

Aunque pudiera ceñirme á contestar que el solo título de mi obra: *Tratado de la educacion cristiana*, manifiesta mi objeto, y marca suficientemente que solo me he ceñido á indicar los medios de criar á los niños en la observancia de la Ley santa del Señor; preguntaré, no obstante, á los que me critican: ¿No es cierto que los antiguos filósofos, en sus tratados de moral y de política, fijaron el fin del hombre en la felicidad de la vida presente, no teniendo de la futura mas que una idea confusa é incierta? ¿No lo es tambien que los mismos filósofos hacian consistir la felicidad en la práctica de las virtudes, en cuyos hábitos querian que estuviesen educados los hombres?

Pues si, para llegar al fin que proponian los filósofos era necesario que el hombre se formara en el modelo de una educacion virtuosa; ¿será mucho exigir lo mismo á un cristiano, cuyo fin es la eterna felicidad? Para llegar á este feliz término, ¿hay otro medio que los actos de virtud, practicados en gracia de Dios? Esta gracia que los vivifica, que los hace meritorios para el Cielo, ¿no se nos comunica por los Sacramentos,

como por un canal de oro, y por la eficacia de la oracion, esa mensagera fiel é intercesora desinteresada de que ya he hablado?

Por fin, siendo cierto que las puertas del Cielo no se abrirán sinó á los amigos de Dios; que su amistad, puro don de su misericordia, no se conserva y acrecienta mas que por los sacramentos y la oracion, y que la gracia merece y produce la gracia en el que sabe hacer fructífero el talento que recibió; no lo será menos que muestran poco aprecio á la amistad de Dios, y ponen bien poca solicitud en obtener sus divinos favores, los que rehusan la frecuencia de sacramentos y la práctica de la oracion. Y aun manifiestan con eso que conocen poco los enemigos que nos cercan, los peligros que por todas partes nos rodean, y la continua necesidad que tenemos de implorar la gracia de Dios, tan bien significada en estas palabras del Evangelio: «Es menester orar siempre, y no desfallecer.»

CAPITULO CXXXVI.

La forma de vida que propongo es la que deben observar todos los cristianos, cualquiera que sea su estado.

Acaso se me dirá: Quereis que todos los hombres sean religiosos.—¿Qué otra cosa es un cristiano?—Pretendeis, se añadirá, que todos los hombres sean clérigos ó monjes.

Recuerdo, á este propósito, la contestacion de un santo Doctor que, alabando y recomendando con vehemencia la virginidad, fué tachado de que-

rer que acabara luego el mundo. «Ojalá, dijo, que se llenase pronto el Cielo de bienaventurados.»

Lo mismo pudiera yo responder; pero prefiero hacer notar que la santidad, lejos de impedir la buena direccion de los negocios, ayuda eficazmente al acertado gobierno de los Estados y á la recta administracion de justicia. Pudiera citar innumerables ejemplos de Príncipes, de grandes personajes, de hombres ricos y poderosos que, no solo abrazaron el tenor de vida que propongo en este tratado, sinó que, poniendo su religiosa mirada en un punto mas elevado, llegaron á la cumbre de la perfeccion cristiana, mereciendo el ser colocados en los altares. Tales fueron S. Luis, Rey de Francia, S. Fernando, de España y otros tantos, que no por eso dejaron de conservar sus coronas, sus estados y sus honores, de marchar á la cabeza de sus ejércitos, y de atender á la buena direccion de los negocios, mostrándose en todo tanto mas nobles y grandes, cuanto con mas fidelidad servian á Dios.

Si con rectitud se pesan mis palabras, se verá que solo he tratado del método de vida cristiana que la debilidad humana permite seguir por lo comun. El temor de Dios es necesario á todos. El procurar con los auxilios de la gracia no caer en el pecado, tenerle horror, y levantarse prontamente cuando la humana fragilidad hizo caer en la culpa; el cumplir las obligaciones de su estado, observando en todo las leyes de la verdad y de la justicia; por fin, amar á Dios y al prójimo, son deberes generales, y de que no puede dispensarse ningun cristiano.

Nótese la respuesta que dió nuestro divino Salvador al que le preguntaba qué haria para conseguir la vida eterna: «Si quieres, le dijo, entrar en la vida, guarda los mandamientos.» Y ¿es posible observar los divinos preceptos sin cierta frecuencia de sacramentos, sin impetrar los auxilios de la gracia por medio de la oracion, sin tener algun cuidado de su alma y sin velar sobre si mismo?

Dejo á la conciencia de cada uno la contestacion; bien que deseando una confesion sincera de lo que siente en el secreto de su corazon ese mundo desgarrado por la discordia, turbado por los hurtos, extraviado por la calumnia, engañado por la mentira, sumido en los placeres y manchado con todos los pecados, y que, á pesar de todo, pretende vivir cristianamente y merecer el nombre de cristiano, porque confiesa y comulga una vez al año.

No me persuado de que ningun padre solícito por el bien espiritual de sus hijos pueda escuchar á la prudencia carnal y mundana, cuando le diga que propongo un plan de educacion á propósito solo para el claustro, y que quiero hacer de todos los niños clérigos y monjes.

Lo que yo si quisiera, segun tengo dicho y lo repetiré siempre, fuera ver á todos los niños hechos buenos cristianos; y creo que sea este el deseo de los hombres sensatos. Si para conseguir aquel objeto hubiese otra forma de educacion preferible á la que recomiendo, lejos de oponerme á que se adoptara, la daria mi apoyo; pero confieso francamente que no creo sea cosa fácil inventarla ni descubrirla.

CAPITULO CXXXVII.

De la oracion Dominical.

La oracion Dominical, esto es, la Oracion del Señor, se llama asi porque nuestro Señor Jesu-cristo la compuso, y nos recomendó el que la recitasemos; lo cual manifiesta por si solo su excelencia y perfeccion. Los santos Doctores han expuesto en sus comentarios las maravillas que el Espiritu Santo ha encerrado en aquel modo de orar, y el Catecismo romano incluye su explicacion. Por eso me contentaré con recorrer brevemente el *Padre nuestro*, indicando los preciosos documentos que de su texto se desprenden para la educacion de los hijos.

El *Credo* contiene la suma de las verdades que forman la fé del cristiano; el *Decálogo* promulga la regla de sus acciones; el *Padre nuestro* enseña lo que debemos pedir á Dios, y esperar de su infinita clemencia.

En esta oracion admirable se distinguen dos partes: la primera es una breve invocacion á Dios, y como un preámbulo que precede á las siete peticiones enumeradas en la segunda.

Padre nuestro, que estás en los Cielos; he aquí las cortas y misteriosas palabras que forman la especie de preludio, y que pueden producir en el espiritu de los niños los mas saludables pensamientos.

El nombre de Padre despierta en el corazon las ideas de amor, de providencia, de honor y

sumiso respeto ; nada mas dulce y cariñoso. Aunque Dios es nuestro criador y nuestro Señor supremo, ha querido, sin embargo, que le llamemos Padre, para que le pidamos, no con un temor servil, sinó con el afecto y confianza de hijos.

Dios es padre de todos los hombres, como criador y supremo regulador del universo, pero lo es particularmente y de un modo sublime de los cristianos por la obra de la Redencion, adoptándolos en su Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo, cuando son regenerados en las aguas del Bautismo.

El nombre de padre nos asegura de que la providencia de Dios vela sobre nosotros, y sabemos que su solicitud es tan grande que, al entrar en la vida cada hombre, por oscuro que sea su origen segun el mundo, le asigna un Angel para que le custodie.

Aquel nombre nos garantiza de que jamás nos faltarán las cosas necesarias para la vida, y, lo que aun es mas precioso, de que tenemos en el Cielo una eterna y bienaventurada herencia. Él nos recuerda que Dios nos castiga y corrige como padre, no por odio sinó por amor. Él, por fin, excita en nosotros sentimientos de honor y respeto, y ese temor filial de un hijo bien nacido que, con solo recordar el semblante enojado de su padre, se abstiene de cuanto pudiera ofenderle, temiendo hacerse indigno de parecer en su presencia.

Con estas consideraciones, el padre de familias hará comprender á sus hijos la obligacion que tenemos de corresponder con nuestro amor al

intenso amor que Dios nos tiene. Con esto se alentarán á postrarse con filial confianza ante el trono de su misericordia; con esto aprenderán á consolarse en sus aflicciones, á no desmayar en medio de las penalidades de la vida, y á besar humildemente la mano paternal del Señor, no solo cuando derrama sobre nosotros la prosperidad, mas tambien cuando nos visita con la tribulacion; pues, como las alegrías, los dolores proceden de su amor, ya para separarnos del pecado, ya para que sea mas gloriosa nuestra corona en el Cielo.

Importa, sobre todo, que los niños se impregnen del pensamiento de hacerse, cuanto es posible, semejantes á tal Padre, y de jamás ejecutar la mas pequeña accion que desdiga de tan en noble linage.

Decimos al orar: *Padre nuestro*, para manifestar que todos somos hermanos, que nos debemos amar como tales, auxiliarnos y pedir los unos por los otros. Dios se complace, dice un Santo, en ver á un hermano que ruega por su hermano. La naturaleza nos excita á pedir por nosotros mismos, la gracia nos mueve á pedir por los demás. La necesidad nos obliga á impetrar socorro en los males propios, la caridad nos impele á solicitarle para los ajenos.

De aqui tomará ocasion un buen padre de familias para mostrarse afable y cariñoso para con todo el mundo. En esto suelen faltar á las veces las personas opulentas y poderosas, que solo tienen para los pobres palabras de menosprecio, olvidando que Dios es padre comun de los reyes

y de los mendigos. Esta consideracion debe hacer humildes á los grandes; y los pequeños y desvalidos, pensando en su nobleza espiritual, deben consolarse y cesar de mirarse como desgraciados. ¿No tienen á Dios por Padre, por hermano á Jesucristo, y por premio una rica herencia en la Gloria, que puedan alcanzar, viviendo cristianamente, lo mismo que los mas ricos y mayores potentados del mundo?

Por último, aunque Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia, decimos al orar *que estás en los Cielos*, porque allí resplandecen mas particularmente su grandeza y majestad, y porque la memoria de la Gloria en que reina nuestro Padre despierta nuestros deseos, y nos enseña que nuestras peticiones se deben con frecuencia encaminar á los bienes infinitos de la eternidad, antes que á las cosas perecederas de la tierra.

CAPITULO CXXXVIII.

Exposicion de las siete peticiones contenidas en la oracion Dominical.

PRIMERA PETICION: *Santificado sea vuestro nombre.*

Al enseñarnos á orar nuestro divino Salvador, nos manifiesta tambien el orden con que debemos presentar á Dios nuestras peticiones, segun su importancia y conforme á las reglas de la caridad.

Por eso pedimos ante todo que sea santificado el nombre de Dios, pues siendo este el supremo bien, debemos amarle sobre todas las cosas, mas que á nosotros mismos, y cuanto concierne á su honor y gloria ha de ser antepuesto á nuestro interés y al de las personas á quienes mas cariño profesamos.

¡Ah! ¡Qué felices resultados tendrá la solicitud paterna, si hace nacer en el corazón de sus hijos el saludable pensamiento de proponerse primariamente la gloria de Dios en todas sus empresas!

El santo nombre de Dios, del autor y fuente inagotable de toda santidad, no puede ser mas santo y mas augusto; pero nuestra oración manifiesta el ardiente deseo que abriga nuestro corazón, inflamado en su amor, de que sea mas y mas conocido, de que todas las naciones le reverencien sometiéndose á su imperio, y de que su reino se dilate por todo el mundo, adorado de todos los hombres.

Encendidos en el deseo de ver cada vez mas honrado el santo nombre de Dios, los verdaderos cristianos se regocijan al saber la conversión de los pecadores; suspiran por el regreso de los herejes á la unidad de la santa Iglesia católica; hacen votos porque la luz del Evangelio alumbre á las naciones infieles; gimen amargamente cuando escuchan blasfemar y ven deshorrar aquel nombre adorable, y se esfuerzan en tributarle y hacer que los demás le tributen el homenaje que se le debe, no solo con palabras, mas á la vez y principalmente con actos de sólida virtud.

SEGUNDA PETICION: *Venga á nos el tu reino.*

Somos hijos de rey, pero nuestro reino no está en este miserable y engañoso mundo, que atravesamos como desterrados, en peregrinacion, y cercados de mil penas y disgustos. En él, no solo está expuesto nuestro cuerpo, sinó que aun el alma se ve incesantemente amenazada, por la lucha que ha de mantener con una carne rebelde y en medio de crueles enemigos, con los cuales lucha de continuo.

Y ¿cómo es posible resistir á tantos contrarios reunidos, y cómo evitar tantos lazos y asechanzas, si la mano poderosa de Dios no se digna defendernos?

Y ¡cuánta no es la insensatez de aquellos que, semejantes á los irracionales, jamás levantan los ojos al Cielo, y sumidos en los placeres y goces de este mundo, ni aun recuerdan la existencia del otro!

El cristiano verdaderamente sabio, meditando, por el contrario, dia y noche los bienes infinitos de que ha de gozar en la casa del Padre celestial, exclama de lo íntimo de su corazon: Dios mio, venga á mi tu reino; ese reino que es el fin y complemento de todos mis deseos!

Pero, el que quiere el reino de la Gloria, tiene que pasar por el reino de la gracia, haciendo que reine Dios en su corazon y no el pecado.

Esto es lo que pedimos diciendo: *Venga á nos el tu reino*; con cuyas palabras rogamos á Dios que reine en nuestro corazon y en el de todos

los hombres por la fé, por la esperanza y la caridad, para que, del reino de su gracia, nos traslade un dia á gozar el de la Gloria, que como dicen los teólogos, es la gracia perfecta y consumada.

Padres de familias, ¡inflamad en vuestros hijos el amor y deseo de tan hermoso reino! El ojo del hombre no ha visto nada que pueda darle alguna idea de su magnificencia; su oido no ha escuchado ni un lejano eco de sus armonías, y su corazon es impotente para concebir el amor y la gloria que reserva Dios á sus escogidos.

Este reino, en verdad, no está preparado para los perezosos, para los negligentes, para los que se contentan con pedirle de boca; él será la herencia exclusiva de las almas generosas y esforzadas que procuran agradar á Dios con sus buenas obras, que corresponden á la gracia y combaten con vigor, sin olvidarse jamás de las palabras de nuestro divino Maestro: «El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen le arrebatan.»

TERCERA PETICION: *Hágase tu voluntad, asi en la tierra, como en el Cielo.*

Para llegar al reino de Dios no hay otro camino que la observancia de su ley y el cumplimiento de su voluntad, declarada en los Libros Sagrados, enseñada por el mismo Jesucristo, y propuesta por la santa Iglesia católica, apostólica, romana.

La voluntad de Dios, como nos lo atestigua

el Apóstol, es que seamos santos; por eso en la oracion Dominical pedimos á nuestro celestial Padre que cumpla en nosotros su adorable voluntad, dándonos valor y fortaleza para observar sus preceptos, y servirle con fidelidad y constancia durante toda nuestra vida.

Con esto podemos tambien á Dios que nos preserve de hacer nuestra voluntad, esa voluntad, carnal y terrena que nos inclina al pecado y nos separa del camino del Cielo, que nos aparte de hacer la voluntad del demonio, avido de nuestra eterna pérdida; que nos dé auxilios para llenar su divina voluntad, en cuyo cumplimiento está nuestra felicidad.

Decimos en esta peticion: *Asi en la tierra como en el Cielo*, para expresar nuestro deseo de imitar la obediencia pronta, alegre y amorosa de los Angeles y los Bienaventurados; y aun podemos relacionarla con las dos precedentes peticiones, rogando á Dios que su nombre sea santificado en la tierra como lo es en el Cielo, y que se afirme su reino en el mundo y en el corazon de todos los hombres, como está afirmado en la Gloria y en el corazon de todos los Santos.

Esta tercera peticion proporcionará ocasion favorable á los padres para inculcar en el corazon de sus hijos la resignacion con la voluntad de Dios. ¡Ojalá que todas sus acciones sean conformes á esta voluntad adorable, regla de todo nuestro bien; dichosos si aprenden á sacrificar la propia voluntad, sometiéndola, por amor de Dios, á lo que les ordenaren sus maestros y superiores!

Si se habitúan á conformarse con la divina voluntad en todos los acontecimientos de la vida, se librarán de mil inquietudes. Para ello se les hará comprender que nuestra mirada es harto limitada, pues con frecuencia deseamos cosas, cuyo cumplimiento causaría nuestra ruina, interin rehusamos otras bien provechosas para nuestra eterna salvacion; que muchos han hallado entre las privaciones de la pobreza y las molestias de las enfermedades el camino del Cielo, que hubieran perdido, sepultándose para siempre en el infierno, si hubiesen gozado de riquezas y de buena salud.

Con estas y otras análogas consideraciones llegarán los niños á conocer que la resignacion á la voluntad de Dios es un áncora segura, que les mantendrá siempre firmes entre las agitadas olas de penalidades y peligros de la vida.

Por mi parte, todos mis deseos se verán cumplidos si los cuidados paternales, ayudados de la gracia, consiguen formar verdaderos cristianos, que constantemente tengan en su corazon y en sus labios estas bellas palabras: *Señor, que se haga en todo vuestra divina voluntad.*

CUARTA PETICION: *El pan nuestro de cada diu
dánosle hoy.*

La gloria de nuestro celestial Padre, el establecimiento de su reino y el cumplimiento de su voluntad, son justamente los primeros objetos de nuestra oracion; solo despues de haberlos pedido nos ocupamos de las cosas temporales y

terrenas, que debemos solicitar con relacion á los bienes espirituales y eternos como á su fin último. «Buscad primeramente, decía nuestro divino Salvador, el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas (temporales) os serán añadidas.»

Las cosas necesarias para el sosten de nuestra frágil vida son en cierto modo innumerables. El hombre no las obtiene sinó á costa de muchas fatigas, desde que fué condenado á comer el pan con el sudor de su rostro; y en vano arrostra penosas labores si la bendicion del Cielo no desciende sobre su trabajo.

Por eso los padres cristianos han de acostumar á sus hijos á prosternarse con fé y humildad ante la presencia de su padre celestial, clamando con el respeto y confianza de hijos, y pidiéndole su pan, esto es, cuanto es menester para la vida del alma y el cuerpo; el pan, es decir, lo preciso, esa honesta mediocridad que basta para sufragar á las necesidades de la vida, mas no el lujo y abundancia supérflua porque suspiran la molicie y la codicia.

Decimos: el pan *nuestro*, porque debemos adquirirle por medios legítimos y justos, y no por el fraude y demás actos reprobados.

Añadimos *de cada dia*, para marcar la moderacion de nuestros deseos, y confesar nuestra continua dependencia de la Providencia divina, pues, ricos ó pobres, todos tenemos necesidad de pedirle diariamente cuanto nos es preciso para la vida espiritual y temporal. Y pedimos á Dios que él mismo nos lo dé, porque nada es tan pro-

vechoso para el alma y el cuerpo como los dones de su mano.

No decimos: *dámele*, sino *dánosle*, lo cual nos recuerda la obligación que tenemos de pedir por nuestros prójimos á la vez que por nosotros, y de hacerles partícipes de la superabundancia de bienes recibidos de Dios, el cual ha querido que los ricos sean depositarios y dispensadores de sus tesoros.

¡Qué piadosas lecciones no podrá dar á sus hijos un padre cristiano, meditando con atención esta cuarta petición del Padre nuestro!

¿Podrá olvidarse de otro pan, ese doble alimento del alma, de que debe hallarse siempre hambriento un niño piadoso, la palabra de Dios y la Sagrada Eucaristia? Contenido real y substancialmente en esta nuestro divino Salvador, es verdaderamente nuestro pan, el sustento de los fieles, amigos y amantes de su Dios, que procuran vivir con pureza para atraerle cada día á lo íntimo de su corazón, al menos por una ferviente comunión espiritual, y recibirle frecuentemente con humildad y devoción en el Santísimo Sacramento del altar. Quiérase su misericordia que se adopte y generalice la tan cristiana costumbre de acercarnos todos los domingos á la Sagrada mesa! En ella está el pan del alma, el pan cotidiano, sin el cual desfalleceremos al atravesar los senderos penosos del desierto de la vida. Si es el pan de cada día, decía con razón S. Ambrosio, ¿por qué no acudimos á tomarle mas que una vez al año?

QUINTA PETICION: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

Todos somos pecadores. ¿Quién podrá decir en este mundo: Mi corazón está puro, no he cometido ningún pecado? Nadie; todos somos culpables y reos ante la divina justicia. Por eso, y no pudiendo satisfacer por nosotros mismos, tenemos que recurrir á la misericordia de Dios, y la quinta petición del *Padre nuestro* nos enseña que debemos suplicar á su infinita clemencia que nos perdone nuestras deudas, es decir, nuestros pecados, por los méritos de la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, Cordero sin mancha, que pagó con ella por nosotros en el árbol de la Cruz. Estos méritos se nos aplican por la recepción de los Sacramentos, ó al menos, cuando no sea esto posible, por el deseo sincero de recibirlos, y sin ello no hay remisión de las culpas.

¡Qué razón tan poderosa para que un padre procure inspirar á sus hijos un profundo horror al pecado, que nos hace contraer una deuda tan enorme, que no hay posibilidad en el hombre de satisfacerla! El pecado lleva consigo los mayores males; manchando y desfigurando el alma, esposa de Jesucristo y templo del Espíritu Santo, la somete á la dura y amarga servidumbre del demonio, tirano cruel que, de caída en caída, la precipita por fin con él en los eternos abismos del infierno.

El pecado es particularmente detestable porque ofende la inmensa bondad del mas cariñoso de

los padres. ¿Quién nos ama con mas ternura que Dios, ni nos ha dado mayores muestras y pruebas sensibles de su amor? Pues ¡cuanta ingratitud no será el ofenderle!

Si hemos caído por un efecto de nuestra frágil y miserable naturaleza, al menos miremos con pena nuestra falta; lejos de ver con gusto como se pierde nuestra alma, esforcémonos á levantarnos, y deplorando de lo íntimo del corazón la ofensa cometida contra el mejor de los padres, imploramos con humildad su perdón. Él nos espera, y no solo está pronto á escucharnos y devolvernos su amistad y gracia, sino que nos invita á que nos arrojemos á sus pies, y nos enseña cómo debemos pedir la remisión de nuestras culpas.

Recordemos al solicitarla cuán presuntuoso é injusto sería rogar á Dios que se mostrase liberal y misericordioso para con nosotros, interin estamos llenos de dureza y rencor contra nuestros hermanos. Si queremos alcanzar misericordia, seamos misericordiosos; para que Dios se digne olvidar nuestras injurias, olvidemos las de nuestros enemigos.

Si la carne, rebelde siempre al espíritu, rehusa en nosotros la idea de perdonar á los que nos han ofendido, repitamos la quinta petición del *Padre nuestro*, y roguemos á Dios que disponga tan bien nuestro corazón, que merezcamos escuchar estas consoladoras palabras: perdonados te son tus pecados.

SEXTA PETICION: *No nos dejes caer en la tentacion.*

Es tanta la fragilidad de nuestra naturaleza, las ocasiones de pecado que nos rodean son tan numerosas, tan multiplicados los lazos y tan sutiles las asechanzas que el demonio, nuestro irreconciliable adversario, nos pone por todas partes, que nos es necesaria una exquisita vigilancia. Es preciso, por decirlo asi, estar continuamente de centinela alrededor de nuestra alma, y es preciso, sobre todo, implorar los auxilios del Cielo.

Imprudente seria confiar en las propias fuerzas; el enemigo con quien hemos de combatir ha derribado almas que, semejantes á fuertes torres edificadas sobre la roca, parecían inexpugnables.

La sexta peticion del *Padre nuestro* nos enseña que debemos rogar á Dios no permita seamos tentados sobre nuestras fuerzas, y nos dé tan abundante gracia, que salgamos victoriosos del combate.

Asi pues, luego que advierta el padre que sus hijos se hallan en estado de comprenderle, les hará conocer que la vida es una continuada lucha, y que incesantemente estamos expuestos á caer en la tentacion. Cuanto mas un hombre se propone hacer la voluntad de Dios, tanto mas inflama contra si la cólera del infernal enemigo. No teniendo este para que ocuparse de aquellos que voluntariamente le sirven, dirige su furor contra los cristianos generosos que le hacen perpetua guerra con su buena vida y costumbres.

El padre de familias cuidará de fortificar á sus hijos contra un temor excesivo de su encarnizado

enemigo, mostrándoles que Dios no le permite usar contra nosotros de todas sus fuerzas, ni emplear toda la ira que nos tiene. Sin una especial permission divina no hubiera podido ni aun tocar una sola oveja de los rebaños del santo Job.

Cualquiera, pues, que sean las adversidades que nos asaltan, las persecuciones que nos amenazan, las tentaciones que nos molestan, acojámonos a nuestra fortaleza, esto es, á Dios. El está presente á todos nuestros combates, y nos arma de su gracia, siempre que confesemos nuestra debilidad, que desconfiemos de nosotros mismos y que nos pongamos en sus manos con humildad y confianza.

No pedimos el no ser tentados, pues sabemos que Dios permite lo seamos para que podamos alcanzar la corona ofrecida á los que combaten con lealtad y fortaleza, sinó que nuestro celestial Padre no nos abandone en el tiempo de la tentacion, para no consentir en ella por la ceguedad é ignorancia de nuestro entendimiento, y para que no nos haga ceder la flaqueza y debilidad de nuestra carne.

SÉTIMA Y ÚLTIMA PETICION: *Libranos de mal.*

En la sexta peticion rogamos al Señor que no nos deje caer en el mal de la culpa, es decir, en el pecado, y en la sétima le pedimos que aleje de nosotros el mal de la pena, esto es, las aflicciones, calamidades y miserias que llenan de amargura esta triste vida. Y aunque en cierto modo es natural el recurrir á Dios cuando nos hallamos acometidos de las penalidades, bueno será, sin em-

bargo, que los niños se acostumbren á recurrir humildemente á Él en el tiempo de la tribulacion.

Colocando siempre en primer término la honra y gloria de Dios, y observando la bella disposicion de las peticiones contenidas en el *Padre nuestro*, solo despues de haber rogado por la santificacion del adorable nombre de Dios, por el advenimiento de su reino, por el cumplimiento de su voluntad, y por el mantenimiento en su gracia, suplicará un cristiano al Señor que le libre de las enfermedades corporales y de los males de la vida. Y aun esto sometiéndose humildemente á los decretos de la Providencia, única que conoce lo mas conveniente para la salud de las almas.

Pidamos, sobre todo, al Señor que nos libre de los males espirituales, del pecado y de las arterias del demonio, espíritu perverso y engañador, nuestro enemigo capital y autor de la culpa; y arrojémonos llenos de confianza en brazos de esa paternal providencia de Dios que vela por nosotros dia y noche, y que jamás nos abandona.

El cristiano debe estar resuelto á sufrir, si fuese necesario, durante su vida toda clase de penas y enfermedades, antes que recurrir á medios reprobados y con que pudiera ofenderse á Dios.

Por eso importa tanto el formar en los hijos un corazón generoso, enseñándoles á soportar con paciencia y conformidad las tribulaciones, abrazando con espíritu varonil la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Esta es la via recta, el camino real por el que subieron á la gloria los Santos, y el mismo

Santo de los Santos, que nos dejó escrito de sí: «Fué menester que el Cristo padeciese estas cosas (cuanto sufrió en su sacratísima vida, pasión y muerte), y que así entrase en su gloria.» Las Sagradas Escrituras nos advierten también: «Que por muchas tribulaciones no es necesario entrar en el reino de Dios.»

¡Quiéra la infinita bondad de nuestro amoroso Padre acojer nuestras humildes súplicas, y concederitos un lugar en su feliz reino, donde podamos eternamente alabar su misericordia en compañía de sus escojidos!

CAPITULO CXXXIX.

Epílogo.

He llegado, con el favor divino, al objeto que me propuse al emprender la explanacion de los cuatro principales puntos de la doctrina cristiana.

Acaso se me pregunte por qué, dejando á los niños en sus primeros pasos de la vida, he como interrumpido el curso natural de mis lecciones? para entrar en una detenida exposicion de los rudimentos de nuestra santa fé y divina Religion. Confieso que hubiera podido reservarla para el tercer libro; pero me han movido á colocarla en el segundo dos razones principales.

Relegando al fin de mi Tratado de la educacion la explicacion de la doctrina cristiana, tal vez hubiera dado lugar á que algunas personas creyesen, por su misma importancia, que no era preciso que los niños se ocupasen de ella hasta

que llegasen á un desarrollo notable de la razon. Bien al contrario, yo he pensado siempre que los niños deben formarse desde su mas tierna edad en el santo temor de Dios, y que nunca será demasiado pronto para arrojar en sus corazonces la semilla de las virtudes cristianas, aunque sabiendo adaptarse á su capacidad y seguir el sucesivo desarrollo.

En segundo lugar, y es la razon principal que me ha determinado, he querido mostrar claramente que el objeto de mi libro, su carácter propio y distintivo, es la educacion bajo el punto de vista cristiano. Y como la educacion cristiana es imposible sin el conocimiento y la observancia de la Ley de Dios, la explanacion de los cuatro principales puntos de nuestra Religion es un conjunto de los preceptos mas esenciales que deben dirigir al padre de familias hasta ver cumplida la noble tarea de criar bien á sus hijos. El fin de la educacion cristiana es hacer que los hijos conozcan á Dios, que le amen, y que se acostumbren á conformarse en todo con su voluntad santísima; y para que los padres pudieran dirigir sus esfuerzos á tan noble fin, era preciso con antelacion indicarles los medios de llegar á él.

Fijados asi los verdaderos cimientos de la educacion cristiana, fácil será luego, y asi lo espero, levantar sobre aquella sólida base un edificio perfecto. Este será el objeto del siguiente libro, en el que, con el auxilio de la divina gracia, llevaré de la mano á los niños desde sus primeros pasos en la vida hasta su completo desarrollo.

LIBRO TERCERO,

En que se trata de los caracteres propios de cada una de las fases que presenta el desarrollo de los niños, de los peligros que les rodean, y de los deberes particulares que imponen á los padres.

CAPITULO I.

De las inclinaciones virtuosas y viciosas de los niños.

Aunque la corrupcion de la naturaleza humana ha depositado en nosotros el gérmen de todos los vicios y defectos, es indudable que cada edad tiene algunos que la son propios, y que, cambiadas las disposiciones naturales de los hombres por la variedad de temperamentos, se sienten diversamente inclinados á diferentes virtudes. Es por lo mismo necesario que un padre prudente trate de observar las disposiciones naturales de sus hijos, interin la ingenuidad y candor de los pocos años no les permite disimular, y les descubren sin rebozo al que les estudia con detenimiento. Conociendo los arranques de un temperamento colérico, la educacion podrá cuidar de apaciguar sus ímpetus; como, descubriendo pronto

los primeros síntomas de las malas inclinaciones, será fácil trabajar en combatir las con éxito.

Cuando se trata de cultivar la tierra, de criar animales, de hacer plantíos ó sembrar los campos, los hombres se muestran llenos de vigilancia, y saben tomar exquisitas precauciones. Estudian la naturaleza de los terrenos, las cualidades de las bestias, la influencia de las estaciones y aun llegan á poder predecir con gran anticipación los usos para qué serán adecuadas las caballerías, cuyas malas inclinaciones procuran corregir por mil medios.

¿Y serán menos diestros ó se mostrarán menos solícitos en conocer las diferentes inclinaciones de los hijos, para favorecer las que hacen concebir felices resultados, y para trabajar en destruir y desarraigar las que solo anuncian males para el porvenir?

Podrá, en verdad, decirse que el hombre es libre y señor de sus acciones, y que por lo mismo no puede ser dirigido como un animal privado de razón; pero á la vez no podrá negarse la influencia importante de la educación, y el poder que tiene para cambiar, en cierto modo, la complexión natural, cuando ejerce su imperio desde los principios.

Lejos de ver una tarea enojosa y pesada, el padre de familias debe tener gusto en seguir desde los primeros años el continuo desenvolvimiento de las inclinaciones naturales de sus hijos; este atento estudio le proporcionará dos importantes ventajas.

Por él conocerá, en primer lugar, los defectos nacientes de sus hijos, y sabrá el enemigo

mas inminente que debe combatir con su paternal solicitud.

En segundo lugar, le será mas fácil descubrir la carrera que deben abrazar los hijos á su tiempo; presentará mejor sus diversas dotes y aptitud para las varias ocupaciones y oficios que les ofrecerá un dia la sociedad; y no teniendo mas que guiarles y hacerles abanzar por el camino á que les llama su inclinacion, recojerá los abundantes frutos que produce siempre una instruccion acertada, euando va unida con las disposiciones naturales.

CAPITULO II.

Varios defectos propios de la infancia.

Puede asegurarse, por regla general, que los vicios que se desarrollan con los años en el corazon del hombre tienen su raiz en la niñez. Por eso es de necesidad observar con cuidado las inclinaciones nacientes y los defectos mas comunes de la infancia, para dirigir aquellos y combatir estos desde que principien á manifestarse. En vano se acude á los remedios cuando una enfermedad ha llegado á todo su incremento, y se ha fortificado atacando las fuentes mismas de la vida. Fácil es destruir el leve tallo que arroja la bellota luego que aparece sobre la tierra; pero ¡cuántos esfuerzos no son precisos para arrancar la encina que ha estendido sin obstáculo sus raíces, haciéndose un árbol fuerte y vigoroso!

Por haber descuidado el vigilar los primeros pasos de un niño, es preciso no pocas veces el

acudir despues á medidas extremas, como el encierro, la desheredacion y otros graves castigos, con los cuales, sin embargo, no se consigue siempre corregirle.

Y aunque las inclinaciones particulares de los niños varían casi hasta el infinito, un observador atento no dejará de distinguir las de cada uno, por ciertos rasgos que las caracterizan y con que vienen siempre á descubrirse.

Asi, por ejemplo, recuerdo haber leído en un autor antiguo que se presagió el carácter cruel y feroz de un niño, viéndole picar con un punzon los ojos de un pajarillo.

Asi Caton de Utica dió ya desde la edad de cuatro años evidentes señales de la severidad y constancia que mostró despues toda su vida, segun aparece por el siguiente rasgo que refieren algunos historiadores.

Ciertos embajadores, dicen, le pidieron un dia que recomendase á su tio, Senador de gran autoridad en la República, una negociacion de gran importancia. Respondióles con firmeza que no lo haria, y como, á pesar de sus instancias, persistiera en su negativa, uno de ellos, asiéndole del cuerpo, hizo ademan de tirarle por la ventana, sin que por eso consiguiera intimidar al niño. Visto lo cual por el embajador, le dejó ileso, y dijo riendo á sus compañeros: Felicitemonos de que no es un hombre formado, pues en otro caso no conseguiríamos lo que pretendemos.

Preguntas hábilmente dirigidas, circunstancias casuales, y ciertos rasgos muy propios de los pocos años, que un padre no puede dejar de ad-

vertir, le ayudarán á discernir las buenas ó malas inclinaciones de los niños.

Estos aman con pasión los juegos, los espectáculos, las diversiones, y difícilmente soportan sin enojo el que se les haga dejarlos para ir á la escuela ó entregarse al estudio y al trabajo. Forjan con facilidad excusas y mentiras para cubrir sus faltas, y son tan prontos para justificarse de ellas, como para hacer que recalgan sobre los demás.

La golosina es su defecto mas común; ella les lleva frecuentemente á cometer ligeros hurtillos domésticos para satisfacerla. Aun estos suelen á las veces proceder del deseo de tener con qué jugar en compañía de otros niños, á quienes buscan y se unen apasionadamente por la conformidad de los años y de las inclinaciones.

Los niños son tambien muy curiosos de ver y oír cuanto se dice y se hace á su alrededor, y luego lo dicen á cualquiera sin discernimiento. Apetecen con ansia cuanto alhaga á sus ojos, y se irritan fácilmente si les rehusan la satisfaccion de sus deseos. Remisos en la obediencia, y aun con frecuencia obstinados, pocas veces llegan á realizar con gusto y prontitud lo que no les agrada.

CAPITULO III.

Es preciso no disimular con lijereza los defectos de los niños.

Lo que dejo dicho en el capítulo precedente dará una idea suficiente de las malas inclinaciones de los niños en sus primeros doce ó catorce años;

y aunque en esta edad rara vez se nota un desarrollo notable, sería gran imprudencia no tratar de combatirlos. Hay ciertamente una voluntad mas reflexiva y mayor malicia en las faltas de los jóvenes y de los hombres ya formados que en la de los niños, como que la razon en aquellos está mas desarrollada. No es menos cierto que las malas disposiciones están mas fortalecidas en el hombre ya hecho, y que la propension al mal se aumenta con la fuerza del hábito; lo cual no puede tener lugar en los niños, cuya repetición de actos no ha podido dejar aún una huella profunda. Asi que, generalmente hablando, la edad imprime en el mal un carácter enérgico que no es compatible con la ligereza de los primeros años. Sin embargo, adviértase que, si los efectos de la pasión se presentan mas terribles en el hombre que en el niño, su violencia es casi igual en el uno que en el otro.

La naturaleza está viciada y corrompida de tal manera, que, si la falta la sal de la buena disciplina, no tardará en llenarse, como de gusanos un cadáver, de innumerables vicios, que como combaten el corazón del anciano atacan al del niño. San Agustín, en el libro primero de sus Confesiones, patentiza bien el desenvolvimiento del mal en el corazón del hombre: pequeños fraudes, lijeros enredos de la infancia, hurtos de frutas y juguetes de poco valor, muestra cómo llegan á producir el robo del oro y la depredación de las fortunas ajenas, y cómo se pasa del azote del maestro á las manos del verdugo.

Quisiera que jamás un padre de familias tra-

tase de excusar á sus hijos, diciendo: Es tan niño; no comprende lo que hace; ¿quién dá importancia al hurto de una fruta?

Bien al contrario, lo que ha de procurar es cerrar muy desde los principios la entrada al mal en el alma de los hijos; someterles absolutamente al imperio de la virtud y del santo temor de Dios, y fortificarles con seguros diques, antes que el torrente de las inclinaciones viciosas, hechas mas poderosas y temibles por el hábito, lleguen á precipitarles.

Los padres deben velar con tanta mayor vigilancia en la guarda de sus hijos, cuanto que la primera edad está poco provista de razon, y los niños obran por lo general sin reflexion.

No es una de las menores miserias de la pobre naturaleza humana ese veneno del pecado, esa concupiscencia de una carne rebelde al espíritu, que la inclina y la lleva hácia el mal, y que vive y se agita en el niño que aun carece del uso de la razon. Ya desde entónces se le vé seguir el engañoso incentivo de los sentidos, y antes de que su inteligencia despierte del sueño en que parece sumida; antes que abra los ojos y alcance á discernir entre la luz de la virtud y las tinieblas del pecado; antes que pueda tomar, por decirlo asi, las riendas, ya el apetito, la carne, los sentidos han adquirido tales vicios, que rujén como potros indómitos, y procuran precipitar al alma en el abismo del pecado, no pudiendo sufrir que se les lleve por otro camino que el de la sensualidad y el placer.

Esto dió motivo á que algunos pensadores té-

tricos dijera que la condicion humana era peor que la de los animales, los cuales, desde que nacen, distinguen lo que puede serles útil ó nocivo, y caminan instintivamente á su fin. Pero hablando asi aquellos, se olvidaron del fin moral del hombre y de que la razon, impotente aun para dirigir sus actos en la niñez, encuentra toda su perfeccion en los padres, á quienes corresponde suplir su debilidad, siendo para ellos como la guia del ciego y el apoyo del enfermo.

Como no se permite al niño, seducido por el bello resplandor de la llama, cuyos efectos ignora, el aproximar la mano al fuego; como no se le consiente caminar solo por un sendero desconocido, para evitar que caiga en un precipicio; asi tambien, y aun mas, es preciso por el interés de su alma no ceder ciegamente á sus caprichos. Es necesario, cuanto es posible, imprimir en los actos de los niños desde su entrada en la vida una direccion racional y virtuosa; y si son incapaces de obrar con reflexion por si mismos, los padres supliran la falta con su inteligencia y cuidados. No hay en esto nada que no sea muy natural. ¿No vemos todos los dias á los animales, y aun á los seres insensibles, dirigidos por la razon y la inteligencia de aquel que les pone en movimiento? La flecha, ¿no parte derecha y veloz al objeto á que apuntó el saetero? ¿No traza el pincel de buen grado los bellos contornos que imagina el pintor? La lira, ¿no produce las mas dulces armonias impulsada por la mano del músico?

CAPITULO IV.

Medios de corregir los defectos de los niños.

Larga tarea sería el detallar todos los medios adecuados para corregir los defectos de los niños; y aun creo que sería un trabajo supérfluo, pues me parece haberlos indicado ya suficientemente. He dicho, por ejemplo, cuanto es preciso acerca de la mentira, al tratar del segundo y octavo Mandamiento; del hurto, al ocuparme del sétimo; y al tratar del quinto, he mostrado cómo se puede reprimir la impetuosidad de la cólera en los niños, enfrenar su voluntad, y acostumbrarlos á soportar desde la primera edad el yugo saludable de la obediencia.

Repasando con cuidado cuanto dejo consignado en los libros precedentes, el padre de familias encontrará un gran número de avisos importantes, de que deberá en las ocasiones aprovecharse. A él corresponde aplicarlos con la prudencia y juicio convenientes, pues solo él puede apreciar la oportunidad de ponerlos en practica.

Respecto á los medios generales de corregir los defectos de los niños, recordaré únicamente que consisten en el temor santo de Dios, en la obediencia, en el respeto y cariño á los padres, y á los maestros, que ocupan el lugar de aquellos. Lo son tambien una honesta ocupacion, el buen ejemplo doméstico, las oportunas amonestaciones, y aun el castigo, cuando es preciso recurrir á él. Como este último medio es casi exclusivo de la primera edad, me parece le debo dedicar algunas líneas.

CAPITULO V.

Del castigo corporal de los niños.

La Sociedad no se pudiera mantener en un estado próspero y tranquilo sin penas y recompensas: estas excitan á la virtud, como aquellas reprimen el vicio. Imagen en pequeño de aquella, la familia no puede sostenerse de otra manera; el padre ejerce en ella cierta especie de magistratura, y no se le puede negar el derecho de castigar á sus hijos, ya para corregir sus malas inclinaciones, ya para encaminarlas al bien. Las mismas Sagradas Escrituras nos hacen ver el provecho de tal clase de correccion en muchos pasajes, y con especialidad en el libro de los Proverbios de Salomon.

«El que excusa la vara, quiere mal á su hijo; dice aquel libro lleno de los mas preciosos consejos prácticos, y el que le ama, con muchas veras le corrige. No escasees al muchacho la correccion: porque si le golpeáres con vara, no morirá.» Y para que se comprenda la muerte de que habla, añade: «Tú le sacudirás con vara; y librarás su alma del infierno.»

«La necedad, dice tambien, está ligada al corazon del muchacho, y la vara de la correccion la auyentará.» Esto es: la irreflexion, la vanidad y la propension al mal son tan naturales en los chicos, que parecen apegados á su corazon, y en vano se tratará de arrancarlos de allí con pa-

labras y amonestaciones, sinó van unidas con el conveniente castigo.

Los mismos sentimientos hallamos expresados en el Eclesiástico, cuyo capítulo treinta encierra, respecto al punto que nos ocupa, consejos harto dignos de una seria reflexion, y que con gusto hubiera trascrito, á no temer la nota de prolijo.

CAPITULO VI.

De la indulgencia excesiva y de la falsa ternura de los padres.

Llevan algunos padres tan allá su debilidad, que no solo no castigan jamás á sus hijos, sinó que ni aun sufren que los maestros les impongan la mas ligera correccion; efecto de una excesiva indulgencia que no es raro hallar en las personas opulentas ó de alto rango, y en los que tienen un solo hijo, objeto de todas sus atenciones y cuidados. Con frecuencia se dejan llevar de tal modo de sus prendas personales ó de la vivecidad de su imaginacion, que ni aun tratan de disimular la vehemencia de su cariño. La naturaleza viciada, y pronta á descubrir lo que le alhaga, advierte bien pronto al niño el ciego amor que se le profesa, y no tarda en perder el temon y respeto debidos á los padres.

Tal vez llegan á conocer estos cuán fatal es su conducta para la educacion de sus hijos; pero si, para remediar sus funestas consecuencias, se deciden á emplear la correccion, suelen hacerlo con tan poca energia, ó mejor dicho con tanta

debilidad, que no produce ningun buen resultado.

Las Santas Escrituras nos ofrecen un ejemplo terrible de las consecuencias que produce la falsa ternura de los padres en el sumo Sacerdote Heli.

Tenia este dos hijos, ministros del templo, que llevaban una vida disoluta con escándalo del pueblo de Dios. Advertido Heli de sus desórdenes les reprendió, pero no con la energía que reclamaban sus culpables extravíos; y como perseverasen en su mala conducta, haciéndose cada vez mas insolentes y soberbios, el Señor dispuso que ambos pudiesen á manos de los Filisteos. Heli, al recibir la noticia de su muerte, cayó de espaldas de la silla en que se hallaba sentado, y se rompió la cerviz sobre el pavimento. Asi, dice S. Juan Crisóstomo refiriendo esta triste historia, la demasiada indulgencia del sumo Sacerdote fue la causa de su pérdida y de la de sus hijos.

Es en verdad una bien falsa ternura el no poder soportar el llanto de un niño, y el no corregirle por no causar en él una pena pasajera, dejando asi que se fortifiquen sus defectos, y preparándole un funesto porvenir.

CAPITULO VII.

Es preciso evitar la demasiada severidad en la educacion de los hijos, y procurar atraerlos mas por cariño que por temor.

Acabamos de ver que algunos padres pecan por demasiado indulgentes; otros hay que caen en el opuesto extremo. Naturalmente coléricos, y de-

jándose dominar de la violencia de la ira, castigan á sus hijos sin reflexion y por las mas ligeras causas; mostrando en el fuego que colorea su rostro y sale de sus ojos, en la alteracion de su voz y en la agitacion de su cuerpo tanto furor, que aquel á quien pretenden castigar es de ordinario menos culpable que ellos. Tales correcciones no sirven, por lo tanto, mas que para irritar ó hacer estúpidos á los niños, pues que frecuentemente apenas saben por qué han merecido tan rudo tratamiento.

Los castigos corporales deben imponerse con moderacion á los niños, y haciendo que comprendan bien, cuanto sea posible, la falta porque se les aplican: son un remedio que pide, como todos, el ser empleado con discrecion, para evitar que produzca daño en vez de provecho. Las faltas de los niños son las mas veces efecto de la ignorancia y de la fragilidad, y es preciso que aparezca que no se castiga por espíritu de venganza, sinó por un sentimiento de justicia. El médico, al servirse del fuego y del bisturi, está lleno de compasion para con el enfermo, y no recurre á medios tan dolorosos, sinó despues de haber agotado los mas suaves. Es preciso tambien advertir que, si el abuso de los remedios fuertes ofrece graves inconvenientes para el cuerpo, el de los castigos corporales no los presenta menores para el alma, pues con frecuencia concluyen por hacer á los niños débiles y temidos, y por impedir su desarrollo intelectual. Padres, decia S. Pablo escribiendo á los Colosenses, no provoquais á indignacion á vuestros

hijos, para que no se hagan de ánimo apocado.

Yo quisiera, manifestando de una vez mi pensamiento, que los padres recurriesen al castigo corporal las menos veces posible, sobre todo cuando sus hijos están naturalmente dotados de disposiciones generosas. No son precisamente de igual índole los castigos aplicados en el seno de la familia á los que ordena el magistrado por el interés de la sociedad. A este le basta proveer á la tranquilidad pública y proceder conforme á las reglas de una estricta justicia; pero el padre se propone tambien, al castigar, la reforma del corazon del culpable, y le importa mas alejar á sus hijos del vicio por amor á la virtud, que retraerlos por el solo temor de una severa correccion.

El temor de Dios, el conocimiento de la belleza de la virtud y de la deformidad del vicio pueden ejercer en el alma tierna de un niño la mas saludable accion; los remordimientos, excitados por una cristiana educacion, le conmoverán mas que los golpes, y el respeto á los padres le será un freno bastante poderoso para mantenerle en el bien y alejarle del mal. Es preciso que los hijos se acostumbren á venerar á sus padres de tal manera, que, la sola vista de su rostro, en que aparezca disgusto y se pinte una justa severidad, sea ya un castigo sensible, y que hallen la mas dulce recompensa en la satisfaccion y alegría que les produce su buena conducta.

El padre de familias debe procurar conciliarse á la vez amor y respeto. Si se muestra demasiado familiar con sus hijos, estos no tardarán en

mostrarse menos respetuosos para con él. Por eso dice el Sábio en el Eclesiástico: «Alhaga á tu hijo, y te causará espanto: juega con él, y te contristarâ. No te rias con él, no sea que te pese.»

Pero empleando solo el rigor no se ganará el corazón, la virtud será una exterioridad, y las buenas acciones carecerán de un fundamento sólido y durable. Si en ciertos casos es preciso recurrir al castigo, para plegar al deber genios difíciles y rebeldes, tómese constantemente por guía la fría razón, no la ciega cólera. En los arranques de un primer movimiento cuidese mucho de no castigar brutalmente á los niños, y de no imitar á esas personas violentas y bárbaras que no miran, en el acceso súbito de la ira, si sus golpes pueden causar graves heridas y daño de trascendencia.

Aplicados con sangre fría los castigos corporales, no se producirán jamás tan funestas consecuencias, ni se verán padres que, llenos de pesar por haberse dejado llevar de la cólera, renuncian para siempre á emplear el castigo, privándose así de un medio á las veces provechoso y eficaz en la educación de sus hijos.

CAPITULO VIII.

Diversos modos de castigar y corregir á los niños.

Los castigos corporales no son el único ni el mejor medio de penar y corregir á los niños. Un padre no ha llenado su deber con castigarlos,

si á la vez no procura que la correccion produzca el fruto de un verdadero arrepentimiento. Para conseguirle puede valerse de diversos castigos mas conformes á la naturaleza del hombre que los golpes, mas capaces de obrar sobre la razon, de hacerla conocer la gravedad de una falta y de inspirar horror á la viciosa inclinacion que la produjo. Recuerdo á este propósito los consejos que dá en su Regla S. Basilio para la correccion de los monjes jóvenes, y los voy á referir en substancia; pues aunque no me propongo formar religiosos, los creo á propósito para demostrar cómo se deben echar los primeros fundamentos de la buena vida que deben observar todos en el hogar doméstico.

Quiere aquel gran Santo que las faltas de los niños sean penadas de manera, que los mismos castigos sean para ellos una leccion y un ejercicio de la virtud contraria á la pasion que les estimuló. Se dejan llevar, por ejemplo, de la cólera contra uno de sus compañeros, pues le deberán pedir perdon conforme á la gravedad de la ofensa, y la humillacion reprimirá la soberbia, origen de la ira. Han tomado alguna cosa fuera del tiempo prefijado y sin el debido permiso, pues será bueno hacer que carezcan de ella cuanto se juzgue prudente. Se les ve comer con exceso, con glotoneria, pues deberán estar á la mesa sin tomar nada, y viendo la continencia y moderacion y buenas maneras con que los demás toman su refaccion; lo cual les hará que tomen hábitos de templanza y de urbanidad. Han pronunciado palabras inconvenientes; han hablado

mal del prójimo ; han dicho alguna mentira ; pues impóngaseles un silencio que les enseñe á reprimir la lengua.

Corrigiendo así el orgullo con la humillacion, la gula con el ayuno, los excesos en el hablar con el silencio, y aplicando á cada pecado un remedio adecuado para reprimir su malicia especial, los padres y maestros entendidos pueden prometerse llegar á curar las enfermedades del alma, de que proceden todas las malas acciones.

CAPITULO IX.

De la templanza en el comer y beber.

Antes de ocuparme de las escuelas á que deben ser enviados los niños, y de las cualidades que se han de buscar en los maestros que se les dan, me parece útil detenerme un poco á tratar de ciertos puntos que me parecen de interés, por mas que parezcan referirse únicamente al cuerpo, como el comer y el beber. Hablaré de un modo genérico, dejando á la prudencia de las personas que lean este libro el cuidado de aplicar mis consejos, con la discrecion que reclaman la diferencia en la edad, la variedad de temperamentos, la robustez respectiva y los hábitos de las familias y los paises.

La comida y bebida no tienen por fin la satisfaccion sensible del gusto, sinó la conservacion de la vida, que no pudiera mantenerse si los alimentos no reparasen las fuerzas, disminuidas continuamente por el germen de destruccion que

obra sin intermision en nosotros. La Providencia nos ha dado el apetito y el sentido del gusto, susceptible de hallar complacencia en el alimento, para como estimularnos á conservar la vida. Cediendo á este natural incentivo, los animales dejan de comer y beber cuando han satisfecho su necesidad; pero el hombre, que ha recibido la razon para reglar por ella sus apetitos, no se contenta siempre con lo preciso, y con frecuencia tiende á satisfacer el paladar mas bien que á mantener la vida, olvidando cuán fatal es la intemperancia para el alma y para el cuerpo.

Tengamos siempre presentes al comer y beber estas dos importantes reglas: primera, que debe menos consultarse á las exigencias del gusto que á las necesidades de la naturaleza; segunda, que los alimentos deben tomarse con prudencia, y en cantidad tan bien proporcionada, que dejen al cuerpo su agilidad y su actividad á las potencias.

CAPITULO X.

Funestas consecuencias de la intemperancia.

No puede dudarse que los excesos en la comida y en la bebida son perjudiciales á la salud, y que perturban en gran manera las operaciones del alma. El hombre sobrecargado de alimento es incapaz del mas ligero trabajo, rehusa la menor fatiga, y anhelando solo el reposo, se hace presa del sueño, sin que las mas largas noches basten para sacarle de su estupor: obligado á permanecer en el lecho muchas horas del dia, en vano

su espíritu, sufocado en cierto modo por la materia, trata de hacer mover su torpe y pesado cuerpo.

No creo preciso detenerme á mostrar los padecimientos é innumerables enfermedades que acarrea la intemperancia. Por ella, ese padre de familias, todavía en el vigor de la vida y que podia ser útil á su casa y su país, se ve ligado á consumir sus mejores años enclavado en un sillón ó enterrado en la cama, con gran daño propio y ajeno. La intemperancia es la que origina la vejez prematura y las muertes repentinas, singularmente cuando vive asociada con la lujuria, su ordinaria compañera, como lo advierte S. Gerónimo,

La templanza en la comida y bebida mantiene la salud, alarga la vida y dá vigor al hombre para llenar convenientemente los deberes de su estado. La intemperancia produce los efectos contrarios, y puede arrastrar á los mas funestos desórdenes.

No se crea que aventuro en estas palabras una paradoja. La experiencia ha demostrado que los hombres entregados á los placeres sensuales caen con la mayor facilidad en las mas graves faltas, y que tienen cierta predisposicion para la mas deplorable de todas, esto es, para separarse de la Iglesia y renunciar á su fé. Alhagando á los sentidos es como los falsos profetas, los apóstoles de la mentira, los predicadores de las doctrinas seductoras, los maestros del error cautivan dulcemente los oídos, y se insinúan ante todo en los corazones carnales. Desde los prime-

ros pasos dan rienda suelta á todos los apetitos desordenados ; estas fáciles y acomodaticias lecciones no pueden menos de agradar á los que desean satisfacer los deseos de la carne , y se prefiere este camino dulce y ancho para ir al Cielo, al otro que el mismo Jesucristo califica de angosto y difícil. Asi es como se acepta un nuevo evangelio , una nueva religion , y la verdadera fé naufraga sobre los escollos de la heregia.

Que no cause por lo mismo estrañeza el que recomiende con tantas instancias á los padres de familias el que, desde los principios, acostumbren á sus hijos á ser sóbrios.

CAPITULO XI.

De la alimentacion de los niños.

A su entrada en la vida los niños no reclaman sinó los cuidados de una buena madre ó una nodriza diligente, á quienes compete darles el conveniente alimento , y cuidar que nada les falte; preparando sus pequeños cuerpecitos á que sirvan en su dia de instrumentos útiles á sus almas.

El alimento no solo sirve para mantener la vida de los niños , sinó que á la vez está destinado á favorecer su buen desarrollo. Pero, aunque esta circunstancia exija el que sea en ellos y en los jóvenes en mayor cantidad que para los hombres formados, no por eso dejan de ser aptos para ejercitarse poco á poco en la sobriedad y templanza. Es preciso no darles todo lo que piden y quisieran; los niños son voraces, apete-

cen con pasión los dulces y las frutas, y si fuese plenamente satisfecha su golosina, no tardarian las indisposiciones en hacérsela pagar.

Se refiere que Licurgo, célebre legislador de los Espartanos, les habia mandado alimentar á sus hijos de la manera mas frugal, en la convicción de que por este medio se favorecia el buen desarrollo de sus miembros, haciéndose mas ágiles y mejor conformados. Ello es cierto que las personas criadas con sobriedad son mas airo-sas, activas y laboriosas; que soportan mejor el trabajo; que son menos sensibles al calor, al frio y á la intemperie de las estaciones, y que se ven menos sujetas á las enfermedades, principalmente cuando á la temperancia juntan un moderado ejercicio.

Respecto á la clase de alimentos que mas conviene á cada edad, que se adapta mejor á sus necesidades, y es mas á propósito para formar hombres capaces de soportar las fatigas de las diversas ocupaciones sociales, mas corresponde á los médicos que á mí. Por eso me contentaré con advertir que será muy ventajoso el acostumar á los niños á comer de todo, sin repugnar ninguno de los alimentos que generalmente se usan. Pueden tener necesidad de hacer largos viajes, y verse obligados á conformarse con los hábitos de un país extranjero; pueden ser invitados á comer por un amigo, y seria mal mirado el que rehusaran tomar ó mostrasen disgusto á la vista de un plato, bien acojido por los demás.

Verdad es que hay en algunos temperamentos una repugnancia como natural á ciertos manja-

res; pero este es uno de tantos defectos como sacamos al nacer, y que una buena educación encuentra medio de aminorar notablemente, ya que no pueda corregirle y hacerle desaparecer del todo.

Tal vez se me dirá que la aversión á ciertos manjares tiene realmente poca importancia, y que sus consecuencias jamás pueden llegar á ser graves. Asi es, pero sobre ser un defecto que la educación debe corregir en cuanto sea dable, no hay duda que podrá ser un obstáculo para emprender ciertas carreras, y que acaso influya en el porvenir de la persona.

CAPITULO XII.

Ventajas de los alimentos comunes y sencillos.

Deseára que los niños fuesen acostumbrados á no tomar sinó de un solo plato, y cuando mas de dos, en cada comida, y que los manjares que usaran fuesen sencillos y sencillamente condimentados: con esto la digestion es mas fácil, y la naturaleza saca jugos mas nutritivos y saludables. Las especias y sustancias excitantes empleadas sin gran parsimonia estimulan artificialmente el apetito, son causa de muchos padecimientos, y, lo que aun es peor, frecuentemente solo sirven para encender las pasiones de una juventud ya de suyo harto propensa, por el vigor de la edad, á correr tras los placeres.

Si los padres de familias fueran mas solícitos en este punto, y criáran en el hábito de una

prudente sobriedad á sus hijos, estos, al hacerse hombres y dueños de sus acciones, continuarían contentándose con una mesa frugal y con los manjares ordinarios accesibles á todas las fortunas. No veríamos á tantos frecuentar las fondas y cafés para satisfacer su insaciable gula, y las familias bien acomodadas no emplearían tanto dinero en buscar manjares raros y costosos.

Creo que debo citar á este propósito un rasgo del gran Pompeyo. Hallándose indispuerto, los médicos le aconsejaron que comiera de ciertas aves estrañas al pais, y que solo tenia Luculo, uno de los ricos y de los mas sensuales ciudadanos de Roma. Aquel ilustre General no permitió que se pidiera para él una de aquellas aves, é instado, contestó: «Pues qué, ¿no podría vivir Pompeyo si Luculo no fuera un voluptuoso?»

Bellas palabras, que refiero para confusion de los cristianos, de esos hombres á los cuales el mismo Jesucristo recomienda que no graven sus corazones con la glotoneria y la embriaguez, y que con frecuencia merecen el reproche que les dirige S. Pablo de tener por Dios á su vientre.

El lujo en este punto ha llegado á un ilimitado exceso; repútase como una cosa que honra el tener numerosos criados empleados en la cocina, y se agotan los secretos de la gula en la preparacion de los mas raros y exquisitos manjares.

Que no se vea en mis palabras el censor atrabiliario que todo lo condena, pretendiendo privar á los hombres de todo goce honesto y permitido ensanche. Lejos de mirarlas mal, yo apruebo esas comidas destinadas á celebrar los dias

de júbilo en las familias, á honrar á un pèrsonaje, á obsequiar á un amigo y hacerle ver el gusto que nos causa su presencia. Aún es bueno expresar con señales exteriores nuestro gozo en las grandes festividades, pero sin exceder jamás los justos límites de la modestia cristiana, y sin olvidar que las fiestas están instituidas por la Iglesia para nuestro pròvecho espiritual y no para la satisfaccion de los sentidos.

Al recomendar la temperancia y la frugalidad á los padres de familias, estoy tambien muy distante de querer que den en el escollo de hacerse miserables, pues en esto, como en todo, cada cual debe atenerse á las reglas que aconseja la prudencia, y conformarse cristianamente con lo que la razon exige del estado y posicion respectivas.

Yo solo quiero que aparezcan en todo tiempo y ocasion la modestia y parsimonia cristianas, y pienso, con todos los hombres sensatos, que una mesa prudentemente frugal, en que reina una cordial alegría y una franqueza cortés, honra mejor á un amigo que esas fastuosas comidas, hijas de la vanidad, en que, con la diversidad y abundancia de manjares y vinos, mas parece que se trata de hartar y embriagar á hombres necesitados ó hambrientos, que de obsequiar á personas que merecen nuestro aprecio.

CAPITULO XIII.

Buenas maneras que los niños deben observar á la mesa.

La mesa del padre de familias debe ser para sus hijos una escuela constante de sobriedad y de buenos modales, pues ni aun la misma pobreza puede autorizar jamás la grosería.

Desde que su edad lo permita los niños deben comer en compañía de sus padres, y desde los principios se les hará comprender el respeto y compostura que allí deben guardar. No se les permitirá que hablen mas que para pedir con modestia lo que necesiten y cuando fuesen preguntados; ni se les sufrirá que demanden otros manjares ni mayor cantidad de aquello que se les sirve y juzga conveniente para ellos. El padre de familias observará con cuidado todas sus acciones, y cuando notase alguna inconveniente, les corregirá con dulzura y sin turbar la paz y alegría de la mesa.

Los niños deben estar á la mesa con modo, sin hacer contorsiones ni movimientos con el cuerpo, los pies ó los brazos, y comer con moderacion, conforme á las reglas de una prudente cultura, y sin manifestar glotoneria. Sus ojos no deben vagar inquietos de uno á otro lado, fijarse con demasia en los convidados, ni curiosar los platos, deteniéndose con mal disimulada envidia en la mayor porcion que se distribuye á los

demás. Cuando hayan de recibir ó entregar los diversos objetos de que se sirven á la mesa, lo harán respetuosamente y sin mostrar impaciencia. Que los niños se habitúen á fijar su atencion en sí mismos y en lo que hacen, y que se persuadan de que no serán jamás atendidos sus caprichos, ni obtendrán otra cosa fuera de aquello que voluntariamente se les dió. Bien podrá, sin embargo, repetírseles de algun manjar de su gusto, como recompensa especial de su buen comportamiento, con tal que no haya esta exigencia de su parte.

Es una santa y loable costumbre hacer que los niños reciten las preces de bendicion de la mesa y accion de gracias; si los padres cumplen por sí este piadoso deber, los niños estarán con atencion y recogimiento, y contestarán devotamente á cada una de las oraciones.

Ha de impedirse que los niños corran á la mesa y tomen asiento los primeros, habituándoles á esperar el mandato paterno, y enseñándoles esta bella leccion que nuestro divino Salvador se dignó dar á los hombres.

« Cuando fueres convidado á bodas, nos dice el Señor, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya alli otro convidado mas digno de honor que tú, y que venga aquel que os convidó á tí y á él, y te diga: Dá el lugar á este; y que entónces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas cuando fueres llamado, vé, y siéntate en el último puesto; para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entónces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa. Porque,

todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla, será ensalzado.»

Este precepto de Jesucristo es el fundamento de la verdadera urbanidad cristiana, basada, como todas las virtudes evangélicas, en la humildad. ¡Cuán ventajoso sería el verle practicado en todas las relaciones de la vida civil, en que las cuestiones de preferencia son tan frecuentemente causa de disputas y enemistades!

El padre de familias inculcará desde los principios esta cristiana doctrina en el ánimo de sus hijos; y para que se acostumbren á observarla, no les permitirá que dejen su labor ó estudio, ni se presenten en el comedor, hasta que se les llame. En una palabra, para ellos debe ser la mesa, como dije al empezar el capítulo, una escuela, en que todos los días ejerciten la virtud y urbanidad.

Pero adviertan los padres de familias que son unas vivas imágenes que se imprimen en el espíritu de sus hijos, como pudieran en la blanda cera, y que, por consiguiente, deben ser para ellos un perfecto modelo de sobriedad y buenos modales. Mejor será que los niños no coman en la mesa paterna, si solo han de aprender allí los excesos en la comida y bebida, la cólera y las conversaciones inconvenientes.

Recuerdo también á los padres de familias que para ellos es un deber el amenizar la comida; por lo cual, concluida la bendición de la mesa, promoverán la conversacion sobre alguna materia útil y agradable. No está prohibida una moderada expansion, y aun convendrá el picar tal cual vez

á los niños con alguna indirecta inofensiva y ligera, para que se habitúen á sufrir las chanzas con rostro sereno y sin enojarse. Ya se concibe que todo esto ha de hacerlo el padre conservando la gravedad con que ha de aparecer siempre á los ojos de sus hijos, y sin exceder los límites de una prudente reserva.

Compréndese bien, aun sin que yo lo indicara, que, todos estos cuidados dirigidos á criar los hijos conforme á las reglas de la urbanidad y el decoro, no son la obra de un dia, y que requieren mucho tiempo y paciencia. Es preciso, además, no perder de vista que los niños no son hombres formados, y que no es posible que desaparezcan del todo sinó con la edad los caracteres y rasgos propios de la infancia. Los frutos muy tempranos jamás llegan á completa madurez; la perfeccion se alcanza por esfuerzos constantes y abanzando cada dia sin mirar á lo pasado. Cada nuevo año debe marcar un nuevo progreso; la recompensa mas halagüeña, que solo puede gozar el padre de familias que se ocupa de la educacion de sus hijos, será ver cómo se desarrollan poco á poco aquellas tiernas plantas, regadas por sus cuidados, y benditas de Dios, autor de todo bien, que, segun las palabras del Apóstol, les da el acrecentamiento perfecto en la virtud.

CAPITULO XIV.

Del uso moderado del vino.

Los niños deben beber muy poco vino; pues, si tomado con moderacion mantiene las fuerzas, y como dice la Escritura, alegra el corazon, usado con exceso debilita la naturaleza y daña al cuerpo, á la inteligencia y al alma. Salomon, en el libro de los Proverbios, nos dice: «Lujuriosa cosa es el vino y la embriaguez tumultuaria: cualquiera que se deleite en estas cosas, no será sábio.»

La sabiduria es la amiga de la templanza, á la cual los Griegos daban un nombre que indica no poder aquella conservarse sin esta. Y con efecto, si la sobriedad es conveniente á todos, ella debe ser como el distintivo particular de los hombres entregados al estudio, de los magistrados, de las personas llamadas á gobernar á los demás, y de los eclesiásticos seculares y regulares, especiales maestros de la continencia.

Pudiera citar un gran número de textos de las Sagradas Escrituras que prohiben el uso inmoderado del vino, y presentar un extenso catálogo de Santos que, á imitacion de los antiguos monjes, se abstuvieron enteramente de beberle. Pero como me dirijo á los cristianos que viven en medio del siglo, me ciño á recomendar á los padres de familias que velen porque sus hijos no tomen aficion al vino, que les pudiera fácilmente arrastrar

á la embriaguez. Ya dejo hechas algunas indicaciones acerca de tan vergonzoso vicio, al ocuparme de los desórdenes á que tantos se entregan en los Domingos y dias festivos.

Los Lacedemonios acostumbraban embriagar en sus comidas públicas á un esclavo, y darle como en espectáculo á los jóvenes, para que, la vista de sus movimientos desordenados y sus indecorosas acciones, les inspirase horror á un tal embrutecimiento y tanta degradacion de la naturaleza humana.

Es preciso moderar con gran solicitud el uso del vino en los niños; tal vez fuera lo mejor el que no le bebieran; pero ya que así no sea, procúrese al menos que no usen vinos fuertes y espirituosos, ó que los tomen mezclados con agua. El uso de esta es, por el contrario, de gran utilidad y provecho á la juventud, cuyo natural ardor no necesita ser excitado, y cuya hirviente sangre solo exige que se la refrigere.

CAPITULO XV.

La sobriedad es conveniente con especialidad en las jóvenes.

La moderacion en el comer y el beber es aun mas necesaria en las jóvenes. El ornato mas bello de la mujer son la modestia, el silencio y la castidad; el sonrosado que pudiera imprimir el vino en las mejillas de una jóven la embellece menos que una palidez virginal, acompañada de un continente lleno de pudor y de unos movi-

mientos en que la lijereza de la edad está moderada por una inteligencia precoz. Tertuliano, de acuerdo con los historiadores paganos, refiere que las antiguas damas romanas jamás bebían vino, y que, si quebrantaban esta costumbre, eran severamente castigadas por sus padres ó maridos. ¡Bello ejemplo de sobriedad para las mujeres cristianas! Solo el temor de pasar por demasiado rigido me impide aconsejar á las jóvenes se abstengan absolutamente del uso del vino interin permanecen solteras.

No creo fuera de propósito el recomendar aquí á los padres de familias el velar porque sus hijos é hijas sean sóbrios, no solo en su presencia, mas tambien cuando están alejados de sus miradas. Es preciso tambien que no pierdan de vista á los criados, para evitar que proporcionen á los niños los medios de satisfacer secretamente y sin moderacion su golosina. Templando el rigor con una prudente discrecion, y no teniendo, como dice un adagio, demasiado tirante la cuerda del arco para que no le haga saltar, tendrá constantemente presente que las buenas acciones deben nacer del corazon en cierto modo naturalmente, bajo la influencia del santo temor de Dios y del amor á la virtud; y que los buenos hábitos, impresos en el alma antes de que la invada el vicio, hacen el ejercicio de las virtudes tan agradable como fácil.

CAPITULO XVI.

Rasgo de la infancia de Sta. Mónica, que hace ver á las jóvenes el cuidado con que deben vivir para no aficionarse al vino.

Me parece que será leído con interés y provecho un rasgo de la vida de Sta. Mónica, referido por su hijo S. Agustín en el libro IX de sus Confesiones. Él hará ver la necesidad de velar en la educación de los hijos, y la rapidez con que progresa el mal en sus tiernos corazones.

«Por la doctrina de vuestro unigénito Hijo, Dios mio, dice S. Agustín, tuvo mi madre la dicha de ser criada en vuestro santo temor, en el seno de una familia cristiana, y de llegar á ser por su piedad uno de los ornamentos de vuestra Iglesia.»

«Respecto á la manera con que fué criada, ella misma, sobre los cuidados de su madre, alaba los de una criada, tan antigua que habia llevado en los brazos á su padre. Este recuerdo, unido á sus años y á la santidad de sus costumbres, hicieron que fuese muy considerada en aquella casa enteramente cristiana, hasta el punto de que los señores la confiasen la educación de sus hijas; deber que llenaba con exquisita vigilancia, mostrándose firme y severa cuando era preciso reprenderlas, y llena de prudencia y discreción en las instrucciones que las daba. Por ejemplo: fuera de las horas de las comidas, que hacian con frugalidad en compañía de sus padres, no las per-

mitia ni aun que bebieran agua, por sed que tuvieran, temiendo las consecuencias que les pudiera traer este mal hábito, y acompañaba su prohibición con estas palabras llenas de sabiduría: Ahora bebed agua porque no teneis [el vino á vuestra disposición; pero cuando esteis casadas, y seais dueñas de la bodega, os disgustará el agua conservando la costumbre de beber.]

« Mezclando así prudentes y oportunas reconvenciones al ascendiente de que gozaba, sabía reprimir los impulsos de una edad en que la inesperienza es tan grande, enseñando á sus jóvenes educandas á resistir la sed, para seguir las leyes de la templanza, y á no desear cosa ninguna que pudiera desdeñarse del decoro.»

« A pesar de todo, mi madre, como me referia ella misma, se habia gradualmente aficionado á beber vino; porque, segun suele acostumbrarse, y confiados en su experimentada sobriedad, sus padres la dieron el encargo de sacar de la bodega el vino necesario para el consumo diario. Al verificarlo, llena la vasija que al efecto llevaba, no podia resistir el antojo de probar el vino, aunque sólo llegándolo á los labios, pues la repugnancia que le tenia la impedia otra cosa. En efecto, no era la pasión al vino la que la impulsaba, sino uno de esos violentos caprichos que los pocos años no pueden dominar, que se manifiestan con tanta frecuencia en los niños, y que han de reprimir con todas sus fuerzas, en aquella irreflexiva edad, los encargados de gobernarlos.»

« Pero, como el que desprecia las faltas pequeñas cae poco á poco en las graves, aconteció que,

añadiendo cada dia unas gotas de vino al bebido en los anteriores, se dejó llevar de tal modo de aquel mal hábito, que concluyó por beber copas casi llenas y con gran avidez.»

«¿A dónde estaba entonces aquella tan vigilante anciana? ¿Qué habia sido de tantas y tan severas prohibiciones? ¡Ni qué poder hubieran tenido contra aquella oculta enfermedad, si vuestra gracia, Señor, único verdadero remedio de nuestros males, no velase incesantemente sobre nosotros! Y ¿qué hicisteis vos, Dios mio; cómo la curásteis? Con una palabra viva é injuriosa, que hicisteis salir de la boca de una criada, cortásteis, como con un instrumento afilado y medicinal, hasta la raiz de aquel mal que inficionaba su alma.»

«Una sirvienta, con quien solía bajar á la bodega, disputando con ella un dia en que estaban solas, como sucede con tanta frecuencia entre los niños y los criados, la echó en cara aquel defecto de la manera mas insultante y cruel, llamándola borracha. Esto fué como un flechazo de que se sintió herida; abrió los ojos, se avergonzó de aquel vergonzoso hábito á que se habia entregado, se condenó á sí misma, y en aquel instante quedó correjida para siempre. He aqui cómo, en vez de que los amigos nos pierden con sus lisonjas, los que nos aborrecen nos corrigen frecuentemente con sus duras palabras.»

Mónica gozaba de la bienaventuranza de los elegidos, y era ya una Santa ilustre, cuando S. Agustin escribia este rasgo de su juventud para glorificar á Dios por las maravillas que habia obrado en ella, y para enseñar á los padres de fami-

lias, con el ejemplo de la caída de una Santa, que nada deben despreciar, por minucioso que parezca, en la educación de sus hijos.

CAPITULO XVII.

De las horas mas convenientes para las comidas.

Como á las veces acaso sea difícil que los niños puedan sufrir hasta las horas marcadas para las comidas, será conveniente darles en el intervalo de unas á otras algun ligero alimento, como pan, frutas, etc. cuidando de que la calidad y la cantidad de los manjares sea tal, que no les impida comer á su debido tiempo. Durante los dias largos y calurosos del estío se les permitirá tambien el que beban alguna que otra vez; y aun este alivio, que se concede á la flaqueza de su corta edad, se podrá presentar como una recompensa que se les otorga por su buen comportamiento.

Árdua tarea sería querer prefijar las horas mas adecuadas para comer, atendidas las diversas posiciones y las diferentes tareas á que los hombres están destinados. Sin embargo, por regla general creo puede aconsejarse que se hagan dos comidas al dia, por cuyo medio, segun la espresion de un elocuente escritor, se repararán las fuerzas sin abrumarlas. Comer solo una vez, á la mañana, será incapacitarse para continuar el trabajo todo el dia; diferirlo absolutamente hasta la noche, será comprometer la salud, sobre todo en los paises cálidos, en que las fuerzas se debilitan mas y puede soportarse menos el trabajo; en uno

y otro caso habría el inconveniente de tener que sobrecargar el estómago con una gran cantidad de alimento, que no tardaría en debilitar su vigor y arruinarle.

Y como los alimentos no son en todas partes de igual fuerza y nutrición, y las comidas y tiempos en que se toman están en consonancia con ellos, lo más prudente será conformarse con la costumbre general del país. Obrando así será más fácil mantener las relaciones que reclaman los negocios y la sociedad, sin enojo de las personas que han de tratar con nosotros. No imitemos á ciertos hombres extravagantes que juzgan darse importancia adoptando un género de vida singular con disgusto de la familia, y á veces con perjuicio de su salud.

Luego que los niños estén suficientemente desarrollados, el padre de familias les acostumbrará gradualmente á no comer fuera de tiempo, y no cesará de recordarles que sin sobriedad y templanza, no se pueden llenar las obligaciones de hombre ni las de cristiano.

CAPITULO XVIII.

Del ayuno.

No creo separarme del objeto que me ocupa diciendo algunas palabras acerca del ayuno. El precepto que la Iglesia impone á todos los cristianos, cuando han llegado á la edad prefijada, no merece menos que los demás el respeto de los fieles, y que se grave en el espíritu de los niños.

No me detendré á fijar los dias de ayuno ; á decir en qué consiste y los alimentos que se nos vedan en ellos ; á expresar los motivos que legitimamente nos dispensan de su observancia. Cada cual puede fácilmente consultar á su confesor sobre aquellos puntos , ó leer el Catecismo, que da una nocion suficiente de lo que debemos practicar. Pero no puedo disimular la pena que me causa el ver que la mayor parte de los cristianos se cuida bien poco de conocer lo que concierne á la salud de sus almas , y los deberes que la Religion les impone.

¿No vemos personas, aun de buena posicion social, que parece ignoran cuanto concierne al precepto del ayuno , y que no forman el menor escrúpulo en escandalizar á cuantos las rodean con su abierta inobservancia? ¿No son á las veces los que ayunan objeto de burlas y apóstrofes para ciertas gentes?

Hay otros que saben bien no poderse hacer mas que una comida en los dias de ayuno , y que sin embargo , no contentos con añadir acaso en ella mayor número de platos , convierten la colacion de la noche en una nueva comida , ya que no por la calidad , por la cantidad de los manjares.

Nada diré de esos cristianos que abusan de sus fuerzas por un exceso de molicie , y que á pretexto de atender á su salud , se dispensan con lijereza del ayuno y la abstinencia. Podrán engañarse á si mismos ; pero no esperen poder engañar á Dios ; recuerden lo que á los Gálatas escribia el Apóstol : « No querais errar : Dios no puede ser burlado. »

Lejos de mí la idea de aparecer rigorista; no pretendo turbar las conciencias de las personas timoratas, pues sé bien que hay causas que legítimamente dispensan del ayuno. Lo que únicamente deseo es llamar la atención de tantas personas que viven como ciegas, sin atender á los intereses de sus almas, estimulándolos á que los miren con la solicitud con que cuidan de su salud corporal y de los negocios temporales.

El medio mas seguro de evitar todo error y desterrar las inquietudes es manifestar sinceramente al confesor las circunstancias particulares en que nos hallamos, y seguir con sencillez su dictamen; así obraremos con seguridad, sin que debamos temer que se nos imponga una carga superior á nuestras fuerzas, y tendremos además el mérito de la obediencia. Lo mismo digo de los ayunos voluntarios que se practican por devoción; lo mas acertado es no proceder á ellos sin consejo, pues ninguno es buen juez en causa propia. Nuestro infernal enemigo se vale no pocas veces de las apariencias del bien, y pudiéramos acaso desagradar tanto á Dios ayunando con exceso, como no ayunando nunca.

CAPITULO XIX.

Del modo de acostumbrar á los niños á la observancia del ayuno.

Conviene hablar aquí del cuidado que han de tener los padres de que sus hijos se acostumbren poco á poco á la observancia del ayuno, porque casi todas las faltas que se advierten en este punto

proceden, como de ordinario, de un vicio en la educacion. Bien sé que la Iglesia, madre llena de ternura, á nadie impone la obligacion de ayunar antes de cumplir los veintin años; pero, sin embargo, será muy conveniente que los niños se acostumbren á oír con frecuencia en la casa paterna la palabra ayuno, y que sean testigos de la religiosa exactitud con que sus padres y los individuos todos de la familia cumplan este precepto de penitencia impuesto á los cristianos. Ensenéseles á conocer los dias en que debe practicarse, y á mirar con gran respeto el santo tiempo de la Cuaresma, que nuestro divino Salvador nos enseñó á observar con su ejemplo, ayunando cuarenta dias, y en el cual pagamos en cierto modo á Dios el diezmo de todo el año.

El padre ó la madre de familias podrá invitar cariñosamente á sus hijos á que ayunen algun dia en su compañía, aunque sin privar á los niños de la cantidad de alimento que su edad exige; la sola vista de una mesa mas frugal que de costumbre, y en que no se presentan ciertos manjares ordinariamente usados, les familiarizará poco á poco con la idea del ayuno, preparándoles á entregarse á su tiempo, aun por sola devocion, á su santa práctica.

Es ya tan difícil el obtener de la habitual tibieza de los cristianos la observancia de los preceptos de la Iglesia, que parece no se puede aspirar á mas; asi que, apenas me atrevo á recomendar la piadosa costumbre de ayunar los viernes en memoria de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, ó los sábados en reverencia

de la Santísima Virgen, y excitar á los padres de familias á que trasmitan á su posteridad los religiosos hábitos de sus mayores.

Hacia los catorce años, en que ya el cuerpo está fortalecido, puede sin inconveniente principiarse á imponerle algunas privaciones. Vemos á las veces que los jóvenes, por capricho y por no cesar en sus juegos, dejan con gusto de hacer alguna comida; pues ¿por qué no han de poder abstenerse alguna vez por amor á la virtud y en provecho de su alma? Sin hablar de la satisfacción que procura el cumplimiento de un deber, es indudable que la costumbre hace mas llevadero el ayuno, y que á pesar del vigor y fuerza del temperamento, es insoportable para los que han descuidado el habituarse á él gradualmente.

No debe olvidar el padre de familias que no tienen sus hijos enemigo mas peligroso que su cuerpo, cuando se le trata con delicadeza y se le alimenta con demasia, pues entónces se revela contra el alma; por lo cual es preciso desarmar con la sobriedad aquel doméstico adversario. Las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y Doctores de la Iglesia no cesan de invitarnos á este combate contra nuestro cuerpo. No pocos de estos escribieron tratados especiales en alabanza del ayuno, y S. Basilio, entre ellos, hizo un discurso lleno de unción y verdaderamente admirable. Nuestra madre la Iglesia llama al ayuno medicina del alma y del cuerpo.

Por otra parte, los deberes de la vida civil y de las diversas condiciones sociales exigen con frecuencia el que sepamos soportar la abstinencia y

el ayuno, sin parecerse á ciertos hombres que no pueden sufrir, mas por impaciencia que por necesidad, el que se retrase un solo instante la hora de comer.

Nadie sabe dónde irá á parar, y por lo mismo conviene á todos el estar acostumbrados á sobrellevar el hambre, la sed, la inclemencia de las estaciones y las demás molestias de la vida.

CAPITULO XX.

Del sueño en general.

El sueño es preciso á todos los hombres, y singularmente á los niños, para reparar las fuerzas debilitadas del cuerpo. Pero asi como es conveniente no privar á la naturaleza de este descanso, asi tambien es ventajoso no prolongarle mas allá de los justos limites. De otra manera el hombre viene á caer en la modorra, su espiritu se adormece, pierde su vigor el cuerpo, y desaprovecha las mejores horas del dia. El madrugar, dice un sabio es utilisimo para la salud, de gran provecho para el estudio y muy ventajoso para el cuidado de la casa y el despacho de los negocios. Asi vemos en el Evangelio al padre de familias que sale al despuntar el dia para mandar los obreros á su viña, y por eso nos recomienda Salomon no dejarnos dominar del sueño, para evitar el que nos oprima la pobreza.

Dificil seria fijar las horas de sueño, atendidas las diversas edades y complexiones, pero puede por regla general decirse que bastan de siete á

ocho horas de descanso. Como el exceso en dormir entorpece, y hace menos aptos para el estudio y el trabajo, así el pervigilio produce casi los mismos inconvenientes. Las personas que no duermen lo necesario están como fatigadas y fuera de sí durante todo el día, sus funciones corporales se hacen mal, y suelen venir á caer en algun padecimiento. Y aun con frecuencia la naturaleza, como indignada de que se la haya negado el reposo durante la noche, le reclama imperiosamente por el día, y obliga al hombre á dormir cuando debiera velar.

Vemos, á la verdad, ciertas personas de una eminente virtud, y cuya vida es mas celeste que humana, contentarse con algunos instantes de sueño; pero los cristianos ligados á los deberes de la vida comun, no pueden tratar de imitarlas en este punto sin una singular mocion de la divina gracia, y sin el consejo de un prudente director espiritual. Así en general deben abservar un justo medio, evitando igualmente la molicie, que no les permitirá ser dueños y señores de sus cuerpos, y la excesiva austeridad, que, destruyendo sus fuerzas, les impediria el exacto cumplimiento de sus deberes.

Pero como la carne, amiga de su comodidad, nos impulsa incesantemente al regalo, será conveniente que desde la juventud procuremos vencer su repugnancia, y nos habituemos á madrugar. Si lo consideramos bien, el sueño es la imágen de la muerte, y todos los instantes que le robamos son en realidad para nosotros un aumento de vida.

A las ventajas de la templanza, de que antes hablé, debe añadirse la de que las personas sóbrias no tienen precision de dormir tantas horas como los demás. Por eso pueden levantarse mas pronto para tratar con Dios de los intereses de su alma, para evacuar los negocios domésticos, y para mejor prepararse á llenar los deberes de su empleo, singularmente si están encargados de funciones públicas y de importancia. Un antiguo poeta, en una ficcion aguda, pintó á un gran rey recibiendo en sueños este importante aviso: No es conveniente á los que gobiernan los pueblos y á los que marchan á la cabeza de los ejércitos el pasar durmiendo toda la noche.

Desgraciadamente muchas personas ricas y de buena posicion social no piensan de la misma manera, creyendo, con Sardanápalo, no ser propio de su clase ver la salida del sol, y que este magnifico espectáculo está reservado á los pobres artesanos, obligados á principiari desde la aurora su penoso trabajo.

Pero, piensen ellos lo que quieran, como es indudable que ninguna condicion está dispensada de una laudable y útil actividad, los padres de familias deben cuidar de que sus hijos se acostumbren gradualmente á vencer las exigencias del cuerpo, y á evitar cuanto sea posible la pérdida del tiempo, pues, como dice un sábio, nada pudieran perder mas precioso.

CAPITULO XXI.

Del exceso y la negligencia en el cuidado del cuerpo.

Temeraria ocuparme de los detalles minuciosos en que voy á entrar, sinó estuviera persuadido de que, para formar un hombre virtuoso y útil á la pátria, deben evitarse los cuidados supérfluos del cuerpo, y huir esa excesiva minuciosidad que apenas seria tolerable aun en las mujeres. ¡Cuántos jóvenes, singularmente de familias notables por su posicion o riquezas, no se levantan sinó para invertir un considerable tiempo en cuidar minuciosamente de su dentadura, su cabello y sus largas uñas; en lavar y relavar sus manos con jabones y pastas aromáticas; en colocarse los vestidos con tanta precision que cada prenda exige un estudio y atencion particular, y en consultar al espejo una y mil veces a cada paso! A esto se siguen las continuas y largas conferencias que son precisas con el sastre, con la costurera, y con cuantos han de intervenir en la confeccion del traje ó ayudarnos á vestir; con lo cual se consumen las mejores horas del dia. Pudieran justamente aplicárseles estas palabras que un poeta cómico dirigia á las mujeres frivolas de su tiempo: Cuando acaban de componerse y emperregilarse, ha concluido el año.

Estas vanidades llevan tras si consecuencias bien fatales: el espiritu se afemina y debilita, el cuerpo se resiste á los trabajos varoniles, y se contrae la nota de hombre frívolo, al cual nadie se atreve

á confiar los negocios que exigen firmeza y madurez. Esos jóvenes elegantes, esos secuaces de la moda no son á propósito mas que para ostentar sus trajes en los salones y paseos; callo las faltas en que á tantos hace caer su necio deseo de sobresalir y hacerse notables por sus vestidos.

Lejos de mí la idea de reprobar el aseo y debido cuidado de la persona, pero exijo, con lo que dicta la razon, que sea moderado y como conviene á hombres; quisiera que no se ocupara en esto tanto tiempo. Aun en las mujeres deben observarse ciertos limites, y los adornos de las jóvenes no han de hacerlas perder ni esa idea de modestia que tanto las recomienda, ni una cierta dignidad.

Aconsejo á los padres de familias que hagan contraer á sus hijos el buen hábito de no destinar á su aseo y compostura mas tiempo que el necesario, y á que lo verifiquen luego que se levanten, para reservar las mas horas posibles á la mas importante obra de cultivar sus espíritus, y para poder con mas desahogo atender á sus estudios, ó llenar los deberes del arte ó profesion á que se les ha destinado.

Abandonarse con incuria, presentarse despeinado, con la cara ó las manos sucias, con los vestidos manchados ó mal dispuestos, seria caer en otro extremo tan reprehensible como el nimio y excesivo cuidado, y la educacion debe inspirar á los niños una repugnancia igual hácia todo lo que no esté regulado por la prudencia.

CAPITULO XXII.

Del estudio, y de los medios de hacerle menos penoso á los niños.

Parece que, habiendo hablado de los cuidados del cuerpo, debería en seguida tratar de los juegos y de los ejercicios corporales de los niños. No estaría, en verdad, fuera de su lugar, pero, considerándolos como un esparcimiento de fatigas anteriores, me ha parecido conveniente ocuparme con antelación del trabajo, despues del cual es cuando el padre ha de otorgar con discrecion á sus hijos una honesta recreacion.

Nada es por lo comun mas penoso á los niños que aprender los rudimentos de la primera enseñanza, los elementos de la gramática y los principios de las ciencias. Sus reglas difíciles y espinosas parecen inventadas, como dice S. Agustin en sus Confesiones, para acrecentar los trabajos y penalidades de los hijos de Adam.

Diferentes son los métodos que se han inventado para enseñar las ciencias y las artes; pero, cualquiera que sea la ventaja que tengan los unos sobre los otros, que yo no puedo detenerme á examinar, es indudable que por ninguno llegarán á saberse los principios y reglas de las artes ó de las ciencias sin estudio y trabajo, y por consecuencia sin enojo. Solo la frecuente repeticion de unos mismos actos puede hacer adquirir ese hábito que disipa la penalidad de los estudios.

Los niños, por lo tanto, no pueden evitar la

precisión de seguir esos ásperos y espinosos senderos que conducen á la sabiduría; pero al maestro entendido y prudente toca el suavizarselos, escogiendo el mejor método, adaptándose paciente á las débiles inteligencias que ha de ilustrar gradualmente, y evitando la pedanteria de quererse mostrar erudito. El padre solícito de familias, de concierto con un maestro zeloso, encontrará mil medios de hacer dulce para sus hijos el camino de la escuela.

En vano sería el lisonjearse de obtener inmediatamente tan grato resultado; pero se llegará poco á poco á conseguirle si el maestro, cuyo solo aspecto causa temor á sus pequeños escolares, es prudentemente agradable con ellos; si sabe ganarse á la vez su respeto y afecto; si logra inspirarles ánimo, manteniendo en ellos la esperanza de vencer de dia en dia los obstáculos, si no se cansa de repetir las mismas cosas cuantas veces sean precisas, para que se figen en el ánimo de sus oyentes. A las veces será útil alabar delante de sus condiscipulos y conceder algun premio á los mas aplicados, para excitar la emulacion de los demás.

Todos estos medios, con tantos otros que la esperiencia enseña, y aun los castigos prudentes y adecuados, serán otros tantos estímulos que alienten y fortifiquen aquellos tiernos corazones, haciéndoles avanzar con gusto en la carrera de la virtud y las letras.

CAPITULO XXIII.

Cuánto importa tener en las escuelas públicas buenos maestros.

Refieren los historiadores griegos que los Lacedemonios eran muy solícitos en la buena educación de sus hijos. Entre ellos los maestros no eran personas mercenarias y asalariadas, sinó ciudadanos elegidos con gran cuidado, que miraban como un honor el deber de enseñar á los niños la virtud, las buenas costumbres y las instituciones patrias. Entre los Persas la enseñanza se ponía en manos de los ancianos recomendables por sus prendas.

Gran bien sería que lo mismo fuera entre nosotros, y que un cargo tan importante como es la educación no estuviese confiada á hombres que solo la buscan por el lucro que procuran, que no ponen gran solicitud en que la niñez se críe virtuosa y cristianamente, y que, no pocas veces, debieran volver á la escuela para que aprendieran á temer y servir á Dios. Los que así se producen, no solo no pueden quejarse de no alcanzar el aprecio que quisieran, sinó que son causa de que la clase no le obtenga como debiera.

Los maestros no deben enseñar solamente á sus discípulos las letras y conocimientos humanos, como desgraciadamente juzgan tantos, sinó principalmente las buenas costumbres y la piedad cristiana, sin la cual no podemos conseguir nuestro último fin, esto es, servir á Dios en la tierra y

ser para siempre felices en el Cielo. Los maestros han de ser como unos segundos padres; y aun á las veces se deben colocar en su lugar, cuando aquellos son incapaces de dar buena educacion á sus hijos. Con frecuencia la pobreza, el asiduo trabajo, las multiplicadas obligaciones de un destino público fuerzan á los padres á poner enteramente la educacion de sus hijos en manos de un maestro; y si este no cuida de llenar sus deberes, los pobres niños se ven privados de consejo y guia, y entregados al impulso de sus malas inclinaciones.

Nada estará demás de cuanto se diga para recomendar á los padres la solicitud con que deben buscar buenos maestros para sus hijos. La eleccion ha de hacerse con madurez, buscando el consejo de personas prudentes, instruidas y temerosas de Dios; sin que la consideracion de la ciencia del maestro se tome jamás en cuenta sinó despues de su virtud.

CAPITULO XXIV.

De la solicitud que las autoridades han de interponer en la eleccion de los maestros.

Nada mas honroso para las autoridades que la solicitud con que procuran dar á los pueblos, aun á costa de generosos sacrificios, buenos maestros, capaces no solo de hacer sabios á los jóvenes, mas tambien de infundirlos el hermoso habito de las virtudes. Un antiguo escritor griego, aunque gentil, extrañaba que gran número de ciudades

no cuidaran de la educacion de los niños, á la vez que dictaban leyes prohibiendo el hurto, los atentados contra las personas, la desobediencia á los magistrados, imponiendo severos castigos á los infractores. Los Persas, dice, eran mas sabios: prevenian los delitos, haciendo que los ciudadanos fueran educados de manera, que no tuvieran ninguna inclinacion á las acciones malas y vergonzosas. La juventud aprendia las reglas de la justicia en escuelas dirigidas por sabios y prudentes ancianos; ya lo indicamos en el precedente capitulo.

Si entre nosotros los ancianos y los hombres mas respetables de los pueblos no se aplican á educar por si mismos á la juventud, justo será que al menos contribuyan en cuanto puedan á que la eleccion de maestros recaiga en personas bien penetradas de sus deberes y de la importancia de sus funciones.

Y como los Obispos son nuestros padres espirituales, los pastores del rebaño de Jesucristo y los primeros maestros de la piedad y religion, ¿quién podrá dudar que, por su zelo de la mayor gloria de Dios y de la salvacion de las almas confiadas á su vigilancia, deben tener una inmediata y expedita inspeccion sobre la enseñanza? Guiados por sus luces y consejos, los encargados de hacer los nombramientos de maestros podran con mas seguridad designar personas que á la ciencia reúnan costumbres irrepreensibles; cristianos sinceros, hijos sumisos de la Iglesia y de su cabeza visible el Soberano Pontifice, Vicario de Jesucristo en la tierra; católicos en fin, al abri-

go de toda sospecha de malas doctrinas. Si me aventuro á estampar estas indicaciones, no es porque presuma que la solicitud de los preladados y de los funcionarios públicos necesiten ser estimulados por mis débiles palabras; sinó con el objeto de recordar que vivimos en un siglo de arterias, en que con tanta facilidad y destreza se siembran los mas funestos principios. Un gran número de padres no se halla en estado de comprender suficientemente los graves peligros que amenazan á nuestra fé; por eso es preciso que los poderes públicos velen incesantemente, para impedir que la juventud sea presa de esos voraces lobos que vienen á ellos cubiertos con las engañosas apariencias de mansedumbre y dulzura.

CAPITULO XXV.

De la enseñanza privada.

Fácilmente se comprende que en las escuelas públicas, á que concurre gran número de niños, los esfuerzos de los mejores maestros no pueden evitar ciertos inconvenientes, o poco menos que imposibles de prevenir. Basta, como nos enseña el adagio, una oveja sarnosa para inficionar todo el rebaño; y entre tantos escolares, aunque no haya ninguno vicioso y corrompido, difícilmente dejará de hallarse alguno mal educado, colérico y lleno de defectos, cuya influencia pueda llegar á ser pernicioso para los demás. Por otra parte, la concurrencia de muchos alumnos dificulta la vigilancia, é impide interponer los cuidados sin-

gulares que reclaman el carácter y las disposiciones particulares de cada uno. Por eso aconsejo á los padres de familias, cuya fortuna lo permita, que instruyan privadamente á sus hijos, procurándose maestros especiales, sin reparar en la mayor retribucion que sus buenas prendas puedan exigir.

En negocio de tanta entidad no se ha de imitar la conducta de cierto padre avaro que, tratando con un filósofo, que destinaba para maestro de un hijo, y pareciéndole excesiva la retribucion que le pedia, le dijo: Por el precio que me pedis pudiera comprar un siervo. —Pues compradle, contestó el filósofo, y tendreis dos. Dándole con esto á entender que el hijo, privado de educacion, conservaria toda su vida los malos hábitos que tanto rebajan la dignidad del hombre.

La enseñanza doméstica preserva de los peligros é inconvenientes que presentan las escuelas públicas. El padre puede velar constantemente sobre sus hijos y sobre el maestro, excitar su zelo, y aun en casos dados dirigir su accion; en fin, el preceptor y el padre tienen un punto de contacto que les permite comunicarse mutuamente sus luces y el fruto de su experiencia.

En el caso de que los bienes no sufraguen para costear una educacion enteramente privada, los padres podrán valerse de las casas de pension y colegios particulares; pues estando dirigidas por personas de honradez y virtud, y montados bajo las reglas de una recta disciplina religiosa y académica, lejos de dañar á las buenas costumbres la reunion de varios escolares, las favorecerá, excitando en ellos una honrosa emulacion.

CAPITULO XXVI.

Autoridad que debe tener el maestro sobre sus discípulos.

Hallado por el padre de familias un maestro, cuyas cualidades correspondan á sus deseos, no le resta mas que darle una completa autoridad sobre sus hijos, y prevenir á estos que deben obedecerle como á él mismo. Desde luego ha de proponerse despreciar el llanto de los niños, y desatender las quejas que no dejarán de producir contra el que les hace estudiar y les corrige, procurando que la ternura maternal no dé á conocer su natural emocion ni se deje llevar de las lágrimas de los hijos. Lejos de acojer sus reeriminations, los padres las escucharán con una aparente severidad, y, sin admitir sus excusas, les harán comprender que han sido justamente castigados, y que habrian evitado la pena que les aflige si hubieran sido mas solícitos en el cumplimiento de sus deberes.

Importa mucho que los niños se persuadan de que no hallarán el refugio de una mal entendida indulgencia, y de que no existe para ellos un tribunal doméstico á que puedan, por decirlo así, apelar de las sentencias del maestro; esto les habituara sin violencia ostensible y poco á poco á mostrarse sumisos, haciendo de la necesidad virtud. De lo contrario, los niños no cesarán de alborotar la casa con sus gritos; la mas lijera

correccion será causa de una desazon en la familia, y la educacion se hará imposible.

El maestro, por su parte, procurará conciliarse respeto y cariño, les estimulará con su paciencia y dulzura, y cuando lo merezcan alabará delante de sus padres á los niños, pues es de gran provecho el que se aperciban de que tales alabanzas les granjean la ternura y las recompensas de aquellos.

Si aconteciera que un maestro se mostrase demasidamente severo, y si fuese preciso hacerle alguna reconvencion, guárdense los padres de verificarlo delante de los discípulos. Para ello han de buscar la ocasion oportuna, y á solas les representarán sin acrimonia que ambos no pueden proponerse mas objeto que la buena educacion de los niños confiados á sus cuidados, y que la caridad cristiana debe hacer nacer en el corazon de los maestros los sentimientos que la naturaleza ha colocado en el de los padres.

En la historia de Theodosio el grande se refiere un rasgo, que no puede ser mas adecuado al objeto que me ocupa. El Emperador de Occidente Graciano le mandó, siguiendo los consejos del Pontifice, á San Arsenio, para que sirviera de maestro de sus dos hijos Arcadio y Honorio. El aspecto grave y modesto de aquel hombre, tan distinguido por su ciencia como por sus virtudes, llenó de respeto á Theodosio, el cual hizo llamar á sus hijos, les puso en manos de su nuevo maestro, y dirigiéndose á él, le dijo: Desde hoy vos sereis mas su padre que yo, pues vos les enseñareis á vivir bien, cuando yo no les he dado

mas que la vida ; quiera Dios que consigais devolvérmelos tales , como deseo recibirlos de vos ! No atendais á la elevacion de su rango ; olvidad que son hijos del Emperador ; tratadlos como á discípulos , y haced que os tengan todos los miramientos que se deben á un padre y á un maestro.

San Arsenio se mostraba en todo un preceptor vigilante y solícito ; pero , impidiéndole su humildad el que se olvidara del rango de sus educandos , no creyó deber sentarse al hacerles sus explicaciones.

Entrando un dia Theodosio , y viéndole de pié , interin sus hijos escuchaban sentados la leccion , le significó con viveza su descontento . Ilustre Emperador , contestó S. Arsenio , en todo tiempo ha de atenderse á lo que se debe á cada uno ; yo instruyo y doy mis consejos á estos tiernos príncipes , pero á la vez honro en ellos el carácter imperial . — ¿ Y quién les ha hecho emperadores ? exclamó Theodosio , despojando á sus hijos de las insignias de su ilustre nacimiento .

Y haciendo luego sentar á S. Arsenio , y ordenando á Honorio y Arcadio que se mantuvieran humildemente de pié en su presencia , continuó diciendo : Si aprenden á temer y servir á Dios , si con sus virtudes se hacen dignos del imperio , haga el Señor que reinen de una manera estable y pacífica sobre sus pueblos ; pero mas les valdrá permanecer en la oscuridad de la vida privada que reinar sin sabiduria , exponiéndose á grandes daños .

Tengan presente tan bello ejemplo los padres de familias ; bien que no me persuado pueda en-

contrarse alguno tan ciego de orgullo que pretenda exigir de un maestro nada que pueda rebajarle á los ojos de sus discipulos, ni sujetarle á transigir con sus caprichos; esto sería desvirtuar su accion, no comprender que los niños han de adquirir un carácter insoportable, y olvidar que se les debe acostumbrar á obedecer para que un dia sepan mandar.

CAPITULO XXVII.

**De los colegios dirigidos por los Padres
de la Compañía de Jesus.**

El Espiritu Santo, bajando sobre la cabeza de los Apóstoles en forma de lenguas de fuego, nos quiso con esto significar que en la Iglesia católica, dirigida por sus inspiraciones, no faltaran jamás aquellas lenguas, es decir, esos hombres abrasados de caridad y llenos de elocuencia de que habla el himno de Pentecostés.

Bien sé que no siempre se hallan reunidos el zelo y el don de la palabra, y que, por nuestros pecados, permite Dios que muchos tengan ciencia sin gran zelo por la gloria del Señor y la salvacion de las almas; á la vez que otros, abrasados del divino amor, son ignorantes y no pueden enseñar á los demás. Sin embargo, el Espiritu Santo hace aparecer de tiempo en tiempo, para bien y gloria de la Iglesia, hombres en quien brillan juntas la santidad y la doctrina.

Asi en estos últimos tiempos, en que la disciplina eclesiástica se habia relajado, y debilitado

el estudio de las sagradas letras en el clero secular, el Espíritu Santo hizo nacer á Ignacio de Loyola, fundador de la Ilustre religion de elérigos de la Compañía de Jesus. Ella cubre la tierra, segun la expresion del salmo, con su sombra, cual una viña escogida, plantada por el divino labrador. Extendiendo sus ramas al otro lado de los mares hasta el nuevo mundo y á los mas apartados paises, ha llevado á todas partes los preciosos frutos de las virtudes cristianas por su incesante predicacion de la palabra de Dios, y el uso habitual de los sacramentos de la Penitencia y Sagrada Comunión.

Entre los trabajos abrazados por esta venerable Compañía, que sabe unir el fuego de la caridad al esplendor de la ciencia, debo particularmente hacer notar la educacion de la juventud, á quien juntamente inculca el amor á las letras y las buenas costumbres. Ella enseña en sus Colegios la filosofia, la teología y las ciencias todas; pero lo que mas aprecio es la solicitud con que procura instruir á los niños en la doctrina cristiana, é imprimir en sus corazones el santo temor de Dios.

Si todos los padres pudieran aprovecharse de las ventajas que reunen estos Colegios, no pudiera recomendarles mejores maestros, y no me ocuparía de los deberes que su profesion impone á los que han de dirigir la infancia y la juventud. Pero como el número de aquellos no puede sufragar á todas las necesidades, voy á seguir mi tarea, dando ante todo un consejo general á los maestros deseosos de llenar concienzudamente sus funciones: que se informen con detencion del mé-

todo que los Jesuitas emplean para inculcar en el ánimo de los niños la ciencia y la virtud. Fruto del continuo ejercicio y una larga experiencia, las reglas que siguen, trazadas por los hombres mas eminentes en prudencia y talento que han tenido, son tan precisas, que ni es preciso añadir alguna otra, ni pudiera omitirse ninguna sin alterar todo el sistema (1).

CAPITULO XXVIII.

Obligacion que tienen los maestros de instruir cristianamente á sus alumnos.

No debe admirar que, aunque hablando generalmente con los padres, al presente me dirija

(1) Ocho años despues de publicado este tratado entraba en Roma otro Español, san José de Calasanz, que debia ser tambien célebre por sus esfuerzos en favor de la cristiana educacion de los niños, y cuyas escuelas pias se inauguraron con la que abrió en aquella ciudad en 1597, seis años antes de la muerte de Silvio Antoniano. Este Cardenal no pudo, por lo mismo, apreciar el Instituto de PP. Escolapios, que yo no me detengo á recomendar á los padres de familias, por la razon contraria de ser bien conocidos los excelentes frutos que sus Colegios vienen dando entre nosotros desde su fundacion. Ojalá que sus escuelas pias se derramaran por las ciudades y pueblos, para que todos los pobres pudieran disfrutar del beneficio de su buena y cristiana educacion; harto ganarian en ello las costumbres públicas!

Grandes provechos reportarán tambien las madres de familias confiando la educacion de las niñas á las hijas de san Francisco de Sales, á las Hermanas de la caridad, y á los otros institutos religiosos que á su lado empiezan á ocuparse con éxito de aquel objeto. Por desgracia son aun pocas las poblaciones que abrigan en su seno tan benéficas fundaciones. (N. del T.)

en derecho á los maestros, pues estos, como dejo dicho, ocupan el lugar de aquellos. Por lo mismo, no solo deben enseñar á los alumnos las letras, mas tambien dirigirlos por el camino de la virtud con sus buenos ejemplos y sabios consejos; procediendo tan de acuerdo con los padres acerca de todos los puntos importantes de la educacion, que los niños encuentren en la casa paterna la disciplina de la escuela, como en esta los buenos hábitos de aquella.

El buen éxito de la educacion pende en gran parte de los maestros, y por eso la Iglesia no ha olvidado el trazarles sus deberes; difícil seria dar en este punto consejos mas provechosos que los que leemos en el último Concilio general de Letran. «Considerando, dicen aquellos padres, que el hombre es inclinado al mal desde su infancia, y que nada mas ventajoso que acostumbrarle al bien desde los primeros años, ordenamos y mandamos: que los maestros encargados de la educacion de los niños y adolescentes no los enseñen solamente la gramática, la retórica y demás conocimientos humanos, mas que les instruyan tambien de las cosas concernientes á la religion, como los artículos de la fé, los divinos preceptos, los salmos y las vidas de los Santos. En los dias festivos no deberán tratar en sus lecciones sinó de materias religiosas y morales. No se contentaran con exhortar á sus educandos á que frecuenten las iglesias, sinó que cuidarán, en cuanto les sea posible, de que concurren á misa, á visperas y al sermón. No les permitirán que lean ningun libro licencioso ó que pueda ser perjudicial á su fé.»

Tal vez pudiera pensar alguno que los maestros están menos obligados á dar á los niños la instruccion religiosa, desde que el santo Concilio de Trento dispuso que los dias festivos se les enseñen, en todas las Iglesias parroquiales, los elementos de la doctrina cristiana y los deberes para con Dios y para con los demás. Esta induccion sería ciertamente viciosa, pues el párroco, el padre y el maestro ejercen bajo titulos diversos los derechos de paternidad sobre los niños, y deben juntamente concurrir á la difícil obra de su educacion.

Que los maestros no se propongan como fin de sus esfuerzos una recompensa terrena y perecedera; pongan en punto mas elevado su mira, y trabajen por la gloria de Dios y el bien de la patria. Que sea irrepreensible su conducta; que los niños vean en ellos el perfecto modelo de un verdadero cristiano, y que puedan siempre mirarles como unos segundos padres.

Nadie puede desconocer la importancia de sus funciones; sin el ansia por el lucro y los hábitos mercenarios de algunos profesores, el magisterio público hubiera conservado el lugar que le corresponde en la estimacion de los hombres. En efecto, ¡qué cargo mas honroso que asentar los fundamentos sobre que debe un dia descansar el grandioso edificio de la ciencia y la virtud!

CAPITULO XXIX.

Medios á propósito para inspirar la piedad en el corazón de los niños.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que el santo temor de Dios es el principio de la sabiduría; por lo mismo es de gran provecho hacerla penetrar en el alma desde los primeros pasos de la vida. No repetiré los consejos que ya tengo dados acerca de este punto; los maestros podrán aprovecharlos, según que la práctica de todos los días y las circunstancias individuales les hagan comprender su conveniencia y utilidad. Por eso me voy á ceñir á solo algunas observaciones particulares.

Para que los niños se acostumbren á principiar todas sus obras en el nombre de Dios, y á implorar su auxilio en todas las necesidades, será conveniente tener en las clases una imagen de la Santísima Virgen con el niño Jesus en sus brazos. Cuanto mas decorosamente colocada y adornada esté, tanto mas excitará en los corazones sentimientos de piedad. Los niños deberán saludarla respetuosamente al entrar, y antes de comenzar los ejercicios, arrodillados todos en su presencia, deberán rezar la *Salve* o el *Ave María*. Se cuidará de que no levanten demasiado la voz, para evitar disonancia y confusión, ó se hará que uno solo recite aquellas oraciones en tono conveniente y respetuoso, permaneciendo en silencio los demás. De la misma manera ofrecerán á

la Señora sus homenajes al salir de clase, pero que todo se haga con modestia y sin fatigar á los niños.

Procúrese con instancia exhortar á los jóvenes escolares á que sean muy devotos de la Santísima Virgen, madre de la pureza, y á encomendarse á ella y á su divino Hijo, pidiéndoles bondad de corazón, docilidad, memoria é inteligencia: así se acostumbrarán insensiblemente y gradualmente á orar. Refiere san Agustín que, habiendo oído decir á varias personas piadosas, cuando era niño, que Dios, aunque invisible para nosotros, estaba en todas partes, escuchaba nuestras plegarias y podía socorrernos en las necesidades, le rogaba con mucho fervor que no le azotasen en la escuela.

Un maestro cristiano encontrará mil medios de ejercitar á sus discípulos en el temor santo de Dios y en la práctica de las virtudes. Si los hijos de los Persas, interrogados á qué iban á la Escuela, respondían que para aprender la justicia; ¿no deberán los hijos de los cristianos contestar, á una semejante pregunta, que van á instruirse primeramente en la ley santa del Señor y luego en las ciencias?

Concluyo este capítulo pidiendo la conservación de una piadosa práctica, cuyo origen se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, y que no se introdujo sin graves y fundadas razones: hablo de la santa costumbre de hacer sobre sí la señal de la Cruz al empezar las lecciones, y ponerla por cabeza de todo escrito. Nuestros padres quisieron con esto enseñarnos desde la niñez á que recordáramos siempre que la santa Cruz, como escribe el Apóstol, es la gloria del cristiano y la principal doctrina que debe aprender y practicar.

CAPITULO XXX.

Es preciso ejercitar á los niños en la práctica de las virtudes.

Las relaciones de los niños entre sí son una imágen reducida, pero exacta, de las relaciones establecidas entre los hombres; así les vemos ejercitar pequeños tráficos y hacer cambios y ventas; ligarse por mútuas promesas; disputar y desavenirse por pretendidos derechos, y que los padres y maestros tienen con frecuencia que intervenir en sus debates. Por eso es preciso habituarles, desde los primeros años, á decir la verdad, á no jurar, á no injuriarse los unos á los otros, á evitar las riñas y disputas, á no tomarse la justicia por su mano, quitando violentamente á los otros lo que tienen y juzgan pertenecerles, á conservar con cuidado y devolver mostrándose agradecidos aquello que se les prestó, á cumplir las promesas justas, y á no excusar las propias faltas, haciéndolas recaer falsamente sobre los demás.

La vigilancia del maestro se extiende á todos estos puntos y á otros muchos mas; y cuando un niño falte de cualquiera manera, es de gran importancia el que le haga comprender cuanto le merecido el ser castigado, y que solo la justicia regula la pena que le ha sido impuesta. De este modo los hombres, destinados por el Criador á la vida social, se irán acostumbrando desde niños á cumplir con sus deberes y observar las

leyes, sin las cuales no puede mantenerse la sociedad; siendo tan precisas para su conservacion, que se ven como trazadas hasta en la república de las hormigas y de las abejas.

Ya he dicho la solicitud con que los antiguos Persas procuraban, en las escuelas públicas, hacer á los niños obedientes, modestos y sóbrios en el comer y beber, ya con el ejemplo de los ancianos venerables que les servian de maestros, ya con las lecciones que de estos recibian. Ellos les enseñaban la justicia haciéndose jueces de sus diferencias, sus disensiones y mútuas quejas, castigando á los culpables, y no acojiendo jamas á los calumniadores. Penaban tambien la ingratitud con especial severidad, porque creían que los ingratos no llenarian nunca los oficios que se deben á la Divinidad, á los padres, á la pátria y á los amigos, y que solo eran capaces de acciones bajas y sentimientos egoistas.

Pues si hombres que no conocian á Dios como nosotros velaban con tanta solicitud por la buena educacion de sus hijos; ¡qué atencion no deberán interponer los maestros cristianos en el cumplimiento de sus deberes! En bien pernicioso error estarian, si pensáran que sus obligaciones estaban ceñidas á enseñarles los principios y reglas de los conocimientos humanos, olvidando el habituarles á conducirse segun los preceptos de la ley de Dios.

Lamentándose de tan funesta ilusion, exclamaba san Agustin: «Mirad, Dios y Señor mio, y vedlo con vuestra indecible paciencia, como los hijos de los hombres observan con exquisito cuidado

las reglas gramaticales establecidas para fijar el valor de las letras, y la pronunciacion de las sílabas, interin conculcan las leyes inmutables que vos les disteis para que pudieran alcanzar la salvacion eterna.

CAPITULO XXXI.

Del uso de obras escritas por autores paganos en la educacion.

El objeto principal de la educacion cristiana es formar corazones virtuosos; asi no puede verse sin susto el que los niños estudien las lenguas y las reglas de la elocuencia en autores paganos, y tomen sus conocimientos de obras escritas por hombres que adoraron á los falsos dioses. No teniendo, como no tenian, mas que las luces naturales, y aun estas muy obscurecidas, sus libros están llenos de falsas máximas respecto á las costumbres, y sus principios difieren absolutamente de los que nos enseña nuestra santa Religion. El fin mas elevado de sus acciones era la humana gloria, vana y engañosa, cuando no tenian por móvil el placer, de que han dejado tan seductoras y peligrosas lecciones.

Por eso muchas personas graves no quieren que se pongan en manos de los niños las obras de los paganos. Conocidas son esas páginas en que san Agustin manifiesta su arrepentimiento de las lágrimas que derramaba en su infancia por los infortunios de un Eneas y el trágico fin de una Dido, interin daba muerte, sin conmoverse, á su

propia alma, alejándose de Dios que es su verdadera vida. Laméntase también aquel santo Doctor de la fuerza casi irresistible que hacia en su tiempo (gran bien sería que no sucediera otro tanto en el nuestro) que se leyesen las historias fabulosas de las falsas deidades, en que se ven como justificadas á los ojos de la juventud las mayores torpezas con el ejemplo de los dioses, es decir, de los demonios y de los seres infames á quienes la corrompida gentilidad colocó en el número de sus divinidades.

No puede, sin embargo, negarse que le lectura de las obras de los paganos, hecha con discernimiento y cautela, puede ser útil. Las Sagradas Escrituras nos enseñan que Moisés y Daniel estaban versados en las ciencias de los Egipcios y Babilonios; y los Santos Padres, lumbreras de la Iglesia, conocieron los poetas, los oradores é historiadores paganos, leyeron sus retóricos y siguieron las lecciones de sus filósofos. Pero sus estudios no se hicieron sin meditada eleccion; no aprobaron cuanto encontraron, y supieron distinguir lo que podia tener algun provecho de lo que ninguna utilidad ofrecia. Discipulos de la verdad, no asintieron á la doctrina de los paganos; dando á conocer y refutando sus errores, solo conservaron para el servicio de la religion cristiana y de las ciencias sagradas la fuerza de su dialéctica, las galas de su poesia y la elevacion de su elocuencia.

Siendo la luz natural de la razon un don de Dios, del mismo proceden todas las verdades que los filósofos, los poetas y demás escritores

profanos han consignado alabando la virtud, reprobando los vicios, ó tratando de las maravillas de la naturaleza. Todas estas verdades nos pertenecen á nosotros, que, con las luces naturales, disfrutamos el luminoso sol de la fé para esclarecer la inteligencia. Y, como los hijos de Israel despojaron á los Egipcios de sus alhajas de oro, plata y pedrería, para consagrarlas en el tabernáculo al culto del verdadero Dios, así nosotros debemos tomar el oro de la sabiduría, la plata de la elocuencia y las bellezas que, á manera de piedras preciosas, brillan en las obras de los paganos, á fin de hacerlas servir al honor de Dios y á la salvación de los hombres (1).

(1) Permítaseme insertar aquí algunas palabras de la admirable Encíclica de N. S. P. el Papa Pio IX, que gloriosamente reina, dirigida el 21 de Marzo de 1853 á los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia. «Continuad, les dice, como hasta aquí, en no descuidar medio ninguno para que los jóvenes clérigos sean educados en vuestros seminarios desde pequeños en todas las virtudes, la piedad y el espíritu sacerdotal; para que crezcan en la humildad, sin la cual no es posible agradar á Dios, y para que al mismo tiempo, al abrigo de todo error, se apliquen al estudio de las bellas letras y de las ciencias mas importantes, y particularmente de las ciencias sagradas; tomando la elegancia del estilo y del lenguaje, y la elegancia del discurso de las obras tan llenas de sabiduría de los Santos Padres y de los escritos mas célebres de los paganos, y adquiriendo, sobre todo, en el estudio de los autores aprobados por la Sede Apostólica un perfecto y sólido conocimiento de las doctrinas teológicas, de los sagrados cánones y de la historia eclesiástica.» (Nota del Traductor francés).

CAPITULO XXXII.

De la discrecion con que ha de hacerse la eleccion de libros escritos por los paganos, y del uso simultáneo de autores cristianos.

Si las obras escritas por los paganos no han de ser prescritas de las escuelas cristianas, al menos no deben ser usadas sin gran discernimiento. San Basilio trata en un discurso especial de la utilidad que puede sacarse de su lectura; pero quiere que se imite á las abejas, que no se paran indistintamente sobre todas las flores, y que, como al extraer su jugo cuidan de no ser dañadas por las espinas, así solo se tome de los autores paganos lo que sea útil, rechazando cuanto pueda ofrecer algun peligro.

Un maestro sábio jamás olvidará que sus alumnos son cristianos, que su fin principal es la eterna bienaventuranza en el Cielo, y que todo cuanto pueda impedirles el alcanzarla, dañando sus buenas costumbres ó su fé, debe ser cuidadosamente alejado de la escuela. ¡Quiéra Dios que las manos de la juventud jamás toquen esas obras corruptoras condenadas de una manera tan terminante por el concilio, ya citado, de Letran, y que ha castigado el de Trento con sus anatemas en el indice de los libros prohibidos!

San Agustin hace notar que, las vanas narraciones de los libros puestos en sus manos durante la infancia, le instruyeron de bien pocas cosas útiles, y cuyo conocimiento hubiera po-

dido conseguir en obras menos frívolas. «Pues qué, dice, aunque Terencio no hubiera introducido en sus comedias á un jóven licenciado, animado en sus desórdenes al ver la pintura de Jupiter convertido en lluvia de oro para engañar á Danae, hubiera faltado medio de aprender lo que significan las palabras *lluvia de oro*, *seno de la mujer*, *engaño*, *bóveda del cielo* y otras empleadas en aquel pasaje?»

«Cualquiera conoce que no es aquel el mejor medio de dar á conocer tales palabras, y que, por el contrario, con tales palabras se inoculan mejor aquellas torpezas. No acuso yo á las voces, que son en sí como unos vasos preciosos, sino al vino del error que nos daban á beber en ellos unos maestros ya embriagados de él, y que nos castigaban cuando no queríamos beberle.»

Las bellezas que los escritores griegos y romanos esparcieron en sus obras, los chistes llenos de viveza y la finura de sus invectivas han cautivado en todos tiempos á ciertos espíritus; pero los maestros verdaderamente cristianos han de cuidar de ponerse al abrigo de semejante seducción, eligiendo siempre los autores que á un bello estilo juntaron la gravedad del pensamiento: como, entre otros, Ciceron, en sus tratados de la vejez, de la amistad, de los oficios, etc. Además, aun admirando el talento y la ciencia de los grandes génius de la antigüedad, harán ver á los alumnos la frecuencia con que se engañaron, por hallarse privados de las luces de la fé, y la facilidad con que el orgullo, de que se hallaban poseidos, les hacia buscar la frágil y

vana gloria del mundo. Los recomiendo, por fin, que imiten la prudencia que los RR. PP. Jesuitas demuestran, haciendo expurgar con cuidado de todos los pasajes que pudieran ser dañosos los libros que ponen en manos de sus educandos.

A pesar de todas estas entendidas precauciones, de temer sería que los niños, estudiando en cierto modo en el seno del paganismo, se olvidasen de que viven bajo la Ley de Jesucristo. Por eso es preciso que lean á la vez obras cristianas escritas en buen lenguaje, como el Catecismo romano. Y como el decreto del Concilio de Letran, que dejo ya citado, previene que se les den á conocer las vidas de los Santos, podrán estudiar con fruto las que nos dejaron san Gerónimo y Sulpicio Severo, así como la historia Eclesiástica de este último. Creo que la belleza del lenguaje no perderá nada con la frecuente lectura de los dos enunciados escritores, y que las buenas costumbres ganarán mucho.

Ciertos libros de las Sagradas Escrituras, por ejemplo, los Proverbios y el Eclesiástico, están llenos de preciosas máximas, y la juventud ganaría mucho en conocerlas, toda vez que sus maestros estuvieran en estado de poder exponer su verdadero sentido.

Se han visto algunas personas que, profesando por los antiguos un culto exagerado, y haciendo de Ciceron su idolo, se hubieran avergonzado de usar una palabra que no se hallára en sus escritos, prefiriendo servirse de una perifrasis ridicula á emplear términos cristianos adoptados por san Agustín, san Gerónimo y toda la Iglesia. San

Ambrosio y muchos otros santos Doctores han condenado este frívolo servilismo, y no me detengo á combatirle, porque los maestros comprenden de suyo que nos conduciría al paganismo, á pretexto de evitar locuciones bárbaras.

Aprecio en la pluma de los modernos un latín elegante, pero á condicion de que no sacrifiquen á la manía de usar ciertas palabras la claridad y exactitud de las ideas que quieren expresar. Justo es que la gramática, como todas las ciencias, esté sometida á su reina, esto es, á la Religión cristiana y á la divina sabiduría (1).

(1) Monseñor Gaume, Pronotario Apostólico, doctor en Teología y escritor ya conocido, ha publicado en París el año 1856, con el título *La Revolución*, una obra llamada tal vez á cambiar en mucho el sistema de instruccion seguido hasta aquí en los colegios y establecimientos públicos de enseñanza. En ella se propone hacer ver, recorriendo paso á paso la historia de los últimos siglos, que las ideas anti-católicas y anti-sociales que vienen agitando á la Europa son hijas de la importancia que se da desde hace tiempo á los estudios clásicos de la antigüedad pagana. Demasiado pequeño para cuestion tan grande, que tampoco pudiera ni aun iniciarse en una nota, me concretaré á reproducir estas palabras del traductor de aquel libro á nuestro idioma: «Mediten los Gobiernos, los maestros y los padres de familias la obra á que nos referimos, y no dudamos que convendrán con su ilustrado y sabio autor en la necesidad de modificar un sistema de estudios que, familiarizando á los jóvenes con la clásica antigüedad en los años decisivos de su vida, les hace adoptar las ideas y principios del paganismo, y zairar despues con desden la moral pura del Evangelio. (Nota del T.)»

CAPITULO XXXIII.

Del ejercicio de la memoria y de la pronunciacion.

Un timbre de voz sonoro, una pronunciacion expedita, un semblante animado, una accion libre à la vez que mesurada, una buena y firme memoria, son ciertamente dones de la naturaleza; pero el arte y la direccion son tambien precisos, ya para que lleguen à su completo desarrollo, ya para combatir los defectos que los desfiguran; y aun la memoria tiene con especialidad la ventaja de que, con el estudio y el ejercicio, no solo se conserva y aumenta, sinó que se adquiere en cierto modo. Asi que, aun cuando un niño tenga una voz áspera, una pronunciacion embarazosa, ó cualquiera otra imperfeccion del mismo género, no se crea perdida la esperanza de corregirlas. Por el contrario, en tales casos el maestro, empleando mas bien que la violencia la dulzura, reanimando la constancia del alumno, y confiando en que la perseverancia y el tiempo le harán llegar al punto que se propone, debe aplicarse à vencer la naturaleza, antes que la fuerza del hábito haya hecho incorregibles sus defectos.

El principe de los oradores griegos, Demóstenes, no podia pronunciar correctamente ciertas letras: sin embargo, por medio de reiterados esfuerzos llegó à corregir aquel defecto natural, y pudo con razon dejar consignado que una constante aplicacion triunfa por fin de todos los obstáculos.

Para fortificar y aumentar la memoria de los niños, para que adquieran una buena pronunciaci3n y ejercitarlos en la acci3n oratoria, ser3 utilisimo hacerles aprender algunos discursos cortos de autores cl3sicos, que deber3n recitar con el mismo cuidado 3 igual acci3n que si hablasen ante un concurso respetable. Por este medio su lengua y sus oidos se acostumbrar3n 3 la exacta entonacion de las voces y 3 la armonia de los periodos. Y como los versos se retienen mas f3cilmente que la prosa, podr3n elegirse para los mismos ejercicios algunas composiciones de los mejores poetas; pero t3ngase presente que ser3 preferible hacerles recitar con sentido y entonacion trozos cortos, que dar de corrida y con precipitaci3n largas lecciones. Esto ser3 cultivar la memoria 3 expensas de las dem3s cualidades oratorias.

Haciendo luego declamar 3 los ni3os ante un auditorio bastante numeroso y de personas extra3as 3 la clase, adquirir3n soltura y seguridad, y no sentir3n mas tarde esa emoci3n viva que un orador no ejercitado, no puede siempre reprimir cuando su voz se levanta en medio de un silencio general, y todas las miradas est3n fijas en 3l.

En fin, iniciados poco 3 poco en las reglas de la ret3rica, los escolares llegar3n 3 recitar sus propias composiciones; y sinti3ndose un dia con resoluci3n y fuerzas bastantes, dejar3n el estrecho recinto de la clase para darse 3 conocer por sus discursos en el p3lpito, en los estrados de los tribunales y en las grandes asambleas.

CAPITULO XXXIV.

De la emulacion entre los niños.

Entre los jóvenes que concurren á las mismas clases, la emulacion es un recurso poderoso, que les hará sacudir la pereza y estimularse al estudio; para excitarla entre sus discipulos, el maestro los ejercitará públicamente por turno. El deseo de igualar á los que se distinguieron producirá el resultado apetecido en los menos estudiosos, y todos harán esfuerzos para merecer el premio que al vencedor debe otorgarse. Se hará entender á los alumnos que la constante aplicacion será recompensada mas bien que las buenas dotes naturales, para que, los de talento despejado, no se fien en su facilidad de aprender, y dejen de hacerle mas fecundo con su estudio.

Se podrá tambien conceder á los escolares mas aventajados una especie de jurisdiccion sobre los demás, con lo cual, el interés de llegar á conseguir aquella especie de superioridad, ó de conservar lo que ya obtuvieron, les será un estímulo para perseverar en su aplicacion y buena conducta.

Dejo á la esperiencia de un maestro juicioso el cuidado de buscar otros mil medios para excitar en sus discipulos una provechosa emulacion; como el de tomar las debidas precauciones, á fin de impedir que puedan degenerar en una rivalidad de odio y envidia.

CAPITULO XXXV.**De la naturalidad y buen orden.**

Tanto en la palabra como en la accion es preciso evitar, no solamente lo desagradable y rudo, mas tambien quanto pueda parecer afectado y aleje de la noble gravedad que debe aparecer en el hombre. Aun el estilo ha de presentarse como exento de estudio, y con esa bella naturalidad que no excluye los adornos, pero que rechaza los falsos oropeles y toda afectacion. No es que yo considere un mal en un jóven lleno de talento é imaginacion la abundancia de pensamientos, cierta brillantez en la espresion y el empleo acaso exagerado de las figuras retóricas, no ciertamente; pero quisiera que poco á poco el maestro fuera cortando los resabios que puede contraer una naturaleza demasiado próbida, para impedir que aun en la edad madura conserve los rasgos de una elocuencia que solo parece bien en la juventud. «Permanecia el mismo, pero no convenia que lo fuera;» Tal era el reproche que un antiguo orador dirigia á un anciano, cuyo estilo recordaba todavia los pocos años del escolar.

En las composiciones literárias el orden no es menos útil que la naturalidad. Él es un gran alivio para la memoria; y he conocido algunas personas, en este punto poco favorecidas de la naturaleza, que sabian distribuir con tanto acierto las materias de que habian de tratar, que las collocaban con tal encadenamiento, formando como

un árbol, cuyo tronco mantiene los brazos principales de que nacen mil diversas ramas, que conseguian retener y recitar con facilidad discursos de gran extension.

El orden es la exacta disposicion de las partes en el lugar que mejor las conviene. De aqui nacen la comodidad y la belleza; lo cual hizo decir á un antiguo filósofo que en esta gran máquina del mundo nada hay mejor ni mas bello que el orden.

Desearia, por lo tanto, por el interés de conservar y acrecentar la memoria y por otras infinitas ventajas, que los niños fuesen amigos del orden. Y aun quisiera que desde los primeros años se les habituase á tener cuidado de sus libros, cuadernos, vestidos, aposento y cuanto les pertenece. No es decible cuánto influye la costumbre de regularizarlo todo desde niño para la buena administracion en su dia de la casa, para la expedicion de los negocios y el buen empleo del tiempo. Por el contrario, tanto en las palabras como en las acciones, en las relaciones privadas y en los cargos públicos, el desorden lleva tras sí funestas consecuencias.

CAPITULO XXXVI.

¿Deben todos los niños dedicarse al estudio de las bellas letras?

Para comprender si todos los niños han de ser aplicados al estudio de las bellas letras, basta examinar los diversos elementos que componen

la sociedad civil. Es esta un cuerpo formado de muchos miembros, cada uno de los cuales tiene un destino particular y especial empleo. Las funciones que llenan son mas ó menos elevadas, pero todas son igualmente útiles; á pesar de su perfeccion, el ojo, como dice el Apóstol, no constituye por sí solo el cuerpo. Por eso es preciso que haya en la sociedad, á la vez que letrados, labradores, artesanos, comerciantes, hombres, en fin, de todos los estados.

Desde luego se conoce la utilidad de que aprendan á leer, escribir y contar todos los niños, aunque pertenezcan á las mas humildes condiciones de la sociedad; aquellos conocimientos son fáciles de adquirir, y prestan gran servicio en todas las posiciones de la vida. Además, el dedicar los niños á que los aprendan, es un medio de que ocupen con provecho sus primeros años, incapaces todavía de soportar otro trabajo, y de hacerles gozar de las ventajas que para una buena educacion ofrecen las escuelas públicas.

Los niños que se destinan al comercio y á otros estados que requieren conocimientos mas extensos, sacarán gran fruto del estudio de la gramática y de una suficiente inteligencia del idioma latino.

Respecto á los hijos de familias bien acomodadas ó distinguidas por su rango, es evidente cuánto ganarán dedicándose á un estudio detenido de las bellas letras. Porque, aun cuando no hayan de seguir la carrera de la erudicion y de las ciencias, conseguirán un medio de llenar con lucimiento los empleos públicos que les sean confiados un dia, y adquirirán un mérito que de ordinario

ha de ser preferido á la fortuna y al nacimiento.

Las letras les darán tambien una ocupacion útil para los años de su juventud, siendo una como amable compañera que les separe de mil entretenimientos vanos y culpables. Y ¿cómo puede olvidarse que las letras son el mas grato entretenimiento de todas las edades, y que, sobre todo, en la vejez ofrecen los mas dulces consuelos? Cuando todo le abandona al hombre, cuando los placeres le fatigan, cuando una quebrantada salud le aprisiona dentro de la casa, las letras le permanecen amigas fieles, templan con frecuencia sus padecimientos, y le hacen menos enojoso á sí y á los que le rodean.

CAPITULO XXXVII.

¿Conviene que las jóvenes se dediquen al estudio de las bellas letras?

Puede decirse, por regla general, que no sería ventajoso para la sociedad ni para la familia el que las mujeres se dedicasen como los hombres al estudio de las bellas letras. Inclinadas naturalmente á cierta especie de vanidad, sería de temer que la ciencia las hiciera orgullosas, y que pretendieran dogmatizar, contra la prohibicion del Apóstol. Por otra parte, deseando los padres dar á conocer y hacer admirar los raros conocimientos de una hija sábia, la rodearán de literatos y gentes desocupadas, de cuyo trato solo se reporta con frecuencia la pérdida del tiempo.

Saber leer, escribir y contar; estar instruida

en las labores propias de su sexo; conocer á fondo los secretos de la administracion doméstica; una sólida piedad que la haga grata la lectura de las vidas de los Santos y demás libros espirituales, tales son los talentos en que un padre debe desear ver brillar á sus hijas. Estas son tambien las dotes que alaban las Sagradas Escrituras en la mujer fuerte: en esa mujer de corazon varonil en quien descansa confiado su esposo, que trabaja industriosa con sus manos la lana y el lino, que atiende solicita á las necesidades de sus domésticos y socorre liberal á los pobres, que hace la suerte de su marido envidiable á los demás; de esa mujer, en fin, en quien la Sabiduria ha querido dejar consignado el modelo de la verdadera madre de familias.

CAPITULO XXXVIII.

De la utilidad y necesidad del recreo

El arco, encorvado constantemente, acaba por quebrarse, dice un antiguo y sábio proverbio. No es posible darse sin intermision al trabajo; la naturaleza necesita descanso, y la recreacion moderada y en tiempos oportunos es útil y saludable. Ella dá un nuevo vigor á las fuerzas decaidas del cuerpo y del espíritu, para que con mejores disposiciones y mayor actividad pueda volverse á las ordinarias ocupaciones. Algunos filósofos han avanzado hasta á decir que el reposo y el recreo eran precisos para la vida, y provechosos para estudiar luego con mas intensidad. Ni es esto pe-

culiar de la niñez y la juventud, sinó comun á todas las edades y á todos los estados, aun incluso los mas perfectos; y dan muestras de una inconsiderada rigidez los que aparentan escandalizarse cuando ven á un sacerdote ó un religioso tomar una honesta recreacion.

Pudiera citar á este propósito el ejemplo de grandes Santos, jugando inocentemente con alguna avecilla para descansar de sus prolongadas fatigas. No es perder tiempo el afilar el cuchillo para que corte mejor, me decía en cierto dia un religioso de gran virtud, que se habia retirado al campo para substraerse por unos dias á los graves negocios en que incesantemente se buscaba su consejo é intervencion.

Mas ¿para qué buscar ejemplos, cuando tenemos el del maestro de los maestros, Jesucristo Señor nuestro? Refiere el Evangelista san Marcos que, al presentarse los Apóstoles al Salvador, para darle cuenta del éxito de la mision que les habia confiado, el dulcisimo Jesus, conmovido como una tierna madre de sus fatigas, les dirigió estas cariñosas palabras: «Venid aparte á un lugar solitario, y reposad un poco.» En ellas vemos marcada la necesidad de la recreacion, pero tambien nos enseñan que ha de tomarse con moderacion y como un medio útil para reparar las fuerzas, mas nunca por mera complacencia. Seria, en verdad, mostrarse bien frívolo, y aparecer siempre niño, el pasar los dias de la vida en la inaccion y las diversiones.

CAPITULO XXXIX.

De la recreacion y de los juegos de los niños.

Si la recreacion es necesaria en los hombres ya formados, con mayor razon ha de serlo en los niños. La naturaleza como que les impele á buscarla, la irreflexion de su edad les predispone, su fisico es aun debil para soportar un trabajo asiduo, y su espiritu vivo é inquieto pide mucho movimiento. Les es muy provechosa una prudente agitacion, que desarrolle sus fuerzas y desenvuelva el calor natural; excitados sus miembros por la carrera, por los saltos y movimientos rápidos, adquieren agilidad, flexibilidad y robustez.

Los niños y los jóvenes deben preferir de ordinario á los pasatiempos sedentarios ejercicios de accion, como, por ejemplo, el juego de pelota, muy recomendado por los médicos. Sin embargo, no me parece debe usarse sin gran cautela, porque reina en él una agitacion demasiado continuada, que produce un abundante sudor, de que los jóvenes no se cuidan, y que, suprimido de pronto, puede causar graves enfermedades. Yo preferiria el juego de bolos, en que se ven bien combinados el movimiento y el reposo, y no es de temer esa demasiada fatiga capaz de agotar las fuerzas y comprometer la salud.

Los padres de familia y los maestros deben regularizar el recreo de sus hijos y alumnos, fijando de antemano la hora, la duracion y el lugar de la recreacion. He dicho el lugar, pues me

parece inconveniente permitir que los niños se entreguen á sus bulliciosas diversiones en los paseos y sitios concurridos, porque contraen cierta libertad y falta de miramiento, que no está de acuerdo con la modestia y compostura que deben observar en público. Yo quisiera mejor que se les llevase á puntos retirados; y como nada les es tan útil como el sol y el aire libre, preferiría verles correr libremente por el campo, trepar á las alturas, gozar desde su cima extensos horizontes, y entregarse sin riesgo en la soledad de las praderas á la bulliciosa expansion de sus juegos.

CAPITULO XL.

Dè la vigilancia que ha de tenerse durante la recreacion de los niños.

Los juegos son de ordinario una especie de combate, en el que cada uno aspira á la victoria, y en que, excitados los niños por el deseo de obtenerla, descubren su carácter é inclinaciones. Interin unos se muestran sencillos, dóciles y condescendientes, otros aparecen falsos, violentos y coléricos, empeñados en perpétuas disputas, y que luego vienen á las manos con sus compañeros. Asi nacen las rivalidades, los ódios y los partidos encontrados, dividiendo á los hombres casi desde la cuna.

¿No oimos todos los días, en las calles y en las plazas, á tantos niños, jurar, blasfemar, decir las palabras mas licenciosas, y producirse

como locos, ó como los hombres mas avezados á la maldad? ¿No encontramos á cada paso en los paseos esas turbas desordenadas que nada y á nadie respetan, y que se abandonan sin freno á sus depravados instintos? ¡Y qué son estos juegos sinó la escuela del vicio!

Y al ver la indiferencia con que se dejan perder esos pobres chicos á los ojos de todo un pueblo; ¿no se pudiera juzgar que somos una nacion bárbara, en que ha venido á reemplazar la licencia á las leyes y buenas costumbres?

En Lacedemonia los ancianos asistian á los juegos de los niños, allí aprendian á conocer sus diferentes caractéres, y podian desde los principios adoptar los medios mas adecuados para desarrollar sus buenas cualidades y combatir sus defectos. Aquellos ancianos velaban con no menor solicitud sobre los juegos y ejercicios belicosos de los adultos, llenando con tanto gusto y esmero aquel servicio como si fueran sus padres.

¿Se mostrarán menos vigilantes los cristianos? Desearia que, durante la recreacion de los niños, les acompañase el padre de alguno de ellos, ó bien un maestro ú otra persona digna de respeto. El que su preseneia les ha de inspirar impedirá los arranques desconcertados, las palabras descomedidas y las disputas; y cuando se originase alguna pequeña contienda, su autoridad y su prudencia cortarán en seguida toda queja. Aun los jóvenes de mas edad no dejarían de observar decoro y miramiento en sus diversiones, si no se se viesen abandonados á sí mismos.

Recomendando una vigilancia que tan poco está

en los hábitos de nuestro tiempo, acaso me expongo á la nota de raro, y aun tal vez de ridiculo. Sin embargo, no dejaré de aconsejar á los padres de familias y á los maestros virtuosos, que desean el verdadero bienestar de sus educandos, que, si comprenden que mis avisos no están desprovistos de razon, no dejen que unos juegos libres y en que los niños están entregados á sus instintos vengan á inutilizar su celo y sus esfuerzos.

CAPITULO XLI.

De las chanzas, y cómo pueden usarse.

Nada mas grato para las personas bien criadas, ni mas adecuado para distraerlas de sus trabajos, que esas conversaciones vivas, animadas y llenas de sales, en que, con discreta jovialidad, cada cual dirige y recibe á su vez ligeras é inofensivas chanzas. Bien conozco que, como rectamente observan los moralistas, no es siempre fácil observar en estos juegos de imaginacion una justa medida, ni contenerse dentro de lo que marcan las leyes de la buena urbanidad. Hay ciertas personas que no saben enfrenar su buen humor, y que, á trueque de hacer reir, no reparan en si ofenden á los demás, y se abandonan sin miramientos á una pendiente que les arrastra las mas veces á una despreciable truhanería.

Hay, por el contrario, ciertos hombres de carácter triste y enojoso, que jamás pueden tomar parte en la mas inocente jovialidad; y si se les dirige una chanza, por inofensiva que sea, la

reciben como un agravio, y la rechazan encolerizados.

Para evitar estos dos extremos, igualmente reprehensibles, será bueno que los niños sean habituados á chancearse unos con otros, en presencia de los padres ó los maestros, que reprimirán la demasiada viveza y acritud que puedan notar en los unos, como la rusticidad é intolerancia en los otros.

Los Lacedemonios comían reunidos y hacían que los niños concurriesen á la mesa, para que tomaran ejemplos de templanza, y fueran testigos de la igualdad de ánimo con que soportaban las chanzas. Los padres de familias, á quienes he recomendado ya el amenizar la comida con su conversacion, podrán aprovechar, á ejemplo de aquellos, esta oportunidad, para formar en sus hijos el hábito de una honesta y grata jovialidad. Pero cuiden también de acostumbrarles á no permitirse jamás esos dichos punzantes que rompen á las veces para siempre antiguas amistades; como á sufrir con cristiana tolerancia las palabras inconsideradas que suelen escaparse á ciertos genios vivos y petulantes.

Creo conveniente advertir, concluyendo este capítulo, que una burla ligera y discreta, oportunamente dirigida, suele curar ciertos defectos mejor y mas pronto que los consejos y largas acriminaciones.

CAPITULO XLII.

De la música.

Me parece que debo colocar en este lugar la música, como una de las recreaciones honestas. Los antiguos filósofos la atribuían una gran influencia sobre las costumbres, pensando que, según su naturaleza grave ó afeminada, inclinaba á la virtud ó al vicio; y los historiadores griegos y romanos nos refieren á cada paso sus maravillosos efectos. No puede desconocerse lo fabuloso de sus narraciones; pero tampoco puede negarse que los aires muelles y voluptuosos, y los cánticos religiosos y graves, acompañados de letras y armonías adecuadas á su género, disponen el espíritu de bien diferente manera. Por eso la santa Iglesia, con profunda sabiduría, no quiere que se admita en los templos otra música que la propia para inspirar devoción, calmar las agitaciones del corazón y elevar más fácilmente las almas á la contemplación de las cosas celestiales.

Los niños deberán tomar y aprender la música como un recreo y de manera que no pueda perjudicar á sus estudios ú ocupaciones; lo cual no significa que deban dejarse de cultivar las buenas disposiciones naturales que alguno descubra. Además han de cuidar los padres de las cualidades, no solo científicas mas también morales, del maestro.

Ayudará notablemente al objeto que se busca en la música el dar pequeños conciertos de familia, en que tomen la parte principal los niños,

y á que serán invitados los amigos de confianza, pero procurando que no tengan otro carácter que una sencilla recreacion, sin preparativos ni pretensiones de ningun género. En lugar de cantar en ellos esas piezas voluptuosas que con tanta facilidad despiertan en el corazon peligrosas sensaciones, se procurará elegir canciones inocentes, y propias para excitar el amor á la virtud (1).

San Felipe de Neri aconsejó á los Padres del Oratorio de Roma la composicion de cánticos piadosos, que pudieran nutrir el espíritu, mantener en las almas el amor diyino, y conservar las puras emociones de la gracia. Quiera Dios, en efecto, que los niños, los artesanos, y sobre todo las jóvenes, aprendan cánticos sencillos, en lugar de esas canciones equívocas y apasionadas que solo sirven para corromper el corazon, y hacer perder á las almas las ideas de virtud y moralidad.

CAPITULO XLIII.

De los peligros á que se halla expuesta la juventud.

No es pequeña empresa el formar tan bien el corazon de un hombre, que solo viva para gloria

(1) A medida que revivan las prácticas de una vida verdaderamente católica, se conocerán mejor todos los inconvenientes y daños de esas canciones, de esos cantos de ópera que ponen en boca de las jóvenes palabras con frecuencia poco adecuadas; me complazco en pensar que las mas veces la inocencia de aquellas no permite que toda esa poesía sensual revele á sus corazonas el triste secreto de las pasiones. (Nota del T. francés.)

de Dios, edificacion de sus conciudadanos y la propia santificacion. Para obtener tan venturoso resultado son precisos no pocos cuidados; por lo cual, poniendo sobre todo la confianza en los divinos auxilios, el padre de familias no cesará de conjurar con su vigilancia y energía los peligros, que se suceden y aumentan á medida que los hijos avanzan en la vida. San Agustin llora con amargura en sus Confesiones los pecados de su juventud: de esa edad que sigue á la infancia, y que comprende desde los catorce á los veintinueve años próximamente. El Santo se lamenta de no haber sido detenido al borde del abismo de la sensualidad por aquellos que solo cuidaban de que hablase correctamente, y de instruirle en los artificios de la elocuencia.

El padre cristiano de familias se mostrará mas vigilante; y habiendo previsto con antelacion las tormentas que van á estallar, en el momento del peligro, su mano vigorosa tendrá fuertemente asido el timon.

Compárase la juventud á una flor delicada en el momento de cuajar, en el que tan fácilmente se destruye la esperanza del fruto que prometia. Los poetas y los filósofos están de acuerdo en pintar al hombre joven violento, arrebatado, apasionado por conseguir lo que anhela, y tan voluble, que luego se cansa de lo que mas ardientemente habia deseado.

Poseidos de un ardor febril, los jóvenes buscan los ejercicios violentos, como la equitacion y la caza; son pródigos, porque no conocen aun el valor de las cosas; sufren con enojo los consejos y las

repreensiones; se dejan engañar fácilmente de quien les alhaga, y semejantes á una blanda cera, se impregnan sin resistencia en el vicio. Buscan la compañía de las personas de su edad, con las cuales contraen pronto amistad, cimentada en el mútuo amor á los placeres y diversiones.

Para concluir esta pintura, debo advertir, con los filósofos, que no tiene la juventud enemigo mas peligroso que la voluptuosidad, y que, asaltada por el vicio carnal, resiste mas difícilmente sus ataques. He aquí el escollo en que la pobre juventud naufraga con mas frecuencia; en que perecen tantos, á quienes la muerte ó la culpable indolencia de los padres deja sin piloto en una travesía tan llena de peligros.

Ello es cierto que, si la adolescencia no ha sido prevenida con una buena educacion, y si el temor de Dios y el amor á la virtud no han echado ya en el corazon del niño algunas raíces, será casi imposible que el jóven triunfe de ese fuego de la sangre, de ese terrible adversario doméstico, contra el cual, segun las palabras de un Santo, es continua la pelea, pero rara la victoria. San Pablo nos advierte tambien que, no cogiendo el hombre sino lo que siembra, el que se abandona á los deseos de la concupiscencia no cojerá otro fruto que la miseria y la muerte eterna.

Si en la infancia, cuando las pasiones están aun en calma, no se acostumbra el hombre á llevar el yugo de la disciplina; ¿qué podrá esperarse de las edades que la siguen, en que, mas vigorizado el cuerpo, será excitado con mayor fuerza y por mas poderosos estímulos? La licencia, el desór-

den: entónces aparecerán en toda su deformidad esos vicios que tienen un largo origen, y que proceden con harta frecuencia de la mala educacion.

Para evitarlo, el padre cristiano de familias rodea desde la cuna los hijos confiados á su guarda de asiduos y vigilantes cuidados; trabaja desde muy á los principios en desarrollar la virtud en esas plantas delicadas y preciosas que debe criar, y puede con esto esperar, Dios mediante, que tiene vencidos los principales obstáculos. Pero que no se duerma en una falsa confianza, pues el hombre enemigo, de que nos habla la parábola evangélica, trabaja cuanto puede para sembrar la cizaña en medio del trigo. Permanezca siempre alerta, y, á los medios generales que su prudencia le ha sugerido, añada los que reclamen las circunstancias de cada dia y las nuevas necesidades.

CAPITULO XLIV.

De la perseverancia en los ejercicios de piedad, y de la firmeza en conservar la autoridad paterna.

Puesto que los peligros que amenazan á la adolescencia son tan graves y multiplicados, es preciso, en primer lugar, que los ejercicios de piedad cristiana, iniciados en la infancia, lejos de ser abandonados, se continúen por los jóvenes aun con mayor exactitud. Mas desarrollado su espíritu, y mas capaces de conocer á Dios, justo será que le testifiquen mayor amor, y que observen mejor sus mandamientos. Para ello seguirán frecuentando los Sacramentos, que nos unen á Dios y nos

dan gracia y fortaleza para resistir á las tentaciones. Sus almas encontrarán en estos divinos raudales un agua saludable con qué templar su sed, que en vano buscarían en la emponzoñada fuente de los placeres.

En ninguna época de la vida son mas útiles, mas indispensables, los consejos de un confesor instruido. Soldado todavía inexperto en la guerra contra los vicios, el jóven tendrá un veterano de la milicia de Jesucristo á quien referir sus luchas y esfuerzos, y de quien recibirá mil saludables avisos. No solo se someterá humildemente á la conducta de este padre espiritual y experto maestro en el tribunal de la penitencia, sinó que tendrá con él piadosas conferencias, le reclamará el auxilio de sus luces, y le pedirá sus oraciones; seguro de salir siempre mas fortalecido y con un nuevo espíritu de estas entrevistas, tan gratas á los ojos de Dios.

Es preciso cuidar de que no pasen las épocas marcadas para confesar (¡cuán ventajoso sería que fuera semanalmente!) sin que los jóvenes vayan á buscar el hábil piloto que les ha de hacer atravesar sin lesion por medio de las encrespadas olas de las tentaciones, y que les dará, en la Sagrada Eucaristia, las armas mas poderosas contra los ataques de la infernal serpiente y los asaltos de la carne.

Recomiendo de la misma manera la perseverancia en los demás ejercicios de piedad cristiana, como la concurrencia á los divinos oficios, la asistencia á los sermones, la frecuente oracion y la lectura espiritual. Los buenos libros son como

un aceite que se deposita en el vaso del corazón, para que en él se mantenga el calor de la devoción y la llama del amor divino.

Todas estas cosas no son menos necesarias para conservar la vida del alma y el vigor espiritual; que los son, los alimentos materiales para sustentar la vida y las fuerzas corporales.

Aconsejo, además, á los padres de familias que cuiden de mantener su autoridad y dignidad, de modo que nunca sus hijos, de cualquiera edad que sean, puedan juzgarse dispensados de la obediencia y respeto que les deben. No es esto decir que deberán tratar á los jóvenes de la misma manera que á los niños; con gran prudencia y discrecion han de templar la severidad, para que pueda tener entrada el cariño, pero no llevando tan allá la indulgencia, que destruya el temor reverencial, cuyo freno saludable debe ser conservado con solícitud y firmeza.

CAPITULO XLV.

Daños que causan á los jóvenes las malas compañías.

Cuanto mas dispuesta se halla la juventud á relacionarse y contraer amistades, tanto es de temer que su inexperiencia le ligue á esos jóvenes corrompidos que buscan con empeño cómplices en sus desórdenes, ó cándidos á quien despojar de cuanto tienen. Estos seres desmoralizados son diestros para captarse la voluntad de los crédulos y sencillos; estudian los gustos y las inclinaciones

de sus víctimas, y alhagando sus pasiones favoritas, saben arrastrarles con ellos á todos los desórdenes.

San Agustin, en sus Confesiones, deplora largamente las heridas que recibió su alma de las malas compañías de que se habia rodeado. Refiere que habia llegado á tal exceso de ceguedad, que se avergonzaba de ser menos malo que sus perversos amigos, y se vanagloriaba en su presencia de faltas que no habia cometido, cuya relacion inventaba para que no le tuvieran por mas inocente y casto. Y manifestando despues un hurto nocturno ejecutado por él y sus compañeros, y en que ni aun hubiera pensado á estar solo, aquel gran Santo exclama diciendo: « ¡Oh amistades funestas de la juventud, fuente de seduccion para las almas, depravada intencion de causar daño á los demás, que nace de la embriaguez de sus juegos desordenados! Sin provecho ninguno, sin motivo de resentimiento, basta que diga uno: *Vamos, hagamos esto*, para que todos concurren, y no hay uno que se avergüence de haber perdido la vergüenza.»

Hablando tambien las Sagradas Escrituras de las malas compañías, compara sus efectos á los de la pez, con la cual no pueden menos de mancharse cuantos la tocan. Simil bien propio para significar la funesta influencia que las malas amistades ejercen sobre nuestro corazon.

¡Quiera Dios que los padres puedan impedir, y mejor prevenir con una esmerada solicitud toda relacion sospechosa! ¡Haga su misericordia que consigan imprimir en el alma de sus hijos estos

saludables consejos que la Sabiduría da en el libro de los Proverbios á la juventud !

« Hijo mio , dice , si te alhagaren los pecadores , no condesciendas con ellos. »

« Hijo mio , no andes con ellos , veda tu pié de las veredas de ellos. Porque los pies de ellos á lo malo corren , y van apresurados á derramar sangre. »

« Porque no duermen , si antes no han hecho mal , y el sueño es arrebatado de ellos , si no han armado alguna zancadilla. Comen el pan de la impiedad , y beben el vino de la maldad. »

« Hijo mio , escucha mis palabras , é inclina tu oreja á mis dichos. No se aparten de tus ojos , guárdalos en medio de tu corazon : porque vida son para los que los hallan , y sanidad para toda carne. »

« Guarda tu corazon con toda custodia , porque de él procede la vida. Aparta de ti la lengua maligna , y los labios que desacreditan , lejos sean de ti. Tus ojos vean cosas derechas , y tus párpados vayan delante de tus pasos. »

CAPITULO XLVI.

Provecho de las buenas compañías y de los amigos virtuosos.

Como las Santas Escrituras nos marcan los peligros que se hallan en las malas compañías , haciéndonos ver en ellas una ocasion próxima de caer en el pecado ; así tambien nos manifiestan que , las relaciones con personas virtuosas , son un

medio eficaz de impregnarnos en su piedad y buenos hábitos. « El que anda con sábios, dice Salomon, sabio será. » Aun el adagio vulgar nos advierte que, para conocer la conducta de una persona, basta saber quiénes son sus amigos: Dime con quien andas, te diré quien eres.

No es posible vivir solo, todos tenemos necesidad de los consejos de un amigo, de los servicios de la familia, del auxilio de los extraños; pero; cuánta solicitud es preciso interponer para no admitir á nuestro alrededor mas que personas honradas y temerosas de Dios! Feliz la casa en que solo habitan gentes virtuosas, y á la cual se pueden aplicar estas palabras de David: « El que andaba en camino sin mancilla, ese me servía! »

Vemos en el Génesis que por causa de Josef, esclavo en país extraño, bendecía y multiplicaba Dios las riquezas de Putiphar, su señor. ¡ Dichosos los pueblos que abrigan en su recinto gran número de almas santas! El mundo las desconoce, y las estima en poco durante la prosperidad; pero Dios permite que sobrevengan dias de calamidad para la tierra, y entónces se revela cuánto valen aquellos humildes siervos del Señor. Si se comprendiera cuánto es su precio á los ojos del Altísimo, y su influencia en bien del país, no se perdonarian expensas para procurarse tan rico tesoro. Recordemos que, si en Sodoma y Gomorra se hubieran hallado solos diez justos, por amor á estos no hubiera el Señor destruido aquellas nefandas ciudades.

No se inculcará nunca demasiado cuán afortunadas y benditas son las amistades contraídas con

las personas verdaderamente cristianas, la virtud es su fundamento, la caridad estrecha sus lazos, y no son de temer en ellas el vil interés y el capricho. Salomon nos lo dejó consignado en el Eclesiástico por estas bellas palabras: « El amigo fiel es una defensa fuerte, y el que le halló, halló un tesoro. Nada hay comparable al amigo fiel, y no es digno el oro ni la plata de ponerse en balanza con la bondad de la fé de él. El amigo fiel es un medicamento de la vida y de la inmortalidad; y los que temen al Señor le hallarán. »

Estas expresiones del sábio nos descubren las ventajas de la verdadera amistad, y nos enseñan que ella es un don de Dios, reservado á los que le sirven y viven en su santo temor. Por eso generalmente los hombres, y con especialidad los poderosos del mundo, se hacen una ilusion cuando imaginan que tienen muchos amigos; sin apercibirse de que no les rodean, de ordinario, sino vilés aduladores y ambiciosos, que solo aspiran con sus obsequios á medrar en sus empleos y fortuna. Que baje del poder el hombre á quien ofrécian inciensos, y pronto les verá desaparecer, para ir á quemarlos ante su sucesor. Siglos hace que lo advertia el poeta, diciendo:

Cuenta en la prosperidad
 Con amigos decididos;
 Pero dálos por perdidos
 Si asoma la adversidad.

CAPITULO XLVII.

De las relaciones de los niños con los amigos de la familia.

El concurso de amigos fieles y virtuosos puede ser de gran utilidad en la difícil empresa de la buena educación de los hijos. Ellos serán muchas veces un conducto eficaz para dar á los niños y jóvenes consejos y hacerles reprimendas, que tal vez no fueran tan bien acogidas si vinieran directamente de los padres, ó que no tuvieran tanta fuerza en sus labios.

No faltará quien juzgue qué rara vez podrá ser ventajoso este concurso de los amigos de los padres, porque, habiendo de ser ya personas de cierta edad y representación, no parece dable que se concilien el cariño y la atención de la juventud. Sin embargo, se nota con frecuencia que los niños, lejos de huir la compañía de los ancianos, la prefieren á la de otros de su edad, cediendo al atractivo que dan á los años una dulce calma y una tierna indulgencia.

Ignorante aun de las cosas de la vida, y anhelando por saber y conocerlo todo, la juventud escucha con gusto las extensas relaciones de un hombre á quien rodean de cierto prestigio sus años, su experiencia y su blanca cabellera. Las conversaciones de los jóvenes entre sí no les procuran mas que un placer frívolo y pasajero, mientras que siempre reportan fruto de sus conferencias con los ancianos entendidos. Ya una historia

instructiva enriquece su memoria ; ya recibe un consejo lleno de prudencia , que ha de servir mas tarde para la buena direccion de su conducta ; ya un aviso discreto y oportuno , que les previene contra un error ó ciertas faltas. Cuando un anciano ha permanecido fiel á la virtud y al estudio , ¡qué juicio en sus observaciones , qué rectitud en sus sentencias , qué finura y exactitud en su crítica !

Por gozar de este tesoro acumulado con los años , un jóven de buenas disposiciones naturales abandona con gusto la compañía de sus iguales , porque no hay placeres mas nobles , mas vivos , ni de mayor atractivo que los de la inteligencia y el espíritu , en tanto que los vicios no han hecho al alma incapaz de gustarlos.

Tales han de ser los amigos de que un padre de familias debe rodearse. Justos , rectos y temerosos de Dios , ellos dirigirán á los niños por el camino de la honradez ; ellos sostendrán su marcha en el sendero de las virtudes y de la piedad cristiana , y serán una parte preciosa de la herencia que los padres podrán un dia trasmitirles.

CAPITULO XLVIII.

De las relaciones de amistad entre jóvenes de la misma edad.

La juventud es pronta en contraer amistades , y estos lazos que comienzan en la primavera de la vida , favorecidos por la semejanza de gustos é inclinaciones , y sostenidos por los buenos oficios

recíprocos, se acrecientan de ordinario con los años, haciéndose cada dia mas estrechos y gratos. No pretendo yo que se prohiban á las jóvenes tales amistades; pero exijo que se ponga gran cuidado en conocer á las personas con quienes las contraen. Pues aunque las relaciones comunes de la infancia de suyo han de ser causa de cierta confianza entre los hombres que pertenecen á una misma generacion, y es favorable para que haya buena armonía entre ellos, las amistades de los primeros años no deben intimarse y conservar toda su fuerza mas que con un reducido número de compañeros escojidos.

Si entre ellos existen algunos de probada buena conducta, cuyas costumbres no estén corrompidas, y en quienes se haya conservado el temor de Dios, estos serán los que deberán ser buscados para íntimos y constantes amigos. Su compañía no podrá sinó encaminar al bien, al respeto á los padres y al ejercicio de las prácticas cristianas.

Pero cualquiera que sea la confianza que merezcan á los padres los amigos de sus hijos, la prudencia les aconseja que no deben absolutamente descansar en la buena opinion que hayan concebido; y, aunque evitando el caer en una excesiva desconfianza, no cesarán de velar, procurando conocer á fondo la índole de aquellas relaciones. Estudiarán y observarán su influencia, preguntarán, como por pasatiempo á sus mismos hijos, y dando á entender que desean conocer sus actos por alabarlos mas que por temor de hallar cosa digna de reprehension, harán comprender que no se duermen, y que nada puede ocultarse á su vigilancia.

CAPITULO LXIX.

Deberes que impone la amistad.

Aunque en la sociedad civil, y sobre todo en la sociedad cristiana, todos debemos ser amigos, damos, sin embargo, este nombre á un reducido número de personas á quien estamos ligados con una afeccion mas especial y estrecha. Si la honradez, el amor á la virtud y la caridad cristiana son el fundamento de tales relaciones; encuéntranse en ellas los caractéres de la verdadera amistad, pues no es posible caracterizar de tales aquellas que se fundan en solo el interés ó el placer. Estas no son mas que fantasmas de amistad, en que los deseos de satisfacer sus pasiones y el egoismo son de ordinario su móvil y objeto casi exclusivo. Los verdaderos amigos no se proponen su bien único, se aman en Dios, se alientan mutuamente en el camino de la virtud, y se auxilian en sus necesidades espirituales y temporales.

La amistad crea entre aquellos que une cierta especie de igualdad; por eso la vemos nacer por lo comun entre personas de la misma condicion. Si los hábitos é inclinaciones son distintos, si el rango es notablemente diverso, la amistad dificilmente se contrae, y es de bien poca duracion. Pero ¡cuán amable, cuán grata y duradera es cuando los amigos no tienen mas que una sola mira, un mismo modo de ver y juzgar las cosas, iguales ideas, la misma voluntad é idénticas simpatias!

No me detendré á detallar los deberes que impone la amistad; el corazón de los amigos cristianos no tiene necesidad de que se le instruya en ellos. Bien sabe que debe ser constante; que las adversidades no han de resfriarla; que ha de ser pronta para prodigar los consuelos y el socorro; que ha de hacer comunes los gustos y las penas; que no debe descubrir los secretos que se le confían; que ha de ser fiel, y que sus consejos deben ser siempre leales y sinceros. Un amigo es otro yo; y estándonos mandado el que amemos á los prójimos como á nosotros mismos, ¿cuál deberá ser nuestro amor á los amigos?

Al padre de familias corresponde dar en esto, como en todo, ejemplo á sus hijos, enseñándoles á la vez los frutos preciosos de una sólida y cristiana amistad, el modo de conseguir tan rico tesoro, y la manera de conservarle.

CAPITULO I.

De la ociosidad, y cuán preciso es huirla.

La importancia de las materias tocadas en los capítulos precedentes me ha llevado á digresiones que juzgué necesarias; ahora, para no dejar incompleta la enumeracion de los males á que se halla expuesta la juventud, voy á ocuparme del mas temible de todos ellos: la ociosidad. En el libro segundo hice ya ciertas indicaciones, pero no creo que con ellas he recomendado suficientemente á los padres la vigilancia contra esta primera raiz y alimento constante de todos los vicios.

Las Sagradas Escrituras nos advierten que la ociosidad enseña muchos vicios, y que los vanos y perniciosos deseos de que se llena el corazón del perezoso le originan la muerte.

¿No enseña una constante experiencia que las gentes ociosas son el azote de los pueblos y de los Estados?

¿Cuántos, siendo pobres, no prefieren á trabajar el andar vagabundos mendigando de lugar en lugar y de puerta en puerta? ¿Cuántos, después de disipar su patrimonio en el juego y los desórdenes, no se dán á buscar en el hurto nuevos bienes, sin retroceder en el camino del crimen con tal que los consigan? La holgazanería es la que produce esos hombres turbulentos, inquietos, agitados, enemigos del orden y de la tranquilidad pública, prestos á tomar una parte activa en las discordias civiles; esos corruptores de la juventud, maestros y propagadores de los vicios, á quien los Gobiernos deben vigilar, reprimiendo sus desmanes con mano vigorosa y fuerte.

Acaso se me objetará que la ociosidad no tiene de ordinario tan funestas consecuencias en las personas bien acomodadas, pero, aun cuando así sea, preciso es conocer que su modo de proceder les conduce á su ruina, y que, cuando no llegue á consumarla, por lo menos les hace pasar días bien inútiles. ¿No es vergonzoso para un hombre favorecido con los dones del espíritu y de la fortuna el ocuparse solo de seguir los caprichos de la moda, el no pensar sino en buscar manjares delicados, y el consumir la vida en fútiles diversiones? Como si el hombre, á la ma-

ñera de los animales, no hubiera nacido mas que para comer, y no para obrar virtuosamente y ser útil á los demás, como lo dictan las luces de la razon, y nos lo enseña la fé.

Es, por otra parte, imposible prometerse al fin de una existencia enteramente sensual y voluptuosa conseguir la Gloria, diciéndonos el Apóstol que no será coronado sinó el que combate legitimamente.

Ni el rango, ni el nacimiento, ni las riquezas, pueden excusar á los ojos de un padre la vagancia de sus hijos. Que mire á su alrededor y verá que todo en la naturaleza está lleno de actividad; desde los ástros del firmamento hasta los mas pequeños insectos nada está sin ocupacion. El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar: tal es la sentencia consignada en los Sagrados Libros; y no sería justo que se gozase de lo que trabajan los demás, cuando ninguna parte se toma con ellos. El que no quiere trabajar, escribía san Pablo, que no coma. En concepto de hombres y de cristianos todos debemos cooperar al bienestar de la sociedad y de la patria; y cada uno, en el puesto designado por la Providencia, está obligado á procurar que fructifiquen los talentos que le ha confiado el Padre celestial, si quiere recibir un dia en las mansiones eternas la recompensa de su fiel administracion.

CAPITULO LI.

Cómo se ha de velar sobre las jóvenes, y hacerlas emplear bien el tiempo.

Pudiera ceñirme á repetir aquí que mis consejos, encaminados generalmente á la educacion de los jóvenes, eran aplicables hasta cierto punto, y salvas algunas excepciones, á la de las jóvenes. Pero, considerando que nada es mas precioso que su honor; que debe por lo mismo, ponérsele al abrigo de la mas ligera sospecha, y que sus mas seguros guardianes, además de la virtud, son la vigilancia y una constante y honesta ocupacion, he creido que debia consagrarlas un capítulo especial. Pudiera tambien temer que los padres se creyesen dispensados de velar con tanta solicitud sobre sus hijas, por la circunstancia de que, interin permanecen solteras, nunca se aparten de su lado, á menos de ir en compañía de una persona fiel. Y respecto al buen empleo del tiempo, desde luego comprendia que, respecto á ellas, no podria el padre hacer aplicacion práctica de lo que diré despues con relacion á las diversas ocupaciones y carreras que la sociedad ofrece á los jóvenes.

Ante todo, y como una circunstancia precisa sin la cual poco adelantarian, que los padres vealen sobre sí mismos.

¿Tienes tú hijas? dice el Eclesiástico, guarda sus cuerpos, y no las muestres rostro placentero. Este segundo aviso dá el Sabio á los padres de

familia para que no degenera su indulgencia en debilidad; para que no se pierda en las hijas el temor reverencial que deben siempre tenerles; para que una excesiva familiaridad no aminore los hábitos de modestia y encogimiento, que son como un antemural de la virtud. Una gravedad prudente, un cariño sin demostraciones exageradas, son los caracteres del amor que un padre cristiano debe profesar á sus hijas.

Una madre solícita no sufrirá que se introduzcan en su casa con ningun pretexto, por plausible que parezca, personas cuyas buenas costumbres no la sean bien conocidas. Los enemigos de nuestra salvacion no desaprovechan coyuntura de tendernos sus lazos, y, cuando se trata de intereses tan preciosos, bien podemos, sin faltar á la caridad, no fiarnos ciegamente de los que nos rodean, y estar siempre con vigilancia, observándolo todo.

Las madres de familias procurarán que sus hijas sean perseverantes en los ejercicios de piedad y devocion, y celarán para conocer si los practican con gusto, con tibieza ó con aversion. Notarán su aficion al lujo, la propension excesiva por seguir la moda y el demasiado tiempo y cuidado que gastan en sus adornos. No sufrarán que se acostumbren á estar continuamente asomándose á las ventanas, observando cuanto pasa. Cuidarán, por fin, de apartarlas de los espectáculos y paseos públicos, á que de ordinario no se concurre mas que por ostentacion y vanidad.

A las madres de familias corresponde tambien arreglar una buena distribucion del tiempo, habi-

tuando á sus hijas , cualquiera que sea su posicion social , á no avergonzarse de manejar la aguja y el huso , y á ocuparse de las labores y quehaceres propios de su séxo. Las mas nobles damas romanas miraban como una cosa honrosa para ellas las ocupaciones domésticas ; la Sagrada Escritura las ensalza en la mujer fuerte , y aquella que sobrepaja en grandeza y virtud á las criaturas todas, la Santísima Virgen , la Madre de Dios , no se desdénó de entregarse á ellas. Dichosas las jóvenes que se complacen en hacer sus vestidos ; en conservar los de la familia ; que se ocupan en la educacion de sus hermanos ó hermanas menores , y que incesantemente se dedican á ocupaciones útiles. Nada mas ventajoso para el bien de sus almas y su salud corporal que huir de la ociosidad ; y esa vida siempre activa que proporciona á la sociedad mujeres de un vigor enteramente cristiano , por cuyo medio se trasmitan á la posteridad las religiosas tradiciones de nuestros antepasados.

CAPITULO LII.

De la utilidad de los labradores y artesanos, y de cómo deben estos vivir contentos con su estado.

Llegado casi al término que me propuse , tiempo es ya de ocuparme de los diversos estados á que pueden ser dedicados los jóvenes. Para concebir una justa idea de todos ellos , menos ha de considerárseles aislados y en sí mismos , que con relacion á la utilidad y ventajas que proporcionan á la sociedad.

Esta es como un cuerpo, cuyos miembros, encargados de funciones mas ó menos elevadas, las cumplen sin dañarse los unos á los otros, concurriendo todos por diversos medios á la conservacion de la vida. La sociedad necesita magistrados y personas encargadas de la direccion de los negocios públicos; pero no pudiera sostenerse sin hombres entregados á los trabajos agricolas, que arrancan sus tesoros á la tierra, que la cubren de ganados, y que sufragan incesantemente á las variadas necesidades del alimento y el vestido. Preciso es tambien que haya artesanos, capaces de preparar las primeras materias é instrumentos para los diversos oficios, de tejer las telas, hacer los vestidos, construir los edificios, acomodar á nuestros usos los productos brutos que proporciona la agricultura, y practicar todas esas artes mecánicas sin las cuales no pudieramos gozar de las ventajas de la vida social; expuestos como estaríamos sin abrigo á las injurias de los temporales, á los ataques de los animales y á las violencias, no menos dañosas, de los ladrones y asesinos.

Siendo esto asi; si cada estado, por humilde que se presente á los ojos de una ciega muchedumbre, contribuye por su parte á la conservacion de la sociedad; ¿no es esto suficiente razon para que los hombres, á quienes ha colocado la Providencia en condiciones obscuras, deban vivir contentos con su suerte, sin envidiar á los que ocupan en la escala social un rango mas elevado? Las riquezas, es verdad, no penetrarán probablemente jamás en sus moradas; pero la fé les dice que prefieran la pobreza. Ella les enseña que los

tesoros de la gracia, harto mas preciosos que la plata y el oro, son patrimonio de todos los hijos de Dios sin excepcion de clases. Los Sacramentos han sido instituidos para el pobre lo mismo que para el rico; como los ricos han sido los pobres adoptados por Dios, y unos y otros tienen igual derecho á la herencia del Cielo, si viven cristianamente. Y aun llevan ventaja los pobres, dicen los Santos, porque la pobreza sirve mucho para conseguir las virtudes, y por consiguiente la eterna bienaventuranza.

Ha querido Dios, en su infinita sabiduria, que todas estas diferencias, estas variedades de pobreza y riqueza, de ciencia é ignorancia, de fuerza y debilidad, existiesen entre los hombres, á fin de unirles por los lazos del mútuo afecto y de los buenos oficios reciprocos, viendo que ninguno se basta á sí mismo, y que todos tenemos necesidad de la ayuda y de los servicios de los demás.

Que no se figuren tampoco los pobres que los ricos y poderosos llevan siempre una vida descansada y feliz. No, con frecuencia esos pretendidos dichosos del mundo viven agitados por las inquietudes y zozobras, abrumados de trabajo y de cuidados, ú oprimidos bajo el peso de los cargos públicos ó vastas empresas que han de dirigir.

Los ricos, por su parte, deben proteger cuanto puedan á los pobres, y considerarles como sus hijos. La caridad cristiana les impone esta obligacion; porque formando todos un solo cuerpo en Jesucristo, es preciso que los miembros se auxilien mútuamente. Si la cabeza dirige á los pies, tambien estos soportan el peso de aquella, y es

por lo mismo justo que la cabeza baje sus ojos á los pies con una mirada compasiva, cuando sufren, y cuando por servirla tropiezan en las piedras del camino.

Lugar es aquí de recomendar á los padres que no permitan á sus hijos esas palabras de desprecio con que suelen ridiculizarse ciertas profesiones; y que les hagan ver ser propio de personas mal educadas el grosero placer de burlarse de los pobres aldeanos, que vienen á traer á las ciudades los tesoros del campo y el fruto de sus penosas labores.

CAPITULO LIII.

Cuidado que han de tener los padres pobres de que sus hijos aprendan algun arte ú oficio.

Desde que los niños entran en la edad de poder trabajar, es preciso, segun la antigua sentencia, que se acostumbren á comer el pan con el sudor de su rostro. La condicion de los padres, la inclinacion y la robustez del niño servirán de base para decidir si han de ser dedicados al cultivo de la tierra y á los diversos trabajos del campo, ó al ejercicio de las artes é industrias, que con mas generalidad se hallan en las ciudades. El conocimiento de las artes y oficios mecánicos exige aplicacion, tiempo y práctica, y por lo mismo los padres no deben diferir el aprendizaje de sus hijos. Para ello buscarán un buen maestro, y entiendo por tal, no solo al hombre diestro en su arte, sinó todavia mas al cristiano de buena reputacion y costumbres, en cuyo taller no se apren-

den la blasfemia y otras malas palabras, ni se contraen malos hábitos. Procuren los padres que no pierdan sus hijos en los talleres las piadosas tradiciones de la casa paterna; para lo cual quisiera que, á ser posible, pernocten en ella, á fin de que gozasen por mas tiempo de la saludable influencia de la familia.

Un padre cristiano les recordará con frecuencia cuánto importa temer, obedecer y no ofender á Dios; y les repetirá que podemos agradarle y servirle en todos los estados, por humildes que parezcan, llenando exactamente nuestras obligaciones, y viviendo cristianamente.

Los jóvenes aprendices tienen necesidad de que se les recuerde á menudo el no abandonar los ejercicios piadosos. Encomendarse á Dios luego que se levantan; ofrecerle los pensamientos y palabras, las acciones y penalidades del día, pidiéndole su ayuda para las necesidades de alma y cuerpo, y elevándose á él aunque sea con sola una aspiración ó un suspiro; practicar algun acto especial de devoción á la Santísima Virgen, al Angel de su guarda y á los Santos de su nombre y devoción; santificar los domingos y días festivos; frecuentar los sacramentos; reunirse á buenas compañías: todo esto debo suponer que lo han practicado desde la infancia, y esto es lo que han de conservar; quiera el Señor que así sea (1)!

(1) «Las piadosas asociaciones de patrocinio, dice el traductor francés, establecidas en muchos puntos, ofrecen á los aprendices preciosos recursos para conservar los hábitos de virtud y devoción.» Tenemos una idea, bien que no precisa, de que

Es preciso inspirar tambien en el ánimo de los jóvenes aprendices un gran horror á esos fraudes que con frecuencia se permiten á artesanos faltos de probidad; sin envidiar jamás un lucro que reprueba la conciencia. Parece que á las veces no mira Dios los medios con que prosperan los malos; es que espera su conversion, dándoles tiempo para restituir lo mal adquirido. Pero tiemblen, porque su justicia no dejará de castigarlos en la otra vida, y aun no pocas veces en esta: no es tan infrecuente ver disipadas en un momento riquezas acumuladas durante muchos años por medios ilícitos.

Por el contrario, la Providencia dispone casi siempre que sean buscados con empeño los artesanos conocidos por hombres de bien, y que no sea infructuoso su trabajo. Dios bendice los sudores que no tienen por objeto el codicioso deseo de aglomerar riquezas ó satisfacer las malas pasiones. Y aun cuando sus esfuerzos no lleguen á desterrar la pobreza de su humilde morada, un obrero cristiano sabrá consolarse recordando que las penalidades de la vida tienen señalada una recompensa en el Cielo, y meditando estas bellas palabras del santo anciano Tobías á su hijo: «No temas, hijo mio: es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y nos apartáremos del pecado, é hiciéremos el bien.»

tan caritativa institucion se ha planteado en alguna ciudad de España. Haga Dios que prospere y se estienda por todas, y con especialidad á los centros manufactureros, en que hacen no poca falta. (N. del T.)

CAPITULO LIV.

De la carrera del comercio.

La naturaleza misma, con el desigual repartimiento que hace de sus dones entre los diversos países de la tierra, dió su origen al comercio. En un principio los hombres compensaban aquella desigualdad de las cosas necesarias á la vida por medio de cambios; pero la invención de la moneda facilitó luego las transacciones, estableciendo como una medida comun y mas cierta del valor de los objetos.

No se puede negar la utilidad del comercio, que, trasportando á regiones menos favorecidas las riquezas de que abunda un país, toma de aquellas los productos que no tiene y necesita este. Hay tambien otra especie de comercio menos natural y mas facticio, por decirlo así, que consiste en traficar con el dinero mismo, multiplicándole por el cambio y otros mil medios que no puedo detenerme á enumerar.

Pero, de cualquiera manera que se haga el comercio, debo advertir á los que se dedican á esta profesion, aun con mas fuerte razon que á los artesanos, que no se olviden nunca de los divinos preceptos, y se propongan la salvacion eterna como su objeto principal y último fin. Y digo con mas fuerte razon, porque las ocasiones de culpa son para ellos mas frecuentes y multiplicadas, pues el deseo de acrecentar su caudal, que suele dominarles, les arrastrará á su perdicion si no se

habituán á contenerle dentro de sus justos límites.

Es preciso que los comerciantes se propongan ser útiles á su país; que se contenten con una moderada ganancia; que no se aprovechen de las calamidades públicas, realizando monopolios odiosos, haciendo nacer la carestia de los artículos, y vendiendo á un precio excesivo; que no alteren las cualidades de las mercancías, y que no sean el azote de sus conciudadanos, nutriéndose de la sustancia del pobre y arruinándole con la usura. ¡Desgraciados esos negociantes enriquecidos por el fraude; esos prestamistas sin entrañas que, por unas riquezas perecederas, venden al demonio sus almas, olvidando que Jesucristo las redimió con el precio infinito de su sangre! Es verdad que saben paliar para con el mundo sus culpables artificios con especiosos pretextos, pero su malicia no puede ocultarse á los ojos de Dios.

Padres de familias, si vuestros hijos se dedican á la carrera del comercio, cuidad de advertirles sus escollos; haceldes comprender que la principal negociacion del cristiano está en conseguir la posesion de la Gloria, y en obtener el tesoro de la caridad, de la cual nos ha dicho el mismo Dios: «Yo te aconsejo que compres de mí oro afinado en fuego, para que seas rico.»

CAPITULO LV.

De las felices disposiciones que para el estudio de las ciencias suelen descubrir jóvenes pobres, y que deben ser auxiliadas.

Cuando advertí antes á los padres pobres que dedicaran sus hijos á un arte ú oficio honesto, contentándose con darles la primera instruccion, tuve presente los mayores gastos que les originaria el procurarles conocimientos mas extensos, y la comun aptitud de los niños, mas capaces en lo general para las artes que para el estudio de las ciencias; pero no he pretendido con eso establecer una regla fija, invariable y sin excepcion. La naturaleza nos presenta flores en terrenos al parecer áridos; y la esperiencia nos muestra grandes ingenios que, salidos de las clases mas humildes de la sociedad, han debido á una cultura solícita el que se desarrollen las dotes que la naturaleza les habia prodigado.

Al padre de familias corresponde observar con atencion y empeño los talentos y las inclinaciones de sus hijos. Y como, si muestran conocida disposicion para las artes, no debe detenerse y ha de colocarles bajo la direccion de un buen maestro; de la misma manera, si anuncian un entendimiento despejado y prometen hacer adelantos en el estudio de las letras, es preciso que no ahoguen aquel gérmen, y que procuren su desarrollo.

No es difícil asegurarse de las esperanzas que

un niño puede prometer; el genio es un fuego que nunca deja de arrojar algunos destellos. La prontitud en acudir á la escuela, una memoria feliz, una comprension pronta, el amor al estudio, el deseo de aprender, el gusto en escuchar á personas doctas, la propension á reproducir los discursos que oyeron y las lecciones del maestro, la aficion á leer, escribir y componer, la aversion á los trabajos mecánicos, son otros tantos indicios de una buena inteligencia.

Y si estos pronósticos pudieran pasar desapercibidos á los ojos de un padre de pocos conocimientos, ó absorbido en los trabajos de una ruda profesion, no dejaran de hacerse notar de un maestro instruido y atento, y de llamar la atencion de algun hombre docto y piadoso, que se complacera en auxiliar á una familia pobre, para que la sean menos gravosos los gastos de una larga carrera. Gracias á su caritativo concurso, el jóven podrá recibir en los establecimientos públicos una instruccion que ceda en beneficio y gloria de la patria; cuando la hubiera sido aquel tal vez perjudicial é inútil siempre á su familia, si los padres, desmayados por sus cortos recursos, y poco confiados en la Providencia, que jamas niega sus auxilios á los que secundan con sinceridad sus disposiciones, hubieran temido cultivar aquella rica planta.

CAPITULO LVI.

De los estudios públicos y sus peligros.

Despues de haber hablado de las artes, agricultura y comercio, voy á ocuparme de las car-

reras literarias, tratando ante todo, y como por via de introduccion, de los estudios públicos.

Desde siglos atrás los Principes y los Gobiernos han procurado, aun á costa de grandes expensas, sostener en varios puntos de sus dominios un número de personas consumadas en las ciencias, á donde pueda concurrir de todas partes la juventud á escuchar sus lecciones. Solicitud verdaderamente digna de alabanza, y que han favorecido siempre los Sumos Pontífices, enriqueciendo con sus privilegios á las Universidades, á los escolares que las frecuentan y aun á las ciudades que las abrigan en su seno. Nada merece, con efecto, tanto la munificencia de los poderes públicos como esos asilos literarios en que la juventud es iniciada en todos los conocimientos humanos, y la educacion sería ciertamente completa en ellas, si las buenas costumbres fueran siempre objeto de una constante y asidua vigilancia. Pero, desgraciadamente, suele suceder que son lugares de licencia; parece que la modestia y encogimiento de las primeras escuelas y de la casa paterna no puede aparecer en ellos, y que el espíritu de libertinaje tiene el derecho de mostrarse á cara descubierta. Con frecuencia se pasa el tiempo allí en las diversiones, en la vagancia, en la satisfaccion de los apetitos, y aun tal vez en turbar el buen orden de las clases y hacer inútiles para todos las explicaciones de los maestros.

No faltan personas que hacen poco aprecio de los excesos de una impetuosa juventud, mirándolos como una cosa indiferente y tal vez como un medio de calmar el fuego de la edad; pero la

experiencia tiene demostrado que la mucha licencia no conduce mas que á mucho mal. Por eso no es extraño, en verdad, que un gran número de jóvenes, reunidos en un mismo punto, alejados de sus familias, expuestos á mil ocasiones de caer, abandonados sin guía ni consejo á las sugerencias de malas compañías, se entreguen á todos los desórdenes. Por eso vuelven tantos á la casa paterna mas instruidos, mas doctos, con maneras mas cortesanias, pero, ¡ah! bien menos buenos, con menos piedad, llenos de amor propio y ambicion, y frecuentemente ligados con las cadenas de las mas vergonzosas pasiones.

Refiere san Agustin, en el libro de sus Confesiones, que, deseando su padre que se perfeccionara en el estudio de la elocuencia, le mandó, haciendo grandes sacrificios, á Cartago, en donde florecian por entónces las ciencias. Apenas llegó á esta ciudad, empleó la libertad que allí gozaba en ligarse con vergonzosos amores; se dejó arrastrar de una violenta pasion á los espectáculos, que le ofrecian continuamente imágenes de sus propias miserias, y alimentaban el fuego que le consumia; y preparándose á los debates del foro, la superioridad que gozaba en las cátedras de retórica, le llenaban de presuncion y de orgullosa vanagloria.

Ciego su corazon por la vanidad, se hizo incapaz de gustar las verdades de los Libros Sagrados, y mirándolos con desden, se entregó al estudio de las obras de Ciceron; tuvo, por fin, la desgracia de asociarse con algunos sectarios de la heregia de los Maniqueos, los cuales le sedu-

geron, y le tuvieron cautivo en sus errores, hasta que el Señor, aterrorizándole como á otro Saulo, le trasformó de perseguidor en esforzado defensor de la Iglesia.

Aprendan los padres, con este ejemplo, á temer que sus hijos se vicien en las ciudades á que les mandan con el objeto de que aprendan las ciencias. Semejante la juventud á un potro escapado de las manos del picador, apenas se siente libre del freno que le sujetaba, se deja llevar con harta frecuencia de los malos instintos, y se lanza sin recato á la carrera del vicio.

CAPÍTULO LVII.

Vigilancia que los diversos poderes han de tener sobre los estudios públicos.

Ruego á todos que no miren como una osadia la recomendacion que hago á los diversos poderes del Estado de que repriman con medidas oportunas la licencia y desenfreno de los escolares que concurren á los estudios públicos. Los antiguos Emperadores ya proveyeron á ello en su tiempo, porque no es nuevo aquel mal, y la juventud, sin la sujecion de una exacta disciplina, fué siempre y será desordenada.

San Agustín refiere que los escolares de Cartago mostraban una impudencia que rayaba en furor, cometiendo mil insolencias que merecian bien la severidad de las leyes, y que pasaban desgraciadamente como autorizadas por la costumbre. No pudiendo soportar tales desórdenes, dejó la

cátedra que allí regentaba, y se dirigió á Roma, cuya juventud tenia la reputacion de mas modesta, mas dócil y sometida á una mas severa disciplina. Tal vez se reconocia en esta escuela la buena influencia de una notable constitucion del Emperador Valentiniano, dirigida al Prefecto de Roma Olibrio, y que se conserva en el Colegio Theodosiano.

En ella se prohibia á los estudiantes el que se asociaran á gentes de malas costumbres, porque casi es ya entregarse al mal el unirse á los malos. Les estaban vedados los espectáculos, las reuniones viciosas, y los magistrados estaban encargados de castigar públicamente, y de arrojar ignominiosamente de la ciudad, á los que no se producian con el decoro y dignidad que reclama el estudio de las ciencias.

De aquí se colige la importancia que aquel principe daba á la buena conducta de los jóvenes que concurren á los estudios públicos. Y esto nos hace tambien comprender con cuánta razon, en tiempos mas modernos, el santo Concilio de Trento dispuso que fueran visitadas con solitud las Universidades por las personas á quienes compete su cuidado, las cuales hicieran en ellas las reformas que fuesen necesarias para bien de la Religion y de la disciplina eclesiástica.

CAPITULO LVIII.

Precauciones que deben adoptar los padres al mandar sus hijos á los establecimientos de instruccion pública.

Considerando por una parte la ventaja de los establecimientos públicos de instruccion, el número de doctos profesores que contienen, la variedad de ciencias que allí se enseñan, y la emulacion que puede producir entre los jóvenes punzoneros el concurso con otros aplicados; y por otra, los peligros que amenazan de mil maneras á una virtud todavía poco afianzada, un padre prudente no despreciará los medios de aprovechar aquellas ventajas, y evitar los escollos en que pueden tropezar sus hijos durante la carrera que han emprendido.

Entonces les será un precioso recurso una buena educacion primaria. Si desde sus primeros años han sido criados en el santo temor de Dios; si han mamado con la leche materna este saludable antidoto del pecado, el veneno del mal encontrará mucha mayor dificultad para penetrar en su corazon; sus caidas serán menos trascendentales; guardarán cierto miramiento hasta en sus excesos, y los remordimientos que agitarán su conciencia prepararán su regreso á la virtud.

Pero es necesario no contentarse con esta sola garantia, y tomar todas las precauciones que dic tan la discrecion y la experiencia.

La eleccion del punto en que los hijos han de cursar sus estudios no debe hacerla el padre con

ligereza y sin el consejo de personas instruidas y piadosas, que conozcan bien los lugares en que la juventud tiene menos distracciones para el estudio, y está menos expuesta á los alicientes del vicio. Si existen en el propio país establecimientos de instruccion publica, la prudencia dicta que los jóvenes concurren á ellos, mas bien que mudarlos á otros de fuera, en los cuales, sobre los mayores dispendios, los escolares están sustraídos á la vigilancia paterna, que con nada puede reemplazarse.

Cuando graves motivos aconsejasen á los padres el separar de su lado á los hijos para darles carrera, ó la necesidad les obligase á ello, les deberán acompañar en su viaje, y no dejar al azar, ni á la eleccion de los jóvenes, la eleccion de posada, pues de lo contrario, la inexperiencia de estos, ó el deseo de vivir á sus anchuras, les podrá llevar á casas en que, lejos de hallar un antemural contra las pasiones, encuentren una sentina de vicios. Importa, pues, que los padres les coloquen por sí mismos al lado de una familia honrada y piadosa; que les relacionen con gentes virtuosas; que les recomienden á la vigilancia de los amigos, que reclamen de los profesores el que los miren con particular interés, y que busquen, por fin, una persona juiciosa y verdaderamente caritativa que les vigile, les proporcione los recursos pecuniarios que les sean precisos, y por quien puedan estar al corriente de su comportamiento.

En tiempos pasados existía en Bolonia una piadosa asociacion, dirigida por personas tan distin-

guidas por su posición como por su ciencia, cuyo objeto era proporcionar á los jóvenes escolares los medios de evitar las malas compañías, de unirse con amigos aplicados y virtuosos, de recrearse honestamente, y de juntar al estudio los ejercicios de la piedad cristiana. Gran bien sería que todas las poblaciones en que se reúnen estudiantes les ofrecieran asociaciones de igual naturaleza (1).

Si los padres tuviesen recursos bastantes para que un pasante de conocida honradez acompañase á sus hijos, creo que sería una de las buenas medidas que pudieran tomar para evitar que se pervirtiesen.

En fin, de todas las precauciones la mas útil será procurarles un confesor prudente y entendido. Los jóvenes acudirán á él para confiarle sus debilidades, para referirle sus combates, para reclamar sus consejos; y los padres hallarán un barómetro cierto de la conducta de sus hijos en su frecuencia ó retraimiento del uso de los sacramentos.

CAPITULO LIX.

Bello ejemplo que se propone á los estudiantes.

Desearía que todos los jóvenes dedicados al estudio de las ciencias en las escuelas públicas le-

(1) Los deseos del Cardenal Antoniano están cumplidos. Conocidos son los antidotos contra el vicio y los bellos ejemplos

yesen de continuo el elocuente discurso compuesto por san Gregorio Nacianceno á la muerte de san Basilio, su amigo íntimo y compañero que fué de estudios en Atenas, llamada entónces madre y maestra de las ciencias y las artes. ¡Qué instructivos ejemplos hallará la juventud en la descripción de la vida que hacian aquellos raros modelos de la mas perfecta amistad, aquellos piadosos escolares que debian ser luego las antorchas del Oriente por su doctrina y santidad!

Tengo que ceñirme, contra mis deseos, á presentar solo algunos trozos de aquella acabada obra.

«Teniamos, dice san Gregorio, la misma emulacion para las ciencias, pero sin celos el uno del otro, aunque parezca que aquella inspira naturalmente la envidia. No disputabamos sobre quién llevaria el premio, sino quién le cederia, bien persuadidos de que todas nuestras ventajas eran comunes, porque parecia que solo teniamos un alma en dos cuerpos.

«Unas eran nuestras miras y uno nuestro deseo; solo nos movian el amor á la virtud y las esperanzas en el porvenir, y ambos pensabamos en dejar el mundo, antes que la muerte nos separase de él. Bajo este plan regularizabamos nuestra vida y todas nuestras acciones, conformandonos á los preceptos de la Ley de Dios, y animandonos mutuamente con santa emulacion á la práctica de las virtudes; si no temiera que se atribuyese

de virtud que los jóvenes encuentran en nuestros dias en las Conferencias de san Vicente de Paul, tan esparcidas afortunadamente por todo el mundo católico (N. del T. francés).

á vanidad, diria que nos servíamos de regla el uno al otro para discernir el bien del mal. Ninguna relacion ni trato teníamos mas que con gentes modestas, pacíficas y de buenas costumbres; los porfiados é insolentes estaban desterrados de nuestra sociedad, y solo buscábamos personas con quienes pudiéramos aprovechar, convencidos de que mas fácilmente se contraen las enfermedades de otros que se les trasmite nuestra buena salud. Nos aplicábamos á las ciencias útiles mas bien que á las agradables, porque de aquí suele proceder la virtud ó el libertinaje de los jóvenes. No conocíamos mas que dos caminos, el de la Iglesia para escuchar á los intérpretes de la divina Ley, y el de las aulas para oír á nuestros maestros. Habíamos renunciado de buen grado á las fiestas, espectáculos, reuniones y banquetes, porque juzgábamos que se debe hacer poco aprecio de aquello que no puede contribuir á que seamos mas hombres de bien.»

CAPITULO LX.

Del estudio del derecho y de la medicina.

Gran bien sería que la caridad, tan propia de los verdaderos discípulos de Jesucristo, estableciera entre los cristianos tal amor mútuo, que jamás hubiera entre ellos disensiones ni procesos, y que no fuera preciso exclamar dolorosamente con san Pablo: « El hermano trae pleito con el hermano!

Pero en este valle de miserias, la mezcla de los buenos y los malos produce por necesidad esos

escándalos de que nos habla el Evangelio. He aquí por qué son precisos abogados y jueces, que den á cada uno lo que la justicia reclama. ¡Quiera Dios que tan útiles y honrosas profesiones sean ejercidas como es debido!

Si la malicia de los hombres exige estudios de las leyes, los padecimientos corporales reclaman no menos imperiosamente médicos. No son ciertamente cortos intereses los que á estos confía Dios, encargándoles el que sean los conservadores y reparadores de la salud, porque la mala disposición del cuerpo no permite al alma el obrar en provecho suyo y de los demás. El enfermo es lo que un artista sin instrumentos, y por regla general se puede decir que no hay descanso ni contento en esta vida cuando falta la salud.

CAPITULO LXI.

Cómo deben ejercer su profesion los abogados, jueces y médicos cristianos.

El jóven que se presenta en la sociedad con los conocimientos y títulos que sus estudios le han proporcionado, debe considerar que Dios le ha confiado un talento que ha de hacer fructificar, como siervo fiel, para honor de la Majestad divina y provecho del prójimo.

¿Es abogado? Pues que tema servir de instrumento á esos hombres perversos que se complacen en promover litigios y oprimir á los desvalidos; que se apropie las palabras que David dirige al Señor en uno de sus Salmos: «A ti se ha

dejado el pobre; al huérfano tú le serás ayudador. Un abogado cristiano debe proponerse menos enriquecerse con la carrera del foro que merecer el afecto de sus conciudadanos y el aprecio de las personas honradas. Si la causa del pobre y de la viuda le parece justa, no les abandone por su indigencia, antes bien hágales la limosna de su saber y patrocinio, atrayendo sobre sí y sobre sus hijos las alabanzas de la tierra y las bendiciones del Cielo.

¿Ha entrado en la judicatura? Que recuerde con frecuencia el tribunal santo del Señor en que debemos todos comparecer un día, y que mediten estas terribles palabras que dirigia el profeta Jeremías al pueblo Hebreo, acriminando la conducta de sus jueces, y anunciándoles los castigos que les esperaban: «Se engrosaron y engordaron; y traspasaron pésimamente mis palabras. No juzgaron la causa de la viuda, no enderezaron la causa del huérfano, ni hicieron justicia á los pobres. Pues qué ¿no visitaré yo sobre estas cosas, dice el Señor, ó sobre una gente como esta no se vengará mi alma?

Para el juez integro jamás tiene influencia el oro; no sabe hacer distincion de personas; en su balanza tanto pesa el pobre como el rico, y su conato único es hacer triunfar la justicia.

Yo pudiera decir al jóven médico, como al juez y al abogado, que seria poco advertido si no se propusiera mas fin que un perecedero lucro, que con tanta facilidad se pierde. Le aconsejo que visite al pobre lo mismo que al rico; que sea caritativo; que se penetre bien de lo que

vale la vida, y que se dedique al estudio, con la intensidad que reclama una profesion en que la ignorancia puede producir funestisimas consecuencias.

Me complazco en pensar que los padres de familias habrán conservado bastante autoridad sobre sus hijos para guiar sus primeros pasos en las diversas carreras cuyos deberes he bosquejado, y para moderar con sus prudentes consejos el ardor tan propio de la juventud.

La ciencia hincha, dice san Pablo, mas la eadidad edifica. Los jóvenes salen ordinariamente de las escuelas tan llenos de sí mismos, como de los conocimientos que han adquirido. Propensos a disputar; poco apreciadores de la experimentada ciencia de los ancianos; demasiado confiados en sus esfuerzos y llenos de amor propio, no temen acometer las mas difíciles empresas, comprometiéndolo tal vez sagrados intereses, y con ellos su reputacion. ;Cuánto necesitan, por lo mismo, el que un padre solícito les advierta que la juventud debe ser modesta, afable, llena de respeto y deferencia para con los ancianos; que les queda mucho que aprender de la práctica, la esperiencia y la edad, y que la mejor disposicion para llegar á ser sábio es la conviccion de que casi nada se sabe!

CAPITULO LXII.

De la carrera militar.

Los autores que han tratado de la organizacion de la sociedad han demostrado, que no solo necesita de labradores y artesanos que proporcionen lo necesario para la conservacion y comodidad de la vida; de jueces y empleados que hagan respetar las leyes y conserven la paz entre los conciudadanos; mas tambien de jefes y soldados que defiendan el suelo pátrio de injustas agresiones. Este fin marca cuál loable sea la profesion militar, porque la guerra, como viola las mas santas leyes de la humanidad emprendida para oprimir al mas débil, ó por alcanzar el renombre de conquistador, asi es un deber sagrado cuando es legitima y sin mas objeto que mantener el derecho, combatir la injusticia y afianzar la paz.

Así que, la profesion de las armas, ni fué condenada en el viejo Testamento, ni lo ha sido por la Ley evangélica.

Refiere san Lucas que personas de todas clases y condiciones acudian á la predicacion que hacia san Juan Bautista en el desierto. A todos daba sábios consejos, conforme á los deberes de sus respectivos estados, y como los soldados le preguntáran qué debian hacer, el santo Precursor, sin decirles que debieran dejar su profesion, les contestó: «No maltrateis á nadie, ni le calumniéis, y contentaos con vuestros estipendios.»

No hay, pues, razon para impedir á un jóven el que abrace la carrera militar, si su inclinacion y aplitud fisica le llaman á él; pero es necesario gran solicitud para disponerle á un estado que no carece de grandes peligros para la virtud, y en que las buenas costumbres tienen mucho que temer de una demasiada libertad.

Y en verdad que, leyendo el Evangelio, la Historia eclesiástica y sobre todo el Martirologio, ese glorioso registro de la muerte, ó, mejor dicho, del admirable triunfo de los generosos mártires de Jesucristo, no puede verse sin cierto asombro el gran número de soldados que se hallan mencionados allí.

¿No es acaso una particular disposicion del Espiritu Santo el que los Evangelistas hablen con elogio de tres Centuriones ó capitanes?

El primero, reconociéndose indigno de hospedar en su casa al autor de la vida, mereció del Salvador este glorioso testimonio: «En verdad os digo, que ni en Israel he hallado una fé tan grande.» Y admirando la Iglesia las humildes palabras de aquel Centurion ha querido que, poseidos de iguales sentimientos, las repitan los fieles antes de recibir en su pobre morada al Rey de la Gloria en el Santísimo Sacramento del altar.

El segundo, estando al pie de la cruz, en que el Cordero immaculado se consumia en el fuego de su ardiente caridad y en el sacrificio de su pasion dolorosa, le confesó ante todos, á pesar de ser gentil, con estas palabras: «Verdaderamente Hijo de Dios era este»; interin los escribas, los fariseos y sacerdotes hebreos le negaban,

se improperaban con desprecio y le trataban como á un malhechor.

Los Hechos de los Apóstoles hablan detenidamente del tercero, el piadoso Cornelio, cuyas oraciones y limosnas habian sido tan gratas al Señor, que mereció el que un Angel le advirtiera que hiciese venir cerca de sí á san Pedro. Instruido á la vez este por una vision misteriosa, accedió á la demanda del Centurion y predicó el Evangelio á todos los de su casa; y descendiendo luego sobre ellos el Espiritu Santo, con los maravillosos efectos que visiblemente producía en los primeros fieles, el santo Apóstol bautizó inmediatamente á Cornelio y á todos los suyos. Asi quiso Dios que un capitan y sus soldados fueran las primicias de la gentilidad, llamándoles prodigiosamente á la regeneracion del Bautismo.

Si pasamos á la Historia eclesiástica; encontraremos un indecible número de santos y mártires que servian en la milicia, y cuyos combates y victorias se nos refieren allí; registrándose á las veces legiones enteras de estos valerosos atletas. Hallaremos en ella, por ejemplo, durante la dominacion de Marco Aurelio, la legion fulminante, que obtuvo con sus oraciones el que Dios hiciera descender una lluvia benéfica sobre las tropas romanas, fatigadas de sed, interin que una espantosa nube de granizo asolaba á sus enemigos. Y, en tiempos de Maximiano, la legion Thebéa, que tuvo la gloria de ser sacrificada en su totalidad, animada por su jefe san Mauricio, derramando con él su sangre por Jesucristo.

¿Cómo, viendo esto, puede pretenderse que la

religiosidad, la oracion, la piedad y el espíritu cristiano sean exclusivos á clérigos y monjes? Todos estos héroes del cristianismo ¿no eran soldados? ¿No permanecieron fieles al Señor, aun militando bajo las banderas de Príncipes paganos? Sirviendo en los ejércitos de los Reyes de la tierra, ¿no pertenecian mas principalmente á la sagrada milicia del Rey de los Cielos?

Si, por otra parte, se considera que Dios se vale ordinariamente de las disposiciones naturales para sus particulares designios, perfeccionando la naturaleza por medio de la gracia, se comprenderá que un militar de robustez fisica, de corazon generoso, ávido de honor y gloria y sin temor á la muerte, ha de ser muy á propósito para amar á Dios. El Espíritu Santo convierte hácia este punto el valor que le anima, y encuentra en su vigor marcial un rico fondo para las buenas obras y toda la fortaleza necesaria para las acciones heroicas (1).

(1) «Las consideraciones del Cardenal Antoniano, dice el traductor francés, acerca de la compatibilidad de la profesion militar con la virtud deben para nosotros tener tanto mas fuerza, cuanto que vemos en nuestros dias revivir en los ejércitos la fé, y tenemos ante nuestros ojos ilustres testimonios de la buena armonía que reina entre el valor que forma los héroes y la fortaleza que produce los santos.» Para justificar que tampoco faltan en el ejército español militares piadosos á la vez que valientes, basta decir, que un capitan en activo servicio, cuyo nombre y Cuerpo reservo por temor de ofender su modestia, ha sido el que ha promovido la traduccion y publicacion de la presente obra. (N. del T.)

CAPITULO LXIII.

Excelencia de los estados sacerdotal y religioso.

Después de haber hablado de la milicia de la tierra, justo será que me ocupe de la espiritual, en que sirven como soldados aquellos que han abrazado el estado clerical. Ligados á Dios con un vínculo mas estrecho que los demás cristianos, se ofrecen y dedican á su servicio, deseando ser su parte y herencia en la tierra, para que aquel sea la suya en el Cielo. Todos los cristianos, auxiliados de la divina gracia, aspiran en verdad á esta dichosa herencia, como que todos son hijos del Padre celestial; pero los eclesiásticos, eligiendo un estado de vida mas perfecto, y tomando un sendero escarpado que conduce mas directamente á Dios, adquieren un derecho especial, como contraen un deber particular de consagrarse al culto divino y al servicio del altar en el templo del Señor.

Como en la Ley antigua la tribu de Levi estaba separada del resto del pueblo hebreo, y destinada á proporcionar los ministros del santuario, así entre nosotros se distinguen los clérigos de los legos; y la corona que llevan en su cabeza indica la excelencia del sacerdocio real á que pertenecen aunque en diferentes grados, y marca entre las demás clases del pueblo los familiares de Aquel de quien está escrito ser reinar el servirle.

Estado verdaderamente noble y sublime, digno de las mas grandes consideraciones, el de los sacerdotes, puesto que representan la persona y

la autoridad del supremo Pontífice y Rey Jesucristo, el cual les ha dado poder sobre su cuerpo y su sangre en el santo sacrificio de la misa, que ofrecen por ellos y por todo el pueblo. Poder que á la vez han recibido sobre su cuerpo místico, esto es, sobre los fieles, de quienes son directores espirituales, y á los cuales encaminan por la senda que conduce á la eterna bienaventuranza, por medio de los Sacramentos y de la autoridad de las llaves que otorgó el Señor á su Iglesia.

Pero, cuanto mas grande y elevado es el estado sacerdotal, tanto mas virtud y perfeccion exige de aquellos que son llamados á tan alta dignidad.

Por eso, si, cuando los hijos han de abrazar cualquiera carrera, un padre de familias ha de meditarlo con detenimiento, respecto á la eclesiástica las reflexiones deben ser mucho mas graves y circunspectas, para que la perspectiva de las ventajas temporales no influya en la eleccion de un estado en que solo deben ser consultados los intereses eternos. ¡De cuántos escándalos no tendria que dar cuenta un dia, y de cuántas faltas no seria responsable, si obligase á un hijo á entrar en el santuario sin las debidas disposiciones, sin vocacion, sin haberle hablado de las grandes obligaciones de la vida sacerdotal, y dejándole pensar que basta vestir los manteos y cubrirse con el sombrero de teja para ser un ministro de Jesucristo!

Al expresarse así, estoy lejos de reprobar el

CAPITULO LXIV.

Cuidado con que deben examinar los padres la vocacion de sus hijos al estado eclesiástico secular ó regular.

Los padres verdaderamente cristianos, cuyo principal deseo es la gloria de Dios y la salvacion de su alma y las de sus hijos, observan con atencion desde los primeros años las inclinaciones, las disposiciones naturales y la aptitud de estos, á fin de conocer su vocacion por esos rasgos con que frecuentemente la descubre y hace presentir la sencillez de la infancia. Ciertas marcas precoces de un corazon tocado del amor de Dios, un espíritu aficionado á las cosas espirituales, un carácter dulce y modesto, no permiten se dude del porvenir, si una educacion solícita viene [á desarrollar aquellos preciosos gérmenes.

Pero con frecuencia los padres no suelen atender desde luego á las significativas indicaciones de los primeros años, y solo mas tarde, cuando sus hijos están adelantados en una carrera que ya no es fácil cambiar, conocen su falta de prevision, para exclamar con amargura: Este hubiera sido un buen eclesiástico; aquel un buen padre de familias, un excelente médico, etc.

¡Cuántos males nacen de una mala eleccion de estado! ¡Cuán difícil al hombre llenar los deberes de una posicion que le disgusta, y á la cual no estaba llamado!

Al expresarme así, estoy lejos de reprobar el

propósito de los padres piadosos que desean consagrar sus hijos al servicio de Dios en el estado eclesiástico secular ó regular. Este pensamiento es santo, digno de alabanza, y muy grato á los ojos del Señor, cuando no lleva otra intencion que agradarle. Pero, aun asi es preciso consultar la divina voluntad por medio de una ferviente oracion, someter el parecer propio al consejo de hombres virtuosos y prudentes, proceder con gran pulso y detenimiento, y esperar á que los hijos puedan por sí mismos manifestar su voluntad.

En tal caso, será provechoso educarlos en los seminarios ó en algun colegio dirigido por alguna congregacion religiosa. Y aun con este motivo advertiré que, hasta los demás niños que deben un dia vivir en medio del mundo, ganarán no poco en ser educados por fieles siervos de Dios; como ganarán las niñas á quienes sus padres hagan criar en monasterios de religiosas.

En fin, si contra los proyectos de los padres, sucediera que Dios llamase á su servicio á uno de sus hijos ó hijas, lejos de sentirlo y afligirse, deben mirarlo como un especial favor de la divina Providencia.

Todos pertenecemos del todo á Dios, y si juzgase conveniente quitar á una familia el mas querido de sus hijos, una ligera calentura seria instrumento suficiente para ejecutar sus divinos decretos. Que los padres y madres sepan, por lo mismo, estimar la gracia especial que les otorga el supremo Rey de la Gloria eligiendo á sus hijos para ministros y especiales siervos suyos, y para esposas predilectas á sus hijas.

Apreciando el valor de un tal favor, y temiendo incurrir en la indignacion del Señor de los señores, lejos de poner obstáculos á sus divinos designios, apresúrense á ofrecer á Dios en holocausto aunque sea el hijo único, con la generosidad con que Abraham estaba pronto á inmolar su querido Isaac; con la generosidad con que la piadosa Ana, madre de Samuel, prometia consagrar al servicio del Templo el hijo que tan ardientemente deseaba; con la generosidad con que tantos padres y madres, de que nos hablan las Vidas de los Santos, merecieron obtener de Dios los hijos que le habian consagrado antes de nacer ó ser concebidos.

Estas disposiciones á un sacrificio pronto, completo y desinteresado no excluyen la prudencia, la cual ordena probar con detenimiento la vocacion, sometiéndola á la piedra de toque, esto es, al exámen de un director prudente y entendido. Pero, si conocidamente quiere Dios para si á vuestro hijo, padres cristianos, apresuraos á bendecirle, y vestidle con vuestras manos el hábito religioso; no pudiérais hacer al Señor una ofrenda mas grata y meritoria.

Al terminar este capitulo, será conveniente recordar la especial solícitud con que deben ser educados los hijos en quienes se descubren señales inequívocas de vocacion al estado clerical ó religioso. La frecuencia de Sacramentos, la lectura de las Vidas de los Santos y demás libros espirituales; la frecuente oracion y meditacion; la práctica de las buenas obras; el alejamiento de las conversaciones frívolas y de las vanida-

des del siglo, serán otros tantos medios de conservar en ellos el espíritu de piedad y recogimiento que les es tan necesario. Conversando con elesiásticos ó religiosos instruidos en las divinas ciencias y versados en las cosas espirituales, aprenderán á conocer las obligaciones del sublime estado que se proponen abrazar, el grado eminente de virtud que reclama el Señor de aquellos á quienes apellida luz del mundo y sol de la tierra, y las amenazas que fulmina contra esa sal desvirtuada é insípida que ya solo sirve para ser arrojada y conculcada por los hombres.

CAPITULO LXV.

A cuál edad conviene abrazar el estado del matrimonio.

Habiéndome ocupado del estado matrimonial en el libro primero de este Tratado, al recorrer ahora los demás de la vida que se ofrecen á la eleccion de la juventud, no creo necesario repetir lo que tengo dicho, que podrán ver allí los padres, y me voy á ceñir á presentar algunas reflexiones acerca de la edad conveniente para casarse.

Contraer matrimonio antes que haya llegado el cuerpo á su total y completo desarrollo, seria exponerse á tener una posteridad mal conformada, débil y enfermiza. Ni ¿cómo pudiera inspirar el debido respeto, ni gobernar convenientemente su familia, un padre que parece mas hermano de sus hijos?

Por el contrario, esperar á edad avanzada para casarse, ofrecería el inconveniente de no poder prometerse ver criados á los hijos, y tendría delante de sí la triste perspectiva de haber de dejar solos en el mundo á pobres huérfanos, privándoles de guía y apoyo, y del dulce consuelo de poder en su día prodigar á sus padres los gratos deberes del amor filial.

La prudencia dicta, por lo tanto, que la edad mas conveniente para contraer matrimonio esta entre el fin de la juventud y el principio de la madurez. Algunos la fijan para el hombre hácia los treinta años, y despues de los veinte para las mujeres, sin parecerles inconveniente la diferencia marcada en la edad de uno y otro séxo; pues ya hemos dicho en otro lugar que la mucha discrepancia en los años es un punto que no debe pasar desapercibido.

Difícil sería ciertamente dar en esta parte reglas fijas y precisas, pues graves consideraciones pudieran reclamar el que se modificasen. San Juan Crisóstomo recomienda el casar pronto á los jóvenes para prevenir en ellos los efectos lamentables de las pasiones; y san Agustin se queja en sus Confesiones de que sus padres no procurasen salvarle con el matrimonio de los peligros en que se precipitaba. A la prudencia y discrecion de los padres corresponde juzgar los casos en que debe seguir, con respecto á sus hijos, el consejo que á las personas solteras da san Pablo, diciendo: «Si no tienen don de continencia, casense.»

Me complazco en pensar que, los frutos de una buena educacion, la sobriedad, el amor al tra-

bajo y el constante recuerdo de las piadosas instrucciones paternas, permitirán á la juventud cristiana permanecer por mas tiempo al lado de sus padres, y prepararse con el detenimiento conveniente para las graves obligaciones de la vida conyugal.

CAPITULO LXVI.

¿Cuándo deben darse por terminados los cuidados de la educacion?

He venido usando constantemente la palabra educacion en un sentido extenso, pues lejos de pensar, como parece quisieran algunos, que solo designa los cuidados destinados á dirigir los primeros años de la vida, entiendo por ella: el conjunto de medios que pueden los padres emplear para encaminar á sus hijos por la senda del bien, hasta colocarlos en el estado de hombres perfectos.

Por consiguiente, si me preguntasen cuándo deben terminar los cuidados de la educacion, no responderia que á la mayor edad, sino mas bien diria que no hay época ninguna en que un padre no pueda y deba ejercer sobre sus hijos los poderes que Dios, la naturaleza y las leyes humanas han puesto en sus manos. No debe olvidarse la verdad del sabio proverbio de los antiguos griegos: «Nada está demás.»

Pero un padre prudente ha de saber ir templando el lleno de su autoridad, haciéndola gradualmente mas dulce y ligera; y conservándola intacta, hara en cierto modo participante de su ejercicio al hijo,

á medida que advierta en él mayor madurez en sus pensamientos y mas juicio y discrecion en su conducta. No solo podrá llegar á confiarle sus designios y empresas, sino que aun á las veces será conveniente consultar su parecer. Tambien lo será el acostumarle á tomar parte en los negocios de la casa, reservándose aquellos mas importantes, y haciéndoles dar cuenta de los que se ponen á su cuidado. Asi el padre podrá sin recelo separar de sí no pocas fatigas al llegar á la vejez, y la confianza que á su hijo testimonia prevenirá las quejas y discordias que una excesiva reserva suele producir á las veces.

No me detengo á examinar si convendrá que los hijos dejen la morada paterna cuando toman estado, haciéndose cabezas de casa, porque sería difícil dar reglas ciertas, y determinar de un modo absoluto lo que se halla subordinado á mil circunstancias particulares. Creo suficiente decir que un hijo cristiano, en cualquiera estado y posicion en que se halle colocado, cualquiera que sea la edad á que hubiese llegado, debe siempre mostrarse obediente y respetuoso para con sus padres. Asi lo hicieron, como atestigua la Sagrada Escritura, los santos Patriarcas Isaac y Jacob; asi lo verificó muy particularmente el piadoso Joseph, á pesar de haber llegado á la cumbre de los honores, y ocupar el primer rango en todo el Egipto despues de su rey Faraon.

CAPITULO LXVII.

Conclusion de la obra, y accion de gracias al Señor.

Padres de familia, he llegado, con el auxilio de la divina gracia, al término de mis esfuerzos.

No habreis olvidado que, antes de ocuparme de la educacion en sí misma, he tratado de lo que debe precederla, diciendo la excelencia y santidad del matrimonio, de que proceden los hijos legítimos. He mostrado el cuidado que debe tenerse de su buen desarrollo físico, así como la necesidad de comenzar desde los primeros años á educarlos bien, y disponerlos á que puedan conseguir su fin último, que no es otro que gozar eternamente de Dios en el Cielo. Y como no es posible alcanzarle sin observar los divinos preceptos, he dado un resúmen de la doctrina cristiana, ciñéndome mas á la parte práctica que á la especulativa. Por fin, he recorrido los diversos estados que se ofrecen á los jóvenes al salir de su adolescencia.

¡Quiera Dios que mis consejos puedan ayudar á los padres en la gloriosa obra de dar ciudadanos útiles á la patria y Santos al reino de los Cielos, hácia el cual debemos caminar en la difícil y peligrosa peregrinacion de esta vida, y en el que nos esperan una paz y una entera felicidad que jamás acabarán!

Solo me resta, Dios mio, Padre de las luces, de quien proceden todos los dones y gracias, bendeciros y expresaros mi reconocimiento, por ha-

berme otorgado el poder llenar los deseos manifestados por vuestro muy amado siervo (1), á quien os dignásteis inspirar el pensamiento de imponerme una tarea bien superior á mis fuerzas.

Mis impotentes esfuerzos é ignorancia dejarán sin duda en este libro mucho que reprender á los ojos de las personas versadas en la materia; no pretendo excusarme, pero confío en que su caridad sabrá perdonarme los defectos, tan propios de la humana debilidad.

Y si por inadvertencia (quiera, Dios mio, vuestra bondad que así no sea) hubiera escrito alguna cosa que no sea conforme á la doctrina, las decisiones ó los sentimientos de vuestra Iglesia, os pido humildemente perdon, y prosternado á los pies de vuestra misericordia, protesto que ha sido sin intencion, como lo sabeis y conoceis vos, Dios mio, que penetrais los corazones, y estais mas presente á mí mismo que yo mismo puedo comprender!

Por gracia vuestra soy cristiano y sacerdote, á pesar de mi profunda indignidad. A vuestra piedad debo el haber nacido en el seno de vuestra santa Iglesia católica, apostólica romana, que me ha nutrido como una madre solícita con su leche hasta los cuarenta y un años cumplidos de mi edad, y en el seno de esta Iglesia, dirigida hoy por vuestro Vicario y sucesor de vuestro Apóstol san Pedro, el soberano Pontífice Gregorio XIII, quiero, con vuestro auxilio, vivir y morir.

(1) San Carlos Borromeo, á cuyas instancias compuso este tratado el autor, como queda indicado en su vida, que damos al principio de esta traducción. (N. del T.)

Dios y Señor mio! Gracias os doy por haberme dado buenos padres, fieles siervos vuestros; por haber inspirado en su corazon el deseo de educar cristianamente á sus hijos, y por haber inclinado á estos á seguir sus piadosos consejos y sábias exhortaciones.

Imprimid profundamente, Señor, en el corazon de todos los padres y de todas las madres de familias el pensamiento de la estrecha obligacion que tienen de criar para vos los hijos que vos les habeis dado. Hacedles comprender que, despues de la salvacion de sus almas, no hay para ellos ningun interés mas digno de sus cuidados y vigilancia que la salvacion de sus hijos, que deben encaminar á vos, nuestro Dios, nuestro Padre y Señor, uno en la Esencia y trino en las Personas, en quien están comprendidos todos los bienes; solo bien perfecto, solo digno de honor y gloria y de acciones de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

FIN.

... Dios y Señor mío, crees de hoy por haber
... habido buenos padres, tales como vosotros, por
... haber mandado en su obsequio el deseo de sus
... tan especialmente a sus hijos, y por haber
... habido a estas a servir sus nobres con tanta
... tales exhortaciones.

... eternamente gloriosamente; Sean, en el consue-
... de todos los padres, y de todas las madres de la
... nidad el pensamiento de la castidad, y de la
... que tanto le sirve para ver los hijos que los
... habido de los Padres compendiar que, después
... de la educación de sus hijos, no los paró que
... ningún otro más digno de sus trabajos y vi-
... tanto que la educación de sus hijos, que de
... mantener a los, nuestro Dios, nuestro Padre y
... Señor, que en la Espesura y Trino en las Plazo-
... nas, en quien como en un templo todos los
... nos; son tales perfectos, solo digno de honor y
... gloria y de acciones de gracias por los siglos de
... los siglos. Amen.

FIN

... de la educación de sus hijos, que de
... mantener a los, nuestro Dios, nuestro Padre y
... Señor, que en la Espesura y Trino en las Plazo-
... nas, en quien como en un templo todos los
... nos; son tales perfectos, solo digno de honor y
... gloria y de acciones de gracias por los siglos de
... los siglos. Amen.

INDICE GENERAL.

	<i>Páginas.</i>
V ida del Cardenal Silvio Antoniano.	I á la XXIV.
Silvio Antoniano á los padres de familias.	1

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I. En la Santa Iglesia hay varios estados.	2
II. Dios no ha impuesto á ninguno la obligacion de elegir el estado mas perfecto.	7
III. El temor de Dios y la observancia de sus mandamientos son precisos en todos los estados.	8
IV. Obligacion que los padres tienen de educar cristianamente á sus hijos.	10
V. Cuán grata es á Dios la buena educacion de los hijos.	13
VI. Indiferencia general respecto á la educacion cristiana de los hijos.	14
VII. La mayor parte de los hombres cuida mas de los animales y las fincas que de los hijos.	15
VIII. Las calamidades de nuestros dias, con especialidad en lo concerniente á la Religion, proceden en gran parte de la mala educacion.	18
IX. De la misma causa proceden muchos desórdenes y turbulencias en los Estados.	20
X. Acertada y prudente conducta de las autoridades que ponen un especial cuidado en la educacion de la juventud	22
XI. Conveniencia y utilidad de la presente obra.	23
XII. Razones que me mueven á tratar con antelacion de la dignidad y santidad del matrimonio.	25
XIII. Origen é institucion del matrimonio como contrato natural.	27
XIV. El matrimonio cristiano, á la vez que un contrato natural, es tambien un Sacramento de la nueva ley.	28

XV. Dignidad del matrimonio como Sacramento.	30
XVI De los tres principales bienes del matrimonio, y particularmente del primero, que son los hijos.	31
XVII. Del segundo bien del matrimonio, que es la fé.	33
XVIII. Del tercer bien del matrimonio, que es el sacramento.	34
XIX. Cuán útiles son las consideraciones que se toman de la union de Jesucristo con la Iglesia, representada en el matrimonio.	35
XX. Siguen otras varias consideraciones útiles acerca de la misma materia.	38
XXI. Serias reflexiones que deben preceder al matrimonio.	39
XXII. Recta intencion y fin que deben guiar al matrimonio.	41
XXIII. Malas disposiciones que llevan algunos al matrimonio	42
XXIV. Raras veces son felices los matrimonios celebrados por miras terrenas y carnales.	44
XXV. Deben buscarse para el matrimonio la virtud y la igualdad de condicion.	46
XXVI. De los abusos de dotes cuantiosas y lujo inmoderado.	48
XXVII. Celebracion del matrimonio ante la Iglesia, y cristiana preparacion que debe preceder á ella.	51
XXVIII. Ejemplo de Tobías y Sara, que nos enseña cuál debe ser la honestidad de la union conyugal.	53
XXIX. Los matrimonios santamente contraídos son prósperos y favorecidos por Dios.	55
XXX. Es preciso dirigirse á Dios por medio de la oracion, á fin de obtener hijos.	57
XXXI. Los hijos obtenidos por medio de la oracion son de ordinario de un excelente natural.	59
XXXII. Perseverancia en la oracion durante la época del embarazo.	60
XXXIII. Debe procurarse bautizar cuanto antes sea posible á los niños.	61
XXXIV. Eleccion de padrinos, y nombre que ha de imponerse al niño.	63
XXXV. Los padres han de cuidar del desarrollo corporal de sus hijos.	64
XXXVI. De la lactancia, y de la eleccion de nodriza.	67
XXXVII. Edad á que debe principiarse la educacion moral.	69
XXXVIII. Error en que algunos padres están, pensando que puede retrasarse la educacion.	72

XXXIX. Corrupcion de nuestra naturaleza é inclinacion al pecado.	73
XL. El número de los que combaten por la virtud es bien corto.	76
XLI. Fuerza del hábito, y necesidad de comenzar á resistir al mal desde los primeros años.	77
XLII. El Santo Concilio de Trento confirma con su autoridad lo que acabo de decir.	80
XLIII. Armonía que debe reinar entre la educacion pública y privada.	81
XLIV. Diversas circunstancias que influyen en el modo con que deben ser educados los niños.	84
XLV. El cuidado de la buena educacion de los hijos tanto pertenece al padre como á la madre.	86
XLVI. Cuán ventajoso es para los hijos el tener una buena madre.	88
XLVII. Ejemplo de una madre que trabajó tanto por el bien de su hijo, que consiguió fuera un santo.	89
XLVIII. Cuánto importa el buen ejemplo de los padres.	91
XLIX. Los padres deben cuidar de que los criados no den malos ejemplos á los niños.	94
L. En la instruccion de los niños es preciso acomodarse á su capacidad, segun los años.	95

LIBRO SEGUNDO.

I. Necesidad de que los padres instruyan á sus hijos en lo concerniente á la Fé.	97
II. Del catecismo y de la predicacion.	100
III. Cuán necesario es el explicar en este tratado los principales puntos de la doctrina cristiana.	103
IV. Del Símbolo de los Apóstoles, vulgarmente llamado el <i>Credo</i>	105
V. En el Símbolo hallará un buen padre base para instruir á sus hijos.	108
VI. Los padres deben enseñar de diverso modo que los maestros.	109
VII. Importantes máximas cristianas que pueden sacarse al exponer el Símbolo.	111
VIII. De la paciencia en las tribulaciones.	113
IX. Del misterio de la Redencion del hombre.	114

X. Cuán provechosa es la memoria de la Pasion del Señor.	117
XI. De la Santa Iglesia católica romana.	119
XII. Los padres de familias han de indicar á sus hijos la obediencia que deben á la Iglesia.	121
XIII. Cuidado con que es preciso precaverse de los falsos profetas é innovadores.	122
XIV. De los novísimos ó postrimerías del hombre.	125
XV. Los padres deben cuidar de que sus hijos tengan presente la memoria de la muerte.	127
XVI. Consideraciones generales sobre los Sacramentos.	130
XVII. Analogías de la vida espiritual con la natural.	131
XVIII. Consideraciones especiales sobre cada uno de los Sacramentos con relacion á la educacion, y primeramente del Bautismo.	133
XIX. De la Confirmacion.	136
XX. Es preciso no demorar el que los niños sean confirmados.	137
XXI. Desprecio de los respetos humanos.	138
XXII. De la Sagrada Eucaristía, y de la devocion que se debe excitar en los niños á este augustísimo Sacramento.	141
XXIII. Error de los que desaprueban la comunion frecuente.	143
XXIV. Del Sacramento de la Penitencia.	146
XXV. Es preciso inspirar á los niños horror al pecado y acostumarles á confesarse.	148
XXVI. Cuán importante sea la eleccion de un buen confesor.	151
XXVII. De los tres últimos Sacramentos, y en particular de la Extrema-Uncion.	153
XXVIII. Del Decálogo, ó sea de los mandamientos de la Ley de Dios.	155
XXIX. Es preciso habitar á los niños á que observen religiosamente la Ley divina.	156
XXX. De la obediencia á las leyes humanas.	158
XXXI. Del primer mandamiento: Amar á Dios sobre todas las cosas.	159
XXXII. De los que pecan contra este mandamiento, singularmente de los hereges.	161
XXXIII. De la supersticion.	162
XXXIV. De la reverencia que se debe á los Angeles y Santos.	164

XXXV. De la singular devocion que debemos tener á la Santísima Virgen.	166
XXXVI. De la devoción al santo Angel Custodio.	168
XXXVII. Del honor que se debe á las reliquias de los Santos.	170
XXXVIII. Veneracion que se debe á las santas Imágenes.	171
XXXIX. Fruto que se puede sacar de las santas Imágenes.	172
XL. Es de gran provecho adornar la casa con santas Imágenes.	173
XLI. De la señal de la Cruz.	176
XLII. De las Imágenes profanas y deshonestas.	179
XLIII. Del segundo mandamiento: no jurar el nombre de Dios en vano.—Cómo debe ser honrado el nombre de Dios.	180
XLIV. Cómo se debe honrar el nombre de Dios en el modo de saludarse los amigos.	183
XLV. De los que abusan de las palabras de la Sagrada Escritura.	185
XLVI. Del horrible pecado de la blasfemia.	187
XLVII. Cuidado con que los padres deben precaver á sus hijos contra el pecado de blasfemia.	189
XLVIII. Memorable y espantoso ejemplo de un niño blasfemo.	192
XLIX. Del juramento.	195
L. Del abuso de jurar con frecuencia ó ligereza.	198
LI. De la virtud de la veracidad.	197
LII. Venerable Congregacion del Santo nombre de Dios.	196
LIII. Del tercer mandamiento: Santificar las fiestas.	201
LIV. Obligacion y frutos de celebrar los Domingos y demás dias festivos.	203
LV. De la solicitud pública y privada en la observancia de las fiestas.	206
LVI. De la observancia cristiana de las fiestas.	207
LVII. Respeto que debe profesarse al Santo sacrificio de la Misa.	209
LVIII. De la obligacion de oír Misa.	211
LIX. Disposiciones con que debe concurrirse al Templo, y de la misericordia para con los pobres.	213
LX. Del modo con que se debe estar en el Templo.	216
LXI. Del modo con que se debe oír Misa, y de algunas prácticas cristianas.	218
LXII. De la Santa Comunión y de la concurrencia á los Sermones.	221

LXIII. Del buen empleo del tiempo en los Domingos y días festivos.	226
LXIV. De los abusos é irreverencias que suelen cometerse los días festivos.	229
LXV. Conclusion de lo dicho sobre la observancia de las fiestas.	233
LXVI. Del cuarto Mandamiento: Honrar padre y madre.	254
LXVII. Obligaciones que tenemos para con nuestros padres	256
LXVIII. De los diversos modos de honrar á los padres.	237
LXIX. Cuidado que los padres han de tener de que sus hijos guarden este mandamiento	239
LXX. Del honor que debemos á las personas que están en lugar de padres, y en especial de los eclesiásticos.	243
LXXI. De la grave culpa que cometen los que hablan mal de los superiores, y en especial de los eclesiásticos.	247
LXXII. Honor que se debe á los superiores temporales.	248
LXXIII. Respeto que se debe á los maestros y ancianos.	251
LXXIV. De la urbanidad para con los iguales é inferiores.	252
LXXV. Del quinto mandamiento: No matar.	254
LXXVI. Cuánto aborrecé Dios el homicidio.	256
LXXVII. De la sollicitud con que deben ser refrenados los movimientos de la ira.	258
LXXVIII. Del agrado y afabilidad en el trato.	262
LXXIX. Del perdon de las injurias.	264
LXXX. Varias razones que nos deben estimular á perdonar las injurias.	266
LXXXI. Otras razones, sacadas particularmente de la doctrina cristiana, respecto al perdon de las injurias.	269
LXXXII. Del cuidado que debe tenerse de la buena reputacion.	273
LXXXIII. De la desconfianza excesiva.	276
LXXXIV. Del sexto mandamiento.	279
LXXXV. Cuidados paternos para que los hijos conserven la virtud de la Castidad.	280
LXXXVI. De la excesiva tolerancia con los jóvenes.	282
LXXXVII. De la prudencia con que debe hablarse del sexto precepto.	283
LXXXVIII. Motivos cristianos que nos deben estimular vivir castamente.	286
LXXXIX. De los males temporales que acarrea el vicio de la impureza.	289

XC. De los medios de conservar la castidad, y primeramente de la guarda de los sentidos.	291
XCI. Del cuidado en evitar la ociosidad — De la sobriedad.	293
XCH. De la molicie, y del cuidado excesivo en el ornato del cuerpo.	296
XCIII. De los adornos mujerieles.	298
XCIV. De los deberes y especial cuidado de las madres en los adornos y trajes de sus hijas.	301
XCV. Del alejamiento de las ocasiones.	303
XCVI. De las relaciones con los extraños.	306
XCVII. Del amor de Dios y frecuencia de sacramentos.	307
XCVIII. Del sétimo mandamiento: No hurtar.	309
XCIX. Quiénes merecen la calificación de ladrones y de la obligación de restituir.	310
C. Cuidado que los padres de familias deben tener de la observancia del sétimo mandamiento.	312
CI. Razones que manifiestan la odiosidad del hurto.	315
CII. De varias especies de hurto, en que no se suele fijar la atención como debiera.	316
CIII. Imperiosa necesidad de combatir la inclinación al hurto.	318
CIV. Desapego que debemos tener á las riquezas.	321
CV. Las Santas Escrituras condenan el inmoderado deseo de riquezas.	324
CVI. Cuidado que se ha de tener en administrar los bienes, y en evitar empeñarse	326
CVII. De la conservacion y acrecentamiento de los bienes por medios lícitos.	329
CVIII. En el cuidado de los bienes hay dos extremos que deben evitarse: la negligencia, y la extremada solicitud.	331
CIX. La pereza y negligencia están condenadas por la Sagrada Escritura.	333
CX. Discurso de nuestro divino Salvador contra la excesiva solicitud de las cosas temporales	334
CXI. De la liberalidad.	336
CXII. De la limosna y demás obras de misericordia.	338
CXIII. Todos pueden dar limosna, consejo de san Juan Crisóstomo á los jornaleros.	341
CXIV. De la misericordia para con las personas consagradas á Dios.	342
CXV. Del cuidado que ha de tenerse de la propia familia.	344

EXVI. Del octavo mandamiento: No levantar falso testimonio, ni mentir.	346
CXVII. De la necesidad de hablar poco y con reflexion.	347
CXVIII. De la taciturnidad.	349
EXIX. De la murmuracion y la maledicencia.	350
CXX. Cuidado con que los padres deben evitar en sus hijos las demasías de la lengua.	352
CXXI. Funestas consecuencias de los pecados de la lengua para quien los comete.	354
CXXII. Es preciso no dar oídos á la detraction.	356
CXXIII. Cuidado con que las personas constituidas en dignidad deben huir de los detractores y de los aduladores.	357
CXXIV. Del falso testimonio en juicio.	361
CXXV. De la discrecion y prudencia en el hablar.	362
CXXVI. Obligacion de reparar el daño hecho al prójimo en su reputacion.	365
CXXVII. De los dos últimos mandamientos del Decálogo.	367
CXXVIII. De la oracion.	368
CXXIX. De las condiciones y partes de la oracion.	370
CXXX. De los grandes males que la negligencia de la oracion causa en el pueblo cristiano.	373
CXXXI. Cuidado de los padres respecto al santo ejercicio de la oracion, y del tiempo y lugar que le son mas convenientes.	375
CXXXII. Es preciso que los niños se vayan acostumbrando gradualmente á orar.	378
CXXXIII. Del exámen de la conciencia, de sus puntos principales, y de algunas prácticas piadosas.	380
CXXXIV. Utilidad de los ejercicios indicados en el capítulo precedente, y de las oraciones jaculatorias.	382
CXXXV. Se responde á varias objeciones que pudieran hacerse al plan de educacion que propongo.	384
CXXXVI. La forma de vida que propongo es la que deben observar todos los cristianos, cualquiera que sea su estado.	386
CXXXVII. De la Oracion Dominical.	389
CXXXVIII. Exposicion de las siete peticiones contenidas en la Oracion Dominical.	390
—Primera peticion: <i>Santificado sea vuestro nombre.</i>	392
—Segunda peticion: <i>Venga á nos el tu reino.</i>	394

— Tercera peticion : <i>Hágase tu voluntad , asi en la tierra como en el Cielo.</i>	393
— Cuarta peticion : <i>El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.</i>	397
— Quinta peticion : <i>Perdónanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.</i>	400
— Sexta peticion : <i>No nos dejes caer en la tentacion.</i>	402
— Sétima y última peticion : <i>Libranos de mal.</i>	403
CXXXIX. Epilogo.	405

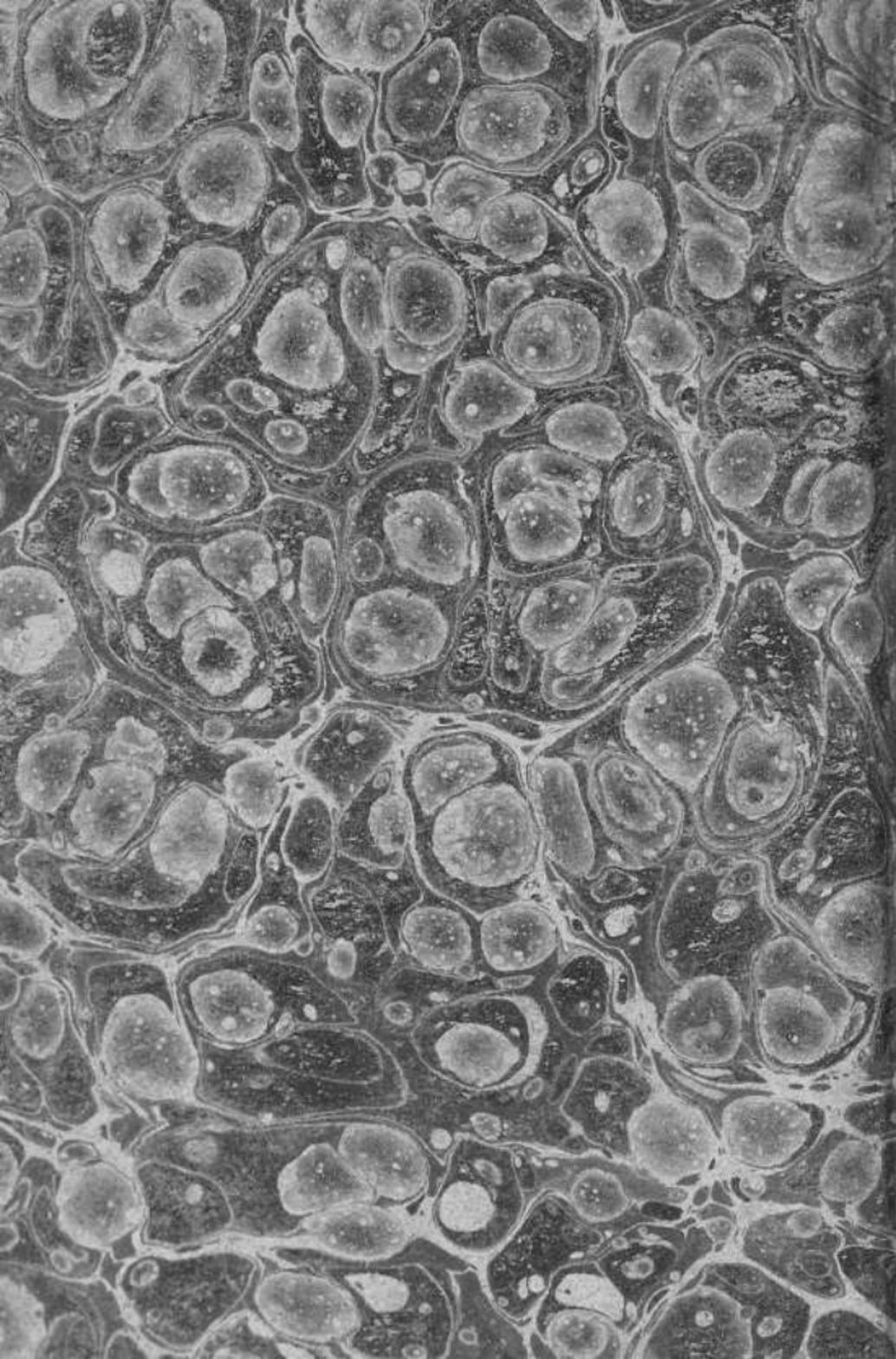
LIBRO TERCERO.

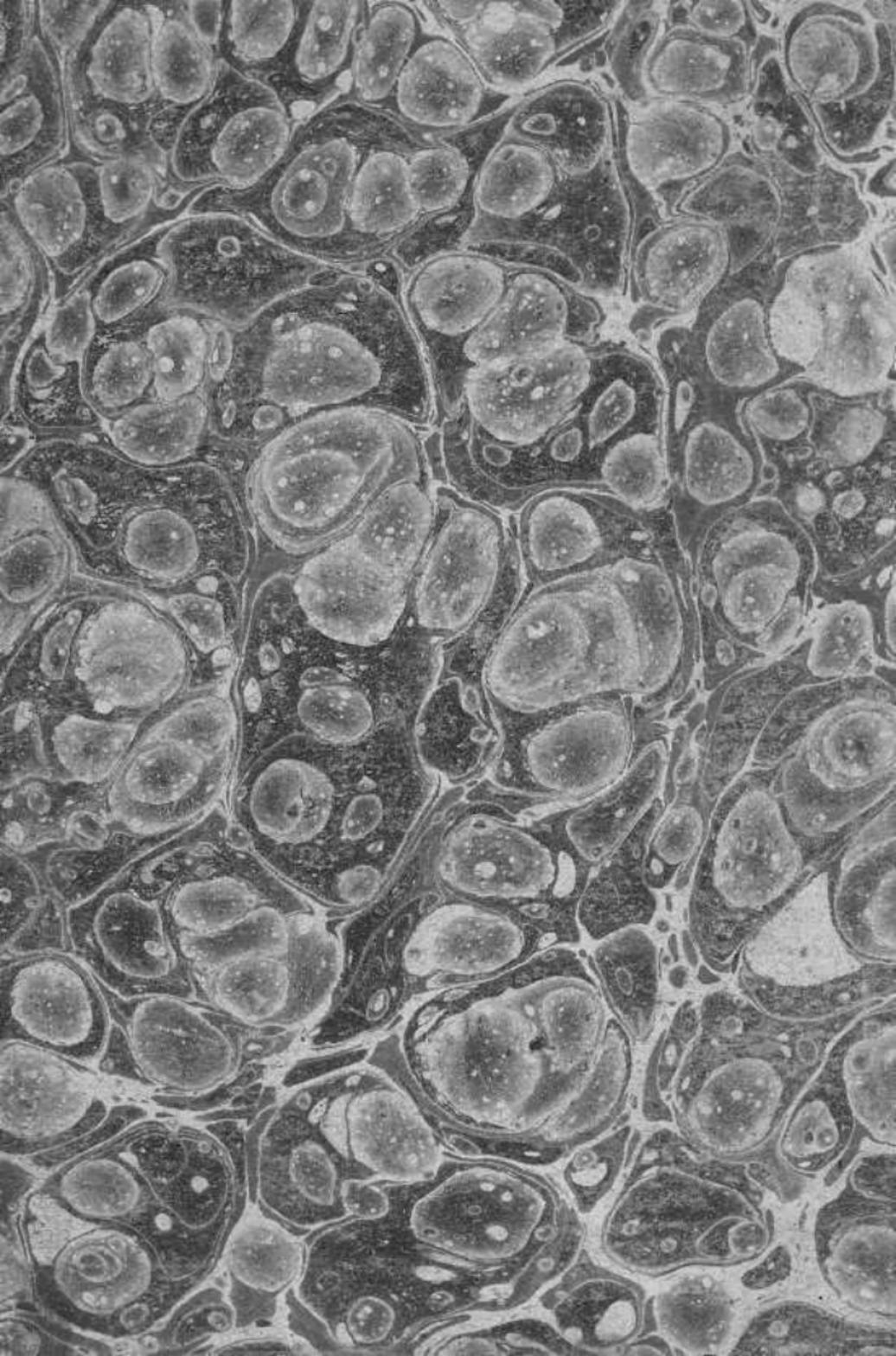
I. De las inclinaciones virtuosas y viciosas de los niños.	407
II. Varios defectos propios de la infancia.	409
III. Es preciso no disimular con ligereza los defectos de los niños.	411
IV. Medios de corregir los defectos de los niños.	413
V. Del castigo corporal de los niños.	416
VI. De la indulgencia excesiva y de la falsa ternura de los padres.	417
VII. Es preciso evitar la demasiada severidad en la educacion de los hijos, y procurar atraerlos mas por cariño que por temor.	418
VIII. Diversos modos de castigar y corregir á los niños.	421
IX. De la templanza en el comer y beber.	423
X. Funestas consecuencias de la intemperancia.	424
XI. De la alimentacion de los niños.	426
XII. Ventajas de los alimentos comunes y sencillos.	428
XIII. Buenas maneras que los niños deben observar á la mesa.	431
XIV. Del uso moderado del vino.	435
XV. La sobriedad es conveniente con especialidad en las jóvenes.	436
XVI. Rasgo de la infancia de Santa Mónica, que hace ver á las jóvenes el cuidado con que deben vivir para no aficionarse al vino.	438
XVII. De las horas mas convenientes para las comidas.	441
XVIII. Del ayuno.	442
XIX. Del modo de acostumar á los niños á la observancia del ayuno.	444
XX. Del sueño en general.	447
XXI. Del exceso y la negligencia en el cuidado del cuerpo.	450

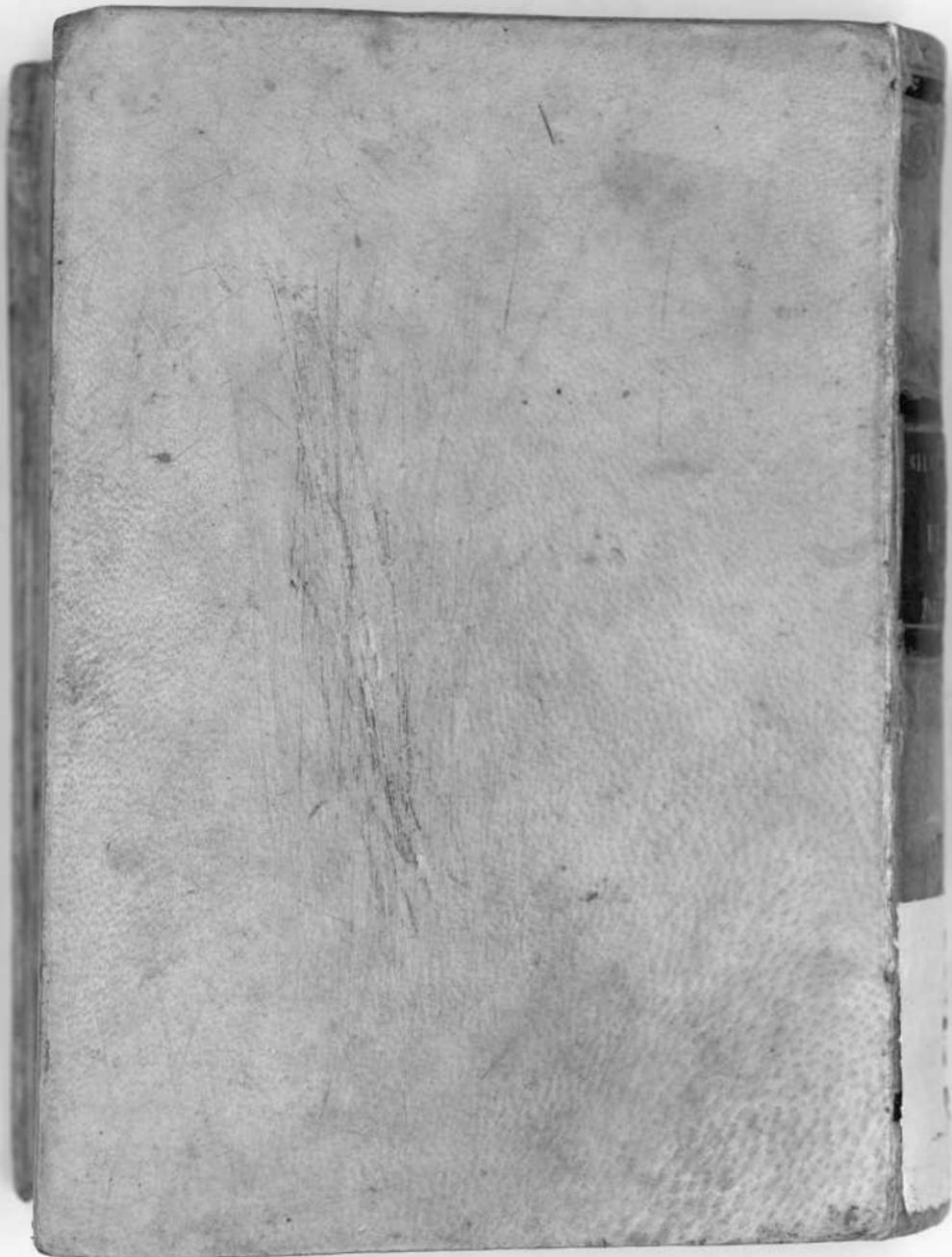
XXII. Del estudio , y de los medios de hacerle menos penoso á los niños	452
XXIII. Cuánto importa tener en las escuelas públicas buenos maestros.	454
XXIV. De la solicitud que las autoridades han de interponer en la eleccion de los maestros.	455
XXV. De la enseñanza privada	457
XXVI. Autoridad que debe tener el maestro sobre sus discípulos.	459
XXVII. De los colegios dirigidos por los Padres de la Compañía de Jesus.	462
XXVIII. Obligación que tienen los maestros de instruir cristianamente á sus alumnos	464
XXIX. Medios á propósito para inspirar la piedad en el corazón de los niños	467
XXX. Es preciso ejercitar á los niños en la práctica de las virtudes.	469
XXXI. Del uso de obras escritas por autores paganos en la educación.	471
XXXII. De la discrecion con que ha de hacerse la eleccion de los libros escritos por los paganos, y del uso simultáneo de autores cristianos.	474
XXXIII. Del ejercicio de la memoria y de la pronunciaci6n.	478
XXXIV. De la emulacion entre los niños.	480
XXXV. De la naturalidad y buen ó. den.	481
XXXVI. ¿Deben todos los niños dedicarse al estudio de las bellas letras?	482
XXXVII. ¿Conviene que las jóvenes se dediquen al estudio de las bellas letras?	484
XXXVIII. De la utilidad y necesidad del recreo.	485
XXIX. De la recreacion y de los juegos de los niños.	487
XL. De la vigilancia que ha de tenerse durante la recreacion de los niños.	488
XLI. De las chanzas , y cómo pueden usarse.	490
XLII. De la música.	492
XLIII. De los peligros á que se halla expuesta la juventud.	493
XLIV. De la perseverancia en los ejercicios de piedad, y de la firmeza en conservar la autoridad paterna.	496
XLV. Daños que causan á los jóvenes las malas compañías.	498
XLVI. Provécho de las buenas compañías y de los amigos virtuosos.	500

XLVII. De las relaciones de los niños con los amigos de la familia.	503
XLVIII. De las relaciones de amistad entre jóvenes de la misma edad.	504
XLIX. Deberes que impone la amistad.	506
L. De la ociosidad, y cuán precioso es huirla.	507
LI. Cómo se ha de velar sobre las jóvenes, y hacerlas emplear bien el tiempo.	510
LII. De la utilidad de los labradores y artesanos, y de cómo deben estos vivir contentos con su estado.	512
LIII. Cuidado que han de tener los padres pobres de que sus hijos aprendan algun arte ú oficio.	515
LIV. De la carrera del comercio.	518
LV. Felices disposiciones que para el estudio de las ciencias suelen descubrir jóvenes pobres, y que deben ser auxiliados.	520
LVI. De los estudios públicos y sus peligros.	521
LVII. Vigilancia que los diversos poderes han de tener sobre los estudios públicos.	524
LVIII. Precauciones que deben adoptar los padres al mandar sus hijos á los establecimientos de instruccion pública.	526
LIX. Bello ejemplo que se propone á los estudiantes.	528
LX. Del estudio del derecho y de la medicina.	530
LXI. Cómo deben ejercer su profesion los abogados, jueces y médicos cristianos.	531
LXII. De la carrera militar.	534
LXIII. Excelencia de los estados sacerdotal y religioso.	538
LXIV. Cuidado con que deben examinar los padres la vocacion de sus hijos al estado eclesiastico secular ó regular.	540
LXV. A cuál edad conviene abrazar el estado del matrimonio.	543
LXVI. ¿Cuándo deben darse por terminados los cuidados de la educacion?	545
LXVII. Conclusion de la obra, y accion de gracias al Señor.	547









SILVIO ANTONIANO.

—
EDUCACION
CRISTIANA
DE LOS NIÑOS.

G 23405